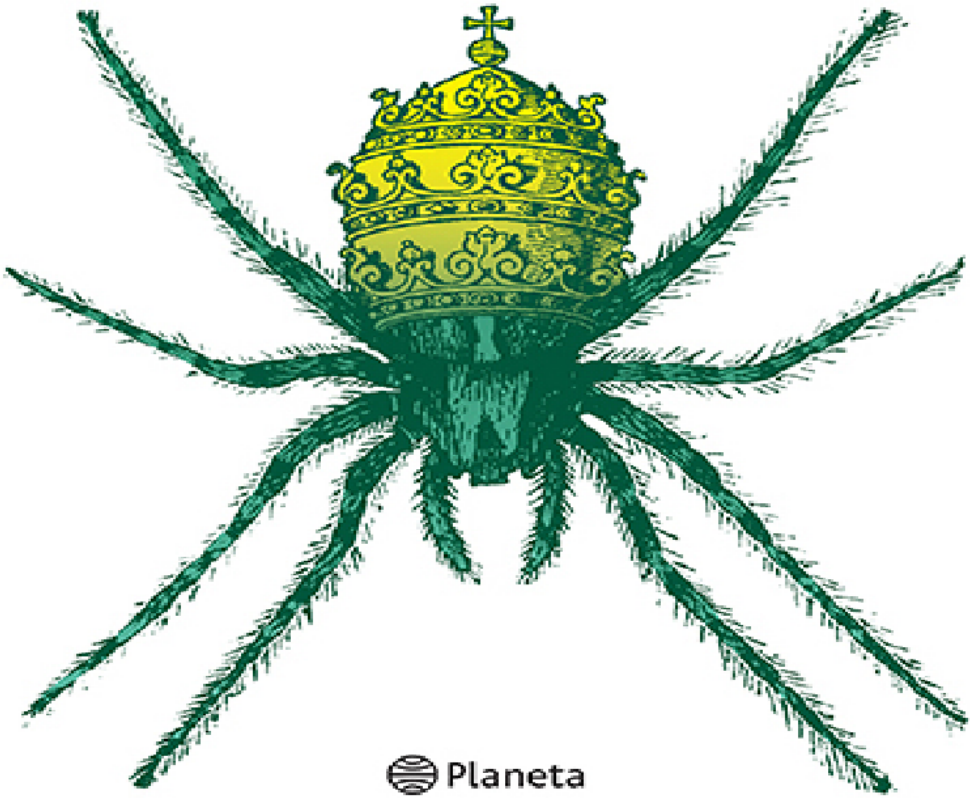
L · U · I · S

SPOTA

LA ESTRELLA VACÍA



Planeta

L · U · I · S

SPOTA

LA ESTRELLA VACÍA

Planeta

ÍNDICE

Fade in

Fade out

Acerca del autor

Créditos

Tráiler

Cuando volvió a la realidad auditiva, captó:

—…y también rumba.

—¿En el cabaret? —deslizó, sin saber absolutamente de qué hablaba Teresa.

—No, mujer. Adolfo me llevó con unos productores. Me dieron una parte, no muy buena, no muy mala, en la que bailaré tango, *boogie boogie* y también rumba. Así, toda desnudita, con un taparrabos.

Hacia el fin de la comida, Olga, tímidamente, habló de sus planes, de lo nerviosa que la ponía pensar en el estreno; de lo que esperaba para el futuro. Teresa aspaventeó como siempre:

—Pierdes el tiempo con esas tonterías. ¡Son papas fritas! Olga: si quieres ser estrella, si quieres nombre, sal con los lobos, ve a la madriguera, sé lista… ¡y lleva siempre una pluma fuente en la bolsa!

Iba Olga a replicar, pero Teresa no la dejó hablar:

—Haz todo eso… Y no olvides la pluma. Los contratos para el cine se firman en la cama. ¡Recuérdalo!

Con

OLGA LANG Y LUIS ARVIDE
TERESA MALLÉN • ROLANDO VIDAL
ANTONIO FERRER • MANUEL JIMÉNEZ
EDMUNDO SISLER • RODRIGO LEMUS
LOLA RICO • FEDERICO GUILLÉN
LEONARDO AMPUDIA • CHAVALILLO
ALONSO ORTIZ • TOMÁS TÉLLEZ
MANY • RAÚL TOVAR
LEANDRO FERNÁNDEZ • RUBÉN MIRANDA

Advertencia

Excepto aquéllos a los que se menciona por sus nombres propios, los demás personajes de esta novela son ficticios. Cualquier semejanza que pudieran tener con individuos vivos o muertos es meramente accidental.

A Gabriel Ramos Millán

Las estrellas me apartaron un sitio en sus órbitas mismas.

WALT WHITMAN

FADE IN

I

Lo vio zafarse los lentes de gruesos aros de carey. Así, vista desde abajo, en escorzo, la gorda cara parecía no tener boca. Sólo agujeros que respiraban y veían. Movió la cabeza:

—Está usted embarazada —dijo el médico.

Ella apoyó el codo en el viejo hule descarapelado de la mesa. «Era eso. Sólo eso podía ser», confirmó, y permaneció con la boca abierta y sin palabras.

—¿Se decide? —era, la del médico, una voz melosa, redonda, que olía a medicina, a dientes amarillos apenas entrevistos. Ella volvió a tenderse. Cerró los ojos. Experimentaba una vaga sensación de soledad. Iba a preguntarle si no habría otro remedio. «No lo hay», se dijo casi instantáneamente.

Él pareció adivinarlo:

—Será fácil. Dentro de una hora —tronó los dedos— estará usted como nueva.

«Tiene que ser hoy mismo. Aquí». La aterrorizaba sentir miedo. Estaba en ese consultorio dispuesta a todo y no había remedio ni escapatoria. Abrió los ojos. Miró en torno: muebles desvencijados, cajas de polvo maloliente, frascos y cajas con medicamentos, algunas viejas revistas. Y, por encima de todo, dominándolo, oprimiéndolo, lo rancio del ambiente, del hombre que la miraba sin pestañear con su rostro de luna grasienta, helada de luz que entraba por la vidriera de cristales despulidos.

—Fácil, aunque ya tenga tres meses con eso en la barriga —martilleó él.

Se había acercado, empujando su abdomen hasta el borde de la mesa. Ella lo sentía respirar muy cerca, encima, aplastándola con su presencia. Y odiaba su voz y la forma en que habló de «eso en la barriga». Era un médico desconocido. Apenas si recordaba su nombre. Afuera había una placa de cobre. Había subido sin pensarlo mucho. Temía que cualquier otro doctor no accediera a practicarle un aborto.

Quizá la denunciara a la policía. Hubiera sido fatal. Pero aquel hombre, a pesar de todo, le inspiraba confianza. Desde que le franqueó la puerta tuvo la certeza de que no se negaría. Algo en su cara parecía decir que por unos pesos estaba dispuesto a todo. Cuando le dijo qué sospechaba; que la regla se había suspendido, el gordo la hizo subir a la mesa y, sin indagar nada, sin mirarla, la auscultó. Aquello, pues, no tenía remedio.

—¿Se decide? —la apremiaba él—. Cosa de un momento y todo se arregla.

Abrió los ojos:

—Sí.

Se dio cuenta de que tenía fuertemente asido el bolso. Aflojó la tensión y sintió, en la coyuntura de los dedos, el golpe de la sangre desplazada. En el estómago y en los muslos la mordisqueaba el miedo; una debilidad infinita y amarga.

«Fue una estupidez de los dos. Sabía que esto iba a ocurrir», se reprochó. Hasta la boca le subió un delgado hilo de bilis, quemante y seca. Tuvo que contenerse para no vomitar. Notó que estaba sudando, en la frente y en las manos.

Un ruido de hierros niquelados entrechocándose, la volvió. Preparaba el médico los instrumentos. Fascinada, lo siguió de soslayo: la gruesa espalda, enfundada en un saco negro verdoso, ocultaba el movimiento de las manos que le habían hurgado las entrañas, en exploración dolorosa. Pero ella adivinaba que estarían echando las impresionantes herramientas dentro de agua que bullía en un recipiente.

—Doctor… —emitió, y no pudo seguir cuando aquél viró un poco su cara. La brocha de los ojos se le untó a las piernas.

—Dígame, hija…

Quería gritarle que la dejara sola; que no siguiera manejando los instrumentos de pálido metal; quería, también, ganar de un salto la puerta, descender por los escalones rechinantes que olían a humedad y perderse entre la multitud, entre la gente sin preocupaciones que ella adivinaba ir y venir al otro lado de los vidrios opacos del ventanal. El médico había vuelto a sonreír:

—Vamos a ver. Ponga un pie aquí y otro, eso es, allí. Ahora, como niña buena, se va a portar valiente…

—¿Cuánto me va a cobrar, doctor?

La contempló un instante, rígida, temblorosa, indefensa en la mesa. Alzó los hombros:

—Mi profesión, querida amiga, es bastante lamentable. La prostituye el dinero. Todas las que vienen aquí, buscando mi ayuda, siempre traen menos de lo que espero cobrar. Por eso es que no tengo

honorarios fijos. Pues, como dicen, según el sapo es la pedrada.

Sonrió y señaló la bolsa, que ella aún conservaba en la mano.

—¿Cuánto tiene allí?

—Doscientos pesos —contestó rápidamente.

—Correcto.

Le pidió que se los diera y los echó a su bolsa. En el techo la humedad ocre trazaba contornos de fabulosos continentes: ríos, islas, golfos, océanos; automóviles ronroneantes cruzaban, en espectro de luz, por el cuadrado del cielo raso. Estuvo así otro tiempo con los ojos apagados, tratando de ubicar desde la oscuridad de su cerebro la gordura del médico, en aquella pieza estrecha y alta, llena de polvo en las paredes encaladas. Muy lejano, escuchó el golpetear de los hierros agitándose en el agua que hervía. Volvió un poco la cabeza; veía ahora al hombre caminando en un plano inclinado.

—Va a tener que subirse un poco más la falda. Podría mancharse.

Trató de ayudarla, pero ella se opuso. Sentía una repentina vergüenza de mostrarse, desnuda a medias, ante un hombre que la miraba sin pestañear con sus pequeños ojos de cerdo.

—Ya estoy acostumbrado a esto —explicó él, apilando en la mesita lateral los instrumentos, las torundas, los frascos con alcohol y agua oxigenada.

Afuera sería una tarde llena de luz. Sobre el cielo del valle viajarían pesadas nubes semejando gansos, y abajo el sol cavaría la negrura de las ventanas o caería oblicuamente sobre las avenidas, pulverizándose con los cristales; chisporroteando en las superficies niqueladas de los autos y de los edificios; fundiéndose en el calor fundido del asfalto y del cemento. Allí dentro, en cambio, todo era frío y gris, amortiguado.

—A veces me pregunto… —el médico se puso un guante de goma y lo ajustó meticulosamente a los cinco dedos de su mano—. A veces me pregunto por qué las muchachas como usted se meten en líos como éste… —Con un poco de esfuerzo consiguió embutir la derecha en el otro—. Porque éste es un verdadero lío. Se embarazan como tontas, sin pensar en lo que vendrá después. Y cuando ya no tiene remedio, cuando la sangre no fluye y crece el estómago y no se puede seguir esperando el milagro, entonces se desesperan y lloran y vienen a verme. ¡Así como usted, llenas de miedo y de vergüenza! —Se había quedado con las manos inmóviles, forradas de hule con talco y vaselina. Movió la cabeza, sonriendo—: ¡no sé qué harían sin nosotros! Muchos colegas, esos médicos respetables de las grandes clínicas, truenan contra quienes practicamos esta clase de… operaciones, que ellos consideran ilegales. Nos acusan de ser asesinos,

de matar vidas inocentes. Sin embargo, la humanidad necesita de nosotros. ¿Se imagina, querida amiga, qué sería de la moral de las familias si no hubiera médicos que arreglaran los pequeños tropezones de las jóvenes respetables y decentes? ¿Y qué de las mujeres para quienes un hijo inoportuno trastorna planes y proyectos?

Ella reconoció que tal era su caso. Un hijo inoportuno que hacía peligrar su ambición y que la invalidaría para llevar adelante lo que se había propuesto. Por eso estaba allí. Sin embargo, no quería escuchar al médico. Tan criminal era ella, pensaba, como el doctor que dentro de unos segundos iba a echarle fuera un hijo —ése que la había hecho padecer vómitos violentos durante los tres últimos meses. Ese tumor irremediable, que era necesario suprimir.

—¿Dolerá mucho, doctor?

Ahora las manos enfundadas en hule habían empezado a trabajar.

—No, nada. Casi nada… —escuchó resoplar.

Apretó más aún los párpados, para que por ellos no se colara nada de lo que estaba sucediendo. Eran unas manos monstruosas, gigantescas. ¡Y esos fierros…! Vino, entonces, un instantáneo dolor agudo; un desgarrarse inaguantable que repercutió en su interior, antes de que llegara la rápida paz de la inconsciencia.

—Nada, casi nada…

Cuando abrió los ojos había oscurecido. De alguna parte venía un concentrado olor a tabaco que la mareaba. Le zumbaban los oídos y la boca le sabía a bilis y a comida revuelta. Tuvo un acceso de basca, que no llegó a expulsar. Continuó un largo rato, sin moverse, mirando el techo a través de las pestañas llorosas. Volteó la cara. Se le aplastaba el pelo mojado de sudor sobre la frente y las mejillas. «Debo estar horrible». A su lado, palmeándole el muslo, el médico.

—Ya pasó todo, muchacha…

Intentó levantarse.

—No lo haga. No hay prisa. Descanse un poco más.

Tenía miedo de voltear hacia donde recordaba haber visto la mesita con los fierros, los frascos y los algodones. Sintió sed. Los labios resecos le ardían. Quiso reconocer el dolor, pero su vientre estaba mudo. Sólo una lasitud absoluta en todo el cuerpo.

El médico la ayudó a beber un sorbo de agua.

—¿Dónde está…?

—¿Quién?

—Eso… —y la angustia se le anudó en la garganta.

—¡Ah! —hizo el doctor y frunció los hombros—. Ya se fue al diablo, muchacha. Era un chico… y ahora, borrón y cuenta nueva. O, como leí no sé dónde, de hoy en adelante, si no puede ser buena sea

cuidadosa…

Quería ser jovial. Le ofreció un cigarro, que ella rehusó. Sentía ahora la mujer una prisa increíble por irse, por no seguir viendo al hombre que la había asesinado con su consentimiento.

—Aunque, realmente —añadió él—, ya no necesita ser cuidadosa. No volverá a tener problemas de esta clase. Entre paréntesis, ¿en qué trabaja usted?

Lentamente, la mujer pudo sentarse. Le pesaba la cabeza y el ansia del vómito se hizo presente. Abrió la bolsa. El espejo reproducía una cara, la suya, afilada y pálida hasta el espanto: bajo los ojos, dos manchas oscuras; los labios, una raya amoratada. «Tienes veintitrés años», reflexionó la cara desde el azogue.

—Porque supongo que trabajas en algo… —la tuteó.

—En una oficina…

—¿Cuál dijiste que era tu nombre, muchacha? —Había ido a sentarse ante un escritorio de cortina que ocupaba el rincón más próximo a la ventana. Había encendido la luz de una lámpara que arrojaba cuajarones de sombra amarillenta.

—¿Para qué quiere saberlo?

—Nada personal, desde luego. Nombre y dirección sólo por si sobreviene algún trastorno y necesito verte. Rutina, fórmula, costumbre, como quieras llamarlo…

Notó que la mano que sostenía el tubo de pintura estaba temblando. Trabajosamente, se enrojeció los labios.

—No pasará nada, doctor.

La llevó hasta la puerta, el dio una suave palmadita en el hombro y permaneció apoyado en el barandal escuchándola descender lentamente los escalones dolorosos.

II

—¿Por qué no vienes con nosotros, Olga? Dos semanas encerrada aquí, son para volverte loca.

Olga Lang dejó el libro a un lado. Teresa, en bata, terminaba de pintarse los labios. Desde el tocador podía ver a Olga en pantalones, ovillada en la cama, con los lentes cabalgándole la recta nariz fina.

—Bailaremos un rato en El Patio. Jorge es muy simpático y tiene amigos ricos.

Reanudó Olga la lectura. «¡Amigos ricos!», pensó. Le interesaban más Stanislavski y el teatro moderno. «Ir a bailar toda la noche, a beber copas con esa partida de imbéciles». Moviéndose como anguila, Teresa Mallén consiguió meterse dentro del ajustado traje negro. Se dio una palmada en las caderas.

—Estás engordando, hijita —se dijo. Volteó a ver a Olga: —Pero, ¡qué diablos, chica! ¿Cuándo vas a espabilarte y dejar ese tumbaburros en paz? Si quieres contratos de cine, no los conseguirás aquí. Hay que salir… —con el meñique se retocó el trazo de rouge. Comenzó a empolvarse la nariz. Olga no la escuchaba—. Hay que salir con ellos, con los tiburones. Acumular horas de vuelo.

Dos veces tocaron el timbre.

—Es Willie —Teresa se levantó. En el marco de la puerta, un muchacho grande, de cuadrados hombros. Lo invitó a pasar. Olía el cuarto a cremas, a ropa secándose en el baño, a naftalina y loción.

Olga apenas alzó la cara. Willie se acomodó al pie de la cama, de espaldas a Teresa.

—¿Y Jorge? —preguntó ésta, asomándose al espejo circular.

—No tarda.

—¿Sabes, Willie, que Olga no quiere venir con nosotros? Prefiere estudiar…

Willie se volvió:

—¿Es cierto eso, Olga? ¡Y yo que venía esperanzado en correrla contigo!

Olga le echó un vistazo desde sus lentes de muchas dioptrías:

—Ya sabes que yo no sirvo para eso.

—Es una tonta, Willie. Se pasa los días y las noches lee y lee. ¡Como si fuera a servirle de mucho!

De abajo, deformado por tres pisos de escaleras, subió el estrépito de un claxon.

—Ahí está Jorge —dijo Willie, alzándose. Y luego a Olga—. ¿No vienes, por fin?

—No.

Teresa y Willie salieron, a la carrera. Olga encendió un cigarro, arregló la almohada y desperezó sus piernas en pantalones.

—¿No vino Olga? —preguntó Jorge, al arrancar. Era el suyo un auto nuevo, cómodo, que albergaba a los tres en el asiento delantero.

—Es la mujer más rara que conozco —censuró Teresa—. Se ha pasado dos semanas sin salir, leyendo como desesperada.

Cuando los escuchó partir, Olga se sintió más a gusto. Le ardían los ojos. En el buró, el despertador contaba segundos ruidosos. Miró la foto de Luis Arvide. Lo había conocido seis meses antes, en un café de Bucareli, junto a *Excélsior*. Eran las diez de la noche y sintió un vuelco en el pecho, al advertir que no la había llamado en toda la tarde.

No era que estuviera enamorada de él. Quería a Luis Arvide como amigo, aunque se amaran como amantes. Desde la foto le sonreía con sus gruesos labios que ella gustaba incrustar en los suyos. Olga experimentaba, desde hacía dos semanas, un remordimiento avergonzado: Luis no sabía nada de lo sucedido, ni del médico, ni la causa verdadera de su enfermedad. Después de la intervención, ella quedó muy débil, aunque no sobrevinieron complicaciones. El hijo había sido de Arvide. Le gustó que así fuera, ahora que no podría engendrarlos más.

Cuando supo que estaba embarazada, se generó dentro de Olga un sentimiento de repulsión hacia Luis. ¡Él tuvo la culpa! Mas, reflexionando, ¿le pertenecía toda? Decidió callar. Y guardó silencio dos meses. Al comenzar el tercero, sufrió un desmayo. Teresa pareció adivinar la causa y le dijo que no fuera a cometer una estupidez. Luego le aconsejó que viera a un médico.

Eran ya las diez y cinco. ¿Por qué miraba con tanta ansiedad el reloj? ¿Lo amaba, en realidad? Estuvo pensando en ello y no encontró respuesta afirmativa. Luis Arvide era periodista y Teresa los presentó. Le pareció un chico tímido y un poco insignificante. Hacia el fin de la plática le pidió el número de su teléfono. Dos días después la invitó a salir. Accedió, porque estaba aburrida. Fueron a ver *Nace una estrella,* por Janet Gaynor. Habló él de sus sueños y ella de los suyos.

Continuaron frecuentándose. Luis le simpatizaba y, a falta de

algo mejor, Olga lo acompañaba a caminar o a ver películas. Una noche él le propuso matrimonio.

—Seremos felices —auguró.

Sentía Olga Lang que no lo amaba para hacerlo su marido; o, tal vez, que lo estimaba tanto como amigo, como camarada, que no deseaba decepcionarlo como esposa. Además había algo más importante: ella misma, en cuanto a su ambición y a su trabajo. Aún no había hecho nada en el cine, pero comprendía que un matrimonio, ése que él proponía, significaría un retraso o hasta un cambio en sus planes.

—Luis —repuso, mintiendo—: tú sabes que te quiero mucho, que me gustas. Pero así como estamos, sin compromiso, es mejor para ti y para mí. Tú tienes ambiciones; el matrimonio te anularía; cuando yo triunfe…

La había interrumpido para decir que el triunfo suyo bastaría para ambos.

—No es eso, únicamente. Desde que tenía diez años soñé con ser estrella de cine. Ahora, serlo depende sólo de mí, de la voluntad que ponga en conseguirlo. Casada no sería igual. No, ni para ti ni para mí. Es mejor que evitemos las complicaciones.

Rehusó también vivir en el apartamento de Luis. Éste opinaba que la compañía de Teresa no era del todo conveniente; que su modo de ser descocado y sin escrúpulos la perjudicaría, por reflejo.

—Quiero que entiendas una cosa, Luis —había puntualizado—: Necesito independencia para arreglar mis asuntos. Viviendo juntos no la tendría. Tú sabes, porque nunca te lo oculté, que a veces me veo precisada a salir con gentes que me convienen…

Ya no insistió él. Simplemente mandó hacer una llave extra y se la obsequió.

A las diez y cuarto comprendió que ya no llamaría, que ya no iría a verla. Esto la contrarió un poco. Apagó la luz.

III

Estaba mortalmente cansada. Un olor a mantequilla caliente, a comida fría en los platos sucios, hacía espeso e irrespirable el aire del restaurante. Habían terminado el café, y las colillas se aplastaban en el cenicero repleto. Mozos con uniforme marrón se movían entre las mesas. Aceptó un cigarrillo y el humo no le supo a nada. «Estoy muy débil», se repitió cuando comenzó a sentir la jaqueca.

No podía apartar los ojos glaucos del reloj de pulso del hombre.

—Es usted —decía él— una de las mujeres más bellas que he conocido.

Vino un mozo y retiró los trastos sucios.

—¿Un coñac? ¿Una crema para la señorita?

Olga se excusó. Eran más de las cinco en el reloj incrustado en la muñeca peluda.

—Y una mujer bella merece triunfar… —El hombre trató de aproximar su cara a la de Olga; pero ésta, con mucho tacto, se retiró un poco—. Triunfar y en grande. Precisamente tengo un papel para usted, en mi próxima película—. Pasó el brazo por detrás del cuello de la muchacha. —La oportunidad que esperaba. Usted es actriz; se le nota hasta en la forma de caminar. Caras nuevas y sangre joven es lo que estamos necesitando. Así, como usted… Después siguió cortejándola. Olga comprendió que ya nada tenía que hacer ahí. Su acompañante apuntó su dirección y ratificó el número de su teléfono.

La dejó en la puerta.

—La llamaré muy pronto —prometió—. Antes de mucho estará usted trabajando.

Olga caminó hasta la esquina. Contra un cielo intensamente azul, se recortaba la negrura de un esqueleto de viguetas; el Arco de la Revolución absorbía chorros de crepúsculo en sus piedras blancas, en sus colosales remates escultóricos. Se encendieron los faroles y el múltiple destello voltaico hizo rebrillar las ancas del caballo de Carlos IV. Juárez brillaba, infinita y llena de gente. Al fondo de la

perspectiva, se erguía la mole cuadrada y verde-aceituna del edificio de La Nacional. Con un ronroneo de llantas y motores resbalaban los coches hacia Reforma, Bucareli, Rosales. Mientras llegaba su camión, estuvo mirando los pequeños monos que manejaban las remachadoras neumáticas, muy alto sobre el arroyo, entre los andamios del gigante en construcción.

Cuando Olga entró, Teresa removíase el maquillaje con *cold cream.* Botó a un rincón la toalla manchada de ocre.

—¿Qué tal te fue?

Olga se tumbó en la cama. Le crujía la cabeza. Cerró los ojos. Habló con fastidio:

—Lo de siempre. Promesas y querer obtener algo, antes de dar nada…

—Hay que dar para recibir… ¡Mírame a mí! Sin leer tanto, Jorge me consiguió una prueba. Me la hicieron hoy. Pero, debes espabilarte, hijita; nunca me cansaré de decírtelo. Sólo las listas conseguimos algo. —Hundió los dedos en el bote de crema y se embadurnó el rostro.

Olga fue al baño, se lavó los dientes y se cambió de zapatos. Cuando tomó el libro, Teresa seguía hablando:

—Ahorita —dijo— el campo está libre para la que quiera tener un lugar dentro de él. Los productores se matan por caras nuevas. ¿No es así?

—¡Ajá! —hizo Olga, sin prestar atención.

—Y si tú, que eres bonita y con un cuerpo que marea, no consigues nada, es porque no quieres…

Teresa Mallén volvió a pintarse; escogió un vestido; se arregló el pelo:

—Me voy, chica. Si llega a venir Jorge, dile que no me has visto. Un amigo me invitó a tomar una copa…

«Es inútil discutir», conjeturó Olga y apenas si alzó los ojos cuando la otra azotó la puerta.

Llamaron. Los tres toques peculiares. Era Luis Arvide.

—¿Cómo sigues? —encendió un cigarro después de besarla. Fue ella al otro cuarto para hacer un poco de café. Al volver lo halló hojeando sus libros. Se acomodó a su lado y comenzó a acariciarle el pelo:

—Deseaba tanto que vinieras…

En la cocina silbaba la marmita. Olga bebió su café sin azúcar, a pequeños sorbos, mirándolo. Luis dijo que notaba pálida su cara.

—Y cansadísima. Comí con un productor. Tipo chocante, insoportable. Me tenía aturdida…

—¿Y qué pasó?

—Otra promesa. Va a filmar una película y pensó en mí.

Terminaron el café y él se tendió a su lado, con la cabeza junto a la de ella.

—A veces pienso —Olga hablaba lentamente, con una fatiga espesa en la voz— si no estaré equivocando el camino. Hay que pagar un tributo, un noviciado para el triunfo. Vaya, para la oportunidad. Teresa, y tú conoces su capacidad, ha hecho más que yo. Tiene ya una prueba y también menos escrúpulos…

Luis sabía a dónde quería llegar. La dejó hablar sin interrumpirla.

—¿Vale la pena ser decente, o tratar de serlo, si las demás, que persiguen lo mismo, no lo son? ¿Si te comen terreno, no por lo que valgan, sino por lo que dan…?

—Una partida de golfas… —Luis se incorporó—. Pero tú no eres de ellas. Tienes algo de que las otras carecen —señaló a los libros—: voluntad, deseo de triunfo; pero no de triunfo pasajero que tú bien sabes cómo obtener; ambición y tenacidad. Llegarás porque lo quieres; un poco más lentamente que, por ejemplo, nuestra amiga Teresa; pero más en firme, más para siempre.

Pero lo que a Olga Lang desesperaba era la espera, el ver fracasar, día a día, semana a semana, las cosas que parecían firmes y estables. Había ya perdido la cuenta del número de veces que le prometieron darle la oportunidad. Al principio lloraba, pero ahora sabía ya no hacerse ilusiones.

Lo de esa tarde, por ejemplo, un año antes la hubiera hecho bailar de gusto; le hubiera soltado la lengua al optimismo; le habría quitado el sueño muchas noches. Sin embargo, en ese instante, no era más que otra oferta, otra búsqueda que no conseguía sacudir su escepticismo.

Fueron a cenar. La calle rezumaba el calor de toda la tarde. En los quicios las parejas de enamorados se acariciaban. Buscaron cualquier café.

—Compré esto para ti —Luis abrió una pequeña caja y extrajo de ella un anillo de plata negra, con una llama de estilizado dibujo.

Olga lo ajustó en su meñique.

—Nada más apropiado que una llama, bella como una bella mujer.

La muchacha le dio las gracias con los ojos.

I

Por la ventana se veía la masa iluminada de la ciudad. Leves ruidos de autos llegaban hasta Olga Lang con el olor húmedo de los árboles del Paseo. Allí se respiraba aire fresco. Alguien a su lado comentó:

—Pesada esta gente, ¿verdad? —y señaló con el vaso a quienes hablaban en la penumbra amortiguada del apartamento.

—Sí —dijo Olga. Miró al hombre que había hablado. Era guapo, alto, de cara fina y larga. Un cigarrillo colgaba de sus labios.

—Soy el anfitrión —explicó él, tomando de la charola que conducía un mozo un vaso de *high ball*. Lo puso entre las manos de Olga—. ¡Y como buen anfitrión, el más aburrido de la fiesta! No sé para qué los invité y ellos tampoco saben a qué vinieron. ¡Salud!

Olga se llevó el vaso a los labios. Era fuerte el gusto del whisky.

—¿Usted, es también artista? —se interesó él, de pronto.

Alzó los hombros y dijo que deseaba serlo. Estaban en una fiesta de artistas de cine y no le sorprendía que el anfitrión le preguntara si ella también lo era. Por sugerencia de él, fueron a sentarse a un sofá ancho y blando.

—Permítame que me presente: soy Rolando Vidal —y le ofreció la mano.

—Mucho gusto. Yo, Olga Lang.

—Bonito nombre el suyo, Olga Lang —Rolando Vidal chasqueó la lengua—. Muy cinematográfico. ¿Es auténtico? Le pregunto porque…

—Sí, rigurosamente auténtico…

Rolando Vidal. «¡Ah, el célebre modista!», pensó. Gente influyente en el cine. Un contacto que había que conservar.

—Sus diseños para *La última noche* —halagó Olga— son maravillosos.

—¿Los ha visto?

—Y los he envidiado. Sobre todo ese traje de noche negro, de amplio escote. ¡Elegantísimo!

Vidal había puesto el vaso a un lado. «Algo caballuno», calificó Olga al rostro del modista, ahora que lo veía mejor. Pero, de todos modos, era un rostro atractivo, aunque un poco demasiado largo. Estuvo pensando de qué color tendría los ojos. Rolando cruzó las manos de afilados dedos.

—Veo que es usted mujer de buen gusto. Es tan difícil encontrarlas ahora y sobre todo entre esta gente —miró en torno a sus invitados—. Las estrellas creen tener el privilegio de ser cursis. Eso queda para los elegantes…

Olga rio la paradoja y bebió un pequeño sorbo. Empezaba a sentirse contenta. Rolando Vidal era agradable. Notó una extraña languidez en el tono de su voz. Como si le costara mucho trabajo emitirla, o como si hiciera grandes esfuerzos porque sonara bien matizada, tersa.

—Y dígame, ¿quién le hace su ropa?

Olga se atragantó:

—Nadie —confesó—. La compro hecha.

—¡Oh, querida! Es usted admirable. ¿No pretenderá que yo crea que usted, tan elegante, use ropa hecha en serie? ¡Su sentido del humor es divino!

—Digo la verdad: la compro hecha. Una empleada de gobierno no puede darse el lujo de tenerla diseñada para ella. No todas tenemos la fortuna de que Rolando Vidal nos vista…

Hizo Rolando una pequeña caravana y agradeció el cumplido. Lamentó después que en el cine sólo hubiera gente estúpida y de gusto chabacano. Gente sin cultura, incapaz de distinguir entre un vestido de Patou y un traje, un aborto fue la palabra que utilizó, comprado en esa Lagunilla neoyorquina que es la calle 17.

—Siempre he dicho, querida mía, que la elegancia es un don natural; como ser inteligente o simpática. Y usted tiene, en abundancia, esos tres dones.

Una mujer, que brincoteaba sobre sus altos tacones, agitaba su teñido pelo rojo al dirigirse hacia ellos. Vestía un rutilante traje blanco. Cuando alargó la mano. Olga pudo ver que la tenía cuajada de pulseras de oro y anillos con piedras preciosas.

—Rolando, *darling* ¿qué hace usted aquí… —reparó en Olga— tan bien acompañado?

Se alzó Rolando para besar la mano de cuidadas uñas que se le ofrecía:

—Está usted divina, Lupe. —La examinó con rápida mirada profesional—. Sencillamente divina. —Se volvió hacia Olga—: Permítame que le presente a la señorita… ¿Cómo dijo que se llama?

—Olga Lang.

—Eso es: Olga, ésta es la señorita Vélez, Lupe Vélez. ¿Habrá oído hablar de ella?

Olga se levantó también. Cuando estrechó la mano enjoyada creyó sentir un estremecimiento.

—Mucho gusto, señorita Vélez. Soy una de sus admiradoras —dijo rápidamente.

Lupe la contempló un instante y luego, tomando a Rolando por el brazo:

—¿No le importará si se lo robo unos minutos?

Olga sonrió y sin decir nada, volvió a sentarse. ¡Ésa era Lupe Vélez! La grande, famosa, legendaria Lupe, que volvía a México a filmar una película. Experimentó un violento deseo de correr hacia ella, de alcanzarla y pedirle un autógrafo. Era la primera luminaria del cine que veía de cerca. Sin embargo, comprendió que sería demasiado ridículo.

—Mi querido Rolando —decía Lupe, a medida que avanzaban entre los grupos de gente, entre el humo y las risas y el olor a bebida —. Mi querido Rolando, ¿quién es esa belleza?

—Una chica que quiere ser artista.

Teresa, acompañada de un joven pálido, de bigote negro, se acercó hasta Olga.

—Aquí la tienes, Lumière —señaló a Olga—. ¿No es bellísima?

—Sí, mucho —aceptó tímidamente.

El periodista se sentó a su lado. Olga hizo todo lo posible para causarle buena impresión.

—¿Ningún productor se ha fijado en usted, Olga?

—No, señor. Apenas empiezo.

Lumière se levantó.

—He tenido mucho gusto en conocerla. Usted puede hacer una carrera. Desde este momento soy su amigo. Cualquier día de éstos la mencionaré en mi columna.

Olga se lo agradeció. Cuando quedaron solas, Teresa le palmeó una pierna:

—Lo has hipnotizado, mujer. Durante un cuarto de hora estuvo mirándote desde aquel rincón. Por fin preguntó si te conocía. Por eso lo traje. Suerte que tienen las bonitas como tú. ¡Cuántas estrellas quisieran ser amigas de Lumière y que él les publicara algo en su periódico! Sólo Cantú Robert es más famoso que… Aquel muchacho caminó derecho a ellas y le hizo un cariño a Teresa en la mejilla.

—¿Cómo está mi debilidad esta noche?

—David, ¡dichosos los ojos! ¿Cómo has estado?

David se dejó hundir en el sofá. Encendió un cigarro y después dijo:

—Estuve filmando en Veracruz. Ya sabes qué molestas son las locaciones. Pero, ¡ésa es mi carrera! —De pronto advirtió que no estaban solos. Mirando a Olga emitió un silbido admirativo—. ¿Y quién es esta monada, Teresa?

—Es Olga Lang. Una muchacha que vale la pena.

—Soy David Silva. Y vaya que la vale. ¿Estás en el negocio?

A Olga le disgustó que la tuteara. Secamente repuso que no estaba en el negocio.

—Pues mereces estarlo. Para uno que es galán, es un verdadero sufrimiento besar a esas cacatúas que se dicen estrellas. Hacen falta muchachas como tú, jovencitas, lindas…

Teresa opinaba que la fiesta era aburrida y propuso que salieran a divertirse a otro lado.

—David, ¿por qué no traes a un amigo para formar un cuarto?

El galán que sufría besando a las cacatúas opinó como Teresa y consideró que la idea era magnífica. Pero Olga protestó firmemente:

—Vayan ustedes. Yo estoy muy cansada…

—Pero, Olga, no seas ridícula.

Forcejearon un minuto. Olga no mudó de parecer. Dejó la copa a un lado y fue a buscar su abrigo.

Cuando pasó entre los hombres, sintió cómo sus miradas se concentraban en el movimiento de sus caderas.

—¿Se va tan pronto?

Rolando Vidal la ayudaba a ponerse el abrigo. Olga dijo que se sentía cansada y con sueño.

—No la culpo, querida Olga; la envidio. Quedarse hasta el fin y no poder censurar la calidad de la bebida, es el mayor sacrificio de los anfitriones.

La acompañó hasta la puerta. Cálidamente oprimió su mano:

—Buenas noches y felices sueños.

II

Luis Arvide colocó el saco en el respaldo de la silla. Se aflojó el nudo de la corbata. Le tiró un periódico sobre la mesa:

—¿Leíste eso que dicen de ti?

Olga no podía comprender esa actitud evidentemente hostil de Luis Arvide. Había entrado sin saludar, como si ella no estuviera en su apartamento. No había siquiera mirado el juego de té, dispuesto ya sobre la mesita, al lado de la cama, allí donde a él le gustaba encontrarlo. Sólo había botado el periódico.

Olga leyó:

«Lo mejor de la fiesta ofrecida por Rolando Vidal a Lupe Vélez, la otra noche en su penthouse de la Reforma, fue la presencia de esa maravillosa criatura que se llama Olga Lang. ¡Recuerden su nombre! Será famoso…».

—¿Y qué fiesta fue ésa, Olga?

Ésta prefirió mentir. No recordaba que Lumière había prometido mencionarla en su columna. Habían transcurrido cinco días y optó por no hacer comentarios sobre ese hecho sin importancia.

—Se me olvidó decírtelo, Luis. Fue una reunión sin interés. ¡Ya hasta ni la recordaba! Además, telefoneé a *Excélsior* para avisarte… Pero, no seas niño, por favor; nada pasó para que te pongas lleno de celos, como un tonto.

Lo atrajo hacia ella y comenzó a besarle amorosamente los oídos, los labios.

—No pienses nada malo. No tengas celos. El único hombre por quien voltearía en la calle, eres tú.

III

—Si salgo bien en la prueba, me darán el papel. ¿No es maravilloso?

Olga dijo que lo sería.

A Teresa le parecía que el auto iba demasiado lentamente. La carretera de Tlalpan se metía, brincando, bajo las ruedas. Los árboles corrían en sentido contrario, con mayor prisa que el coche.

—Imagínate: trabajar con Lupe Vélez.

En el estudio resonaban los gritos de los electricistas, los martillazos de los carpinteros que daban los últimos toques a los sets. En un rincón, bajo el largo brazo del micrófono, estaba la cámara. Agrupados tras ella, unos hombres con ropas de colores, lentes ahumados, mascadas detonantes y boinas vascas.

Olga y Teresa se escurrieron a un rincón. Era como estar en la sala oscurecida de un cine, o en un teatro, al borde mismo de las candilejas.

En el espacio iluminado por los reflectores Arturo de Córdova besaba apasionadamente el cuello de Lupe Vélez. Olga estaba conmovida. Pero algo debió salir mal, porque uno de los hombres de boina gritó: «¡Corte!». Se repitió la escena cuatro veces. Allí dentro del estudio olía a cola, a cremas rancias, a humedad. Todo era sórdido y polvoriento. Las personas caminaban en puntas y el menor ruido era apagado a gritos.

—Arturo, por favor —gritaba el director—. Ponga atención a lo que hace. Bésela así, con fuego, no como si tuviera usted dolor de estómago.

Una maquillista silenciosa retocó el rostro de los artistas. Una chicharra demandó silencio y el grito, ordenándolo, repercutió en cien ecos. Se escuchó el ronronear de la cámara, antes de cerrarse el *blimp,* y la escena pudo, al fin, ser filmada a satisfacción de todos.

Dieron una hora para comer. El director caminó al rincón donde se hallaban Olga y Teresa. Las midió de un vistazo. Se dirigió a Olga:

—Bueno, vístase. ¿Qué diablos espera? Ahorita vamos a hacerle

esa prueba.

Olga, toda cortada, dijo que no era ella, sino Teresa, quien iba a actuar.

—¿Y por qué usted no? —rugió el director.

—No sé —repuso débilmente, con ganas de llorar.

—Bueno, quien sea; pero pronto —apuntó a un sitio ubicado al fondo del estudio—. Allí puede cambiarse de ropa y ser maquillada. Tiene diez minutos para todo.

Media hora después comenzaba la prueba. Olga estaba nerviosísima, viendo cómo las luces se enfocaban sobre Teresa. Había poca gente en el set. Las demás habían ido a comer. Tras algunas recomendaciones, el director ordenó «¡silencio!» y luego «¡cámara!».

Teresa equivocó un par de veces sus parlamentos, antes de poder recitarlos de corrido. Hubo otro «¡corte!» estentóreo y las luces se apagaron. Sin hablar una palabra el director abandonó el foro. Ambas permanecieron mirándose, sorprendidas, mudas.

Cuando, al anochecer, se filmó la última escena del día, resueltamente el director se acercó a Olga:

—¿No desea que la lleve a la ciudad?

—Muchas gracias, señor. Pero me están esperando ya.

—¡Okey! —alzó los hombros el director y le volvió la espalda.

—¡Cómo eres tonta, mujer! —le reprochó Teresa, cuando caminaban por la calzadita enarenada—. ¡Despreciar así a uno de los mejores directores de México!

Olga estaba fatigada y guardó silencio. Luis las aguardaba. David salía en ese momento e invitó a Teresa a subir a su automóvil, un Lincoln de medio uso. Cuando los miraron alejarse, Arvide preguntó:

—¿Qué tal te fue?

—Bien —y se puso a contarle cuanto vio y escuchó en el estudio. Cómo la había impresionado aquel aparato, aquel rito de la filmación. Cómo había envidiado a Lupe Vélez y a quienes con ella trabajaban en la película. Cómo se había sorprendido el director cuando le dijo que era su amiga, y no Olga, quien iba a someterse a la segunda prueba.

Viajaban en un auto de alquiler, cuando él habló:

—Un director de cine sabe su negocio y su olfato no le permite equivocarse. Si se llevó chasco contigo quiere decir que vales.

Se detuvieron en el restaurante alemán de Insurgentes que frecuentaban. El violinista tocaba las mismas piezas sentimentales de siempre. Pidieron cerveza y salchichas asadas con puré.

—¡Hasta cuándo he de esperar, es lo que me pregunto! —Olga pronunciaba con lenta amargura, sin disimulo—. En este negocio del cine tener escrúpulos es como ser ciego o manco. Los escrúpulos estorban. Tengo una ambición y para satisfacerla haré lo peor, si

haciéndolo obtengo lo que busco. Si no es por la puerta principal, entraré por la de atrás, como otras tantas que ahora tienen gloria, fama y dinero. No me importa que la llave para abrir esa puerta sea mi cuerpo.

No pudo dormir esa noche. Teresa volvió ya bebida a las cinco de la mañana. La escuchó cantar un largo rato en el baño. Ella sentía hinchados de fatiga los ojos. Pensaba en Luis y en que, indudablemente, le había dolido lo que ella dijo en el restaurante. «El cuerpo como llave». ¿Y por qué no? Se dicen tantas cosas falsas sobre las estrellas de cine, que nada de particular tendría que en su caso se dijera lo mismo. Además, para la tarde de ese día tenía una cita definitiva con el mismo productor de la ocasión anterior.

IV

—Es un papel excelente —decía él, apurando el último trago de whisky.

Olga quiso rehusar, pero ya su amigo había ordenado nuevas bebidas. «Estoy un poco ebria», pensó. Sentía la cabeza flotando en densas nubes de aguardiente, y los párpados como de plomo. Encendió un cigarrillo. El hombre se había acercado más y presionaba con la rodilla los muslos de la muchacha. La jaqueca le trituraba el cráneo y sufría un terrible malestar, un mareo asfixiante. Y el otro hablaba y hablaba, echándole a la cara su aliento de alcohol y comida.

—Un papel excelente —decía él—. Uno de ésos que consagran a quien lo haga. Desde que la conocí, vi en usted a la intérprete ideal.

El whisky era fuerte. Lo cató él en largo paladeo, Olga apenas si dejó que sus labios rozaran el vaso.

—¿Y cuándo comienza su película, señor Fierro?

—Muy pronto —repuso él, vagamente.

De la barra del Tony's, se desprendió un hombre vestido de oscuro. Se acercó a la mesa y palmeó la espalda de Fierro, mirando a Olga fijamente. Era guapo, alto, en plena madurez. Tenues canas daban a su cabeza un toque de varonil elegancia.

—¡Qué milagro verlo por aquí, Fierro!

Éste lo invitó a sentarse y luego presentó a Olga. El hombre retuvo aquella mano un instante entre las suyas:

—A los pies de usted, señorita Lang.

—¿Sabe usted quién es nuestro amigo? —indagó Fierro.

Olga tuvo que decir que lo ignoraba.

—Nada menos que el hombre más importante de la industria. El banquero de todos los productores —dio un sorbo a su *high ball*—. ¡Rodrigo Lemus, el factótum del cine mexicano!

Un caliente golpe de rubor le encendió el rostro. ¡Rodrigo Lemus! Claro que había oído hablar mucho de él, pero lo imaginaba de otro modo, como todos los banqueros: gordo y aburrido.

—¿No es usted dispéptico, señor Lemus? —disparó de pronto, sin pensar.

Los dos hombres se miraron un segundo. Lemus soltó la carcajada:

—No, señorita Lang. Aún no soy lo suficientemente rico para darme el lujo…

—Pero no le falta mucho… —completó Fierro.

Entonces rieron los tres. A Olga le agradó la voz de Lemus y supuso que había estudiado el modo de hacerlo, con un estilo suave, quedo, con matices dulzones pero agradables. Sus facciones eran regulares; sus manos cuidadas, pálidas. Una esmeralda cuadrada ponía un golpe de color en ellas. «Es un tipo elegante», juzgó.

—El golf —indicó Lemus— me permite dos cosas; no tener abdomen y por unas horas olvidar a los productores, que nunca se cansan de pedir dinero…

Trajeron un *old fashion* para Lemus, y Fierro propuso un brindis:

—Por Olga Lang, la más bella aspirante a artista que he visto.

Abochornada, Olga bajó los ojos y levantó su vaso. Lemus sonreía con cierta ternura paternal:

—Maravillosa mujer, ciertamente —y entrechocó su copa con la de ella.

—Seré yo quien la haga famosa, Lemus. Irá de estrella en *Canto de amanecer*…

—¿Y cómo va eso? Oí decir que tenía ciertas dificultades.

—¡Oh, no! No hay dificultades. Los créditos están por concederse… Aunque —Fierro parpadeó, eructando— nadie mejor que usted lo sabe. ¿Verdad?

Aquello comenzaba a aburrir a Olga. Los dos hombres pasaron quince minutos discutiendo sobre cosas que ella no entendía. El ambiente del bar subterráneo del Reforma era pesado, azul e irrespirable, y se puso peor cuando Rico Pani, ya muy bebido, comenzó a aullar desde la barra.

—Bueno —escuchó que decía Fierro, al cabo de un tiempo—. Nos vamos, mi querido señor Lemus.

Éste volvió a presionar su mano, cálidamente.

Salieron a la noche. Ella no tenía noción del tiempo que había transcurrido. Pero debía ser muy tarde, porque los faroles alumbraban. El aire le pegó en el rostro y terminó de marearla. Sintió un gran alivio cuando llegaron al automóvil. Durante unos minutos tuvo los ojos fijos en las luces que corrían por el suelo, siempre adelante del motor. «Estoy borracha», reconoció. ¡Cómo le pesaban los párpados, llenos de un polvo que le arañaba las pupilas! Hubiera deseado dormirse allí mismo. El auto se detuvo.

—Es mi casa —dijo Fierro, cuando Olga preguntó dónde estaban —. Venga, pase.

—No —rechazó.

Él la tomó del brazo, firmemente y la empujaba hacia el vestíbulo, iluminado y desierto. Olga sintió que los altos tacones de sus zapatos se hundían en la alfombra beige.

—Es necesario que de una vez conozcas tu papel. Por eso te he traído —iba diciendo Fierro, mientras el elevador automático trepaba lentamente.

Luego, le dio un beso. Olga Lang quiso zafarse, reaccionar en bofetadas. Pero iba infinitamente cansada.

El apartamento era amplio, confortable. Olga se desplomó en el primer sofá. Él la ayudó a quitarse el abrigo y encendió una veladora.

—Tengo el mejor whisky de México —presumió Fierro—. Tuyo será el privilegio de probarlo.

Regresó de la cocina con una charola que contenía vasos, agua mineral y cubos de hielo. De un armario de cedro tallado sacó una botella oscura. Mezcló las bebidas y le ofreció una a Olga. Fue a la mesita y tomó un libreto.

—Toma. Es el *script* de la película. Tú serás Leticia, la heroína.

Olga apartó el vaso e intentó leer las páginas. Ante sus ojos se mostraban grandes plastas de caracteres ilegibles, grupos de letras y frases que no le decían nada. Cerró los párpados y echó la cabeza hacia atrás. Fierro retiró el libreto y la besó en el cuello. Sus manos torpes le exploraban los senos.

En su ebriedad, indefensa, Olga Lang percibió el rumor de las últimas palabras:

—Serás famosa. Yo te haré famosa. Nadie habrá en el cine como tú.

V

Cuando abrió los ojos, vio asomado sobre el suyo el rostro de Teresa. Trabajosamente se incorporó a medias. Tenía el estómago revuelto y en todo el cuerpo una lasitud mortal.

—Buena la corriste anoche, muchachita…

Olga quería que la dejaran en paz, que su amiga se callara o se fuera. Buscó un cigarro en el buró, con mano temblorosa. Teresa la empujó suavemente hacia la almohada.

—Descansa. Yo te los traigo…

El humo le supo horrible y sintió náusea. Sobre los labios despintados pasó el secante de su lengua. Repentinamente, sufrió la inhibición de saberse con mal aliento. Fue al baño y cepilló sus parejos dientes. Teresa preparaba una taza de café en la cocina.

Sobre el buró, el reloj despertador marcaba las cinco y media. Chorros de luz oblicua entraban por la ventana. Entonces comenzó Olga a centrarse en la realidad. Teresa puso entre sus manos la taza del fuerte café amargo. Al llevársela a los labios, vio que temblaba. Bebió unos minutos, en silencio.

«¿Qué hice anoche?», se preguntó y trató de reconstruir el rompecabezas de los recuerdos.

Estaba consciente de haber bebido con el productor y de haber conocido a un banquero, o algo así, de pelo cano. El hilo se rompía allí.

—Llegaste a las siete de la mañana… —dijo Teresa—. ¡Y en unas fachas! Tuve que pagar al chofer, pues en la bolsa traías todo, menos dinero —mostró a Olga la cartera de cuero color tabaco—. Todo, hasta esto…

Era una prenda íntima, la más íntima que las mujeres usan. Olga se la arrebató con furia y la miró con un brillo de odio en los ojos apagados.

—No te sulfures, pues cada quien hace con lo suyo lo que le place… Sólo que —titubeó— procura no traer eso tan a la vista…

Terminó Olga su café y con los pies pesados y la cabeza dándole vueltas, se metió al baño. El agua helada de la regadera la despejó un poco, aunque no pudo aliviarla del mareo ni del amargo sabor del vómito.

—Luis estuvo llamando todo el día —gritaba Teresa desde el cuarto.

Olga se sobresaltó. Cubriéndose con la toalla, asomó la cabeza.

—¿Qué le dijiste? ¿Vino?

Ante el espejo, comenzaba Teresa la tarea laboriosa de embellecerse:

—No, no vino. Le dije que habías tenido que salir desde temprano, pero que volverías pronto. Cada media hora llama, como un loco celoso… —Con el rostro lleno de crema, Teresa giró sobre sí misma y la encaró—: Y, chiquita, la próxima vez arregla tus líos de modo que yo te invente un buen pretexto. Porque Luis bramaba de coraje…

Olga metió sus largas piernas en pantalones y se tumbó en la cama. La luz del sol y los ruidos de la calle la molestaban. Con los ojos cerrados dejó pasar el tiempo; y ya fresca y lúcida, pudo hilvanar detalles olvidados. Aunque vagamente, recordó el paseo en auto, el elevador y que en sus manos había tenido un libro, un *script,* que no pudo leer. Y ¿luego?

Pero aquella prenda en la bolsa de mano era demasiado reveladora.

Se dio cuenta de que estaba llorando.

VI

Aunque habían transcurrido dos días, Olga seguía enferma e irritable. Tuvo una violenta discusión con Luis y se prometió no verlo más. Pero la ira de las primeras horas dejó lugar, al desaparecer, a una nostalgia infinita por ese hombre, joven y tierno como un niño, a quien amaba a veces por encima de todo; aun de sí misma.

Fue en su busca para decirle la verdad; confesarle lo ocurrido. Pero ¿cómo reaccionaría él? Todavía pensaba hacerlo al subir la última escalera de *Excélsior*. Mas, al verlo tan animoso y sonriente tenderle las manos como si nada hubiese pasado entre ambos, comprendió que nada arreglaría, pues hay cosas, y ésa era una de ellas, que ningún hombre es capaz de llegar a entender jamás.

Salieron a la noche caliente y caminaron sin rumbo una hora, hasta que Luis propuso que fueran al departamento. Era una noche como la de tres días antes, también caliente, también profunda, pero distinta por el hombre que la acompañaba.

—He conseguido algo estupendo para ti —anunció él.

Sentía por Luis un cálido afecto sin medida; un sentimiento gozoso y limpio. Lo amaba aquella noche con una fruición total y agradecida. Le encantaba escuchar su tibio aliento en los oídos y aspirar aquel peculiar olor de su moreno cuerpo esbelto.

—Se trata de que poses para anunciar un nuevo refresco. Se harán millones de carteles con tu retrato y serás tan famosa como la modelo de Coca Cola. A las cinco de mañana, en Lady Baltimore.

VII

Había poca gente y le fue fácil localizarlo en una mesa del fondo. Al verla, los dos hombres se levantaron. Quien acompañaba a Luis era alto, moreno y de profundos ojos verdes que hacían más atractiva su madurez. Antonio Ferrer dijo que se llamaba.

—¿Qué le parece? —preguntó Luis.

El publicista la miraba con ojo experto:

—Preciosa…

—Es la modelo ideal, Ferrer.

Mientras ella bebía su té con estudiada elegancia, Luis y Ferrer discutían las condiciones del contrato. Olga sentíase un poco incómoda y pretendía ignorar de qué hablaban los hombres. De reojo la miraba el publicista, como calculando si la mercancía estaba de acuerdo, en calidad, con el precio que iba a pagar. Los vio luego estrechar sus manos y darse mutuas palmadas.

—Pues bien —exclamó Luis—. ¡Todo arreglado!

—Y la felicito, señorita Lang —dijo Ferrer, sacando del portafolio unos papeles—. Firme aquí.

Olga consultó con la mirada a Luis, antes de garabatear su nombre sobre la doble línea punteada.

—Se harán quinientos mil carteles a todo color y otros tantos a líneas —explicaba Ferrer, y luego, en catarata de palabras, añadió—: La veremos en todas las ciudades, en todos los pueblos y aldeas; en las casas. Olga Lang, ¡usted!, será símbolo maravilloso de la hermosura de las mujeres mexicanas…

Guardó Ferrer la pluma y extrajo una cartera:

—De acuerdo con lo convenido —extendió ante Olga un papel verdoso— aquí tiene usted un anticipo de su sueldo. Mil pesos…

Sin mirarlo, Luis dobló el cheque y lo echó a su bolsa.

—Mañana —indicó Ferrer al despedirse, en la calle oscurecida de crepúsculo—; mañana comenzaremos a trabajar.

Durante toda la semana Olga estuvo ocupadísima en el estudio

de César Cervantes, un fotógrafo competente y bien relacionado con los políticos, a quienes insistía en presentarle. Luis pasaba por ella todas las noches a las siete, e iban al cine, a cenar o a ver a Cantinflas, el cómico incomprensible que llenaba el Follies.

Cuando terminaron las fotografías, Olga recibió otros mil pesos. Esa noche, por primera vez desde que se conocieron, ella propuso ir a un cabaret. Bailaron hasta la madrugada.

VIII

Ahora, Olga Lang era quien buscaba a Fierro. Tras mucho insistir por teléfono, consiguió una cita, en Sanborns. Él había sugerido encontrarse en un bar, pero ella rehusó.

Fierro pidió una taza de té, tras disculpar su retraso de media hora.

—¿Para qué soy bueno? —deslizó con fría displicencia.

—Es lo que yo quisiera saber. ¿Para qué soy útil yo?

Fierro tomó su tiempo, encendiendo un cigarrillo:

—No sé de qué me hablas, criatura…

Olga se mordió los labios con furia. Comenzó, lentamente:

—Si tiene usted buena memoria, recordará que habíamos quedado en discutir mi participación en su película…

—Cierto.

—Pues, bien: como ha pasado bastante tiempo desde entonces, creo que ya habrá usted tomado alguna decisión respecto a mí…

La escuchaba con una desdibujada sonrisa en los labios. Alrededor se movían meseras vestidas de indias, clientes, curiosos; se escuchaban voces apagadas y sonar de platos.

—La he tomado, Olga… —había en su modo de decir las cosas un retintín irónico. Ella sintió que se alteraba.

—Mire, Fierro, quiero ver claro, saber cuándo empiezo, cuánto voy a cobrar…

El productor aplastó el cigarro en el plato. Se echó un poco para adelante:

—Quisiera poder decirte que mañana mismo. Sin embargo, las circunstancias me lo impiden…

—¿Qué circunstancias?

Fierro alzó los hombros y reasumió su tranquila actitud de sonriente indiferencia:

—¡Los créditos, por ejemplo! Son pocos los que meten dinero al cine, y sin valientes con dinero no hay películas.

—Pero, usted lo sabía aquella noche…

—Claro que sí, criatura linda. No creas que mi ofrecimiento fue falso. No, Olguita; es bueno, muy bueno. Soy gente seria y me gusta tratar con quienes también lo son. Te ofrecí un papel y lo tendrás… —hizo ademán de acariciar a la mujer.

—No juega limpio, Fierro, y no le creo una sola palabra.

—Cálmate, muchacha. La película se hará y tú serás la estrella. A propósito —se tornó confidencial—, aquella noche olvidaste el *script*. ¿Por qué no vamos por él y terminamos de bebernos el whisky que sobró?

Olga Lang, enfurecida, tomó su bolsa y se fue. Fierro la miró cruzar por entre las mesas, sonrió y comenzó a reconstruir los incidentes de aquella noche.

IX

La oficina olía a madera nueva, a muebles flamantes, a tabaco importado.

Olga Lang estaba asustada y contenta. La campaña de publicidad a base de sus retratos había sido un éxito. Un millón de carteles reproducían su imagen sonriendo, en traje de baño, de amazona, de deportista. Aunque ignoraba su nombre, la gente la reconocía en todas partes, comentando:

—¡Ésa es la muchacha de los anuncios!

Era ella, en efecto, la muchacha de los anuncios. Y esos anuncios le habían conseguido, sin buscarla, una cita con el gerente de una de las compañías productoras más poderosas de la República.

Los hombres que la estaban mirando, respondieron unánimemente «¡Sí!», cuando Manuel Jiménez, director as de la empresa, preguntó:

—¿No es tan maravillosa como les había dicho?

—No sólo eso —explotó el gerente, un hombre gordito, calvo, de espesas cejas de gallego—. Olga Lang será la más grande luminaria que hayamos lanzado.

Manuel Jiménez anunció, ceremoniosamente:

—Señorita Lang, está usted en el primer peldaño de la fama. Mañana la someteremos a una prueba completa de maquillaje y actuación. Por la ropa no se preocupe. Yo la llevaré. —Tomó un *script* forrado de verde; marcó varias páginas—. Aquí tiene su papel. Estúdielo.

Cuando salió a Ejido, Olga Lang pisaba los algodones del estupor. Tenía en sus manos la oportunidad anhelada. Los magnates de la empresa estaban locos por ella. El mejor director haría el *screen test.*

—¡No fue tan difícil como creí! —se dijo en voz alta, mientras se dirigía hacia la bulliciosa y tibia avenida Juárez.

I

Durante unos minutos contemplaron cómo la crema de cacao ardía dentro de las copas:

—Es el principio de nuestro triunfo, Luis.

—De un triunfo. El mío aún no llega; aún no se adivina.

Olga estaba feliz, en aquel cuarto en penumbra. Por la tarde la había llamado Manuel Jiménez para decirle que la prueba era excelente y para invitarla a la primera exhibición esa noche en los estudios CLASA.

Tierno como siempre, aunque quizá un poco distante, Luis remarcó que esa prueba, realizada en difíciles condiciones de improvisación, sería para Olga la llave que le abriría, en el futuro, las puertas del éxito.

—¿Ves —dijo ella— cómo no fue necesario llegar a los extremos?

Pero, cuando lo dijo, sabía que estaba mintiendo. Las copas dejaron de arder. Quemaban cuando las tomaron:

—Por ti —propuso él, sencillamente.

—Por tu vida; por nosotros. —La voz de Olga fue como un eco. Si Luis le hubiera podido mirar el rostro, habría visto que sus ojos estaban lejos; que su mente se hallaba en otra parte.

La sala forrada de corcho estaba llena de gente, que hablaba, reía y fumaba en abundancia. El operador apagó las luces y en la pantalla comenzó a proyectarse la prueba. Olga sentía un bochorno incontenible al verse en el celuloide. Durante un largo intervalo prefirió cerrar los ojos. Allí, en la oscuridad cubicada, se encontraban los potentados de la empresa, el director y otros tipos a quienes no conocía.

De pronto alguien exclamó:

—¡Perfecta! —al tiempo que sonaban unos aplausos.

Se encendieron las luces y Olga se vio rodeada de todos aquellos hombres, que le tendían la mano y la felicitaban por ser bella y talentosa. Sentíase torpe, confusa y con ganas de huir.

—Señorita Lang —ante ella, el gerente se frotaba las manos—, la felicito y me felicito por haberla descubierto. Desde que la vi, vaticiné que usted sería la más fulgurante luminaria de las pantallas mundiales. Lo que hemos visto me da la razón. Tenemos, Jiménez y yo, grandes planes para usted…

Jiménez la condujo nuevamente a la ciudad. Olga sufría una embriaguez extraña, no sentida nunca antes. No una embriaguez como la del alcohol o el placer, sino distinta, que localizaba en su cabeza y en su estómago. Mientras el coche rodaba por la carretera oscurecida, Olga Lang sentía que las pantorrillas le temblaban como si fueran de gelatina, y en la boca el amargo sabor de la bilis.

Manuel Jiménez empezó a tutearla:

—Eres el mejor prospecto que he tenido… —Sus comentarios eran deshilvanados, hechos al cabo de largas pausas—. Y el gerente se ha vuelto loco por ti… Hemos descubierto una mina; un diamante sin pulir… Tú, Olga Lang, serás mi obra maestra; la perfección fílmica de nuestro tiempo. Esta ciudad se rendirá a tus pies. Sus hombres: los ricos, los pobres, los poderosos, los débiles, todos se humillarán a tu paso o cerrarán los ojos para no deslumbrarse con tu hermosura…

Tales palabras le parecían exageradas; pero, muy en lo íntimo, le agradaba escucharlas. ¡Era el principio del camino! ¡Era lo que ella pedía: la oportunidad de oro!

En el Paseo de la Reforma, Manuel frenó su auto frente al bar California:

—Tomaremos un trago a tu salud…

Olga iba demasiado emocionada para rechazarlo. Aceptó, a sabiendas de que por la mañana se sentiría mal, con dolor de ovarios.

—¡Pero, qué importa! —habló en voz alta, echando la cabeza sobre el respaldo.

Manuel se volvió:

—¿Qué es lo que importa?

—Nada. Sólo lo bueno; este momento.

Consumido el quinto coctel, Jiménez propuso que fueran a su estudio.

Olga no estaba aún ebria y se negó:

—No eches a perder la noche con una porquería.

Con seriedad visible, Manuel Jiménez puso en marcha el motor:

—¡Okey! Guardaremos la pureza de esta hora…

—Porque —expresó Olga en un bostezo— para todo hay tiempo…

II

El resplandor de un anuncio de gas neón latía sobre el piso de mosaicos amarillos del café, Bucareli crepitaba de murmullos, a esa hora de la tarde. Ruidosos tranvías trotaban hacia La Piedad o, viniendo de ésta, enfilaban rumbo a la curva rechinante de El Caballito. Los papeleros formaban grupos a la puerta de *Excélsior,* esperando la salida de *El Redondel.* En la barra, el chino colocaba pan en las charolas. Lentas y pintadas, las meseras transportaban vasos de leche con café. Era diciembre, pero el calor zumbaba fuera, en el prolongado otoño, al otro lado de los vidrios.

—No tienes razón para estar celoso —dijo Olga.

Llevaban un largo tiempo sin hablar. Habían salido del apartamento a las cuatro, después de comer algo que ella preparó. Caminaron lentamente, tomados por el brazo, sobre Insurgentes. En los solares vacíos los chicos jugaban beisbol. Los trenes bailoteaban en los rieles, con un prolongado chillido de acero viejo. Había en el aire una placidez, una satisfacción sedante. Se detuvieron en una esquina, a escuchar un cilindro.

—Son los últimos —había expresado Luis—. La tradición que se pierde…

Aunque todos los días pasaban por allí, hasta entonces notaban que a los lados de Insurgentes se agrupaban nuevas casas, nuevos edificios y rojas estructuras metálicas alzaban al cielo sus crucigramas de viguetas. Camiones rechinantes eructaban gasolina en su carrera sin objeto, al lado de otros que, como ellos, discurrían sin urgencia.

Caminaron más de una hora. Al desembocar en el Paseo de la Reforma, el verde follaje eterno les echó sobre la cara una vaharada de frescura. Luis venía silencioso y ceñudo y comenzó a recriminarla inopinadamente por su amistad con Manuel Jiménez.

—Todo mundo sabe que andas con él.

—Es mi amigo. Es el director de la película en la que voy a trabajar.

—La gente tiene otra versión y te señala como su amante…

Ella no había respondido. Sólo movió la cabeza, con una sonrisa amarga en la boca. Detestaba las discusiones. Más bien, las evitaba porque no sabía discutir sin exaltarse. Entonces le temblaba la barba, se le encendía el rostro y a los ojos transparentes asomaba la furia líquida de las lágrimas. Desde que él le hiciera ver que debía rehuir cualquier fricción verbal, porque se veía ridícula y tonta, Olga resolvió no argumentar con nadie. Menos con Luis.

Por eso fue que se había limitado a encoger sus hombros, tragándose un torrente de explicaciones que hubieran resultado inútiles.

—Son mentiras, y tú lo sabes mejor que nadie, Luis.

—Yo sólo sé que Jiménez está contigo a todas horas.

—Comprende que es parte de mi obligación, parte de mi interés.

Entraron al café, que olía a leche dulzona, a grasa quemándose en la cocina. Bebieron un refresco. Luis seguía serio y seco. Por el fruncido garabato de su boca, Olga comprendió que estaba de mal humor y celoso.

—No tienes ninguna razón para estar celoso —reiteró.

Luis la golpeó con una mirada dura:

—¿No? —contempló sus puños desesperados. Luego alzó la cara —: ¿Y lo de ese… imbécil?

Ella puso su mano, pequeña, morena, casi infantil, sobre las de Luis. Sonreía con una ternura que no pudo dejar de afectarlo:

—No seas tonto, vida mía. Él y yo somos amigos. Salgo con él porque me conviene. Cuando me sienta segura de no necesitarlo, entonces —tronó los dedos—, entonces…

Luis Arvide trató de convencerse de que Olga decía la verdad. Pero el recuerdo de otras palabras, la amenaza de que, si fuera preciso, se acostaría con quien pudiera darle una oportunidad en el cine, estaba demasiado metido en su mente para olvidarlo.

«Le creo, se repetía, le creo cuanto me dice», pero ni aun así podía librarse de la sospecha de que ella hubiera hecho algo que él ignoraba; algo que jamás confesaría. Y no supo qué responderse cuando, en su interior, se formó una pregunta: «¿Confías en ella tan ciegamente como para creer que no ha llegado a ningún extremo; a ese extremo que ni tú mismo quieres reconocer?»

Ella seguía mirándolo, con su cara muy cerca de la suya, con los ojos entornados y los labios distendidos en una sonrisa de tierna inocencia.

—Pero, mientras lo necesite, no puedo dejar de frecuentarlo. Él me busca y sería una estúpida si provocara una ruptura… Es más —agregó—, detesto a Manuel Jiménez. Lo detesto, pero me sirve.

Y luego le reiteró, una vez más, que sólo un hombre le interesaba en el mundo.

—Eres tú, Luis. Sólo tú…

Al cabo de un rato de cavilación prosiguió:

—Enamorarme no entraba en mis planes. He conocido a muchos hombres. He salido con ellos. Pero nunca por mi gusto, por o para mi placer. Siempre por cálculo, por interés; porque pudieron ayudarme… Tengo veinticuatro años. No soy fea. Creo no ser tonta. Estoy mejor dotada que la mayoría de las mujeres. Cuando lo pienso, me odio por estúpida; por estar muy atrás de otras, que son brutas, ignorantes, cerradas.

Hablaba Olga Lang en voz baja, pero con firmeza. Como si con sus palabras quisiera convencer a Luis Arvide de que cuanto pensara o dudara, era falso.

—Somos iguales. Fríos, calculadores, crueles. Iguales, Luis. Sé —hizo más lenta su pronunciación—, sé que si algún día te estorbo no vacilarás en dejarme aunque me quieras. Y harás bien. Tu trabajo es primero. No lo tomaría a mal, no guardaría rencor. Repito ahora lo que tanto me has dicho: «No sientas lástima por mí, o por nadie. Eres tú, antes que los demás. Tú, lo que haces, lo que esperas».

A Luis le agradaba violentamente la forma de hablar de Olga Lang. Ese tono, esa decisión metálica, esa ausencia de sentimientos y de afecto. Quienes no lo conocían como ella, lo catalogaban entre los buenos y nobles. Fue necesario, para que él mismo dejara de creerse como no era, que Olga Lang entrara a su vida y, como un espejo, le mostrara su verdadero retrato. Su exacto modo de ser.

La escuchaba con fascinación temerosa, con miedo de que ella se dijera capaz de hacer lo mismo que ahora le recomendaba a Luis que hiciera:

—Nunca. Tú y tu trabajo antes. Y si yo, que tanto te quiero, llego a estorbarte, bórrame, olvídame… Ningún hombre, ninguna mujer debe ser para nosotros obstáculo o barrera…

La dejó hablar largamente, mientras fumaban cigarrillos americanos, mientras el café se llenaba de gente que venía de los toros o que salía del cine, al otro lado de la calle. Le gustaba oírla. Le aterrorizaba un poco su decisión para ver y hacer las cosas. A medida que intimaban, iba desapareciendo en él la confianza que le tuvo al principio, cuando era ella todavía misterio y secreto. Ahora la conocía demasiado para creerla sin reservas. Era esto, quizá, por lo que la amaba más.

—Tienes celos que son injustos y tontos. Eres tú el hombre de mi vida. No quiero ser cursi, pero así es. Eres mi amante y mejor amigo. El gran camarada que no creí encontrar.

Luis apagó el cigarro y le sopló el humo a la cara:

—Más que una mujer, eres un monstruo —dijo, sonriendo; aunque después se puso inmensamente serio al comprobar que había dicho una gran verdad.

Cuando llegaron a la avenida Juárez, el reloj luminoso del hotel Regis fijaba el tiempo: las 8:15. Ella le oprimió el brazo:

—Llévame a casa —urgió de pronto, haciendo señas a un auto de alquiler.

—¿Por qué tanta prisa? Yo creía…

Ella casi lo arrastró dentro del vehículo y gritó la dirección al chofer.

—Tengo un compromiso urgente. Pero ¡qué tonta fui por no recordarlo antes…!

Luis sufrió otro agudo pellizco de celos.

—¿Vas a verlo? A Jiménez, digo…

Olga se recargó más sobre su cuerpo:

—Sí. Me va a presentar con el argumentista…

Él estuvo mucho tiempo sin hablar, furioso, consumido de rabia. Cruzaron el Zócalo y el auto tomó por una calle recta mal alumbrada. Había frío en el aire, cuando descendieron.

Del coche negro que aguardaba ante la puerta del edificio, bajó un hombre.

—Olga —reclamó—, tengo casi una hora esperándote…

Ella, sobresaltada, retiró su mano del hombro de Luis. Éste miraba fijamente al que había hablado. Sintió que le temblaban un poco las rodillas. Olga se volvió:

—Manuel, te presento al señor Arvide…

Los hombres se dieron las manos, casi sin hablarse. Manuel Jiménez consultó su reloj…

—Apúrate, que llegaremos tarde…

Luis hizo un movimiento con la cabeza, dijo:

—Buenas noches —y se fue, caminando de prisa.

Olga subió a cambiarse.

Desde la esquina, Luis Arvide los vio pasar, diez minutos más tarde. Si hubiera tenido dinero suficiente para alquilar un auto, habría corrido tras ellos, para averiguar a dónde iban. Amargo de celos, con la boca llena de insultos y los ojos llenos de lágrimas los siguió con la vista, hasta que las lucecitas rojas del sedán se perdieron entre las de los otros.

—Golfa —escupió y fue caminando lentamente, sin rumbo, por las calles vacías y muy iluminadas.

Repentinamente, sintió deseos de estar con una mujer y se dirigió hacia las cuadras donde las prostitutas pasean desde el

anochecer.

Olga iba silenciosa. No podía borrar de sus ojos el gesto de Luis, cuando Manuel Jiménez le reclamó la dilación. Sabía que estaba lastimado profundamente. Al doblar la esquina lo había visto, con el cigarro colgando de su boca, y había adivinado la furia que estaría royéndolo en ese momento.

Jiménez ladeó el rostro hacia ella, ligeramente:

—¿Qué te pasa? ¿Dificultades?

Volvió Olga a su equilibrio mental:

—Nada. No sé siquiera en qué pensaba…

—¿No sería… en ese jovencito?

—¡Pero, Manuel…! —fingió un tono despreocupado.

—¿Es tu novio, verdad?

—¡Mi novio! ¡Qué cosas se te ocurren! Tú bien sabes que no tengo novio…

Manuel Jiménez iba sonriendo, con una arruga sardónica en los labios. Corrían ahora bajo los árboles de la avenida Chapultepec.

—No me gusta que a mis artistas —indicó— las acompañen sus mamás, sus novios, sus amigos. ¡Siempre estorban!

—Te digo que no es mi novio…

—Alguien te ha visto frecuentemente con él. Por eso, imaginé…

Sonrió ella brevemente:

—¿Estás celoso, Manuel? ¿Celoso tú?

Él se encogió de hombros. Iban llegando a una esquina y aminoró la velocidad:

—Lo digo por tu bien, Olga. No tengo celos. Como amigo acéptame este consejo: olvídate de noviecillos como ése, que te abaratan. Una artista no debe tener relaciones sentimentales. No pierdas el tiempo con ellos, que sin darte nada te quitan lo que puedes tener, o conseguir por otro lado.

Dejó descansar su mano sobre los duros muslos de ella. Olga quiso argüir algo. ¿Qué le importaba a él que tuviera o no amigos, novios o amantes? Pero decidió callarse.

La luz del semáforo era verde y el auto arrancó. Gritando una extra, los papeleros invadían la ancha calzada. Jiménez llamó a uno. Ante sus ojos, a ocho columnas, se desplegaba la noticia:

PEARL HARBOR ATACADO POR LOS JAPONESES

Olga comenzó a leer en voz alta:

Washington, D. C., diciembre 7 (A. P.) —Un sorpresivo ataque aéreo fue consumado esta mañana, por aviones japoneses, contra la base naval americana de Pearl Harbor. Se desconocen los daños causados. Se espera que de un momento a otro el Presidente Roosevelt dirija un mensaje a la nación. En círculos semioficiales se dice que la guerra es inminente…

Al terminar de leer, preguntó:

—¿Habrá guerra?

Habían llegado. Manuel Jiménez abrió la portezuela y le ofreció su brazo:

—¿Qué diablos nos importa si hay o no hay guerra?

III

Tuvo que marcar dos veces, antes de conseguir la comunicación. Pidió hablar con alguien del apartamento cuatro.

—¿Teresa? Sí, soy Luis…

Ella preguntó dónde estaba.

—Emborrachándome, en La Cucaracha… —se filtró por el hilo.

Teresa estaba en bata, con la cara pastosa por la fatiga y una greña cayéndole sobre los ojos.

—¿Por qué no vienes conmigo? —escuchó que le decía.

—Estoy en fachas…

—No le hace. Ven. Emborracharse solo es lo más triste del mundo.

Prometió Teresa reunírsele en media hora. Luis volvió a la barra. El cantinero llenó nuevamente la copa.

—¿Sabes? —tartajeó Luis. El hombre limpiaba con la jerga los anillos líquidos que los vasos dejaban en la madera—. ¡Las más golfas de todas son las mujeres golfas! Yo conozco una… muy bonita… pero muy golfa… muy, muy golfa.

Siguió así por cuatro copas más, hasta que llegó Teresa. Con torpe cortesía embarazada, Luis la piloteó hasta uno de los reservados de cuero café. Ella dejó resbalar su abrigo. Había poca gente bebiendo, hablando, masticando cacahuates.

—Dos whiskys dobles…

Teresa, la escudriñaba ahora, tenía unos pechos provocativos pero falsos. Iba descotada y con demasiado perfume. «Parece una puta del Waikikí», pensó Luis, y también que estando borracho no le importaría revolcarse con ella. «Voy a proponérselo», eructó, y sus ojos turbios siguieron lamiéndola.

Bebieron varias horas, hasta que el alcohol les pareció insípido. Luis estaba perdidamente borracho y tuvo un altercado a golpes con otro cliente, que tropezó con él. Teresa decidió que habían tomado bastante y propuso que se fueran:

—Todavía no… —tartamudeó él—. Estoy muy… pero muy triste.

—Vámonos —insistió ella, poniéndose el abrigo.

—Teresa, hermanita mía —lloriqueó, descansando su cabeza despeinada sobre el pecho de la mujer.

—Anda, ya no hagas escenas. Paga…

Luis comenzó a vaciarse los bolsillos, con ademanes torpes y sin sentido. Apiló sobre la mesa cubierta de vasos unos cuantos billetes. Teresa sumaba.

—No alcanza… —gruñó y tuvo que completar con su propio dinero.

El viento de febrero corría por Gante. En High-Life los maniquíes estaban elegantísimos e impecables, dentro de los escaparates llenos de luz. Luis comenzó a sentirse mal. Se arrimó a la pared y volvió el estómago. Tenía la cara verde y pálida.

Teresa llamó un auto:

—Voy a llevarte a tu casa…

—No tengo casa… no tengo casa —gritó él forcejeando. La gente había comenzado a reunirse y los miraba. Marejadas de ruidos de claxons azotaban al coche que impedía la circulación.

—Métete, idiota —Teresa le dio un empellón y Luis se golpeó contra el marco de la portezuela. De la frente comenzó a manarle un hilito de sangre.

—¿A dónde? —interrogó el chofer.

Teresa dio la dirección de su apartamento. En pequeñas gotas, la sangre salpicaba el traje de Luis.

—Soy muy infeliz, Teresa, hermanita. Ella, esa puta de Olga, tiene la culpa…

—No digas eso. Olga te quiere.

Se irguió él y le acercó la cara alcohólica hasta las narices:

—¡Me quiere…! No es más que una golfa, una gallina de muchos gallos… Una de lo peor. Si me quisiera, ¿se hubiera ido a Acapulco con ese jijo de Jiménez?

—Cálmate, niño. Olga es una gran muchacha. Te adora; yo lo sé… Si se fue, bueno, pues, lo hizo porque es parte de su trabajo. Sabes muy bien que están filmando allá.

Cuando llegaron a la casa. Luis Arvide roncaba desacompasadamente.

IV

El médico se quitó de los oídos el estetoscopio con el que había auscultado el pecho descarnado del hombre. En el cielorraso la sombra hizo lo mismo. Era un sujeto alto, flaco, cavado.

Se volvió hacia Teresa.

—Está muy enfermo el muchacho.

En los ojos de ella había angustia:

—¿Grave, doctor?

—Me temo que sí. La pulmonía es peligrosa, si no se le atiende. Va a necesitar una enfermera.

—¿Qué puedo hacer, doctor? Éste comenzó a guardar sus instrumentos dentro del maletín que había puesto sobre la silla. Permaneció un rato absorto, como si no hubiera oído:

—Cuidarlo, alimentarlo y hacer que tome esto…

Garrapateó dos docenas de palabras sobre una hoja de su recetario. Sopló sobre la tinta fresca y la entregó a la mujer. Luego insistió:

—Cómprelo inmediatamente.

Reiteró las instrucciones y se fue. Teresa lo acompañó hasta la puerta, después de pagarle los veinte pesos de la consulta:

—Gracias, doctor…

—Si no se mejora con las medicinas recetadas, llámeme. Puede venir la bronconeumonía y será necesario llevarlo a un hospital. En el papel encontrará el número de mi teléfono…

De puntillas volvió Teresa a la cama. Luis Arvide había enflaquecido terriblemente. Su cuerpo, tendido sobre el lecho de Olga, era sólo un largo montón de huesos descarnados. La cara, una calavera viva aún. Estuvo ella así media hora. La respiración del enfermo era trabajosa, silbaba. Le pasó la mano por la frente. Le ardía en fiebre.

Se levantó al escuchar un tropel en la escalera. Era Olga, con sus pasos presurosos y resonantes. Teresa abrió la puerta:

—¡Hola, guapa! —escandalizó Olga, tomándola por la cintura y

danto vueltas con ella—. ¡Te habrás portado bien, supongo…!

Teresa la jaló bruscamente.

—¡Shhhh! —demandó.

Instintivamente, Olga bajó la voz y miró por encima del hombro de Teresa, tratando de penetrar la penumbra del cuarto. Notó, entonces, que su amiga estaba en bata.

—¿Tienes algún amigo durmiendo allá adentro? —preguntó con malicia sonriente.

Por el primer tramo ascendían las pisadas de Manuel Jiménez, que transportaba las maletas de Olga. Teresa cerró la puerta sin hacer ruido.

—Es Luis.

—¿Luis? —Olga arqueó las cejas, disgustada—. ¿Y qué hace aquí, durmiendo? ¡Tú sabías que llegaba hoy!

En voz baja informó la otra:

—Lleva dos días aquí. Está gravísimo. Pulmonía. Hace veinticuatro horas que duerme. Acaba de marcharse el médico…

Escucharon a Manuel Jiménez resoplar al otro lado de la puerta. Olga había perdido su aplomo.

—¿Cómo le digo que se vaya? Lo invité a tomar una copa…

Sonaron tres golpecitos de nudillos en la madera. Teresa no perdió la serenidad. Apagó la veladora del buró:

—Dile que estoy enferma, que no hay de beber. Dile cualquier cosa, pero que no entre. O vete con él…

—Eso, no.

Olga abrió la puerta. Jiménez se sorprendió al ver la casa a oscuras. Introdujo los velices, acezando:

—¿Qué hay del trago prometido?

Olga casi lo empujó:

—Otra vez será, Manuel. Teresa está enferma…

El director alzó los hombros. Conforme. Con la boina vasca se abanicó la cara tostada por dos semanas de locaciones bajo el sol tropical de Acapulco.

Ella le puso las dos manos sobre el pecho y dejó que él la besara en la boca.

—Además, tengo un cansancio horrible. Voy a dormir.

Fingió un bostezo. Desde la oscuridad, Teresa contenía la respiración. Luis Arvide cambió de postura y emitió un sonido ininteligible; luego volvió a respirar agitadamente.

Olga Lang había empujado a Manuel hasta el pasillo. Allí lo besó en la frente y permitió otra caricia, en las caderas.

—Y mañana, señorita, llamado a las siete.

Bajó de prisa la escalera. Olga estuvo recargada contra el

barandal hasta que escuchó partir el automóvil.

El cansancio se había disipado de su cuerpo. Venía quemada, llena de vitalidad. Arrojó a un lado la chaqueta de cuero rojo y se acercó a la cama. De rodillas contempló a Luis. La luz de la lámpara, que Teresa había vuelto a encender, le abrillantaba los ojos.

Teresa se echó un abrigo encima. Olga lloraba en silencio.

—Voy a comprar las medicinas…

—¿Tienes dinero? —Olga extrajo la billetera de su bolsa. Pero Teresa había salido ya.

Cuando regresó, Olga habíase mudado de ropa y continuaba al lado del enfermo. A las once, Teresa le llevó una taza de café. No hablaron casi nada. El café, fuerte y amargo como ella, la mantuvo despierta —imponiéndose a la fatiga de dos semanas de trabajo y de diez horas de viaje por la carretera—, hasta las cuatro de la mañana. Teresa había dormitado poco más de una hora.

—Duerme un poco, Olga —recomendó.

—No tengo sueño —su voz sonaba a pastosa y cansada.

—Recuerda que tienes que trabajar mañana. Estarás horrible si no duermes, aunque sea un par de horas.

Olga movió la cabeza. Seguía aferrada a la mano inerte de Luis, que parecía quemar bajo las mantas. Teresa, quedamente, le relató lo que había sucedido, desde la tarde de la borrachera en La Cucaracha.

—¿Por qué lo quieres, Olga; por qué lo haces sufrir así?

Contempló Olga largamente aquella cara afilada y pálida, aquel cuerpo delgadísimo que fingía ser una arruga de la manta de la cama; luego, soslayó a su amiga:

—No sé yo misma por qué lo quiero. Me he enamorado como una estúpida. Lo quiero más que a nada en el mundo, quizá porque es la persona más afín a mí, a mis sentimientos e ilusiones, que he encontrado.

Media hora más tarde, Olga Lang, sin soltar la mano-brasa, dormía con la cabeza caída sobre el pecho.

V

—Ahora vas a conocer a los lobos mayores.

El nuevo y perfilado Lincoln blanco de Manuel Jiménez maniobró, con precisión, entre los otros automóviles. Apagó los fanales, suspirando:

—Gente de a un millón de pesos. Lo mejor de lo mejor.

Manuel había engordado unos kilos en las últimas semanas y se veía algo cómico con su flamante smoking. Olga Lang parecía una auténtica estrella, con aquel vestido perla, el primero que para ella diseñara Rolando Vidal.

Cruzaron el jardín. Suave música moderna escurría de los ventanales iluminados. Otros autos llegaban con más invitados, con más joyas y perfumes.

—Lobos de peligro para quien no sabe manejarlos. Inofensivos para quien, como yo, los conoce. Intelectuales de utilería; nombres que hacen noticias… ¡El mundo destinado a ser tuyo!

Era la casa de Dolores Rico, la estrella millonaria que cada mañana realizaba el milagro de ser más linda y joven que la anterior.

—Esto lo viene haciendo desde hace veinte años —murmuró Jiménez, que habíala conocido cuando ella vivía y filmaba en Hollywood y él era un simple extra anónimo.

En el vestíbulo se cruzaron con un tipo de barbita:

—Es Villaseñor, Eduardo Villaseñor. Banquero. Su mujer escribe obras teatrales —explicó él, por una esquina de la boca, mientras sonreía y saludaba por la otra.

Manuel opinaba que el caso de Lola Rico era, como el de la otra Lola famosa, único: fracasada como estrella del cine norteamericano, pero propietaria de una leyenda increíble de lujo, talento, aristocracia y buen gusto, había vuelto a México para ser luminaria de primera magnitud.

—Tienes mucho que aprenderle a Lola. Y, como tú, todas las principiantes. Igual que todas las mujeres intelectualmente famosas,

sostiene un prestigiado salón, que animan los genios menores. Éstos queman, para ella, el incienso del elogio, a cambio del mejor whisky de la ciudad.

Como la noche en que conoció a Lupe Vélez, sufría Olga la angustia inexplicable de enfrentarse a otra mujer extraordinaria, a la anfitriona de esa recepción que sería comentada, durante semanas, por los cronistas de sociales. Ir del brazo de Jiménez, a quien todos conocían y saludaban, no la libraba de su repentino complejo de inferioridad, de esa evidente sensación de saberse fuera de lugar. Como un parche en unos pantalones nuevos.

Cuando entraron a la vasta sala sintió que las rodillas se le hacían de chicle: blandas, débiles. Nunca, hasta ese momento, había visto tanta gente importante en un mismo sitio.

Le parecía hallarse ante una gran plana de periódico ocupada por fotografías de hombres y mujeres famosos; por fotografías que hablaban y se movían, que volteaban el rostro para mirarla y que comentaban cosas que no entendía, así que ella, del brazo de Jiménez, pasaba entre los grupos de pecheras, de escotes y caras maquilladas.

Eran nombres, sí, que hacían noticias.

—Allí está —susurró Manuel, enfocando su atención sobre una mujer morena que ocupaba el centro de un grupo.

A Olga Lang comenzaron a temblarle las piernas, y como si un líquido glandular, violentamente secretado, le corriera por las ingles. La saliva huía de su boca, evaporada por el miedo, dejando sólo un sabor amargo y desagradable. Lola Rico era, en efecto, una mujer deslumbradora. Sus rasgos perfectos, de india hermosa; su pelo, peinado con esmero; su vestido suntuoso y elegante; sus escasas joyas.

Olga sintió un agudo araño de rubor al notar que se había detenido de pronto, a mitad del salón, y que Manuel presionaba su brazo, quedamente:

—¿Qué te pasa, mujer? ¡Camina!

Y caminó, como entre nubes, los diez pasos que la separaban de la elegante mujer vestida de blanco. Quienes la rodeaban se abrieron en abanico. Todos con los ojos clavados en Olga.

—Lola, linda… —Manuel Jiménez hizo una profunda reverencia y besó la mano de la artista.

Viró hacia Olga y le tendió, graciosamente, la diestra:

—Lola, ésta es Olga Lang.

Farfulló Olga unas palabras atropelladas, al tiempo que bajo el maquillaje se le agolpaba la sangre. Muy lejano escuchó un revolar abejuno de elogios.

—Mi nuevo descubrimiento. La estrella joven —recalcó Manuel la palabra: joven— que lanzaremos este año.

La midió Lola, entrecerrando apenas los párpados, de cabeza a pies. Sonrió suavemente:

—Muy linda muchacha. ¿Artista, dice usted?

Y Olga volvió a sentirse ridícula cuando Manuel ponderó:

—Usted, Lola, es su actriz favorita.

—Se ve que es inteligente…

Cuando minutos después dejaron el grupo, pudo Olga respirar hondamente. Pero ya estaba ante un hombre gordo, descuidado en el vestir, de grandes ojos saltones, que se le figuró conocido. «¿Dónde he visto su cara?» Tenía algo de monstruoso y fascinante aquella cara de sapo, aquel cuerpo pesado y grotesco, que se inclinaba. Una mano fofa y casi femenina estrechó sus dedos helados.

—Olga, aquí tienes al más grande pintor del mundo…

El cráneo poderoso se ladeó en el pivote de su grueso cuello de toro, y la línea de los labios produjo:

—Diego Rivera.

¡Eso era: Diego! No le gustaba su pintura, pero le agradó conocerlo. Como fuera, Diego Rivera es un nombre de los que dan prestigio.

—Algún día —Manuel le palmeó familiarmente la espalda— pintará usted su mejor cuadro, maestro. Ese día, la señorita Lang será su modelo.

Diego Rivera sonrió socarrón y obeso. Más allá estaban Salvador Novo, Carlos Chávez, Rolando Vidal, Gaytán, Elizondo, José Mojica, Nacho Chávez, Beteta, el político Miguel Alemán, Xavier Villaurrutia, Manuel Jiménez pronunciaba los nombres, elogiando las respectivas capacidades de cada uno de ellos. Olga pensó que todo —la música, el ambiente, las luces, las bebidas, las personas— formaban parte de una película, maravillosa y eterna, de la que era actriz primerísima Lola Rico. Y deseó con toda su alma tener algún día su propia película humana.

Salvador Novo desperdiciaba su ingenio en frases demasiado sutiles para la gente de cine. Olga Lang lo encontró atractivo, divertido, simpático.

De pronto su mirada se detuvo en alguien, que bebía a solas en un rincón, al lado de una elegante lámpara de cobre. Dentro de su cuerpo se le rebotó el agua sucia de la malignidad. Se excusó rápidamente y cruzó el salón.

El hombre no la sintió aproximarse. Terminaba de encender un Lucky, cuando ella habló sin titubeo:

—Señor Fierro, ¡qué milagro!

Fierro se irguió como un muñeco de resorte. Miró a Olga de un golpe:

—¡Hola, Olguita! ¿Cómo te va? ¡Veo que prosperas! —trataba de recuperar su aplomo.

—Hago la lucha señor Fierro.

—Y bien, ¿cómo va todo? —se inclinó para darle fuego. Sus ojos sonreían vagamente a través de la gota de lumbre que hacía arder el cigarrillo.

—Como usted dice, prosperando… ¿Y usted? ¿Consiguió ya su crédito?

—Aún no, pero lo conseguiré…

—Y sus conquistas, ¿qué tal marchan? Porque imagino que el truco del papel sigue dándole resultados…

Fierro sonrió y alzó los hombros…

—Mientras haya tontas, el truco será bueno. Muchas caen… —le sopló el humo a la cara—. Y usted debe saberlo, señorita Lang.

—No crea, Fierro. —Olga alzó el cigarrillo y expulsó el humo por las narices—. Ahora, será muy difícil que me vuelvan a engañar. No tengo rencores. Es usted demasiado insignificante para que yo lo odie. Para su récord, apunte mi nombre entre quienes lo desprecian…

Fierro conservaba la sonrisa nadando en sus ojos saltones.

—Algo tiene que agradecerme, después de todo, Olguita. Fui yo el primero que descubrí su talento; para el cine al menos…

Olga dejó caer el cigarro a los pies de Fierro. Éste contempló la colilla, ribeteada de rojo por un extremo; miró después las caderas que se alejaban. Su pie remolió el cilindro de tabaco, al tiempo que volvía a beber de su vaso en recuerdo de la noche que las tuvo en su cama.

VI

Se disponía a oprimir el aro niquelado del claxon por tercera vez cuando apareció Luis con una maleta en la mano. Ella abrió la portezuela. «Pobrecito», se compadeció al verlo tan pálido y demacrado. La violenta luz de aquel mediodía de sábado lo obligaba a cerrar los ojos: dos rayas profundas en las cuencas. Miró el automóvil, reluciente y limpio, y se quedó inmóvil, sin hablar, con su maleta asida.

—Sube —urgía Olga.

Luis depositó el veliz en el suelo, junto a sus pies.

—¡Es el auto de Jiménez! —reconoció lentamente.

—Sí, es su auto. ¿Tiene eso algo de malo?

Se tornó irónico, enconchándose:

—Nada, para ti. Y de seguro piensas que para mí tampoco.

Cuando Luis se ponía así, Olga lo detestaba y sentía deseos de gritarle cuatro frescas y dejarlo. Pero, esa mañana especialmente, deseaba no causarle disgusto y agitación y estaba resuelta a ser tolerante como nunca para que él siguiera contento y feliz.

—Sube y no discutas. —Obedeció enfurruñado. Al arrancar, Olga añadió—: No importa de quién sea el coche; lo que cuenta es que en él vamos a pasearnos.

La carretera se alargó hora y media hasta Cuernavaca. Olga tenía habitaciones reservadas en el hotel Chulavista: dos cuartos separados entre sí por un pasillo. Preguntó él por qué tanto escrúpulo, allí donde nadie los conocía. Una sola estancia matrimonial hubiera sido mejor.

—Oficialmente, soy soltera —repuso, a medida que avanzaba detrás del botones que conducía el equipaje.

Por la tarde descansaron, tendidos en el pasto, al lado de la alberca. Luis estuvo haciendo fotografías y luego, con el disparador automático de la cámara, se tomaron una de ambos. Arvide se fatigó pronto y se acostó con la cabeza en los muslos de ella. Su rostro veíase

pálido y la piel se le oscurecía, en bolsas, bajo los ojos.

—Quiero que te pongas bien —deseó ella—. Quiero verte guapo y fuerte. Haré el milagro de que antes de un mes nadie te reconozca.

Cenaban cuando el mesero se aproximó:

—¿Señorita Lang? La llaman de México —e indicó que el aparato aguardaba en la administración.

Luis se quedó cavilando, mordido por los celos. Sabía quién era el que llamaba, aunque no hubieran pronunciado el nombre. «Es él», clavó las uñas en el mantel. «Es él; estoy seguro».

Quince minutos más tarde, Olga regresó. Al notar la cara intensamente pálida de Luis, que la miraba enmudecido y con fiebre, se alarmó:

—¿Qué te pasa? ¡Estás blanco como un papel!

—Nada —resopló él, bruscamente, haciendo esfuerzos por levantarse.

—Luis, por Dios —suplicó ella en voz baja—. ¡No comiences! ¿Qué he hecho ahora?

Lanzó sobre Olga otra lenta y larga mirada de odio:

—¿Era él, verdad?

Ella apartó los ojos:

—Sí; era él.

—Creí que nadie sabía dónde estábamos.

—Tuve que decírselo. Después de todo, me prestó su coche.

—Y… —titubeó él— ¿sabe quién te acompaña o imagina que estás sola?

Olga Lang sostuvo la mirada recta, relampagueante:

—No seas estúpido. —Hubo un silencio. Luego acercó más su silla a la de Luis y apoyó la cabeza de pelo castaño en su hombro—. ¡Dispénsame, vida mía! A veces, cuando te pones celoso y tonto, me desesperas. No quiero enojarme contigo. No quiero que peleemos. Todo es tan bello cuando estamos de buen humor, que es un crimen desperdiciar el tiempo en recriminaciones —hizo una pausa y frotó su mejilla contra la barba de él—. Tuve que decirle dónde estaba. Jiménez necesita saberlo, por si en el estudio se ofrece algo. Aún no termino la película…

Luis habló roncamente, mientras iba triturando un cigarrillo que no encendió:

—Me pides que no tenga celos. ¿Cómo puedo dejar de tenerlos si estoy enamorado de ti; si en mi presencia te llama otro hombre?

—Jiménez no es nada, nadie para mí.

—No, Olga. Jiménez es todo para ti. Dirás que no lo amas. Lo creo. Pero ¿estás segura de que él te busca exclusivamente por amistad y no porque sea tu amante, o porque espere serlo?

Olga no habló en varios minutos. Estaba roja. Alzó la cara y Luis vio en sus ojos la ira:

—¡Estúpido! —latigueó—. ¡Estúpido, imbécil…!

«Le ha dolido», pensó Luis y, de pronto, se sintió extraordinariamente tranquilo, vacío de celos y de coraje. Se tornó irónico y sus palabras cortaban finamente:

—Quizá tú también estés enamorada de él. Como sea, te dio la oportunidad que buscabas…

Olga emitió roncas frases de resentimiento desbordado:

—Puede que eso sea —su voz se hizo impersonal. Sonaba como uno más de los ruidos del comedor, dominados por la invisible languidez de la música.

—¿Ves cómo tengo razón? Tú también estás enamorada de él…

—Yo, Luis, sé agradecer los favores que me hacen. Sé pagarlos.

—No lo dudo. Te conozco demasiado. Es por ello, quizá, que no crea en ti ciegamente como antes.

—Piensa y cree lo que se te antoje.

Olga dejó a un lado la servilleta y se alzó, violentamente. A pasos largos cruzó el salón.

Luis la alcanzó en la terraza. A menta olía el aire tibio. Suavemente, la tomó del brazo frenando su huida.

—Ritmo, vida mía. Camina con elegancia y dignidad…

La mañana del domingo, regresaron sin hablarse. Olga frenó ante la casa de él, demostrando fastidio y cansancio. Luis la invitó a subir.

—No puedo…

—Okey, otra vez será.

Embragó Olga y él sonreía cuando arrancaba:

—Dale las gracias a tu amigo y dile que su auto es magnífico.

I

Grandes reflectores apuntalaban el cielo con chorros de luz azul. Frente al teatro Alameda se aglomeraba una multitud compacta y ansiosa. Largas culebras de coches reptaban, lentamente, por Juárez hacia Madero y formaban, bufando, increíbles nudos en las esquinas.

—Siempre pasa lo mismo: mucho ruido y pocas nueces… —comentó aquel hombre, con el cuello-periscopio estirado sobre las otras cabezas.

La mujer que lo acompañaba hacía esfuerzos por guardar el equilibrio, de puntillas:

—¡Qué más da! Podemos ver a las estrellas gratis…

Un auto negro avanzó a vuelta de rueda, entre la gente que le cerraba el paso. Los pescuezos se alargaban y las caras se untaban a las ventanillas. Del muro humano salió un comentario de admiración:

—Es Fernando Soler…

El maduro galán cruzó rápidamente entre los curiosos. Media docena de smokings le sacudieron las manos llevándolo, casi en vilo, al interior. El estruendo de las bocinas ahogaba las conversaciones.

El perfume que manaba de los trajes de gran precio, de los ricos abrigos de pieles, se mezclaba con el indefinible olor de la multitud que apoyaba su avidez contra la valla de policías.

De una limusina charolada, descendió una mujer morena, alta, guapa. Uno de los smokings le prendió una orquídea en el pecho.

—Es Gloria Marín. ¡La estrella!

La consideraban la más hermosa de las mujeres del cine: criolla típica. Llevaba relampagueantes joyas.

Cuando Olga y Luis llegaron, ya el rebaño humano había embestido victoriosamente contra el cordón policiaco, rompiéndolo. La multitud se precipitaba con gran estrépito por el pasaje, angosto como un toril. Para no ser arrollados, Luis la recargó a la pared. Como si fuera un tronco a la deriva, alcanzó a ver el rostro atezado de Cantú Robert, que lo saludaba.

Olga Lang iba bellísima. Había pasado dos horas en el salón de peinados, arreglándose el pelo y puliéndose las uñas. Teresa le ayudó en la tarea de meterse en el vestido perla que le diseñó Rolando; un delgado vestido que impedía usar nada bajo él.

—Llegamos tarde —reprochó.

No tenía Luis la culpa de que en cinco cuadras a la redonda no hubiera espacio para estacionar el automóvil que Enrique Borrego le había prestado. Olga se impacientaba y riñeron brevemente mientras corrían de Gante al teatro. Ella estaba enojada por no haber podido participar en el desfile de celebridades y resollaba incipiente ira.

—Si hubieras llegado antes por mí —machacó, sin mirarlo.

Luis no contestó, reanudando la marcha tras los curiosos. El malhumor de Olga aumentaba por segundos. De no haber ido tan linda se hubiera puesto a llorar, sólo para que él viera cuánto sentía pasar inadvertida, ignorada, revuelta entre aquella caterva de gente vulgar. Emplearon varios minutos en trasponer la apretada barrera de gente que se agolpaba en la puerta.

Los retrasados se acomodaban tropezando, encandilados. Muy atrás, Olga y Luis hallaron dos sitios juntos. La pantalla se iluminaba cuando los ocuparon.

TODA UNA VIDA

Con grandes letras apareció el título del film. Olga reconoció que no tenía razón para continuar enojada con Luis. No hallar sitio para el auto en una noche como ésa, no era culpa de él. En la oscuridad, buscó su mano y la enlazó con las suyas.

Siguieron desfilando títulos. Nombres: director, artistas, productor. Ella buscó sus lentes. ¡Los había olvidado y tendría jaqueca! Sin embargo, sentía una tremenda responsabilidad, como si de su trabajo dependiese el éxito o el fracaso del film. Verse y oírse en la pantalla producíale un agudo temor al ridículo, que la aplastaba.

Cien minutos más tarde, la palabra «Fin» ponía término a *Toda una vida* y a la angustia de la anónima señorita Lang.

Cientos de gentes de cine formaban grupos en el *foyer*. Arcady Boytler, rubicundo como un niño viejo, discutía sobre cacería con Emilio Azcárraga. Comenzaban a circular bandejas repletas de *high balls*. El primer impulso de Luis fue decir que era tiempo de marcharse. Detestaba las reuniones y especialmente ésa tan ruidosa y desagradable. Olga, sin embargo, parecía gozar la mejor hora de su vida.

En un rincón chisporroteaban las luces de los flashes fotográficos. Rodeaban a Gloria Marín las cámaras, las sonrisas, las

adulaciones.

—Ven, vamos a felicitarla —lo arrastró Olga.

Cuando pudieron llegar hasta Gloria, el último nombre del reparto, elogió cálidamente a la estrella:

—Estuvo magnífica, señorita Marín.

Gloria estereotipó otra de sus sonrisas y dijo fríamente:

—Gracias… —y sin más, se volvió hacia sus amigos.

Fingió Olga ignorar aquello y pretendió participar en la conversación, pero nadie la miraba siquiera. Para que no continuara poniéndose en ridículo, Luis la sacó de allí.

Entre aquel mar de cabezas murmuradoras y movedizas, Olga descubrió a Manuel Jiménez.

—¡Manuel, tu trabajo es maravilloso! —lo abrazó efusivamente. Luis, unos pasos retrasado, contempló todo con indiferencia.

Jiménez se libró de los brazos de Olga y con extraña seriedad se inclinó:

—Muchas gracias, señorita Lang…

Olga quedó perpleja y comprendió que algo debía ocurrir para que Manuel la tratara con tanta formalidad. Con la cara roja, el director añadió:

—Señorita Lang —recalcaba la seriedad de sus palabras—. Le presento a mi esposa.

Quien apenas rozó su mano era una mujer madura, alta, con un horrible pelo color zanahoria. La había visto con Jiménez, pero sin sospechar que fuera su mujer. La ajada piel de su cuello y la floja sotabarba decían que era mayor que su marido.

—¿Conque usted es Olga Lang? —el tono de su voz era impersonal, frío, desagradable. Sus ojos examinaron, en un relampagueo, a la muchacha.

Olga no supo comprender y asintió con la cabeza, bajando los ojos. No esperaba aquello y se sentía muda e imbécil.

—Mi marido me ha hablado de usted. Dice que tiene talento. Es la muletilla que usa en sus *flirts,* ¿sabe?

Olas de sangre caliente rebotaban en el rostro de Olga. Los ruidos se apagaban dentro de su cabeza mareada. Temió romper a llorar. La mujer la asustaba.

—No le crea todo lo que dice —agregó la del pelo color zanahoria—. No le crea. Su especialidad es engañar a las muchachitas tontas…

Jiménez escuchaba con la cara parda. Sobrevino un silencio. En el rostro de la esposa había una mueca hiriente y burlona. Volviéndose a su marido, preguntó:

—¿No crees que llegaremos tarde a la fiesta?

Manuel asintió mecánicamente y sin despedirse echó a caminar tras de su esposa que ya se marchaba. La alfombra, bajo sus pies, parecía cubrir un blando piso de aire.

Olga había quedado inmóvil, abrumada. Luis llegó suavemente:

—¿Qué te pasa? ¡Estás verde!

Se desquitó ella, barbotando:

—¡Estúpido, imbécil!

Inmutable, Luis colgó un cigarro de sus labios y le dio fuego.

—Creo que hay una fiesta, en El Patio, para celebrar. ¿No te invitaron?

Ella no respondió. Algunos habían visto desde lejos el incidente y murmuraban, señalándola. A paso rápido fue al guardarropa y retiró su abrigo.

—¡Vámonos a la casa!

Lentamente la muchedumbre se diluía en la avenida. Las redondas lunas de los faroles amontonaban tortillas de luz sobre el asfalto negro. Cerrando la perspectiva, el Monumento a la Revolución abría sus colosales piernas de cemento. Blanco y pesado, el Palacio de Bellas Artes parecía un muerto de mármol.

Tomaron Madero, con sus escaparates ciegos bajo los párpados de lámina. En Catedral, el reloj de carátula luminosa marcaba medianoche. Luis comentó, bostezando:

—Te miras muy guapa en la pantalla…

Olga miraba a través del cristal de la ventanilla las calles en tiniebla: nocturna y fugaz película sin sentido. El chispazo del fósforo alumbró brevemente. Iba llorando, envenenada de rabia, porque nadie le había obsequiado siquiera la limosna rutinaria de un elogio. «Soy una fracasada. No valgo nada». Y apretó los párpados para no derramar más lágrimas.

Ni se movió cuando el coche se detuvo ante la puerta. La pantalla de su mente estaba oscurecida. Luis rompió el silencio:

—Llegamos, vida mía.

En ese momento hermanaba los suyos a los sentimientos de la mujer. A él también le hubiera gustado escuchar aplausos, alabanzas y buenos deseos para ella, aunque fueran falsos y de compromiso. Tanto como Olga misma, Luis deseaba detener el tiempo y cambiar el destino que encierra.

—No es nada, corazón —habló con gran ternura. La atrajo hacia sí. La estilizada cabeza de Olga Lang quedó bajo sus labios. La besó. Sobre sus manos comenzaron a gotear las lágrimas.

Estuvieron sin hablar, pensando en quién sabe cuántas cosas, cerca de una hora.

Olga, pesadamente, abrió la portezuela. Bajó. Luis la acompañó

hasta el apartamento.

—Animo. Es sólo el principio.

Ella se dejó besar, insensible y ausente. Abrió la puerta. Sintió gran alivio cuando se vio sola, en el cuarto a oscuras. Sin desvestirse, se echó sobre la cama, para llorar, esa noche, todas sus lágrimas.

II

Del prado venía un húmedo olor vegetal. El jardinero coreano podaba de tallos y hojas muertas los arbustos florecidos. Deslumbrante y tibio, el sol iluminaba la gran estancia volada sobre la barranca y desde la cual, como en un set, podía verse la perspectiva total de la ciudad. En la casa de las Lomas el silencio era absoluto.

Manuel Jiménez encendió un cigarrillo y bebió un sorbo de café. A sus pies se apilaban los periódicos. Su mujer, en bata, con el pelo contenido por una red, engullía pequeños trozos de pan con mermelada.

—Son unos estúpidos…

Manuel arrojó el periódico y tomó otro. Buscó la crítica cinematográfica:

—Mira —dijo sin alzar la vista—. Mira lo que este animal dice: tonterías…

Ella prestó atención, masticando con excesivo refinamiento. Escuchaba leer a su marido. La voz era bronca, aguda:

> La película adolece de muchos defectos. El principal es, quizá, la falta de continuidad… Hacia la mitad de la cinta, los errores del director son aún más notables. Los personajes actúan sin sentido, pero la culpa no es de ellos, sino de quien no supo encauzarlos.

Desdeñó uno o dos párrafos. Casi bisbiseando continuó:

> Nuestros cineastas se han contagiado de genialidad. Ahora, al mismo tiempo, quieren ser todo. Esto pueden serlo quienes, en verdad, tienen talento. Manuel Jiménez no es de ellos.

Su mujer sonrió y siguió engullendo.

—Imbéciles que no entienden el arte —explotó Manuel—. Cretinos sin gusto ni imaginación, para quienes lo revolucionario, lo

moderno, lo que se aparta de lo común, es malo.

Ella sonrió de nuevo. Le divertía ver enfurecido a Manuel. Limpió la punta de sus dedos con la servilleta:

—No te sulfures. Son riesgos de tu oficio…

—No es un oficio. Soy artista, no artesano.

—Está bien —clamaba ella—. No necesitas insistir conmigo.

Jiménez aplastó el cigarrillo. Vestía una camisa rusa de seda color malva. La calva incipiente relucía sobre sus espesas cejas negras.

—Pocos directores —blandía el índice como látigo de uña esmaltada—, óyelo bien, pocos directores poseen mi preparación y mi cultura. A ellos los elogian porque pagan publicidad a los cronistas; porque hacen películas adecuadas a la mentalidad de los críticos mexicanos y, lo que es peor, de los críticos refugiados… Yo, que trato de llevar calidad, soy incomprendido, negado…

La mujer colocó, parsimoniosamente, un nuevo cigarrillo en la boquilla dorada. Encendió y estuvo un momento contemplando el humo, que se fundía en la luminosidad vegetal que entraba del jardín.

—Es guapa —dijo de pronto, como si echara a andar sus pensamientos.

—¿Quién?

—La chica de anoche. Olga, creo que se llama.

—Sí —continuaba él leyendo los periódicos.

—Seguramente está enamorada de ti. O tú de ella…

Manuel la encaró poniéndose en guardia, infinitamente quieto y expectante:

—¿Qué tratas de decir?

—Nada. Que seguramente la pobrecita se ha vuelto loca por ti. Tiene cara de ser lo bastante estúpida para estarlo…

—Olga Lang es sólo una mujer que desea ser actriz…

—O que desea ser tu amante, si no lo es ya.

—¡Por Dios! —rebatió Manuel. Así era siempre. La mujer decía, o insinuaba las cosas como sin querer. Luego comenzaba a llorar y a hacer detestables escenas melodramáticas—. ¿A qué viene esto? ¿Tienes celos? —dejó reposar los periódicos sobre sus rodillas. Enlazó sus dedos.

No contestó la mujer. Caminó hasta la puerta y estuvo contemplando el cuidado jardín. Permaneció un tiempo con los brazos cruzados, de espaldas a él. Giró lentamente y volvió al lado de la mesa. Desde lo alto de su estatura podía ver, en escorzo, la frente, los ojos, el aguileño arco de la nariz de su marido.

—Hace mucho que dejé de sentirlos, Manuel —enmarcó las cejas; frunció los hombros—. Me he acostumbrado a tus aventuras, a tus travesuras… Sin embargo —cambió bruscamente y su voz cortó

como un cuchillo de hielo—, nunca consentiré que te burles de mí, que me pongas en la boca del chisme. He leído que vives, como ahora dicen, un idilio con Olga. Que te acuestes con ella no me importa. Como amante, ¡psch!, no eres cosa del otro mundo. Lo que no toleraré, óyelo bien, es la burla: que en tu película sentimental me des el papel de la pobrecita esposa: de la víctima que llora y sufre y causa lástima. Recuerda que además de mi marido, eres mi empleado; un empleado de mi productora…

Iba Jiménez a argüir algo, pero ella continuó:

—Dudo, aunque opines lo contrario, que esa tipa valga cinco centavos como artista. No me interesa, ni me gusta.

—¿Qué quieres decir? —se sobresaltó él, débilmente.

—Quiero decir que esa muchacha no trabajará más para la empresa. Regálale una caja de medias y dile que tu mujer te pone ante la disyuntiva de seguir dirigiendo películas o irte con tu amiguita.

La pelirroja dejó caer la colilla en el cenicero y salió al jardín, donde el coreano terminaba de podar los rosales.

III

Luis dobló nuevamente el papel azul y lo devolvió a Olga. Ella alzó los hombros.

—Ya esperaba esto. Un cese nunca es agradable. Menos ahora cuando las puertas vuelven a cerrarse.

Por decir algo, él opinó que no perdía mucho abandonando la burocracia. El sueldo era escaso y así, libre, sin la obligación de ir todas las mañanas a una oficina, tendría más tiempo para dedicarse al cine.

—Servía, sin embargo, para pagar la renta —suspiró Olga.

Pasaron la esquina. Nunca como esa tarde le pareció a Olga Lang más sórdida y sucia la calle en que vivía, desde años atrás. En las paredes había pegados carteles de espectáculos, propaganda política, anuncios comerciales. Unos chiquillos jugaban futbol con una pelota de papel y trapo. Cáscaras y basuras se amontonaban sobre el asfalto. Ropa puesta a secar colgada de los balcones. Una mujer embarazada amamantaba su otro crío, meciéndose en un zaguán.

—No es problema, Olga; ya encontrarás algo. —Quiso luego ser jovial—: Para cualquier apuro te quedo yo. En cuanto lo desees, puedes hacer efectiva mi palabra de matrimonio.

—No digas estupideces, Luis —explotó ella.

Luis calló de golpe. Miró su cara pálida y trémula. La pelota de papel llegó a sus pies y la despidió de una patada. La barbilla de Olga temblaba de malhumor. Estaba irritada y llena de rabia desde antes de mostrarle el oficio de cese. La había puesto así leer las críticas de su trabajo. Una confusa mezcla de ira y vergüenza hervíale dentro del pecho dolorosamente. En la garganta la estrangulaba el nudo del llanto apenas contenido en un esfuerzo orgulloso.

—No puedo hacer nada —silbó trabajosamente cuando llegaron a la puerta. En los ojos espejeaba el llanto congelado—. Soy una fracasada, una inútil. Demasiado bonita, pero sin talento, dicen los periódicos. Esperé esta oportunidad durante años y ¿de qué me sirvió?

—Fracasar una vez, no significa ser una fracasada. —Trataba Luis de que ella tomara las cosas con calma—. La base de un triunfo duradero son, paradójicamente, algunas buenas derrotas. La adversidad enseña más que el éxito.

Olga no escuchaba esas frases de consuelo, tan cuidadosamente elaboradas. Su pensamiento seguía lejos, perdido en algún rincón de lo remoto. Le quemaban las palabras de la crónica: «Muy bonita, pero negada para el cine». Que era tonta fue lo menos que dijeron los periódicos. Luis insistía en que eran injustas las apreciaciones de los críticos y que no debía hacerles caso. Pero bien se daba cuenta ahora de que había equivocado el camino y que el suyo no era el del cine. «Soy pésima, insoportable».

En ese momento odiaba a Luis, odiaba la calle y también la habitación caliente y estrecha, que olía a cremas y comida y ropa tirada por todas partes.

IV

Durante un cuarto de hora marcharon sin hablar. El aire fresco que entraba por la ventanilla, oreábale el rostro, produciendo una impalpable frescura. Apenas si advirtió cuando Manuel oprimió el freno y detuvo el Lincoln.

Estaban al lado de una brecha de tierra, en las Lomas. A lo lejos, en el valle caliginoso, se extendía México.

—Olga… —habló él, e hizo una pausa.

Tenía Jiménez la boca seca. Durante aquellos largos quince minutos había tratado de construir un bonito discurso, un convincente discurso, para decirle con toda delicadeza, para no herirla, que debían dar por concluido el convenio económico-sentimental que los unía. Pero encontrar las palabras adecuadas resultaba endiabladamente difícil. Sentía por anticipado terminar la aventura de esa manera, pero no quedaba otro recurso. Como fuera, él sabía que arriesgaba más permitiendo que el *flirt* siguiera adelante, que cortándolo allí mismo cuando aún era posible.

—Olga —reanudó atropelladamente—, esto no puede seguir así.

—¿Qué, Manuel?

—Esto —accionó las manos—: La aventura absurda que vivimos.

Ella frunció el entrecejo sin comprender.

—Sí, Olga. Han ocurrido cosas… —tartamudeó—. Cosas para mí, difíciles de explicar y, para ti, de comprender.

—¿Qué tratas de decir, Manuel?

En una pausa eterna él encendió un cigarro y, sin mirarla de frente, añadió:

—Debemos dejar de vernos, por un tiempo. Ha sucedido algo… algo, muy desagradable.

—¿Tu mujer?

—Sí. Me hizo una escena. Es una estúpida mujer celosa. Sospecha que hay algo entre nosotros… y me exige que te deje.

Olga abatió la cabeza sobre su pecho. Un tenue vapor acuoso le

veló los ojos.

—¿Y tú qué piensas? —sorbió.

Manuel arrojó el cigarrillo a medio consumir. Retuvo el humo un segundo y fue soltándolo junto con su respuesta:

—Ya te lo dije. Terminar lo nuestro por un tiempo… Soy casado. Bueno, ¡a qué añadir más! Ella es la que tiene el dinero; es dueña de la compañía. Me casé con esa mujer porque resolvía mis problemas económicos y porque podía hacer mi carrera fácilmente. Sin su ayuda no hubiera conquistado la situación que tengo. Por un tiempo olvidé que soy una más de sus propiedades y cometí la tontería de enamorarme. Al principio creí que todo sería una aventura. Llegué a quererte, sin recordar que mi destino es otro, que me anima una ambición superior. Mi mujer me hizo ver claro… —Hablaba a borbotones, sin interrumpirse, sin mirarla—: Tú tienes talento, aunque ahora no lo reconozcan. Por desgracia no podré ayudarte más. Ella lo impediría. Sería el fin de tu carrera y de la mía…

Le tomó las manos, cálidamente:

—Tienes un destino, como yo tengo otro. Comprende lo que quiero decir. A mí, Olga, me costó mucho conquistar mi sitio. Se lo debo a ella y no tengo valor para dejarla; ni aun por ti.

Olga sentía que los oídos le zumbaban. Su cara descansaba inclinada, bajo el peso infinito del abatimiento. No quiso alzarle y dejar que él viera que estaba llorando. Aspiro profundamente y dijo:

—Llévame a casa.

Lentamente el automóvil comenzó a rodar hacia la ciudad.

V

Teresa terminó de empacar su ropa dentro de las dos maletas. Del tocador recogió frascos de cosméticos, tarros de crema Ponds, ganchos para el pelo, tubo de pintura labial, Kleenex y los echó en un pequeño veliz.

—Tienes que conocerlo. Es maravilloso —ponderó, volviéndose.

Sentado al borde de la cama, Luis fumaba en silencio, contemplándola en su trajinar. Al cabo comentó con pereza:

—Es buen torero…

—¡Claro que es un buen torero, un gran torero! El mejor novillero del mundo. ¡Y de un valiente que asusta!

—¿Y cuándo es la boda? —Luis colocaba la cabeza en la almohada.

Teresa se sacudió en carcajadas:

—¿Pero quién habla de cosas tristes: Luisito? Nada de boda. Amor, amor libre y sin medida. Hemos alquilado un apartamento que es un sueño. Una maravilla en la colonia Roma. Estás invitado a la inauguración. Será algo único…

En eso entró Olga. Venía fatigada. Dejó la bolsa sobre una silla y se echó, suspirando, sobre la cama. Estaba pálida y marchita. Perezosamente sacudió su brillante pelo castaño.

—¿Hubo algo? —preguntó Luis.

Negó ella con un cabeceo, librando sus pies hinchados de los zapatos de tacones altos.

—Nada. El papel ya lo habían dado a otra…

—Te digo —Teresa se dirigía a ella— que olvides tus sueños de artista y te cases o te juntes con Luis. Él gana bastante…

Iba Olga a replicar, pero se contuvo. Estaba demasiado abrumada para enojarse. Además, lo que pensaba contestar, que se fuera al diablo y la dejara en paz, hubiera lastimado, más que a nadie, a Luis. Éste, suavemente, salvó la situación:

—Y tú, Teresa —preguntó—, ¿dejas el cine?

—Pues claro, chico. Prefiero lo seguro. Me gusta vivir bien: comer tres veces al día; tener quien me vista, me desvista y me pague la renta. Mi amigo puede darme todo eso. ¿La fama? ¡Con la suya me basta!

—Un torero no es inversión segura…

—Éste, sí —Teresa aseguró la tapa del veliz y lo colocó en el suelo, junto a las petacas—. En la temporada grande le darán la alternativa y se cansará de ganar millones…

Olga había cerrado los ojos. El cansancio la paralizaba y las piernas comenzaban a dolerle después de caminar, caminar, azotando calles, todo el día; de aburrirse en las antesalas de los productores que luego de sonreírle repetían el disco: «Déjeme su teléfono. En cuanto tenga algo la llamaré. ¿Por qué no cenamos juntos una de estas noches?». Así, con un día igual al otro, habían transcurrido cinco semanas. En todo ese tiempo vio una sola vez a Manuel Jiménez. Tan gentil y amable como siempre, pero frío en su reserva, arregló que le pagaran los mil pesos que la productora le adeudaba al liquidar el contrato. Luego de interesarse vagamente en sus planes para el futuro, le había besado la mano deseándole la mejor suerte del mundo. Vio Olga que al entregarle el dinero, se libraba el director de una molesta carga.

Cuando Teresa anunció que se mudaba, Olga tuvo miedo. Estaba cesante y sin esperanza inmediata de conseguir empleo en el cine. En estos días amargos, en que todo lo que le rodeaba parecíale odioso e insoportable, llegó a pensar en entregarse a quien pudiera darle un papel. La impulsaba a ello no tanto el temor a la cesantía, sino el deseo de demostrarle a Manuel Jiménez que no necesitaba de su ayuda para continuar trabajando. Pero el teléfono siguió mudo cinco semanas.

«Estoy peor que al principio», pensó. Luis y Teresa continuaban conversando. El eco de sus voces sonaba, sin forma ni sentido, dentro de su cráneo resquebrajado por la jaqueca. La amiga se iba esa tarde y Olga tendría que sufrir la soledad de aquellas paredes cubiertas de mohoso papel tapiz. La aterraba pensar siquiera que Luis insistiría en casarse o en que vivieran juntos. Eso era imposible ahora o mientras Olga Lang no creyera agotado su esfuerzo por conseguir el triunfo. ¿Valía la pena insistir? Si una puerta se cierra, decíase, otras se abren. Pero ¿cuándo, dónde? Tener los ojos cerrados le producía alivio. Aislada del mundo exterior comenzaba a gozar, muy lentamente, del descanso de sus músculos, de la calma física de su sangre. Después de todo, su situación económica, por el momento, no era desesperada. Le quedaban ochocientos pesos en efectivo, suficientes para comer y pagar la renta durante otros dos meses. En sesenta días podrían

ocurrir muchas cosas. Y si no ocurrían, pues le quedaba Luis como último recurso.

—Están invitados… —las voces entraban de nuevo a sus oídos cuando abrió los ojos. Era Teresa quien hablaba—: Será un fiestón bárbaro…

Luis transportó los velices hasta la puerta cuando sonó abajo un claxon y Teresa chilló que venían por ella. Un chofer los recogió sin hacer preguntas.

—Bueno, me largo —dijo con tosca ternura. Una lagrimilla tembló en sus pestañas al abrazar a Olga y a Luis, apretadamente—. De veras siento irme, pero así es la vida. Y la vida hay que vivirla, como sea o con quien sea… —En la puerta se volvió—: Linda, si aparecen los amigos diles que salí de viaje, o lo que se te ocurra. Con el lío que tengo me basta. ¡Baay!

Y bajó, trotando, los polvorosos peldaños de madera.

VI

Aquel hombre sonrió levemente y ocupó una de las tres sillas vacías.

—¿No me recuerda, Olga? —preguntó, con la cara ladeada.

Era joven, rubio, de rostro sanguíneo. Los impresionantes anteojos de miope hacían más desagradable su cara de torta. Prendes, a esa hora, bullía como un mercado en domingo. Todas las mesas estaban ocupadas y los ruidos de las voces, de las órdenes de los platos, flotaban en la atmósfera gelatinosa de humo y olor a comida. Salvador Novo comía en la mesa contigua, pero no la reconoció. Eran las dos y media de la tarde y Olga comenzaba a temer que Teresa y su amigo no llegaran. La tranquilizó comprobar que por lo menos tenía con qué pagar la cuenta.

—No; no lo recuerdo —dijo fríamente.

Al principio creyó que se trataría de uno de esos frescos, que abundan en todas partes y que se insinúan con gran cinismo a las mujeres, cuando las ven solas. Pero cuando él pronunció su nombre fingió interés, al tiempo que sin dejar de mirarlo trataba de ubicar su cara en el archivo de su memoria.

—Nos presentó Manuel Jiménez, en la fiesta de Lola Rico. ¿Recuerda?

Olga no lo recordaba; estaba segura de no haberlo visto nunca antes, pero hizo un «¡ah!», que le salió muy bien.

—Y dígame, Olga, ¿qué cuenta Manuel? Hace siglos que no lo veo.

Le chocaba a Olga el tono familiar que el otro empleaba al hablarle. Mentalmente deseó que se fuera; que Teresa llegara en ese momento y la salvara de aquel sujeto confianzudo y desagradable.

—Yo tampoco lo he visto en mucho tiempo —repuso—. Desde hace meses.

El de los gruesos lentes hizo un aspaviento:

—¿Cómo es eso? Manuel y usted eran grandes amigos, ¿verdad? ¡Así que se han separado…! —movió la cabeza como si lo dudara.

—No. Simplemente, él está demasiado ocupado en sus cosas y yo en las mías…

Pasó un mozo y la cara de torta viró hacia él, llamándolo con el chasquido de sus dedos:

—Dos martinis… —y luego, a Olga—: Yo siempre tomo martini, y supongo que usted beberá lo mismo.

Confirmó Olga su impresión del primer momento: en aquel sujeto había una familiaridad insoportable, un modo de ser chocante y empalagoso. Habíase puesto a hablar de cine. En el minuto que transcurrió desde que pidiera las bebidas, hasta el momento en que el mozo las trajo, no cesó de mover los labios y de repetir nombres de gentes famosas.

—Todas ellas la pueden ayudar, Olga. Basta que yo les pida algo para que, así —volvió a tronar los dedos de uñas manicuradas—, me lo concedan.

Alzó la copa y brindó:

—Por usted, Olga, que es tan bella como inteligente —dio un pequeño sorbo—. Pero ¡qué gran majadero soy! Aún no le he dicho mi nombre, que estoy seguro nunca ha oído. Edmundo Sisler, rumano de profesión… —sus tacones se entrechocaron bajo la mesa.

Bebió Olga brevemente. Era ésa la primera vez que probaba el martini y no le agradó su gusto seco y fuerte. Sus ojos encuadraron, de pronto, a Teresa que escoltada por un adolescente, lampiño, alto y delgado, la saludaba desde lejos, con aspavientos.

—Olguita —Teresa demostró un gran gusto al encontrarla, pero frenó su entusiasmo al ver que no estaba sola.

Hizo Olga las presentaciones:

—La señorita Teresa Mallén… El señor…

—Sisler; Edmundo Sisler… —los tacones volvieron a sonar.

El adolescente murmuró algo inaudible y alargó a los otros su fría mano sudorosa. Lo aplastaba encontrarse allí, en el restaurante atestado, entre gente desconocida. Bajó los ojos, enrojecido. Sisler apuró el resto de su martini, hizo una pequeña reverencia y se despidió:

—Estaremos viéndonos, Olguita.

Cuando quedaron solos, Teresa indagó:

—¿Quién es ese tipo tan raro?

—Ni yo misma lo sé. Dice que fuimos presentados en una fiesta.

El chico espigado continuaba de pie, al lado de la mesa. Teresa le tiró del saco:

—Siéntate, Chavalillo…

Ordenaron la comida a un mesero canoso, de cejas negras. Teresa fumaba en larga boquilla dorada. Su prosperidad era evidente

en las gruesas pulseras de oro. Su traje, aunque caro, le parecía a Olga impropio para esa hora caliente del mediodía. De reojo observó a Chavalillo, el novillero de moda: no tendría más de veinte años y la palidez de su rostro impresionaba. Le agradaron sus manos finas.

Teresa ponderó los encantos de su amigo, que volvió a enrojecer como una muleta de torear:

—¿No es estupendo? Joven, ardiente, valeroso —pellizcó en su arrebato las mejillas del torero—. ¡Un estuche de monerías!

Comieron opíparamente. Teresa hablaba a todo ruido, soltando palabrotas y carcajadas. La gente empezó a mirarlos con insistencia divertida. Olga tenía jaqueca y ganas de irse. La sobremesa se prolongó hasta muy tarde y en ella hablaron lo mismo de los apoderados maricones que invadían el campo taurino, hasta los feos trajes, recargados de lentejuela, que diseñaba Royer. Chavalillo no pronunció una sola palabra.

Cuando salieron, el aire de la calle alivió el bochorno de Olga. Bajo una fuerte luz plana, que rebrillaba en las ventanas y en los coches, fueron por el auto a Bellas Artes. Era un Packard de lujo, con toldo de lona. Los asientos quemaban por tan larga exposición al sol.

—En este coche va todos los domingos a la plaza. ¿Verdad pichón?

El pichón dijo que sí, sin despegar los labios.

La llevaron a su casa y los invitó a subir. Se excusó Teresa, prometiendo volver otro día. Olga dijo que le agradaría mucho que lo hiciera. Cuando por fin se fueron, subió rápidamente las escaleras, se cambió de traje y vistió pantalones. Tomó un libro y esperó a que en la marmita hirviera el agua del café.

I

La escena representaba un cabaret. Hombres y mujeres, con ropa de etiqueta, ocupaban las mesas alrededor de la fingida pista de baile. Hacía calor. Una pesada atmósfera de cosméticos, sudor y pintura fresca dificultaba la respiración. La cámara había sido emplazada para la próxima toma.

—Señorita Lang —demandó el asistente.

Olga saltó rápidamente de la silla y cruzó el set, aglomerado de partiquinos y trabajadores.

—¿Lista? —dijo quien la había llamado, empujándola hacia el campo visual de la lente.

Olga Lang se pasó la lengua por los labios resecos. Comenzó a latirle fuertemente el corazón.

—¡Echa aquél! —demandó el hombre y la luz de un potente reflector bañó el traje de baile de Olga.

Al otro lado de las luces que la cegaban, de esa catarata blanca y caliente que le exprimía el sudor bajo la costra de pintura y polvos, Olga escuchaba apenas el murmullo apagado de las bocas que escupían órdenes. Jack Draper, el camarógrafo, la puso nerviosa con su exposímetro. Alguien pidió silencio y el set obedeció. El golpeteo de una tos despedazó en los rincones.

Con su gran saco a cuadros y su mascada roja, ahorcándolo, Chano Urueta, el director, se plantó ante Olga:

—Ahora, muy seriecita. Cuando el galán pasa ante usted, le guiñará un ojo y le dirá: «¡Hola, guapo!». Luego, balanceándose provocativamente, caminará tras él. ¿Entendido?

—Sí, señor —indicó, al tiempo que mentalmente repetía las instrucciones.

Salió Chano del círculo luminoso y se acomodó en la silla de lona. Tras una bambalina, Olga miró de reojo al galán. Con un pincel, la maquillista le retocaba el trazo del bigote.

—Silencio… ¡Acción!

El chico de la pizarra la hizo chasquear ante la cara de Olga. Aquel imperceptible ronroneo de la cámara quemando celuloide en sus entrañas de precisos engranes, le recordaba el maullar de los gatos satisfechos. Con desenvoltura mundana, el galán fingió su entrada al cabaret. Depositó abrigo y sombrero en el guardarropa; miró lánguidamente las mesas; encendió un cigarrillo y cruzó ante Olga.

Arqueó una ceja y de su boca emergió una sonrisa de tenorio. La muchacha dijo simplemente:

—Hola, guapo…

Un grito furioso estremeció el foro:

—¡Corte! ¡Cooorte!

De un salto Chano llegó hasta Olga, que sintió que las piernas se le volvían de trapo. Un murmullo ondulante recorrió las mesas. Ella estaba aturdida. El galán borró de sus labios la sonrisa y, con un gesto agrio, salió del cuadro dentelleando su fastidio.

—Señorita Lang —pronunció Chano lentamente, con pesadas palabras de enojo—, lo que estamos haciendo es serio. Costoso, señorita Lang; cada escena echada a perder vale miles de pesos.

Sufría Olga un bochorno de muerte; una vergüenza que la hacía añicos. Trató de encontrar el error, la falla; pero su mente estaba demasiado aturdida, demasiado confusa y asustada. Y el director, ante ella, martilleando una mano contra la otra:

—Además, me está usted haciendo perder el tiempo. Van cinco tomas y usted no ha podido recitar, repetir correctamente esas dos palabras: «¡Hola, guapo»! —Chano se oprimía las sienes con los puños —. Es usted pésima: he visto mujeres brutas, pero como usted, ninguna… Hágame el favor de cambiarse de ropa…

Olga, llorando, corrió rápidamente hacia el camerino colectivo de las comparsas. Más que por ciertos, aquellos insultos le dolían porque Chano los echó a su cara en presencia de todos. Lloraba sacudida por un agudo ataque nervioso. Cruzó el pasillo y el verde aire fresco que venía de los jardines del estudio la alivió un poco. Sobre el pecho, haciendo surcos claros en el polvo ocre, resbalaban sus lágrimas.

Sólo una muchacha, en fondo, estaba en el vestidor. Apenas si alzó la cara cuando azotó la puerta. Olga se dejó caer sobre un banco, frente al espejo enmarcado de focos. Estuvo casi un minuto. «Debo estar horrible», se sorprendió pensando. «He visto mujeres brutas, pero como usted ninguna…» Las palabras le habían calado hondo. Se enfrentó al mercurio laminado. Su rostro era desastroso. Sufrió otro acceso de llanto convulsivo y dejó que las lágrimas se vaciaran libremente. No sintió que alguien se paraba, a su espalda.

—Hágame el favor de devolver el vestido —escuchó que le

decían. Un poco atrás, reflejada en el espejo, veía a Carmela, la encargada del guardarropa. Se levantó pesadamente. Junto a ella había otra chica.

Carmela le ayudó a quitarse la ropa. La muchacha en fondo silbó admirativamente cuando la vio desnuda. La otra se metió dentro del traje que Olga se había quitado, y volvió al set.

Mecánicamente, Olga se cubrió con la bata que llevaba en el maletín. El sueño había terminado. Sólo quedaba vestirse y salir a la ancha calle del fracaso. Volvió a llorar sobre sus manos.

—¿Qué te pasa, muchacha? —dijo la que había silbado.

—Déjame en paz —gimió Olga.

Durante un largo silencio, la otra fumó. Olga sentíase libre del peso de su llanto. Ausente y torpe comenzó a vestirse.

—Toma, fuma. Te hará bien —invitó la otra.

Sin mirarla, Olga aceptó el cigarrillo y aspiro el humo. La sacudió un violento acceso de tos.

—Nada de lágrimas, mujer. ¿Qué te hicieron?

—No importa…

—¿Insultos? ¡Bah! Así son todos: léperos, groseros… ¿Eres nueva en este negocio?

Dijo que sí, con un movimiento de cabeza.

—Entonces, no lo tomes en serio —la otra formó con los labios un anillo de humo—. Al principio, las peladeces, duelen. Después una hace concha. Pero si no te mueres de hambre.

La escuchaba sin oírla. Estaba pensando en el incidente del set. Y la palabra «bruta» le dolía más que el peor de los insultos. Sintió que volvería a llorar. Se alzó bruscamente.

—¿Sabes que tienes un cuerpo fantástico?

Por instinto Olga se cubrió los muslos con la falda de la bata.

—¿Cómo te llamas? —seguía mirándole las caderas, los senos, las piernas.

—Olga…

La chica se recargó en el tocador. No era bonita y sus piernas apenas aceptables. Pero emanaba de ella algo perturbador, que cohibía a Olga.

—Aparte de en esto, ¿en qué otra cosa trabajas?

—Por ahora, en nada…

—¿Eres… casada?

—No. ¿Por qué? Y tú, ¿quién eres?

—Una del montón: Marcia Fernández. Y ¿a qué te dedicas, pues?

—¿Qué quieres decir?

—Pues, ¿no sales con amigos, no tienes quién te ayude?

Olga la miró boquiabierta y dijo que no.

—¿Tienes todavía tus seis centavos?

—¿Qué?

—Digo, ¿eres virgen?

Como Olga, estupefacta, no respondiera, Marcia prosiguió:

—Sea lo que sea, estás perdiendo el tiempo, allá y aquí. ¿Qué haces por las noches?

—Leo, duermo…

—Muchacha de mi alma, ¡qué dices! ¡Con ese cuerpo que tienes, con esas tetas que Dios te ha dado, y lees!

Con la colilla del anterior, Marcia Fernández encendió un nuevo cigarro. Le acarició el pelo. Olga se retrotrajo, temiendo que Marcia fuera una de esas chicas raras que abundan entre las extras y de las que tantas historias se cuentan.

—No eres casada, no tienes amigos, no vives más que del cine —enumeró—: en una palabra, eres una tonta. Con ese cuerpo —dibujo con ambas manos una silueta sinuosa— puedes hacer fortuna. Esto de trabajar por unos pesos diarios no es negocio, sobre todo para una mujer como tú, como yo. Abre los ojos, avívate, si no quieres vivir de limosnas. Yo podría ayudarte…

—¿Cómo?

Marcia se acercó más. Antes de responder miró en torno, como temerosa de que alguien escuchara:

—Mira, tengo una amiga. Esa amiga tiene una casa, muy elegante, a la que van hombres ricos. Si quieres, te puedo presentar con ella…

—Eso es prostitución…

—Llámalo como quieras. De esa casa salió —se inclinó y le dijo al oído el nombre de una famosa estrella del momento— y salió en plan de gran señora.

Olga terminó de vestirse. Prefería no escuchar aquellas palabras. Muy cerca del espejo se retocaba cuidadosamente la pintura de los labios.

—Búscate un viejo rico y todo será pan comido…

—Creo que no me entenderías…

—Yo —continuó Marcia— tengo amigos. Déjame presentártelos. Comprende que debemos ayudarnos unas a las otras. Todos, cosa buena, ninguno pobre. Diputados, banqueros, generales; algún ministro: hay variedad. Quizá hasta te metas en serio con cualquiera y ¡zas! —chasqueó la lengua— asunto arreglado para siempre.

Removió Olga el bilet sobrante con un Kleenex, lo hizo una bolita y lo arrojó a un lado. Metiendo sus manos bajo el pelo, esponjó la mata castaña.

—Gracias por el aviso, Marcia —dijo fríamente—. Si me aburre

como vivo, te buscaré para que me ayudes…

Tomó su maletín y salió del vestidor.

Marcia Fernández alzó la mano despidiéndose sin palabras. Volvió luego a su sitio, en el rincón, y continuó depilándose las cejas.

II

En la fila había antes que ella veintiséis muchachas y, detrás, otras cincuenta, que como Olga Lang esperaban esa mañana, en los jardines del Club France, ser examinadas por los jueces de la empresa cinematográfica que patrocinaba el concurso de belleza. Las había de todos tipos: delgadas y robustas, altas y pequeñas, rubias, morenas, pelirrojas, castañas.

En grupos, los fotógrafos dialogaban al extremo del jardín. Muchos automóviles se aglomeraban a la entrada y al otro lado de la verja agolpábanse los curiosos. La fila se movía poco a poco. Todas las chicas portaban pequeños velices o bolsas. Olga misma llevaba uno, con su traje de baño.

Le preguntaron nombre, dirección, edad —dijo que tenía veinte años, aunque en realidad llegaba a los veinticinco—, empleo, número de teléfono. Le entregaron una ficha y la mandaron reunirse con las que habían pasado antes que ella.

—Por aquí, niñas —indicó, cuando terminaron de desfilar, un jovencito que lucía la palabra ORGANIZACIÓN en un brazalete prendido a la manga derecha. Lo siguieron hasta los vestidores—. Dentro de cinco minutos, con sus números en el traje, deben presentarse en el jardín…

Instantáneamente, el estrecho recinto se llenó de olor a mujer. Las demás se desnudaban con alegría. Olga Lang sintió el pequeño orgullo íntimo de comprobar que su cuerpo era estupendo y experimentó una indefinible sensación de seguridad al compararlo con los de las otras.

—El premio es magnífico —comentaba una.

—Aparte de los cinco mil pesos, el papel…

—Yo prefiero ser estrella y no el dinero.

—Las dos cosas, chica…

—Uno de los jueces es mi amigo…

—¿En qué plan te conoce? ¿Con ropa o en cueros?

Fueron saliendo a medida que estaban listas. En la puerta, una

empleada les prendía el número con un alfiler. Olga obtuvo el 27, y recordó que en 27 había conocido a Luis y en 27 también se había hecho su amante.

—Por acá, hagan el favor.

Se dejaron conducir, en rebaño de piernas, torsos y hombros desnudos y fueron nuevamente alineadas en el centro del jardín, por orden progresivo de estaturas. Desde los ángulos más atrevidos, los fotógrafos impresionaban placas. En torno a una larga mesa, colocada ante las concursantes, hallábanse los jueces, cada uno con lápiz y papel para notas. Dos extras, a quienes había conocido en los estudios, saludaron a Olga, midiéndola de pies a cabeza. Les devolvió una leve sonrisa cohibida. Le molestaba un poco que la vieran allí.

Resonaron de pronto, en todos los rincones del club, las palabras del maestro de ceremonias que pedía silencio. Todos enmudecieron.

—Señoritas —carraspeó afectadamente el locutor: un muchacho de ensortijada cabellera, a quien llamaban Bachiller y que comenzaba a hacerse famoso gracias a su buena memoria—; señoritas, en este momento va a comenzar el más sensacional concurso de belleza que se ha hecho en México. Producciones Nacionales premiará a la triunfadora con un contrato para trabajar en el cine y con cinco mil pesos en efectivo, además de un millón en publicidad. Los señores del jurado, aquí presentes, tomarán en cuenta la hermosura, la gracia y el talento de las concursantes. Antes de principiar la competencia, los jurados, los patrocinadores de este evento y un servidor, deseamos a todas y cada una de ustedes, la mejor suerte del mundo…

Las hicieron desfilar lentamente a la vista de los jueces. El locutor hacía un rápido elogio y anunciaban el nombre de la concursante. Las chicas sonreían, caminaban con toda la intención de que eran capaces mostrando lo mejor de sus encantos, para impresionarlos. Olga sonrió al ver cómo las muchachas movían los glúteos; sonrió recordando a Luis, que siempre sostenía que el talento, a las mujeres, se les quedó a mitad del camino, esto es, en las asentaderas.

Terminada la revista, el Bachiller ordenó que rompieran filas y que se formaran en grupos de cuatro.

Éstos encararon de nuevo al tribunal de periodistas, fotógrafos y publicistas, que procedían a medir todo lo medible: cuellos, hombros, senos, cintura, caderas, muslos, pantorrillas. La tarea se prolongó toda la mañana.

A las dos de la tarde dieron media hora para engullir el refrigerio que se les obsequiaba. El sol había tostado, implacable, rostros y espaldas.

Olga tenía jaqueca y apenas si mordisqueó el sándwich de

jamón, seco e insípido como un pedazo de madera. Sintió sed y fue a buscar un refresco.

Luchaba por obtenerlo cuando una voz de hombre intervino a su espalda:

—¿Puedo ayudarla, señorita Lang?

Se volvió rápidamente y miró a un sujeto alto, maduro, un sí es no es guapo, que tomaba de sus manos la botella de Coca Cola tibia y la abría con un destapador de llavero.

—¿No me recuerda, señorita Lang? —reiteró.

Olga titubeó. No, no le reconocía, aunque su cara érale familiar. El hombre la observaba sonriendo. Vestía una ligera chaqueta de franela azul.

—Hay caras, como la suya —indicó él—, a las que basta mirarlas una sola vez para no olvidarlas nunca. Otras, como la mía, jamás se recuerdan…

—Es que yo… ¿sabe usted? Señor…

El hombre la tomó del brazo y le indicó una de las butacas de lona bajo el fresco disco de sombra de un quitasol playero.

—Venga, sentémonos —quedaron uno frente a otra—. Mi nombre es Ferrer. ¿No le dice nada?

Ella movió la cabeza. «¿Dónde lo he visto antes?», se preguntaba.

—Nos conocimos en Lady Baltimore, hace más de un año. Luis Arvide nos presentó.

Sonrió ella, rápidamente, recordando. ¡Claro, Antonio Ferrer! Éste hizo lo mismo, en gesto afirmativo:

—¿Recuerda ahora, verdad?

—Claro que sí, señor Ferrer —Olga le ofreció la mano, que él estrechó efusivamente.

—Comprendo muy bien que no me recordara. Nos vimos apenas un par de veces…

—¿Y qué hace usted aquí?

—Lo de siempre: trabajando —paseó su mirada en abanico sobre los jardines, florecidos de mujeres semidesnudas—; inventando concursos como éste… ¿Y usted?

—Participando en ellos, como lo ve…

Ferrer consultó su reloj y habló resueltamente:

—Olga, ¿comió usted ya?

—No. El *lunch* es pésimo…

—Bueno, entonces permita que me ocupe de su alimentación las próximas dos horas. Vístase y espéreme aquí dentro de quince minutos.

—Señor Ferrer, ¿y el concurso? Aún no dicen que nos vayamos.

—Yo me ocupo de eso —Ferrer se inclinó confidencial y apenas si movió los labios para decir—. Ni usted, ni ninguna de éstas, tiene ya nada que hacer aquí. Se lo digo porque yo organicé el circo. Sea buena y obediente. Cámbiese, que la recogeré en —miró su reloj— exactamente en doce minutos y medio…

Cuando salían del club en el auto de Ferrer, escucharon la amplificada voz del maestro de ceremonias urgiendo a las concursantes a formarse para continuar la eliminatoria.

Rodaban sobre Insurgentes, cuando Ferrer sugirió:

—¿Le parece bien Manolo?

Ella dijo que sí.

—Un *high ball* para empezar, ¿o prefiere martini?

—Whisky…

Muy bien. Luego, una sopa y después, mi platillo favorito: langosta con salsa de naranja.

Nunca la había comido, pero Olga opinó que le parecería deliciosa.

Con sus gruesos lentes de miope, Manolo los saludó al entrar. Se acomodaron en una mesa, al fondo. A través del muro de cristal, apenas velado por cortinillas de gasa, veían el tráfico presuroso de la Avenida Juárez. Los tonos verdes de la Alameda brillaban distintos bajo el sol quemante de las tres de la tarde.

—¿Cómo van sus asuntos? De cine, digo…

—Bien, en lo que cabe…

Brindaron con los altos vasos de *high ball,* entrechocándolos. Olga sentía la piel del rostro restirada y ardida, y pensó que debía ponerse crema en la nariz, para que no se le despellejara.

—La vi en… Toda Una Vida… Me pareció bellísima.

—Muchas gracias —aceptó Olga, cortada, porque no coincidía la suya, ni la de los críticos, con la entusiasta opinión de Ferrer.

—Lo que me extraña es que no haya vuelto usted a filmar.

—Hubo algo… —comprendió Olga que se había metido en el atolladero de las explicaciones y que no tenía más que salir adelante, como fuera—: Algo difícil de explicar, con Jiménez, con los productores. Por eso, no hice nada en todo este tiempo. Estudié, viajé un poco…

—Comprendo, Olga… Y de Luis, ¿qué me cuenta?

—Nada en particular. Trabaja, vegeta y no se anima a escribir.

—Un magnífico muchacho y, además afortunado… —Ferrer la miró con ojos de ternura.

Silenciosos meseros diligentes sirvieron la sopa. Olga y Ferrer guardaron sus palabras durante un tiempo.

—Fue una dicha encontrarla, Olga —reinició él.

—También para mí, señor Ferrer…

—Dígame Antonio, a secas. Eso de señor Ferrer está bien para quienes no son, como usted, amigos de mi predilección…

—Gracias… Antonio —Era Ferrer, en su madurez de cuarenta años, un hombre más atractivo de lo que Olga imaginó al principio. Ahora podía verlo de frente, a la luz natural del día; con sus canas aristocráticamente peinadas junto a las sienes; con su rostro afeitado y sus manos cuidadas. Podía escuchar su voz suave tanto que se antojaba inaudible; su risa discreta, de lobo con piel de terciopelo. Pero había algo en él, y Olga no pudo precisar durante la comida qué era, que la hacía sentirse cohibida e inferior.

—Así suena mejor, Olga… —le palmeó la mano.

Como él había dicho, la salsa de naranja con langosta hacía una combinación delicada y exquisita. Cuando les llevaron café le ofreció un cigarrillo, que Olga aceptó.

—Creí que no fumaba —se asombró cortésmente él.

—A veces lo hago.

Después de una pausa, él habló:

—Si no la hubiera encontrado, seguiría usted en el club, esperando ganar algo que ya está ganado.

—¿Sí? —comentó Olga Lang, sin comprender.

—¡Ajá! Ése, como todos los concursos, es sólo un truco para obtener publicidad gratuita. Mañana los periódicos hablarán de él sin que nos cueste un centavo. La estrella que buscamos, ha sido escogida desde hace muchas semanas. Es más, ya recibió la mitad de su sueldo…

—¿Quién es ella?

—El nombre no importa. Está allá, en el France, con las demás; será examinada y medida, como todas. Los jueces, por unanimidad, le otorgarán el triunfo, y todo habrá salido bien.

Esta revelación produjo en Olga un hirviente acceso de ira, que reprimió disfrazándolo con una sonrisa. «Debí imaginarlo. Soy una bruta…» Cuando su pensamiento pronunció la palabra, los ojos se le hicieron turbios de lágrimas, y volvió a proyectarse, en la pantalla de su recuerdo, la escena inolvidable del set.

—Ahora, un buen consejo de amigo, Olga —Ferrer la tomaba por las manos cálidamente—. Jamás se meta a un concurso de cine. Esto es, sin tener previamente asegurado el triunfo…

La comida había sido abundante y ambos estuvieron de acuerdo en caminar. Lo hicieron rumbo al Zócalo, por la bulliciosa Madero. A las cinco de la tarde, las banquetas, los comercios, los edificios rebosaban de gente. Un polaco, en cualquier esquina, vendía navajas alemanas de afeitar mejores que la Gillette. Parvadas de mendigos,

apostados a las afueras de los templos, tendían sus manos mugrosas a los transeúntes. Ir entre la muchedumbre proporcionaba a Olga el placer de sentirse más cerca de sí misma; más dentro de su piel. Cuando estaba a solas, su espíritu se evadía hacia las calles transitadas por los sueños y las esperanzas; durante horas las recorría sin tropiezos, pero invariablemente, a la vuelta de una esquina, tropezaba siempre con la piedra, con el bache agazapado de la realidad.

—¿Qué está usted haciendo ahora? —oyó que Antonio Ferrer le preguntaba.

—Lo de siempre: buscando, esperando… o desesperando.

—¿Tiene algo fijo?

Se sorprendió contestando amablemente, sin enfurecerse por aquella indiscreta intromisión de su vida privada.

—No. La semana pasada trabajé tres días; terminó mi contrato y, como de costumbre, estoy cesante.

Ferrer no comentó nada. Pensaba en algo. Al cabo lo dijo: —Tengo interés en ser amigo suyo, Olga; en ayudarla. Puedo, y no me perdonaría jamás no hacerlo. Déme su número de teléfono, para llamarla en cuanto tenga algo propio para usted. No sé qué sea, pero será, lo prometo, bueno y a su gusto.

Desandaron la avenida. Las primeras luces neón habían comenzado a quemarse en los tubos de cristal. Los cines vaciaban grupos de espectadores a la hora gris de la sobretarde. Llegaron al lado del automóvil y él la invitó a pasar:

—¿La llevo a algún sitio?

—Muchas gracias, Antonio —Olga puso su mano sobre la de él, despidiéndose—. Tengo que ir a *Excélsior*, por Luis.

Insistió él, pero Olga dijo que prefería caminar un poco más. Pidió su maletín.

—Entonces —él se lo entregó, besándole la mano— hasta pronto. La llamaré un día de éstos: quizás mañana. Y salude de mi parte al afortunado Luis…

III

Terminaba de beber el segundo vaso de chufas, cuando Luis entró a El Tío Pepe, la nevería de junto al periódico.

—Hola, corazón —saludó alegremente, al imprimir un beso en su mejilla.

Olga le tomó las manos y lo miró, con la cara ladeada y los ojos sonrientes. Le relató lo del concurso y que había visto a Ferrer, pero no mencionó para nada que habían comido y paseado juntos.

—¿Y tú?

—Trabajé mis notas y te traigo una sorpresa…

—¿Qué es?

Luis puso en sus manos un montón de cuartillas. Ella les echó un vistazo.

—Algo escrito para ti. Una obra de teatro…

Fue, en efecto, una agradable sorpresa. Olga ignoraba que Luis tuviera una pieza en preparación y, mucho menos, que ya la hubiera escrito.

—La hice pensando en ti. No te conté nada, porque temía no terminarla nunca. Ahora, ahí la tienes…

—Me da un gusto tremendo, Luis —entusiasmada, Olga le besó las manos.

—Más gusto te dará lo que sigue: Alonso Ortiz, director del Grupo Ancla, la leyó y la estrenará en su próxima temporada del Bellas Artes. Ahorita mismo —Luis desbordaba su entusiasmo sobre Olga— vas a leerla y si te gusta, harás el papel principal. Alonso quiere conocerte en persona. Lo llevé a ver tu película y le encantaste. ¡Así que póngase los lentes y lea!

Desde las primeras líneas del diálogo, el papel de aquella hermosa mujer sofisticada, destructora de hogares y promotora de una muerte, fascinó a Olga. Era una pieza en un acto, bien estructurada, preciosamente escrita, audaz en su técnica.

—Imagínate —decía él, cuando Olga leyó la última línea—

¡estrenarla en Bellas Artes! Estoy seguro de que será un triunfo para ti, para mí, para todos…

Llena de sentida emoción, Olga Lang pronunció:

—Es magnífica, Luis; y el papel, estupendo.

Se levantó él, con uno de sus característicos arranques impulsivos.

—¿Qué diablos esperamos entonces? ¡Vamos!

Se estaban portando como niños. Por segunda vez aquella noche, Olga Lang recorrió la avenida Juárez, pero ahora abrazada estrechamente por Luis. La gente volvía el rostro al verlos pasar, pero a ellos, en la euforia de su entusiasmo, parecía no importarles mucho. Papeleros descalzos voceaban los periódicos de la noche. Un candidato a diputado habíase suicidado volándose la sien, en plena Cámara. Plateada y compacta, la masa vegetal de la Alameda albergaba parejas de enamorados, que miraban con ojos de codicia el desnudo pulido de las estatuas de Contreras. Más allá, la tumba blanca y gigantesca del Bellas Artes. En la esquina con López se detuvieron.

—Allí será —dijo Luis, señalando el Palacio—. Lo único que temo es que no resista el estremecimiento de las ovaciones que tendrán que darte cuando caiga el telón…

Agradeció Olga el cumplido. La obra le encantaba y, muy íntimamente, sentía un pequeño orgullo por haberla inspirado.

—Aquí es —indicó él, cuando cruzaron la calle.

Se los tragó un angosto pasillo oscuro, situado entre un restaurante francés y un café de españoles. Subieron un tramo de escaleras y se encontraron ante una puerta abierta. La espesura de una alfombra amortiguó sus pisadas. La estancia estaba desierta. Olía a polvo viejo. De algún sitio venía el resplandor de una lámpara. Las paredes adivinábanse horriblemente pintadas de dorado, en los lugares no cubiertos por grandes lunas.

—Buenas noches —saludó Luis, impersonalmente.

Se asomaron a un pasadizo, largo y estrecho como una espada. Muy al fondo, empequeñecidas, se movían las figuras de varios hombres y mujeres.

—Ven —la tomó de la mano y la condujo, a través de la oscuridad, hacia el remoto rectángulo vertical de luz.

Estaban ensayando una obra de Eugenio O'Neill. Olga sufrió un ataque de timidez y Luis tuvo que forzarla a entrar. Los actores los miraron con indiferencia, sin interrumpir la representación. Un sujeto, moreno, bajito, se hacía garabato sobre una silla de alto respaldar. Al verlos, saludó con

un guiño y les indicó que tomaran asiento. Lo hicieron en un rincón:

—Ése es Alonso —secreteó Luis.

Una chica, con cara de pescado, atrajo la atención de Olga, y preguntó quién era:

—Diana no sé qué tantos…

Al concluir el ensayo de la escena, Alonso saltó de su silla y dio diez minutos de descanso. El cristal del silencio se astilló de conversaciones. Olga miraba en torno con gran curiosidad y un poquito de miedo.

—Alonso ¡aquí la tienes! —Luis los presentaba.

El director la saludó efusivamente. Durante un minuto la contempló con fijeza, frunciendo el ceño. Se retiró tres pasos; la midió de una ojeada y juntó sus manos, en un ademán que a Olga le pareció chocante y afectado.

—Divina, Luis; sencillamente divina.

Tenía una vocecita llena de inflexiones agudas y Olga sospechó que no era varonil. Alonso se puso muy serio:

—Ahora, falta saber si tiene talento —encaró a Olga—. Porque no solamente se requiere belleza para ser actriz, sino también, antes que nada, talento, mucho talento. Debe usted saber que el talento es básico; tan básico como la harina para hacer pan o la sensibilidad para tocar el piano… Yo siempre exijo dos cosas: que mis actrices no sean vírgenes y que tengan ta-len-to. Lo primero, para poder interpretar sin ruborizarse toda clase de papeles, por escabrosos que sean. Lo segundo…

Luis intervino:

—Mira, Alonso. Ella tiene talento y criterio. El sermón lo dejaremos para otro día. Ponte el saco y ven a tomar un café con nosotros. Hablaremos ya en serio…

IV

La tarjeta decía, simplemente:

«Olga: vine a buscarla. Necesito que nos veamos, esta noche, en el bar de Manolo. Tengo algo para usted. Antonio».

La rompió en pedacitos y los echó a la taza del sanitario. Se lavó los dientes y, aunque estaba fatigada, cambió su vestido por otro, el único apropiado que tenía para ir a un restaurante como Manolo. Le había pedido cien pesos a Luis y, cuando tomó el coche de alquiler, sentíase segura y contenta.

Habían sido duros los ensayos durante las dos semanas anteriores. Comenzaban a las cinco y terminaban a las nueve. Luis, a veces, iba a buscarla; cenaban juntos y cuando se hacía demasiado tarde, él se quedaba a dormir en el departamento. Olga comprendía que estaba enamorada de él, que ya no le importaba tanto que los vieran juntos, ni que la portera o las vecinas, al referirse a Luis, lo llamaran «su marido» o, como le hacía tanta gracia, «su señor». Casi sin darse cuenta Luis había ido asumiendo la responsabilidad de sus gastos. Pagaba la renta: comían, desayunaban o merendaban juntos. Le compró zapatos y uno que otro vestido barato. Esa noche Luis la había llamado a López para decirle que no podía pasar a recogerla. Esto la contrarió bastante y la puso de malhumor, al grado que tuvo una escaramuza con Alonso, que insistía en pedirle más concentración en su trabajo.

Llegó furiosa a la casa. Furiosa y fatigada. Ni siquiera encendió la luz. Después, cuando pensaba ir a cenar, encontró bajo la puerta la tarjeta de Ferrer. Mientras el auto rodaba hacia el bar de la cita, Olga iba pensando en que al ver a Antonio se tomaba revancha de Luis, por su informalidad. Esto le hacía sentirse malignamente mejor.

Ferrer al verla, se levantó:

—Creí que no vendría, Olga. ¡Me hubiera disgustado tanto!

Dio Olga una excusa trivial y aceptó beber el whisky que Antonio, sin consultarla, ya había ordenado.

—Supe por Luis —habló él—, que trabajaría usted en una obra de teatro que escribió.

—Es cierto. Llevamos dos semanas de ensayos.

—¿Y cómo se siente? Muy cansada supongo…

—Un poco; sobre todo hoy —suspiró—. Estuve inexplicablemente nerviosa. Pero creo que la cosa saldrá bien…

Bebieron la mezcla de whisky y soda a pequeños sorbos. Ella no aceptó ni un cigarrillo.

—La cuestión es ésta —Ferrer hablaba matizando muy bien sus palabras—: Tengo un empleo para usted. No uno de esos horribles empleos de mecanógrafa o secretaria, que no aceptaría. Se trata de algo mejor, algo más de acuerdo con su belleza.

Hizo una pausa para pedir nuevas bebidas. Olga quedó en suspenso.

—¿Le agradaría modelar pieles? —trataba Ferrer de convencerla —. Algo muy exclusivo, en Min K's. Dos horas cada día, por las tardes; magnífico sueldo y, más que nada, oportunidad de conocer gente que puede serle útil…

Luego le preguntó si aceptaba y Olga, sin titubear, sin pensar, dijo que sí.

—Mañana la presentaré con el gerente… ¡Salud!

V

Era un tipo guapísimo, aunque algo descuidado en su manera de vestir.

—¿Qué tumulto, verdad?

Teresa lo miró muy cerca y le agradó.

—Gran tumulto… —repitió como eco.

—Usted, ¿qué hace? Digo, ¿pinta, escribe, canta?

—No hago nada. Asisto a fiestas, que es una tarea terrible.

—Más lo es darlas.

—¿Y usted?

—Yo… yo soy el que da ésta. ¿Me conoce? Me llamo Leonardo Ampudia.

—¡Ah, sí; como no! —mintió Teresa, que estaba allí porque la había llevado un amigo de su amante, que a fin de cuentas se había marchado.

—Soy pintor, ¿sabe?

—¿Sí?

—Aunque serlo es una tontería. El arte no deja más que crudas, como la que mañana tendremos todos.

Se le acercó una muchacha a quien Teresa conocía y dijo a Leonardo que ya los tragos comenzaban a escasear. Y luego a ella, con la peor intención del mundo:

—¿Y tu marido, no vino?

—¿Es usted casada?

—No. ¡Qué horror!

—Magnífico. Nosotros los artistas, porque usted también lo es, nos debemos al amor de todos en general; pero no al de nadie en particular… ¿Qué le parece —dijo de pronto— si nos largamos de aquí, dejando a estos cerdos glotones y sedientos hincharse de veneno, y nos vamos a otro sitio?

A Teresa le iba gustando más y más el pintor despreocupado y alegre. Aceptó:

—A donde guste. Mi noche es suya, querido amigo…

—Ahora vuelvo —prometió él. Un minuto después reaparecía llevando bajo el brazo un cuadro—. A veces el arte suele ser útil. Para mí, cada pintura es un cheque en blanco. ¡Vamos a llevar éste a un sitio, que es un antro, pero donde me fían!

—¿Y sus invitados?

—¡Déjelos! No somos todavía tan importantes como para tener que soportar toda la noche aquí.

Corriendo alegremente, descendieron los seis tramos de escaleras. En la puerta se tropezaron con Alonso Ortiz, que llegaba acompañado de tres jovencitos lampiños. Aspaventó al descubrir a Teresa:

—¡Hija de mi alma, qué alegría! —Volviéndose a Leonardo—. ¡Amado amigo, ven a mis brazos!

Caminaron dos cuadras y se encontraron ante la puerta de una piquera. Las paredes habían sido decoradas con mujeres desnudas, que se bañaban en estanques de frondosos alcatraces.

—Todo esto —Leonardo abarcó con el ademán del brazo los cuadros— lo he pintado yo; me lo he bebido, más bien. Pero un día vendrá en que esta infernal taberna, sea declarada joya de la Patria, museo de arte, en el que dejé mi genio, a cambio de un poco de veneno.

Soltaron la carcajada y ocuparon una mesa. Detrás de la barra un gachupín cejijunto, sin afeitar, mascaba un pedazo de puro apagado. Hacia él fue Leonardo, con su cuadro. Teresa lo observó discutir, suplicar, imprecar estentóreamente y acusar al dueño de ser un cretino burgués sin gusto artístico. Cinco minutos después volvía junto a ella.

—El arte tiene, entre otras, la virtud de enternecer hasta a los animales. Sin embargo, cada día es más difícil ablandar a este Venancio insoportable…

Estuvieron bebiendo cerveza en grandes jarras. Leonardo se alegraba de estar borracho y pretendía hundir su mano entre las piernas de Teresa. Ella también estaba ebria y sólo dejó que se entretuviera con sus pechos.

Cuando salieron, un alba lechosa se les vino encima. Sobre un fondo despulido se recortaban las moles cuadradas, altas y bajas, de los edificios. Ardían, amarillentas y fatigadas, las luces de los faroles callejeros. Pasó un ciclista repartidor, aterido y soñoliento. Alguna fábrica, en la lejanía, hizo sonar el silbato que quiebra el descanso de sus obreros. Nacía la ciudad a la aventura de la nueva jornada solar; hombres y mujeres, cansados de amarse u odiarse en las camas multiplicadas, quitábanse de encima las pesadas sábanas de la noche

muerta. Los ruidos de la mañana se agregaban a los ruidos madrugadores, y ya al mediodía formarían la música que los sinfonistas del cemento tratan de convertir en notas, sólo para apuñalar el hígado de los críticos reaccionarios.

—¿Con quién vives? —preguntó él abruptamente.

Teresa se rio y repegó su cuerpo más al de Leonardo:

—¿Qué importa? Es un niño; un torerillo niño.

Dando bandazos briagos llegaron a la casa. Subieron poco a poco, descansando cada diez escalones. La puerta del estudio se había quedado abierta. Restos de bebida en los vasos y en el suelo; comida pisoteada, vomitada.

—Ven —la condujo al catre, que rechinó al hundirse bajo el peso de sus cuerpos.

VI

El estudio era frío y entraba por la ancha ventana, magnífica luz del norte. Leonardo, con un apagado cigarro colgando de su labio, acumulaba color de aceite sobre la tela. Desde su sitio, Teresa podía contemplar la repetida perspectiva de azoteas que tanto había visto durante la semana última.

Si cuando estaban solos y ociosos, Leonardo era locuaz y divertido, cuando trabajaba, encerraba en caja fuerte sus palabras, y sus ojos, su mente, sus manos concentrábanse en la tarea. Horas y horas tenía a Teresa ante sí, desnuda, y no sonreía siquiera, no recordaba nada que no fuera pintar: ni beber, ni comer, ni amar.

—¿Cuándo crees que estará listo?

Leonardo apenas si alzó los ojos:

—No sé, quizá mañana; quizá dentro de un mes…

Intempestivamente entraron tres muchachos, desarrapados, sucios; uno de ellos con rastros de sangre seca en la cara. Teresa intentó cubrir su desnudez y rompió la pose.

—No seas idiota —se enfureció Leonardo, sin interrumpir lo que estaba haciendo.

Los tipos se acomodaron, todos mirándola, en el catre. Uno de ellos tomó la caja de cigarros, abandonada en el caballete. No hablaron hasta que Leonardo les preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Lo de siempre, Leonardo. Cayó la policía y disolvió el mitin a cabronazos. Al Ratón le tocó uno —lo señaló a su lado, con el pulgar.

—Si no me pongo listo, me mandan al bote —dijo el Ratón, que era de los tres, el que llevaba sangre en el rostro.

—El camarada Hernán rindió su informe; las cosas están feas en La Laguna; veinte de los nuestros fueron presos antier y los tienen a pan y agua. Dionisio va ya rumbo a Torreón.

Leonardo miró, entrecerrando los ojos, lo que había pintado esa tarde, dejó la paleta a un lado y se desperezó con un bostezo

trepidante.

—No nos han dado ni quinto en la Universidad Obrera —gimoteó nuevamente el Ratón.

—Venimos a que nos prestes algo, mano.

—¿Yo? —Leonardo se palmeó la barriga—: estoy tan jodido como ustedes…

Teresa tuvo que vestirse ante ellos. Le llenó de rubor ponerse los calzones ante los tres sujetos que no cesaban de mirarla. Escuchó que Leonardo decía:

—Bueno, de todos modos aquí tienen esto…

Había abierto la bolsa de Teresa y sacado de ella un billete de cincuenta pesos. Los otros lo tomaron y, tan intempestivamente como llegaron, salieron de allí.

—Leonardo —gritó Teresa—, ¿qué diablos haces con mi dinero?

Él la escrutó seriamente:

—En esta casa —sentenció, volviéndole la espalda— todo es de todos. No existe la propiedad privada. No hay tuyo ni mío; hay de ambos, hay de quien lo necesite…

Ella le gritó más aún y le arrojó a la cara que era un desgraciado por regalar a aquel terceto de bandoleros lo ajeno. Calmadamente, Leonardo abrió la puerta y señaló al exterior.

—Como todas las putas, eres una cochina reaccionaria. ¡Largo de aquí!

I

Bajaron por 16 de Septiembre. Luz violácea de las cuatro de la tarde pintaba con suaves tonos pastel los edificios de cemento. Grupos cansados se agolpaban en las esquinas, o abordaban, llenos de prisa inexplicable, camiones y tranvías. Los diarios del mediodía, con titulares llamativos, daban la noticia de los bombardeos a Londres.

—¿Contenta? —preguntó Antonio Ferrer, palmeándole el muslo.

—Cansada, más bien —repuso Olga, apartándose un poco.

Ferrer encendió el radio del automóvil y escucharon, durante un tiempo, suave música de baile. Cuando doblaron por El Caballito hacia la Reforma, Olga respiró hondamente la frescura verde de los árboles que apenas dejaban ver un trozo rectangular de cielo.

—Una copa nos caería bien, ¿verdad?

Ella pareció estar de acuerdo. En la última glorieta del Paseo, un grupo de hombres labraba rosados bloques de cantera. Hacía mucho que Olga no pasaba por allí y Ferrer explicó que pronto colocarían sobre el pedestal una gran estatua desnuda.

El auto remontó el camino de las Lomas. Grandes extensiones de terreno veíanse baldías. Iba Olga recordando el día —que fue el último— en que estuvo allí con Manuel Jiménez. «¿Qué hará ahora?», se preguntó. Ferrer frenó suavemente a la puerta de uno de los pequeños restaurantes donde sirven bebidas a los automovilistas. Acudió un mesero.

—¿Whisky, como siempre Olga? —y ordenó dos.

Allí el calor no era intenso. Sintió Olga alivio al echar la cabeza hacia atrás, recargándola sobre el respaldo del asiento. Antonio Ferrer la contempló, sin hablar, unos minutos. La curva de su cuello era magnífica, aterciopelada. Tuvo deseo de besarla, pero se contuvo al advertir que volvía el camarero con las bebidas.

—Por usted, Olga…

—Gracias… —y ella bebió, sin reparar en que él estaba mirándola con especial ternura.

Al fondo se agolpaban las casas de México, extendidas en ciudad. Brillaban muy blancas y pulposas a la luz de esa tarde. Aunque el sol declinaba, la piedra, el horizonte, el cielo veíanse aún más brillantes que en el minuto anterior. Hacia la izquierda, la zona fabril: parda, llena de humo que salía de las chimeneas.

—Me agrada este lugar —dijo ella, al azar.

—¿Recuerdos?

Sonrió y se volvió un poco.

—¡Oh, no! Me agrada simplemente por tranquilo, por desierto. Créame que nada más por eso…

Ferrer no veía el paisaje, sino a ella, ahí muy cerca, riéndose de sus frivolidades, ejercitando su mente que solía ser aguda; a veces cáustica. Sentía, en lo íntimo, intensa adoración por Olga, quien parecía no advertirlo.

—A mí me gusta porque usted está aquí —repuso él, rápidamente, pero comprendió que había dicho una estupidez.

Fingió Olga no haber escuchado. Un coche patrullero pasó cerca de ellos y se detuvo un centenar de metros adelante. Ella se sobresaltó:

—No tema nada, Olga. ¡Se ha puesto usted a temblar!

—Soy una tonta —se excusó, reponiéndose—. Hay veces que por una insignificancia, como ahora, me asusto…

Antonio pasó el brazo por encima de los hombros de la muchacha. Olga no se inmutó, pero sus nervios se pusieron tensos, alertas para rechazar cualquier caricia. Viró la mirada y la sostuvo con Ferrer. Éste pareció comprender y, con la misma naturalidad con que la puso, retiró su mano.

—Olga —comenzó abruptamente.

—¿Sí?

—¿Cree usted que un hombre de cuarenta años, soltero, con magnífica posición económica y social, pueda enamorarse, deba enamorarse de una mujer más joven que él?

—¡Naturalmente! Edad, fortuna, posición no importan…

Él dejó transcurrir un largo intervalo silencioso. Buscaba palabras adecuadas para franquearse. Bajo la camisa blanca, latíale con fuerza el corazón.

—Olga —insistió y se detuvo.

Ella, ahora, no hizo ningún gesto, no quitó los ojos del punto de lejanía donde los dejara antes. Sospechaba lo que Ferrer pretendía decir y tenía ya preparada su respuesta.

—Olga… estoy enamorado de usted. ¿Sería pedirle demasiado que nos casáramos? —Iba ella a decir algo más, pero él prosiguió atropelladamente. La había tomado de las manos, atrayéndola—. Dedicaría mi vida a hacerla feliz. Estoy en eso que llaman la edad de

la serenidad; he vivido bastante para saber qué es lo que usted quiere, qué lo que busca. Le brindo mi amor, mi amistad, mi nombre. Lo que tengo…

Olga sintió una afluencia salada de lágrimas en los ojos. La voz se le hizo nudo. Rehuyó mirarlo. Él la veía de perfil, como la efigie de las monedas.

—Antonio, déjeme decirle…

—Por favor —la interrumpió—; tengo aún mucho que hablar, mucho que rogarle. —Ahora miraba hacia el horizonte de cerros que encuadraban el valle; él también tenía lágrimas de hombre y en la voz un dejo de angustia—. No soy guapo, Olga, ni tan joven como quisiera. Pero la amo y creo que eso es suficiente. Quiero hacerla mi esposa, asegurarle para siempre una vida tranquila, sin problemas; una vida que me esforzaré porque sea ideal.

Los tonos pastel fueron apagándose, oscureciéndose. Un espeso matiz morado reemplazó al rojo violento del crepúsculo de tarjeta postal. A Olga todo aquello le parecía cursi, abominable, aunque no sabía por qué. Ferrer le era simpático y sus sentimientos hacia el hombre eran de gratitud amorosa, pero no de pasión.

—Antonio, no quisiera herirlo —atajó, ya de frente—. Sé lo que es amar sin medida ni razón a una persona. Lo sé porque amé así a alguien que no lo supo siquiera: como usted, sin esperanza. Nunca tocó una de mis manos, nunca sonrió al verme; sin embargo, ha sido la pasión más intensa que he sufrido. Por eso, ahora, comparto todo lo que usted siente y lo aprecio.

Con la barbilla endurecida de emoción, Antonio Ferrer dio un trago a la bebida que había dejado entibiar. Profundamente dolorido tartajeó, sin verla:

—Así, que… ¿No hay esperanza?

Ella le acarició el rostro; más por compasión que por cariño:

—No, Antonio. No la hay…

—Es por Luis, supongo —dijo él fríamente.

—Ni por Luis ni por nadie. Luis es parte de mi vida, pero no por amor. Quizá porque como yo es una pequeña bestia que tiene miedo a estar sola; quizá, porque lo necesito, porque me es simpático… Él también me ha propuesto matrimonio y lo he rechazado…

—¿Qué es lo que usted busca, Olga?

—El triunfo, la fama, el dinero. —Hablaba ahora firmemente, tersamente. —No lo sé. Tal vez todo junto. Tengo una estrella y no debo dejarla vacía. Lucharé hasta el fin… y si fracaso no sufriré el remordimiento de no haberlo intentado…

—Casada conmigo podría ser igual…

—No, Antonio. Usted y yo sabemos que no lo sería. Necesito mi

libertad, todo mi tiempo, para dedicarlo a la búsqueda de lo que quiero. Yo lo estimo mucho, pero como amigo; como compañero. Tengo una deuda de gratitud que nunca olvido. Algún día quizá pueda pagarla.

—No se trata de eso. Lo que he hecho por usted, lo que haga en el futuro, no tiene valor; es, ¿cómo dijéramos?, mi aportación a su triunfo…

Comprendió Olga que la conversación estaba en peligro de resbalar por la vereda del melodrama. Consultó su reloj y fingió alarma:

—¡Dios mío, son casi las siete! Antonio, ¿quiere usted llevarme por favor al ensayo?

De Chapultepec a López ninguno de los dos habló. Cuando ella dejó el auto, él besó una de sus manos.

—¿Ninguna esperanza?

—Por Dios, no hablemos de eso —y Olga saltó rápidamente a la acera.

Durante las dos horas de rutina, en aquel cuarto de horripilantes paredes doradas, Olga Lang estuvo pensando en si no habría sido demasiado brusca con Ferrer.

II

Dos noches después Teresa fue a buscarla a López. Al concluir el ensayo salieron juntas.

—¡Tengo tanto qué platicarte, Olga, que hice viaje especial hasta acá!

Entraron al café y ocuparon una mesita de rincón, bajo unas abominables pinturas murales.

—¿Qué te pasa ahora?

—El disloque, mujer. Estoy enamorada de dos hombres a la vez…

Olga dejó enfriar un poco el café. Teresa sacó una pitillera dorada, con la inicial de su nombre en una de las tapas. Fumó ávidamente.

—Como tú sabes, los toreros tienen que viajar mucho… y Chavalillo nunca está en México. Se pasa la vida en esos horribles pueblos. Nunca escribe, porque apenas sabe poner su nombre, y cuando está aquí, es como si no estuviera: siempre rodeado de una nube de vagos que…

—¿Quién es el nuevo? —Olga comenzaba a divertirse.

—Es un pintor. Leonardo es su nombre. ¿No lo conoces?

—Olga dijo que no—. Es magnífico: alto, hermoso, maduro y sabe hacer muchas cosas. Aunque bebe un poco, es el amante perfecto. Soy también su modelo. Hace un mes me pintó un desnudo maravilloso, una obra de arte. ¡Me ha inmortalizado!

Olga estaba mortalmente cansada. La jornada de la tienda había sido agotadora como nunca y sentía deseos de ir a dormir. Apenas impedía que los párpados se le cerraran.

—¿No crees, Teresa, que puedes buscarte un lío?

—¡Un lío! ¡Qué va! Chavalillo anda en las nubes. Como te he dicho es un niño. Sabe que me hicieron un retrato, pero ni quién, ni cómo, ni dónde…

Olga bostezó y dijo que era tarde y debía dormir. Teresa se

ofreció a acompañarla.

—Gracias, pero dentro de un rato llegará Luis…

—En ese caso, me marcho. Pagó la cuenta y se fue, contoneándose.

Un minuto después, se levantaba Olga.

III

—Luis escúchame bien: debo ir a una fiesta en casa de Tacha… No, no puedo escaparme… Mira, la dirección es… —se la dio—. Y quiero que vayas por mí lo antes posible. ¡Hasta pronto, corazón!

Ya la estaban esperando fuera de la cabina telefónica. Tacha la tomó del brazo y ambas se reunieron con los otros muchachos del Grupo Ancla.

—Vas a conocer gente de primera…

Abordaron tres automóviles y se dirigieron al apartamento de la anfitriona, en la colonia Cuauhtémoc. Tacha era, como Olga, una de las damas jóvenes del grupo teatral. Decía que amaba el arte por el arte mismo y la bohemia por todo lo que de sabroso y agradable tiene. En sus veintitrés años había vivido bastante, para saber todas las respuestas. «Es una putita», decían sus amigos y compañeros. «Una putita de buen corazón".

—Mi marido tiene todo preparado —añadió.

Sabía Olga que Tacha era la amante de un agente de seguros, padre de dos criaturas y esposo de una mujer terriblemente celosa.

El hombre, y esto por Tacha lo supo, estaba perdidamente enamorado de ella, al grado que si su mujer no lo dominara tanto le habría pedido el divorcio. De todos modos, Tacha tenía resuelto su problema: poseía un automóvil modesto y un apartamento cómodo.

Cuando subían la escalera, escucharon el estrépito de la música de una vitrola. Un chaparrón de aplausos les cayó encima al entrar. En el pequeño apartamento se incomodaban, mutuamente, hasta treinta gentes, todas alegres, con vasos llenos de licor en la mano, Olga observó que había pocas mujeres y demasiados hombres.

Alonso saludó muy efusivamente al marido de la actriz, y de pronto se vieron todos envueltos en humo, ruidos y gentes. Olga se retrotrajo hasta un sillón y comenzó a hojear unas revistas atrasadas. Dejó su vaso intacto a un lado. Estaba ensimismada y arrepentida por haber aceptado. Pero la cosa no tenía remedio y comenzó a molestarse

porque pasaban los minutos y Luis no llegaba por ella.

—Pero, ¡mujer!, ¿por qué tan triste?

Era Tacha, que llevaba tomado de la mano a un hombre de edad indefinible.

—Mira a quién te traigo. ¡Al senador Domínguez!

La luz de una lámpara iluminaba, de frente, el rostro del senador Domínguez. Cuando le sonrió, Olga notó que tenía dos dientes revestidos de oro.

—Senador: Olguita es la chica más linda de la fiesta, pero está triste. La dejo en sus manos para que la divierta.

Se alejó Tacha, moviendo sin recato su atractivo trasero. En otro extremo de la pieza, cuyas ventanas daban a la calle, alguien se acaloraba discutiendo sobre teatro. Al lado opuesto, Alonso cantaba una canción obscena en falsete femenil y todos lo festejaban. El hielo tintineó en el vaso del senador al dar el trago.

—¿Conque usted también es artista, no?

—En cierto modo —repuso Olga.

—A mí me gustan mucho estas fiestas. —El senador hablaba machacando pesadamente las palabras—. Siempre conoce uno muchachas bonitas, así, como usted.

Seguía llegando más gente. Uno o dos militares; adolescentes amanerados; actores y chicas de otros grupos, a los que Tacha había invitado o que acudían con la esperanza de beber gratis toda la noche.

Tacha pasó cerca y el senador le pellizcó las asentaderas. Ella risotó que era un viejo caliente y se apresuró a atender a quienes carecían de bebida. Domínguez rio a carcajadas.

—Esta Tachita es una buena vaina, para todos tiene… —El trago le gorgoreteó en la nuez. Se limpió con la mano los gruesos labios amoratados—. Oiga usted —echó para adelante sus hombros de gabardina gris perla—, ¿por qué no nos largamos de aquí y vamos a beber a otra parte?

Domínguez adornaba sus manos prietas con dos anillos de pesados brillantes. Era un hombre de baja estatura, gordo, cetrino. Cruzaba su abdomen una cadena de oro. Se le veía insolente y próspero.

—Le agradezco mucho, pero no puedo.

—Ande, no se haga la palomita… —dijo—. Le aseguro que no se arrepentirá; yo no soy de los que se dan por mal servidos…

Olga sintió que la cara le ardía de vergüenza y que iba a abofetearlo; pero no dijo nada. Por entre un claro de gente, miró a Luis que acababa de llegar. Se levantó rápidamente y fue a su encuentro. Domínguez no supo qué hacer.

—¡Sácame de aquí, Luis! —estaba a punto de llorar.

—¿Qué pasa?

—¡Nada, sácame, que voy a estallar!

Tacha quiso retenerla, pero Olga secamente dijo que le agradecía mucho haberla invitado, pero no podía seguir allí ni un minuto más.

Afuera se calmó un poco. Comenzó a llorar en silencio. Luis caminaba taciturno y furioso.

—Perdóname, Luis; soy una tonta por haber venido.

—Me alegra que lo comprendas. Estas fiestas no son para ti; de esto sé más que tú. Aquí vienen sólo las golfas, como Tacha, como Teresa. Tú no eres golfa… Aunque quisieras, no lo serías nunca.

Olga se colgó de su brazo y lo amó profunda y violentamente en ese momento, cuando él, casi a gritos, le prohibía reincidir en fiestas como aquella.

Caminaron hacia la Reforma. Allí él preguntó, antes de parar un auto de alquiler, si iban a su casa o al apartamento de Insurgentes. Olga suavemente dejó a Luis hacer la elección.

IV

Paseó los ojos en torno y nunca como aquella tarde, le pareció triste y frío el estudio. De las paredes rezumaba humedad gris. El polvo se había acumulado en la ventana que se abría al norte. Extendiéndose en abanico, el paisaje de azoteas pardas repetíase hasta el infinito.

Quieta, y como muerta, la silla, con el pedazo de raído terciopelo rojo sobre el que se sentaba; más allá el catre, deshecho, oloroso a sábanas no cambiadas desde hacía meses; a sábanas saladas de amor. Al pie una bacinica despostillada; un calcetín sucio, como bola.

Los ojos de Teresa se detuvieron sobre la comida. Seguía intacta, como la había dejado dos días antes. Avanzó hacia la mesa: el pan era de madera y por una larga exposición al sol, la mantequilla habíase derretido en una plasta amarillenta y sebosa. Sus pies tropezaron con algo, que rodó con un ruido redondo. Era una botella que contuvo tequila. La apartó.

Contrastaba la elegancia de su perfecto traje azul marino, la riqueza barata de sus joyas vistosas, con la desnudez del estudio. El fuerte perfume caliente que la envolvía, apagaba el olor ácido y húmedo de aquel cuarto sin adorno y sin otros muebles que la silla, la cama, la mesa.

Fue al caballete: los tubos de pintura estaban abiertos y el aceite multicolor, seco. Y el cuadro no aparecía. Lo buscó por los rincones, entre las telas inconclusas, manchadas, olvidadas. Se limpió los guantes.

—¿Lo buscaba? —preguntó una voz, a su espalda.

Se volvió rápidamente, con sobresalto. Recargada al marco de la puerta, con el cabo de la escoba como báculo, vio a la portera del edificio: gorda, chaparra, con canas de sesenta años en la cabeza.

—Sí.

—Desde antier no viene.

—Voy a esperarlo —Teresa se quitaba un guante.

La portera avanzó un paso dentro y apoyó la barba sobre sus manos:

—No creo que venga… —y cortó la frase.

—¿Por qué?

—Anda con la botella adentro. Muy borracho…

Ambas se miraron un largo tiempo. La muda presencia de aquella mujer impacientaba a Teresa. Fue a la mesa, donde dejó la bolsa y extrajo de ella la cigarrera con una T de rubíes. Fumó nerviosamente.

—¿Usted es su esposa? —dejó caer la que empuñaba la escoba.

Teresa se tomó un instante para responder:

—No, ¿por qué?

—Por nada. Pensé que usted lo sería…

Volvió a callar. Teresa caminó a la ventana y se entretuvo mirando el gris y feo paisaje de techos urbanos. Muy lejos veía humear la chimenea de una fábrica; veía también, negro de carbón, un pedazo de escape ferrocarrilero.

—El señor —habló reflexivamente la portera— vino ayer, ya muy noche. Se llevó el cuadro de la encuerada ésa que estaba allí…

Teresa se volvió un poco y sus ojos cayeron sobre el caballete vacío.

Por fin la mujer movió la cabeza y se fue sin decir nada.

—¿Le cierro la puerta? —fue lo último que preguntó.

Dijo Teresa que sí.

Tenía rabia, aunque no sabía por qué o contra quién. Indudablemente que era contra el pintor, contra ese Leonardo a quien detestaba un minuto, para amarlo al siguiente. Después de la discusión, porque hubo una discusión de la cual no recordaba el motivo, ella se había ido. Telefoneó a la mañana siguiente y la portera dijo que el señor estaba ausente. Teresa compró algo de comer en Mennen y pasó a dejárselo.

Eso había sido ayer. Ya no tenía furia contra Leonardo y decidió, como lo había hecho antes, volver al estudio y arreglar la pequeña dificultad. Y ahora estaba allí, sola y sin esperanza de que él regresara pronto.

Sospechó dónde podría encontrarlo. Por un minuto titubeó si debía ir o no. Se decidió por lo primero. Bajó rápidamente las escaleras. El auto de Chavalillo estaba abajo. Lo guió hasta la cantina de siempre.

A media tarde el olor agrio del serrín regado en el piso era insoportable. El lugar estaba impregnado de un viejo tufo de orines. Un piano, al fondo, cantaba una canción medio ebria. En una mesa del rincón, la aislada mesa favorita de Leonardo, había una figura

garabateada sobre sí misma.

Dos borrachines que bebían cerveza en la barra, se volvieron para mirarla.

Teresa se detuvo al lado de Leonardo, de cuya boca resbalaba hasta la madera un hilillo de baba. Su mano enguantada lo tomó por el pelo y le alzó el rostro.

—¡Déjame, carajo! —farfulló él.

Teresa ocupó la silla de junto:

—Vámonos, Leonardo; es muy tarde. Vámonos a la casa.

Leonardo levantó pesadamente la cara: tenía los ojos muertos, cargados de sangre, como los de los pescados; pasó la estopa de su lengua sobre los labios blanquizcos.

—¿Eres tú? ¡Bah…!

No dejó ella que volviera a dormirse y consiguió, forcejeando, ponerlo de pie. Para que no cayera, lo recargaba contra su propio pie. Teresa miró, detrás del mostrador, apoyado en el espejo roto, el cuadro de su desnudo. Dejó a Leonardo en la puerta, tambaleante y ruinoso, y volvió al interior. El encargado, de codos en la barra, la miraba. —Déme eso también —demandó señalando la pintura.

El gachupín movió la cabeza:

—Le di sheshenta peshos de tragosh por él —explicó, contemplando el cuadro con la cabeza ladeada.

Sabía Teresa que pretendía engañarla, porque Leonardo no bebía más que cerveza y tequila y no pudo haber consumido tanta en 24 horas. Sin embargo, arrojó sobre el mostrador seis billetes de a diez y recuperó el lienzo.

Acomodar a Leonardo dentro del auto fue tarea difícil. Algunos chiquillos desarrapados miraban todo, sonriendo, a distancia. Teresa arrancó. Iba el pintor vencido, estertorando su borrachera, en el fondo del asiento forrado de cuero rojo.

Ya en el estudio lo desnudó y lo tendió en la cama. Sonaron unos golpecitos en la puerta. Era la encargada, que se asomó por encima del hombro de Teresa.

—La vi subirlo y pensé que a lo mejor necesitaba algo.

Teresa no necesitaba nada y le agradecía mucho su interés en ayudarla.

—Ya se puso una vez así —insistió la mujer— y ya se nos andaba muriendo.

Antes de que Teresa pudiera impedirlo, la mujer se había colado hasta la cama. Miró a Leonardo y le tentó la frente:

—Ese hombre está muy mal —dijo.

Teresa sintió un pellizco de angustia en el vientre.

—Yo creo que debe traer al doctor.

Leonardo era una piedra que aún respiraba. La mujer tomó la iniciativa y fue por el médico de al lado. Cinco minutos después volvió con un hombre como de treinta años, esmirriado y moreno, que llevaba un maletín. Al entrar miró a Teresa.

—Allí está —apuntó a la cama. En ese momento ella sentíase la mujer más torpe del mundo.

—Este hombre se está muriendo. —El médico miró a las mujeres.

Teresa se tronaba los dedos. Luego él anunció lentamente:

—Tiene congestión alcohólica…

V

Alonso Ortiz se mostró esa noche más exigente que de costumbre. Subido en su silla de altas patas, la hizo repetir una y otra vez los parlamentos.

—Supongo que no estará cansada, ¿verdad? —deslizó con un retintín desagradable cuando, por cuarta vez, la obligó a rehacer de principio a fin cinco escenas.

Ella dijo que no, odiándolo vivamente. Estaba nerviosa, más que fatigada. Sus nervios eran arpa sensible a la luz, a los movimientos de los otros, a las pisadas que amortiguaba la alfombra beige. Su galán, un muchacho fatuo de amplias espaldas, no podía entender a su personaje; no podía interpretar la psicología del hombre atormentado que representaba, y cometía equivocaciones frecuentes, que hacían gritar a Alonso:

—No, no, no, Enrique. ¿Qué no entiende lo que acabo de explicarle…?

Y volvía a saltar de la silla, para encarnar personalmente al hombre de la ficción. Aparte, fumaban en grupo silencioso Tacha y las otras.

—A ver. Desde el principio —ordenó Ortiz, volviendo a la silla —. Enrique, dé el pie…

El actor recitó una línea del diálogo y Olga continuó. Apenas si hizo un guiño cuando Antonio Ferrer y un hombre de pelo cano que lo acompañaba, se escurrieron por la puerta y tomaron asiento en unas sillas colocadas junto a la pared del fondo. Vestían gabardinas, que colgaron de un espejo vertical. «Afuera está lloviendo», pensó Olga, mientras de sus labios salían cálidamente matizados los parlamentos.

Era el suyo un personaje que le gustaba. Luis analizó su psicología en detalle, con mayor precisión que la que tenía en el libreto. Se trataba de una mujer, moralmente corrompida, ambiciosa y brillante, inflexible, que arrastraba a un hombre hasta la ribera del crimen después de esclavizarlo por la carne.

«Estás actuando bien», le decían sus pensamientos, al tiempo que cerraba dentro de su cerebro el volumen de las palabras que en ese momento recitaba su compañero. La presencia de Antonio Ferrer la había inquietado al principio, cuando se sentó con los ojos y los oídos muy atentos. Mas, después, se olvidó de él y de los otros; se olvidó de sí misma y fue una sola con la mujer que hacía vivir.

Alonso Ortiz dio tres palmadas de aprobación al concluir el ensayo, Olga caminó lentamente hacia Ferrer. Tenía los ojos brillantes de emoción; le temblaban las manos.

—Estuvo usted magnífica, Olga —felicitó Ferrer.

—Muchas gracias… —farfulló Olga.

Antonio la presentó con el hombre que lo acompañaba: un productor de películas que tenía interés en conocerla.

—Ernesto Robles, para servirle —y se inclinó, galante.

Charlaron unos minutos. Robles dijo que Olga lo había conmovido por su modo de actuar y habló de que gente como ella era la que el cine necesitaba.

—Antonio me había contado mucho de usted —añadió, amable y risueño—. Y, créame, yo estaba un poquito, ¿cómo diré?, escéptico. ¡Son tantas las amigas de los amigos de los productores que dicen tener talento! En fin, vine y, nuevamente, me inclino ante usted y reconozco que nuestro Ferrer dijo verdad…

Le agradaba a Olga el desparpajo con que hablaba el productor. Tantos elogios la hacían sentirse cohibida y sólo acertó decir que estaba muy reconocida; pero que la obra, gracias a la dirección de Ortiz, quizá tuviera éxito.

—Con usted en ella, y a pesar de Ortiz, lo tendrá —enfatizó Ferrer, y luego—: El señor Robles tiene una proposición que hacerle…

Olga lo miró, sorprendida.

—Sí, señorita Lang. Tengo para usted un papel en mi próxima película; no un estelar, desde luego; pero sí una primera parte —de la cartera sacó una tarjeta y garabateó algo en ella—. Vaya usted a verme mañana mismo…

Aquello, por inesperado, produjo en Olga un efecto increíble: una vez más en su vida se quedó con la boca vacía de palabras; con los ojos muy abiertos, con los oídos zumbándole. Como si fuera la primera ocasión que escuchaba una promesa semejante. Antonio Ferrer le apretó las manos, en despedida.

—Yo la acompañaré, Olga —y miró con ojos sonrientes a Robles —: Es peligroso dejar a una muchacha bonita cerca de los lobos.

Robles se despidió también:

—La felicito, señorita Lang. Y no olvide: mañana mismo…

Su infalible voz interior repetía que no fuera estúpida, que no se

hiciera más ilusiones. Las ilusiones son el botón del fracaso. De pronto se encontró sentada, quieta, como bajo un peso enorme, en la misma silla que ocupara Ferrer. Sus dedos dieron vueltas al rectángulo de cartulina; permaneció mirándolo muchos minutos.

—¡Olga! —la voz de Luis la situó en la realidad.

Alzó la cara y ensayó una sonrisa.

—¡Hola! —saludó, con un estremecimiento.

Se echó sobre los hombros un impermeable, despidiéndose de todos. En la calle aguardaron un cuarto de hora a que escampara la lluvia, Luis iba taciturno.

—¿A qué vino? —interrogó, impersonalmente.

—¿Quién?

—Ferrer. Lo encontré cuando salía.

—¡Ah! —hizo Olga—, a verme.

—Ya sé que a verte. Pero ¿por qué?

Olga notó los esfuerzos que hacía él por reprimirse, por no saltar en violencia.

—Trajo a un productor a que viera el ensayo. Le gusté.

Luis no contestó ya nada. La lluvia disminuía en intensidad. Subió el cuello de su gabardina.

—¿A dónde quieres ir? —demandó.

—Cualquier sitio, estando tú, es bueno —y Olga se apretó contra su brazo. Lo quería inmensamente bajo la lluvia. Sintió, en ese momento, que la lluvia la excitaba; que la lluvia la hacía desearlo.

Entraron a Henri's, un café francés forrado de rojo. Bebieron ponche caliente. Vista a la luz tenue, Olga antojábase una estampa viva: pálida, fina, estilizada, y siempre como ausente de la realidad. Mientras él hablaba de la obra de los ensayos, de las dificultades que habían tenido que vencer para conseguir la sala del Palacio de Bellas Artes, Olga seguía pensando en Ferrer y en la cartulina que guardaba en la bolsa. Decidió dejar transcurrir unos días, y no al siguiente, para ver a Robles, pues no quería dar la impresión de estar muy interesada o muy necesitada. Robles podría o querría aprovecharse de eso.

—…Y, por fin, nos dieron el teatro en fecha de domingo —concluía él.

Olga no había escuchado más que lo último.

—¿En domingo? ¡Qué bueno!

La cálida mano de Luis se metió entre las suyas. Le gustaba esa mano larga, de finos dedos de pianista. Lo miró a los ojos, hasta que él preguntó en qué pensaba.

—En nada en particular —y luego, recordando súbitamente—. ¿Sabes que hoy abre su exposición el pintor amigo de Teresa? ¿Vamos?

A Luis le pareció bien. Pagaron. De la lluvia no quedaban más que unos cuantos goterones retrasados. Caminaron hasta la avenida Juárez, pisando los charcos. Aquello les producía un regocijo infantil. En López esperaron que el semáforo marcara adelante para cruzar la explanada de Bellas Artes. El mármol del Palacio relucía como anca de caballo blanco recién bañado. En el piso, rayado por las llantas de los autos, hacían zig-zag los reflejos multicolores de los anuncios luminosos.

La exposición estaba en el segundo piso. Corriendo como chiquillos treparon por la escalera de peldaños de ónix negro. A lo largo del corredor curioseaban algunas gentes, que preferían ver arte a sufrir llovizna. En las paredes, hasta dos docenas de cuadros, que Luis se ocupó de contar. Al fondo, cerca de la mesa desbordada de catálogos que nadie compraba, había un grupo.

—Ven. Allá está Teresa —lo empujó Olga, al descubrir a su amiga.

Teresa vino a su encuentro con los brazos listos para el saludo y parloteó que le encantaba, muchisísimo, verlos por allí.

—Esto parece velorio —comentó por un lado de la boca mientras los conducía hacia los otros.

Vinieron las presentaciones, en las que nadie supo cómo se llamaban los demás. A Luis le simpatizó el pintor, con su camisa de cuello abierto y su chaqueta de pana. Había también otro joven, alto, muy pálido, de mirada huidiza, que evidentemente no estaba a gusto allí.

—Este es Chavalillo —lo zarandeó Teresa.

Chavalillo dijo algo, su nombre presumiblemente, pero nadie lo escuchó. Las dos mujeres se apartaron un poco.

—¿Qué te parece el cuadro? —Teresa la llevó ante el desnudo, que ocupaba el lugar preferente, en el extremo de la galería.

Olga se puso los lentes y se aproximó un poco.

—¿Eres tú? —se volvió sorprendida. Teresa asintió—. ¿Posaste así, desnuda…? Cuando me lo dijiste creí que era otra chifladura tuya…

—Pues claro. ¿Tiene algo de extraño que la vean en cueros?

—No, desde luego. Pero ¿y qué dice tu torero?

—¿Chavalillo? Nada. ¡Si es un niño bueno! Acabo de convencerlo de que lo compre. Así, ayudo a Leonardo y evito que ande yo rodando por ahí, produciendo tentaciones…

Volvieron paso a paso, Olga venía moviendo la cabeza:

—¿No crees, Teresa —insinuó— que es un poco demasiado peligroso reunir aquí a tu amigo… con el otro?

—Chica, por Dios. ¡Si lo de Leonardo se acabó hace tiempo!

Somos amigos y nada más.

Leonardo estaba resentido porque nadie se presentaba por allí. La inauguración fue gris, mediocre; había previsto que irían los habituales; esas gentes inútiles que van a decir mentiras sobre la calidad de los cuadros, pero que visten, que hacen bulto.

—Aparte de ustedes, no vinieron ni las moscas.

Durante media hora les explicó el significado de cada una de sus obras. Luis comenzaba a aburrirse y le cuchicheó a Olga que era tiempo de desaparecer.

—Pues bien, es todo. Veinticinco cuadros buenos para irse a la basura —suspiró Leonardo, con amargor.

Teresa dijo de pronto, en voz alta:

—Bueno, Chavalillo. Paga y vámonos…

De su cartera sacó el novillero dos billetes de a 500 y los puso en manos de Leonardo. Éste le dio una palmada:

—Lo estoy robando, pero no le hace, camarada. Cuando sólo se lleva polvo en la bolsa y telarañas en el gaznate, no hay escrúpulos.

Entre todos deliberaron si debían o no llevarse el cuadro en ese momento. Luis sugirió que lo mejor sería dejarlo allí; aunque, eso sí, poniéndole un rótulo lo más grande posible con la palabra «Vendido».

—Así está bien. Ni modo de cargar con él —intervino Teresa—. Además, el chaval y yo tenemos que ir a otra parte.

Dejaron a Leonardo con sus cuadros y dos o tres amigos, y bajaron los cuatro. En el *foyer*, desierto y mal iluminado, se despidieron.

Desde arriba, Leonardo los miró perderse en la oscuridad de la avenida Juárez. Sus amigos también se marcharon. Estaba ya completamente solo. En uno de los rincones dormitaba un empleado del Palacio. Caminó hacia él.

—Compañero —lo hizo espabilarse—; me largo. El arte no produce más que crudas y, a veces, gonorrea. Si alguien viene, dígale… dígale lo que quiera.

Con las manos bien hundidas en la bolsa del pantalón, Leonardo descendió por los peldaños fríos y negros. El húmedo aire de la calle le produjo alivio. ¡Qué caray! «Soy un producto corrompido de la corruptora civilización. Un gargajo verde». Después de todo, la cosa no iba mal. Habían caído mil pesos.

—¡Mil pesos! —repitió en voz alta.

De pronto sintió deseos de beber y con paso rápido cruzó la calle en busca de una cantina.

VI

Ernesto Robles cumplió su palabra y le daba un papel en su próxima película.

—Es sólo el principio —auguró después de que Olga firmó su contrato.

Era un papel bueno del que, pensó, podría sacar mucho partido dramático. Le pagaron su sueldo íntegro y por adelantado. Mil pesos. Mentalmente reconoció que aquello era una gentileza que debía agradecerle a Ferrer. Compró ropa, que ya necesitaba; envió una pequeña suma a su padre que vivía en provincia y le sobró algo para regalarles corbatas a Luis y a Antonio.

La película comenzó a filmarse una semana después. Por las tardes, bajo la vigilancia de Luis, Olga estudiaba sus líneas. Después iban al ensayo de la obra y él se marchaba al periódico. Era una rutina agradable. Algunas veces solían caminar por las noches, durante horas, hablando, haciendo planes para un futuro del que les gustaba conversar, pero que no tenían prisa en concretar en tiempo ni en espacio.

Esa mañana, Luis no había podido acompañarla a los estudios y ella tuvo que abordar un atestado autobús que la condujo, en lento recorrido de una hora, a Tlalpan. Después de la lluvia de toda la noche, las cosas olían a fresco y limpio, a lavado paisaje campesino. En el foro 2 flotaba la nerviosidad del primer día. Esther Fernández era la estrella y cuando Olga llegó terminaba Sara Mateos de maquillarla.

Las primeras escenas salieron bien, lo que, en opinión de todos, era magnífico augurio. Trabajaron, sin tropiezos, toda la mañana. A las dos cortaron. Un muchacho alto y fuerte, de rostro atezado, pelo, cejas y bigotes negrísimos, la invitó a comer, pero Olga declinó diciendo que esperaba a alguien. Pedro Armendáriz se encogió de hombros y dijo que otra vez sería.

Aunque no tenía apetito, Olga comió algo ligero en el

restaurante del estudio. Reclamaba su cuenta cuando una voz dijo a su espalda:

—Es mía —al tiempo que una mano entregaba a la mesera un billete.

Lo reconoció inmediatamente y le tendió la diestra:

—¡Señor Vidal, qué gusto!

Rolando Vidal ocupó la otra silla. Veíasele fresco, bien afeitado, oloroso a lavanda. Con lánguido ademán encendió un cigarrillo. Sus ojos azules exploraron profundamente el rostro de la muchacha.

—Olga Lang, es usted maravillosa —exclamó.

Durante media hora elogió sin medida su belleza, su elegancia, su espiritualidad. A Olga le agradaba aquel hombre amanerado y seductor. Era como a ella le gustaban los machos: alto, atlético, hermoso, con grandes ojos azules. Llegó a dudar, en el entusiasmo que le producía encontrarlo tan inesperadamente, que fueran ciertas todas las cosas que de él se contaban. Su charla fluía con animación, salpicada de ingenio. «Es un gran tipo», lo calificó.

Manuel Jiménez entró en ese momento y los saludó con ceremonia. Ocupó una mesa y, tras de ordenar su comida, se distrajo en la lectura de un *script* que llevaba bajo el brazo.

—¿Qué ya no son amigos ustedes, Olga? —preguntó Vidal, advirtiendo que ella no respondía al saludo.

—En realidad —titubeó— nunca lo fuimos.

Rolando no quiso saber más:

—Comprendo, Olga. Comprendo…

Eso fue para ella un alivio: no dar explicaciones, no entrar en detalles que si bien fueron molestos, pertenecían al pasado. Manuel Jiménez seguía su destino, Olga Lang, el suyo, y sola. El cielo, afuera, estaba gris. Pesadas nubes de marmaja dejaban escapar su henchido olor a humedad. Por el rumbo del Ajusco retumbaban los truenos. Volvieron al foro. Continuó la filmación.

Olga estuvo tranquila en su escena: fingía una situación de extremo dramatismo. El villano golpeaba a su padre en su presencia; ella defendía su virginidad campesina de los apetitos insanos del hijo del patrón, que pretendía seducirla en aquel pajar de pacotilla. Actuó estupendamente, vibrando hasta la última de sus fibras.

—Maravillosa, amiga mía —Rolando Vidal le arrojaba besos de contento—. Es usted actriz, gran actriz…

Olga lo escuchaba sonrojándose. Vidal hacía aspavientos y los demás comenzaban a mirarlos con demasiada fijeza. Hubo una pausa mientras alumbraban la siguiente escena. Esther ensayaba sus líneas a solas. Rolando acarició con grandes manos las mejillas de Olga.

—Estudie mucho, amiga mía. Tiene usted un talento

maravilloso.

Lo acompañó hasta la puerta del foro. Allí él tomó su mano y la besó, inclinándose en reverencia.

—Cuando termine, llámeme por teléfono. ¡Necesito hacerle yo mismo su ropa!

Aparte de toda esa gente bulliciosa, Olga estuvo pensando en que la suerte, al parecer, comenzaba a cambiarle. «Ropa diseñada para mí por Rolando Vidal». La voz del asistente del director la llamaba; trotó ella alegremente hasta el set iluminado por los reflectores.

VII

Teresa no podía conducir y dejó el volante en manos de Luis.

—¿No es horrible? —lloriqueaba, tapándose la cara con las manos.

Olga le pedía que se calmara, que cesara de llorar tan desconsoladamente. Pero Teresa dejaba correr su llanto doloroso, cada vez con mayor fuerza.

—Lo quería yo mucho —hipeó. Vestía de negro, severamente, pero habíase maquillado en demasía. Con las lágrimas, la pintura le formaba una torta ocre en el rostro, y aunque masticara pastillas de menta no conseguía librarse de tener aliento alcohólico.

Era martes. La tarde seguía amenazando lluvia y grandes tolvaneras hacían remolinos en las calles batidas por el viento. Había algo estremecido y melodramático en el ambiente; uno como gran llanto que iba a derramarse sin remedio sobre la ciudad. Rodaba el auto quedamente. Era un magnífico automóvil, forrado de cuero. A Luis se le antojó tener uno así. Su mente estaba, sin embargo, muy lejos de la pena de su amiga.

Olga lo había llamado al periódico para decirle:

—Leonardo Ampudia murió esta tarde.

Como no recordaba conocerlo, Olga tuvo que agregar:

—Leonardo es aquel pintor, amigo de Teresa… La causa: congestión alcohólica… Sí. Se ahogó con su propia lengua. Teresa me habló a la tienda, pidiéndome que la acompañe. Pasará por mí… Está desconsolada.

Tuvo Olga que pedir permiso para salir temprano. Estaba cansada de modelar pieles. Tenía resuelto renunciar al empleo en cuanto estabilizara su situación económica en el cine. Le disgustaba, tanto como a sus jefes, pedir licencias a fin de cumplir con sus llamados a los estudios. Si bien su tarea no era difícil, sí era tediosa. Detestaba a las clientes, a los superiores, a las compañeras y no era tan frívola como para tomar las cosas con calma. Además, venía

siendo cortejada por uno de aquellos franceses de pulidas maneras que tenían a su cargo el departamento en que ella devengaba un salario.

Cuando se reunieron con Luis en Bucareli, Teresa le relató, entre hipos, cómo habían sido los últimos momentos de aquel pintor extraordinario.

La noche de la exposición Leonardo Ampudia comenzó una parranda tremenda. Ella fue a buscarlo al estudio y al no hallarlo sospechó en qué sitio estaría. En la cantina de siempre no había asomado las narices en varios días.

—No ha venido por aquí —informó el gachupín de la piquera—, y me eshtraña porque shi anda con la botella dentro. Diosh sólo shabe dónde esthará. El único que le fía shoy yo…

Así transcurrió una semana. Los amigos de Leonardo, a quienes buscó en San Carlos, en las oficinas del Partido y en el Café París, tampoco pudieron darle datos concretos, aunque todos aceptaron haberlo visto bebiendo en diferentes sitios. Y lo que más le preocupaba a Teresa era saber que su amante tenía mil pesos en la bolsa.

Ese domingo estaba en casa. A solas, porque Chavalillo había tenido que torear en Tijuana y Mexicali y estaría ausente dos semanas. Sonó el teléfono y una desconocida voz de hombre preguntó por ella.

—Sí. Yo soy Teresa Mallén…

Preguntó la voz si conocía a un hombre llamado Leonardo Ampudia.

—Sí, ¿por qué?

—Está aquí, en la Cruz Verde. Agonizando. Entre sus papeles había este número de teléfono y su nombre, señora.

—¿Algún accidente? —latíale fuertemente el corazón y sintió el roce del desmayo.

—No. Lo recogimos con una congestión. Está ahogándose…

Cuando Teresa llegó a la Cruz Verde, Leonardo acababa de morir. Vio su cadáver, desnudo y enflaquecido, sobre la plancha del anfiteatro. El practicante que la acompañaba, dijo:

—¿Es usted su esposa?

Teresa no supo que responder:

—Fui.

Le informaron que no podía llevarse el cadáver antes de que se le practicara la autopsia. Ella se puso histérica y se abrazó al cuerpo sin vida, llorando a gritos. El practicante consiguió calmarla y le sugirió, si tenía amigos influyentes, que se valiera de ellos para conseguir la dispensa del trámite.

En una oficina que olía a cloroformo y a mugre, habló por teléfono con alguien:

—¿César? Mira, te habla Teresa Mallén. Estoy en un lío. Un amigo mío acaba de morir en la Cruz Verde y… —le explicó en detalle lo ocurrido y se tranquilizó un poco cuando su interlocutor prometió auxiliarla.

Media hora después llegaba César. El agente del ministerio lo reconoció en seguida y le dio cortés tratamiento de diputado. Como su influencia no bastaba en aquel caso, se comunicó con Rojo Gómez y le expuso los hechos.

—Rojo dice que no nos apuremos —la tranquilizó al colgar el tubo.

Una hora después, salvados los trámites burocráticos, les indicaron que podían llevarse el cadáver. César se marchó, dejando a un ayudante para que se ocupara de los detalles. Un sujeto vestido de negro, que dijo ser agente de Gayosso, pidió 500 pesos por un funeral, de primera, en Dolores. Teresa entregó la mitad, ofreció dar el resto más tarde y garabateó en un papel la dirección del estudio, para que condujeran el cuerpo de Leonardo.

Sin reponerse del impacto emocional que había sufrido, Teresa volvió a su casa. Antes de poner su delgado cuerpo bajo la ducha, bebió un trago de whisky puro y sintió una caliente oleada de alivio. Luego llamó a Olga.

Luis frenó ante el edificio en que había vivido el pintor. Subieron en silencio los cuatro tramos de escaleras. De lo alto venía el murmullo apagado de las pláticas. Los otros vecinos curioseaban el luto desde sus puertas. Algunos amigos de Leonardo formaban grupo de silencio, fumando, con los ojos brillantes. Mucha gente, avisada quién sabe por quién, atestaba el corredor. Con su mirada huidiza, el Ratón miró de frente a Luis y a las dos mujeres. Dentro olía a cera, muerte y sudor. Teresa titubeó en la puerta.

En el centro del estudio, entre cuatro cirios, estaba la caja, negra, de pino humilde. La tapa, en el lugar que correspondía a la cara del muerto, había sido levantada. Un joven de rostro cenizo se aproximó a Teresa. La tomó por las manos.

—Señora —su voz era queda, amortiguada—, a nombre del Partido expreso a usted mi condolencia por la pérdida del compañero Ampudia. Estoy autorizado por el compañero Encinas para decirle que el Partido atenderá los gastos…

Ella le dio las gracias. Durante más de una hora permanecieron los tres en un rincón, mudos, embarazados, molestos. No habían visto el cadáver ni sentían deseos de verlo. En realidad, todos los velorios ponían de malhumor a Luis. Olga, mareada por el terco olor de la cera, comenzaba a asfixiarse. Alguien contaba chistes sexuales. Mucha gente desconocida seguía llegando: asomaban su curiosidad al féretro,

veían el despojo, movían la cabeza e iban a reunirse con los demás.

—El velorio de Fermín Revueltas estuvo mejor —decían a espaldas de Luis.

—¿Sí? Yo no estuve allí. Andaba con Encinas, organizando la gente en La Laguna…

Alguien sacó una botella de aguardiente, a la que siguieron otras. La portera apareció con una olla conteniendo café negro y fuerte. Comenzaron a circular las tazas y se desgranaban las conversaciones.

Repentinamente dominada por la emoción, Teresa tomó de la mano a Olga y la arrastró hasta el ataúd.

—Míralo… —hipeó. Le temblaba la barbilla y sus ojos se anegaron de lágrimas.

Vio Olga un rostro pálido, demacrado, que aún conservaba un gesto doloroso. Se conmovió sin saber por qué, pues sólo una vez había hablado con Leonardo Ampudia.

Teresa, de pronto, rompió a llorar y se abrazó a la caja. Los otros ni la miraban siquiera. Al cabo de un minuto levantó la cara. Ya no tenía restos de lágrimas en los ojos. Se asomó nuevamente al interior. Su rostro se reflejaba, entre las luces parpadeantes, en el espejo que cerraba el cajón.

Y fue entonces cuando prorrumpió:

—¡Dios mío, qué fea estoy!

E inclinándose sobre el cristal del ataúd, comenzó a polvearse la nariz.

I

A las ocho cortaron. Rápidamente las grandes luces azules que alumbraban el set se extinguían. Un pequeño *spotlight* iluminaba apenas para no tropezarse con las sillas, con los sostenes del decorado, con los presurosos que corrían a los vestidores a ponerse ropa de calle.

—¿Nos vamos juntas? —preguntó una de las chicas.

Olga dijo que lo sentía:

—Vienen por mí…

—¿Algún amigo?

—No. Mi novio…

La chica le deseó buena suerte y no insistió más. Sin removerse la capa de maquillaje Olga se puso el abrigo y salió. Era una noche tibia, pegajosa. Tras las nubes cargadas de lluvia se advertía, blanca contraluz, el queso de la luna. Los eucaliptos del jardín dejaban escapar una pesada y agradable fragancia resinosa.

Afuera la aguardaba Luis. Inexplicablemente sintió deseos de besarlo, y lo hizo, sin cuidarse de sus compañeras, de las otras chicas que sonreían divertidas. Iba Olga feliz; feliz sin saber por qué; sin querer saberlo. Había sido dura la jornada. Esas retomas de escenas siempre exigían concentración y cuidado. El director estuvo brusco y más escrupuloso que de costumbre. Dentro del set, el calor era insoportable y olía a cola. Momentos hubo en que Olga temió dormirse. Luego vino el fastidio del calor que hacía lodoso el maquillaje. Había que retocarlo cada cinco minutos. Para entretenerse en algo fumó y tenía el estómago revuelto. Pero, aun así, iba feliz y volvió a besarlo.

—Te quiero mucho —dijo, manchándole la camisa.

—Me querrás más cuando veas lo que compré hoy…

No era un auto de alquiler el que Luis le mostró, poniendo entre sus manos un llaverito. El coche que miraba con asombro tenía blanco techo de lona y era moderno y reluciente.

—Me lo entregaron hace una hora…

Olía a cosa nueva aquel Ford 1942; a cosa limpia y propia. Luis insistió en que dieran una vuelta.

Sombreada de árboles, la calzada de Tlalpan era un largo cuchillo negro, sin fin. Sobre la izquierda se amontonaban tierra removida y materiales nuevos. En una curva tuvieron que torcer porque un letrero prohibía seguir adelante; «Desviación — Hombres trabajando».

Como niño con juguete nuevo, ponderaba Luis las excelencias del auto. Olga gruñía, apaciblemente. Iba con los ojos cerrados, reposando el rostro en el hombro de él. Debió adormilarse porque, una hora después, cuando se desperezó, iban entrando al Zócalo. Todavía amodorrada trató de localizar, en el frontis de la Catedral, el reloj luminoso.

—¿Quieres ir a cenar… o a tu casa? —escuchó que Luis preguntaba.

Volvió a mayar:

—A donde quieras…

La condujo a su casa. Mientras la marmita del té hervía en la estufa, Olga se desnudó, quitó la pintura de su rostro y tomó una ducha caliente. Seca, con las mejillas llenas de *cold cream* y una toalla alrededor de la cabeza, acercó la mesita con las tazas y galletas. Tumbado en la cama, Luis fumaba.

Dialogando a través del espejo del tocador, se refirieron mutuamente lo que habían hecho durante el día. Después, entre sorbos de té, acordaron reanudar los ensayos e impedir que Alonso mutilara ciertos pasajes de la obra teatral, como ya lo había anunciado, y a lo que Luis se oponía.

Cuando comenzó a sentir que los párpados se le caían de fatiga, Olga habló quedamente:

—Apaga la luz y duérmete…

Él la miró en la penumbra cuadriculada por los hierros de la ventana. Después, la besó en la frente sin despertarla.

II

Teresa la llamó por la mañana, para invitarla a comer. A las dos se reunió con ella en Papillón. Como todos los bares, ése, frecuentado por políticos, le desagradaba. Pidieron un *high ball* y un jugo de toronja.

—Eres una mujer rara —dijo Teresa. Parsimoniosamente incrustó el Chesterfield en la boquilla de oro. Había en el ambiente un espeso olor de cigarros de humo azul y dulzón. Voces amortiguadas, lejanas pistas de sonidos deformes, redondos. Y un cubicado agitarse de hielo en la barra.

—Rara, ¿por qué?

—Por muchas cosas —aplicó fuego al cilindro de tabaco; emitió dos cuernos de humo por la nariz—. Por un montón de cosas. No bebes, rara vez fumas… ¡Hasta creo —guiñó el ojo mientras el mesero colocaba las bebidas— que Luis es sólo una figura decorativa para ti! ¡Salud…!

Sintió Olga que se sonrojaba un poco, reconociendo que Teresa acertaba en parte. No había pensado o no había querido pensar en eso. Luis era su amante. Pero un extraño tipo de amante. Lo amaba como hombre, mas no tanto como pensó que podía amarle. Creía ser feliz con él, pero ciertos fenómenos físicos, que la llevaban a la frigidez, se lo impedían. Le agradaba físicamente, aunque no era su tipo. En sus relaciones de hombre y mujer, con sexo y deseo, eran medidos; tal vez en demasía.

Pasado el ardor de los primeros meses, guardaron el instinto en el buró para dar paso a lo que les parecía más importante: ellos mismos. Resultaba paradójico, pero así era. No una, sino varias veces, trató Olga de analizar qué los ligaba, qué los unía, qué los hacía sentirse atados el uno al otro. Y nunca encontró una respuesta.

Ahora, Teresa revivía aquello. «También lo ha notado», pensó, como ya había pensado tratar de imponerse a sus traumas sexuales, para ser más amante de su hombre; de Luis, que alguna vez le había

dicho que era la más fría de las mujeres ardientes y, que, por delicadeza a ella, reprimía las normales manifestaciones de su virilidad. Estaba segura, también, de que a pesar de lo mucho que él la amaba jamás podría olvidar, con todo lo civilizado y sin prejuicios que decía ser, que Olga había dado a otro, mucho antes de conocerlo, es verdad, esto tan estúpido que es la virginidad. Era una tenue sombra que se metía entre ambos durante los ocasionales, espaciados momentos en que ejercían tan biológica y necesaria función.

Pero conservaba hacia Luis un sedimento de gratitud desde aquella noche cuando, a orillas de un parque oscurecido, dejó que la acariciara antes de decirle que no era virgen. Él se había mostrado tan comprensivo, tan ecuánime…

—Salud…

Bebió un pequeño sorbo y sintió vehemente deseo de mentirle a Teresa. «Es un amante perfecto», hubiera sido una buena respuesta; pero prefirió no decir nada.

—No lo digo por ti —continuaba el parloteo de la otra—, pero le tengo miedo a la gente sin vicios. Son, para mí, las menos virtuosas de todas. Prefiero siempre a quienes cultivan las pequeñas cosas malas; no las grandes… Un cigarrillo, una copa… un amigo; todo a su tiempo…

Decidió Olga continuar dentro de su concha de silencio. Era mejor así y no tendría ocasión de discutir y de exaltarse, como cualquier mujer que desconoce el encanto de la controversia. Le encantaba escuchar a Teresa diciendo barbaridades. Solía ser, ocasionalmente, hasta ingeniosa; más aún cuando tenía un par de copas dentro.

—En fin —suspiró Teresa, encendiendo un nuevo cigarro—. ¿Qué cuentas de nuevo? ¡Porque algo habrás hecho en todo ese largo tiempo que hemos dejado de vernos!

—Nada nuevo, en realidad. La película terminó la semana pasada; la tienda me fastidia cada día más; los ensayos continúan y la lucha se sigue haciendo…

Olga consideró que con un vaso de jugo era suficiente. Teresa repitió la orden de whisky.

—¿Y tú?

—¡Oh! ¡Con tantos líos! ¿Sabes que lo de Chavalillo se terminó?

—¿No?

—Pero ¿qué no lees los periódicos? Denegri lo publicó la semana pasada.

—No lo sabía…

Durante los siguientes quince minutos Teresa habló de ella y Chavalillo. Era un tipo insoportable: vanidoso, tonto, incapaz de decir

tres palabras continuas de algo que no fuera los toros. Además, había convertido el apartamento en una plaza pública, a la que entraban gentes raras y estrambóticas.

—Lo que no aguanté —recalcó— fueron sus celos. Quería que lo acompañara en sus horribles viajes. ¡Imagínate, yo metida en la danza!

Por decir algo se interesó Olga en saber qué había pasado. Teresa aplastó la colilla y bebió:

—Lo que tenía que pasar; cada quien por su lado y en paz. La última noche hasta me pegó. Después se quedó, tan tranquilo, con una botella. Yo esperaba que hiciera algo, cualquier cosa, para que no me fuera.

Relató después que tomó un cuarto en el Regis y que volvió a ponerse en contacto con sus amigos. Salió varias noches con ellos; reanudó el alegre vivir de antes: dormir con la primera luz del sol; despertarse con la última.

—Ahora voy a intentar algo nuevo: cantar.

Olga hizo un gesto.

—¿Te sorprende? A mí también, pero ya estoy dentro y ¡adelante con los faroles!

Cualquiera de sus noches blancas conoció a un sujeto, como esos que sólo en las películas se miran: maduro, nacido en alguno de los varios países raros que hay en el mundo, propietario de un cabaret en la Reforma. Se parrandearon juntos varias veces; le prometió ayudarla en su carrera de cine, pues conocía a mucha gente clave dentro de la industria y le propuso, abiertamente, resolver sus problemas económicos. Teresa aceptó, porque la cuenta de banco estaba a punto de marcar cero.

—Ahora insiste que cante. ¿Qué remedio me queda?

Decidieron comer en otro sitio. Madero reverberaba de calor y de multitud. Un ardiente vaho de gasolina les embadurnaba las caras. Unos sujetos silbaron cuando cruzaban ante la puerta de Sanborns. Preguntó Teresa si Manolo estaba bien. Olga dijo que sí. Consiguieron mesa en un rincón. Recordó Olga que la última vez que comió allí la acompañaba Ferrer. Y éste, a quien había dejado de ver por largo tiempo, ¿qué haría?

Teresa ordenó la comida para ambas y pidió, para sí, otro whisky. Seguía hablando de su amigo, el propietario del cabaret. Era casado, pero su mujer no constituía obstáculo para que él manejara el frente exterior con mucha independencia. Era rico; por lo menos, rectificó, sus hermanos —concesionarios de obras públicas— sí lo eran. Adolfo, tal se llamaba, no podía ser considerado inteligente, pero sí un buen hombre.

—Por un tiempo —dijo Teresa— han dejado de preocuparme los dineros. Él paga todo sin chistar.

Olga daba fin a sus ostras, en tanto que su amiga continuaba su palabrerío hueco y desbordado. La charla de Teresa producíale una irritación inexplicable. Deseaba comer a gusto y en silencio. Estaría sola el resto del día. Luis se encontraba ausente, en un pueblo llamado Cazadero, donde había ocurrido un tremendo accidente ferrocarrilero. Le prometió estar de vuelta oportunamente para asistir al estreno de su obra.

Cuando volvió a la realidad auditiva, captó:

—…y también rumba.

—¿En el cabaret? —deslizó, sin saber absolutamente de qué hablaba Teresa.

—No, mujer, Adolfo me llevó con unos productores. Me dieron una parte, no muy buena, no muy mala, en la que bailaré tango, *boogie boogie* y también rumba. Así, toda desnudita, con un taparrabos.

—¡Ah!

Hacia el fin de la comida, Olga tímidamente habló de sus planes, de lo nerviosa que la ponía pensar en el estreno; de lo que esperaba para el futuro. Teresa aspaventeó como siempre:

—Pierdes el tiempo con esas tonterías… ¡Son papas fritas, Olga! Si quieres ser estrella, si quieres nombre, sal con los lobos; ve a la madriguera, sé lista… y lleva siempre una pluma fuente en la bolsa…

Iba Olga a replicar, pero Teresa no la dejó hablar:

—Haz todo eso… Y no olvides la pluma. Los contratos para el cine se firman en la cama. ¡Recuérdalo!

III

—No, no. Así no. —Era Alonso saltando de su silla. Su figura se empequeñecía en el gran escenario vacío. Potentes reflectores iluminaban el decorado y a los dos hombres y a la mujer que se movían en el cuadro de la acción. Otros actores dormitaban en las primeras filas de luneta; indiferentes, soñolientos, los tramoyistas veían repetirse todo aquello, monótonamente. ¡Otra vez desde el principio! El diálogo se reconstruyó, ya sin entusiasmo, ya cargado de sueño.

Desde el foro, el teatro era un gran ataúd de mármol forrado de rojo. Medialuna de luces despejaba de sombras la mitad del lunetario. Las voces resonaban fuertes, graves, deformadas por el eco del vacío: la voz de lo que a nadie alberga.

Olga tenía los ojos duros de sueño. Desde las ocho de la noche anterior, cuando comenzó el ensayo general, había estado luchando contra la fatiga. Se había vuelto irritable y lo atribuía a la inminencia de la menstruación, que siempre le llegaba acompañada de agudos piquetes en los ovarios. «Debo ver a un doctor», pensó, convencida de que nunca iría. Luis estaba con ella, callado, fumando cigarro tras cigarro, pendiente de lo que sucedía en el escenario.

Con su vestido blanco, Olga habíase hecho nudo en dos de las butacas y dejaba descansar su cabeza sobre los muslos de él. Los gritos de Alonso interrumpieron el ensayo, exigiendo tal o cual cosa, contradiciéndose de un segundo a otro, tronaban vagamente suavizados dentro de su cerebro que sentía a punto de estallar.

—¿Qué hora es? —bostezó.

—Cerca de las cuatro…

—Oh, Dios. ¡Si al menos pudiera dormirme!

Aquello iba para largo. Ya desde los ensayos, la primera parte de la obra había sido difícil. A pesar de la intervención de Luis, de las continuas modificaciones que se le hicieron a los parlamentos, Alonso no había podido captar el verdadero espíritu de los personajes y se

empeñaba en modelarlos de distinto modo a como habían sido concebidos. Cuando vio que no podía con la terquedad del director, Arvide dejó que manejara todo a su antojo. Ahora, en vísperas del estreno, le importaba poco que su pieza teatral fracasara. Sentíase agotado y su único deseo era irse a dormir cuanto antes.

Aunque tenía los ojos cerrados, no podía Olga capturar el sueño. Dolorosamente, sus nervios la tenían alerta bajo los párpados insomnes. Una y otra vez, como un disco, repetía sin hablar los parlamentos. Y en las ingles un miedo, un nerviosismo casi sobrehumano, la estremecían, extenuándola. De buena gana hubiera mandado todo al diablo.

Debió quedarse dormida por un tiempo, pues abrió los ojos cuando Luis le palmeaba la cara:

—Sigues tú…

Se incorporó. El escenario, desde su punto de vista, recobró su horizontalidad. Alonso vino hacia las candilejas y le gritó que se apurara.

—Buena suerte —le deseó Luis al pasar.

Para ella, el piso del foro de Bellas Artes no era de duras tablas disparejas, sino blando, muelle, inestable. Alonso hizo las últimas recomendaciones. Se demandó silencio. Unas luces se apagaron; otras se encendieron. Ocupó el galán su sitio en el escenario. Hubo una pausa. Entró Olga…

Desde su butaca, Luis miraba todo, con la barba acunada entre sus manos. Tenía Olga, indudablemente, una gran estampa de mujer. Se movía con soltura, pero su voz sonaba, quizá, demasiado aguda. «Si pudiera quitarse esa costumbre».

No salieron bien las cosas y hubo que empezar de nuevo. Alonso interrumpió el ensayo, pues necesitó ir a volver el estómago; lo que le acontecía siempre que se excitaba. Volvió con el rostro pálido y las manos temblorosas. Olga sentía caerse de sueño. El galán tenía mal aliento. Todos cargaban con el peso agobiador del cansancio. Ella tenía frío, porque fuera del ajustado traje de seda blanco no llevaba nada debajo. Alonso la reconvino por incurrir en un imperceptible error de dicción y la señorita Lang estuvo a punto de soltarse llorando de rabia.

—¡Okey! —anunció al fin el director—. Se acabó el ensayo…

Todos se reunieron en el escenario y Alonso les ordenó que volvieran por la tarde, a las cinco, para un último repaso. Mirando resentidamente a Olga, dijo con sarcasmo que nadie debía creerse tan genial como para hacer berrinches; mucho menos, cuando no sabían sus papeles.

Estaba amaneciendo. Luis había dejado el coche a dos cuadras

del teatro. Caminando tomados de la mano cruzaron la plazoleta. Gris contra gris se recortaba el cemento del edificio de La Nacional. El Guardiola era un gran dado de concreto y cristal. Dos o tres hombres y algunas mujeres de la noche hacían grupo de esquina. «Vendrán del Waikikí», supuso Luis. Pasaron a su lado sin mirarlos.

En un quicio dormitaba un racimo de chicos papeleros. Con su chaqueta subida hasta las orejas, se recargaba un policía poco más allá.

—¿Quieres tomar un café?

—Bueno —asintió Olga.

Entraron al Lido. Algunas caras se volvieron para verlos. Caras grises como el amanecer; caras grises y fatigadas de mujeres y hombres. Olga se hundió en el reservado. Apenas podía tener abiertos los ojos. Un mechón de pelo cruzábale el rostro. Pidieron café. Entraron dos muchachas profesionales. Una le guiñó a Luis. Ocuparon una mesa. Mascaban chicle.

—Estuve pésima —dijo Olga, de pronto.

Él le palmeó una mano:

—Sucede siempre así. Es, además, buen augurio que el ensayo último resulte mal.

—De todos modos, fue detestable —insistió ella.

Luis no quería hablar de eso y le pidió que se tranquilizara, porque estaba nerviosa y enferma. Olga tenía ganas de echar fuera su mal humor, de buscarle camorra y soltó dos o tres inconsecuencias que él, comprendiendo su excitación física y cansancio mental, fingió ignorar. Al cabo de un tiempo, pagaron y salieron a la calle.

De una pastosa niebla iban emergiendo las masas imponentes de los edificios. La primera luz bañaba la cúpula del teatro y ponía un tinte azulino en el mármol. Cerrada y opaca, la arboleda de álamos contrastaba con el Bellas Artes por su severidad vegetal. Lentamente rodaban los autos ruleteros y algunos ciclistas transportando periódicos.

Porque el motor estaba frío, tardaron un poco en arrancar. Dieron vuelta y tomaron Juárez. Frente a Relaciones, medio centenar de papeleros repartíanse los diarios. Mujeres con ollas humeantes les vendían café u hojas de naranjo con aguardiente. De un verde cenizo, El Caballito continuaba su galope inmóvil. Bucareli rebosaba de esas hormigas harapientas que venden los periódicos y que todas las mañanas, todos los mediodías, todos los atardeceres, llenan el ambiente de esa calle, que suda tinta, de un extraño olor a mugre, a sudor, a piojos.

En la esquina con Morelos un pepenador desprendía los carteles de propaganda, pegados con engrudo a la pared. Cuando ellos

pasaron, terminaba de arrancar uno de los que, con grandes letras, anunciaba para esa noche el estreno de la obra.

Olga dormía ya profundamente cuando Luis frenó ante la puerta de su casa.

—Llegamos, despierta.

Entró Olga tambaleándose de sueño, con el pelo caído sobre la cara. La mujer que limpiaba la escalera la miró con desdén y siguió aplicando agua y jabón al mosaico. Luis cerró las persianas y la ayudó a desnudarse.

Agotados, se deslizaron bajo las sábanas. Él, tendido junto, con los ojos abiertos, contaba las horas que faltaban para las ocho de la noche.

IV

Dejó a un lado la caja de mica que contenía la orquídea y leyó la tarjeta: «Que los dioses sean propicios esta noche», le deseaba Luis. De pronto se vio fumando. Indudablemente que eran los nervios. Le supo mal el humo y aplastó la colilla con el pie. Se miró al espejo. Tenía la piel mate, fatigada.

«Esa maquillista cómo tarda», se desesperó. Miró el reloj. Faltaban todavía quince minutos. «Ante la gran oportunidad», dijo para sí. Era ésa, en efecto, la noche esperada; la culminación de tantas semanas de ensayos, de nervios, de optimismo. Aún no se vestía. El traje negro descansaba, vacío, sobre una butaca. No había llegado la mujer que debía maquillarla y peinarla. Dentro del estrecho camerino, el calor zumbaba y hacía que de sus orejas resbalaran por el cuello pequeñas gotas de sudor caliente. Abrió la ventana y el rumor nocturno de la avenida Hidalgo se coló de un golpe. Afuera, por lo menos, había fresco, y gente despreocupada, tranquila, que no tenía ante sí, como Olga Lang, el compromiso de enfrentarse al público, la obligación de ser justa y perfecta al encarnar un personaje teatral.

Llamaron a la puerta y Olga, de un brinco, la abrió. Aparecieron dos caras: la familiar de Teresa y, un poco atrás, la de un hombre de cabeza cuadrada y pelo canoso, cortado a rape.

—Venimos a desearte la mejor suerte del mundo —parloteó ella. Luego presentó a su amigo. Éste sonrió:

—Adolfo Sokol —y se inclinó para besarle la mano.

Era un hombre maduro, no muy alto, y a Olga se le ocurrió pensar que tenía cara de tonto. Teresa se arrellanó en el diván debajo de la ventana. Encendió un cigarro. Olga quedó ante el espejo, encorvada, con las manos sobre las rodillas, sintiéndose terriblemente ridícula con la cara lavada, sin afeites.

—Todavía no viene la maquinista. ¡Esa horrible mujer! —sonrió a manera de excusa.

En realidad, en tales momentos la molestaba todo y, más aún,

las visitas. Esas visitas que la aturdían con su charla desbordada. Le hubiera gustado estar a solas; sí, a solas con todo su miedo. No se le ocurría de qué hablar y no le interesaba, tampoco, lo que los otros decían. Fue un alivio cuando esa horrible mujer de los cosméticos entró disculpándose por llegar tarde.

—Pero estará lista a tiempo —tranquilizó, al tiempo que le cubría la cara con una grasosa pasta ocre que extraía de un tarro.

Adolfo Sokol preguntó, con su indefinible acento extranjero, si estaba nerviosa.

—¡Me estoy muriendo! —repuso Olga. No mentía. De su boca había huido el sabor; una amarga saliva fluíale, casi sin interrupción, de todas las glándulas. Se inclinó a escupir.

Rio Teresa a carcajadas, y Olga pensó que era la mujer más estúpida que había conocido. Por un momento, ausente en el pensamiento, cerró los oídos a los ruidos de las otras gentes; los cerró de un golpe, como grifos de agua. La sala estaría llena. Cuatro mil ojos, enfocándola desde ángulos distintos, la verían actuar, moverse, reír, gesticular durante casi una hora. La destrozarían con murmuraciones, con críticas, con esos chistes sangrientos que se dicen en voz baja en todos los estrenos. Se dijo que necesitaba ser fuerte. Ser cauta. Ser fría e indiferente.

Cuando volvió a escuchar, Teresa iba diciendo:

—…y aunque no lo creas, he pegado en el cabaret. La gente me aplaude…

Olga pensó que la gente es, siempre, estúpida. Pero se limitó a asombrarse:

—¿Sí? ¡Te felicito!

—Usted, señorita Lang, nunca va a cabarets, ¿verdad? —disparó Sokol.

—No.

—¿Verdad, Adolfo querido, que eso no es normal? ¡Una muchacha joven, que quiere hacer algo en la vida, que no va a cabarets, que no se deja ver, no puede ser normal!

El hombre de cráneo cuadrado le alargó una pitillera de oro, repleta de cigarrillos. Parecía un piano en miniatura, con veinte teclas de tabaco.

—No fumo. Gracias.

—¿Nunca sale a bailar? ¿No le gusta?

—Si he de ser franca, no.

—¿No te digo, Adolfo, que es notable esta muchacha?

Sokol continuó:

—Esta noche quiero invitarla a usted y a todos sus amigos a cenar, en mi negocio. Ya hablamos con Alonso y estuvo de acuerdo.

Puede usted traer a quien desee, Olga.

Sin llamar, entró Alonso. Venía pálido y tembloroso. Se dejó caer al lado de Teresa. Dijo sentirse peor que un agonizante, con el estómago al borde de la basca. Impulsado por el violento resorte de sus nervios se levantó. Volviéndose a Olga:

—¿Lista? —consultó su reloj—. Dentro de cinco minutos se alzará el telón.

Ella asintió. ¿Por qué no se iba esa gente idiota y la dejaban tranquila? Mentalmente repasaba sus parlamentos. No; era imposible concentrarse con el cacareo de su amiga, con las risotadas de Sokol, con las lamentaciones de parturienta de Alonso. La maquillista pidió a los hombres que salieran, pues la señorita Lang iba a vestirse.

—¿Cómo te sientes? —indagó Teresa, al estar solas.

Olga tenía ganas de llorar de rabia porque el talle del vestido era demasiado estrecho. «¡Oh, Dios!» Lo había diseñado Rolando Vidal, con un amplio escote del que emergían sus pechos y sus torneados hombros.

—De muerte —resopló.

—¿Qué te parece Adolfo? ¿Verdad que es monísimo?

—¿Quién? ¡Ah, sí…! ¡Muy buen tipo!

Cuando, al fin, pudo Olga meterse dentro del vestido, sonó la segunda llamada. Teresa se despidió besándole la mejilla.

—Ya sabes: buena suerte… y te aplaudiremos mucho.

Sonrió Olga sin encontrar palabras para agradecer el buen deseo. La maquillista cerró la puerta con el pestillo. Con una borla de polvos retocó una vez más el rostro de la debutante.

—Está usted linda —halagó la mujer, contemplándola.

Cuando llamaron con los nudillos, Olga se estremeció, temiendo que nuevas visitas le robaran esos últimos minutos de soledad. La otra mujer entreabrió la puerta de cristales opacos. Escuchó una voz familiar que explicaba:

—Dígale que es Antonio Ferrer. Que sólo quiere saludarla.

—Que pase —concedió Olga con fastidio.

Venía muy elegante con un sobretodo negro. Se veía fresco y saludable. Le tendió las dos manos y retuvo las de ella un largo instante, mirándole el rostro, abarcándola con amplia sonrisa amiga.

—Está usted divina, Olga; sencillamente divina… —Se apresuró a añadir—: comprendo cómo se siente en este momento y me marcho. Pero, antes, quiero invitarla a cenar después de la función…

Lamentó Olga no poder aceptar…

—Lo siento, Antonio. Pero todos iremos, terminado este lío, a la cena que nos ofrece Adolfo Sokol. Si quiere, venga con nosotros…

Ferrer dijo que le parecía excelente y, tras de reiterarle sus

mejores deseos, se marchó. Cuando cerraba la puerta tras de sí, tropezó con Luis Arvide, que entraba:

—¡Suerte, viejo!

—Gracias —contestó Luis, secamente.

Al verlo entrar, pidió Olga a la mujer que los dejara solos. Sombrío, Luis clavó un cigarro entre sus labios:

—¿A qué vino ése? —cabeceó hacia la puerta por la que había pasado Ferrer.

—A saludarme. A desearme suerte…

Débilmente llegó hasta ellos el rumor de un aplauso. Se había levantado el telón. El enigma comenzaba a disiparse. Moneda al aire, en cara o cruz.

—Buena suerte, vida mía —Olga le acarició las manos. Las notó frías, trémulas. Luis la miraba silencioso y huraño.

Luego, casi bruscamente, silbó:

—¿Por qué te fuiste sin avisar?

—Estabas profundamente dormido. Además, necesitaba enviarle boletos a las gentes con quienes tengo compromisos. Tú sabes: productores, directores… Alguno vendrá, estoy segura.

Llamaron, con tres rápidos golpes, a la puerta de cristales y un pedazo de cara asomó para urgir a Olga Lang:

—Lista… ¡A escena!

Salieron corriendo. Alonso, entre cajas, vomitaba su bilis como una mujer histérica. En el amplio foro se caminaba de puntillas. Un tramoyista, indiferente, leía el *Paquín,* al pie de un reflector. El traspunte marcó a Olga su entrada.

Luis tuvo tiempo de darle un beso en la frente. «Que los dioses sean propicios esta noche», alcanzó a recordar Olga Lang en el momento mismo que sus pies entraban al escenario iluminado, a ese pedazo de verdad que es la mentira.

V

Ocupaban una larga mesa, muy cerca de la pista de baile. Olga se vio sentada entre Sokol y Antonio Ferrer. Luis se había retrasado deliberadamente y alcanzó una silla, enfrente, en el extremo opuesto. Ella hacíale señas para que se aproximara; él fingió no verla. «Está celoso», pensó.

Todavía no se apagaban, para ella, los aplausos que epilogaron su debut. Aplausos trepidantes del público puesto en pie, aclamándola, situándola en el centro de las cosas. Ese escenario lleno de luz era el centro de la tierra. Hasta siete veces tuvo que volver al foro. Una cálida oleada de orgullo la mareó un poco. Confusamente veía a la multitud, a sus pies, batiendo palmas: una muchedumbre de manos que hacían ruido, de bocas que gritaban «bravos», de corazones conmovidos por lo que habían visto y oído. «Los dioses…» No pensó en Luis. En nadie. En ella sola, abrumada por la ovación, por el triunfo inesperado y sin medida.

Y luego, dentro. El vértigo la galvanizaba. Los ruidos se asordinaban. Veíase envuelta en un continuo zumbar de felicitaciones, en un ir de unos brazos a otros, que la estrechaban, que la comprimían, que no dejaban que se le escapara la felicidad del éxito. Persistía el mareo: sus ojos no reconocían a quienes la proclamaban maravillosa actriz. En su inmensa mayoría, aquellos rostros sonrientes le eran extraños. Cuando Luis apareció Olga sólo acertó a tenderle la mano y a mirarlo llena de emoción y de ternura y, antes de emitir una sola palabra, fue arrebatada por Alonso, que la llevaba, como bolita de ruleta, de grupo en grupo. Y así hubiera seguido toda la noche si Teresa y su amigo no la secuestran para cenar.

Comprendía ahora que había procedido mal con Luis. Cierto que el triunfo era suyo, pero no íntegramente. Quienes aplaudían clamaban también por el autor. Pero Luis desistió de recoger los aplausos que le correspondían para no robarle parte de su victoria. Cuando se iban al cabaret lo divisó aislado entre la gente y no se le

ocurrió llamarlo para irse juntos. En la violenta borrachera del éxito, todos sus pensamientos eran para su persona, para aquello tan increíble que ya había pasado.

Cernida lluvia de agosto caía sobre el asfalto y el mármol. Adolfo Sokol cruzó bajo la llovizna para recoger su automóvil. En el vestíbulo se agolpaba la gente. Hubo comentarios cuando Olga pasó. Era, la suya, una embriaguez sin nombre; algo tremendamente grato que la trastornaba, al grado de hacerla sentir que no estaba ya en este mundo; que sus pies no pisaban este piso. Algo sin dimensión, sin antecedentes en su memoria o en sus emociones.

Sokol abrió la puerta del auto y ellas subieron. Iba Olga sonriendo, feliz, transportada. «Es el triunfo», se repitió. Un triunfo grande, en efecto. La gente siguió, tensa, como electrizada, cada una de sus palabras, cada uno de sus gestos. En las pausas se escuchaba el ruido del silencio atento, comprimiendo el lunetario, las plateas, los palcos; la galería atestada. Y luego ese trepidar de todos, concluida la última escena.

—¡Fue magnífico! —decía Teresa.

Sokol habló sin mirarla:

—Nos emocionó a todos, Olga.

—Gracias —pudo decir ésta.

Quienes salieron antes, los aguardaban a la puerta del cabaret. Sus compañeros aplaudieron cuando Olga descendió. Ferrer caminó hacia ella con los brazos abiertos.

—Estuvo maravillosa, Olga; admirable —y la besó suavemente en la mejilla.

Dio Sokol algunas rápidas órdenes y los meseros improvisaron un banquete. Trajeron botellas y vasos, hielo, cosas dulces y saladas. Olga tenía ya un *high ball* en la mano. Brindaban por ella. Sentíase ebria, sin haber siquiera probado el licor. Le ardía el rostro; pero no la acongojaba la fatiga. La excitación la había endurecido, haciéndola insensible a todo lo que no fuera el elogio, la sonrisa, los buenos deseos. Luis llegó un poco después con Alonso. Fue entonces cuando Olga le hizo seña para que se acercara.

«¡Que se vaya al diablo!», se dijo, ignorándolo.

Ferrer, a su lado, se mostró amabilísimo toda la noche. «Es lindo ser el centro del mundo». Las voces sonaban muy lejanas, amortiguadas. La misma voz de Ferrer sonaba así. Como si no hubiera sido emitida; sólo pensada. Luis estaba bebiendo y Olga se repitió que, en realidad, nada podría importarle si se emborrachaba o no. Sentíase demasiado feliz para preocuparse por él.

—¿Bailamos? —Antonio Ferrer se había levantado.

Ella dijo que sí.

Estuvo pensando en si amaba o no a Luis y no supo qué responderse. ¿Por qué habría de amarlo? Viéndolo bien, no había ninguna razón. Cierto que era el autor de la obra de su triunfo. Mas ¿qué importaba eso? No había triunfado la obra, sino ella. Ferrer pegó su cara a la de Olga, tímidamente al principio; firmemente después, al no verse rechazado.

—La adoro, Olga —murmuró.

Ella no lo escuchaba. Volvieron a la mesa. Sokol propuso un brindis:

—Por Olga Lang, la gran actriz…

Aplaudieron los demás, ruidosamente. Teresa se levantó, cruzó la pista y fue a situarse al lado del piano, junto al micrófono. Tocó la orquesta una llamada de atención. Luego, habló ella:

—Querido público… —su voz era dulzona y cursi—. Esta noche tenemos con nosotros… a Olga Lang… una de nuestras más grandes actrices jóvenes. Para ella cantaré, «Amor, amor, amor».

Un reflector iluminó a Olga. Al descubrirla, la gente comenzó a aplaudir. No sabía quién era la bella muchacha del vestido azul, pero batía palmas. Teresa estaba ya canturreando, con una pequeña vocecita vulgar.

Olga miraba de reojo a Luis. Evidentemente habíase emborrachado. Sin importarle la canción hablaba casi a gritos, discutiendo necedades. «No me interesa lo que haga», se repitió con rabia. La mano de Antonio se posó en su hombro y ella no hizo intento de rechazarle. Bailaron, muy cerca uno del otro, hasta la madrugada. En el mareo alcohólico, experimentaba un violento deseo de sentirse besada, poseída, y se hizo el propósito de no rehusar a Ferrer si intentaba propasarse. Cuando alguien dijo que eran casi las cinco, Olga Lang tartamudeó que tenía sueño.

—Yo la llevaré —se brindó Ferrer.

Mientras se ponía en los hombros el abrigo de pieles, un abrigo que le habían prestado en la tienda, sintió que el piso se movía bajo sus pies. «Yo también estoy borracha». Nadie, en la mesa, había advertido que se iba y esto le produjo alivio. Antes de salir comprobó que Luis habíase marchado antes que ella.

—Espérame aquí. Voy por el auto —dijo Ferrer.

El aire del amanecer la hizo sentirse enferma, «Voy a vomitar», y reprimió un acceso de basca. Tenía un sueño infinito y una absoluta lasitud en todo el cuerpo. Se despejó un poco y se reprochó haber bebido más de la cuenta. «Voy a vomitar». En eso llegó el auto. Suspiró aliviada cuando partieron. Ahora todo parecía lejano; irreal. La comedia había terminado. En la boca conservaba el gusto detestable del licor y los cigarrillos. Se dejó conducir, con los ojos

cerrados; inmóvil en el asiento.

VI

Las chicas fueron muy amables con ella. Habían leído en los periódicos sobre su triunfo y la trataban con el respeto y la admiración que se dispensa a las personas famosas. Hasta monsieur Bernard, el jefe del departamento de pieles, reconocía ahora que Olga era realmente bonita y la invitó a cenar, una noche de éstas.

Ernesto Robles le había enviado flores al teatro, lamentando no poder asistir al estreno. Dos días después la llamó por teléfono, para disculparse más ampliamente.

—Me fue imposible, Olga; pero ya nuestro Ferrer me habló primores. Toda esa publicidad es benéfica… ¡La felicito!

Le pidió que comieran juntos la semana próxima y ella aceptó. Luis estaba fuera de México, en misión periodística. Al día siguiente del estreno habló con él por teléfono. Sabía que la noche anterior había procedido sin cordura. Deseaba darle una satisfacción. Pero él, fríamente, insistió en que no era necesario. Salía esa noche y le era imposible verla para despedirse, pues apenas disponía del tiempo preciso para hacer la maleta.

—Si quieres, iré a tu casa para ayudarte.

Bruscamente repuso él que no se molestara, y había colgado. Esto enfureció a Olga. «¿Qué me importa todo en realidad?» Caviló. Luis había dejado de ser el amigo comprensivo y tolerante, para convertirse en el intransigente fiscal de todos sus actos. Y eso no lo toleraría Olga Lang de nadie; ni aun estando enamorada.

La noche del triunfo, los aplausos la hicieron sentir que no estaba sola; le dieron la seguridad de no necesitar, ya, del apoyo ajeno; del tutelaje de los demás. Tenía su arte, su dura belleza impresionante. Lo otro era superfluo. «¡Qué se vaya al diablo, o más lejos!», estalló.

VII

Madeimoselle Violeta, la encargada, la urgía tronando los dedos. Había clientes que deseaban admirar los minks plateados que acababan de llegar de Estados Unidos. Cuando entró al pequeño salón de paredes color crema y pisos alfombrados, vistiendo el abrigo de cuarenta mil pesos, tropezaron sus ojos con el rostro conocido de un hombre, sentado junto a una dama, ajamonada y barroca.

Aquel rostro familiar le sonrió levemente. «¿Quién será este tipo?», trataba de recordar, en tanto hacía la rutina del modelaje: unos pasitos para allá, otros para acá; una vueltecita, otra más. Con su índice impertinente, la dama barroca le pidió que se aproximara. Palpó la piel con sus manos llenas de joyas. Se inclinó a su acompañante. «Estoy segura de haberlo visto antes. Pero ¿dónde?»

—¿Qué te parece, Edmundo? —preguntó, asumiendo un aire distraído.

—Muy bello, muy barato…

—¿Barato? Cuarenta mil pesos son demasiado…

Edmundo sonrió:

—Madame… Es un abrigo de maravilla; algo único. Y en usted luciría, ¡oh!

Terció monsieur Bernard, con su melosidad francesa:

—El caballero tiene razón, madame… Usted le daría, ¿cómo diré?, el toque mágico que esa bella piel necesita. —Y luego, volviéndose a Olga palmeó—: Madeimoselle: ayude a la señora…

Era una mujer pareja como un barril. Cuando Olga le colocó el abrigo sobre los hombros, notó que la piel del cuello le colgaba en espirales de grasa y cosméticos. Tendría cincuenta años y se perfumaba en demasía. Se miró al espejo durante una eternidad. Edmundo insistía en que el mink la hermoseaba. Ella pareció creer lo mismo, pues, suspirando, exclamó:

—Lo tomo…

Sonrió Edmundo, como si hubiera conseguido un imposible. En

la cara de la mujer se dibujaba una mueca indefinida de gusto. Monsieur Bernard se frotó las manos:

—Madame tiene un gusto exquisito —ponderó, encorvándose reverente, casi hasta el piso.

¿Deseaba madame acompañar a monsieur Bernard por la factura? Madame extendió un cheque, diciendo que de esas minucias se encargaría Edmundo. ¿No quisiera madame llevarse puesto el abrigo? Sería magnífico, opinaba madame. En tanto que el francés extendía el comprobante. Sisler abordó a la modelo.

—Olga Lang, ¿no me recuerda? Soy Sisler. La última vez nos vimos en Prendes… Dos martinis… Sus amigos. Un mediodía.

Ella asintió.

—He estado buscándola. Leí los periódicos y la felicito por su éxito. Bueno, me marcho. Madame no debe quedarse sola —arqueó las cejas—. Soy acompañante profesional. Un oficio como cualquiera. Suele, a veces, ser bien recompensado. Pero hay que ser serio, formal… y guapo. Especialmente con viejas como ésa. La lucha se hace. Mañana vendré a cobrar la comisión que Bernard me paga por traerle clientes, hablaremos… *Au revoir*…

Y alegremente fue a darle escolta al abrigo de cuarenta mil pesos.

Volvió al día siguiente. Se le veía próspero, bien vestido. Permaneció un cuarto de hora en la oficina de M. Bernard. Cuando salió llevaba en los labios la música de «Frenesí» y en la bolsa, el porcentaje que le correspondía por la venta del mink plateado. Buscó a Olga:

—¿Salimos a tomar un coctel?

Ella se excusó, inventando un compromiso. Sisler le repugnaba por cínico, untuoso y desvergonzado.

—¡Ah, muchachita tonta! —la recriminó Edmundo—. ¡Muchachita tonta que deja pasar la oportunidad ante la puerta, sin aprovecharla!

Como no había cliente y como, además, madeimoselle Violeta no andaba por allí, ocuparon una de las butacas forradas de cuero color crema. Edmundo le ofreció la pitillera abierta. Ella no aceptó el cigarrillo.

—Bien, Olga, yo tengo planes para usted… Buenos planes, desde luego. Precisamente hay una persona que tiene gran interés en conocerla…

—¿Qué clase de persona?

—De lo mejor. ¿Conoce usted a Rodrigo Lemus?

—No —y puso una cara de disculpa.

—¿Cómo es posible? ¡Rodrigo es el magnate más importante de

la industria cinematográfica! Como si dijéramos, Salvador Elizondo. ¡Su poder es tan grande que con sólo tronar los dedos, así, puede encumbrar a cualquier hombre o cualquier mujer hasta el cielo!

—¿Y qué tiene que ver ese señor Lemus con todo esto?

—Rodrigo Lemus quiere conocerla. Con eso está dicho todo. La vio en el teatro y se impresionó con usted. ¡Él puede hacerla todo lo que usted soñó ser… y algo más! —de su cartera sacó una tarjeta y se la tendió a Olga—. Ése es su teléfono.

Antes de despedirse, Edmundo insistió:

—¡Llámele! Nunca se arrepentirá.

VIII

—Eso fue todo —iba diciendo Teresa. Caminaban por Isabel la Católica. Eran las seis de la tarde y hacía un calor de miedo. Espesas nubes de bordes negros movíanse lentamente de sur a norte. Por el rumbo de la Villa el cielo estaba cerrado, Olga experimentaba una tenaz inquietud. «Será por esa llamada», recriminábase por haberla aplazado sin motivo. Desde que viera a Sisler había estado pensando en Lemus. Esperaba causarle buena impresión. Resolvió hablarle en ese instante, desde el primer teléfono que encontrara. Sentía miedo y vergüenza y pensó que lo mejor hubiera sido establecer contacto con el magnate a través de una presentación personal.

Había comido en lo que Teresa calificó de lugar raro: en un pequeño restaurante árabe, de La Merced; lleno de gente gorda, de rabinos barbados, de olor a ajo, aceite y carne de oveja. Los grasosos platillos la indigestaron y Olga decidió tomar esa misma noche un ligero laxante para no amanecer enferma. Antes de ir con su amiga, había ido varias veces a aquel figón, que esa tarde retrotrajo a su memoria algunos recuerdos sin importancia, como todos los recuerdos que nunca la tuvieron.

En la esquina de Madero, Teresa propuso que fueran a un cine. Olga se evadió. No, tampoco tenía tiempo para tomar café en Lady Baltimore. Continuaron hablando. «Esta mujer —pensó la señorita Lang— no tiene para cuando acabar».

—Adolfo es un tipo tacaño —machacaba Teresa—. Yo detesto a los tacaños. No pudimos entendernos y cada quien tiró por su lado. Chavalillo vino a buscarme. Me pidió que lo perdonara. ¿No te digo que es un niño? En fin, volví con él… ¿Mi película? ¡Un churro con mucho meneo!

Luego preguntó a Olga sobre sus planes. Por lo pronto, nada. Luis seguía fuera de la ciudad y le había escrito un par de cartas. ¿Ferrer, el publicista? ¡Psch! Nada serio, un buen amigo, que ayuda en lo que puede.

Olga respiró tranquila cuando, al fin, Teresa se despidió. Descendió por Madero. ¿Por qué siempre sus pasos la llevaban a esta calle atestada, fascinante, pueblerina y cosmopolita? ¿Por qué no a otro sitio, a otro rumbo; a otras gentes, a otros olores?

Ante Sanborns decidió entrar. Buscó en su bolsa la tarjeta que le había dado Sisler. Resolvió, sin titubeos, hacer esa llamada.

—¿El señor Lemus? ¿Don Rodrigo Lemus?

IX

Una descarga de adrenalina había entrado a su sangre y el corazón le retumbaba, fuertemente, bajo el vestido. Antes de penetrar se había mirado en el espejo de Papillón.

Se levantó un hombre y caminó hacia ella.

—¿La señorita Lang? —y cuando ella asintió—: Yo soy Rodrigo Lemus.

Olga demostró desenvoltura, aunque las piernas le temblaban. «Otra vez entre lobos», pensó. Trataba, en su memoria, de recordar dónde había visto antes a ese hombre maduro, atractivo, sonriente. Vino él en su ayuda.

—No es ésta la primera vez que nos vemos, ¿recuerda? —antes de que Olga Lang dijera algo, continuó—: fue en el Reforma, hace tiempo. La acompañaba Fierro… Por cierto —sonrió de una manera que a ella le pareció encantadora— que usted quería saber si era yo dispéptico. ¿Por qué me lo preguntó?

Rodrigo Lemus ordenó la comida y seleccionó los vinos. Quince minutos después de escucharlo, Olga catalogaba a su anfitrión entre los hombres más interesantes y guapos que había conocido. Estaba muy a gusto, oyéndolo hablar de cine, de proyectos, de obras por filmarse. De pronto, él la miró a los ojos:

—He corrido tras usted por medio México. ¿Dónde se esconde? ¿En su trabajo? Pero ¿cómo es posible que una mujer como usted trabaje de modelo? Ése no es su mundo, Olga. Su mundo es el arte, el cine, el aplauso…

El vino la había mareado un poco y las palabras de Lemus le producían un grato efecto sedante. Aceptó que le gustaba el hombre. A sus oídos llegaba el rumor ahogado del comedor. Mozos discretos se movían sin ruido, sobre la alfombra.

Proseguía Lemus:

—La vi debutar en Bellas Artes. No diga usted eso, Olga. ¡Estuvo magnífica! Es más, me impresionó. ¡Tan bella, tan actriz! Quise

saludarla en su camerino, ¡pero había tanta gente! Sisler fue a visitarme hace una semana. Sisler es una de esas gentes extrañas de todas las ciudades; uno de esos individuos que saben dónde localizar a medio mundo… Prometió ponerme en contacto con usted… ¡Brindemos por él, que nos ha reunido!

Brindaron.

—Ahora —él puso las manos cruzadas sobre la mesa; en el dedo anular derecho, una gran esmeralda montada en platino; las uñas cuidadosamente manicuradas—. Ahora, hablemos de negocios. Su trabajo en el teatro, repito, me emocionó. No iba como experto, sino como público. La gente de cine, los actores, deben emocionar, sacudir al espectador. Vea usted que esa muchacha nueva de Hollywood: Ingrid Bergman creo que se llama. No es más bella que usted y, sin embargo, emociona, apasiona. Usted, Olga, posee el raro don de las elegidas. Usted, se lo aseguro, llegará…

Bebió un pequeño sorbo de coñac. Encendió un nuevo cigarrillo. Olga permitió que pusiera sus manos sobre las suyas. Lo hizo en un gesto convincente y casi paternal:

—He pensado en usted. No para una película. No. Puede usted, si me ayuda, ser la actriz de su generación; la mujer de su época. Interesé a la Fumadora Continental, y el Consejo, que yo presido, aceptó darle un contrato en exclusiva por dos años. Un contrato modesto, pero sólido… ¿Le agrada la idea?

Olga, sin palabras, dijo que sí. ¡Sentíase tan profundamente agradecida, que hubiera roto en llanto de no estar en un lugar demasiado concurrido como aquél!

—Eso deseaba de usted, Olga —la cara de Lemus se iluminó—. Le espera mucho trabajo, mucha rutina, mucha dedicación en los próximos meses. ¡Tal será la forma de hacer permanente su triunfo!

Pagó él la cuenta y dejó impresionante propina. En la puerta ratificó la dirección de Olga que apuntara en su libreta.

—De mañana a pasado le avisaré la fecha exacta en que firmará usted su contrato…

Olga prefirió marcharse sola, con la cabeza dándole vueltas por el vino y la emoción.

X

Cuando se sentó al borde de la cama, la cabeza le trepidaba por la jaqueca. Amarga y detestable le sabía la boca. Las persianas velaban la luz. Echó fuera su cuerpo delgado, moreno y desnudo y se metió al baño.

—Mataor, apúrele, que falta ya un cuarto para las tres… —era el mozo de espadas, urgiéndolo.

Abrió las llaves de la regadera. Lo reanimó un poco el agua fría. Lo de todos los domingos: el miedo sabor de cobre en el paladar, en el estómago, en los testículos. Sin secarse, levantó la tapa y vomitó un delgado hilo verde de bilis.

Volvió al cuarto. Teresa había puesto la taza de café negro en el buró. Fumaba un cigarro.

—Tira ese maldito tabaco —gritó él.

Bebió unos tragos de café y escupió en la alfombra. Luego ordenó que cerrara la puerta. Teresa lo observó preparar la jeringuilla y pincharse el muslo derecho.

—Yo también —pidió ella, y él, sin cambiar de aguja, con las manos temblorosas la inyectó.

El miedo se escapó de su cuerpo como por encanto. Encendió un cigarro, se puso la bata, pasó al otro cuarto. De una ojeada lo abarcó completo. Había sido una gran juerga, con guitarristas, cantaoras y coñac. No le dolía ya la cabeza.

El mozo de espadas había colocado el traje de luces sobre una silla, al pie de la imagen de la Macarena.

—Píquele; que no llegaremos a tiempo…

Lentamente, en el silencio religioso de la ceremonia, Chavalillo comenzó a vestirse para ir a la plaza.

I

Era lo que se llama un gran apartamento. Olga había puesto especial atención al escoger los muebles. No podía pedirse nada de mejor gusto. La sala amplia, llena de luz; los muros pintados con suaves tonos; las cortinas finísimas; los sofás, los libreros, las mesillas, delicados, modernos, bellos. Había costado mucho dinero acondicionar su nueva morada. Lemus, con su gentileza acostumbrada, la acompañó a los almacenes y contrató los servicios de Manolo Fontanals, un buen decorador.

Dada la carestía, al apartamento no le parecía excesivamente costoso a Olga Lang. Seiscientos pesos mensuales; todos los servicios y, como siempre lo había soñado, en el último piso de un edificio flamante, desde el cual se dominaba el cuadrángulo verde del Bosque de Chapultepec.

Habían terminado de recorrerlo. Luis no estuvo conforme con el tono amarillo del cubrecama y Olga le prometió cambiarlo. Le hablaba ahora con afecto, sí; pero no con el cálido afecto de siempre, sino un poco demasiado formal, tal que si tratara de no darle importancia ni a él ni a las cosas que los rodeaban.

Luis se acomodó en uno de los sillones forrados de seda color malva. Encendió un cigarro y hubiera tirado el fósforo al suelo, de no haber alfombra. Se inclinó hacia un cenicero de marfil, tallado a mano. Lo tomó para examinarlo. Movió la cabeza, aprobándolo.

Olga se situó enfrente.

—¿Qué te parece la casa?

—Muy bonita…

—Y es una ganga. Claro que las letras mensuales…

Dejó inconclusa la frase. Algo le dijo que Luis no la escuchaba, como en efecto sucedía. Lo vio inclinarse nuevamente:

—¿Quién paga todo esto? —preguntó—. ¡Porque cuesta un dineral!

Comprendió ella la intención de las palabras. Contempló un

segundo la alfombra flamante.

—Nadie más que yo… O ¿quién crees tú…?

—Eso quisiera saber, Olga…

Ella adoptó una actitud indiferente. De una cajita de cobre sacó un Chesterfield; lo golpeó por un extremo contra la tapa y aceptó el fósforo encendido.

—Tú sabes, Luis, que entre nosotros no hay secretos —lanzó una bocanada de humo. Era un lugar fresco y luminoso; confortable, grato —. Nos hemos dicho siempre la verdad. Yo he creído la tuya, aunque tú no siempre creíste la mía… Pues bien, este lugar lo pago yo; todo lo que ves aquí es mío, porque yo lo he comprado. Por fortuna tengo trabajo; un sueldo de dos mil pesos y nada de preocupaciones… ¿Entendido?

Se levantó, porque el teléfono había comenzado a sonar. Cruzó a largos trancos la habitación y descolgó. Luis, sin moverse, miraba el cielo encajonado por la ventana. Era evidente que Olga Lang había prosperado durante su ausencia. Cuando volvió del viaje, Luis supo su nueva dirección por una notita que ella dejó en su buró. Acudió en su busca, mas nunca supuso encontrarla viviendo en una riqueza semejante. Ella había sido muy amable al recibirlo y mostrarle su casa, que recorrieron tomados de la mano. Claro que Olga tenía empleo en el cine y la protección artística de Rodrigo Lemus.

Ella hablaba en voz muy baja y confidencial. De cuando en cuando, captaba Luis un par de monosílabos. Fingió no haber escuchado nada, al cortar Olga la comunicación.

La sintió acercarse y ponerle ambas manos en sus hombros. Lucía, en el meñique izquierdo, una esmeralda en montadura de platino.

—¿No te enojarás conmigo, corazón? —Olga habló melosamente.

—¿Qué pasa?

—Tengo que salir urgentemente. Más bien —titubeó— alguien va a pasar por mí. ¿No te importa, verdad?

—Claro que no —indicó él. Por dentro, sin embargo, tenía furia de celos.

—Tengo que arreglarme, tú sabes —fue a un armario, sacó una botella de Vat 69 y un vaso. De la cocina trajo hielo y agua mineral—. ¡Prepárate un trago antes de irte!

Luis miró la botella. Una marca carísima en tiempo de guerra. Sonrió y la dejó sobre la mesa, sin destaparla.

—No sabía que bebieras.

—Nunca bebo —dijo ella, desde la recámara—. Lo tengo sólo por lo que se ofrezca…

Mientras ella se vestía, Luis estuvo mirando por la ventana. Le gustaba el sitio. Parte del lago, el Castillo y un extenso tramo de la avenida de las Lomas podían dominarse muy bien desde allí. Le latió el corazón más apresuradamente cuando un gran auto guinda, un Cadillac reluciente, frenó ocho pisos abajo. Un largo toque de claxon y dos más breves llamaron a alguien. Luego, la cabeza y parte del cuerpo de un hombre se asomaron por la ventanilla trasera, mirando hacia arriba.

Luis se recató tras la cortina. Olga Lang salió de su cuarto, hermosa como nunca la había visto él. Era el suyo un traje finísimo, muy bien cortado.

—Te felicito por tu prosperidad —habló Luis, mordaz.

Ella no contestó. Nuevamente, el claxon. Olga corrió a la ventana, agitó la mano y:

—Quédate si quieres —apresurada, se miró en el espejo—. No sé a qué hora volveré, pero no importa. ¡Es tu casa!

De un salto se levantó Luis, anunciando que también se iba. Esto pareció contrariarla. Decidieron bajar, caminando, las escaleras. Antes de llegar al vestíbulo, Olga le besó la mejilla y le rogó que no salieran juntos.

Sin decir palabra, anonadado y confuso, Luis Arvide la dejó irse. Dos segundos después el Cadillac cruzó ante la puerta de cristales.

Repentinamente, Rodrigo Lemus despidió al chofer y se quedaron solos en el auto.

—¿Cómo estuviste hoy?

Olga dijo que muy bien; que la profesora de dicción le repasó los ejercicios; que la de gimnasia le puso unos movimientos para darle elasticidad a su cuerpo y gracia a sus ademanes; que leyó durante dos horas y que durmió, después de la comida, otras tantas. Esto último era falso, pero se abstuvo de mencionar la visita de Luis.

Al cabo de media hora de vagabundeo, Lemus detuvo el auto a orillas de una carretera, en las Lomas. A lo lejos un edificio en construcción rompía la línea del horizonte de barracas. Explicó que allí estaban haciendo un hospital y oficinas para la Secretaría de Guerra.

—Necesitas trabajar mucho, porque necesitas aprender mucho —repitió él.

Olga sentíase muy a gusto, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo.

—Compré esto para ti —escuchó que decía Lemus.

Abrió los ojos y quedó ante ellos una pulsera de oro con esmeraldas, su gema favorita.

—Ese anillo no podía quedar huérfano —sonrió. Olga permitió

que le besara la cara.

—Muchas gracias, Rodrigo.

Fumó él. Luego se le acercó un poco más:

—Tengo una buena noticia. Hablé con mi mujer hoy, francamente. Fue una larga discusión con llanto, reproches, recriminaciones. Pero, al fin, pude convencerla de que me diera el divorcio. Así, tú y yo…

Olga tuvo para él una sonrisa cálida y amplia, pero indefinible. Rodrigo Lemus esperaba algo más que eso. Se había enamorado como un adolescente de una mujer que podía ser su hija. Su situación dentro del cine, su poder casi omnímodo, su fama, todo, le permitían tener cuanta chica guapa quisiera; muchas veces pensó que era el pastel al que acuden las moscas del cuento. Y así era. Las otras mujeres, las que lo llamaban por teléfono, las que se le insinuaban, las que decían estar locamente prendadas de él, eran las moscas. Con Olga Lang había sido diferente, porque era distinta. Bella, bien formada, inteligente, y, por encima de todo, desdeñosa, fría, inaccesible. Cuando comenzó a tratarla supuso que, como las otras, aceptaría dar el tributo. Mas no había sido así. Firmó el contrato, aceptó su ayuda para montar la casa; y, sin embargo, puso entre él y ella una barrera de amistad que aún no podía franquear.

Se había enamorado, sí, al grado de que pasaba más tiempo con ella que en su oficina. Con frecuencia, las mañanas enteras, atento al aprendizaje de su protegida. Sin reparar en gasto, había contratado a cuanto profesor de algo que pudiera servirle en su carrera pudo hallar. Ello no significaba más que el desembolso extra de algunos cientos de pesos a la semana.

Olga, mientras tanto, seguía tratándolo como a un amigo: con respeto, con cierto cariño, hasta con admiración; pero no como a un hombre.

—Me da gusto por ti —dijo Olga, palmeando su mano—. Podrás ser feliz, lejos de tu mujer… Mereces, Rodrigo, otra suerte. ¡Realmente estoy contenta porque pudiste convencerla! Eres joven; atractivo, capaz de seducir a muchas. Encontrarás a la compañera ideal.

Después de un silencio meditativo, exclamó él débilmente:

—Tú sabes, Olga que todo lo he hecho por ti. El divorcio, todo. Esa compañera puedes ser tú; quiero que lo seas…

Mirándolo tiernamente, Olga movió la cabeza:

—Rodrigo: sé sensato. Tienes tu trabajo; yo tengo el mío. Casados, lo arruinaríamos —se detuvo, para rememorar que ya antes había dicho a Luis algo parecido—. Tú mismo, Rodrigo, me has explicado que mi vida es el arte, el cine, el aplauso. Para conquistarlos me preparas. No quiero cambiar mi rumbo hasta no convencerme de

que estaba equivocada. Si fracaso, me resignaré; si me queda una esperanza, por pequeña que sea, continuaré luchando. Por eso no quiero casarme. No mientras esté todo por hacer. Dirás que soy fría y sin sentimientos. Quizá estés en lo cierto. Juntos, bajo el mismo techo, no sería igual. Podrías prometerme tu apoyo, tu ayuda, tu influencia, aun después. Pero sé que no cumplirías nada. No tengo vocación de esposa; no tengo madera de madre —titubeó—. Tú quieres un hijo… ¿Qué pasaría si yo no pudiera dártelo? Un nuevo fracaso, una nueva amargura para ti. Te quiero, sí, no como amante, no como hombre. Hay veces que las mujeres amamos así. Te respeto, te admiro; te siento como mi padre. Como un ángel, ¿entiendes? No me guardes rencor, pues no es mi deseo causarte daño. Alguien, Rodrigo, me ha dicho que no soy normal; que soy un monstruo. Tal vez haya acertado. Te estimo demasiado para lastimarte después.

Rodrigo Lemus escuchó todo en silencio, con un gesto anhelante. Cuando ella terminó, puso en marcha el auto y regresaron a la ciudad.

II

Eran más de las siete, cuando el fotógrafo terminó. Dentro del estudio el calor sofocaba. Durante toda la tarde habían estado tomando placas de Olga, en traje de calle, en traje de *soiré,* en traje *sport,* en traje de baño. En todos los que hay.

Consultó Luis su reloj y urgió a Olga para que se cambiara cuanto antes, pues le quedaban sólo veinte minutos para llegar al cine. Sin llamar a la puerta entró Rodrigo Lemus y le tendió los brazos a la modelo. Ni siquiera había advertido al periodista.

—Olga, ¿cómo estás? ¡Siento haberme retrasado!

Ella dijo que eso no tenía importancia y, volviéndose, le presentó a Luis:

—El señor Arvide —y agregó—: Un buen amigo mío…

Luis midió a aquel hombre maduro y próspero con una sola ojeada. Le pareció un tipo detestable y petulante. Olga entró al estrecho vestidor para cambiar sus ropas. Mirando de frente a Arvide, Lemus le tendió la cigarrera de oro, abierta. Fumaron.

—Una chica admirable Olga, ¿verdad? —hablaba Lemus con indiferencia. Se cruzó de brazos, retador, seguro de sí mismo.

—Sí. Admirable.

—¿La conoce usted bien?, digo… ¿íntimamente?

Frunció Luis los labios. «Sé a dónde vas». Se evadió:

—Íntimamente, no. Sólo, como ella lo dijo, soy un buen amigo, ¿y usted?

Lemus relató cómo la había conocido, cómo la había perdido y cómo la volvió a encontrar, trabajando en el teatro. No aludió para nada a la obra. Ignoraba, o fingía ignorar, que aquel pálido joven delgado fuera el autor. Su admiración se concentraba en Olga, en su talento y en su belleza.

—Somos también amigos, en el aspecto puramente profesional. Considero que es una mujer única… —se hinchó un poco, al añadir—: la ayudo en su carrera, porque tengo fe en ella. Es como apostarle a un

caballo que de antemano sabe uno ganador…

—Apostar, a un caballo o a una mujer, suele ser peligroso…

—No en este caso. Conozco a Olga Lang…

Luis fumó de nuevo y pensó que Rodrigo Lemus estaba más seguro, con respecto a Olga, de lo que cualquier hombre sensato, que la conociera, debía estar. En fin, era cosa suya. Márquez, el fotógrafo, saludó efusivamente al magnate y prometió tener las pruebas listas al mediodía siguiente.

Salió Olga. No le conocía Luis aquel abrigo de gabardina verde, ni el sombrero, ni la bolsa; todo modernísimo y caro, del mismo color. Rodrigo la tomó del brazo, con naturalidad, y preguntó a Luis si también se marchaba.

—Sí.

Los dejó ir unos pasos adelante. Un fluir de celos hacíale temblar la barba y las manos. Botó el cigarro y escupió. Como siempre que se enfurecía, algo caliente bullía dentro de su cráneo, muy cerca de la nuca.

—¿Quieres cenar conmigo? —interrogaba Lemus, dos peldaños abajo.

Repuso Olga, en voz queda:

—Hoy no, Rodrigo. Tengo un compromiso.

—Rómpelo. Te llevaré, después, a bailar.

—De veras, Rodrigo; no puedo. Si quieres, mañana…

Él pareció contrariarse:

—¿Con quién? —Olga sólo entornó los ojos, señalando al que los seguía—. ¡Mándalo a paseo! ¿Y quién es?

—Ya te dije: un amigo. Le prometí…

Llegaron a la puerta. Luis aguardaba, serio y furioso, que terminaran de discutir. Lemus insistía. Olga repitió firmemente que no.

—Bueno, ¡cómo quieras! —molesto, Lemus hizo una leve reverencia y abordó su Cadillac.

Lo vieron perderse en el bullicio de una calle transversal. Caminaban por Cinco de Mayo, silenciosos. Olga iba pensando que había cometido una tontería al desdeñar a Rodrigo. «Mañana va a reclamarme». Esto la irritó. «¿Por qué diablos ha de meterse en mis asuntos?» Luis, por su parte, no podía apartar sus pensamientos de la sospecha que lo asaltó al conocer el apartamento de Olga, al ver el Cadillac que la aguardaba, al imaginar que Lemus la visitaría a solas, como si fuera su amante. ¿Si entre Olga y el productor no mediaba más que una simple amistad de negocios, por qué no lo presentó como su novio; por qué, toda turbada, no permitió que salieran juntos del edificio esa tarde?

—Se enojó mucho tu amigo, ¿verdad? —soslayó Luis.

—No me importa que se enoje. No me importa nada… —se colgó de su brazo—. Sólo cuentas tú. Lo demás puede irse al diablo.

En Olga, la furia era roja y le quemaba el rostro. Sentíase molesta por el incidente. Había calor. En la Alameda, los anuncios de las librerías parecían montados en el follaje de los árboles. Los automóviles, los camiones, los tranvías corrían apretados de oficinistas, de empleados del gobierno, de gente que había pasado la tarde de compras en los almacenes.

—¿Por qué se pondría así? —continuaba machacando Luis.

—Porque es un idiota.

—¿O porque está enamorado de ti? ¡No me extrañaría nada que lo estuviera!

—¡Qué cosas se te ocurren!

—Basta verlo. Se puso celoso cuando le dijiste que la cita era conmigo, con tu buen amigo Arvide. ¿No fue así?

Olga terminó irritándose:

—Luis, eres un imbécil. Otro como Rodrigo. ¡Una y mil veces te he dicho que entre él y yo no hay nada más que amistad! Él es casado. Sería insincera si negara que le agrado. ¡Qué nos importa, después de todo, que yo le guste! Debemos aprovecharnos de eso en bien de ambos; tuyo y mío. Él me ayuda decisivamente, es un magnífico amigo, un hombre excelente y tiene poder para hacerme estrella. ¿No es eso lo que quiero, lo que tú ambicionas para mí?

Arvide respondió algo inaudible. Olga tenía razón. Rodrigo Lemus era para ella la llave de oro que abría las puertas de su triunfo. Era rico, o simulaba serlo. Tenía poder y amistades.

—Sí; eso es…

Se metieron a un cine. Luis continuó cavilando sobre Lemus, el Cadillac y el departamento. Cuando salieron no había mudado de parecer; por el contrario, estaba seguro de que Rodrigo y Olga eran algo más que amigos. Todo, y bien lo sabía por experiencia, porque ningún hombre puede ser amigo, simplemente amigo, de una mujer joven y hermosa.

Se puso alegre, sin embargo, cuando Olga Lang le pidió que la llevara a cenar al viejo café chino de Bucareli, donde se conocieron.

III

Habían bebido bastante y se sentían los tipos más alegres del mundo.

—¡Que viva México! —aullaba Teresa, y sus amigos aplaudieron estrepitosamente.

En el cabaret Leda, esa noche de sábado, no cabía un solo parroquiano más. De cuando en cuando entraban grupos ruidosos de hombres y mujeres. Era cerca de las doce. La parranda había comenzado a la hora de la comida; continuó en los bares de Madero y ya con la sombra encima de dirigió a aquel tugurio puesto de moda por los esnobs.

Mujeres pintarrajeadas bailaban con los clientes beodos. Luego esas mujeres salían rumbo a los hoteles cercanos, arrastrando a su pareja. En la puerta, pagaban el tributo exigido por los policías de la vigilancia. En un tapanco, la orquesta atronaba el aire gelatinoso de humo, con danzones calientes, con *boogies* desenfrenados, con boleros de burdel.

Teresa y Rebeca, la chica que la acompañaba, conocieron a los tres pilotos en el restaurante Acapulco. Como unos y otras comían solos, decidieron juntar sus respectivas soledades e iniciar una amistad sin complicaciones. Los muchachos eran encantadores y lucían bien con los uniformes flamantes del cuerpo de aviación.

Dijeron que eran pilotos.

—Del Escuadrón 201 —recalcó uno de ellos, que se llamaba Roberto.

Como Teresa no sabía qué era el Escuadrón 201, tuvieron que explicarle que se trataba de la fuerza expedicionaria que México enviaba a la guerra, en ayuda de Estados Unidos.

—Los gringos están perdiendo y ahora mandan a matarse a los mexicanos —opinó Rebeca.

—No es eso —explicó Juan, el teniente que la escoltaba—. Vamos como voluntarios, por nuestro gusto, no porque nos lleven. México tiene que hacer lo suyo en esta guerra y nos toca a nosotros, a

trescientos de nosotros, jugarnos la piel…

Del Acapulco fueron a La Cucaracha. Allí continuó la discusión sobre los gringos, la guerra, el bombardeo de Londres y el hundimiento, en el Golfo, del *Potrero del Llano* y de otros barcos mexicanos.

A Rebeca, que comenzaba a sufrir la necedad de los *daikiris* ingeridos, nadie le quitaba de la cabeza que los gringos eran los culpables de la guerra y del hundimiento de nuestras naves.

Luego, sin saber cómo, se encontraron hablando de toros. A Miguel, el subteniente, le gustaba Garza, de los matadores, y Tacho Campos de los novilleros. Los demás no valían un carajo.

—¿Y Chavalillo? ¿Qué te parece Chavalillo? ¿No es bueno? —retó Teresa.

Soltó Miguel la carcajada. Parecía que aquello le causaba una gracia enorme. Le dio un manotazo en un hombro:

—Ése no sabe nada de toros. Tiene unos huevotes así de grandes, pero no sabe nada de toros. Un día se va a morir en la plaza…

Los pilotos tenían la noche libre. La última noche en México. Al día siguiente saldrían por tren rumbo a Estados Unidos, camino del frente:

—¡Pues vamos a correrla!

Traían ellos un pequeño Coupé guinda y los cinco, como pudieron, se acomodaron para realizar una excursión por todos los bares. Manejaba Miguel con más suerte que seguridad. Ebrios, alegres, corrían a gran velocidad por las calles y causaban conflictos de tráfico en las esquinas. La mano de alguno de los tres trataba de meterse entre las piernas de Teresa, que sólo pidió a quien fuera que se portara bien, que para todo habría tiempo. Sin saber por qué, pensó en Chavalillo. Estaba fuera de la ciudad, toreando en alguno de esos pueblos de Dios.

Bebieron cubalibres, copiosamente, en aquella taberna de Vértiz. ¡Qué caray! Los héroes que van a morir, los jóvenes que mañana, con el alba, marcharán al frente, merecen divertirse las últimas horas que pasarán en la Patria, al lado de las cosas y de las gentes queridas. Juan había amartelado su embriaguez con Rebeca y los otros le hacían burla, porque quería hacerle jurar que se casarían cuando él volviera. Roberto no cesaba de invitar a Teresa a que, de una vez por todas, fueran a la Casa Pardo. Sólo Miguel estaba sin pareja.

—Y yo, ¿en qué libro leo? —preguntó.

—¡Pobrecito! —se compadeció Teresa—. ¡Ahorita te buscaremos una paloma para que no estés tan triste:

Acompañada de Roberto fue al teléfono. Trabajosamente marcó un número. Aguardó.

—¿Olga?

—Sí, ¿quién es?

—Teresa… Mira: aquí conmigo están unos muchachos muy monos —le sonrió a Roberto—. Sí; guapos, jóvenes, alegres… No, son pilotos… De una cosa que se llama Escuadrón 201. ¡Bueno, tú ya sabes, ésos que se van a la guerra! Estamos en Leda. Ellos se van mañana a pelear, los pobrecitos… Son tres. Rebeca está conmigo, pero uno de ellos no tiene pareja. Pensé que te gustaría acompañarnos… ¡Ya sabes que un meneíto de cadera no se le niega a nadie. Si quieres, pasaremos por ti…

Olga se negó. Había estudiado todo el día y estaba muerta de cansancio. En esos momentos se iba a la cama. ¡Claro que sola! Además, Teresa sabía que le desagradaba desvelarse, beber y lo otro. Les agradecía haberla llamado, pero no podía aceptar.

—Allá tú… Pero los muchachos quieren conocerte y vamos a ir, de todos modos, a tu casa…

—Si vienen, perderán su tiempo… Mira, Tere: en realidad —bajó la voz y fingió—, no estoy sola, ¿sabes? Sí, es Luis.

Teresa y Roberto volvieron a la mesa, con la novedad de que la amiga tenía otro compromiso. Inconforme, Miguel insistía en que fueran a casa de Olga para conocerla.

—¡Okey! —cedió Teresa—. ¡Vamos a estropearle el gusto!

Como relámpago, el Coupé marrón cruzó la calle. En una esquina frenaron y Miguel se bajó a satisfacer una necesidad en la banqueta. Teresa propuso comprar unas botellas y beberlas en su casa. Rebeca venía besándose con Juan sin importarle los demás. El subteniente cantaba obscenidades de carretonero y pellizcaba las nalgas de las dos mujeres.

—¿Quieren mi cama de una vez? —Teresa soltó la risa.

Durante veinte minutos estuvieron pegados al timbre del apartamento de Olga Lang. Después organizaron un coro y comenzaron a gritar:

—Olga, baja… Olga, baja…

Cuando se cansaron, decidieron ir por las botellas. Miguel opinaba que la amiga de Teresa era muy apretada y que a él no le gustaban las mujeres apretadas. Como andaban cortos de dinero, sólo pudieron comprar dos pintas de tequila.

Sonó nuevamente el teléfono. Olga no había podido pegar los ojos. Esas horribles gentes seguían haciendo ruido y llamándola a gritos. Supuso que insistirían para que bajara. «Debí descolgar la bocina», pensó al saltar de la cama.

—¡Bueno! —gritó ásperamente.

—¿Qué te sucede? ¿Por qué gritas? —era la voz amable de Lemus.

—Me han estado molestando, y creí que eran ellos. ¡No sé quiénes! Sí, gente ociosa.

—Antes de dormirme —hablaba él con dulzura empalagosa— quise decirte, una vez más, que te adoro. Eso era todo. *Happy dreams,* vida mía…

Olga colgó lentamente. De la calle le llegó el rumor de un auto que arrancaba y el eco de cinco voces beodas, cantando. Respiró más tranquila.

Teresa abrió un ojo y después el otro. Permaneció unos minutos con la mirada colgando del cielo raso. Sintió que estaba desnuda. Miró al cenicero lleno de colillas y su ropa dispersa en la alfombra.

Sobre el buró había un vaso a medio llenar de algo cristalino como agua. Lo tomó para olerlo. Una tufarada de tequila le revolvió el estómago. Mareada se reclinó contra el respaldo de la cama. Sentía calor. Su mano temblorosa alcanzó una caja de cigarros Delicados, que olían a sexo. Encendió uno, y el humo fuerte y seco la hizo toser. «¿Delicados?» Ella fumaba Lucky Strike y trató de recordar cómo o por qué había Delicados allí. Su mente no registraba lo sucedido después de que salió de un cabaret lleno de ruido y gente, la noche anterior. ¡Dios, qué mal le sabía la boca! Escupió, con una contracción de asco.

Por las ventanas entraba luz brillante. «Debe ser muy tarde». Miró el despertador eléctrico, las 11:35. Un objeto brillaba en el pliegue de la sábana, a su lado. Haciendo el bizco, lo examinó. Era un botón de los que usan los hombres para fijar las puntas del cuello de la camisa.

—¡Válgame! —se estremeció, recordando todo de un golpe.

Lentamente viró los ojos hacia la otra almohada y ya no dudó que alguien había dormido con ella. En la sábana halló ciertos indicios que confirmaron la sospecha de que su acompañante había sido un macho. «¿Quién carajos sería?» Permaneció unos minutos como alelada. Le dolía la cabeza y botó el cigarro. Apoyándose en los muebles cruzó el cuarto y se metió al baño; soltó el agua helada de la ducha y estuvo bajo ella hasta que comenzó a sentirse mejor. Luego se hizo un minucioso lavado.

Sin secarse siquiera, se clavó la jeringuilla en el muslo, cerca de la ingle. Renovó cuidadosamente el trocito de esparadrapo que cubría los piquetes viejos. Cerró los ojos y volvió a tenderse.

IV

Con lágrimas en los ojos, Olga Lang arrojó el periódico al suelo y lo deshizo a taconazos, farfullando:

—Es una porquería…

De coraje le temblaban las manos. Violentamente tomó el teléfono para llamar a Lemus.

—Rodrigo, ¿ya viste ese cochino periódico? —disparó al reconocer su voz.

—Sí, pero no te exaltes; no tiene importancia.

—¿Cómo que no tiene importancia? Me presentan como prostituta…

—Olga, por Dios, sé razonable —hacía Rodrigo esfuerzos por calmarla—. Son habladurías. ¡Tú lo sabes bien!

—Yo, sí. Pero ¿y la gente?

—¡Qué no te importe la gente! Cosas como ésa salen todos los días; de tan repetidas han dejado de ser dañinas. ¡Cálmate, que ya hablaremos!

Colgó Olga y pronunció dos o tres palabrotas que nunca hubiera dicho en público. Esto la calmó un poco. Después de todo, ¿qué importaba lo que decía el periódico?

Lo levantó del suelo y releyó la nota. Sobre una foto suya, a tres columnas, decía:

LA TERCERA EN DISCORDIA

Luego, abajo:

Olga Lang, la «protegida» de Rodrigo Lemus, es señalada como responsable de que el veterano y rico cineasta haya solicitado el divorcio, al cabo de diecisiete años de matrimonio.

Continuaba:

Esta noticia, que nos proporcionó una fuente digna de crédito, ha conmovido al mundillo cinematográfico. Olga Lang, que ha trabajado en pequeñas partes, es una muchacha guapa y ambiciosa. Se dice también que el señor Lemus contraerá matrimonio con su «protegida», en cuanto obtenga la separación legal de su esposa…

Había algunas consideraciones sin importancia y concluía así:

No puede dudarse que Olga Lang está en camino de hacer una carrera. Aunque todavía no se le reconoce calidad de actriz, es bastante bella para interesar a cualquiera. Este reportero puede asegurar que muy pronto Rodrigo Lemus lanzará a la señorita Lang en un papel estelar…

—¡Cochinos…!

Gruñendo como siempre, Becerra Acosta, jefe de redacción de *Excélsior,* echó un vistazo y salió. Luis lo saludó al cruzarse con él en el pasillo. Terminaba de leer su orden de trabajo, cuando.

—¿Ya viste el periódico? —preguntó un compañero. Eran las diez de la mañana y la redacción estaba vacía.

—No, ¿por qué?

—Mira —le mostró la página donde aparecía la nota sobre Olga —. ¡Ya te andan volando la carne!

Leyó Luis rápidamente y sintió que se ponía pálido. El otro lo miraba sonriendo. Luego le palmeó la espalda, para consolarlo:

—Así son todas… Por lana o por ser estrellas le dan las nalgas a cualquiera…

Luis enfurecido, lo derribó de un puñetazo. Cuando descendía las escaleras notó que iba llorando.

V

Coincidieron con Teresa en el patio de El Toreo. Al verlos, chilló:

—Olguita, ¿qué milagro? —y la abrazó efusivamente.

Cohibida, Olga Lang le presentó a Rodrigo Lemus. No disimulaba el nerviosismo que le producía servir de diversión a cientos de gentes que pasaban y repasaban por allí. Como siempre, vestía Teresa con más ostentación que buen gusto. Coronaba su cabeza hueca un estrafalario sombrero de plumas color de rosa que hacía sonreír a quienes lo miraban.

—¿Qué lugares tienen? —preguntó la señora Mallén.

Lemus explicó que sólo había conseguido, con el Pelón dos lugares de sexta fila.

—¡Sexta fila! ¡Qué horror! Desde allí no se ve ni al toro. Vengan conmigo. Tengo tres barreras de primera… —los abrazó familiarmente y casi a rastras los condujo hacia la ancha escalera resonante.

Cuando el sombrero color de rosa apareció, los tendidos de El Toreo trepidaron a silbidos y cuchufletas. Rodrigo llegó con cara de tomate a las localidades. Sin importarle nada, tropezando y pisando a los demás, Teresa abríase paso. A gritos llamó a los cojineros, demandando tres almohadillas. Era evidente su deseo de llamar la atención. Paco Malgesto la saludó a distancia, cuando las cuadrillas hicieron el paseo, jaleadas por veinte mil personas, a los acordes de la banda de Genaro Núñez que tocaba «Cielo andaluz».

—Tiene cartel Chavalillo, ¿eh? —alardeó Teresa, señalando el graderío atestado.

Era la primera corrida que Olga veía en su vida. Le gustó el pintoresco desfile de toreros, maravillosamente trajeados, pero cuando un toro derribó a caballo y picador, y le sacó las tripas al primero, sintió que se desmayaba. Luego vino un continuo sufrir hasta que el burel se entregó al puntillero. Esta agonía se repitió seis veces. Cuando las mulillas arrastraron al último animal, la señorita Lang sufría una jaqueca espantosa. La fiesta resultó gris y aburrida. Chavalillo pasó la

mitad del tiempo en los pitones de las reses y terminó con la cara llena se sangre y el terno desgarrado.

—Es de hule ¿verdad? —Teresa parecía no alarmarse por nada —. Los toros lo maltratan, porque es muy valiente. Pero nunca ha sacado ni un rasguño. ¡A eso le llamo yo suerte!

Cuando salían, entre miles de aficionados aburridos, Olga bisbiseó a su amiga.

—¿Has visto a Luis?

—No. ¿Qué están peleados?

—Algo hay de eso… Lo he buscado en su casa, en el periódico, en todas partes. No puedo encontrarlo.

—Ya aparecerá, no te apures.

VI

En *Excélsior*, Víctor Velarde —el flaco secretario de redacción— le informó que Luis estaba enfermo, y decidió ir a su casa. «Ha seguido bebiendo», pensaba mientras el auto corría por Insurgentes.

Con su propia llave abrió suavemente. El cuarto, en penumbra, olía a licor agrio y a gente dormida. Entró de puntillas. Algo se removió en la cama.

—Soy Olga —tranquilizó.

Sus pies tropezaron con algún objeto cilíndrico que rodó hasta la pared. Había botellas y ropas tiradas en el suelo. Olga abrió una ventana para que entrara un poco de aire fresco. Luis le gritó que volviera a cerrarla. Luego, en la penumbra, restalló un fósforo. Él encendió un cigarrillo. Ella dejó bolsa y chaqueta de cuero en el sofá. Recargado en la cabecera del lecho, Arvide la miraba.

—¿Qué diablos quieres? —disparó.

Sonriendo, Olga dijo que nada quería, que sólo venía a visitarlo. Hablaba con suave ternura amistosa. El desorden del cuarto era terrible: periódicos, vasos, colillas, zapatos por todas partes. Procedió a levantarlos. Luis la observaba silencioso y resentido. Tenía el rostro amarillo y estragado y con sucia barba de varios días pegada a las mandíbulas.

Al cabo de un cuarto de hora, Olga terminó de asear la habitación y comenzó a desvestirse:

—¿Qué te ha pasado? —por sobre la cabeza se quitaba la entallada falda azul—. ¿Por qué no me llamaste?

Luis tiró el cigarro a un rincón. Sonrió con amargura, sin decir palabra. Olga depositó sus aretes sobre el buró. En el cenicero había colillas manchadas con pintura labial. Sin comentario, tomó el trasto y fue a vaciarlo a la taza del baño.

Reapareció ya sin ropa y tendió su cuerpo desnudo junto al de Luis, que ardía en fiebre.

—¡Cuéntame todo! —susurró.

I

Después de la lluvia el calor caía, por capas, sobre la cara. Había cerrado la noche y las luces del Cadillac empujaban a las cunetas los bloques de oscuridad azulosa. Olga estaba cansada. Junto a ella, tarareando una canción, contento, venía Rodrigo Lemus.

—Fue un día estupendo —comentó—. Cuernavaca sirve, a veces, hasta para descansar. ¿No te parece?

Sin abrir los ojos, ella asintió. Como siempre, el hastío infinito la embargaba después de la diversión. Las quemaduras del sol comenzaban a arañarle la espalda. Volvía a escuchar el tarareo de Lemus y eso le produjo calma. No soportaba oírlo hablar o preguntar necedades. «Voy a dormir veinte horas seguidas», pensó.

Pasaron Tlalpan y entraron a la ciudad. En una esquina un papelero metió un periódico por la ventanilla.

—Cogida del Chavalillo —pregonaba el muchacho harapiento.

Olga, instantáneamente, se irguió. Con gordos caracteres consignaba *El Redondel:*

GRAVÍSIMA CORNADA A CHAVALILLO

—Cómpralo, Rodrigo.

Decía el escueto telegrama:

El novillero Chavalillo fue cogido al iniciar su trasteo de muleta al segundo toro. El lagunero le infirió una cornada en el muslo derecho, que le interesó la arteria femoral. Su estado es gravísimo y los doctores reconocen que la vida del valiente torero está en peligro.

—Busca un teléfono, para llamar a Teresa.

II

Sobre la mesita, el auricular descolgado era una extraña flor de baquelita negra. Puesto a todo volumen, un fonógrafo atronaba el departamento. Había humo, poca luz, mucho licor y más gente. Alguien oprimía con furia el timbre de la puerta. Mascullando palabrotas Teresa fue a abrir.

En el marco aparecieron Olga y Lemus. Teresa hizo un aspaviento:

—Pasa, Olguita. ¡No sabes el gusto que me da…! —y al reparar en Rodrigo—. ¡Señor Lemus, qué honor…; pasen, que esto se pone bueno!

Olga la tomó por un brazo. Su cara estaba seria. Habló en voz baja:

—¿No sabes la noticia?

Teresa iba ya caminando. Olga la detuvo con brusquedad. Se volvió sin comprender:

—¿La noticia? ¿Cuál noticia?

Olga le mostró el periódico:

—Ésta…

Leyó Teresa los titulares y lanzó un chillido. Se hizo un confuso silencio. Sus invitados la rodearon. El disco continuaba sonando a todo volumen.

—Dios mío ¡pobre de mi muchachito…! —gritó entre sollozos. Olga la miraba con indiferencia, convencida de que aquel llanto convulso era parte de la comedia.

Cuando Teresa se calmó, Olga y Rodrigo se despidieron.

III

—Ésa es la madre —secreteó una voz.

Teresa Mallén la observó. Nunca antes se habían encontrado: era una viejecita sarmentosa, vestida de negro. Se habían sentado en un rincón. Rezaba, moviendo los labios silenciosamente. Su primer impulso fue ir a consolarla. ¡La veía tan sola y triste! Mas, recapacitando, concluyó que lo mejor era que cada quien se rascara con sus uñas. «A mí qué me importa, después de todo».

Había sido un día lleno de sobresaltos. A las tres de la madrugada el mozo de estoques la había llamado desde Tijuana, informándole que la operación de emergencia resultó bien y que se disponían a conducir a Chavalillo a México a bordo de un avión del licenciado Federico Guillén.

Desde temprano estuvo Teresa en el aeropuerto. Se había bebido el whisky de su licorera de plata para amansar sus nervios. ¡Cuánta falta le hacía, en esa hora de incertidumbre, el alivio de una inyección sedante! Curiosos y amigos se apretujaban en las estrechas salas de espera, desde las cuatro. Por los altoparlantes se anunció que el avión aterrizaría a las cinco. Periodistas, fotógrafos, aficionados, novilleros comentaban con las caras largas que Chavalillo moriría sin remedio, esto es, si no había muerto ya. ¡Un hombre con la arteria femoral partida en dos no puede vivir, así sea torero!

A las cinco y cuarto aterrizó el aparato. Rompiendo la valla de guardianes, la gente se aglomeró junto a él para apenas entrever la camilla en la que agonizaba el torero. Con la sirena abierta, una ambulancia se lo llevó. Teresa encontró acomodo en el coche de Rafael Solana que a toda velocidad se dirigía, también, al sanatorio de las calles de Salamanca.

Rojo de la Vega y Javier Ibarra llevaban dos horas operando. Todo, en torno, olía a cloroformo. Enjambres de reporteros y gentes de coleta fumaban o conversaban apagadamente. Del quirófano no se escurría ni un solo rumor. Teresa encendía un cigarro tras otro. «¡Dios,

qué falta me hace la *nieve*!» Con maligna satisfacción todos se ufanaban de haber pronosticado aquella grave cogida.

—Yo le decía: así no se puede torear…

—Siempre que toreaba, olía a cloroformo…

—Si hasta tuvo suerte en no irse al hule antes…

Sólo la viejecita permanecía al parecer, tranquila y rezando.

Paco Mayo y los otros fotógrafos prepararon sus cámaras, enfocando a Teresa. Ésta se arregló un poco el pelo. Luceros diurnos, los bulbos de magnesio rebrillaron espectacularmente. Luego la asaltaron los reporteros.

—¿Usted es su novia? —Raúl Horta, un flaco muchachito rubio, hizo la pregunta.

—Sí.

—¿Piensan casarse?

Teresa entornó los ojos:

—Si Dios lo permite y Chavalillo sana, sí. Precisamente —mintió — íbamos a hacerlo hoy…

Durante diez minutos la bombardearon a preguntas. «¡Qué reportaje, hermano!» Teresa comenzó a sentirse importante. Todos la rodeaban y estiraban los cuellos para no perder ni uno solo de sus gestos ni una sola de sus palabras. La viejita vestida de negro seguía rezando.

De pronto la atención colectiva clavó sus ojos en la puerta que se había abierto. El corpazo del doctor Rojo de la Vega apareció y los reporteros, en masa, lo sitiaron.

—¿Se salvará?

—¿Hay alguna esperanza?

Pausadamente, Rojo de la Vega informó que la herida era gravísima, que se habían aplicado a Chavalillo dos transfusiones de sangre para combatir la anemia aguda, que la operación había sido delicada y difícil y que no podría opinarse nada hasta después de setenta y dos horas.

—Ahora está descansando, todavía bajo los efectos de la anestesia.

El aire tibio calmó a Teresa. «No hubiera podido aguantar un minuto más allá adentro», pensó. Caminó un par de cuadras. No estaba tan apesadumbrada como creía. Los toreros nunca se mueren, después de todo. Sintió unas ganas inmensas de beber una copa. Abordó un auto de alquiler y dio la dirección de su casa.

El terco repiquetear del teléfono de buró la despertó. Las horas del día siguiente habían avanzado hasta las once. Sentía pesada la cabeza y mal el estómago.

—Sí, diga… ¡Ah, Olga!

Ésta le anunciaba su visita para dentro de quince minutos. Teresa colgó y entró al baño. En el espejo vio reflejada una cara verdosa, con arrugas bajo los ojos. Su propio aliento le causó náusea.

Olga llegó con Luis. Le mostraron un periódico de la mañana. En primera plana había una foto de la señora Mallén, a cuatro columnas.

Teresa examinó el grabado:

—No me hace mucho favor —fue su comentario.

Les preparó unas bebidas. Olga rehusó la suya. Luis se echó en un sillón. El aguardiente reavivó a Teresa, que se tornó alegre y conversadora. No disimulaba estar contenta, y ser objeto de comentario en los periódicos le producía una euforia agradabilísima.

—¿No te afectó mucho la mala noticia, verdad? —dejó caer Luis, sardónico.

Ella lo miró:

—¿Crees que soy de piedra, que no tengo sentimientos?

—Digo, no te ha entristecido…

—Claro que no mucho, pero sí algo. En fin, recibir cornadas es riesgo del oficio. Es lo menos que le puede pasar a un torero.

—Sin embargo, esta mañana vi a la madre de Chavalillo —Luis hizo una pausa—. A ella sí le ha vuelto loca saber que su hijo está gravemente herido. Es una mujer humilde y pobre, que pasó la noche en el sanatorio, sin cerrar los ojos, rezando por la vida de su muchacho. ¡A ella sí la afectó, Teresa!

Ésta encendió otro cigarro y fue al pequeño bar a preparar más bebida. En eso sonó el teléfono. Lo tomó Luis. Y luego:

—Es para ti… —dijo.

Teresa habló confidencialmente:

—No, no puede ser hoy. ¿Supiste la noticia? Tengo que estar en el sanatorio. Sí, claro que sí. Pero yo te llamaré más tarde. ¡Adiós!

Fue después a vestirse. Hasta su recámara se colaba el rumor inaudible de la conversación de Olga y Luis. Tomó la jeringuilla, se encerró en el baño. «Lo necesito, para no volverme loca». En la ingle, el dolor le hizo un pequeño agujero.

Contra la opinión de Olga, que lo acusaba de ser injusto, Luis opinaba que Teresa era una imbécil bestia sin sentimientos.

—No creo ser injusto —recalcó—. La conozco más que tú y puedo afirmar que no lamenta sino agradece lo ocurrido. Es una víctima, como todas, del mal de la publicidad. Los periódicos, al hablar de ella, al imprimir su fotografía y sus mentiras, la han hecho sentirse importante, famosa… Pero nuestra amiga no tiene cinco

centavos de corazón.

Dejaron a Teresa en el sanatorio y por la tarde fueron a un cine. Terminada la función, descendieron Juárez rumbo a Bucareli. Aquí, Olga propuso ir, como en los buenos tiempos viejos, al café chino.

La noche era clara y tibia. Después de la cena caminaron por el Paseo de la Reforma. Algunas prostitutas se recataban al pie de las estatuas o llamaban a los hombres desde las bancas de piedra gris. Olga sintió lástima por ellas. Iban en silencio, en descanso, sin otro pensamiento que los suyos propios, abstraídos en la soledad infinita del yo interior; amándola él intensamente y sintiéndose ella amada en la quieta pureza sin palabras. Aquel contacto de sus manos ¡era tan grato, tan personal!

Como en una lejana pantalla los autos corrían. Algunas parejas hacíanse el amor bajo la sombra. Llegaron a la entrada del Bosque, donde los leones lanzan su inmóvil rugido de cobre. Alumbrados con lámparas de acetileno, unos obreros trataban de izar una monumental figura de mujer, sobre la fuente. Durante un gran lapso estuvieron observándolos, ensimismados.

—Es la Diana —informó Luis.

Aunque habían estado muchas horas juntos, Olga sintió que el paseo hubiera sido tan corto. A la puerta del edificio Luis se despidió, dejándole un beso en la mejilla. Leyó en los ojos de la mujer la súplica de que la acompañara. Sin prisa, remontaron los peldaños. Ante la puerta del apartamento Olga introdujo la llave en la cerradura.

—Ha sido una tarde maravillosa, Luis —dijo.

—¡Qué puedo decir yo!

Se miraron un instante. Luis sentía ganas de besarle furiosamente los labios. Podría insistir en quedarse, pero Olga no había hecho ninguna insinuación. Por temor de que tal cosa sucediera, prefirió abreviar. Le agradaba mirarla así: lánguida, cansada, dócil.

—Buenas noches, vida mía —y volvió a besarla en la frente.

Arrobada como colegiala la noche de su primer beso, Olga permaneció en la puerta un instante: «¿Estarás enamorándote otra vez?». Después de muchos meses volvía a sentirse feliz, imponderablemente feliz. Penetró al cuarto en penumbra y aseguró la cerradura por dentro. Alguien, de pronto, encendió la luz. Emitió un ¡ah!, de angustia, al volverse. Hundido en el sofá, Rodrigo Lemus terminaba de prender un cigarro. Dejó caer el fósforo sobre la mesita de cristal y entonó:

—¿Te divertiste mucho? —su voz tenía furia contenida, un retintín celoso y desagradable.

Olga se miró al espejo, tomando su tiempo:

—Me asustaste, Rodrigo… —volviéndose—, ¿quieres un trago?

—No fue ésa mi intención —Rodrigo Lemus fingía ser amable—. Llevo tres horas esperándote. Comenzaba a alarmarme.

—Lo siento, pero no pude llegar antes…

—Comprendo, comprendo —exclamó él, con una sonrisa burlona. Olga lo juzgó envejecido y fofo. La ropa le quedaba bien, pero había algo en su persona que denotaba decadencia, cansancio, fastidio. Algo que hasta entonces no se le había revelado.

—¿Qué es lo que tienes?

—Tener, propiamente, nada. Un poco de fastidio, quizá. Porque es fastidioso esperar tres horas, a solas…

Era evidente que él quería reñirla, reclamarle, disputar; pero ella estaba demasiado agotada para discutir. De mala manera reiteró su disculpa.

—¿Por qué no lo invitaste a pasar? ¡Así nos hubiéramos divertido los tres! —Lemus había llegado a la ventana; se volvió.

—¿A quién?

Caminó varios pasos; en los ojos le brillaba el celo:

—A tu amiguito… A ese pobre diablo que te llena la cabeza de estupideces y que te hace perder el tiempo…

—¡Lemus! —gritó Olga, poniéndose en pie. Era la primera vez que lo llamaba por su apellido. Sintió que las manos le temblaban, que la furia le ardía el rostro.

Él la escudriñó, perplejo. Tomó otro cigarro y encendió. Olga estaba realmente furiosa. Los ojos glaucos, brillantes de lágrimas iracundas; el mentón agitado; los labios una apretada línea lívida.

—No es para que te enojes —quiso apaciguarla—. Yo decía que…

—Eres un imbécil… un espía… un… —en su estallido, Olga buscaba palabras que hicieran daño; puñales sonoros que la vengaran de Lemus—: No tienes derecho de espiarme. No soy tu esclava, ni tu amante, ni tu hija. Y si lo fuera, tampoco permitiría que me quitaras la libertad… No me has comprado, ni me he vendido. Estás celoso como un animal y me das lástima. Yo he de vivir mi vida como quiera y salir con quien guste, ¿lo entiendes?, sin darte cuenta de mis actos.

Rodrigo Lemus asintió pensativo, mientras Olga lo taladraba con los ojos. Ya nada quedaba por hablar. «Si así lo quiere, que así lo tenga», reflexionó él, tomando su sombrero. Cruzó lentamente la habitación. Al salir azotó la puerta con fuerza.

IV

La anciana aguardaba en uno de los sillones de raso color pastel. Las persianas atomizaban la violenta luminosidad de la tarde. Con sus ojos grises no cesaba de mirar el gran retrato al óleo que reproducía la desnudez de Teresa, mientras lloraba lágrimas silenciosas.

Teresa emergió del otro cuarto. Saludó fríamente.

—A sus órdenes, señora…

La anciana la midió despacio: llevaba un vestido azul claro, con aplicaciones amarillas. Con gran esmero se había peinado el pelo color cedro. Las uñas sangraban esmalte. Teresa ocupó el sofá, envuelta en una nube de Mitzuko.

—Muy bonita, muy bonita —reconoció la otra mujer.

Fingiendo que agradecía el cumplido, Teresa forzó la sonrisa:

—Dígame —reiteró.

Con su voz apenas audible la mujer vestida de negro estuvo hablando mucho tiempo. Era la madre de Chavalillo. Tristemente rememoró que mientras tuvo fuerza, se ganaba la vida lavando ropa. Con el escaso jornal vivía en un cuarto de la colonia Guerrero y costeaba la educación del chico. Cuando transcurrieron los años y obtuvo su certificado de primaria, el mocoso consiguió empleo de aprendiz en un taller. Era un hijo modelo. Pero un buen día le entró la ventolera de hacerse torero. Como era imposible disuadirlo, dejó que se marchara. Retornó dos años después, convertido en ídolo, rico y bueno como siempre.

—Era un gran muchacho, un excelente hijo… hasta que la conoció a usted —resumió la mujer.

Teresa cesó de arrancarse el Cutex de las uñas y alzó el rostro. Había en él una mueca disgustada.

—Me hace usted sentirme culpable de lo que ha pasado —retó.

La viejecita reconoció que así era. Chavalillo había cambiado totalmente. Ya no era el hijo cariñoso de antes. Era un ser que cada día se alejaba más y más de su madre, quizá aconsejado por su

amante, una mujer mayor que él, y ambiciosa.

—Nunca, antes de conocerla, dejó mi muchacho de ir a su casa, a la pobre casa de su madre. Nunca, tampoco, olvidó que esta vieja inútil vive con lo que él le daba. Pero llegó usted, señora, y mi hijo fue otro. No lo culpo a él. Lo conozco y sé que todavía es un niño, a quien cualquiera maneja. Lo que yo vengo a pedirle, señora…

Calló por unos instantes. De la calle subía el rumor de los automóviles. Una mosca zumbaba entre el visillo y los cristales de la ventana. En los ojos de la mujer vestida de negro había lágrimas.

—Lo que quiero pedirle —reanudó— es que lo deje…

—Decidirlo es cosa de él, señora.

—Es suya, únicamente —rebatió con firmeza—. Mi muchacho se ha perdido por usted y nadie más que usted puede hacerlo volver a mí… Usted es muy bonita, lo estoy viendo —señaló el cuadro—. Él es sólo un niño, un niño que no sabe lo que hace…

—¡Un niño! —Teresa sonrió sardónicamente—. ¡Qué poco lo conoce, señora! Chavalillo es un hombre, un hombre con vicios inconfesables. No soy yo, como usted cree, sino él mismo el culpable de su desgracia. Él, señora, sólo él…

La madre la tomó por las manos, implorando:

—¡Déjelo, por favor! Es mi hijo, lo único que tengo, lo único que me hace vivir. ¡Déjelo, se lo suplico por su santa madre! No me lo mate. Haga que la olvide —remiró la pintura—. Es usted muy linda y él se ha perdido por usted… ¡Ayúdeme, sálvelo, señora!

Rompió a llorar agitadamente sobre las manos de Teresa. A ésta la escena comenzaba a parecerle insoportable. Se levantó con brusquedad y habló de espaldas:

—No es cosa mía —machacó—. Yo no lo busqué; vino a llorarme así como ahora lo hace su madre.

Terminó la vieja de incorporarse. Su rostro húmedo, veíase contraído por la pena. Respiró hondo. Caminó muy despacio hacia la puerta. Desde allí la encaró:

—¡Ojalá y que mis lágrimas de madre no caigan como una maldición sobre usted, señora!

Bruscamente, Teresa le franqueó la salida. Ya en el pasillo, la mujer volvió a implorar:

—Déjelo, sea buena…

Teresa cerró la puerta de un golpe y permaneció recargada sobre ella. De pronto sintió que si no bebía un trago, iba a desmayarse.

V

—Uno, dos… Uno, dos… Uno, dos, tres… —El hombre, flaco y largo como una esperanza fallida, llevaba el compás con una mano, mientras que con la otra recorría el teclado. Era el profesor de baile, «el maestro de la gracia», como solía autonombrarse. Tres veces a la semana pasaba una hora en casa de Olga Lang tratando de trasmitir espontaneidad a sus movimientos, soltura a sus ademanes, ritmo a su paso. Era ella un material dócil, con el que se facilitaba el trabajo. Su coordinación muscular era casi perfecta y el aprendizaje rápido. Muchas veces, sobre todo al principio, aquel hombre interrumpía la clase y hablaba de otros tiempos, de sus sueños de bailarín que se rompieron en el momento mismo en que se rompió una pierna, en un estúpido incidente de cantina. No le quedaba, a sus años, más que el recuerdo frustrado de lo que pudo haber sido—. Uno, dos… uno, dos… uno, dos, tres… —seguía diciendo con su mano batuta balanceándose en el aire.

Olga estaba un poco fatigada. Las últimas semanas habían sido de trabajo intenso. Hacía tres que perdiera contacto con Lemus. Esto, a pesar de ella, la inquietaba más de la cuenta. Gracias a él comenzaba a tener cuanto deseara, y sería duro perderlo por una idiotez, por una discusión que, analizada en frío, no tuvo por qué suscitarse. Dos veces decidió llamarlo. Una, llegó a marcar el número y escuchar su voz. Había cortado, sin resolverse a pedirle que la visitara. «Ese maldito orgullo», se dijo; pero, inmediatamente, comprendió que no era correcto ser ella quien se rindiera primero. «Procedimos como tontos —repetíase—. Pero él tuvo la culpa…» En esos veinte días había salido con Luis casi todas las noches; algunas de ellas, a su cuarto de Insurgentes. Él había preguntado por qué no lo invitaba a su apartamento, y Olga, con mucho tacto para no ofenderlo, le había dicho que no era prudente que los vecinos se enteraran que recibía la visita de hombres a altas horas de la noche. Sin embargo, pudo leer en sus ojos un reproche, una incredulidad íntimamente relacionada con

Lemus. El resto de su tiempo, como ahora, lo empleaba en las lecciones, en su tarea de leer cuanto libro compraba o poseía. La mayor parte de las tardes las pasaba, tumbada en su cama, con los lentes puestos, estudiando.

Sonó el teléfono en dos metálicos repiqueteos y el piano cesó de tocar. Olga, con su ajustada malla de ballet, fue al aparato. Reconoció la voz instantáneamente:

—¡Ah, eres tú! —pronunció, glacial.

Sí; era Rodrigo Lemus que la invitaba a comer. Su tono era suave, amable, sedoso. Se disculpaba por tan largo silencio. Los negocios, los líos de la empresa, las veinte mil ocupaciones de un productor tan atareado como él. Insistió en que se vieran. Olga se puso inopinadamente feliz, sin saber por qué.

—¿A qué hora pasarías? —preguntó, casi alegre.

Lemus dijo que a las dos. Olga estuvo de acuerdo. Eso le daba una hora para arreglarse. Colgó.

—Creo que por hoy es bastante, profesor —se dirigió al piano, saltando con una reminiscente gracia de felino—. Pasarán por mí dentro de unos minutos y —consultó su reloj— apenas me restan los suficientes para vestirme y todo lo demás.

El profesor recogió los papeles que siempre ponía sobre el piano, unos viejos papeles de música que jamás consultaba, y los empaquetó dentro del portafolio deteriorado. Olga lo acompañó hasta la puerta, le dio una palmadita y cerró.

Cantaba, ante el espejo. Había tomado una ducha rápida y sentíase animada, con la sangre caliente, presente bajo su piel. «¿Qué te pasa?», le preguntó a la imagen. Rechazó, por absurda, la idea de que la inminente visita de Rodrigo la ponía contenta. «Es cosa de negocios», se mintió, pero muy dentro gozaba su triunfo y sentía renacer el latente afecto —el «enamoriscamiento», según Luis— que tenía por Lemus desde que comenzó a ayudarla.

Terminaba de retocarse el trazo rojo de los labios, cuando escuchó, viniendo de abajo, el sonido peculiar del claxon. Un minuto después alguien abría la puerta. La figura de Lemus se retrató en el espejo, a un lado de su cara. Saludó con un ademán zurdo y permaneció indolentemente recargado en el marco de la puerta de la recámara.

—Estás bellísima —fue su único comentario.

Ella se volvió y le tendió las manos. Las tomó Rodrigo, la atrajo y la besó en la frente.

—Y tú, muy guapo —y la risa de Olga, que aquellas paredes no escuchaban desde hacía mucho, se hizo polvo de sonido en la luz del mediodía.

Rodrigo Lemus decidió que comieran en Sans Souci. Allí lo saludó un extranjero repugnante. Ocuparon una mesa aparte de todos. El extranjero, que era el dueño, quiso acompañarlos, pero Lemus lo cortó con frialdad. El sitio estaba desierto. Esto no era extraño, pues sólo se animaba por las noches, cuando el tráfico de drogas daba sus primeros pasos.

—Estás imponente de guapa —exclamó él, tratando de halagarla, pero a Olga la observación le pareció chabacana y de mal gusto.

Luego Lemus acercó más su silla. Tomó a Olga por las manos. La señorita Lang, bajo la mesa, sintió la presión del productor.

—He sido un tonto todo este tiempo… Había resuelto no llamarte, no verte más que para lo estrictamente comercial. Pero medité en lo que significas para mí, en la falta que me hace tu amistad, tu… —titubeó— tu amor, tu juventud… —Ella le oprimió las manos—. Y hoy no pude resistir la desesperación y te llamé. Quiero, Olga adorada, que me perdones…

No encontró palabras que responder. En eso llegó el mesero con las bebidas y Rodrigo, con sus lentes puestos, ordenó la comida.

—Me he portado como un niño… —reconocía él.

—Todo está olvidado, Rodrigo. Todo…

Él miró las cuatro manos enlazadas y acarició la gema verde que Olga lucía en el meñique:

—¿Todo? —preguntó débil, intencionadamente—. ¿Estás segura de que todo está olvidado? —Encaró a Olga, que le devolvió la mirada sin pestañear, asintiendo—. Comprende, muchacha, que yo no soy un chiquillo de veinticinco años. Te amo tempestuosamente, si me permites la palabra; una clase de amor tranquilo en la superficie, agitado, lleno de celos y recelos por dentro… Aquella noche, bueno, sí, estaba celoso…

—No había razón…

—Es lo que me he dicho. No había razón y, sin embargo, no pude evitar ser majadero. Te conozco como nadie y sé que eres inteligente, que sabes lo que te conviene. Eso me tranquiliza. No eres —de nuevo clavó los ojos intencionados, que la escudriñaron hasta por debajo de la ropa— del tipo de las que pierden la cabeza por un hombre, aunque sea guapo y tan joven como tú… Por un hombre que, en último análisis, como ya dije, no te da nada y sí te quita el tiempo.

Quiso Olga protestar, argüir, pero él prosiguió:

—No quiero que pienses que pretendo meterme en tu vida privada, ni que deseo hacer personal un asunto que no lo es… —hizo tintinear con helado eco el hielo de su vaso—. En efecto siento celos de ti cuando no estás conmigo. Celos, compréndelo bien, no de

hombre a mujer, sino de maestro a discípulo, de creador a su obra maestra. Eso eres para mí, Olga. Mi obra maestra, la única de toda mi vida… Y temo perderte. Temo y no deseo que nada se interponga entre nosotros. Tú ya no puedes tener vida privada. Aun en la intimidad de tu casa, tus actos deben estar encaminados, proyectados hacia el exterior, hacia lo que eres: una mujer que pertenece al mundo, que ha dejado, incluso, de ser de sí misma. No permitas, no dejes, Olga Lang, que nada lo estorbe o lo frustre. Tu senda ha sido trazada y debes seguirla, por alto que sea el precio que haya que pagar. Si hay obstáculos remuévelos; si hay afectos, o personas, que intenten desviarte, no des rodeos. Pasa por encima, destrúyelos…

Respiró Olga cuando trajeron la sopa. Rodrigo se ponía melodramático y nada le molestaba tanto como un hombre melodramático. Durante la comida procuró no darle oportunidad ninguna de insistir sobre el tema. Le habló de sus clases y de sus progresos y de un sinfín de cosas que se le fueron ocurriendo sobre la marcha.

Al levantarse vieron entrar a Teresa. Un mesero acudió a su encuentro. Cambiaron unas cuantas palabras y ella, con disimulo, le entregó unos billetes doblados, a cambio de algo que rápidamente guardó en su bolso.

Estaba ya bebiéndose una copa en la barra, cuando los miró por el espejo. Fernando Montell también se volvió para examinarlos. Su pelo era azul plumbago ese día.

—¡Olguita! —exclamó con su gritito Teresa, saltando de su banco. Abrazó a su amiga; sonrió a Lemus—. ¿Cómo está usted?

En un minuto los informó de que Chavalillo convalecía y que sería dado de alta la siguiente semana; que había hecho gran amistad con ese muchacho encantador que era Edmundo Sisler; que había estado en una fiesta de las López Figueroa y que Lorenzo Garza había sido muy amable con ella, llevándola del sanatorio de los toreros a su casa.

—Y lo grande es esto —dijo Teresa, ruidosamente—. Lo grande, chica. ¡Me caso!

—¿Te qué…?

Siguió Teresa riendo a carcajadas:

—Me caso… Sí, con Chavalillo, en cuanto lo suelten del hospital. Ya es tiempo de que me dedique a uno solo.

I

Leyó atentamente los papeles, aunque sabía que no era necesario. A su espalda, los hombres cuchicheaban que era muy linda y avispada. Rodrigo Lemus se inclinó sobre Olga, vaciándole su respiración caliente en el oído.

—¿Conforme?

Asintió Olga. Aquello era el principio del sueño. Más bien, el sueño mismo, y realizado al terminar de firmar contrato para una parte estelar de primera magnitud. Haría de ella una creación, auguraba Lemus. Por las condiciones tampoco podía quejarse. Además de los dos mil pesos mensuales de sueldo, que Rodrigo le había asignado por el término de dos años, le pagarían veinticinco mil más por la película. Su galán sería Jorge Negrete y Miguel Zacarías, el director. Sí, Negrete, aquel hombre guapo y varonil que tan brillantemente triunfaba.

—Sí, Rodrigo. Ahora firmaré.

De puntitas, los hombres se aproximaron rodeándola. Eran cuatro ejemplares de sujetos adinerados. «Accionistas», pensó. Olga los fascinó desde que fue presentada a ellos. A su vez, fueron gentiles y no cesaron de sonreírle. «Cada uno estará pensando cómo pedirme que me acueste con él». Ahora estaban, en semicírculo, a su espalda. Con emoción infinita la señorita Lang escribió las letras e hizo una graciosa rúbrica.

Pareció como si se hubiera roto el hilo del silencio. Las voces, antes inexplicablemente apagadas, se tornaron fuertes, vibrantes. Olga, de pronto, se encontró riendo; riendo con una alegría cuya profundidad sólo por ella era conocida. Uno de aquéllos le tendió el cheque del anticipo.

—Hemos asistido —dijo, en plan de discurso— a un acto histórico: al nacimiento de la que será la más rutilante estrella del cine nacional.

Olga estaba aturdida. Repentinamente, la alegría se ahogó

dentro de su cuerpo, para dar paso a una indefinible sensación de miedo y ganas de llorar. En sus manos temblorosas quedó el papel —un rectángulo amarillo con muchas firmas y, muy visibles, los números de 10 000 pesos.

—¡Gracias! —fue lo único que acertó a decir.

La sinceridad de su reacción conmovió a los otros, que la miraron colectivamente emocionados. Lemus salvó la escena proponiendo un brindis. De un mueble adosado a la pared sacó un frasco de cristal y cinco copas. Las llenó, para luego ofrecerlas a todos, empezando por Olga.

Alzando la suya, brindó:

—Por la señorita Lang —la miró profundamente, cálidamente—, que ostentará como nadie el título de Estrella del Cine.

No sabía Olga qué decir. Bajó los ojos, ya nublados de lágrimas. Bebió varios pequeños sorbos. Los ruidos se alejaban y comenzó a sentirse sola. Le hubiera gustado infinitamente que Luis estuviera presente. Pudo avisarle, pero no lo hizo, al comprender que Lemus se molestaría. Sí, estaba a solas. Veía a los cuatro individuos como si estuvieran detrás de un cristal despulido. El trazo de sus rostros no existía: eran cuerpos con máscaras lisas. ¡El camino dorado!

La sacó de su ausencia la voz de Lemus. Los otros comenzaban a despedirse. Maquinalmente les tendía la mano y murmuraba unas cuantas palabras. Sentíase cansada, oprimida, deshecha. Conservaba en la diestra, estrujado el cheque.

—¿Nos vamos? —preguntó Rodrigo.

—Sí, cuando gustes.

En la calle se sintió mejor. Notó el papel amarillo en la mano. Lemus, bromeando, le recomendó que lo guardara.

—No sea que pierdas el mejor papel que has tenido en tu vida…

Luego opinó que aquello debía celebrarse y propuso que fueran a un bar, donde podrían conversar tranquilamente. La idea de encerrarse en un lugar lleno de humo y gente ruidosa, no la entusiasmaba.

—Mejor —sugirió— caminemos un poco…

Caminaron varias horas. Las calles estaban llenas de gente. De multitud caliente, sudorosa, apresurada. Caras, cuerpos, ruidos, en movimiento constante, en fluir y refluir inútil. Olga sentíase feliz, fresca y tranquila. El contacto con la muchedumbre era a veces, como esa noche, sedante para sus nervios. Con Luis gustaba recorrer las avenidas bulliciosas o las quietas callejuelas transversales, o mirar los aparadores lujosos de las tiendas o detenerse a curiosear ante un bazar. Compartía la diversión de quienes sólo tienen los ojos y las calles para dejar correr el tiempo.

La ciudad la emocionaba. «Alguna vez —había dicho Luis, cierta noche que volvían de Cuernavaca, al contemplarla desde las altas curvas de El Mirador— alguna vez los millones de gentes que la habitan, que sufren, aman, odian, transpiran, procrean y mueren entre sus muros, en sus casas, en sus hoteles, en sus edificios de cemento, te pagarán homenaje. Alguna vez repetirán tu nombre con veneración o con envidia. Te amarán y te censurarán, te juzgarán despiadadamente o te harán el símbolo de sus sueños. Alguna vez, Olga Lang, en un tiempo que no está lejano…»

—Es magnífico todo…

—¿Qué? —Rodrigo Lemus trotaba, fastidiado. Para él la gente era odiosa, individual y colectivamente. Como lo eran también las calles rebosantes y los autos que sudaban gasolina quemada. Le dolían los pies y en las articulaciones sentía la pesadez del cansancio. De buena gana hubiera tomado un auto para ir por el suyo. Ni aun la compañía de Olga Lang podía cambiarle el carácter. Él había hecho planes: tomar un coctel y luego, por la noche, ir a bailar a un cabaret. Pero ella, con ese absurdo afán de caminar, había estropeado todo.

—La ciudad, la gente, la hora. Me gusta la noche porque encienden las luces de colores. Esos tubos, que los tienen todos, me fascinan. Me encanta sentir el calor que emana del cemento de los edificios, de la carne de estos hombres y mujeres que se miran o que se ignoran. Me emociona la música de la ciudad, estos ruidos sin forma, este murmullo de millones de palabras soltadas al aire y que son pedazos de sueños.

Estaba diciendo frases que no eran suyas. Más bien, que no las había dicho primero ella. Pertenecían a Luis, que le reveló el encanto inaudito de amar a la bárbara ciudad de cemento. De amarla y comprenderla.

Pero Rodrigo Lemus no podía ya dar un paso y entraron al primer café que les salió al encuentro. Dos o tres gentes saludaron al productor. La atmósfera habíase enrarecido de humo y de mentiras.

—Aquí se está bien —resopló, desplomándose sobre una silla. El Tupinamba olía a todo y a nada en particular. El rastro del café con leche se mezclaba con el humor de los parroquianos. Un barullo espantoso, voces, entrechocar de platos, tazas, vasos, órdenes gritadas, risas, golpeaba las paredes y los oídos de Olga.

—Ahora sí —exclamó él— has llegado a la puerta del triunfo. Abrirla será lo más fácil. Este momento es el decisivo de tu vida, Olga. Se extiende ante tus ojos el panorama más hermoso que ninguna mujer haya contemplado. Te queda mucho por recorrer… Pero —la tomó de las manos, con su gesto— no estás sola…

Ella agradeció:

—No estoy sola, Rodrigo; me quedas tú.

—Eso es lo que quiero que entiendas. Te quedo yo. Nada más. Pero —titubeó levemente, moduló más aún su voz—, pero aspiro ser otra cosa que tu amigo. Tú sabes que el sueño de mi vida es casarme contigo. Sólo espero tu decisión.

No respondió Olga. «La cosa de siempre. La amabilidad y luego el zarpazo. La ayuda condicionada, el ruego, la insistencia insoportables», se dijo. Había escuchado todo con la vista baja, atenta a las huellas que el tiempo dejara sobre la superficie amarillenta de la mesa. Alzó los ojos.

—No he pensado en eso, Rodrigo, y no creo que piense por algún tiempo. Como tú dices, tengo ante mí la oportunidad. Quiero tomar a solas el riesgo: probar lo que puedo. No deseo otra cosa que agradecerte siempre lo que has hecho por mí. Nunca olvido a quienes me ayudan. Pero, prefiero seguir como estoy… Es mejor para ambos, Rodrigo. Además, no eres libre. Te ata el pasado a tu mujer y no es justo que ella sufra por una culpa que no tiene.

—Eso se arregla. Mi divorcio…

—No es cosa de divorcio únicamente. Hay algo más hondo, una fe, la suya, que no debemos destruir. Y, además, ¿qué seguridad puedo darte de que serías feliz conmigo?

—Bien sé que no soy joven —habló Lemus, patéticamente. Su rostro se tornó sombrío—. No soy joven y casi podría ser tu padre; pero te amo; no me importa lo que hay detrás de mí: mi mujer o mi fortuna; mi carrera o mi vida. Tú vales más que todo junto…

Olga prefirió no seguir hablando de algo que le desagradaba. No podía decirle, sin embargo, que sus pretensiones de hacerla su esposa eran ridículas y absurdas; no se había sacrificado tanto, ni vivido tan duramente, sólo para terminar convertida en la mujer de un hombre que ni en lo físico ni en lo espiritual podría darle ni la mitad de lo que ella aspiraba.

Salieron y en silencio, como dos extraños que en realidad eran, retornaron hasta el lugar donde Rodrigo había estacionado el auto. Cuando frenó ante la puerta del edificio, Olga permitió que él le besara la mejilla.

—¿Comeremos juntos mañana?

—Mañana no, Rodrigo. Voy a comer con mi padre. Te llamaré por la tarde…

A través del marco de la ventanilla, Rodrigo Lemus la siguió con la mirada hasta que Olga entró. Luego hundió el pie en el acelerador.

II

Volvían a encontrarse después de cinco años. Seguía siendo el mismo hombre sin relieve de siempre. Quizá el único cambio que había sufrido su rostro, liso y lampiño, eran dos arrugas profundas a los lados de la boca. Olga Lang no amaba a su padre; no lo odiaba tampoco. Ni de chica siquiera significó nada para ella. Pequeño comerciante de provincia, dejaba correr la vida acodado sobre el mostrador de una tienda olorosa a cuerdas nuevas, a polvo, a manteca rancia, a ratones y panela agria. Por las noches, cuando volvía a casa, de la cueva habitada por su lengua emanaba un tufo a cerveza.

Cuando Olga creció, el padre decidió buscarle marido. Algo vulgar, un accidente común en la vida de toda muchacha nacida y criada en un pueblo. Fue entonces cuando sus caminos comenzaron a separarse, al comprender ella que la esperaba un futuro mediocre. Por las noches pensaba en su madre; en el fracaso humano de la mujer que la echó al mundo. Alguna vez había sido hermosa. Se casó con su marido, apenas salida de la adolescencia. Le dio varios hijos, ninguno de los cuales vivió mucho tiempo. La última fue Olga. Después, la madre perdió todo interés por la vida. Echó carnes, se hizo vieja.

Olga no quería recorrer el mismo camino. Vagamente adivinaba que la vida, más allá de la estación del ferrocarril, sería distinta y que tendría oportunidades, luces y gentes de otro modo a la que ella conocía y trataba. Cuando tuvo edad para comprender y juzgar las cosas y los hombres, sintió que su lugar no estaba ni en el pueblo ni en la pequeña vivienda.

Alguna vez dijo a su madre que deseaba irse a la capital. Ella se rio:

—Estás loca, muchacha —y no la escuchó más.

Este pequeño incidente le llegó a lo hondo. ¿Por qué no la comprendían? ¿Por qué trataban de ignorar sus sueños, sus deseos? ¿Por qué…? Semanas y meses de conflicto: Olga pensaba y pensaba en su caso. Estaba en un callejón sin salida. Los muchachos del pueblo

comenzaban a fijarse en ella. Tuvo un novio, el primero. Pero ¡era tan estúpido, tan cretino, tan ciego!

Una noche, después de ver *Bolero,* de Carole Lombard, decidió que su destino sería llegar a artista de cine. Tenía dieciocho años de edad. Prefirió no decirlo porque se hubieran reído de ella. ¡Artista! La gente decía que era bonita, y algo había, en efecto. Una belleza tranquila; una cara armoniosa, un cuerpo equilibrado.

Cierta vez se escuchó hablando de eso con su madre. Ella la había mirado, con un fugaz destello relampagueante:

—Las artistas son gente de la calle; mujeres malas… Tú eres una señorita…

¿Era eso? ¡Bah! No había pensado en ello. ¡Una señorita! Es tan fácil dejar de serlo. El muro de la virtud puede derrumbarse sin esfuerzo, hasta con un dedo. Si para ser artista de cine debía dejar de ser decente, qué importaba. En la noche insomne tomó una determinación: salvar el escollo.

La cosa ocurrió vulgarmente. Había un amigo que le gustaba y sin prejuicios, sin amor, se entregó a él. Hubo innecesaria rudeza por parte del muchacho y, cuando todo acabó, en la mente de Olga Lang quedó una profunda lesión, un asco por aquello tan sucio y doloroso. Pero, ¡Dios!, el obstáculo estaba salvado.

Vinieron luego las dificultades. La madre se enteró y le hizo un escena tremenda: la llamó perdida, prostituta, degenerada. Su mente llena de prejuicios no podía comprender que Olga hubiera sacrificado su virtud sin amor, por cálculo. Aceptaba el hecho consumado, mas no las razones.

Olga sintió en ese momento que ya nada la ataba al hogar y un día cualquiera, cinco años atrás, tomó el tren del sur. Llegó a la capital casi sin dinero. Estuvo viviendo en una pensión hasta que consiguió trabajo como mesera. En la misma casa de huéspedes conoció a Teresa Mallén, que era empleada de gobierno y por la cual ingresó a la burocracia.

Teresa tenía muchas amistades y, ocasionalmente, trabajaba como extra en los estudios. Aprovechándose de eso la llevó con algunos productores que sólo hacían promesas y la invitaban a pasear. Pasó el tiempo y cierta tarde, en un café de Bucareli, su amiga la presentó con Luis Arvide, y desde ese momento tomó su vida un rumbo diferente.

¡Cinco años sin verlo! Reconoció que tenerlo enfrente no la emocionaba. Como si lo hubiera visto apenas el día anterior, le tendió la mano y le preguntó fríamente cómo estaban él y la madre. El padre la besó en la mejilla.

—Tu pobre madre —dijo, quejumbrosamente— sigue como

siempre, con sus achaques.

Como era tarde y Olga deseaba, cuanto antes, salir del compromiso, condujo a su padre a Henri, el restaurante francés de la calle de López. El viejo admiró las sillas tapizadas de seda roja, las paredes lisas, los cuadros, los meseros silenciosos.

—Esto debe ser muy caro —exclamó.

Fingió Olga no escucharlo y preguntó si no deseaba un martini. Él no sabía qué era un martini y aceptó, encogiéndose de hombros.

—Te ha ido bien —sus ojos no se apartaban de Olga—. Por los periódicos hemos seguido tu carrera. Eres famosa y eso nos llena de orgullo a todos los del pueblo…

Bebía Olga sin ganas. ¡Qué distinto pensaban en otro tiempo! Sirvieron la comida y el padre la consumió lentamente. Cuando trajeron el café, la señorita Lang le ofreció cigarrillos en la pitillera de oro, gemela a la que Lemus usaba.

—Eres rica, seguramente —insinuó él.

—No. Pero tengo lo necesario…

—¿No te has casado? Leímos que…

Ella movió la cabeza; no, no se había casado; vivía sola y no pensaba hacerlo por lo pronto. Lo demás no importaba. El viejo la tomó de la mano, oprimiéndosela en silencio algunos minutos. Olga vio en sus ojos el brillo de las lágrimas.

—Uno se equivoca —se disculpó él, sin que viniera al caso.

—Es cierto —repuso Olga y calló.

La conversación se volvió tediosa. Miró su reloj de pulsera y dijo que era tarde, que no soportaba el lugar y que debían irse. Llamó al mesero y pidió la cuenta.

—¿No es mucho… eso? —el viejo arqueó las cejas, cuando vio que Olga dejaba en la charolita diez pesos de propina.

—No seas ridículo —farfulló—. Esto es México, y eres mejor estimado mientras mejores propinas des…

Ignoraba Olga los planes de su padre y tampoco le interesaban. El hombre que iba a su lado era, para ella, tan extraño como el que cruzaba en ese instante la calle. Un sujeto insignificante por el que no sentía el menor afecto. Le preguntó, sin embargo, qué pensaba hacer.

—Me voy de la ciudad; regreso al pueblo en el tren de las seis. Quiero estar contigo —titubeó—, si es que puedes, siquiera hasta que me marche.

Olga condescendió que estaba bien. Iban por Madero. El sol fuerte de la tarde acuchillaba las paredes de los edificios, reverberaba en los aparadores de las tiendas. La gente volvía el rostro como preguntando por qué un viejo astroso escoltaba a una mujer tan bella. Le propuso, puesto que tenía aún dos horas, ir a un cine. Él contestó

que prefería verla, escucharla, sentirla cerca.

—Ven —Olga lo arrastró a la penumbra olorosa a humedad de High Life.

Emplearon la siguiente media hora comprando cosas; camisas, corbatas, ropa interior para él. No opuso ninguna resistencia cuando ella pagó con un billete de quinientos pesos. Su único comentario fue:

—De veras que te ha ido bien…

Nuevamente en la calle, Olga Lang quiso saber dónde vivía. Su padre dio el nombre de un hotel, por el rumbo de las estaciones.

—No es lujoso —recalcó con intención.

Olga pasó por encima de la acotación. La invadía infinita pereza mental y tenía jaqueca, nerviosidad.

—Bueno —suspiró el viejo, cuando se aproximaba la hora de partir—, acompáñame al hotel. Voy a hacer mi petaca…

Tomaron un auto y cruzaron la ciudad. Aquel sector de casas de un piso, de callejones sucios y llenos de niños mugrosos que jugaban sin cuidarse de los automóviles, recordó a Olga sus tiempos amargos, su barrio miserable y difícil. Sobre la puerta de resortes había un letrero: HOTEL. Pagó ella al chofer y entraron. Dos boleritos, que jugaban volados, silbaron con admiración.

—¡Qué buena nalga lleva el tipo ése! —comentó uno.

El padre tomó una llave del tablero colgado a la entrada y subieron dos tramos de escalera.

El cuarto era miserable: una cama de hierro, que rechinó al sentarse Olga; un lavamanos, bajo un espejo que colgaba de la pared; una ventana con un cristal roto, desde la cual se veía una panorámica de azoteas y ropa puesta a secar. El padre, sobre la única silla, colocó la vieja maleta de cuero y empezó a llenarla de ropa.

—Vine a arreglar un asunto —explicaba.

Olga se había tendido en la cama y cerró los ojos. Así, clausuradas las ventanas de la vista, abiertas las de la imaginación, se retrotrajo a otros tiempos: a los duros tiempos difíciles de la casa de pensión; cuando, como ahora, en una cama rechinante, pensaba en el porvenir y en la lucha. ¿Qué le importaba el padre, qué las estupideces que decía?

—Bueno, ya terminé —lo escuchó anunciar, resoplando.

Olga se irguió anonadada, dándose cuenta de que había dormido por lo menos media hora. La luz que entraba por la ventana no era brillante, solar, sino gris opaca. A lo lejos veíanse los primeros faroles encendidos. Consultó su reloj. Eran las cinco cuarenta y cinco.

—¿A qué hora sale tu tren?

—Dentro de un cuarto —calculó él, tras de mirar su grueso Mitla de bolsillo.

—Vámonos, pues.

Bajaron la escalera rápidamente. El empleado de la administración miraba a Olga con gran curiosidad maliciosa, mientras el viejo liquidaba la cuenta.

En la calle un bochorno caliente les lamió las caras. Andando apresurados, el padre y Olga trotaron hacia la cercana estación.

Los boleritos sentados en el quicio los miraron alejarse. El más chico movió la cabeza:

—¡Suerte de viejo gacho! Tirarse un cuero de ésos…

El mayor escupió a un lado:

—Con lana, todas las dan…

III

Edmundo Sisler destapó la coctelera y llenó las dos copas colocadas sobre el pequeño bar. Chasqueó la lengua, aprobando.

—El veneno está listo —anunció en voz alta.

Salió Teresa del baño, envuelto el cuerpo en una bata floreada, cubierta de crema la cara. Sisler le acercó su copa. Las entrechocaron y las apuraron de un golpe.

—Todavía queda algo —alargó nuevamente la coctelera.

Teresa se reclinó en uno de los divanes. La estancia olía a cedro y a tabaco reconcentrado. Afuera ardía el calor. Las persianas velaban la luz del mediodía. Sisler encendió un cigarro y dio otro a la muchacha, cuyo rostro se veía marchito, grisáceo, con dos ojeras sombreándole las mejillas. Había enflaquecido y él se lo hizo notar.

—¿Y cómo no, con tanto lío?

De la recámara venía el rumor de la música de la radio. Sisler se hundió en la butaca de enfrente.

—¿Cómo van tus asuntos? —preguntó con flojera.

—Bien. Complicados.

—¿Y Chavalillo?

—¡Oh! —Teresa alzó los hombros—. ¡Como nuevo! Posiblemente mañana o pasado saldrá del sanatorio.

Edmundo bebió hasta el fondo de su copa.

—Lo que yo no comprendo —continuó ella— es por qué los toreros son tan brutos, tan irresponsables. Aún no se reponen de la cornada y ya hacen proyectos para volver al ruedo.

—Si no fueran tan brutos, no serían toreros. ¡Hay otros modos, menos peligrosos, de ganarse la vida…!

—Cierto —reconoció ella, pensativa.

Sisler miró su reloj:

—Creo que ya es tiempo de que te arregles. Son casi las dos y tengo hambre.

Perezosa, Teresa se puso de pie. Al hacerlo descubrió una de sus

largas piernas blancas, Sisler silbó. Cabeceó ella una seña:

—Ven —caminaron hacia la recámara. Ella se acomodó ante el espejo. Sisler se reclinó en la cama deshecha. Teresa bebió otro sorbo —. Esto es mi desayuno y mi aperitivo. A veces creo, Edmundo, que llevo una vida muy desordenada.

—Vives en tu hora, Teresa. Simplemente la vives. No es época de orden. De orden al estilo de otros tiempos. ¡Buen desayuno: coctel y cigarrillo! En fin, eres moderna…

Con desgano, Teresa alineó ante sí varios frascos y tarros de cremas y lociones. Hundió los cuatro dedos de la derecha en el *cold cream* y se lo untó a la cara. Luego, con una toalla de papel, lo removió sin prisa. Sisler le pasó, por encima del hombro, un nuevo cigarro encendido.

—¿Qué has sabido de Olga? —dijo él, de pronto.

—Hace tiempo que no la veo. ¿Y tú?

—Igual. Creo que la última vez que tropezamos fue en la tienda. Ya no trabaja allí.

—No. Ahora es amiga de Rodrigo Lemus.

—¿Romance?

—No lo creo, Olga no es de ésas. Llamémosle inversión. Sin embargo, no me extrañaría que se acostaran juntos. Además, es lógico que suceda, aun tratándose de nuestra amiga. Y le ha ido bien. Filmó ya una película en plan de estrella.

—Ojalá tenga suerte. Sus otras experiencias, ¡psch!, no han sido buenas. Con Robles tuvo la mala suerte de no verse en cinta. Esto es, en la pantalla. Era tan malo el churro que no lo quisieron ni regalado.

La mujer terminó de arreglarse la cara y el peinado. Se echó fuera la bata y sacó un vestido del armario. Sisler la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Sabes —indicó— que es la primera vez que te veo así? Estás bien, pero muy bien…

Se le evadió Teresa cuando él quiso acariciarla. Sisler volvió a sentarse a orillas de la cama:

—Quita tus manos, hijito —y luego, bromeando—, la miel no se hizo…

—…para la boca del asno —completó él y añadió con malicia—: pero sí para la mía. Y, te lo aseguro, no te arrepentirás de hacer la prueba. Algo debe tener —echó vaho a sus uñas manicuradas, las frotó sobre la solapa— que las dejo hablando solas…

Intempestivamente, la música del programa cesó. Dos o tres rápidos signos del Código Morse reclamaron la atención del auditorio. Teresa terminaba de perfumarse el lóbulo del oído.

Una agitada voz masculina, la muy conocida de Pedro de Lille,

dijo desde el aparato:

> Atención, radioescuchas de XEW, ¡Atención! A las 13 horas, 59 minutos de hoy, falleció, víctima de una embolia, el sensacional novillero Alejandro Ortega, mejor conocido por Chavalillo. Su muerte, por lo repentina e inesperada, llena de luto a la fiesta de los toros…

Nuevos golpes agudos de Morse y la música volvió al aire. Teresa y Sisler quedaron anonadados, silenciosos, mirándose. Edmundo apagó la radio. El chasquido del botón cerrándose resonó como martillazo en la recámara súbitamente quieta.

—¿Y ahora? —preguntó.

—¿Ahora? —repitió Teresa.

Con la mirada perdida retrocedió poco a poco hasta que sus piernas tropezaron con una butaca, en la que se dejó caer. Permaneció así algunos segundos. De pronto, sus ojos se nublaron y comenzó a sollozar agitadamente. Sisler trató de consolarla.

—Ya, ya… —le palmeaba la espalda.

Estuvo llorando un largo rato. Cuando al fin alzó la cara fingió una sonrisa deforme.

—¡Qué tonta soy! ¡Debo de estar feísima!

Fue al espejo y se miró. Con las manos retiró los restos de lágrimas de bajo los párpados. Sorbió ruidosamente y volvió a sentarse, enmudecida.

—Creo que debes ir al sanatorio…

—No podría, Edmundo, no podría… —protestó.

—Tampoco sería correcto que te negaras. Además —Sisler hizo una pausa pensativa—, ¡quién sabe si de todo esto saques ventaja! ¡Imagínate mañana los periódicos! ¡Publicidad, la novia del torero, fotografías; lo que a ti te gusta!

A Teresa le pareció que Sisler tenía razón. Él sabía de estas cosas más que ella: Chavalillo estaba muerto, pálido y tibio en una cama de hospital. A esas horas la ciudad entera sabría la noticia. Ella, Teresa, era parte de la noticia del momento; del dolor nacional de aquel minuto. Parte, personaje, figura de leyenda. Siempre la novia de un torero es tema de interés humano. Los periodistas la entrevistarían, los fotógrafos le harían gráficas conmovedoras. ¡La novia del ídolo muerto!

De un salto se levantó y abrió el armario. Entre tantos vestidos resultaba difícil seleccionar el más apropiado para la ocasión. Sugirió Sisler que usara uno negro, severo.

—Debes ir bien vestida. En ocasiones como ésta es cuando

puedes lucirte. De luto, imponente, hierática.

No conocía esta última palabra y preguntó qué quería decir. Exagerando la nota, decidió usar de luto hasta la ropa interior. Estaba excitada, casi contenta. Sin cuidarse de Sisler se desnudó en su presencia. En tal instante, que él la viera así no le importaba nada.

Media hora después, al salir, preguntaba:

—¿Voy bien?

—Sí —Edmundo la empujó a la puerta—. Muy bien…

El auto atravesó docenas de calles a toda velocidad. Las ruedas chillaban, untadas al asfalto de las esquinas. Sisler repetía sus recomendaciones:

—Cuando lleguen los fotógrafos te levantas el velo. Llora, si quieres, un poquito. Eso causa buen efecto. Los periodistas son unos sentimentales estúpidos. Conmuévelos. Háblales de Chavalillo, el amor de tu vida. La taquilla te pertenece hoy; sácale provecho. Repite que pensabas casarte con él mañana.

—Pero eso no es cierto.

—No seas estúpida. Ya sé que no es cierto, pero dilo; dales tema para la novela de un amor frustrado por la muerte.

La noticia había corrido más rápidamente que el auto y cuando llegaron a la calle del sanatorio un millar de curiosos la invadía.

—Tienes público, amor mío —murmuró Sisler entre dientes, cuando descendía la enlutada Teresa.

Voces anónimas repetían:

—Es la novia del Chavalillo…

—Pobrecita, está hecha un mar de lágrimas.

—Dicen que es muy puta.

—¿Su novia? ¡Bah! Vivían juntos.

La puerta estaba cerrada y, desde dentro, dos policías rechazaban los embates de la multitud. Abriéndose paso a codazos, Sisler despejó el camino para que Teresa pudiera aproximarse.

Algunas manos manosearon las nalgas de la mujer. Los gendarmes dijeron que nadie podía pasar, por órdenes del doctor Ibarra.

Sisler se violentó:

—La señorita era la novia de Chavalillo. ¡Tiene que pasar! Avísele al doctor…

Por fin entraron. Teresa recordó, vagamente, los detalles de su visita anterior: la excitación de entonces no era, ni con mucho, comparable a la de ahora. Sisler la tomó de la mano y la piloteó hasta la sala de espera. Había ahí unas cincuenta personas, con las caras largas y los ojos llorosos.

—¡Quédate aquí! —ordenó con los labios apretados, al tiempo

que se dirigía hacia un grupo de fotógrafos que dialogaban en voz baja, en el rincón.

Los muchachos de la cámara voltearon hacia Teresa cuando Sisler se la señaló:

—Era su novia. Mañana iban a casarse.

Con sus máquinas en alto, preparados los focos de magnesio, los fotógrafos se lanzaron sobre Teresa. Sisler los contuvo:

—La señorita Mallén está muy emocionada. Les ruego que no la molesten mucho.

Antes de que tomaran la primera fotografía, Sisler arregló el velo de Teresa y comprobó que el maquillaje no había sufrido ningún desperfecto. Luego les dio luz verde. Restallaron diez flamazos plateados.

—Ahora —sugirió el alto y guapo Ismael Casasola—, unas con el muertito.

Fue necesario que Sisler hablara con el doctor Javier Ibarra para poder tomar las fotos. Al abrir la puerta del cuarto en que yacía Chavalillo, Teresa sufrió un calosfrío y sintió que iba a desmayarse. En su fuero interno algo le avisaba que la broma había ido más allá de lo que supuso y que sus fuerzas no eran tantas como para seguir representando la abominable comedia. Pero la mano estricta de Sisler la empujó hasta el borde del lecho. En ese instante reparó en una figura pequeña, vestida de negro, que se ovillaba en uno de los rincones. Era la madre. Las piernas le flaquearon y tuvo que asirse a uno de los barrotes de la cama para no caer.

—Allí está bien —escuchó que alguien decía, al tiempo que sobre su cara caían los fogonazos.

Chavalillo parecía dormir. Nunca hasta entonces le pareció más exacto el símil. Tenía los ojos cerrados; las quijadas sujetas por un pañuelo blanco, anudado en la nuca; las manos entrelazadas sobre el pecho y, entre ellas, un crucifijo de madera.

Sisler susurró, inclinándose:

—¡Bésalo!

Ella hizo un movimiento de repulsa e iba a protestar, cuando se sintió proyectada, casi violentamente, hacia el cadáver.

—¡Bésalo, idiota! —dentelló.

Esa foto habría de reproducirse a gran tamaño en todos los diarios y revistas del país. Habría de ser el triunfo de la publicidad sobre la muerte. Teresa vio que, después de todo, la cosa no tenía mayor importancia. Besó el cadáver cuantas veces se lo pidieron los hombres de la cámara, cada uno de los cuales quería una pose exclusiva. Cuando comprobó que ninguno quedaba sin su placa, Sisler rescató a su amiga devolviéndola a la sala de visitas.

Ya a solas, la mujer vestida de negro se levantó de su rincón. Cerró la puerta por dentro. Se acercó a la cama, amorosamente, pisando el silencio sin vida. Ya no lloraban sus ojos apagados. Sobre la pared, la luz que lograba traspasar los rectángulos de la persiana fingía peldaños de una escalera que llegaba al cielo. Lentamente, la madre en luto sacó un pañuelo y comenzó a borrar del rostro de su hijo muerto las huellas de pintura que dejaran los labios de Teresa.

Le arregló el pelo y luego pegó su mejilla a las del torero.

—Mijito mío; mi muchachito —repetía sonriendo, como si lo arrullara.

Cuando salía de la habitación de Chavalillo, media docena de reporteros cercaron a Teresa:

—Queremos una declaración…

—¿Es cierto que iban a casarse?

—Cuéntenos toda la historia…

Edmundo los contuvo. La señorita estaba demasiado trastornada y confusa en ese instante y era inhumano someterla a la tortura de un interrogatorio. La pena la había enmudecido y necesitaba siquiera una hora de reposo. La señorita Mallén agradecía a sus amigos periodistas tanta amabilidad y tanto interés por su persona y les rogaba que la dispensaran por el momento.

Esto pareció desalentarlos, pero Sisler añadió:

—Ella les contará, compañeros, todos los detalles de un romance que sólo la muerte pudo romper —consultó su reloj—. En este momento son las tres y media. ¿Qué les parecería una entrevista a las cinco? Los recibirá en su casa y podrán platicar más a gusto que aquí.

A los periodistas les pareció excelente la idea; y más aún cuando Sisler anunció que tendrían legítimo whisky escocés. Les dio la dirección y se llevó a Teresa.

Miles de ojos curiosos se clavaron en ellos cuando salieron del sanatorio. Sitiando al automóvil, pegados a los cristales, chicos de secundaria, boleros, voceadores, ociosos, le pedían autógrafos, que Teresa estampaba en cuadernos, periódicos, pedazos sueltos de papel.

—Ella era el cuero de Chavalillo —los escucharon decir, al arrancar el coche.

Cuando estuvieron fuera del alcance de las miradas, Teresa se despojó del velo y sacudió la melena. Luego encendió un cigarrillo.

—¡Uf! —resopló—, ¡qué tango!

Sisler la miró de soslayo:

—¿Sabes que eres una excelente actriz dramática? La escena de los besos fue conmovedora, de película. Tan buena, Teresa, que por poco suelto el llanto…

Y los dos rompieron a carcajadas.

I

Dos veces vibró el timbre. Teresa miró a Olga, sorprendida. No esperaba a nadie. La sala estaba en desorden y los periódicos ocupaban los muebles, la mesa, la alfombra. Aplastó el cigarro y se levantó.

Desde su asiento, Olga escuchó el rumor apagado:

—Pase usted, licenciado.

Luego la puerta cerróse suavemente y percibió un murmullo masculino:

—Gracias señora…

Olga se volvió. Un hombre maduro, ni alto ni bajo, seguía a Teresa. Lo más impresionante de su cara eran los ojos: acerados, fríos, y la boca sin labios, una mera línea apretada. Teresa tomó el sombrero que él conservaba en la mano y lo colocó sobre un mueble.

—Licenciado —se adelantó, presentando a Olga—. Mi amiga, la señorita Lang…

Se inclinó el hombre y tomó la mano. Olga sintió cómo, tras de apretarla, la retenía por unos instantes entre la suya.

—Federico Guillén —recitó.

Ocupó uno de los sillones, frente a las mujeres. Olía a lavanda. Su rostro fofo azuleaba, recién afeitado. Pudo notar Olga un excesivo rebuscamiento en su modo de vestir; algo artificial y desagradable. El traje era nuevo, azul claro, como la camisa, los calcetines, el sombrero, la corbata, las piedras del fistol y del anillo, inmenso, en el meñique de una manicurada mano.

Teresa le ofreció, abierta, la caja de los cigarros. Guillén rechazó con un seco movimiento de cabeza:

—No fumo.

Ella encendió el suyo. Federico Guillén parecía tener un tic nervioso que lo obligaba a mover constantemente el cuello, como si el de la camisa le molestara. Sobrevino una pausa. Los tres se miraban. El licenciado comenzó a carraspear sin disimulo, evidenciando que el

humo le desagradaba. Teresa dejó el cigarrillo en el cenicero. Los ojos del hombre vestido de azul se fijaron en la hebra transparente. Alargó la mano y apagó el cilindro de tabaco.

Movió la cabeza con su tic:

—Vengo a darle el pésame —pronunció sin ceremonia—. No es cosa que me guste mucho, pero es mi obligación.

Farfulló Teresa que se lo agradecía mucho; que era gran bondad de su parte, siendo hombre tan ocupado, haber ido. Guillén hizo rotar su cráneo y clavó el índice en el agujero de la camisa.

—Chavalillo era un buen muchacho —expresó—. Hubiera sido un gran torero…

Aquel señor Guillén la aterrorizaba, le infundía respeto y pánico. Su bronca voz rebotaba contra los muros de la sala. Teresa había oído hablar mucho de él: era uno de los individuos más ricos de México, quizá tanto como don Maximino, que era el más rico de todos. Políticamente bien relacionado, tenía en sus manos un poder económico y social tremendo. Sus propiedades eran inmensas. La leyenda de su fortuna, más fantástica que la fortuna misma. Dueño de un imperio era, por mera afición, empresario de toros. Muchas veces Chavalillo habíale referido hazañas increíbles de aquel hombre, que para unos era poco menos que Dios y para otros, poco más que el diablo.

Olga estudiaba el rostro del licenciado y sentía hacia él un vivo afecto simpático. ¡Conque ése era Federico Guillén! ¡La leyenda viva, el señor feudal, notorio por su riqueza, por sus amantes, por sus anécdotas! Su imagen aparecía en los noticieros, en los periódicos, en todas partes. Alguna vez, Luis le dijo que aspiraba a la Presidencia.

—Es uno de los hombres fuertes del régimen. Aunque no tiene cargo oficial su influencia es grande. En cuanto Ávila Camacho termine, Guillén ocupará la silla…

Ahora estaba allí, a dos metros de ella, moviendo la cabeza constantemente.

—Vengo a darle el pésame, señora —repetía—. ¡Ha sido una gran desgracia; pero así es la fiesta: aplausos y muerte!

Teresa convino con él que así era. Quiso luego animar el silencio ofreciéndole una copa.

—Nunca bebo, señora. La bebida es mala, lo mismo que el tabaco. Todos los vicios son malos y los pueblos… —se interrumpió. Olga estaba mirándolo. Se volvió a ella, para disipar—: Y usted, ¿cómo dijo que se llama?

Olga tardó un instante, sorprendida, con la guardia baja.

—Olga Lang…

Terció Teresa:

Es artista de cine, don Federico.

—¿Sí? —la estudió con los ojos entrecerrados, tirando de su labio inferior en actitud meditativa—. Creo haberla visto antes —enlazó sus manos y echó para adelante su tórax corto y fuerte—. ¿Sabe usted que es muy bonita?

Olga agradeció el cumplido, diciendo que el licenciado era muy amable en creerlo así.

—No lo creo, lo veo —y soltó una carcajada.

Federico Guillén se levantó súbitamente y tomó el tejano azul. Las mujeres se pusieron también de pie.

—Cumplido este penoso deber —recitó Guillén— me voy. Espero, señora, que tenga fuerza para sobreponerse a la desgracia.

A punto de llorar, Teresa suspiró que sería difícil soportar tamaño sufrimiento. A pasos largos, el visitante se encaminó a la puerta. Tendió su mano:

—Buenas noches, señora —sacudió a Teresa enérgicamente. Olga se había recatado un poco atrás—. Señorita Lang, encantado de conocerla.

Ya en el pasillo, Teresa ensayó una sonrisa:

—Y vuelva cuando quiera, licenciado; ésta es su casa.

Guillén se encasquetó el sombrero y se retiró por el corredor, seguido de dos individuos que lo habían esperado afuera.

—¿Qué te parece don Federico? —preguntó Teresa, cuando volvieron a la sala.

—El majadero más fatuo que he visto.

—Con su dinero puede darse el lujo —Teresa se preparaba un trago en el barecito—. No hay mujer, en México, que no se perezca por ser su amiga…

—¿Sí?

II

Many, la sirvienta negra que Rodrigo Lemus había contratado para que se hiciera cargo del apartamento, puso la caja de mica sobre el piano. Olga le echó un vistazo y continuó tocando.

—¿De quién es el santo? —preguntó Luis, al tiempo que tomaba la tarjeta.

—Es lata de todos los días. ¡No tiene importancia!

Leyó Luis el rectángulo de finísima cartulina:

—Licenciado Federico Guillén —dejó la tarjeta sobre la pulida superficie del piano—. ¿Qué quiere?

Olga alzó los hombros:

—¡Qué sé yo! ¡Enamorarme, tal vez! Desde hace tres meses, todas las tardes me envía una caja igual —aporreó las teclas y se quitó los anteojos—. ¡Su destino es el bote de basura!

Luis masculló algo, botando la caja al suelo. Se buscó los cerillos. Habían retrocedido hasta el sofá y Olga, ya sentada, le dio fuego con el encendedor de plata.

—No hagas berrinches. No hay nada más que el galanteo de las flores. Lo he visto una sola vez, como te dije, en casa de Teresa. Ven, siéntate…

Olga Lang estaba fatigada. Como todos los miércoles, por la mañana habían venido la masajista y la manicurista; más tarde, el profesor de gimnasia; después el de baile y, antes de comer, el de canto y dicción. Había sido un día agotador. Rodrigo encontrábase fuera de la ciudad y, por eso, podía ver a Luis Arvide sin molestias ni sobresaltos. Sabía muy bien Olga que abajo rondaría el detective que Lemus pagaba para que la siguiera a todas partes y le diera cuenta de sus actos y de sus pasos. ¡No le importaba, después de todo! Tal vez, muy íntimamente, aquel espionaje hasta le agradara.

—Me gustaría ir al cine esta noche. ¿Me llevas?

Cuando Luis decía que sí, sonó el timbre. Many le franqueó la puerta a Antonio Ferrer, que entró a zancadas, con los brazos tendidos

hacia Olga. Ésta lo saludó fríamente:

—Hola, Antonio.

Ferrer reparó entonces en que no estaban solos. No disimuló que encontrar a Luis le causaba disgusto.

—¿Qué hubo, tú; qué haciendo?

—Lo mismo podría decirte.

Olga lo invitó a sentarse. De una cartera oblonga, extrajo Ferrer una serie de papeles:

—Don Rodrigo —recalcó— acaba de llegar. Fue a cambiarse de ropa. Vendrá más tarde a discutir con usted los detalles del lanzamiento de la película. Esto, Olga, es el plan general. —Se levantó y cuidadosamente se abotonó el saco—. Me marcho. Estúdielo para cuando él venga…

Hizo una leve reverencia sonriente y salió. Luis se puso taciturno. Olga dejó los papeles a un lado y le echó el brazo por encima de los hombros. Habló con un tartamudeo confuso:

—Lo siento, Luisito —éste mantenía la cabeza baja; la barba apoyada sobre el pecho. Olga le acarició el pelo—. ¿No te enojarás, verdad? Mañana iremos. ¡Compréndelo!

Luis se levantó sin hablar, sin mirarla. Tenía los labios pálidos de celos y un ardiente calor dentro de la cabeza.

—Está bien, Olga. Siempre hay un mañana… ¡Te llamaré un día de éstos!

—Luis, ¡por favor!

Pero él ya había salido. El azotar furioso de la puerta retumbó en todo el apartamento. Olga Lang permaneció un momento indecisa. Tomó por fin los anteojos, encendió un cigarro y se dispuso a leer los papeles que le había llevado Antonio Ferrer.

III

Después de la muerte de Chavalillo, Teresa se encontró sin dinero y abrumada por las deudas. Quiso vender el auto, pero estaba hipotecado. La madre del torero contrató abogados para que pleitearan y exigieran a la amante de su hijo la devolución de los muebles y de todo lo que pertenecía al muchacho. Todo se habían llevado, excepto la cama y las botellas de licor.

Estaba sola, sin amigos. Quienes lo habían sido del novillero no la saludaban siquiera al encontrarla. Trató de apersonarse con el licenciado Guillén y pudo lograrlo, tras de hacer antesala dos semanas. Le relató los pormenores de su situación, que era cada día más difícil. Debía un par de meses de renta y casi no tenía dinero para comer. Lo poco que Chavalillo dejara en efectivo —y esto no lo mencionó ante don Federico— habíalo gastado en droga. Ahora no le quedaba casi nada.

Guillén había escuchado sus lamentos, con los labios muy apretados y prometió ayudarla por esa vez. Llamó a alguien por interfono, ordenándole inmediata comparecencia.

Arrellanándose en el sillón del escritorio, preguntó abruptamente:

—Y de su amiga Lang, ¿qué?

—Hace mucho que no la veo, licenciado.

—Digo, ¿qué se hace? ¿Con quién vive?

—Que yo sepa, con nadie. Es una muchacha rara.

Después de golpear suavemente la puerta, entró un hombre de edad, que miró azorado a Teresa y luego a Guillén.

—Ordene usted, señor.

—Mire, Julián —Guillén se alzó—, dígale a Flores que me mande quinientos pesos —tronó los dedos—. ¡Pero, ya!

Julián retrocedió hasta la puerta y desapareció rápidamente. Federico Guillén miró a Teresa todo un minuto, sobándose la barbilla, y se colocó a horcajadas sobre el descansabrazos del sofá. Reapareció

Julián y entregó al licenciado un pequeño fajo de billetes.

—Tenga, señora —dijo éste.

Teresa los retuvo, ávidamente apretados en la mano. Buscaba la manera de agradecer la limosna, de no cometer una descortesía. Sonrió:

—Gracias, señor.

Guillén no respondió. Seguía observándola. Dentro de su cabeza cuadrada una idea le daba vueltas. Disparó:

—Usted la conoce mucho, ¿verdad?

—¿A quién, señor?

—A la muchacha ésa; a Olga.

—Sí, licenciado…

—Eso está bien; muy requetebién. Usted sabe —vaciló un poco — cuál es mi mero gusto: los cueros. Sólo a los maricones no le gustan los cueros. Yo no soy maricón y…

Aquello comenzaba a ponerse interesante. Teresa se reclinó en el respaldo. Cruzó la pierna y la falda se le corrió una cuarta arriba de la rodilla. Guillén untó su mirada al muslo, blanco y grueso, que acababa de revelársele.

—Esa muchacha —reanudó—, como que es muy difícil, o se hace. Le he estado mandando flores y ni por enterada se da. ¿Es siempre así?

La pierna de Teresa comenzó a moverse provocativamente. Guillén continuaba mirándola.

—Depende, licenciado…

—¿De qué?

—Pues, del modo. Usted sabe, las mujeres somos raras. Lo que en una da resultado, en otras falla. Olga es buena chica; muy guapa, muy ambiciosa. Tiene un novio, un periodista.

—Lo que yo quiero saber, y usted que la conoce debe saberlo, es si es difícil, si se aprieta. ¿Me entiende?

—Difíciles, todas las mujeres lo somos. Para un hombre como usted no le será duro encontrar el modo de convencerla. Quizá las flores no le gusten; quizá prefiera lana, o joyas, o ¡vaya usted a saber qué!

Federico Guillén se levantó concluyendo la entrevista. Teresa guardó el dinero en su bolsa. Al llegar a la puerta se volvió:

—Yo puedo ayudarlo, licenciado —y le guiñó un ojo.

—Ándele pues —aceptó y luego señalando con la mirada la bolsa de mano—. Habrá más montones de billetes si lo hace.

Aquellos quinientos pesos la ayudaron a vivir, como en los buenos tiempos de abundancia, una semana. Se mudó a un hotel cercano a Insurgentes y un par de veces salió con amigos, que le

regalaron unos cuantos billetes marchitos.

Luego, una tarde, encontró a Edmundo Sisler en La Cucaracha. Teresa acostumbraba ir allí porque tenía oportunidad de conocer hombres que la invitaban a beber y a dormir. Sisler traía dinero y ganas de emborracharse. Hicieron una excursión por todos los bares y remataron en un siniestro sitio llamado Las Veladoras, donde vendían alcohol con piloncillo, soportable sólo por las gargantas de los clientes: esnobs de sociedad y desarrapados cargadores de La Merced.

—Vente a dormir conmigo —le propuso Teresa, al amanecer.

Sisler aceptó:

—Okey. Tengo ganas de saber si como lo meneas, lo bates.

Desde aquella noche vivieron juntos. Formaron una extraña sociedad de relaciones, a la cual Sisler aportaba amigos adinerados, a quienes ella se encargaba de trabajar. Después, con Edmundo, se corría las parrandas del siglo.

—Somos un par de basuras, tú y yo, Teresa —decía él, cuando se le pasaban las copas—. Tú, una puta; yo, un cabrón. ¡Un par de mierdas! Pero, en fin, ¡que viva la vida!

La cosa marchaba. Vivían como querían y esto era una forma de ser felices. Una tarde Sisler llegó al hotel con un sujeto al que nunca antes había visto Teresa. Dijo ser diputado. Edmundo pidió a la administración que le subieran hielo, vasos y una botella de Johnny. Estuvieron bebiendo hasta que llegó la noche.

—El diputado es muy influyente —Sisler apenas podía ponerse de pie—. Muy influyente…

Los cadáveres de tres botellas vacías rodaban por el suelo. Teresa comenzó a sentirse mal y fue a vomitar. En el espejo se miró la cara verde. Con las manos temblorosas apenas pudo retocarse la pintura de los labios y arreglar un poco su cabello.

La pieza estaba llena de humo. Cuando regresó, el diputado destapaba la última botella que había pedido. Sirviendo whisky puro en los vasos, propuso un brindis a los héroes civiles de Chicago. Luego, eructó en la cara de Sisler:

—Bueno, ¿qué pasó? ¿Sí o sí?

—El diputado tiene una amiga y quiere llamarla, para que la fiesta se anime. ¿Qué dices?

—Por mí, que venga.

Media hora más tarde llegó una muchacha rubia, excesivamente pintada. Teresa recordó haberla visto alguna vez, pero no pudo precisar dónde. Además no le interesaba. Siguieron bebiendo hasta que la otra dijo sentir mucho calor y se quitó el vestido. El diputado condujo a Sisler hasta un rincón y le secreteó algo. Edmundo estuvo de acuerdo.

—¡Vamos a encuerarnos todos! —y comenzó a desnudarse.

La rubia y el diputado lo imitaron. Desde su borrachera, Teresa miraba todo sin comprender. Un pesado velo alcohólico le nublaba los ojos. Sentía que iba a perder el conocimiento. Sisler la tomó por los hombros, sacudiéndola.

—¡Ándale, desvístete!

Teresa se rehusó violentamente. Sisler, enfurecido, le pegó una cachetada que le sacudió la cabeza.

—Desvístete, puta mustia…

Los otros dos gritaban enardecidos:

—Sí, sí; a echar tortillas…

Entre los tres le arrancaron la ropa a tirones. Teresa se resistía a mordiscos, pero terminó cediendo. La muchacha rubia se le echó encima y comenzó a lamerle el cuerpo. Los hombres aullaban en torno. Después, para Teresa, todo pareció oscurecerse: cerró los ojos, en una plácida sensación agradable.

Al abrirlos nuevamente, amanecía. Quedó así, inmóvil, confusa, un tiempo indeterminado. La ventana estaba abierta y el aire de la madrugada agitaba la cortina de gasa. Intentó levantarse para desahogar una necesidad. Se dio cuenta entonces de que yacía en el suelo, sobre la alfombra, y una pesada mano le cruzaba el pecho. Recordó apenas lo ocurrido y sintió asco. Junto a la suya había una boca, una boca de mal aliento. Experimentó náusea. Retiró la mano del diputado que la oprimía. Pudo sentarse, con la piel arrugada de frío. Sisler, un poco más allá, roncaba entre las piernas de la rubia.

Tambaleándose entró al baño. Sentía una repugnancia infinita y un terrible dolor de cabeza.

Estuvo sentada, quizá un cuarto de hora. La boca le sabía horriblemente. Volvió al cuarto y cerró la ventana. Sisler se había levantado. De la recámara escurría un delgado hilo de luz. Teresa abrió. Edmundo se volvió sorprendido.

—Cierra, bestia —ladró.

Tenía en las manos el saco del diputado. Había extraído de él la cartera. Se la mostró: veíase llena de billetes de a mil. Sacó uno y la devolvió a su sitio. Ella, codiciosa, opinó que debían tomar más dinero.

Sisler le azotó la cara y, casi instantáneamente, comenzó a brotarle sangre por una de las esquinas de la boca.

—¡Cállate!

IV

—…El hecho es que has seguido viéndolo —decía Rodrigo Lemus cuando el mozo colocó la bandeja de plata con el servicio de café, sobre la mesa.

Olga arrojó el humo por las narices y siguió, con la mirada el curso de los dos chorritos en el ambiente pesado del restaurante.

—¿Un terrón?

—Para mí, dos. ¿Y tú, Olga?

—También.

Se retiró el mozo, de interesante cara mongólica.

—Pues sí, he seguido viéndolo. —La actitud de Olga era casi retadora.

Sin mirarla, Lemus removía el azúcar dentro de la taza. Hizo una espera. Colocó la cucharita sobre el plato. Alzó los ojos.

—Eso es lo malo: que lo veas —bebió un sorbito.

Olga comenzaba a ponerse nerviosa. Sentíase ahogar en aquel lugar cerrado. Además, Lemus trataba de inmiscuirse en su vida privada. «¿Por qué no entenderá que no deseo hablar de eso?», pensó. Lemus la penetraba con sus ojos grises, irritándola con su voz pareja y sin inflexiones. «Es insoportable», repitió.

—No lo considero como tú, Rodrigo. Yo no soy una vieja y me gusta la compañía de gente joven. Luis es mi mejor camarada, lo que más se aproxima a mi ideal. Lo que sucede es que tienes celos —dejó descansar su mano sobre la de Lemus—. Y no debes tenerlos. Entre él y yo no hay nada, nunca lo ha habido. ¡Es un excelente muchacho!

Lemus suspiró incrédulo y sus dedos cortos y gruesos se entretuvieron con el encendedor niquelado. Desde un rincón, invisible para Olga, venía suave música de piano. Sintió el inevitable relajamiento interior, el fastidio infinito de la sobremesa. Ahogó el bostezo.

—No trato —dijo Lemus como siempre que lo hacía— de meterme en tu vida privada. Tienes derecho a vivirla como quieras.

Más bien —recalcó— tenías derecho. Ahora estás a un paso del triunfo. Tienes, pues, la tremenda responsabilidad de cuidar un prestigio, de acrecentarlo. Has conseguido, y yo sé cuánto trabajo te costó, llegar a la meta. ¡No fracases en este momento!

Si algo detestaba Olga era el melodrama y Lemus había comenzado a hacerlo. Sabía muy bien lo que vendría después: las recomendaciones, las frases mordaces, el desbordamiento paternal, pegajoso como la miel, a que tan afecto era Rodrigo. A él lo azotaban los celos y cada palabra iba encaminada a apartarla de Luis, del enemigo.

—No fracases, Olga. De hoy en adelante la lucha será más intensa. El triunfo ha de ser de todos los días. Por eso te he dicho que tienes la responsabilidad de tu prestigio. Comprendo que eres joven y que te agrada la compañía de los jóvenes. Pero, ¿qué pueden ofrecerte? Nada. Te quitan, más que te dan. Este muchacho, tu amigo…

Olga se puso en guardia. Maquinalmente incrustó un nuevo cigarrillo entre sus labios. Lemus hizo funcionar el encendedor.

—¿Qué tiene mi amigo?

—Es lo que yo pregunto: ¿qué tiene? Me has dicho que es un buen chico. Así debe ser, indudablemente. Pero, para ti, su amistad es perjudicial. Tienes ya, Olga, demasiada categoría para exhibirte con él, con un… —buscó la palabra adecuada—, con un infeliz. Porque eso es; un infeliz que te daña sin ayudarte. Sé que ha ido muchas veces al apartamento durante mi ausencia. Eso no lo toleraré. Si tú no fueras lo que eres, me tendría sin cuidado. Ese muchacho —reanudó después de una pausa— te estorba. Has llegado a una situación en que, o lo dejas y te dedicas a tu carrera en cuerpo y alma, o abandonas ésta para continuar con él. No tienes alternativa.

El camarero, silencioso, deslizó sobre el mantel la nota de consumo. Lemus se puso los lentes, miró la cifra y entregó al mozo un billete de a cien pesos.

—No la tienes —continuó con su mismo disco—. Tú eres, y lo repetiré hasta el día de mi muerte, una criatura extraordinaria, un ser privilegiado. Esas cualidades no abundan entre las mujeres que trabajan en el cine. Es mi deber, pues, cuidarlas, protegerlas. La empresa ha hecho una inversión cuantiosa en ti. Yo, por mi parte, he hecho otra, más importante aún que la económica. Te amo, Olga; tanto que no me importa, ni me duele, deshacer mi hogar, abandonar a mi mujer, por seguirte. Aun así, queriéndote intensamente, sabría renunciar a tu afecto, a tu amistad, si supiera que te estorbaba. No puedes, Olga Lang, pertenecer a un hombre. Eres el arte; el arte mismo… He vivido más que tú y tengo, pues, mayor experiencia.

Deseo que comprendas cuánto vales, qué eres. Cuando lo sepas, te convencerás que no debes amar ni entregarte tampoco. Perteneces a tu carrera, a millones de hombres y de mujeres que te adorarán como a un dios. No tengas piedad por nadie, Olga. No permitas que un cariño, una pasión, un prejuicio te aparten del camino. Sea quien sea, aun yo mismo, debe ser sacrificado cuando haga peligrar tu magnífico destino. Además, piensa en lo otro: en la seguridad de tu vida. Necesitas respaldo moral y económico de primera; un apoyo que tu amiguito, por ejemplo, jamás podría darte. Porque te amo como mujer, porque te admiro y te cuido corno artista, es que me atrevo a ofrecerte mi nombre, cuanto tengo…

Al terminar, Rodrigo Lemus miró intensamente a la muchacha. Había pronunciado las últimas frases con la voz rota de emoción. Por un momento ella temió que lloraría. Sus ojos brillaban, húmedos. La mano del hombre le transmitió su calor al acariciar la suya. Olga sintió que los oídos le zumbaban. Tenía la boca seca y sin palabras. Débil, dijo:

—Me siento mal. ¡Vámonos!

V

Desde dentro los observaron unos ojos duros. Edmundo se identificó y la puertecilla volvió a cerrarse. Escucharon el golpe del cerrojo.

—¿Qué hay, Sisler? —un hombre gordo les salió al encuentro en el corredor. No medía más de 1.60 y caminaba resoplando. A Teresa le pareció un trompo o un pingüino. Vestía de negro—. Pasen, están en su casa…

Sisler dijo un «¡Hola, hermano!», mientras se quitaba el abrigo.

—Mira, Pancho —señaló a Teresa—: te presento a mi mujer. ¿Verdad que es un mango?

Sonrió el gordo y sus ojos desaparecieron bajo las bolsas grasosas de los párpados:

—Sí que lo es. Pero, pasen…

Los llevó a una amplia sala, decorada barrocamente. Unas cuantas parejas fumaban en los sillones o dialogaban en el bar. Teresa le entregó su abrigo al hombre que los conducía. De alguna parte, emergió un camarero, también vestido de negro, para recogerlo.

—¿Cómo va el negocio? —indagó Sisler.

Pancho penduleó su cabeza sin cuello. Sus rasgos eran toscos, de indio. Ni por un momento desapareció la sonrisa que escurría de los labios anchos:

—Marcha, marcha, ¿verdad? —y mostró a Teresa la dentadura pareja de bulldog.

Ella nunca había estado allí. Cuando Sisler detuvo el auto, los faros iluminaron la fachada barroca de una casa como tantas en Chapultepec-Polanco. Había varias docenas de autos que brillaban charolados, bajo la luz de los arbotantes. Una patrulla pasó lentamente y dio vuelta en la primera esquina. Edmundo le había dicho que el negocio pertenecía a un entrañable amigo suyo, que a su vez lo era de los políticos más poderosos del régimen. Por eso gozaba de plena impunidad. Aquella casa era frecuentada por ministros, artistas, toreros, millonarios y prostitutas de toda clase.

—Te sentirás a gusto —había dicho Sisler, con una intención que ella no alcanzó a captar.

Pancho secreteó, confidencial, moviendo sus ojos de puerco para uno y otro lado:

—¿Quién?

—¿Sabes quién llegará de un momento a otro?

—El licenciado, don Federico —Pancho se infló, para añadir—: es uno de los buenos amigos de la casa. Viene un par de noches cada semana. Y viene a jugar. No siempre gana, pero raras veces pierde. Escoge siempre a Domingo. Domingo maneja una de las ruletas. Don Fede le consiguió chamba en el Foreign Club, ¿te acuerdas?, y cree que le trae buena suerte que sea él quien suelte la bolita —con su gordo dedo pulgar picoteó el pecho de Sisler—, Domingo sabe el asunto y deja que gane una noche y pierda otra. ¡Para qué quiere más lana el abogado si tiene toda la del mundo!

—¿Y Guillén no lo sabe? —indagó Teresa. Los hombres pusieron cara de estupefacción. Risoteó Pancho:

—No, señora. Si lo supiera me metería cuatro balazos. A él no le gusta que le miren la cara.

Uno de los camareros se acercó a Pancho y le dijo algo al oído. El gordo pidió que lo dispensaran y subió corriendo la escalera, con asombrosa facilidad. Sisler encendió un cigarrillo y tiró el fósforo apagado sobre la alfombra, con descaro.

—Ven —ordenó a Teresa que lo siguiera.

Excepto en la sala, se jugaba en todos los cuartos de la casa. Media docena de mozos llevaban y traían charolas con bebidas. Sabiamente, Pancho las obsequiaba. Su negocio, sus ganancias, provenían de las mesas del póquer, del bacarat, del 30-40, de la ruleta.

—A esto se le llama brinco —explicó Sisler.

Penetraron a un cuarto. Entre el humo cerrado se veían las caras afanosas de unas diez gentes, hombres en su mayoría. Sisler caminó en torno a la mesa de bacarat. Se estaba jugando a toda vela y abundaban las fichas de a mil y quinientos. Deambuló unos minutos, antes de volver al pasillo.

Teresa, de pronto, dijo que tenía ganas de jugar.

—¿Estás loca o te haces?

—¿Por qué? Tengo dinero…

—Venimos a ver, no a que nos roben. Pancho es muy mi amigo, pero si crees que por serlo se va a dejar quitar unos pesos, te equivocas. No todos somos Federicos. Éste, si no gana cuando viene, barre con la casa. ¿Entiendes?

Teresa abrió la bolsa y mostró a Sisler un fajo de billetes azules.

Aunque ella forcejeó, él pudo quitárselos.

—Son para mi medicina, Edmundo. Dámelos. Lo del juego era broma. ¡Dámelos!

Sisler se los embolsó y se dirigió a la sala, seguido por Teresa. Evidentemente no tenía ganas de argumentar. A grandes pasos llegó a la barra y pidió un *high ball.* La mujer se acercó, jadeando:

—Dámelos, Edmundo. ¡Son para mi medicina! Apenas si queda para esta noche. Mañana me llevarán más. Ese dinero es para pagarla. ¡Dámelo!

Hablando por un ángulo de la boca, Sisler regañó:

—No hagas escenas. Cállate. ¡Claro que te los daré, linda —su voz se tornó melosa—; te los daré en cuanto salgas! No ahora, porque eres capaz de perderlos. Anda, toma —le entregó su vaso de bebida y pidió otro.

Recargado en la barra de baquelita y níquel Edmundo Sisler paseaba la mirada en torno. «¡Qué gran chance para un chantaje!», pensó. Había allí gente de muchos quilates: esposas de ministros, de generales; hombres de intachable vida privada, con sus amantes. Personajes de todos los mundos. Líderes obreros, especuladores. Como aquel gordo, fofo, repugnante, de enorme cabeza canosa, que estaba construyendo un imperio de cemento y hierro. Para los demás, pasaba por ser un respetable capitán de negocios. «Es malo saber mucho», se dijo Sisler. Y él sabía más de la cuenta sobre la naturaleza humana. Tenía la virtud de reconocerse un pillo y no ocultaba, como esos otros individuos, que lo era. Por ejemplo, el gordo: su debilidad eran las mujeres, las grandes mujeres rubias. Las vestía de billetes verdes y las desnudaba en las tremendas orgías que organizaba para sus amigos y protectores. El diputado Méndez le había contado mucho sobre él, y Sisler tenía buena memoria.

Pidió otro *high ball.* Teresa miraba como azorada a aquella gente. El gordo pidió el auxilio de dos camareros para levantarse, seguido de las tres mujeres blancas y rubias que lo acompañaban. Hasta ellos llegaban resoplidos sonoros de su fatigada respiración.

—Humana miseria —exclamó Sisler—. ¡Tantos millones y tanta manteca!

—¿Quién es?

—¡Qué importa su nombre! Lo que importa es verlo al desnudo, exhibiendo una miseria moral que ni su riqueza física puede disimular. En fin —alzó los hombros—. ¡qué nos incumbe! —De pronto rompió a reír—. ¿Te imaginas a esa cosa en un coito?

Y rio hasta que le saltaron las lágrimas. Un mozo arribó velozmente a la barra, golpeó con la mano abierta, demandando servicio. Por el pasillo, Sisler vio pasar, todo agitado, a Pancho. El

mozo urgía al cantinero:

—Pícale, que ya llegó el hombre. Manda tres botellas de etiqueta negra y agua mineral.

—¿Nada de ginger ale? Porque alguien debe tomarlo.

—Déjate de carajadas. El licenciado sólo toma Tehuacán y los demás, pues también. ¡No te hagas y muévete!

Pancho, al trotecito, se aproximó a las tres muchachas que conversaban en unos de los sillones y a las que Teresa había visto desde que llegaron. Eran una morena y dos pelirrojas. Les dijo algo y las chicas lo siguieron. Sisler, sin moverse, rotó su cabeza:

—El viejo juega arriba y ellas van a hacerle compañía. Ése es otro de los negocios de Pancho. Para los clientes muy, muy distinguidos, hay recámaras muy, muy monas —encendió otro cigarro —. Ahora vuelvo; voy allá para ver cómo anda la cosa…

Cuando Sisler pisaba el pasillo alfombrado del segundo piso, don Federico salía de un cuarto de baño frotándose las manos.

—Licenciado, ¡buenas noches! —le sonrió.

Guillén se paró en seco y lo miró, entre sobresaltado e insolente, un segundo. Al reconocerlo, la expresión adusta de su rostro se suavizó:

—¿Qué hay, amiguito? —lo tomó del brazo, empujándolo firmemente al parejo de sus pasos—. ¿Quiere ver si encuentra su fortuna?

Entraron a la habitación. Una habitación especial que Pancho había mandado decorar para su huésped. De los muros pendían cuadros de hombres y mujeres desnudos. La mesa privada ocupaba el centro, sobre un piso forrado de alfombras claras. Domingo, con seriedad profesional, comprobaba que la ruleta podía girar sin obstáculos. A su lado, montones de fichas de alta denominación. Don Federico detestaba la morralla. Las tres chicas estaban juntas en uno de los rincones. Pancho se acercó:

—¿Contento, mi señor? ¿Todo bien?

Don Federico gruñó:

—Sí.

—Ahora, licenciado, si me lo permite —Pancho se movía como un perrito faldero que quiere agradar—, le voy a presentar a tres señoritas amigas mías.

—¿Señoritas? ¡Ja, ja, Panchito; qué ocurrente eres! ¡Señoritas y en tu casa! —y su manaza aporreó las espaldas del pingüino.

Se aproximaron las chicas a una seña de Pancho. Los cuatro amigos que habían venido con Guillén rodearon a las mujeres.

—Ésta es Rosario… ésta, Ruth, esa otra, Lola —Pancho se besó las yemas de los dedos—. De lo mejor, mi señor. Todas trabajan en el

cine y están relacionándose.

Las miró don Federico con la misma atención con que un experto examina sus caballos. Ellas no se movieron cuando les palpó los senos, las caderas, el vientre. Pareció gustarle, de todas, Rosario, la única morena.

—¡Estás buena, muchachita! —dijo brutalmente—. ¿Qué tal las mueves?

—¡Ay, licenciado, qué cosas tiene usted! —tartamudeó ella, retorciéndose.

Don Federico entrecerró los ojos y dio un puñetazo a la mesa:

—Con un carajo, Pancho.

Temblando toda su carne prieta, Pancho se puso al lado de Guillén. Tenía los ojos angustiados y los labios se le pintaron de negro.

—Faltan cueros, Pancho. Somos seis y sólo hay tres. Pues ¿en qué libro van a leer los señores?

Todos rieron. Pancho rio también. El color le volvió a la cara. Zalamero, dejó resbalar la mano por la espalda de Guillén:

—Ahorita, mi señor; ahorita. ¡Como yo no sabía…!

Don Federico hizo que la morena se acomodara junto a él. Quizá en ese momento se iniciaba la carrera de una futura artista de cine. Sin importarle que los demás estuvieran viéndolo, aunque disimularan, babeó el oído de su chica, que se dejó hacer sin inmutarse.

Domingo indagó quedamente:

—¿Listo, jefe?

—Córrela…

Giró la ruleta, pero a la segunda vuelta Guillén la detuvo. Sisler había quedado frente a él y era el único que no tenía fichas.

—Amiguito, está usted dormido. ¿Cuántas quiere?

Sisler tuvo que sacar el dinero y colocarlo sobre la mesa. Domingo lo contó rápidamente:

—Son cuatrocientos. ¿Fichas de a cincuenta o de a cien?

—De a cien, para no revolverle —ordenó Guillén.

Para Sisler, aquello no entraba en sus planes. Aunque era un pillo, o quizás por serlo, sabía que la única forma de tener dinero no era, precisamente, apostándolo a la ruleta. Desde hacía muchos años no jugaba ni a la lotería. En cierto modo, buscaba la suerte por otros rumbos. Frecuentaba, sí, los garitos elegantes como éste; pero no arriesgaba ni un peso. Dejaba que los demás lo hicieran y él recibía a cambio, por haber llevado el cliente, una gratificación del propietario. Esto sí pagaba buenos dividendos.

—Corre, señores —anunció Domingo, y la bolita blanca comenzó a brincar en las casillas.

VI

Teresa sentíase ya un poco ebria. «¿Dónde estará el tocador?», se preguntaba.

—¿Algo más, señorita? —dijo el cantinero.

Movió la cabeza, se volvió un poco y preguntó la ubicación del reservado. El cantinero señaló una puerta, al otro lado del salón. Ella le dio las gracias y, como flotando en nubes de borrachera, se dirigió hacia allí.

De pronto, se topó con alguien a quien conocía. Era un caballero maduro, de pelo ligeramente plateado. Hizo un tremendo esfuerzo por recordar quién era.

—¡Ah! —prorrumpió, echando sus brazos sobre el cuello del hombre—, ¡don Rodrigo Lemus! ¿Cómo está usted?

Rodrigo Lemus sintió que la sangre le enrojecía la cara. Hizo una mueca de disgusto al recibir, hablado sobre sus ojos, el aliento alcohólico de Teresa. Amable, se deshizo de la tenaza y se compuso, nervioso, el nudo de la corbata.

—¿Cómo le va? —habló fríamente.

Teresa se percató de que Lemus no estaba solo. A su lado había una rubia llamativa y alta, extravagantemente vestida. Su cabello era azul-verde.

La señora Mallén cerró los ojos. Sí, no soñaba, ni veía cosas raras. La mujer seguía teniendo el pelo azul-verde. Lemus las presentó:

—La señorita Montel… La señorita…

—Teresa, a secas, señor Lemus.

La Montel bisbiseó algo en un idioma que desconocía Teresa y Lemus abrevió:

—Ha sido un placer; hasta luego…

La dejaron con la mano tendida. Se alzó de hombros y continuó hacia el reservado.

—¡Pues qué se han creído, apretados!

VII

Sisler bajó de mal humor. Encontró a Teresa, bebiendo pegada a la barra.

—¡Vámonos!

Ella quería quedarse un poco más. Había conocido a un joven, con el que conversaba animadamente. Cuando llegó Sisler, el muchacho se cortó, alzándose:

—Mira… —la lengua de Teresa trastabilló un poco—. Éste es mi marido.

Sisler no le dio la mano. El muchacho quedó confuso. Teresa añadió:

—¿Sabes, Edmundo? Este niño me ha hecho proposiciones deshonestas; quiere empiernarse conmigo un rato. ¿Tú qué dices?

La tomó Sisler por la axila y la levantó violentamente. El otro no sabía dónde colocar las manos ni cómo esconder el tomate de su cara. Edmundo ladraba furioso.

—Vámonos; estás dando un espectáculo —sus dedos se clavaron, profundamente, en la carne de Teresa, hasta que gimió. Dos lagrimones se hicieron pastosos con el polvo de su cara.

El aire fresco del exterior olía a Bosque de Chapultepec. Escupió bilis amarga. De un empellón la metió Sisler al auto. Encendió el motor y arrancó haciendo gemir las llantas en el pavimento. Cuando iban por Reforma, a la mitad de la tibia madrugada, Teresa abrió la ventanilla.

—¿Qué tienes, amor? —preguntó, acurrucándose sobre su brazo. Él la rechazó:

—¡Quítate, piojosa! Jugué y perdí…

Con los ojos cerrados, Teresa sonrió y se alzó de hombros. Con su ronroneo, el motor la adormecía. Las llantas chillaron prolongadamente en una de las glorietas.

—¿Jugaste y perdiste? —la mujer se incorporó, reaccionando—. ¿Con mi dinero?

Sin dejar de ver el asfalto, él asintió:

—Sí. ¿Con qué otro si no?

Como una fiera rabiosa, Teresa le tiró un zarpazo a la cara. Sisler frenó brutalmente y ella rebotó su frente contra el parabrisas. Las narices comenzaron a sangrarle en abundancia. Sin cuidarse de la hemorragia continuó arañando las manos y el rostro de Edmundo.

—¡Quieta, perra! —gritaba él, forcejeando. Por fin, pudo asir, con una de las suyas, las manos de Teresa y empezó a golpearla con el puño cerrado.

De pronto, la resistencia cesó. Teresa se había hundido en un desmayo sangrante. Arrancó el auto de nuevo. Edmundo Sisler tenía manchadas de rojo la ropa, la cara y las manos.

Jadeaba.

I

Olga terminaba de arreglarse, cuando Many llevó un sobre amarillo hasta su recámara.

—¿Qué es? —indagó Olga.

Rodrigo rasgó el sobre. Many se había retirado.

—Un telegrama…

Dábase Olga los toques finales. Una gotita de perfume en el lóbulo del oído ¡y lista!

—Léelo, por favor.

Lemus echó los ojos encima del papel y su rosto, por un instante, se tornó sombrío:

—Es algo muy personal. Entérate por ti misma.

Casi despectivamente lo dejó caer al lado de Olga, que lo tomó. La firma decía «Luis» y el texto: «Como siempre, y para siempre, que los dioses sean propicios esta noche. Te adoro». Giró para mirar a Lemus.

—Creí que eso se había acabado, Olga.

—Por Dios, Rodrigo. ¡No esta noche, por favor!

Ya de mal humor, Lemus la urgió para que terminara cuanto antes. Dentro de la recámara hacía calor y el cuello del smoking le atosigaba. Por hacer algo encendió un cigarro, le dio un par de fumadas y lo despedazó después en el cenicero del buró. Miró, entonces, un retrato suyo en el que no había reparado.

—Muy conmovedor todo esto —dijo con sorna—. ¡Muy conmovedor! Eres una actriz magnífica.

Olga le puso las dos manos en los hombros y aproximó su cara a la suya, inclinando la frente para que la besara. Lo hizo él sin entusiasmo y consultó el reloj de pulso:

—Vamos a llegar tarde. Faltan sólo veinte minutos y Juárez estará imposible…

En la puerta, Many la aguardaba con el magnífico abrigo de mink que Lemus había obsequiado esa tarde a Olga. Con su acento

cubano, la sirvienta deseó a la señorita la mejor suerte del mundo y le prometió encender, en cuanto saliera, la vela milagrosa de las grandes ocasiones. Olga le dio las gracias y corrió.

—Al Alameda, pero de prisa —tronando los dedos, Lemus disparó la orden a su chofer. Olga se acomodó en el asiento. El Cadillac arrancó con fuerza.

—¿Estoy bonita?

—Sí —escuchó en respuesta seca.

—¿Qué tienes, Rodrigo?

—Nada; prisa. ¡Vamos a llegar tarde!

Olga Lang rio por lo bajo:

—Estás muy elegante, Rodrigo. Llegar tarde causa más sensación. Las gentes importantes pueden ser impuntuales.

—No veo la gracia.

Lemus no la miraba. Ante la ventanilla cruzaba, fugaz, el paisaje nocturno de la ciudad. Gentes en las esquinas, luces neón, ruidos de multitud, rodar de autos, estrépito de claxons.

«Alguna vez —había dicho Luis y Olga lo recordaba esa noche— la gente que habita en la ciudad se rendirá a tus pies, pagará homenaje a tu belleza. Alguna vez que no está lejana».

¡Luis! Sí, había sido muy mono de su parte enviarle un telegrama. Habían estado llegando por docenas, la mayoría de gente cuyos nombres le eran desconocidos. Y de todos, el único cuyas palabras recordaba era el de Luis. Sencillo, elocuente. Sentía, empero, una poca de pena por no poder pasar esa noche con él; por no compartir a su lado, el triunfo que la esperaba. Viró hacia Lemus. Fumaba impaciente.

—¡Diablos! —gruñó, cuando el coche, una vez más, hubo de detenerse ante la luz roja del semáforo.

Olga procuró tranquilizarlo. Su impaciencia la ponía más nerviosa aún.

—Cálmate, Rodrigo.

Desembocaron en Juárez. Frente a la arboleda de álamos se había reunido una gigantesca multitud. Cuatro enormes reflectores barrenaban el cielo transparente y sus destellos se perdían en el alto azul profundo.

Sintió un vuelco en el corazón cuando, sobre la marquesina del teatro, leyó:

OLGA LANG
LA DAMA DEL LLANO
Gran premiere mundial
¡Hoy!

Las dos últimas cuadras las recorrieron lentamente, bloqueados por la muchedumbre. Docenas de hombres y mujeres gritaban, excitadas:

—Es la estrella.

—Ahí va Olga Lang…

Rodrigo Lemus seguía gritando órdenes a su chofer:

—¡Toca, toca, para que se quiten!

De pronto todo se venía encima de Olga. Comprendió que estaba aterrada. Los labios le quemaban bajo la capa de pintura. En la nuca le cosquilleaba un calosfrío de miedo. Las manos comenzaron a sudarle. Hubiera querido gritar que la dejaran sola. Caras en racimo se asomaban por las ventanillas del auto. Rodrigo subió todos los cristales y los gritos de la gente se amortiguaron.

Ante el parabrisas surgió un agente de tránsito. Les hizo señas de que se detuvieran. Lemus gritó al chofer que continuara adelante. El uniformado se acercó. Desde dentro gritó el productor:

—¡Es la estrella! ¡Quite a ésos, para poder pasar!

Llegaron otros tipos de quepis y silbato y a empujones retiraron a la gente. Ante la puerta del teatro Alameda un cordón de policías formaba valla. Cientos de manos se tendieron hacia Olga, que entró rápidamente escoltada por Lemus y otros hombres del comité de recepción.

El trayecto, de la entrada exterior a la del cine, fue difícil. El público, arremolinado, envolvía al grupo. Hubo empellones y la represiva y enérgica intervención policiaca.

—¡Qué tumulto, qué tumulto! —pujaba Lemus, protegiendo con sus brazos a Olga Lang.

Cinco minutos más tarde, maltrecha y asustada, llegaba Olga al *foyer* del teatro. Docenas de focos de magnesio estallaron en el aire, impresionando sus gestos. Una comisión de señores gordos le dio la bienvenida. Un locutor de radio llegó hasta ella, con su micrófono.

—… y en estos momentos, amable público del continente, se encuentra ante ustedes la estrella de *La dama del llano,* la linda, imponderable, Olga Lang.

Durante un minuto le dispararon cincuenta preguntas, Olga sentía el vértigo. Lemus entró al rescate y se la llevó de allí. Muy lejano, como si fueran simples ecos, escuchaba Olga el tronar de los aplausos que le prodigaban a su paso.

—¡Qué noche, Dios mío! —decía Rodrigo, trastornado. Todo había salido maravillosamente; el público respondía a la propaganda. El éxito era seguro, trepidante. ¡Una obra maestra de publicidad!

La pesadilla terminó para Olga cuando, al fin, penetró a la sala oscurecida. Habían comenzado a proyectar los títulos de la película.

Su nombre llenaba la pantalla, seguido inmediatamente después por el de Rodrigo Lemus. Cerró los ojos. El productor le palmeó el muslo, preguntando si estaba contenta. Ella asintió. No quería mirarse en la película. Sentía sobre sí los ojos taladrantes de todos los espectadores. Su voz, emitida desde la cinta de celuloide, le parecía horrible. Recordó otra noche semejante, un par de años atrás. Entonces, el hombre que había a su lado era Luis. Entonces, Olga Lang no era más que la última línea de los títulos. «¿Dónde estará él?» Quizá en el anonimato oscuro del inmenso cine.

Cien minutos después, las luces se encendieron. Se reanudaba la pesadilla. La gente, al aparecer la palabra fin, se había puesto de pie y aplaudía. Los pasillos se congestionaron. Olga se sintió arrastrada por Lemus hacia el *foyer*. Una barrera de caras risueñas, de manos que buscaban las suyas, les salía al encuentro. Granizaban las felicitaciones, los buenos deseos, las palmaditas en la espalda. Lola Rico le tendió los brazos y la escena fue captada por los fotógrafos.

—Te felicito. Eres magnífica… —Luego recitó las mismas palabras ante los micrófonos del control remoto. Las obligaron a repetir la escena, que ya no salió tan bien como antes. Olga detestaba a esa mujer y, por lo mismo, le sonrió dulcemente. Dos años antes, ahí mismo, la había ignorado. Lola robó cámara, mientras los grupos de curiosos se diluían hacia el exterior.

—Me siento mal —susurró Olga al oído de Lemus—. Voy a desmayarme.

Oprimiéndole el brazo hasta casi hacerle daño, Rodrigo la sostuvo:

—No seas ridícula. ¡Ven…!

Los ojos de Olga tropezaron con los de Luis, que la miraba a distancia. Ella hizo un gesto implorante, sin detenerse. Él juntó sus manos en un cálido, imaginario, profundo deseo. De pronto, entre aquel mar de cabezas movibles, su imagen desapareció. Lemus se abrió paso hasta cerca de la mesa donde había dispuesto el ambigú. Alguien puso en manos de Olga una copa de champaña helada.

—Señorita Lang, la felicito —un hombre maduro, de acerados ojos le tendía la diestra.

Lemus intervino:

—Olga, es un honor para mí presentarte al licenciado Federico Guillén… el más fuerte accionista de la compañía.

—El único, Lemus.

—Cierto, señor. El más fuerte y el único —carraspeó.

Don Federico seguía reteniendo la mano de Olga:

—El honor es mutuo, señorita. No sé si recuerde que ya nos habíamos visto antes.

—Sí, señor. Lo recuerdo.

Lemus alzó las cejas, sorprendido. Su imaginación comenzó a trabajar. Fingió:

—¿Qué le pareció la película, licenciado?

—Buena, buena —concedió, escudriñando a Olga. Luego encaró a Lemus—. ¿Y cómo no me había dicho que esta paloma trabaja con nosotros?

—Señor, es que… —se atragantó Rodrigo.

Guillén juntó sus tacones, se inclinó:

—Señorita, soy su servidor… —Y a Lemus—. ¡A ver qué día de éstos me da una visitadita! —remiró a la actriz—. ¡Tenemos mucho de qué hablar!

Humildemente. Lemus dijo que el día que el licenciado fijara.

—Me interesa mucho —reiteró don Federico—. Quiero saber cómo anda el negocio.

—Sí, señor; sí, señor…

Se alejaron las espaldas forradas de gabardina color de rosa. Lemus se tornó, súbitamente, sombrío y nervioso. Hasta pálido. Olga no pudo dejar de notarlo. Le preguntó qué ocurría. Rodrigo dejó resbalar sobre ella sus ojos desanimados.

—Nada, nada… —murmuró.

Se prolongaron las felicitaciones hasta pasada la medianoche. Olga estaba abrumada, deshecha, rota, por dentro y por fuera. La capa de maquillaje le pesaba toneladas. Las manos seguían sudándole. Por fortuna, Lemus consideró que era tiempo de irse.

Sin molestias abordaron el automóvil. Sólo unos pocos curiosos se habían quedado hasta el final. Volvían a casa de Olga en silencio, casi siniestros.

—En fin —suspiró Lemus—, tuviste un triunfo. ¡Un gran triunfo!

Débilmente, Olga Lang reconoció:

—Gracias a ti, Rodrigo.

En la oscuridad del auto buscó su mano y la enlazó con la suya. Evidentemente que algo preocupaba al director de la filmadora. Iba mirando al exterior, ausente, confuso, bajo el peso de quién sabe qué aplastantes pensamientos.

—¿Qué te sucede, Rodrigo? Parece como si en vez de triunfo hubiéramos tenido un fracaso.

—Nada me sucede, Olga. O todo, quizá —patéticamente la tomó por los brazos—. ¡Eres lo único que tengo en la vida; lo único noble! ¿Quieres casarte conmigo?

—¿Te has vuelto loco, Rodrigo? ¿Cómo quieres que me case contigo, si aún no te divorcias?

La fría lógica martilleó el cráneo de Lemus. Gimió quedamente

y, como un muñeco de trapo, se hundió en el fondo del asiento.

Hacía varios minutos que el auto se había detenido ante la puerta del edificio. Discreto, el chofer descendió sin ser notado.

—Bueno, ya llegamos —Olga rompió el silencio embarazoso.

—¿Quieres subir?

Lemus rehusó con la cabeza.

—No. Es tarde y debes dormir. Mañana hablaremos…

Olga Lang bajó. Todavía permaneció medio minuto mirando a Rodrigo Lemus. ¡Qué extraño cambio! Tres horas antes era un hombre lleno de fibra, de optimismo, de vigor. Ahora, parecía un viejo reloj descompuesto; un trasto inservible que apenas hablaba.

—Olga —prorrumpió, asiéndola por las manos—, ¿en cuanto obtenga el divorcio te casarás conmigo? Tengo dinero suficiente para que juntos podamos vivir en paz. Iríamos a Nueva York o a California. Seríamos felices, con nuestros hijos, con…

Ella asintió. Estaba agotadísima y apenas se mantenía en pie. Sus piernas se negaban ya a sostenerla y la cabeza le daba vueltas. Además, Lemus seguía trastornado, inconocible. Apenas ayer le había hablado de que su carrera estaba por encima de todas las cosas y de todos los afectos. Y ahora se contradecía, al ofrecerle un futuro que no tenía nada de halagüeño. ¡Hijos y un hogar feliz con un hombre a quien, si bien mucho debía, no amaba!

—Descansa —le recomendó—. Cosas tan serias no deben tratarse en plena calle y casi de madrugada.

Él le besó las manos. Estaba llorando. Cuando Olga cerró tras de sí la puerta de cristales, Lemus ordenó al chofer que lo llevara a Ciro's. Sentía deseos de emborracharse, de embrutecerse para no pensar.

—¿Para qué diablos me querrá don Federico?

Y en toda la noche no pudo encontrar una respuesta.

II

Pegaba fuerte el sol en las vidrieras. Enfrente, Bellas Artes refulgía blanco e inmenso, como un helado de coco. Dentro de la librería Misrachi la temperatura era fresca y agradable. En la calle, el último calor del verano derretía las carnes en sudor.

Teresa se detuvo ante el aparador. Sólo había libros: mercancía que no le interesaba. En eso, el auto guinda de Lemus se detuvo a unos cuantos pasos y descendió Olga.

—¡Olguita!

Volteó sorprendida. Vestía un sencillo traje sastre de gabardina clara; zapatos sin tacón y no llevaba medias. Seguía siendo tan despreocupada con su ropa como siempre. Teresa le plantó un par de besos en las mejillas.

—¡Tantos años sin verte! —exageró en su entusiasmo. Los últimos meses, en efecto, sus caminos habíanse separado. Olga continuó enclaustrada, aun después del éxito de su película. Rara vez salía a la calle y nunca se le vio en cabarets o en sitios públicos. Teresa le explicó, mientras entraban, que iba a debutar esa noche en el Lírico, como bailarina de burlesque. Sabiendo que no lo haría. Olga prometió ir a verla.

Alberto Misrachi, el joven, las atendió con su gentileza encantadora. Olga gustaba dialogar con él en francés, sobre todo desde que había comenzado a tomar clases diarias. Alberto —un muchacho alto, elegante y bien parecido— le mostró el catálogo de los últimos libros de arte, recomendándole especialmente el nuevo portafolio de Paul Gauguin, uno de los pintores favoritos de Olga.

Aquellas reproducciones en color no expresaron nada a Teresa, no removieron ningún escondido, remoto resorte de su sensibilidad. Se atrevió a preguntar si eran de Diego Rivera. Alberto negó, sonriendo:

—Son de Gauguin…

Olga aclaró que Gauguin era el personaje de la película de moda, *La luna y seis peniques.*

La cara de Teresa se animó y adoptó un aire suficiente, al rectificar:

—¡Serán de Jorge Sanders…!

Olga y Misrachi sólo sonrieron, indulgentes. La señorita Lang compró algunos libros y las reproducciones, que Alberto prometió enviarle esa misma tarde.

—¿Para qué gastas tanto dinero en libros? —preguntó Teresa, cuando volvieron a la calle.

—No sé —Olga alzó los hombros—. Quizá porque me gustan.

Al llegar a Sanborns Olga quiso tomar un té. Teresa consultó su reloj:

—Ya es tarde, chica. ¿Por qué no me acompañas al ensayo y así ves gratis el show!

El corredor que conducía a los camerinos olía a orines y humedad. Un viejo polvoso, antiguo como el tiempo, les franqueó la entrada. Entre bastidores había grupos de segundas, cantantes y *vedettes*. Rosa Fornés quería llamar la atención sobre sus muslos blancos, gelatinosos. Teresa condujo a Olga hasta los camerinos del fondo. Entraron a un estrecho cubil, alumbrado por un foco que colgaba ante la luna del tocador.

—Ponte cómoda.

Un rancio tufo de grasas, cosméticos, polvos y sudor se hizo presente. En las paredes había fotos de toreros y boxeadores, fijadas por los ángulos con alfileres. Había una, muy grande y muy vieja, de Rodolfo Casanova, aquel peleador que hacía poco habíase vuelto loco. Un calendario pendía del rincón, mostrando un mes que hacía cuatro terminara. De un armario desvencijado sacó las prendas que iba a vestir y las mostró.

—Menos no se puede pedir, ¿verdad?

Olga la miró desnuda. Los bellos senos eran ahora dos bolsas colgantes, que trabajosamente pudo embutir dentro del brasier de tul. El vientre se veía fofo y grasoso. Los muslos le habían adelgazado. En ambos, cerca de la ingle, docenas de punzaduras, tan cerca una de otra que formaban dos manchas amoratadas.

Teresa quedó, al fin, vestida: un minúsculo sostén y un taparrabos que apenas cubría los órganos. Se bañó en colonia, se arregló el pelo y la invitó a salir.

Sentada en una butaca del lunetario maloliente y frío, Olga vio parte del ensayo. Cuando Teresa terminó su baile —una serie de movimientos y caricias obscenas que a Olga le parecieron antiestéticos y de mal gusto— fue a despedirse. A la salida tropezó con Edmundo, que la saludó efusivamente y le anunció una próxima visita.

—Cuando gustes, Edmundo.

—Tenemos que hablar de negocios. Olguita. Hay algo bueno para ti, que también lo puede ser para mí. ¿Ya viste a Teresa? No es cosa del otro mundo, pero se defiende…

Al verse sola, en la calle, Olga respiró aliviada. Terminó de hacer unas compras y llamó después por teléfono a Rodrigo. Éste, con voz preocupada, le dijo que no podría ir temprano; que lo más probable era que no la visitara esta noche.

—Tengo aquí unos auditores del patrón —explicó, ahogando la voz—. Parece que habrá dificultades. En fin, luego te contaré…

III

Habían ido a ver, juntos por primera vez, *La dama del llano,* a un cine de circuito. A medida que se proyectaba, Luis fue analizando sus errores y sus aciertos.

—No puedes sentirte satisfecha —fue su conclusión—. Todavía tienes mucho que aprender. Sin embargo, tuviste un debut afortunado.

Él había dejado su auto algo lejos de la sala. Caminaban lentamente, tomados de la mano. La gente comenzó a fijarse en ellos. Dos colegialas audaces se les acercaron con sus cuadernos abiertos:

—Señorita Lang, su autógrafo…

Olga garabateó su nombre. Las chicas quedaron admiradas. Luis, de reojo, vio que los seguían.

—Eres ya popular. El barrio comienza a conocerte…

—Luis —dijo ella, de pronto. Acababa de tomar una determinación y no deseaba tener tiempo de arrepentirse—, llévame a tu casa…

—¿Hoy, en este momento?

—Sí.

Hacía muchos meses que Olga no visitaba el apartamento de Luis. Le agradó comprobar que el desorden era el mismo, que no había mujeres en torno. Y en el buró, una fotografía suya con esta leyenda: «A ti, la esperanza de todas mis esperanzas». Él había traído un par de copas y puesto en la estufa la marmita del té. No quiso ella que encendiera la luz.

—Es mejor así, vida mía.

Su voz era tersa, acariciadora, como en los buenos tiempos de antes. Se desnudó sin palabras. Luis la besó.

—Me gusta tu cuerpo —dijo ella, palpándole la espalda, los brazos, los muslos esbeltos—. ¡Tan plano, tan joven, tan querido!

El agua de la marmita se consumió inútilmente. Había cerrado la noche. En voz baja, Luis preguntó si no deseaba un cigarrillo. Fumaron en la oscuridad. Había sido una tarde perfecta; un amor

perfecto y tan profundo que hasta él quedó sorprendido. Ahora sentíanse satisfechos, laxos, fatigados.

—Llévame a cenar a algún sitio —demandó Olga, mucho tiempo después.

Mientras conducía el auto Luis sentía renacer, con toda su violencia, el amor que profesaba a Olga Lang. Era ella la única entre todas las mujeres que había amado, a la que seguía amando después de haberla poseído. En ese mismo instante, por ejemplo, hubiese preferido estar en el lecho, fundido en ella; hechos una sola boca, una sola piel, una sola sensación.

El pequeño restaurante alemán del segundo piso estaba casi vacío. Ordenaron, como siempre, grandes tarros de cerveza clara y fiambres. Olga bebió lentamente, sin mirarlo, y apenas si probó las carnes.

—Luis, te quiero mucho —tenía los ojos con lágrimas cuando lo dijo. Él le besó las manos.

El violinista húngaro llegó junto a la mesa, saludó con una inclinación y tocó *El hombre que amo.* Todo aquello le parecía perfecto a Luis.

—Tengo que hablarte —Olga retiró sus manos y lo miró de frente. No advirtió él, en la semipenumbra, que la barbilla le temblaba —. De algo que se refiere a ti y a mí.

—¿A nosotros? —Luis sufrió un vuelco en el estómago. Bebió un trago de cerveza.

—Sí… Lo nuestro no puede seguir. Nada puedo darte, nada puedes darme —hablaba ella en pequeñas frases rápidas y cortantes—. A nadie he amado y estoy segura de que a nadie amaré tanto como a ti. Pero hay algo más que nosotros. Nuestro destino. Por desgracia, los nuestros son opuestos y nunca habrán de juntarse. No soy lo que tú imaginas…

—Me gustas como eres —interrumpió él.

—No, Luis. Te has formado un concepto erróneo sobre mí. Yo he contribuido a que así fuera porque nunca tuve valor para confesarte lo que traigo dentro. Mi ambición es más fuerte que mis sentimientos. Aun amándote, debo dejarte. Sacrifiqué mi virginidad porque me estorbaba para llegar a donde quería. Sacrifiqué a nuestro hijo…

Luis recibió la última frase a mitad de los ojos. Sintió rebotada su cabeza y como si toda la sangre de su cuerpo se le escurriera hacia el exterior, dejándolo vacío, muerto. Olga había comenzado a llorar. Se rehizo:

—Sí, maté a nuestro hijo, porque me estorbaba. Esto nunca lo supiste; juré que nunca lo sabrías. Ahora debo decírtelo. Fue al poco tiempo de haberte conocido. Me dejé embarazar como una tonta. Tres

meses, Luis, trayendo eso dentro de mí. De haber nacido hubiera sido el fin de mi carrera, que aún no comenzaba. Vi a un médico; me cobró doscientos pesos, pero me salvó. Quedé inservible, estéril; bagazo de mujer, madre frustrada. Aunque no me lo creas, aunque te horrorices al escucharme, amaba aquel hijo porque era tuyo; porque eran tu sangre y la mía; porque lo engendramos con amor. No obstante, más que el hijo, me interesaba mi trabajo… Soy una asesina, una perra sin sentimientos. No necesitas decirlo. Lo reconozco. Y si lo hice, ¿por qué fue? Ese hijo era mi ruina y no vacilé en echármelo fuera. ¿Comprendes ahora?

El violinista se había alejado y ellos no lo notaron. Luis sentía la cabeza como trompo. La cerveza se le antojaba insípida. Tenía las manos frías y la piel del vientre estremecida, no sabía si de asco o de furia.

Olga continuó:

—Conocí a Lemus. Él me dio, en lo material, lo que ningún hombre me había ofrecido. Me lo dio sin exigir nada. Entre ambos sólo existe una amistad de hermanos. Sé bien que esto te parecerá increíble. Pero así es. Me tiene sin cuidado lo que pienses tú o el resto de la gente. Lemus, lo reconozco, está enamorado de mí y me brinda su ayuda, su fuerza económica. No soy su amante. Gracias a él he triunfado. Pero el triunfo definitivo está lejos. El camino por seguir es más largo de lo que uno cree. Necesito toda mi voluntad y mi vocación para recorrerlo. Tengo veintiseis, casi veintisiete años y cada día que pasa significa mucho. Lemus es mi carta definitiva. Ahora estoy en un dilema: o él o tú… Quiero que me comprendas y que me ayudes. Tú eres, Luis, lo único limpio y noble que he tenido. Él es lo único sólido y práctico. Debo escoger…

—No es necesario que titubees, Olga —habló Luis Arvide, roncamente—. Permíteme, como siempre, aconsejarte. Yo, en efecto, te ofrezco sólo cariño; algo que, después de todo, no puede venderse o usarse…

Olga protestó vivamente, llorando:

—No es eso, Luis. No lo digas…

—Lemus es un hombre cotizado. Un cheque en blanco, que puedes cobrar cuantas veces quieras. Él es la seguridad; yo… ¿qué soy yo? Un don nadie. ¡Tu carrera, Olga Lang está por encima de mí y de todos! No me ofende lo que has dicho. Admiro, sin embargo, tu coraje, tu decisión. ¡Haces ahora conmigo lo que yo te obligaría a hacer con algo, o alguien, que significara obstáculo, retraso!

Pidió la cuenta; pagó y salieron. Olga, desesperadamente, se aferraba al brazo de Luis.

—Perdóname, vida mía…

—Nada tengo que perdonarte. Antes que nadie, tú. Ojalá y yo tuviera tu temple, Olga. No soy más que un pobre sentimental.

Ella le pidió que la llevara a su apartamento. Rodó el auto por Insurgentes, torció por una calle transversal hacia Reforma y cinco minutos más tarde frenaba ante la casa de Olga. Se miraron a los ojos. Ambos estaban llorando. La muchacha, en un sollozo, se apretó contra el pecho del hombre.

—¡Perdóname…! —gimoteó.

Notaron entonces que el Cadillac rojo estaba allí, a unos cuantos metros. Luis, abreviando, quiso bromear:

—Cuando lloras te pones fea. ¡Anda, a dormir!

Olga se limpió la cara llena de lágrimas y besó profundamente la boca de Luis Arvide. Éste puso en marcha el motor, con los ojos fijos en el parabrisas.

Ella vio alejarse el cochecito. Permaneció en el quicio, antes de entrar, hasta que las luces rojas —luces rojas del tren de su recuerdo— se mezclaron con otras anónimas luces rojas.

IV

Lemus y Rolando Vidal llegaron cuando Olga terminaba sus ejercicios de dicción. Vestía pantalones oscuros y una camisa marinera de lana azul. En un platillo vacío las canicas que le llenaban la boca y acompañó al maestro a la puerta.

—Es una chica admirable —comentó Lemus.

—Sí que lo es —convino Vidal, extendiendo en el suelo, en semicírculo, media docena de apuntes de vestuario para la película que Olga comenzaría a filmar la semana siguiente.

Saltando alegremente, Olga regresó a la sala y preguntó si los caballeros no deseaban beber una copa. Ambos dijeron que no. Vidal la tomó de la mano y la obligó a que se sentara junto a él.

—Quiero que veas esto —tuteándola, mostró los apuntes—. Si alguno te disgusta lo cambiamos, aunque creo que no ocurrirá. Son de lo mejor que he hecho…

—¿Te agradan? —indagó Rodrigo.

Olga alzó los ojos y sonrió. Lemus estaba de pie, a su lado:

—Son divinos, perfectos…

—Difícilmente, un artista encuentra a una mujer de buen gusto. Especialmente a una estrella de cine —sentenció Vidal—. Las estrellas creen que, por serlo, tienen derecho a vestirse mal. Esto es sólo privilegio de los elegantes. No sé quién lo ha dicho antes que yo, pero es cierto. Tomemos, por ejemplo, a esa muchacha nueva: María Félix. Es bella, qué duda cabe. Pero no sabe vestirse. Le hace falta un consejero…

Olga Lang sonrió otra vez. Le agradaban las paradojas de Rolando Vidal. Aquella tarde estaba particularmente guapo. Sus ojos azules, sus rasgos aristocráticos, su boca amplia y carnosa, sus largas manos finas, eran de su completo agrado. Muy en lo íntimo halagaba su vanidad saberse la estrella favorita de Vidal. Desde su primera película él había diseñado sus trajes. El buen gusto, la elegancia y la sencillez de éstos fueron subrayados por la prensa. «Una mujer —

había dicho su modisto— debe ser tan refinada al vestirse como al desvestirse. En ambos casos hay arte».

—Las telas llegaron esta mañana —añadió—. Beatriz las cortará el jueves. Y me temo, *darling,* que tendrás que ir, muchas veces, a las fastidiosas pruebas. Tienes fama de mujer elegante. La fama es responsabilidad y la responsabilidad es tuya —metió los dibujos dentro del cartapacio y se despidió—. El viernes vendré por ti para que vayamos con la costurera. *Au revoir…!*

Y haciendo una graciosa caravana se fue. Al quedarse a solas, Lemus sintió deseos de beberse un trago. Olga llamó y Many trajo agua mineral y cubos de hielo. Del pequeño bar sacó el frasco de Bohemia que contenía legítimo whisky escocés, adquirido por el productor a precio de mercado negro.

—¿Contenta? —preguntó mientras bebía.

—Sí, pero cansada —con los ojos cerrados, apoyó la cabeza en el respaldo del sofá. El pelo color caoba cayó como un telón de lumbre.

La tranquilidad había vuelto al espíritu de Lemus. Los meses anteriores habían sido de incertidumbre. Su situación dentro de la empresa continuaría en suspenso mientras el licenciado vacacionaba en Florida, como huésped de los J. P. Morgan. Durante varias semanas dos auditores enviados por Guillén estuvieron revisando los libros del negocio. El informe que rindieron parecía favorecer a Rodrigo, pues don Federico dejó las cosas por la paz. La víspera de su partida lo llamó para decirle que preparara un vasto plan de producción para el año próximo. Había hecho arreglos con Emilio Azcárraga para construir una cadena de cines en toda la ciudad, y unos estudios en Churubusco, y necesitaría mucho material de estreno. Rodrigo se tranquilizó más aún, porque su jefe parecía haber olvidado a Olga. Fortalecido, seguro, Lemus salió de la conferencia con la cabeza alta y el paso firme.

Su situación había mejorado. Guillén era un tipo sin pelos en la lengua, a quien se podía engañar una vez, pero dos no. Al entrar a su despacho, el productor temía lo peor; por ejemplo, que los fiscales hubieran notado ciertas irregularidades en la forma en que Lemus manejaba la empresa. De haber sido así, de existir la más leve sospecha en su contra, el ogro lo hubiera fulminado. Y ocurría lo contrario: robustecía su personalidad de gerente, retirando a los sabuesos y pidiéndole que preparara la maquinaria.

Cuando Rodrigo le relató los pormenores de su entrevista con Guillén, Olga compartió su alegría. Quebrantando su costumbre de permanecer alejada de la gente, accedió a festejar las buenas noticias en El Patio. Bailaron y bebieron hasta el amanecer. Al día siguiente, muy temprano, Lemus le llevó media docena de argumentos para que

escogiera el que más le gustara. Empleó las horas de la mañana leyéndolos y apartó dos.

Él llegó a mediodía. Parecía haber rejuvenecido veinte años. Nunca lo vio tan optimista:

—Será un año de oro —su gusto era contagioso—. Un año perfecto para ti: te consagrarás como la máxima estrella del cine. Tendremos competencia: los ricos de guerra están invirtiendo su dinero en películas. Poseen millones, pero no experiencia. Están fabricando estrellas al vapor. Nosotros, contigo, les llevamos la ventaja…

Releyeron los argumentos que Olga había escogido. Tras un largo análisis coincidieron en que *La gran pasión* era el mejor.

—¿Quién quieres que te dirija?

—Quien tú digas…

—¿Qué tal…? —titubeó, buscando un nombre—. ¡Ya está! Manuel Jiménez…

Olga hizo un gesto. ¡Manuel Jiménez! Su memoria retrocedió a los primeros años de su carrera, en los días en que él la hizo su amante a cambio de ayudarla. Alzó los hombros:

—No me gusta; es frío…

—Pero barato. Es bueno, tan bueno casi como Julio Bracho. Además, podemos conseguirlo por cuartilla. Su mujer se divorció de él y le hizo un ambiente adverso. Hace meses que no filma y anda muriéndose de hambre…

—No me gusta. ¿Alejandro Galindo?

—¿Alex? No. Es demasiado afecto a «proteger» a las principiantes. Te descuidaría, por atender otras cosas.

Lemus buscó en el archivo de su memoria otros nombres. Había muchos, pero ninguno le parecía lo suficientemente bueno para Olga, ni siquiera Enrique Vértiz, con quien trabajó en *La dama del llano.* Por fin pareció encontrar uno:

—Hay alguien con mucho talento: el Indio Fernández…

—¿Aquel actor malo y feo?

—Él mismo. Como director puede dar mucho. Tiene madera, sensibilidad, buena memoria, pero no cultura. Él y Gaby Figueroa… Sin embargo —pensativo se oprimía el labio inferior—. Para dirigirte le falta madurez…

No podían arriesgar un millón de pesos con un director novel. Casi al mismo tiempo dijeron:

—¿Qué tal Fernando de Fuentes?

—¡Eso era! Fernando de Fuentes era el indicado: poseía talento, originalidad, madurez, responsabilidad profesional. En cuanto al Indio, podría tenerlo en reserva para más adelante.

—¿Y el galán?

—Por eso no te preocupes. Pedro Armendáriz da el tipo y tiene público. Además —añadió maligno—, se lo quitaremos a Lola Rico, que lo impone en todas sus películas.

V

Quince días más tarde, Olga recibió una tarjeta fechada en Miami, con una sola palabra escrita: «Recuérdela» y por firma una F mal dibujada.

Sonrió y la guardó en un cajón.

I

—¡Fue una marranada; una cochina porquería! —chillaba Teresa.

Olga miró el recorte de periódico: una fotografía a dos columnas reproduciendo la imagen de Edmundo Sisler el día de su boda con Rosaura Osorio. Leyó el pie: «Todo un acontecimiento social fue el matrimonio de la bella señorita Osorio con el distinguido caballero Edmundo Sisler, pertenecientes a nuestras mejores familias. La señorita Osorio es la heredera del magnate Dagoberto Osorio…».

—¿No se te hace que fue una canallada?

—Sí —concedió Olga, flojamente.

—Todavía hace un mes dormíamos juntos. Una mañana empacó sus cosas y me dijo que se mudaba, porque iba a casarse. Era lo que él buscaba: una mujer rica con la cual dar el braguetazo. ¡Ah! Pero voy a hacerle un escándalo, voy a cobrarme lo que me hizo…

—No creo —trató Olga de apaciguarla— que consigas nada con el escándalo. Edmundo encontró lo que quería y debes dejarlo en paz. Es mejor para ti. Ahora él tiene dinero. Los Osorio son influyentes y puestos a pelear te ganarían, Teresa.

Aceptó ésta que su amiga tenía razón. Durante unos minutos continuó hipeando. Después sonó sus narices ruidosamente. Tenía el rostro demacrado y sin pintar; bajo los ojos, dos bolsas violáceas. Se pasó la lengua por los ásperos labios blanquizcos.

—¿Tienes un trago de alcohol que me regales? —imploró.

Olga llamó a Many y ésta preparó un *high ball* bien cargado. Teresa lo paladeó lentamente.

—De esto —dijo— ya no se bebe en cualquier parte. Cuesta mucho; es lujo de ricos…

—Yo no soy rica, bien lo sabes…

—Pero tienes trabajo y un amigo rico que te da lo que necesitas.

—Lo que ves aquí es todo mío. Lo compré con mi propio dinero. Y no tengo ningún amigo —la voz de Olga era dura, casi brusca.

Teresa sacó un cigarrillo de la caja de plata colocada sobre la

mesa y leyó la marca. Comentó con un retintín de sorna:

—¡Y Chesterfield!

Las manos le temblaron cuando, con el encendedor niquelado, pegó fuego al cigarro. Arrojó el humo y miró distraídamente la bella lámpara que pendía del techo estucado.

—¿En dónde vives ahora? —averiguó Olga.

La cabeza de la otra cayó, pesadamente, sobre su pecho. Sus ropas eran pobres y contrastaban con la suntuosidad de la bata de Olga.

—En un chiquero. Allá por nuestro barrio. ¿Recuerdas?

—Sí —Olga desvió la conversación. Le repugnaba volver los ojos al pasado; a los negros días siniestros del principio.

—Nada ha cambiado. Los mismos hombres, las mismas mujeres, sólo que un poco más viejos. Volví a la mugre. Tú —curioseó en torno — saliste de ella; tu jaula, al menos, es limpia.

La conversación comenzaba a molestar a Olga Lang y deseó que Teresa callara o se fuera en el acto. Dejó descansar su barbilla sobre la palma de su mano.

—¿No has visto a Luis?

Olga se incorporó violentamente. Miró, sorprendida, a Teresa; pero dominó, sin esfuerzo, la emoción que aquel nombre, así tan de repente pronunciado, le causara:

—No. ¿Y tú…?

—Hace una semana. Ha cambiado. Se ve como más hombre, más duro. Embarneció. Aunque bebe un poco, parece irle bien. Vive con una mujer y tienen un hijo. Nunca he podido comprender por qué lo dejaste.

Suspiró Olga y evitó encontrar, frente a los suyos, los ojos turbios de su amiga.

—No tuve otro remedio —quiso disculparse—. Él lo comprendió. ¿Y qué hace? Digo, aparte de su trabajo en el periódico.

Vertió Teresa más licor dentro del vaso, hasta casi mediarlo. Lo apuró, sin agua, sin prisa, arrellanada en el sofá.

—Acaba de ganar no sé qué concurso con una novela. El día que lo vi prometió regalarme un ejemplar. ¡Muy mono de su parte! Sobre todo, sabiendo que a mí no me gustan los libros.

Cuando faltaban cinco minutos para las siete, Teresa se despidió. En la puerta susurró, apenándose:

—Ando muy mal de dinero, Olguita. ¿No podrías prestarme…?

—¿Cuánto necesitas?

—¿Sería mucho… doscientos pesos?

Olga fue a su recámara y volvió con un rollito de billetes en la mano:

—Sólo tengo cien. Tómalos —se los tendió.

Teresa hizo ademán de besarle las manos, pero Olga las retiró casi violentamente:

—Anda, no es nada.

—Te los pagaré pronto. Me han ofrecido papel en una película. Ahora sí pienso trabajar en serio.

Olga le deseó la mejor suerte del mundo. Cuando la otra se fue, al fin, respiró aliviada. En la mesita buscó el encendedor para fumar. No estaba allí. Llamó a Many y entre las dos miraron debajo y detrás de los muebles. La sirvienta recordó:

—La señora que estuvo con usted lo tenía en la mano. Yo lo vi.

Olga alzó los hombros:

—Está bien, Many.

Teresa llegó al Paseo de la Reforma. Junto al restaurante Chapultepec se alzaba la estructura metálica de un hotel en construcción. Por las calzadas bordeadas de álamos y fresnos deambulaban, sin rumbo ni apremio, algunas prostitutas solitarias. Sintió por ellas un poco de lástima. Cerca del Ángel de la Independencia volteó para ver quién la seguía. Era un hombre vestido de oscuro. Decidió retrasarse para, bajo la luz de cualquier farol, mirarle la cara.

—¿La acompaño? —produjo una voz, ya muy cerca, a su espalda.

Aminoró el paso y la voz marchó a su lado. Pertenecía a un joven, casi adolescente, que le sonrió con timidez. No usaba corbata.

—Gracias, criatura…

Más animado, el joven quiso tomarla del brazo:

—¿A dónde tan solita?

—¡Qué sé! ¡A ninguna parte!

—Este… —la voz se quebró en un titubeo— ¿le gustaría que fuéramos allí… usted y yo?

Teresa se detuvo y lo miró tristemente. La pálida luz de un arbotante pegaba en los rasgos confusos de la cara del muchacho, que tragó saliva.

—No, hijo; no quiero hombre, quiero alcohol…

Le palmeó suavemente una mejilla y continuó su camino. El muchacho se alejó en sentido opuesto. «Soy una putita cualquiera», pensó con amargura. Apresuró el paso. ¡Qué caray! Traía dinero: cien pesos flamantes. Gramo y medio de paraíso.

Llegó al Reforma y bajó al bar. Ocupó una de las altas sillas en un extremo de la barra. Uno de los meseros le hizo señas, Teresa guiñó el ojo. El otro le indicó con la cabeza que entrara al reservado. ¡El

mismo misterio evidente! La transacción se consumó sin dificultad.

Una rubia con cara de caballo vomitaba verde cuando Teresa entró. Cerró por dentro la puerta del excusado. De su bolsa sacó gotero, liga, aguja y corcholata. Con un poco de agua, extraída de la taza, preparó la dosis de droga. Se levantó la falda hasta la ingle.

Sentíase infinitamente mejor cuando salió. Le sobraba dinero para beber un trago más. Pidió habanero puro. De un golpe apuró la copa y la tendió de nuevo.

—¿Traes dinero? —preguntó el hombre de la filipina blanca, al otro lado de la barra.

—Claro. ¡Échame otro!

Colgó de su labio un cigarrillo. Junto a su cara surgió una llamita azul. Encendió y dio las gracias. Un hombre gordo, con tejano a mitad de la cabeza, la invitaba a beber whisky. Pidió la botella.

—Sabe usted —dijo con bronco acento norteño— yo no soy de aquí. Es la primera vez que vengo a la capital. Estoy solo y tengo ganas de correrla… ¿Qué le parece si empezamos?

—¡Me encanta! —una tibia lasitud se distribuía ya por todo su cuerpo.

Abrió los ojos y no pudo reconocer el sitio. Junto, roncaba aquel horrible sujeto que conociera en la cantina del Reforma. Toda la noche, por lo menos hasta donde ella recordaba, le había estado hablando de su rancho ganadero de Durango y de los miles de pesos que se embolsaba enviando sus reses a los Estados Unidos. Permaneció sin moverse durante un cuarto de hora. Tenía pereza y ganas de orinar. Se levantó y advirtió que estaba desnuda. A tientas buscó la puerta del baño. Era un cuarto de baño de hotel. Pero ¿de qué hotel? Su memoria había dejado de funcionar en Leda. Debía estar amaneciendo. Estuvo sentada, con la mente en blanco, mucho rato. Por fin resolvió irse cuanto antes.

Volvió al cuarto de puntillas. A tientas se puso la ropa. El saco y los pantalones de su amigo colgaban de las sillas. Se aproximó a la cama. El aliento del hombre era insoportable. Su respiración, acompasada y obesa.

Teresa exploró todos los bolsillos. Dum, dum, dum, golpeábale el corazón. Sus dedos tropezaron, por fin, con la cartera que había visto, varias veces durante la noche, repleta de billetes. La tomó y se la echó al seno. Salió a la claridad lechosa del amanecer, sin hacer ruido.

II

La gran pasión se filmó en el tiempo previsto. Para Olga aquellas seis semanas de intensa actividad, que tuvieron el aliciente de un viaje maravilloso al Istmo de Tehuantepec, fueron las más espléndidas que hasta entonces había vivido. De Fuentes era un buen director y estimulaba trabajar con él. Se hicieron bastante amigos y recibió de sus labios magníficos consejos para su carrera. Lemus, por sus ocupaciones, no pudo permanecer todo el tiempo del rodaje en las cercanías de Juchitán. Sin embargo, tomando el avión muy temprano los sábados —a pesar de la lucha constante por obtener prioridades— pasaba con ella hasta el lunes en que, muy de mañana, retornaba a México, a tiempo de reanudar su trabajo.

Sin dificultades transcurrían las escenas. La historia agradaba a Olga y la compañía de los actores, de los muchachos del *staff,* de los extras, producía en su espíritu un efecto vivificador. Por las noches, después de cenar en el pequeño hotel en que se alojaban, daba un corto paseo por las calles del pueblo. Las últimas veces, acompañada de uno de los galanes: el joven, ambicioso, guapo, Rubén Miranda. Un columnista de cine, Carl-Hillos, publicó en México la noticia de que se veía con sospechosa frecuencia juntos a la señorita Lang y Miranda, y al día siguiente recibió ella un telegrama de Lemus recomendándole cordura y exigiéndole una satisfacción. Ella telegrafió, en respuesta, que la nota era falsa. Para obviar mayores dificultades desistió de salir más.

En una de sus visitas, Lemus llevó consigo a un escritor local. Su nombre era Andrés Henestrosa.

—Nadie como él —había dicho Rodrigo— conoce mejor las cosas típicas de su tierra…

Ambos permanecieron dos días, como de costumbre. Llegó el momento de partir y toda la compañía abordó los aviones que Guillén había enviado a Ixtepec. Tres horas más tarde, Olga Lang tomaba una ducha caliente en su apartamento, Lemus había preparado bebidas y

brindaron por el éxito de la película.

Faltaban únicamente once escenas para terminarla. En el set había una atmósfera de adioses. En lo íntimo, Olga sentía pena de separarse de aquellas gentes, de aquellos inigualables camaradas que tanto la habían confortado durante las semanas que vivieron juntos. Rolando tenía todo listo para ofrecerles un pequeño agasajo y un regalito personal, a nombre de la señorita Lang. A Lemus, ese gesto le parecía barato, de mal gusto, impropio de una artista de su categoría.

Mientras se preparaba la siguiente escena, supo Olga que uno de los electricistas iba a ser padre esa noche. Al chico le decían Polilla y le era simpático. Repentinamente se sintió impulsada a ayudarlo.

Lo encontró trepado en el andamio, arreglando unas luces. Le hizo una seña para que bajara.

—¿Cómo está su señora, Polilla! —preguntó sencillamente.

Polilla era muy joven y, según recordaba Olga, había contraído matrimonio cuando hacían *La dama del llano*.

—Bien y mal, señorita; según… Pero, parece que hoy saldrá de su cuidado.

—Pues, lo felicito. Venga conmigo —dijo, mientras se dirigía, seguida por él, hacia el camerino.

Olga experimentaba un regocijo increíble por lo que iba a hacer. Le indicó que se sentara sobre una de las sillas forradas de cretona color naranja. Polilla, tímidamente, obedeció quitándose la boina vasca.

Hurgó ella en su billetera. Polilla, con la vista baja, no se había movido. «Pobre muchacho», pensó. Luego, volviéndose, ensayó una ancha sonrisa amiga:

—Con esto —puso en sus manos un billete verde, de 500 pesos— cómprele un regalo al niño… Por favor, acéptelo. Es algo que hago de todo corazón…

Por un instante Polilla no supo qué hacer o qué decir. Olga lo acariciaba con una sonrisa llena de ternura. Desde que había revelado la verdad a Luis, desde que le contara cómo sacrificó al hijo de ambos, los pequeños problemas de gentes como Polilla la conmovían, produciendo en ella un afán de ayudarlas, de remediar lo que en su propio caso era irremediable.

Polilla tomó el billete y lo guardó, profundamente, en la palma de su mano.

—Gracias, señorita. ¡Es usted muy buena…!

Olga quedó un minuto a solas en el camerino. No impedía que goterones calientes le escurrieran de los ojos. Se sonó con un Kleenex. «Eres una estúpida sentimental.» Nudillos discretos golpearon la puerta:

—¿Lista, señorita Lang?

Terminada la última escena, Olga agradeció a todos la espléndida colaboración que le habían dado e hizo votos porque en el futuro pudieran ser más amigos. Fue el suyo un pequeño discurso conmovedor.

Lemus llegó cuando se lanzaba el último ¡viva!, en honor de Olga. Se tomó una copa y brindó con todos.

Rolando Vidal regresó a la ciudad con ellos. Rodrigo había dado al chofer la dirección de Cassino, un modesto restaurante de Insurgentes, que anunciaba como platos del día ravioles y pizza.

Después del café, Lemus comenzó a hacer planes para la próxima película de Olga. Ésta era de opinión que lo mejor sería esperar un poco, para que pudiera tomarse unas vacaciones. Pero él rebatió, vivamente:

—No tienes tiempo de descansar ahora. Todo el año será de intenso trabajo. Hay cuatro películas más planeadas para ti. ¡Las de tu consagración…!

Ella escuchó sin rebatir. ¡Muy bien, si así lo quería Lemus! Haría cuatro o veinte películas. Con mucho tacto, Vidal cambió de tema y al minuto siguiente los tres se encontraron festejando los chascarrillos del día.

—¿Saben el último de don Federico? ¡Pues que va a ponerle casa a las once mil vírgenes!

Fue Rodrigo Lemus el único que no lo festejó; el único que no le encontró la gracia.

III

El encargado del hotelucho les dijo que la mujer que buscaban vivía en un cuarto del segundo piso.

—En el 17. La tercera puerta a la izquierda.

Los dos sujetos de sombrero tejano y abrigo oscuro, treparon los peldaños de tres en tres. Golpearon la puerta del 17.

Teresa abrió los ojos. «¿Quién será a esta hora?» Un transparente deteriorado velaba a medias la luz que entraba por la ventana. Los golpes se hicieron más fuertes. Sin ponerse ni la bata saltó de la cama y entreabrió la puerta.

Uno de los hombres, con el pie, empujó la hoja de pino pintada al aceite.

—¿Es usted Teresa Mallén? —latigueó su voz bronca.

—Sí.

Su compañero la apresó por la axila:

—¡Zas! Venga con nosotros… ¡Servicio Secreto! —fugazmente rebrilló una placa.

—¿Por qué? ¿A dónde? —tartamudeó ella. La boca se le secó.

—Ya lo sabrás, jovencita…

Sólo le permitieron que se pusiera un vestido. Sin abrigo ni bolso, sin peinarse siquiera, la hicieron bajar a empellones. La puerta del cuarto quedó abierta.

El encargado preguntó quién le iba a pagar el alquiler de ese día.

—¡Que te lo pague el gobierno!

La enlataron dentro del auto negro, donde aguardaba otro individuo. La sentaron atrás, entre los dos. En el trayecto uno de los hombres quiso manosearla y ella se resistió. Le zumbaron un manazo a mitad de la cara.

—¿Conque muy decentita, no? Todas ustedes son iguales, ¡pero ya te daremos pa'dentro!

Teresa comenzó a llorar y a implorarles que la dejaran, que todo debía ser una equivocación, que ella no le había hecho daño a nadie.

—Ni modo, cuatita. Te andamos buscando desde hace una semana. ¡Qué bien te habías escondido, eh!

—¿Ya te gastaste todo? —interrogó el que manejaba.

—¿Qué, señor?

—No te hagas pendeja: lo que le robaste al bartolo que te midió el aceite… Aquel que levantaste del Reforma. ¿Te acuerdas?

Sintió Teresa que todos los músculos se le aflojaban. Cerró los ojos y trató de buscar una coartada. Casi sin darse cuenta dijo:

—Yo no he dormido con nadie…

—¿A poco eres virgo…?

—De veras, señor…

—Mira, no te hagas como yo era antes. No te hagas pendeja. El tipo dio tus señas, en la cantina te recuerdan y la cosa se ha puesto fea. ¡Por mil pesos el maje hizo un escándalo, y ahora debes joderte!

La llevaron a la Jefatura de Policía, la interrogaron en la guardia de agentes y, al fin, tuvo que confesar. Antes de que la condujeran a uno de los separos, escuchó que la enviarían a la Penitenciaría.

IV

No fue sino hasta que terminó *Conflicto moral*, cuando Olga pudo planear, en serio, unas vacaciones. A última hora sobrevinieron algunos líos y Lemus no la acompañó a Acapulco. En su lugar, como chaperón, fue Rolando.

Rodrigo, sin embargo, la llevó al aeropuerto. La víspera, Olga había comprado un ejemplar de la novela de Luis Arvide, que pensaba leer durante los días siguientes. A las 7:30 los altavoces anunciaron la partida inmediata del avión que salía hacia Acapulco.

Lemus le besó ambas mejillas y agitando de lejos la mano le deseó buena suerte, mientras el bimotor devoraba veloz la amplia pista central.

Dos minutos más tarde, el avión se perdía en la neblina gris y espesa, suspendida sobre el Valle.

Con su lima de uñas, Olga Lang abrió las páginas del libro. Sacó sus lentes y se dispuso a leer. El suave ronroneo de los motores era un calmante para sus nervios. Aquel viaje le era ya tan necesario como dormir y comer. ¡Lo había deseado tanto! En los últimos ocho meses trabajó en tres películas que, para su fortuna, habían sido grandes *hits* de taquilla. Su nombre comenzaba a cotizarse fabulosamente. Los periódicos hablaban, día a día, de su persona, de sus proyectos. Unos la reputaban extraordinaria actriz; otros, los que recibían menos dinero, apenas le concedían que era bellísima. Olga misma, sin pecar de presunción, estaba más de acuerdo con los segundos que con los primeros. Sabía que aún necesitaba tiempo, experiencia y práctica para ser una gran trágica.

Y su vida sentimental, ¿qué había sido? Desde que terminó con Luis resolvió no volver a inquietarse por ningún hombre. Se consagraba a su trabajo; no daba tiempo a que sus pensamientos se manifestaran, recordándole que era mujer, que era joven y que había algo más que la gloria y la fama. Incluso había podido dominar sus apetitos, sus exigencias físicas. De su mente borró la palabra sexo,

aunque para lograrlo no necesitó hacer un inaudito esfuerzo. Abrió el libro.

Con grandes letras amarillas, sobre un fondo azul marino, leyó el título: *La mujer infinita.* Dio vuelta a las páginas y llegó al primer capítulo. Sus ojos se clavaron en los caracteres negros. Le pareció, a medida que los recorría ávidamente, escuchar una voz idéntica a la suya, que relataba:

«Lo vio zafarse los lentes de gruesos aros de carey. Así, vista desde abajo, en escorzo, la gorda cara parecía no tener boca. Sólo agujeros que respiraban y veían. Movió la cabeza:

»—Está usted embarazada —dijo el médico.

»Ella apoyó el codo en el viejo hule descarapelado de la mesa. "Era eso. Sólo eso podía ser", confirmó, y permaneció así, con la boca abierta y sin palabras.

»—¿Se decide? —Era, la del médico, una voz melosa, redonda, que olía a medicinas, a dientes amarillos, apenas entrevistos. Ella volvió a tenderse. Cerró los ojos. Experimentaba una grata sensación de soledad. Iba a preguntar si no había otro remedio. "No lo hay", se dijo casi instantáneamente.

»Él pareció adivinarlo:

»—Será fácil. Dentro de una hora —tronó los dedos— estará usted como nueva…»

No pudo seguir. De sus manos resbaló el libro y cayó, abierto, a sus pies. Estaba pálida, temblorosa, con la boca seca. Rolando Vidal, al mirarla, se alarmó.

—¿Te sientes mal? —solícito, con su pañuelo secaba el sudor que fluía de la frente de Olga.

—No es nada —movió la cabeza—. ¡Quizá la altura!

La sobrecargo le llevó una taza de café. Olga lo bebió lentamente, pensando en otros días, cuando era, tal vez, más feliz que ahora. Por fin, a lo lejos, bajo un sol de espanto, apareció la raya azul del mar.

V

—¿No tienes algo de comer que darme? ¿O un trago?

En el rostro de Teresa habían dejado su huella profunda los meses pasados en la cárcel. Su delgadez amarillenta impresionó a Olga. Bajo los ojos, los párpados colgaban amoratados y repugnantes. La piel del cuello era una sucesión de arrugas. Los brazos producían lástima, lo mismo que la ropa y los zapatos sin suelas. «Parece una mendiga».

Olga llamó a Many. Le ordenó que preparara algo de comer para la señorita. La negra miró compasivamente a Teresa.

—¿Tienes trago? —en la mirada de Teresa había una imploración dolorosa.

Trajo Olga el frasco de whisky y un vaso. Su amiga lo llenó hasta los bordes y lo bebió sin respirar.

—¡Caray! —suspiró, convulsionada por un acceso de tos.

—¿Quieres un cigarro? —Olga le ofrecía, abierta, la tabaquera de plata.

Tomó uno, lo olió y lo acercó a la flama del ventrudo encendedor.

—¡Chesters…! Allá no llegué más que a Faros, cuando había —se le arrasaron los ojos de lágrimas—. Allá… la vida es horrible, Olguita. Pero me sirvió de mucho. Me curaron el vicio. ¡Ocho meses sin probar la droga! Al principio quise matarme —se desnudó el brazo izquierdo: en la muñeca había dos profundas cicatrices—; me corté las venas con un vidrio. Los doctores me salvaron, sin entender que yo quería morir. Ni un toque, ni un trago, ni un macho en todo ese tiempo. Comparada con otras, no me fue tan mal. A veces tenía que hacer porquerías con las celadoras, pero no por gusto, sino para que me dieran un poco más de pan…

Olga no podía reprimir la sensación de asco y molestia que le producía la presencia, en su casa, de una mujer así. En el fondo se alegraba de que la vida la hubiera tratado con tanta rudeza. «Ella se lo

buscó», se dijo malignamente. Pensó darle bien de comer, obsequiarle unos pesos y no dejarla volver nunca más.

Many reapareció, anunciando que la comida de la señora estaba ya servida en el desayunador. Teresa llenó, por tercera vez, su vaso:

—¿No te importa, verdad?

—Claro que no, Teresa. Toma cuanto quieras…

Como un perro hambriento se echó sobre la comida. Media hora después no quedaban ni las migajas. Olga la observaba profesionalmente, estudiando sus gestos, sus ademanes, sus reacciones, y guardando todo en el archivo de la memoria por si algún día necesitaba representar un personaje semejante.

—¿No lo has visto? —preguntó Teresa, con la boca llena de jamón.

—¿A quién?

—A Luis.

—No.

—¿Lo sigues queriendo?

Titubeó Olga un poco:

—No lo creo. Quizá nunca lo quise. De haberlo amado, no lo hubiese abandonado.

—Cuando estuve allá, intenté comunicarme con él. Me fue imposible. Hace una semana fue a la Peni a hacer un reportaje y me encontró. Habló con no sé quién y consiguió sacarme. Me dio unos pesos…

—Siempre ha tenido buen corazón —convino Olga, fríamente.

Volvieron a la sala. Teresa dejó caer su cuerpo sobre el sofá.

—Quiero irme a Panamá. Allá, dicen, se puede trabajar. Hay dinero. Tú sabes, con tanto soldado gringo…

Por dos veces más, después de la comida, colmó Teresa de fino whisky su vaso. Cuando comenzó a oscurecer estaba ebria y rompió a llorar, como agitada. Olga, sin disimulo, dijo que esperaba una visita. Su amiga comprendió:

—Siempre he sido una latosa… Ya me voy —se levantó, avanzó hacia Olga y reclinó la frente en su hombro—. No tengo dinero, Olguita. Ni un centavo para amanecer…

—Yo te daré algo. Anda…

Le entregó un billete de cincuenta pesos, deseando que le sirviera de algo.

—¿No podías dejar que me quedara aquí, esta noche al menos? —imploró Teresa—. Sería tu criada, tu… tu…

Olga se endureció:

—Es imposible. Lo siento de veras…

Teresa apenas podía tenerse en pie. El whisky era demasiado

fuerte y fino para que su extrema debilidad lo resistiera sin embriagarla.

—Eres muy buena —agradeció. Tomó las manos de Olga y las besó. La señorita Lang permaneció inmutable—. Muy buena y ojalá y Dios te dé más…

VI

En torno a la mesa de nogal se agrupaban hasta doce hombres. Lemus, después de ponerse los lentes, carraspeó y comenzó a leer.

—Informe que la gerencia de la Filmadora rinde al consejo de administración…

Mientras leía lentamente, los consejeros fumaban, dormitaban o hacían garabatos en los bloques de papel colocados ante ellos. Una a una, en regulares intervalos de diez minutos, Lemus volvía las páginas del informe. La situación que se presentaba era buena, en términos generales. Las dos últimas películas de Olga Lang, aunque de escaso éxito económico, hacían merecido el honor de ser postuladas para el premio anual de la Academia. Rodrigo insistió varias veces en este punto.

—La competencia —explicó al final— se ha intensificado grandemente; pero, sin temor a equivocarme, puedo asegurar que la Filmadora marcha a la cabeza de las compañías productoras mexicanas. Es más, la gerencia tiene proyectadas dieciocho cintas para el año próximo…

Uno de los consejeros carraspeó: era un hombrecillo de reluciente calva. Alzó la mano, señalando con el índice:

—Es usted muy optimista, señor Lemus…

Rodrigo se puso en guardia. Aquel hombre que hablaba desde el otro extremo de la mesa, era peligroso y se le mencionaba como la eminencia gris, en cuestiones financieras, de don Federico.

—¿Por qué?

—Su informe, si nos ponemos a estudiarlo con detenimiento, revela, primero, superficialidad —hizo una pausa para comprobar el efecto de sus palabras. Las otras once cabezas, imperceptiblemente, se inclinaron hacia adelante, atentas— y, segundo, falta de conocimiento del negocio; inexplicable, señor Lemus, en un hombre de tanta experiencia como usted…

Lo que la eminencia gris quería decir era esto: Rodrigo Lemus

había olvidado consignar en su informe que el costo de las películas en que Olga Lang había intervenido no estaba en relación con los rendimientos de taquilla, que calificó de ridículos y pobres. Esto, para el negocio, tenía mayor importancia que saber que la Academia las había premiado con trofeos simbólicos.

—A nosotros, señor Lemus, nos interesa la taquilla, no el arte… —Con un gran esfuerzo, el hombrecillo se levantó. Apoyado sobre sus puños, dijo—: El licenciado Guillén considera que la gestión de usted al frente de la gerencia deja mucho que desear…

Del borde de la mesa se alzó un murmullo, Lemus sintió que las piernas iban a doblársele. De la cara huíale la sangre. No acertaba a comprender tan repentino cambio en la actitud de Guillén; sobre todo porque no hacía mucho el propio don Federico le había testimoniado su confianza, al autorizarlo a emprender una serie de trabajos de gran envergadura.

—Nuestros contadores —prosiguió con su misma voz monótona la eminencia gris— han entregado a don Federico un informe verídico de las pérdidas sufridas por la empresa durante los últimos quince meses. Pérdidas, señores, que llegan al millón de pesos…

Lemus quiso argüir que el cine es un negocio distinto a los otros, un negocio en el que la inversión es rápida y la recuperación lenta, pero segura. Quería hacerles entender que la política financiera que seguía era la más adecuada, pero los consejeros envolvíanse en un silencio indiferente; en un helado mutismo de desaprobación.

—Eso —la voz del calvo se hizo más fuerte— no le interesa a don Federico. Estoy autorizado por él para solicitar de usted, ante el consejo de administración, su renuncia irrevocable como gerente de esta empresa.

VII

Era una madrugada de enero. Las luces de las pistas del aeropuerto simulaban ser las de un gran pastel de asfalto. De un negro profundo, apenas se divisaban los cerros en la distancia. De la torre de control emanaba un resplandor verde.

Hasta el restaurante rebosante llegaba la música de los mariachis, atacando «Guadalajara». Luis miró el reloj eléctrico, colocado sobre una fotografía del chino Marcelino. Faltaban diez minutos para las cinco de la mañana.

—Ahora sí, ya mero —dijo Teresa por decir algo. Luego le pidió un cigarrillo, que alternó con el café negro.

En el estrecho edificio se amontonaban maletas, bultos, velices de mano. Una veintena de mujeres, acompañadas de parientes, esposos, amigos, aguardaban la orden de abordar el avión que las llevaría a la Zona del Canal. Representantes de sindicatos teatrales, con sus gruesos abrigos de invierno y los sombreros hasta las orejas, dialogaban en grupos, repartían sonrisas y buenos deseos.

—Aunque tú digas que no —declaraba Luis—, esto es trata de blancas…

—No, hombre. Somos artistas. Nos contratan para bailar en los cabarets de Colón y Panamá. Allí hay muchos gringos con lana…

Dos minutos antes de las cinco, la voz cansada pidió a los pasajeros del clipper de Balboa, que se concentraran en la plataforma internacional. El rebaño se movió apresuradamente. Se repartieron los últimos abrazos, las sonrisas finales, las lágrimas más amargas. Hubo un instante de tensión sentimental cuando los mariachis tocaron «Las golondrinas».

Teresa besó apretadamente a Luis.

—¡Gracias, Luisito! ¡Gracias por todo lo que has hecho por mí!

Conmovido, Luis devolvió el beso y le acarició la mejilla:

—No es nada, Tere… Ahora, buena suerte.

Una de las últimas en subir fue Gaby Macías, la exestrella del

cine que inició su carrera bailando desnuda en lo que ahora es el Follies y la iba a terminar en algún club nocturno panameño.

El clipper despegó cuatro minutos más tarde. Luis volvió al restaurante. Bebió dos tazas de café. Cuando subió a su auto, en el cielo se abría una rendija de claridad. Lentamente guió hasta su casa. En una esquina compró un periódico; leyó a ocho columnas:

JOSÉ MOJICA SE CONVIERTE EN FRAILE

Eructó. «Para todo hay gustos». Metió la primera. Tenía sueño. «Es una buena noticia, después de todo».

VIII

Cuando Lemus entró, Olga corrió hacia él:

—¿Conseguiste la entrevista?

—No —resopló—. Está fuera de México.

Olga le preparó un trago, que Rodrigo bebió sin darle las gracias:

—¿No afectará eso mi trabajo?

—En lo absoluto. Tienes contrato firmado y faltan dos años para que expire.

—Y tú, ¿qué harás?

Se encogió de hombros:

—Seguir luchando. Estoy seguro de que todo es por causa de algún chisme. Guillén es un impulsivo, un bestia. Tengo que hablar con él, convencerlo de que lo engañan…

—¿Crees que podrás hacerlo?

Lemus permaneció un minuto sin hablar. Olga creyó que no la había escuchado, pero, al cabo, puso la copa sobre la mesa, se levantó y la tomó por los brazos:

—¿Tienes fe en mí, Olga?

Ella no pareció comprender:

—¡Claro! ¿Por qué habría de dudar?

—¡Esos malditos contadores! —Lemus se interrumpió. Habían presentado un informe exacto; las finanzas de la empresa no eran prósperas. En su afán de ayudar a Olga, Rodrigo había planeado películas costosísimas que, él lo sabía de antemano, tendrían éxito artístico, pero no pecuniario. Cuando se lanzó a la aventura, jugaba un peligroso albur. Las cosas no salieron como esperaba. Y Guillén tenía toda la razón del mundo para estar disgustado.

—¿Qué pasa con ellos, con los contadores?

Se rehízo:

—Hicieron un enredo que sólo yo puedo aclarar. Por eso, debo ver al jefe.

Estuvo en el apartamento hasta que llegó la noche. Hizo dos o tres llamadas por teléfono y revisó varias veces los papeles que guardaba en el portafolio.

Olga estaba preocupada. Todo, repentinamente, tornábase negro. Intuía que Lemus rozaba la ruina, si no es que ya había caído en ella. Se puso en guardia y caviló muchas noches en cómo asegurar su personal situación. Sin remordimiento reconocía que lo único importante eran su bienestar y su carrera, aunque el diablo se llevara a Rodrigo. Cierto que tenía un contrato espléndido; mas, con un jefe como Guillén, ¿quién le garantizaba que sería respetado?

Por otra parte, Lemus le causaba lástima. Era ésta la segunda vez que lo veía así: deshecho, perdido, en derrota moral. En ambas, Guillén había sido la causa. Sí, le daba lástima y, por instinto, supo que aquel hombre, omnipotente hasta la víspera, no levantaría cabeza de nuevo. «Las ratas —pensó— abandonan siempre a tiempo el barco que va a hundirse». ¿Era ella una rata? ¿Convendría alejar sus pies de la tierra que no era firme?

La noticia de la renuncia, con todos sus detalles reales y los que le agregó la fantasía, había circulado profusamente por la ciudad. Se mencionaba que, por culpa del gerente, la Filmadora estaba en quiebra. Como productor había sido liquidado, pues no habría ninguna institución bancaria que le concediera créditos. Guillén se encargaría de pulverizarlo.

—¿Crees —tanteó— que podrás convencer al licenciado de que todo es una intriga, una maniobra en tu contra?

Desde el sofá, Rodrigo Lemus la escudriñó profundamente. Era muy bella. Había madurado. Estaba espléndida. Todos los hombres de la ciudad la deseaban; todos lo envidiaban por ser su amigo, su consejero. Las mentes sucias pensaban que era, también, su amante. Rechazó, con un sacudimiento de la cabeza, la idea. Nunca la había besado más que en la frente, como se besa a la madre o a la esposa después de veinte años de vivir y dormir juntos.

Abruptamente se puso en pie. De su cartera extrajo unos papeles y se los mostró:

—Mira: mi sentencia de divorcio. Soy libre desde esta mañana… —Sus manos asieron los hombros de Olga—. ¿Quieres casarte conmigo; hoy mismo si es posible?

Ella devolvió el documento. Ensayó un gesto negativo:

—No, Rodrigo. No es el momento de pensar en tales cosas.

—No estoy derrotado, Olga; no lo estoy. Tengo muchos amigos banqueros y, si no convenzo a Guillén, veré a Elizondo o a Carriedo Galván y produciré por mi cuenta o asociado con ellos. ¡Y tú serás mi estrella!

I

—Licenciado, ¿qué milagro? —Olga, que esperaba esa visita, supo fingir una perfecta sorpresa.

Don Federico hizo una caravana. Sus ojos grises recorrieron rápidamente la sala, como buscando a un enemigo oculto. Caminó hacia el sofá.

—Tenía muchas ganas de verla, Olguita.

—Gracias, licenciado.

—Pero ustedes las mujeres bonitas tienen muy mal corazón.

—¿Por qué dice eso, licenciado?

Le preguntó si no quería un trago o un cigarrillo. Federico repitió que no fumaba ni bebía.

—No tengo vicios chicos —risotó, bañándola con la mirada.

Guillén resopló después de revisar el apartamento, de palpar sin recato la calidad de los muebles.

—Muy bonita su casa, Olga; pero no lo que usted se merece.

—Es cómoda y relativamente barata.

—Lo sé. El edificio es mío.

—¡Ah!

—¿Ha visto a Lemus…?

—No, en algún tiempo.

Sonrió Guillén, incrédulo:

—Es un sinvergüenza. Mientras manejó la Filmadora se embolsó más de un millón de pesos.

—Él iba a explicarle algo, licenciado. Todos, dicen, es una calumnia.

—¿Calumnia? ¿Cree usted que yo le digo mentiras? No, señora; Lemus me robó y ha de pagarlo.

Sobrevino un silencio embarazoso. Many avisó a Olga que había llegado el maestro de francés. Nerviosamente, le pidió que la disculpara, pues en ese momento no podía atenderlo.

—¿Toma usted clases, Olga?

—Sí. Muchas clases: francés, inglés, baile, dicción, arte dramático.

—¿Y para qué quiere saber tanto? Con ser bonita tiene todo.

—No lo crea; saber ayuda.

—Lo único que ayuda —sentenció Guillén— es el dinero. Míreme a mí: allá cuando fui niño arriaba mulas en la sierra; se vino la Revolución y jaló conmigo. Tuve suerte y llegué a abogado militar. Entré a los negocios y ya ve a dónde he llegado.

—No todos son tan afortunados, licenciado. Hay quienes tenemos que trabajar mucho para obtener algo.

Cambiando de tema, don Federico quiso saber cómo andaba el contrato de Olga. Ésta explicó:

—Aún me quedan dos años.

—¡Qué bien, qué bien…!

—Lo que no sé —Olga fingió un titubeo— es si con lo que ha ocurrido, yo… yo…

Don Federico la interrumpió, tomándola de la mano. Las de Guillén eran fofas, blanduzcas, repugnantemente frías.

—Usted no se preocupe, Olguita. Yo —sacó el pecho—, yo soy quien manda. Usted seguirá un tiempo así; después hablaremos y —le guiñó un ojo— hasta puede que tenga un aumento de sueldo.

—¡Qué bien me caería! —comentó Olga.

—Ya lo verá… Bueno, ¡hasta más vernos!

—Ésta es su casa, licenciado.

—Gracias ¡hágamela buena…!

Quiso Olga ignorar el sentido de la frase y sonrió, Guillén la tomó del brazo y se hizo acompañar hasta la puerta. Allí, como recordando, deslizó:

—¿Usted no tiene coche, verdad?

—No. Aún no puedo darme ese lujo.

II

Lemus la había citado en el restaurante Acapulco. Jadeante, llegó casi media hora después de la convenida.

—¿Te hice esperar mucho? —se disculpó, incrustándose en el pullman.

—No, ya estoy acostumbrada —repuso, fríamente.

—Mira, ya tenemos dinero. ¡Los primeros quince mil pesos para la próxima película! —Lemus le mostraba un cheque.

—¿Todavía piensas en ello? —Olga untó un pedacito de mantequilla en una galleta salada.

—¡Claro que sí! Lo primero que haré será rescatar tu contrato de la Filmadora. Después, conseguiré más dinero. He hablado con varias gentes que están dispuestas a refaccionarme.

Durante muchos meses Olga había escuchado el mismo disco. En cada ocasión Lemus estaba a punto de obtener los créditos y a la siguiente le anunciaba un nuevo fracaso. Por eso ya no la impresionaba. Sabía muy bien que los quince mil pesos exhibidos no bastaban ni para que Rodrigo pagara sus deudas menores: hotel, alimentos, la hipoteca del automóvil.

Comieron de prisa y sin hablar. Dijo Olga que no podía quedarse, pues tenía un compromiso.

—¿De qué clase?

—Rodrigo, por Dios, ¿aún no sabes que me molesta dar explicaciones?

—¿Puedo acompañarte?

—No. Mañana llámame por teléfono —le tendió la mano—. Hasta prontito.

Tenía deseos de pasear a solas. Lo del compromiso era mentira. La tarde era magnífica y soleada. Caminó hacia la avenida Madero. La gente volvía el rostro y repetía su nombre con admiración, y más de tres frescos le lanzaron piropos.

Al pasar frente a una casa de antigüedades se detuvo. En el

aparador central exhibían un cuadro que a Olga no le era desconocido. Se acercó para examinarlo. Luego entró.

Un joven empleado salió a su encuentro. Titubeó un instante al reconocerla:

—Señorita Lang, ¿cómo está usted?

A Olga le interesaba el cuadro del escaparate; un soberbio desnudo. Precisamente aquel que Leonardo le pintara a Teresa varios años antes. Con el tiempo, la calidad del trabajo resaltaba; su línea y su colorido parecían haberse afinado.

—¿Cuánto cuesta?

El joven la miró tiernamente:

—Sólo cinco mil pesos.

—¡Ah! Es demasiado dinero.

—¡Pero si es una obra de arte, señorita Lang!

Olga lo examinaba con admiración. Aquel lienzo le traía recuerdos de otros tiempos. El pintor, Teresa, Luis, el barrio. Recuerdos que podía comprar por cinco mil pesos. Además, la inversión era buena. Después de muerto, los críticos reconocieron que su autor había sido un genio incomprendido y María Asúnsulo dictó una conferencia, sobre él, en su casa. Por iniciativa suya, se subastaron a muy buen precio las pocas telas que dejó.

—Aun así me parece caro.

—Podríamos hablar con el gerente. Estoy seguro de que cuando sepa que usted lo quiere, no tendrá inconveniente en rebajar su precio.

Estuvo a punto de aceptar. Pensó, sin embargo, que cinco mil pesos eran muchos y que sus finanzas, en tanto no se aclarara su situación dentro de la Filmadora, debían ser escrupulosamente manejadas. Abrevió.

—En realidad no lo quiero. Entré sólo por…

—Sí… por curiosidad —recalcó el empleado.

Olga se sintió ridícula. Sonrió y salió de prisa. Tenía sed y buscaba un sitio donde beber un refresco. En eso, un auto frenó a su lado y escuchó que la llamaban por su nombre:

—Olguita, Olga Lang.

Una mano de hombre le hacía señas. Los autos que venían detrás comenzaron, impacientes, a sonar sus bocinas. Al reconocer a Edmundo Sisler, Olga fingió que se alegraba:

—¡Encantada, Edmundo!

—Lo mismo digo yo —repuso, descendiendo. Por atrás de su hombro, Olga vio aparecer la cara de Lola Rico que le sonreía desde la ventanilla.

—¡Cómo te va, Lola!

—Mira —apremió Sisler—: anduve loco buscándote. Se trata de

un *party* que organizamos Lola y yo, a beneficio de los niños rusos, ¿quieres ir? El boleto cuesta cien pesos y estará Oumansky.

Para quitárselo de encima Olga compró un billete. Sisler caravaneó:

—Bueno, hasta la vista. ¡Y no dejes de ir!

Lola movió sus dedos, despidiéndose. Mientras bebía una sedante Coca Cola helada, en el café Minerva, Olga se entretuvo rompiendo en pequeños trozos la invitación para la fiesta de caridad.

III

Debían ser las nueve cuando Many la despertó anunciándole la visita de un joven. Media hora después Olga entraba a la sala.

Al verla se irguió rápidamente el joven. Hizo una tiesa caravana:

—Me manda el licenciado Guillén —explicó— con esto para usted…

Le entregó dos llaves atadas con una cadenita de oro. Olga pareció extrañarse.

—El coche está abajo, señorita. Puede usted verlo desde aquí. Yo quedaré a sus órdenes. Mi nombre es Tomás Téllez.

Era un auto espléndido. Un Lincoln Continental blanco, convertible, lujosísimo, forrado de seda. Olga probó la comodidad de los asientos; admiró las aplicaciones, los adornos, los accesorios relucientes.

—El licenciado —habló de nuevo Téllez, cuando le entregaba una tarjeta— me encarga decirle que le llame y que le diga si el coche le gustó.

Olga regresó al apartamento, excitadísima. Many le preguntó si había recibido buenas noticias.

—¡Y en qué forma! —repuso, sin reprimir su entusiasmo—. ¡Mira qué noticia!

A Many el coche le pareció fantástico y muy merecido por la señorita. Luego, Olga tomó el teléfono. La voz de Guillén, al otro lado de la línea:

—¡Bueno! —emitió un gruñido.

—Licenciado —Olga ensayó la entonación más suave—, quiero darle las gracias por el coche…

—¿Le gusta?

—Es maravilloso y no encuentro palabras…

—Ni las busque. Prefiero que me las diga en persona.

—Estoy a sus órdenes, *mi jefe*…

—Iré a verla un día de éstos… y también para hablar de su

contrato.

Olga colgó el auricular y canturreando «Always», como lo hacía años atrás cuando se sentía feliz, se desnudó para bañarse y comenzar las clases del día.

IV

Tomás Téllez no era sólo un chofer, sino también un espía, que informaba al licenciado, detalladamente, qué hacía, qué decía, a dónde iba y con quién hablaba Olga. Por ello, cuando Lemus le anunció su visita para esa tarde, ella tuvo que citarlo en el Palacio Chino, un cine con dos estratégicas salidas.

—¿Por qué tanto misterio?

—No puedo explicártelo por teléfono. Te veré en la tarde ¡y, por Dios!, espérame donde te digo.

Rodrigo Lemus le aguardaba en el más oscuro y apartado rincón del *foyer* superior. Era ésa, para Olga, la primera vez que veía a un hombre a solas; la primera, claro, desde que intimara con Guillén. Mientras subía la escalera alfombrada sentía miedo de ser delatada o descubierta. Por ello, la entrevista debía ser breve.

—Las cosas han cambiado, Rodrigo, y no podemos seguir viéndonos.

—Pero ¿por qué? Mis asuntos marchan bien.

—Y los míos, mejor; no pienso arruinarlos ahora. Ya no puede ser como antes; ya no podremos vernos nunca.

—Olga, ¿qué ha pasado? —Lemus hizo un gesto patético.

Ella, para calmar sus nervios, encendió un cigarro. Luego tendría que mascar chicle o papel para que don Federico no lo notara.

—Todo y nada ha pasado. No tengo por qué darte explicaciones. El hecho es que estas citas, estas entrevistas ridículas, deben terminar. ¿Entiendes?

Profundamente abatido, Rodrigo Lemus balbuceó que no comprendía esa actitud hostil hacia él; que ella era una muchacha sensata y buena; que recordara que si ahora se encontraba pasando por una etapa difícil de su vida, debíase a su afán de ayudarla. Y luego, casi llorando, gimió que Olga era ingrata y malagradecida.

—No se trata de eso, Rodrigo —Olga tenía prisa por acabar, de una vez para siempre, con aquella situación desagradable—. Hay una

serie de circunstancias que me impiden verte. Siento ser brusca, pero, por lo que veo, es la única forma en que puedo ser entendida.

Alzó Rodrigo los ojos implorantes:

—Eres cruel conmigo, Olga. Por ti estoy en la ruina…

—¿Por mí? —el reproche le había llegado hasta los huesos. Su voz se hizo aguda.

—Sí. A sabiendas de que cometía un error, gasté mucho dinero en películas para tu exclusivo lucimiento. No me importaba la taquilla; me importabas tú.

—Eso es cuenta tuya. No te pedí que lo hicieras; no te pedí que te enamoraras, como un colegial, de mí.

—Olga —Rodrigo Lemus, llorando, la tomó por las manos—, ¡no me dejes ahora! Te necesito para seguir adelante.

Ella cabeceó:

—No hagas melodrama. Lo detesto. Es lo irremediable, Rodrigo. Ya no puedes hacer nada por mí. Hiciste todo y te lo agradezco con el alma. Ahora, nuestros caminos se separan. Es mejor que tome cada uno por el suyo…

—¡Es una canallada lo que haces conmigo!

—Llámala como quieras. No hago más que obedecerte, ¿recuerdas? Alguna vez dijiste que si algo o alguien trataba de desviarme de mi camino, debía apartarlo; que una mujer como yo no podía darse el lujo de tener sentimientos. Es lo que ahora hago, Rodrigo. Te aparto porque me estorbas, porque haces peligrar mi carrera. ¡Ya antes hice lo mismo con el hombre a quien más amé! Y lo hice porque, como tú, ponía en peligro mi destino. No me guardes rencor.

Lemus quedó abrumado. Olga estaba ya de pie. La miró con los ojos llenos de lágrimas. Ella ni siquiera intentó una sonrisa.

—Ahora es Guillén, ¿verdad? ¿Es tu amante?

—Piensa lo que quieras —y se alejó resueltamente.

Cuando ella, sin volver el rostro ni una vez, se perdió en la penumbra de la sala, Lemus se dejó caer en el sofá. Por sus puños cerrados, con los que se golpeaba desesperadamente la frente, resbalaban lagrimones resentidos.

—¡Puta desgraciada! —estalló, antes de quebrarse en llanto definitivo.

V

Llegó el auto en el momento en que se asomaba por la ventana. Antes de salir se remiró al espejo y aprobó el nuevo traje que le había hecho Rolando Vidal. Lucía, en la muñeca, una pesada cadena de oro con diamantes. Era exagerada, barroca y extravagante, pero muy del gusto de don Federico.

Guillén corrió su corpachón al extremo opuesto del asiento y le babeó la mejilla:

—Estás cuerísimo —aprobó, dejando descansar su mano enjoyada sobre las piernas de Olga.

No había vuelto a la plaza desde aquella tarde en que toreara Chavalillo. De hecho era ésta, después de su triunfo, su primera salida formal, su primer contacto con la multitud. Sentía miedo; el mismo temor incomprensible de la noche del estreno. El auto forrado de seda se impregnó del olor caliente de su perfume. Atrás lo seguía otro, repleto de guardaespaldas. Haciendo sonar la sirena, el ancho Cadillac color crema se abría paso por las avenidas congestionadas. A lo lejos se dibujó la estructura metálica de El Toreo. Agentes de tránsito, policías, civiles, saludaban a Guillén, respetuosamente. Olga, sin darse cuenta, quiso encender un cigarrillo. Don Federico lo quitó de sus labios y lo arrojó al exterior.

—No me gusta que fumes —y, sin reparar en el gesto contrariado de Olga, tomó de sus manos la cigarrera de oro y se la echó a la bolsa—. Ni que tengas estas chácharas…

Enfurruñada, guardó silencio. En lo íntimo lamentaba haberse ligado a un sujeto autoritario y bestial como Guillén. Sabía que ahora le sería imposible quitárselo de encima. El licenciado era absorbente, celoso, despiadado. Pero Olga lo necesitaba para llevar adelante sus planes. Asumiendo un gesto de indiferencia, preguntó si la corrida sería buena.

—Magnífica. Garza, Armillita y Procuna, el nuevo. ¡Con San Mateos!

Se preguntó Olga qué andarían haciendo los santos en la danza. Guillén, arrellanado, agitaba de cuando en cuando la mano, como si saludara. Vestía de franela amarilla, con el gusto detonante que lo hacía notorio. En la solapa, como llamarada vegetal, un clavel gigantesco. El asiento posterior quedaba separado del delantero por un grueso cristal.

A los cinco para las cuatro, el Cadillac entró al patio de la plaza. Diligentes, los espalderos formaron valla. Federico bajó el primero y tendió su mano a Olga Lang. De la masa curiosa que rodeó al automóvil se alzó un murmullo admirativo. Sintió la estrella una oleada ardiente en la cara.

—Todo listo, señor —se había acercado un hombre canoso, vestido de gris—. A la hora que usted ordene, licenciado.

Guillén, con enérgico gusto silencioso, agradeció el empeño de Algara. Por unos minutos continuó regalando secos saludos a quienes le buscaban la sonrisa o le tendían la mano. Cuando, dentro de la plaza, resonaron los clarines y de la muchedumbre se levantó un alarido tremendo, don Federico asió a Olga del brazo y la condujo al palco.

La corrida fue excelente y los tres toreros brindaron sus faenas a Olga Lang.

En un descanso, el omnipotente se inclinó:

—Tengo una sorpresa para ti…

—¿Para mí?

—Ajá. Serás la primera en saberlo. Algo bueno de verdad.

Ya no estuvo tranquila el resto de la corrida, conjeturando cuál sería la sorpresa. Quizá alguna joya, o un viaje o algo por el estilo. O, tal vez, una respuesta afirmativa. Le había pedido volver a filmar. Desde que Lemus renunciara a la gerencia de la empresa —y ya habían pasado meses— había estado sin hacer nada. Guillén no quería ni oír hablar del asunto. Muchas veces discutieron y él se enfurecía violentamente. La semana anterior, en un momento adecuado, reiteró su petición, y él prometió pensarlo. Y ahora, ante el anuncio de la sorpresa, Olga Lang se puso feliz, suponiendo que obtendría el permiso.

Cuando salieron de la plaza, entre murmullos, miradas y sonrisas, don Federico ordenó al chofer que fueran a Polanco.

—Mira: el pachuco. Y ahora de amarillo —comentó alguien, al pasar.

—Y ella, ¿quién es?

—Sepa. A la mejor la sacó de casa la Bandida…

Hicieron el recorrido silenciosamente. Los hipnotizados ojos de Olga Lang no conseguían apartarse de la salpicadera delantera. Allí,

como en una bola de cristal, reflejábase la perspectiva distorsionada de los altos edificios, de las casas lujosas, de los árboles del bosque. Se le ocurrió pensar que una adivina invisible le mostraba cuál sería su futuro, revelándole los secretos del porvenir. Apenas si se estremeció cuando el licenciado rompió el velo de quietud.

—¡Baja!

El Cadillac se había detenido ante un palacete en construcción. Un capataz se cuadró ante Guillén y media docena de albañiles, que jugaban a la baraja sobre el piso de pie, se pusieron firmes.

—A la orden licenciado.

Sin responderle, Guillén lo apartó e hizo señas a Olga de que avanzara. Del auto que lo seguía descendieron los guardaespaldas, que se distribuyeron en los alrededores.

—¿Qué te parece? —preguntó don Federico cuando estuvieron en el centro de la gran estancia estucada de color verde pistache.

—¡Precioso…! —mintió Olga. Aquellas molduras y columnas barrocas la mareaban. La fachada era churrigueresca. Las ventanas, pequeñas, con celosías. Los colores del peor gusto imaginable.

Don Federico se hinchó:

—¡Qué bueno, porque aquí vas a vivir pronto!

Al volver al automóvil ordenó al ayudante que citara, para la mañana del otro día, al arquitecto y al decorador.

—Todo colonial —explicó a Olga, refiriéndose al estilo de los muebles que adornarían la casa—. Todo de cedro y de caoba, de lo mejor. Las alfombras las tengo pedidas a Estados Unidos. Valen un pico, pero quiero que sean muy buenas. ¡Y el chaletito, para que veas cuánto te quiero, me cuesta medio millón de pesos!

De regreso, Olga continuó mirando la salpicadera del futuro. Guillén bostezaba sin recato, con todos sus dientes forrados de oro al aire. Ella aventuró, mientras reclinaba su cabeza en el hombro de franela:

—¿Y de lo otro, Federico?

—¿Cuál otro?

—De mi película…

—¡Ah! —Guillén no respondió.

—Ahora que la Filmadora ha sido reorganizada, podría yo…

—Eso es cuento mío, muchacha. Yo te diré cuándo trabajes y cuándo no. ¿Está claro?

Ella aceptó. Guardó silencio y sus pensamientos se hicieron sombríos. «Ten paciencia —se dijo—. Ya llegará la hora». Don Federico no pudo subir al apartamento, pues tenía otro compromiso. Se despidió en la puerta. Olga tuvo que plantarle un beso en la boca. Luego, a escape, trepó las escaleras con toda su furia ladrando.

Encerrada en su recámara lloró varias horas seguidas. Después, con los ojos hinchados, se preparó un trago con mucho aguardiente y poco hielo.

Desde la ventana de su alcoba contemplaba las luces de la ciudad. Una remota voz interior iba diciéndole: «¡La ciudad! Tu ciudad. Eres la diosa. Te ama y te odia. Te envidia y te admira. Tuya entera: sus gentes, sus pasiones, sus apetitos. Estás en todas partes; en las tabernas y en las iglesias; en las casas decentes y en los lupanares. Te aman, sí, las prostitutas y las doncellas. Te desean los adolescentes en las pausas solitarias, y los maridos son infieles a sus mujeres, cuando sueñan contigo por las noches. La diosa y la reina…». Y luego venía una vibración profunda, lejana, llena de ecos.

El vaso estaba vacío y lo dejó caer sobre la alfombra. Permaneció boca arriba, en la cama, inmóvil mucho tiempo. Resolvió, impulsivamente, mandarle una carta a Guillén diciéndole que todo entre ellos había terminado y que escogía la libertad. Al recapacitar comprendió que no arreglaría nada. Era mejor esperar. «Estás procediendo —dijeron sus pensamientos— como una mujer». Claro que sí, como una mujer. Ella tenía planes. Para realizarlos precisaba paciencia, oportunidad. Podría convencerlo de todos modos. Él era celoso, intolerante hasta la exageración. Mas, a ratos, cambiaba y se mostraba dócil, gentil, hasta humano.

VI

Sisler había llegado inesperadamente. Su primer impulso fue negarse. Razonó que, de todos modos, insistiría. Ordenó a Many que lo pasara a la sala. Mientras bebía un vaso de jugo, miró la hora: el reloj eléctrico señalaba las once de la mañana.

—¡Edmundo! —aunque no era cierto, su voz y su ademán denotaban agrado al ver a Sisler.

—Buenos días, madam —Sisler le besó la mano.

Hacía muchos meses que no se encontraban y hablaron, ya sentados, sobre lo que habían hecho todo ese tiempo. Sisler la felicitó por sus triunfos en el cine, y Olga, a su vez, por los suyos en la sociedad.

—La lucha se hace…

—Quise enviarte un regalito con motivo de tu boda.

—No te preocupes. No tuve modo de avisarle a nadie. Y a ti, ¿cómo te ha ido, digo, en lo personal?

—No me puedo quejar. Trabajo…

—Me han dicho que dejaste el cine. ¿Es cierto?

—¡Claro que no! Precisamente, me dispongo a filmar otra película.

—¿Y… él lo quiere?

Fingió Olga asombro:

—El licenciado nada tiene que ver en mis asuntos.

—Bueno —Sisler arrugó los hombros y ladeó la cara para que el humo no se le metiera en los ojos—, es lo que la gente dice. En fin, te deseo suerte. A lo que he venido —hizo una pausa— es a otra cosa…

Olga lo miraba expectante, alerta. Sabía que Sisler era un sujeto enredador y peligroso y que debía poner especial cuidado en todo lo que hiciera o dijera en su presencia.

—Tienes una suerte extraordinaria —continuó— y una situación envidiable. Tu amistad con don Federico, bien aprovechada, puede serte muy útil. Tú lo conoces mejor que yo, o tan bien como yo, y no

ignoras que cualquier día, bueno, ¡pues te deja volando! —Reconoció Olga que así era—. ¿Y qué sacaste? Nada, ninguna ventaja sólida, efectiva. Tiene Guillén la fea costumbre de dar el golpe sin avisar. Docenas de amigas suyas, ahora en desgracia, pueden atestiguarlo…

Edmundo Sisler comenzó a pasearse por la sala. Se veía próspero, fresco, saludable. A horcajadas se colocó en el brazo del sofá y desde allí prosiguió:

—Lo que ahora tienes —con sus brazos abarcó el conjunto— puedes dejar de tenerlo mañana. Por eso, asegúrate, sanea tu presupuesto, has negocios. Quizá ésta sea la mejor oportunidad de tu vida; esa que nunca volverá.

Olga lentamente, comentó:

—¡Tal vez!

—Yo puedo ayudarte.

—¿Cómo? —lo escudriñó, curiosa.

—Orientándote, haciéndote ver las cosas. Tienes poder e influencias. Esto, en México, es todo. He oído decir que el licenciado va a ocupar un puestazo. Allí es donde puedes hacerte rica. Tener gran dinero. Por mis conexiones sociales, conozco a mucha gente y podemos hacer grandes negocios. Es cuestión de que te decidas.

—¿Qué haríamos por ejemplo?

Sisler se acomodó más cerca. Sintió que había despertado la codicia, el interés. Fue puntualizando con los dedos:

—¡Todo…! Así, de pronto, te podría hablar del cemento. Con motivo de la guerra no se consigue a ningún precio. Bueno, no lo consiguen quienes carecen de influencias. Utilizando la de Guillén, podrías obtener los cientos de toneladas que se te antojaran. Yo tengo quien las compre, así, en un dos por tres. Sé de alguien que pagaría trescientos mil pesos por una orden de quinientas. Una recomendación y la fábrica las entrega a quien tú digas. ¡Trescientos mil pesos, Olga; una fortuna que puedes ganarte sin esfuerzo!

Cuando salía, Sisler reiteró:

—Piénsalo. Mañana mismo tendrías el dinero.

VII

Por la tarde telefoneó a don Federico, informándole que pensaba asistir a la recepción que ofrecía Oumansky en la embajada soviética esa noche, víspera de su viaje a Centroamérica. Lola Rico había insistido en que fuera y ella, por su parte, tenía ganas de hacerlo. La leyenda del guapo, encantador, inteligente diplomático ruso la fascinaba y, aun sin conocerlo, sentía por él vivísima simpatía.

—Irá conmigo Rolando Vidal.

—Nos veremos por allá —dijo Guillén—. Iré con mi mujer.

Terminaba Olga de bañarse cuando Many le avisó que el señor Lemus insistía en ser recibido. A través de la cortina de plástico, con la cara aún enjabonada, le dijo que la negara.

—Ya está dentro, señorita…

De mal humor Olga se friccionó el cuerpo. Advirtió que las caderas se le habían ensanchado y que el busto comenzaba a ceder. Se propuso hacer un poco de ejercicio. En el abdomen habían aparecido algunas alarmantes protuberancias grasosas. Se notó fofa y pesada. Many, con una borla rosa, le polveó la espalda y los muslos y la ayudó a vestirse.

Lemus aguardaba fumando. Sus ojos se detuvieron en el marco de plata que encerraba una foto de don Federico montado a caballo. La miró de cerca y volvió a dejarla sobre la mesa, al tiempo que Olga aparecía dentro de una bata de seda roja.

—¡Hola! —produjo fríamente, tomando un cigarro.

Rodrigo le dio fuego. Sin agradecérselo, ella continuó de pie, para abreviar la entrevista. Lemus había enflaquecido y aunque conservaba su elegancia daba la impresión de llevar sobre la espalda, ya un poco encorvada, el peso de la derrota. Olga notó que las canas cubrían casi por completo su cabeza.

—Tuve que venir aquí —se disculpó él, sentándose. Ella no lo imitó; permanecía fumando, con los brazos cruzados—. Necesito que me ayudes. Un pequeño favor…

—Di.

—Las cosas no me pintan bien. Estoy entrampado, lleno de deudas y de experiencia. Las gentes que ayudé me vuelven la espalda; me encuentran y sólo de limosna me saludan. Creen que estoy vencido —crispó sus puños y los chocó, uno contra otro— ¡pero aún tengo fibra! No he perdido la esperanza de volver a producir; es mi vida, lo único que sé hacer… ¡Y tú puedes darme la mano cuando más la necesito!

Olga reprimió un bostezo malhumorado. Había visto a Lemus poderoso y omnipotente; cruel y pagado de sí mismo. Recordaba otros tiempos, cuando él creía ser el dueño del mundo y de la industria; cuando, en alarde fanfarrón, decíale que era capaz de encumbrar o destruir a un hombre, o a cien. El Lemus desesperado que tenía a los pies, era bien diferente del otro. Su caída, como su auge, fueron vertiginosos e incontenibles. Ahora, imploraba, en derrota; él, que consideraba a los humildes los seres más despreciables de la Tierra.

—¿En qué forma puedo ayudarte? —Olga ocupó el sillón de enfrente y continuó mirándolo, sin pestañear, sin demostrar interés o afecto.

—Hablándole a él… Diciéndole todo —señaló el marco de plata —. Si cometí errores, estoy dispuesto a repararlos. La Filmadora está casi en ruinas; hace más de un año que no produce una película. Don Federico tiene millones invertidos en ella sin provecho. Necesita de alguien que conozca cómo moverlos, cómo hacerlos rendir utilidades. En recuerdo de lo que yo hice por ti, puedes ayudarme. Háblale, te lo pido. ¡Tengo grandes planes…!

Dejó Olga que el resto del cigarro se consumiera en el cenicero. Miró sus uñas. Mientras Lemus hablaba, ella, mentalmente, seleccionaba, entre los cientos que poseía, el vestido que llevaría a la recepción. Iba a conocer a un hombre excepcional y deseaba ir bella como nunca. Consultó su reloj. Era más tarde de lo que creía. Rodrigo seguía en su insistencia:

—No te costará nada… He intentado verlo; he hecho antesala meses y meses, esperando ser recibido. ¡Siempre se niega, siempre me manda decir que vuelva mañana! ¡Y ya no puedo más, Olga —se levantó y caminó hacia ella—. No puedo más! Tú puedes hacerlo, sólo tú.

«No ha cambiado —se dijo Olga—. Siempre tan afecto al melodrama, al sentimentalismo y a las lágrimas». Lo encaró de frente. Creyó que lo que iba a decirle sería penoso para ella y resultó que no fue así. Lentamente habló:

—Lo que me pides, Rodrigo, es imposible. Yo no tengo ninguna influencia sobre él. De sobra conoces su carácter. No le gusta que

nadie, y menos una mujer, le diga lo que debe hacer…

Lemus la miró asombrado, resistiéndose a creer lo que sus oídos escuchaban. Con la voz rota, imploró:

—¡Hazlo, Olga, o terminaré pegándome un tiro!

—No eres de la clase de hombres que se pega un tiro —Olga movía la cabeza y ensayaba una perfecta sonrisa glacial—. Quieres mucho a la vida para divorciarte de ella en esa forma. Y, repito, yo no puedo hacer nada. Al licenciado no le interesa el cine.

—Piensa en ti. Eres la estrella más grande del cine mexicano. La más hermosa, también. Desde que me dejaste no has vuelto a filmar. La fama que te hice, la leyenda que creamos juntos, aún perduran. No las desaproveches. Otras mujeres, María Félix por ejemplo, aspiran a ocupar tu sitio. No lo permitas. ¿O es que Guillén no comprende que por encima de todo eres una gran actriz?

Olga sonrió con amargura. Aquel hombre, en efecto, había arruinado su vida por ayudarla; había buscado su fracaso por serle útil. Le estaba agradecida, mas sentíase impotente para, a la recíproca, hacer algo en su favor. Conocía a Guillén, y la forma de serle grata no era, precisamente, recomendándole a quienes detestaba.

—¡Una actriz! —suspiró—. Para él no soy más que una muñeca bonita, con quien jugar en la cama.

Rodrigo tomó su sombrero. Olga lo acompañó hasta la puerta. Allí quiso él insistir; ella reiteró su negativa:

—Quisiera hacerlo, Rodrigo. Pero ¡créeme!, es imposible.

Permitió que se inclinara a besarle las manos. Cuando alzó de nuevo el rostro, gruesas lágrimas escurrían de sus ojos. Olga se conmovió.

—De todos modos —Rodrigo limpió su llanto con el dorso de la mano—, me siento orgulloso de ti.

Apenas tuvo tiempo de arreglarse. Mientras se vestía, sonó el timbre y Many fue a abrir.

—¿No hay nadie en casa? —hasta la recámara llegó la pregunta de Rolando Vidal.

—Pasa. Apenas comienzo… —gritó Olga.

Rolando le entregó una orquídea primorosamente dispuesta y la besó en la frente. Ella se lo agradeció sonriendo. Por la alcoba se esparció el olor de los cosméticos. Él sugirió que acentuara el trazo y la intensidad del tono en los labios. Rolando era un encanto; siempre tan oportuno, tan comedido.

—¡Sabes! —deslizó— Armando Valdez Peza es el consejero de buen gusto de María Félix. Aunque Armando sea un gran chico, perderá su tiempo con esa mujer. ¡No tiene gracia, ni nada, fuera de su cara bonita!

—¿Es cierto que necesita cuatro horas diarias de tocador para verse bien?

—Ni lo dudes. ¡Yo no sé qué le han visto que a todos trae locos! Es grandota, tosca y con una voz de hombre…

—Es preciosa. ¡Y cuando aprenda a actuar, pobres de muchas de nosotras!

—¡Ay, hija! No exageres. Es bonita, sí, pero…

Olga le pidió que no mirara, pues iba a ponerse el vestido. Rolando se volvió de espaldas.

—Por Dios, no se te ocurra llevar nada debajo, que te verás horrible —exclamó, con una pequeña congoja.

—No te preocupes… Aunque —pudo, al fin, meter su cuerpo desnudo dentro del entallado traje negro— no sabría qué hacer si de pronto se me cayera…

—¡Mujer, mi ropa está garantizada para esa clase de bochornos!

—¿Sabes quién vino? —parloteaba indiferente.

—¿Quién, tú?

—Rodrigo…

—¿Qué mal anda, verdad? Neftalí, ese chismoso que todo lo sabe, me decía que el pobrecito de Lemus ha estado girando cheques falsos y que se le va a armar la gorda. ¡Qué horror!

Eran casi las ocho cuando Olga terminó. Rolando iba elegantísimo, con su traje de etiqueta. Olía a lavanda y la afeitada piel de su rostro azuleaba. Ella volvió a lamentar que fuera tan amanerado. Vidal, en cierto modo, la amaba y sentía celos de que fuera amiga de un hombre tan horrendo como Guillén. Cuando estaban a solas se expresaba horriblemente de él y no acertaba a comprender cómo una mujer tan bella, delicada y extraordinaria, pudiera tener relaciones con don Federico.

—¡Si tú supieras qué clase de relaciones! —disimulaba ella y hacía siempre el mismo juego de palabras—: ¡De nombre, no de hombre!

Cierta noche Rolando había bebido más de la cuenta y se puso sentimental. Llorando en sus brazos le confesó que la amaba, que nada le gustaría más que tener un hijo suyo. En incontenible, inexplicable impulso, Olga lo había besado en la boca.

—¡A mí también! —había dicho, y más tarde no pudo definir hasta qué grado fue sincera cuando lo dijo. Estaban a solas, en la suave penumbra de la sala. Many disfrutaba del asueto semanario. Por la ventana abierta, en el aire tibio, se filtraba la lejana música de la ciudad.

Reponiéndose instantáneamente, Rolando había tomado aquello a broma y, un minuto más tarde, pretextaba cualquier cosa y salía.

Olga no pudo dormir en toda la noche. Tenía casi treinta años y, de unos meses a la fecha, pensaba a cada minuto en su maternidad frustrada. Pasó revista al pasado. Su vida, después de todo, era como su vientre inútil. Lamentó haber sacrificado, en la tarde inolvidable, el fruto único. «Estás ablandándote», la alarmaba la voz interior y entonces trataba de olvidar y de encauzar sus pensamientos hacia el futuro. Todo, según ella, estaba por hacerse. Fama, fortuna, hogar. Detestaba a Guillén, pero fingía amarlo. Don Federico era seguridad, desahogo económico. Hasta que hablara con Sisler no se le había despertado la codicia. Pensaba sólo en su carrera, en su arte. Pero, el arte sin dinero, sin cuenta bancaria, vale un comino. Sisler le abrió los ojos. Lemus, en cierto modo, también. Como siempre, necesitó que alguien le dijera las cosas para creerlas. Poseía una influencia que, bien utilizada, podría traducirse en millones y había resuelto hacerla efectiva a su debido tiempo.

—¿Sabes el último chisme sobre Lola Rico? —decía Rolando cuando la puerta del elevador se abrió— ¡Es divino! Figúrate que…

VIII

Miró, aterrada, la gran noticia:

OUMANSKY SE MATÓ ESTA MAÑANA

Por segunda vez, leyó:

> Constantín Oumansky, embajador soviético en México, pereció esta mañana cuando el avión, que se dirigía a Centroamérica, estalló en el aire, minutos después de haber despegado del Aeropuerto Central. El famoso diplomático murió instantáneamente, igual que sus acompañantes. Sólo dos personas, una empleada rusa y un tripulante mexicano, se salvaron, aunque se tienen pocas esperanzas de conservarles la vida.
>
> Oumansky iba a entregar mañana sus cartas credenciales, como embajador extraordinario, al Presidente de Costa Rica. Anoche, en el edificio de la embajada, el señor embajador y su esposa ofrecieron una fastuosa recepción…

Dejó de leer. Estaba llorando. «Es imposible», se dijo. Pocas horas antes había hablado con Oumansky, y su gracia y gentileza la cautivaron. La fiesta fue espléndida y asistieron a ella las gentes más famosas de la ciudad. El embajador halagó la vanidad de Olga, confesándose pasmado por tanta belleza.

—Es usted, señorita Lang, imponderablemente más hermosa en persona que en las películas. Para mí, esta ocasión será inolvidable —había dicho.

—¡Y ahora ese hombre, tan brillante y extraordinario, era un humilde montón de quemada carne muerta!

Después de conocerlo comprendía por qué las mujeres se enamoraban de él; por qué los hombres, con sólo verlo una vez,

quedaban fascinados. No era un hombre, un individuo, un diplomático. Era un genio, como decía María Asúnsolo, otra de las gentes notables que le fueron presentadas la noche anterior.

«El famoso diplomático murió instantáneamente…»

La frase parecía viva. Se enjugó las lágrimas y deseó, alguna vez, morir así.

I

Lola Rico conversaba en un grupo aparte. Con su boquilla de oro señaló a Olga, espectacularmente vestida de blanco:

—¡Pobrecita!

—¿Por qué? —preguntó Sisler.

—¡Debe ser horrible estar presa!

—Es rica —terció alguien.

Lola arqueó las cejas:

—¿Rica? Todo este lujo no le pertenece. Lo ocupa ahora; lo dejará después. ¡Ya conocemos al abogado! Cuando se cansa, larga el puntapié.

—¿Y duelen, Lola? —sonrió Sisler. Alguna vez, Lola Rico formó parte de los favoritos de don Federico. Hablaba, pues, con conocimiento de causa.

Lo miró con los ojos entrecerrados de furia:

—¿Se han fijado —criticó— que Olga está más gorda; como aplanada? Su nueva vida no le sienta.

Convinieron en que, en efecto, Olga Lang había engordado un poco en los últimos meses. Vigilada constantemente, habíase privado de diversiones y ejercicios, como no fuera el de montar a caballo, por las mañanas, escoltada por Tomás Téllez. Descubrieron, además, que la piel de su rostro comenzaba a perder la frescura de otros tiempos. Lola, por el contrario, nunca envejecía, aunque su edad pertenecía a la leyenda.

—Esta casa, por ejemplo —Lola paseó una mirada circular por la sala—, ¡es horrenda! Tiene todo el mal gusto característico de don Fede. Recargada, detonante, cursi…

—La pobre de Olga —disculpó Sisler— la recibió tal como es…

En eso escucharon un «¡Hola!», a sus espaldas. Giraron las cabezas hasta encuadrar a Olga. Tenía muy poca pintura en el rostro y se le notaba fatigada. Lola Rico le tendió los brazos:

—¡Querida! Precisamente alabábamos la riqueza de tu casa. Es

preciosa…

—¡Gracias! —Olga simuló agradecer el cumplido. Sabía que Lola Rico pensaba siempre lo contrario de lo que decía. Preguntó si estaban pasando un rato agradable.

Edmundo le dio fuego al cigarrillo:

—Estupendo… Hay buena bebida y, sobre todo, una anfitriona de primera —y volviéndose a los demás—: ¿Me permiten? La señorita Lang y yo tenemos un asunto privado.

La condujo a otro sitio. La estancia estaba llena de personas a cual más extrañas. Artistas de cine, escritores, periodistas, militares de uniforme, prostitutas de diferentes rangos y condiciones.

—¿Qué ha pasado de aquello?

Olga saludó, con la cabeza, a una mujer que le sonreía en el extremo opuesto. Jamás la había visto, pero trató de ser amable. Volviéndose a Sisler:

—Ya hablé con él. Mañana tendrás la tarjeta.

Sumamente emocionado, Sisler le estrechó la mano. De buena gana hasta le hubiera dado un beso:

—Eres maravillosa, fantástica, mujer. ¡Ya verás: tú y yo haremos los negocios del siglo!

Recruzó Olga la extensa sala. Le dolía la cabeza y hubiera preferido estar a solas. Inaugurar una casa es un fastidio, pensaba. Guillén la había llamado por teléfono, poco antes, diciéndole que se retrasaría. A la sazón se hallaba en Los Pinos, aguardando ser recibido por el Presidente de la República.

La mujer que le había sonreído poco antes, se cruzó con ella:

—¡Preciosa tu casa y mejor aún tu fiesta! —dijo, sencillamente.

Olga se detuvo. La otra era morena, ni alta ni baja; de cejas y pelo negrísimos; su larga mano sostenía un cigarrillo casi consumido.

—¿No me conoces, verdad? Más bien, no me recuerdas…

—¡Ah!

—En fin, no importa. Nos presentó Rolando Vidal, hace tiempo.

—¿Cómo has estado? —fue lo único que Olga Lang acertó a decir.

—Viví en Nueva York los últimos años, ¿sabes? Pero, no te he dicho ni mi nombre. Soy Consuelo Ugarte. Pues sí, fui a que me editaran mi último libro de poemas. En todo ese tiempo leí mucho sobre ti en los periódicos, en las revistas…

Había en aquella mujer algo insinuante que disgustaba a Olga, pero no sabía qué. Tal vez la familiaridad con que le hablaba, quizá la forma en que la miraba con sus ojos fijos y negros. Sintió una repulsión involuntaria y decidió abreviar, pretextando que iba a recostarse unos minutos porque tenía jaqueca.

—Estas cosas —suspiró Consuelo Ugarte— son terribles. Soy como tú. Detesto a la gente ruidosa; prefiero la soledad, la intimidad…

Olga comenzó a caminar hacia la escalera. Consuelo la había tomado del brazo y el húmedo contacto de su mano le pareció repugnante. No recordaba haber sido presentada a ella, ni por Rolando ni por nadie, y se hacía cruces sobre cómo pudo haber llegado allí. Olga, en persona, rotuló las participaciones y el apellido Ugarte no había sido escrito en ninguna. Y, por otra parte, ¿por qué decía que amaba, como la señorita Lang, la soledad? ¡Qué diablos sabía de sus gustos!

—Te acompañaré —se ofreció Consuelo.

Subieron a la alcoba y la Ugarte la encontró cómoda, discreta y de buen gusto. Olga sentíase cohibida y disgustada.

—Bueno, no tendré más remedio que tenderme…

Cuidando que el peinado no se le averiara, se recostó a medias sobre el edredón de seda. Consuelo se acomodó al pie de la cama, mirándola y sonriendo con sus profundos ojos negros. Olga cerró los suyos.

—Te he visto en películas —escuchó que decía Consuelo— y me pareces mejor al natural. No creo que pueda haber una criatura más bella, más perfecta que tú. Comprendo por qué los hombres se vuelven locos. Sin embargo, querida, ningún hombre te merece…

En eso entró Many. Olga se incorporó. Desde su sitio, Consuelo miró a la sirvienta negra.

—Señorita, el licenciado acaba de llegar…

Olga se arregló rápidamente pelo y vestido; retocó la pintura de sus labios.

—¡Estás divina! —reiteró Consuelo Ugarte, aprobándola.

Don Federico Guillén se vio rodeado de personas, que le sonreían y le dirigían frases amables. La expresión adusta de su rostro se suavizó un poco cuando divisó a Olga descender la escalera monumental. Acompañaba al omnipotente un hombre delgado y pálido, vestido de etiqueta.

—¡Licenciado, buenas noches! —Saludó ella.

Guillén sacudió su mano. Quienes los rodeaban comenzaron a dispersarse. Él la tomó del brazo:

—Mira: te presento a Raúl Tovar.

El aludido tendió su diestra y dijo que tenía mucho gusto en conocerla.

—¿Sabes quién es el amigo Tovar?

—Claro. ¿Quién no lo conoce?

—Es usted muy gentil, señorita…

Abruptamente, don Federico indicó a Tovar que se divirtiera y

llevó a Olga a la pequeña biblioteca. Cerró con llave por dentro y se palmeó, con ambas manos, el abdomen. La habitación, forrada de anaqueles, olía a pintura y a flamante cuero encuadernado. Jadeando, pues su corazón había vuelto a darle molestias las últimas semanas, Guillén se dejó caer en una de las butacas rojas y atrajo a Olga:

—Antes que nada, deme un beso…

Accedió, besándolo sin mancharle la frente. Toscamente, Guillén la obligó a sentarse sobre sus piernas.

—Licenciado —protestó ella—, ¡alguien puede entrar!

—¡Y qué carambas que entren! Estoy en mi casa y si no les gusta, ¡que se larguen!

—Es broma, Federico. No te enojes.

Su amante le escrutó el rostro, con una profunda mirada inexpresiva. Olga resistió sin pestañear.

—Estuve en Los Pinos y me acaban de nombrar jefe de la Comisión Nacional de Obras.

—¿Sí? —se asombró.

Guillén le pasó la mano por los mórbidos muslos:

—Sí. Se necesita un hombre de pantalones en el gobierno. Yo soy ese hombre —expandió el pecho, irguiendo su columna vertebral —. Mañana tomo posesión. Mi nombramiento causará el efecto de una bomba y más de cuatro pondrán la cara seria. ¡Especialmente esos líderes sinvergüenzas, como Lombardo, que han prostituido la causa revolucionaria!

—Me alegro mucho, Federico.

—Yo los haré caminar muy derechitos —el mazo de su puño golpeó el cuero rojo del sillón—. ¡Muy derechitos o verás para qué nacieron; aunque tenga que liquidar a dos o tres!

—Y el Presidente, ¿está de acuerdo?

—Pues claro. ¿Para qué crees que me llamó? Él y yo somos amigos. ¡Ya verás todo lo que haré!

Luego, cambiando de tema, preguntó cómo iba la fiesta y si la casa le agradaba. Olga Lang, suavemente, se levantó y quedó ante él. Guillén la miraba como abstraído. Desde ese momento se sentía el hombre más poderoso del gobierno. «Una política de mano dura» sería la suya. El Presidente era demasiado bondadoso, demasiado blando para tratar con pillos como los que lo rodeaban. Muchos ministros, y el licenciado sabía los nombres, estaban agitando las esferas oficiales con fines futuristas. Dentro de diecinueve meses Ávila Camacho dejaría de gobernar y era preciso, razonaba don Federico, preparar a un sucesor vigoroso y temido. «Yo soy el hombre».

—Licenciado —sentada junto a él, le acariciaba el pelo cano—. ¡Quiero pedirte un favor!

—¿Cuál? —gruñó.

—Una recomendación para el gobernador. No para mí, desde luego, sino para otra persona.

—¿Quién?

—Mi papá… —hizo una pausa y tomó aire—. Necesita cemento, unas cuantas toneladas. Ya sabes que ahora, con la guerra, no se consigue a ningún precio. No es mucho, claro. En el mercado negro…

Guillén había sacado su cartera, de la que extrajo una tarjeta. Destapó la pluma fuente de oro y escribió unas cuantas palabras.

—Toma. Con eso te darán todo el cemento que quieras.

Leyó Olga los garabatos y aprobó: «Tenga usted la bondad de ordenar se entreguen al portador las toneladas de cemento que necesito…». En ese momento sentía un gran afecto por Guillén. Lo tomó de la mano y lo obligó a levantarse.

—Vamos, para que te vean…

Cuando regresaron a la sala, el piano tocaba lánguidamente. Reconoció Olga el estilo de Raúl Tovar, tan delicado y bello como el de Agustín Lara. Varias personas rodearon a Guillén, interesándose por su salud.

—Leímos en los periódicos…

—¡Bah! Son una partida de embusteros. ¡Decir que estaba grave!

—Nos alegramos de que no sea así, don Federico.

Éste se golpeó el pecho:

—Estoy muy entero, mi amigo. Todavía he de dar mucha guerra. La matraca —con el pulgar señaló el sitio del corazón— camina bien, al centavo…

Olga hizo señas a Sisler de que se acercara. Estaba cerca del piano. Marchó a su encuentro. En sus caderas sintió clavados los ojos de Guillén.

Indicó, con leve cabeceo, un rincón discreto. Allí le mostró la tarjeta. Sisler quiso tomarla, pero Olga la puso fuera de su alcance.

—Es la orden, Edmundo, entregarán todo el cemento que necesitas.

—¡Fantástico, Olga! Dámela.

Ella movió la cabeza:

—No te precipites. El trato es otro: cuando me entregues el dinero, la tendrás…

Y se alejó, dejándolo con la boca abierta. Fue al piano. Tovar, abstraído y ausente, lo hacía producir música delicada y sensual. Olga se acodó y permaneció escuchando y mirándolo varios minutos. Raúl cesó, para beber de su copa.

—Me encanta la música —dijo Olga—; su música, especialmente.

Intentó él levantarse. Ella le pidió que no.

—Siga, por favor…

Luego Tovar le preguntó cuál era, de entre las suyas, su canción predilecta. Cuando escuchó el nombre comenzó a tocarla y cantarla, con una escasa voz desafinada. Aquel hombre, que no era precisamente hermoso, fascinaba a Olga Lang. Más bien, rectificó, no el hombre en sí, sino lo que era.

—Es curioso —exclamó— que nos conozcamos en mi casa.

—¿Por qué? —las frágiles manos pálidas arrancaban lindos sonidos a las teclas.

—Desde que era una chiquilla, en mi pueblo, deseaba conocerlo. Sus canciones siempre me han gustado. Es ridículo, pero debo confesárselo, señor Tovar: recortaba las fotografías suyas que se publicaban…

Con una sonrisa, Raúl le expresó cuánto agradecía aquello. Notaron, de pronto, que estaban solos. Los demás se habían apartado. Así era mejor.

—Es más —añadió Olga—, hubo un tiempo en que estuve enamorada de usted. ¡Claro que no fue sino una chiquillada!

Reincidió Raúl Tovar en la melodía predilecta de Olga. La miraba. Le pareció de perfecta hermosura, con su pelo brillante, su rostro ovalado y armonioso; sus manos estilizadas. Las señaló con un movimiento de cabeza:

—Son, las suyas, las manos más hermosas que he visto.

Súbitamente confusa, Olga las crispó. La sangre se le agolpaba en las mejillas. Nunca había podido resistir el impacto directo de un elogio sobre sí misma. Le gustaba, por ejemplo, que dijeran que era bellísima, pero no que particularizaran.

—Como toda usted —Tovar hizo enmudecer el piano, levantándose—, son inspiradoras. Algún día las cantará mi música.

En eso llegó don Federico. Colocó su garra sobre el cuello desnudo de Olga.

—¿Qué tal, maistro? ¿Está contento? Ese piano es muy bueno; me costó veinte mil pesos…

A Olga le pareció innecesaria y de mal gusto la observación. Raúl Tovar acarició la pulida superficie del instrumento y convino en que era magnífico.

—Me gustan las cosas caras, maistro —Guillén miró a Olga profundamente—: Las hembras, los caballos, los coches, las fincas. Y cuando uno tiene, pues ¿pa'qué quedarse con las ganas? ¿O no es así?

Raúl contempló a Olga y compartió el embarazo de aquel momento. ¡Cómo una mujer como ella podía ser la amiga de una bestia millonaria! La compadeció, amándola intensamente. Consultó

su reloj.

—¿Se va ya, maistro?

—Sí, licenciado. Es muy tarde.

Olga se brindó a acompañarlo. Cruzaron la sala, llena de murmullos y risas. Creía de su deber disculpar a su amigo y estuvo pensando en si debía hacerlo o no. Optó por lo último.

Sentía, realmente, que se marchara Tovar. Era una criatura fascinadora y diferente. Estuvo tentada a invitarlo a que volviera otro día.

—Ha sido un placer conocerla —Tovar le besó la mano—. ¡Un placer inigualable!

Fue Olga quien retuvo la diestra de Raúl: una pequeña mano delicada, casi femenina. Aquel contacto le producía una sensación desconocida, desconcertante. Se turbó un poco al decir:

—Lo mismo digo, señor Tovar. ¡Espero que haya estado contento…!

Él seguía mirándola a los ojos; sus manos continuaban unidas. No le importaba a Olga que fuera un par de pulgadas más bajo que ella, ni, tampoco, que no fuera bello. Lo encontraba encantador. Cuando dijo:

—¡Vuelva cuando quiera; ésta es su casa! —tenía la boca seca.

Lola Rico llegó a su lado. Sonreía con una mueca indefinible. Mirando la puerta por la que había salido el compositor, suspiró:

—¡Qué tipo, eh!

—Es simpático —Olga se colocó un antifaz de indiferencia.

Volvieron, juntas, al salón:

—Muy *charming,* querida; muy peligroso… Por desgracia, es el hombre más infeliz del mundo.

—No me parece. Es famoso, rico…

—Pero, sentimentalmente, un fracaso. Su vida matrimonial está llena de extraños incidentes. ¡Dicen que les pega a sus mujeres!

Lola la llevó a que bebieran un *high ball.* Olga no pudo rehusarse. A lo lejos, don Federico era el centro de un grupo de adulones.

—¿Cuándo piensas volver a filmar?

—No sé, quizá pronto —repuso Olga, vagamente.

—¿Es cierto —Lola se tornó confidencial— que él no te deja? ¡Yo, claro, no lo creo, pero es lo que se murmura!

Olga bebió un sorbo. Seguía pensando en Raúl Tovar. Tenía sueño y la jaqueca había vuelto a taladrarle la cabeza. El ambiente era insufriblemente pesado, como las gentes y las cosas que la rodeaban.

—No hay nada de eso —explicó—. Precisamente estoy leyendo varios argumentos. En cuanto encuentre uno a mi gusto, filmaré…

—¡No sabes qué gusto da oírte decir eso, Olguita! Sería una lástima que interrumpieras tu carrera, tan llena de éxitos.

—¿Y tú?

—¡Psch! No todas tenemos tu suerte. Yo me defiendo. He recibido ofertas para trabajar en Buenos Aires. ¡Nada en firme, por supuesto!

—Lola, quiero pedirte un favor. Siempre me he preguntado qué mágico poder ejerces sobre el tiempo, que pasa sobre ti y no deja huella. Las jóvenes somos inexpertas y creemos no necesitar de los consejos de nuestros mayores. Yo, Lola linda, necesito del tuyo. ¿Qué debo hacer para no volverme vieja?

Lola Rico dejó el vaso en la mesa, miró a Olga temblándole la barbilla y se dispuso a responder.

II

No lo invitó a sentarse. Quien estaba de pie, al otro lado del escritorio, era un hombrecillo muy pálido, de pequeña estatura y manos temblorosas. Miraba a don Federico con gesto angustiado.

El despacho olía a cedro nuevo. Por las ventanas llegaba el rumor apagado de la ciudad. El licenciado se removió en la butaca y puso ante sí, abierta, una revista.

—¿Usted publicó eso? —señaló, hablando lentamente.

Tragó saliva el otro, al tartamudear:

—Sí, señor…

—¿Qué trinquete se trae, amiguito?

—No hay trinquete, señor licenciado. Es un asunto muy periodístico y yo…

Guillén echó su cuerpo hacia adelante y apoyó las mandíbulas en sus puños. Tenía ahora una expresión de bulldog. Miró al sujeto, que temblaba con el sombrero en la mano. Era el director de una revista de gran circulación, especializada en temas sensacionalistas. Precisamente, en el número que tenía allí, había aparecido el segundo capítulo de una serie titulada «Olga Lang y Yo», escrito por Rodrigo Lemus. En él se narraban aspectos desconocidos de la vida íntima de la famosa estrella. El público, por dos semanas consecutivas, había agotado la edición. Las revelaciones del hombre que tanto ayudara a la artista a encumbrarse, eran extraordinarias. La ciudad había sido tapizada de llamativos carteles de propaganda. Fotos cuya existencia nadie sospechaba, ilustraban el artículo. Don Federico, cuando le llevaron el magazine, ordenó que buscaran al director.

Tomó una plegadera de plata y comenzó a juguetear con ella. Lucía en el dedo meñique una esmeralda impresionante. Midió al periodista con sus fríos ojos de pez muerto. Apenas se movieron sus labios.

—El caso es que está usted haciendo una porquería —golpeó la revista—. ¿Qué se propone…?

El hombrecillo pálido estaba aterrorizado. Agitó su cabeza y reaccionó, balbuceante:

—Nada, señor, sólo…

—Esto —insistía Guillén— es una jijada… Se están ustedes metiendo en cosas que no les importan. La señorita Lang no quiere que se hable de ella en los periódicos, que se publiquen estas mentiras. ¿Entendido?

—Sí, señor…

—Quise llamarlo para decirle que no me gusta su revista, que no me gusta usted. —Se levantó y rodeó el escritorio. Instintivamente el editor reculó—. ¿De acuerdo? Si vuelven a aparecer estas cosas tendrá usted un disgusto. A nadie, ¿verdad?, le gusta sufrir un accidente. ¿Conforme?

Arguyó el director, repentinamente, con los ojos relampagueantes de ambición:

—Licenciado, usted sabe que los periodistas tenemos que vivir de algo. Esto —apuntó la revista— nos ha dado mucha circulación. Suspender la serie nos causaría muchas pérdidas.

Lo atajó Guillén:

—No me importa. Lo que quiero es que no vuelva a publicar una sola palabra sobre la señorita Lang. De lo contrario, me veré obligado a decírselo de otro modo.

Oprimió un timbre. Apareció un ayudante uniformado.

—¡Llévatelo! —le indicó el jefe.

El director trató de sonreír, pero Guillén se había vuelto de espaldas. Murmurando un «¡Buenas tardes, señor!», salió rápidamente. Don Federico tomó la revista y la arrojó al cesto de los papeles.

III

Sisler abrió el paquete que llevaba bajo el brazo. Gruesos fajos de billetes flamantes se desparramaron sobre la mesa. Olga quedó como petrificada. Tomó uno de ellos. Olía el papel moneda a nuevo y limpio. No sabía qué decir.

—¡Aquí los tienes! —se ufanó él.

Sonreía malicioso, espiándole el rostro, Olga continuó pasmada durante un minuto. El clic del encendedor de Sisler la rescató del silencio.

—¡Qué barbaridad! —resopló.

—Es mucho dinero, Olga, y no te costó ningún trabajo ganarlo. ¿Ves cómo pueden hacerse buenos negocios con un poquito de cabeza y de influencia?

Como si se tratara de un juguete nuevo, Olga acariciaba el dinero repartido en seis fajos de cincuenta mil pesos. Nunca antes había visto tanto, junto, ni pensó llegar a verlo. Su sueldo máximo no excedió jamás de treinta mil pesos. Ahora sentíase rica, inmensamente rica. Con una voluptuosidad que hizo sonreír a Edmundo, rompió las fajillas y reunió los billetes en un montoncito crujiente y fresco.

Edmundo tomó uno de los papeles de a mil y lo sostuvo entre las yemas de sus dedos. Lo hizo chasquear, antes de reintegrarlo a los otros:

—Esto es sólo el principio; como si dijéramos la muestra de lo que tú y yo, juntos, podemos obtener. Ahora la ganancia es toda tuya. No pido mi parte, porque quiero que recibas una buena impresión. Ya tendré tiempo de ganar yo también. —Sopló la ceniza acumulada en la punta del cigarro—. Incidentalmente tengo otro cliente. Necesita unos permisos de Economía para exportar hierro. Está dispuesto a pagar, si los consigues, cien mil pesos. De allí, veinticinco mil serán míos. ¿Conforme?

Ella no lo pensó mucho…

—Tú me dirás cómo debo hacerlo…

—Es curioso —Sisler encendió un nuevo cigarro—; estoy casado con una de las mujeres más ricas del país y, sin embargo, me las veo negras para pagar mis deudecillas. El padre, porque debes saber que tiene un padre más tacaño que uno de Monterrey, no me deja ni oler sus millones; es un viejo gachupín, de esos que vinieron hace cincuenta años a trabajar en alpargatas; una auténtica bestia de trabajo que reunió su fortuna privándose de todo. Ahora está podrido en pesos, pero no suelta nada. Ha escrito a Franco para comprar su título de nobleza en España. Ser de los Trescientos es su delirio. Por otra parte, me detesta. ¡Quisiera verme despachando maíz en las calles de Mesones! Yo soy un artista, no un gañán…

Olga se había tranquilizado y el relato de Sisler la divertía. Daba él la impresión de vivir prósperamente: usaba ropa cara y joyas valiosas; tenía un lujoso auto convertible y, por lo que había averiguado, una o dos amantes. Rolando Vidal le había contado que Edmundo perdía fortunas en el Frontón y en el Hipódromo y que llegó hasta falsificar la firma de su esposa. Para evitar el escándalo, que afectaría al suegro, ella no lo denunció. Se habló, incluso, de un divorcio; pero él pudo arreglárselas para que las cosas continuaran como antes.

—Creí que era todo lo contrario —insinuó Olga.

—¡Qué bah! Mi matrimonio es un fracaso… comercial. Lo único memorable es que mi mujer era virgen la noche de bodas. Y como es mal negocio el amor conyugal, necesito ganar dinero por mi cuenta. Lo que nos pasa el viejo, no basta ni para que vivamos medianamente…

Pidió que le obsequiara una copa. En persona, Olga se la preparó. Desde muchos ángulos, Edmundo era un hombre atractivo y agradable. Lo sabía capaz de cometer una canallada sin tentarse el corazón. Empero, su simpatía personal, su extraordinaria facilidad para embaucar a la gente, sus chistes, su afectada gracia, su magnífica libreta llena de direcciones de chicas que presentaba a los políticos, lo mantenían en la primera fila de los vividores profesionales. Desde su matrimonio dejó de frecuentar las redacciones de los periódicos y los pequeños bares donde le fiaban. Cortó, incluso, la estrecha amistad que lo unía con Fernando de la Llave. «Renovarse o morir», era su lema. En presencia de su esposa, cortejaba a las señoras ricas a cuyos salones tenía acceso y hasta se llegó a rumorear que era amante de una viuda heredera de una fabulosa empresa dulcera. «Son inversiones para el futuro», explicaba. Su debilidad, como la del suegro, era figurar en el mundo social y todos sus esfuerzos se encaminaban a ello. En su residencia de las Lomas, regalo del padre de su mujer, organizaba fiestas principescas y solía hacer obsequios a los

columnistas de moda para que lo mencionaran por cualquier motivo.

—He estado pensando —reanudó, después de beber— en tu carrera. ¿Qué has hecho de ella? Nada, o casi nada. Esto que tienes aquí, el lujo en que vives, los automóviles, la ropa, ¿son realmente tuyos? No. Los usas, tan sólo. Llegaste al triunfo y no has tenido tiempo de capitalizarlo. Y en la vida, querida, lo que no se capitaliza no vale…

Olga reconoció que no mentía. Ni aquella casa, ni la ropa que llevaba puesta, ni el automóvil perpetuamente estacionado a la puerta, le pertenecían. Es más, no disponía ni de cien pesos propios guardados en un banco.

—Imagínate —seguía Edmundo— que cualquier mañana el viejo se cansa de ti y te quita lo que ahora tienes. ¿Qué te queda? Por temor a sufrir represalias, como ya ha ocurrido con tus antecesoras, ningún productor te ofrecería un contrato. ¿Querrías volver a trabajar, a comenzar de nuevo? ¡Por supuesto que no!

—¡Y…!

—Tu vida es el cine. Por razones que no tienes que explicarme, porque las conozco, no has trabajado hace más de un año. Tu nombre va olvidándose…

—Lo sé, lo sé —atajó Olga, impaciente. No le agradaba hablar de algo que ella había pensado y repensado hasta el cansancio.

Prosiguió Sisler en el mismo tono:

—Y, si no vuelves pronto, se olvidará completamente. Como ya te he dicho, te encuentras en una situación privilegiada. Eres la amiga de uno de los hombres más ricos del país…

—¡No repitas esa maldita palabra! ¡Amiga!

—Diremos la amante, la confidente, o lo que sea, pero lo eres. Las otras, me refiero a las que ocuparon tu sitio antes, no eran más que mujeres; quiero decir, no eran inteligentes. Tú posees esa cualidad exclusiva de los hombres. Sin embargo, no has sabido encauzarla, porque eres desconfiada y carecías de alguien, como yo, que te orientara. Guillén tiene la Filmadora como una aguja en el pajar de su riqueza. Para él, la compañía no significa nada y lo prueba el abandono en que está… Si tú —se inclinó hacia ella, disminuyó el volumen de su voz— si tú sabes ser lista, ingéniatelas para que te regale las acciones. ¿Qué es quitarle un pelo a un buey? Nada. Lo mismo será para don Fede entregártelas. ¡Y quién te asegura que el día de mañana no te servirán de mucho…! Eres todavía joven. La juventud se quita con el tiempo y el tiempo, querida amiga, pasa aunque no queramos. No dejes que el tuyo transcurra sin provecho para ti…

—Él no quiere ni oírme hablar de eso. Detesta que piense en

cosas de cine. Soy un hermoso animal de lujo. No me queda ni la esperanza de rebelarme, de terminar con él. Ninguna mujer, creo yo, puede hacerlo hasta que él quiera…

Esto dio un punto de apoyo a Edmundo Sisler. Se levantó para iniciar una serie de paseos nerviosos por la sala. Dondequiera que pusiera los ojos, tropezaban con una foto de don Federico. La casa estaba tapizada de ellas: de la puerta al baño. Cada día llegaba uno nuevo, como si quisiera hacerle sentir a Olga que en todas partes la vigilaba su mirada dura.

—Precisamente —rebatió Sisler—, precisamente. ¡Cuando te abandone, porque no creas que no corres el riesgo, tendrás menos, muchísimo menos de lo que trajiste! ¡Y todos estos años habrán sido inútiles, frustrados! Por ello insisto en que debes pedirle esas acciones. Será lo único que te quede.

Sisler tomó su sombrero y dijo que se marchaba. Pero antes, señalando el cerro de billetes, preguntó qué pensaba hacer con ellos.

—No sé. Por lo pronto los guardaré aquí y luego veré en dónde los meto…

—¡Oh, divina indecisión de las mujeres, que piensan mucho y hacen las cosas exactamente al contrario de lo debido!

Repentinamente amiedada, Olga recomendó:

—Edmundo, es mejor que no vengas con frecuencia. Cuando necesites comunicarte conmigo, llámame por teléfono. Aun así, no digas nunca nada comprometedor ni des tu nombre. Sabré reconocer tu voz. El hombre es muy celoso y siempre hay alguien que le informa a quién veo y con quién salgo…

Él le acarició las manos:

—Lo sé, querida… Y ¡no olvides lo que te he dicho!

Prometió Olga no olvidarse. A través de una de las ventanas de la biblioteca vio a Sisler abordar su auto y arrancar; y vio también cómo el chofer Tomás Téllez, bajando con disimulo el periódico que leía dentro del convertible, registraba en su memoria la escena.

IV

Pidió hablar con M. Bernard. Ojeó distraídamente a las chicas que modelaban. De su tiempo no quedaba ninguna. Tomás Téllez colocó la caja sobre una mesita. Olga encendió un cigarrillo.

—¿Deseaba algo, madame? —la voz de Bernard, al aproximarse, resonó tan melosa como antes. Su físico, quizá, había envejecido un poco, pero se conservaba guapo y gentil.

Olga lo encaró, sonriendo:

—¡Señor Bernard, usted ya no me recuerda!

Él la estudió un poco, titubeante. Era una mujer hermosa, elegantísima, deslumbradora; mas no, no le era posible recordar dónde se conocieron.

—¡Soy Olga Lang! Trabajé aquí.

Bernard hizo un aspaviento muy francés. ¡Cómo no iba a recordarla! Abrió sus brazos, para estrechar a Olga.

—Querida mía, perdone este olvido imperdonable. ¡La hemos extrañado tanto! Desde que nos dejó, esto no ha vuelto a ser igual…

Olga pasó por encima de la mentira. Se afanó Bernard para que estuviera cómoda. Se sonreían cara a cara. Andaría él en los cincuenta años y, sí, era guapo. Alguna vez ella creyó estar en peligro de enamorarse de su jefe. Tenía fama Bernard de cortejar a las modelos y de ser celoso hasta la exageración. Mademoiselle Violeta, y esto ninguna chica lo ignoraba, era su rival, porque mademoiselle Violeta tenía la misma afición por las mujeres hermosas que el otro.

—He venido —dijo Olga mostrando la caja— a hacer un pequeño cambio.

—Encantado, encantado —Bernard no cesaba de relamerse mentalmente.

—Se trata de este abrigo. —Olga destapó la caja.

—¿Alguna compostura?

—No. Deseo cambiarlo por otro…

—¡Oh, la, la! ¡Nada más fácil! —miró la etiqueta—. Tenemos primores en el precio.

—¿Y cuál es el precio? —preguntó Olga como si lo ignorara.

—¡Diez mil pesos!

—¿Está usted seguro de que son diez mil pesos?

—*Oui, madame.*

Sonrió Olga. «Lo que suponía». Lentamente abrió su bolso y sacó un papel doblado. Lo extendió y contempló la cifra. Era la factura del abrigo que el licenciado le llevara la noche anterior. Dejar dentro de los obsequios el precio era una de sus costumbres desagradables. Olga, después de medírselo en casa, indicó a Guillén que pensaba cambiarlo por uno más ancho de hombros; a lo que él estuvo conforme. Olga sabía que aquella piel no costaba, aunque la factura marcara cuarenta y cinco mil, más de diez mil pesos. Muchos como ése había vendido cuando trabajó en la tienda. Por su mente cruzó una idea: cambiarlo, sí, pero con ventaja.

—¿Diez mil pesos? —fingió asombro—. Entonces debe haber una equivocación. Aquí tengo la factura, M. Bernard…

Se la mostró. Bernard, taimadamente, caló sus lentes y leyó la cifra. Las manos comenzaron a agitársele. Guillén había llamado por teléfono al gerente ordenando que le enviaran un abrigo de piel de unos diez mil pesos, pero con una factura de cuarenta y cinco mil. Y así lo habían hecho.

—Este abrigo —quiso estar seguro— ¿lo compró el licenciado Guillén?

—Sí. Él me lo obsequió. Pero, como no me gustó el color, decidimos cambiarlo…

—Me temo, señorita Lang, que va a ser imposible. No nos quedan muchos de ese precio.

Olga esperaba, exactamente, que le dijeran lo que había escuchado. Sin demostrar contrariedad, pidió ver los que tenían en existencia.

—Es que —Bernard quiso rebatir— debo consultar al gerente, y él no está…

—Antes de venir —le informó ella— lo llamé por teléfono, previendo una contingencia como ésta. Me espera, señor Bernard. ¿Vamos?

El superior, pequeño y cómico con su calva de espejo, frunció las cejas y comenzó a discutir acaloradamente en francés con Bernard. Olga pudo captar frases como éstas: «Caímos en la trampa… ¡Yo lo decía…! Estas gentes son peligrosas… ¡Oh, *les cocottes*!».

El señor gerente ensayó una sonrisa fascinadora:

—Señorita Lang, debo informarle que se trata de una lamentable

confusión. La persona que hizo la factura, por descuido, puso cuarenta y cinco en lugar de diez mil.

Olga, continuó con su fingido asombro:

—¿Está usted seguro? ¡El señor Guillén me dijo, precisamente anoche, que había pagado cuarenta y cinco mil pesos, ni uno menos, por el abrigo!

—¡Es imposible! —protestaron a coro los dos franceses.

—Bueno —Olga se levantó y tomó la factura de manos de Bernard—. No tendré más remedio que informar al licenciado Guillén que lo han engañado, vendiéndole en cuarenta y cinco mil un abrigo de diez mil pesos. *Au revoir,* señores.

Los franceses cambiaron entre sí miradas de pavor. A ningún precio querían tener conflictos con Guillén. Cuando Olga cerró la puerta los dejó discutiendo, gesticulando acaloradamente. Caminó, sin prisa, por el corredor alfombrado. El chofer Téllez se encasquetó el lejano, disponiéndose a escoltarla al automóvil. Pero el asunto no había terminado.

—¡Madame! —al fondo del pasillo resonó, agudamente, la voz de Bernard—. Venía jadeando, con el rostro descompuesto, casi lívido.

—¿Sí? —en ese momento se abrieron las puertas del ascensor. Bernard gritó a quien lo operaba que se largara.

—Madame —estaba a punto de llorar. Tomó a Olga del brazo y la condujo a la sala de exhibición—. En efecto, ocurrió un error terrible. El señor sí pagó cuarenta y cinco mil pesos por el abrigo. Lo cambiaremos con muchísimo gusto…

Olga sonrió. Bien sabía que una tienda tan seria y un hombre encantador como Bernard reconocerían en seguida que todo era un error.

Graciosamente, indicó al jefe del departamento de pieles el camino que llevaba a los auténticos abrigos de cuarenta y cinco mil pesos.

I

Cuando Olga encendió la veladora, el despertador eléctrico marcaba las 3:45 de la madrugada. Insistentemente, continuaba sonando el timbre del teléfono.

—¿Sí?

Una voz masculina preguntó si allí vivía la señorita Lang y si podía venir al aparato, para un asunto urgente:

—Soy yo…

Escuchó un carraspeo y luego:

—Aquí hay una persona que dice conocerla; más bien una tarjeta escrita: «Olga Lang, 35-40-72».

Ella se sobresaltó y quiso averiguar algo más. La tranquila voz del hombre explicaba:

—Alguien quiso suicidarse…

—¿Quién? —Olga estaba aterrorizada y, por un segundo, antes de tener respuesta, supuso que era Luis.

—Una mujer. ¿Podría usted venir?

—¿Cómo se llama?

—No lo sabemos. No tenía más señas que la tarjeta. Está en la Cruz Verde.

Olga prometió ir inmediatamente, al comprender de quién se trataba. Sólo una mujer, de entre todas las que conocía, era capaz de suicidarse y dejar las señas de la señorita Lang para que le notificaran el suceso. Llamó a Many, le informó a dónde iba y, echándose un abrigo en los hombros, sacó el automóvil del garaje.

Era una madrugada vacía. En la Reforma unos trasnochadores ebrios le hicieron señas de que se detuviera, confundiendo el suyo con un automóvil de ruletero. Pasaron fugazmente ante el haz luminoso de los faros y desaparecieron en la oscuridad. Había un silencio de árboles y faroles helados. En las glorietas chillaban las ruedas del coche, lanzado a ochenta kilómetros. Escasos vehículos transitaban el

Paseo. A lo lejos pudo entrever la Columna de la Independencia.

La tarde anterior había recibido la visita de su padre. Quería conseguir un empleo. Prometió ayudarlo, pidiéndoselo al licenciado. El viejo insinuó la posibilidad de radicarse, junto con la madre de Olga, en México. Inexplicablemente ella sintió desazón por tal anuncio y trató de convencerlo de que los tiempos eran difíciles y la vida cara en la metrópoli. El padre, sin embargo, dijo que ya que ella era rica, muy rica, bien podría tenderles la mano. Olga Lang propuso pasarles una pequeña mensualidad y gestionarles una canonjía en el gobierno, con la única condición de que no salieran del pueblo.

Para Olga la compañía de unos padres viejos e intolerantes era molesta. Sabía muy bien que pronto comenzarían los disgustos. Como fuera, su vida era tranquila y ya bastantes preocupaciones la inquietaban para echarse otras más. Alegó el padre que su hija necesitaba el apoyo moral de sus mayores, su auxilio y su consejo desinteresado. Pero Olga rebatió que si había podido pasarse sin apoyo, auxilio y consejo tantos años, bien podría seguir prescindiendo de esas cosas.

Un tipo de mal aliento, acodado en la barandilla de la Sexta Delegación, bostezó:

—¿Qué quiere?

Olga explicó que la habían llamado, que se trataba de un caso de suicidio, que deseaba saber…

—¡Ah, sí! — la interrumpió—. Pero no está aquí, sino en la Cruz. A la vuelta.

Alguien se acomidió a guiarla hasta el hospital de emergencia. Los patios rezumbaban un penetrante olor de orines y polvo. Dos o tres policías fumaban, recatados junto a la puerta. Al fondo había una lucecita encendida.

—Allí es —le indicó el acompañante.

Agradeció con uno de los flamantes billetes de a peso que estaban de moda. Cuando llamó con los nudillos a la puerta de cristales opacos, le palpitaba fuertemente el corazón. Advirtió que tenía miedo. Un sector rectangular de cara cubierta de barba sucia se asomó:

—¿Quihubo?

—Soy Olga Lang. Me llamaron…

De adentro se emitió un cortante:

—Que pase…

Por un momento temió desvanecerse. Sus zapatos resbalaron en algo rojo y viscoso: un cuajaron de sangre. Sintió basca. El pequeño cuarto, de encaladas paredes desnudas, olía a éter y a mugre. Un sujeto despeinado, vistiendo abrigo sobre la bata pringosa, le hizo

señas con la mano:

—Está grave —espetó sin ceremonia. Se frotaba la mandíbula con los dedos manchados de nicotina—. ¡Psch! No creo que se salve. Figúrese: se tragó treinta nembutales y, por si fuera poco, se carga una congestión alcohólica padre…

Olga recordó que Lupe Vélez, pocos meses antes, había muerto así y emitió un «¡ah!». Procuraba hablar en voz baja, temerosa y asustada. Lo de Lupe la había sacudido tremendamente y sintió una poquita de lástima por ella. El hombre de la bata sucia tenía una vaga sonrisa en los labios.

—¿Es usted el doctor?

—No. Soy el practicante. Él se fue a dormir…

—Y ¿cómo fue?

Hablaba el practicante con un helado tono profesional. Día a día, noche a noche, llegaban hasta él pedazos de carne habitados por la muerte. Ya no le llamaban la atención. Se había endurecido. Alzó los hombros:

—Como siempre. Una borrachera y los nembutales. Así hay docenas de casos todos los días. ¡Venga!

La condujo a una sala más amplia. Sobre la mesa de hule viejo había un cuerpo enflaquecido y verdoso. El piso estaba salpicado de materias fecales y la pestilencia repugnante dejó sin respiración a Olga Lang. El hombre que estaba junto al cuerpo luchaba con un irrigador estomacal. Viró apenas la cabeza y siguió trabajando.

—Es difícil que se escape —machacaba el practicante.

Estaba Olga ante un espectáculo lamentable y deprimente. Un garabato de mujer agonizaba en la mesa de hule y dos hombres, sin congoja ni asco, trataban de salvarle la vida lavándole el estómago.

—Acérquese —la llamó el de la bata.

Empujó sus pasos tímidos. Tenía revuelto su propio estómago por la fetidez. El practicante tomó la cabeza de la mujer por el pelo, alzándola:

—¿La conoce?

Había allí una cabeza de mujer: los ojos hundidos, la piel verde y transparente; los pómulos apenas forrados de epidermis; el mentón agudo; la nariz afilada hasta el espanto; los labios exagües.

—¿La conoce? —reiteraba.

—Sí…

—¿Pariente suya?

—No. Amiga, nada más. Se llama Teresa, Teresa Mallén.

—¡Ajá! — soltó los pelos y el cráneo cayó sobre la mesa.

Cuando estuvieron fuera, Olga casi desvanecida se desplomó sobre una silla desvencijada. Solícito, el practicante la hizo aspirar de

un algodón con alcohol. Le ardían las fosas nasales y los labios, pero comenzaba a recuperarse. Estuvo varios minutos con los ojos cerrados. Sin saber por qué, el olor a éter había dejado de molestarla. Inquirió detalles.

El practicante le ofreció un cigarro, que rehusó. Sintió Olga, desde dentro de sus párpados, que estaba contemplándola mientras fumaba.

—A las dos —el de la bata se recargó en la mesa— nos la reportaron. Estaba en un hotelucho de Peralvillo. La trajo una ambulancia. Era un claro caso de suicidio. Encontraron el frasco de los nembutales y dos botellas de tequila vacías. La camarera dijo que la mujer esa —con leve cabeceo señaló la habitación contigua— tenía tres días borracha y que la había mandado a comprar tequila y nembutales. No ha podido decir palabra. Llegó muriéndose, casi sin pulso. En su bolsa había un cigarro de marihuana, treinta centavos sueltos y la tarjeta. Entró como desconocida…

Leyó Olga la tarjeta. «¿Cómo la habrá obtenido?» La devolvió.

—¿Quiere usted llevarse a la señora ésa?

—Será mejor que se quede. Yo pagaré lo que sea.

Comenzaba a amanecer cuando salió de la Cruz Verde. En el aire del alba se sintió mejor. Le ardían los ojos y la boca le sabía mal. Pesadamente hizo arrancar el automóvil.

II

Fue Many la primera en felicitarla:

—¡Muchos días como éste, señorita Olga…!

Estuvo mucho rato sentada en la cama. ¡Ese día cumplía treinta y un años de edad! Sonrió lentamente:

—Gracias por las flores, Many…

¡Treinta y un años! La noticia no la alegraba. Era un día como todos: claro, luminoso, limpio —y, sin embargo, ¡tan diferente! Había tenido siempre temor de que llegara. Many volvió con la charola del desayuno. Apenas si Olga mordisqueó la tostada y los huevos fritos. Sentíase inapetente. Se levantó y abrió las ventanas. A lo lejos el jardinero japonés hacía su trabajo. Era un hombre infinitamente viejo. «¿Se preocupará él también?» Era aquella una sensación nueva. ¡Treinta y un años! La gente ignoraba su edad exacta, pero no Olga Lang.

¿Qué había hecho en todo ese tiempo? Mentalmente enumeró: crecer, vegetar, soñar hasta los veinte; pelear, sufrir hasta los treinta. El balance no era malo, pero tampoco bueno. «¿Y por qué no?» Claro, ¿por qué no? Tenía todo: fama, riqueza, un amante espléndido.

Encendió un cigarrillo. Estaba deprimida y sin voluntad ni de vestirse. Volvió a tender su cuerpo en la cama deshecha. El cielo raso era de estuco. Una mosca —pequeño avión invisible— zumbaba dentro del cuarto.

En términos generales había sido feliz. Hizo recuento y llegó a la conclusión de que la única época de su vida realmente digna de recordarse fue la que pasó con Luis. Entonces no llevaba, como dijera Rodrigo Lemus, el peso de la fama, la responsabilidad del triunfo sobre la espalda. Era una muchacha ambiciosa, que buscaba la gloria y todo lo que ésta trae aparejado. Ahora bien ¿valía la pena haber luchado todo ese tiempo? ¿Compensaba la ruda tarea de todos esos años, el escaso resultado obtenido? ¿No hubiera sido mejor renunciar

a lo que ahora poseía, a la lucha por poseerlo, a cambio de una existencia mediocre, tranquila, apacible? «No», rebatieron sus pensamientos. Como fuera, su vida tenía un destino. Todas las vidas tienen el suyo. Cumplirlo es lo menos que puede hacerse. Hay quienes nacen para ser esposas, amantes de lujo o, simplemente, mujeres. Éstas, las más desdichadas. Olga había nacido para llenar la estrella vacía que los dioses le depararon. «La he llenado».

Many entró sin hacer ruido y dijo que el baño estaba listo. Olga se irguió perezosamente. La negra comenzó a desnudarla.

—Many —la tomó Olga por los brazos—, ¿crees que me estoy haciendo vieja?

La negra soltó su risa blanca:

—¡Qué va! Cada día está usted más linda y más joven.

Olga siguió pensando, mientras enjabonaba su carne, si Many le decía la verdad o sólo una mentira graciosa. A últimas fechas la molestaba con frecuencia un leve dolor en los ovarios. Consultó a un médico, quien opinó que no era nada grave; una simple insuficiencia, fácilmente remediable.

Aseguraba el médico que el funcionamiento irregular de los ovarios era la causa directa de la gordura que la preocupaba tanto y contra la que tenía que luchar a base de dietas rigurosas, de gimnasia y prolongados baños de vapor. Fuera de ello, su salud era excelente. Comía, casi siempre, carne y verduras, y trató varias veces, pero en vano, de quitarse radicalmente el vicio del tabaco; el único que se permitía.

Estuvo leyendo una novela de John Dos Passos hasta que llegó la hora de vestirse para recibir a Guillén. Después de la comida se presentó Rolando Vidal con una caja de flores y la entretuvo refiriéndole que el licenciado cortejaba a una cantante española. Olga no hizo aprecio.

—¿Y eso no te causa celos, mujer?

—Me tiene absolutamente sin cuidado. El licenciado puede hacer lo que quiera. Deja los celos para su esposa…

Don Federico llegó a las siete. Vestía un traje de gabardina verde limón. Miró las flores que Many había puesto en un jarrón.

—¿Quién las trajo? —frunció el ceño.

—¡Rolando Vidal, tu enemigo! —Olga, rio, besándole las mejillas.

Sólo cuando hubo leído la tarjeta y comprobado que eran, en efecto, obsequio del modista, Guillén dejó que su expresión recobrara la tranquilidad.

—Ya sabes —amenazó con el índice— que no me gustan otros gallos en el gallinero.

Por ser un día especial, don Federico aceptó beberse una copa. Hizo que Olga se acomodara muy cerca y le echó el brazo alrededor del cuello. Dejó el vaso apenas tocado, sobre la mesita.

—Mira —de su bolsa sacó un atado de papeles.

—¿Qué es?

—Tu cuelga —soltó la cinta que aprisionaba los doblados papeles verdes—. ¡Las acciones que tanto querías!

Las puso en sus manos. Olga las miró sin palabras. Luego alzó los ojos. Guillén observaba su reacción con una sonrisa satisfecha. La tomó por la nuca y la atrajo bajo sus labios.

—¿Contenta?

Cabeceó Olga un sí. Sintió agolparse las lágrimas tras los ojos. En ese instante lo amaba con toda su alma. Un regusto tibio humedeció sus muslos; se sacudió, por primera vez en su vida, con el más intenso placer físico, con el único que hasta entonces había sentido. «Voy a mancharme el vestido». Él continuó hablando; le daba las acciones porque así cumplía su mayor deseo: tenerlas para jugar al cine. Claro que ello no implicaba, de ninguna manera, y Guillén quiso puntualizarlo, su autorización para que trabajara como artista. Podría Olga ordenar, disponer, aprobar o rechazar las actividades de la Filmadora a partir de ese momento; mas no intervenir, personalmente, en ellas.

Era tanta su emoción, tan abrumadora la sorpresa, tan increíble lo que estaba sucediendo, que no tenía tiempo de escuchar. Sin advertirlo, comenzó a hundirse en algo vaporoso, adormecedor y grato. Sus glándulas internas se exprimieron, con mayor violencia que la vez anterior, y un prolongado placer que estuvo a punto de hacerla gritar, la sacudió. «No lo creías, ¿verdad?», interrogaron sus pensamientos. No, en efecto, no lo creía. Desde que Sisler insinuó que se las pidiera a Guillén, no había pensado más que en eso. ¡Las acciones! Cuando le dijo que deseaba que se las regalara, don Federico no la había atendido siquiera. Otras tres veces reiteró su petición y lo único que pudo obtener fue un indeciso: «Ya veremos».

Ahora estaban allí, en sus manos, concretas, suyas. ¡Lo que podría hacer poseyéndolas! Después sería más fácil convencerlo de que la dejara filmar. Lo conocía bastante como para hacerlo decir que sí. Todo era cuestión de tiempo y de paciencia.

—Oye —Guillén se había removido.

Ella, un poco sobresaltada, trató de espabilarse. Él, de pie, le tendía la mano.

—¡Vamos para arriba! —demandó.

La asió por la cintura y comenzaron a subir la escalera. Guillén, un poco fatigado, le palmeó las caderas al entrar a la recámara.

—¡Estás flacona! —opinó.

—¡Al contrario! He subido medio kilo en una semana.

Encendió la veladora, corrió las cortinas de terciopelo rojo; retiró el edredón de sobre la cama.

Guillén se quitó los zapatos; luego, pujando, soltó la hebilla de su cinturón.

III

A fines de otoño Olga Lang pudo ver cumplido otro de sus grandes deseos: conocer Nueva York. Cuando le dijo a don Federico que quería ir a los Estados Unidos, para descansar un poco, ver buen teatro y comprarse ropa, aquél había accedido fácilmente.

—Hablaré con el negro Padilla para que te den pasaporte diplomático… Pero ¿no irás sola, verdad?

—No, iré con Rolando. Habla inglés, conoce a mucha gente y es muy simpático…

—Así, no hay cuidado. ¡Es buena dama de compañía!

Rolando se encargó de tramitar los pasajes y de recoger los pasaportes en Relaciones. Antes de partir, don Federico le obsequió a Olga una robusta chequera de dólares. Poco antes había estado Edmundo Sisler. Pretendía obtener, por conducto de la señorita Lang, un permiso de importación para varios cadillacs. Olga le dijo que se marchaba esa madrugada, que no vería al licenciado, pero que, a su regreso, arreglaría todo.

—Y ¡agárrate! ¡Ya tengo las acciones!

Sisler silbó:

—¡Eso sí que es un milagro! No quiero hablar mal de don Fede, ni dudar de su generosidad, pero que yo sepa, ésta es la primera vez que regala algo. ¡Te felicito! ¿Qué piensas hacer?

Por el momento no lo sabía Olga. Desde que las recibió, estuvo tratando de ponerse en contacto con Sisler; pero éste hallábase, con su mujer y su suegro, viajando por Sudamérica. Por eso, la señorita Lang no quiso tomar ninguna determinación.

—Muy cuerdo, mujer. Ustedes no saben de finanzas. Estas acciones son mayoritarias; quiero decir, con ellas tú mandas en la Filmadora; eres la dueña… En fin, te marchas y no será posible hacer nada de momento. Yo, mientras, averiguaré cómo andan las cosas en el negocio y, para cuando vuelvas, tendré mucho que contarte…

El avión despegó en un amanecer opaco y Olga procuró dormir gran parte del viaje. En algún lugar, Vidal le preguntó si conocía el libro de Luis Arvide y Olga dijo que sí.

—Precisamente —añadió él— terminé de leerlo. ¿Sabes que haría una gran película? El personaje es fantástico y lleno de fuerza. A medida que seguía sus pasos, pensaba en ti. ¡Qué papel para una actriz como Olga Lang!, me decía. Y, en efecto, ¡qué gran papel! Parece hecho a tu medida…

Tres días después de haber llegado al Waldorf, Olga recibió una caja de orquídeas, acompañadas de una pequeña nota.

«Espero que esté usted pasando días felices. Lamentablemente, hasta hoy supe que se alojaba aquí. ¿Cuándo podré tener el gusto de verla?—Raúl Tovar.» Y una breve postdata: «¿Quisiera usted cenar esta noche conmigo? Trabajo aquí y vivo en el 417».

Pensativamente, releyó Olga la tarjeta. Eran las ocho y media de la noche y no demoraría mucho Rolando para llevarla a ver *The Glass Menagerie,* de Tennesse Williams, que ponderaba magnífica. Desde la ventana contempló la fantástica perspectiva de Manhattan. ¡Raúl Tovar estaba allí, viviendo en el mismo hotel! Esto le produjo un entusiasmo súbito y su mente rememoró los detalles del primer encuentro, la noche que inauguró su casa, cuando él le cantó sus viejas canciones sentimentales.

Rolando llegó cinco minutos retrasado y la urgió a partir inmediatamente.

—¡Estás divina! —opinó, ayudándola a ponerse el abrigo de cuarenta y cinco mil pesos. Salieron.

Nueva York la había fascinado, abrumándola con su magnífica grandeza de cemento, multitudes y luces. Rolando era, en efecto, un guía excelente. La llevó al Museo Metropolitano y al de Arte Moderno; le relató la historia de los pintores cuyos cuadros admiraban por horas; le mostró la biblioteca pública de la calle 42 y la condujo, una noche, al barrio bohemio de Greenwich, donde los yanquis han improvisado su tradición cultural. No podían faltar visitas al Empire State ni al Madison Square Garden, donde la asombró el espectáculo impresionante de un circo. Tenían planeado, para los días venideros, conocer Harlem y visitar al poeta negro Langston Huges, que era amigo de Vidal.

En el día eran las tiendas, Olga había comenzado a comprar chucherías en Saks y algunas joyas en Tifany's. Rolando se opuso a que adquiriera ropa hecha y la indujo a que apartara finísimas telas para futuros vestidos que él diseñaría.

Después del teatro, Olga pidió regresar al hotel y cancelar el programa para esa noche. En uno de los cuatro cabarets del Waldorf

tocaba Raúl Tovar. Ella insinuó: —Entremos…

Ocuparon una mesa cercana a la pequeña pista de baile. Las miradas se clavaron en Olga cuando dejó al descubierto sus perfectos hombros desnudos. Raúl Tovar tocaba lánguidamente. Al terminar lo aplaudieron mucho.

—Rolando, ¿por qué no lo invitamos a que tome una copa con nosotros? Como sea, es un paisano…

Con un mesero, Vidal envió una tarjeta a Raúl pidiéndole acompañarlos. Dos minutos después venía hacia ellos.

—Señorita Lang, ¡está usted bellísima!

La atracción que Olga sintiera la noche que conoció a Tovar se hizo presente de nuevo. Aquel hombre pálido y frágil ejercía sobre ella un dominio especial. Sintió un violento deseo de enamorarse de él, o, más bien, de aceptar que ya lo estaba. Lo escuchó hablar como en sueños. Recordaba cosas de México con gran ternura. Bajo la pequeña mesa circular sintió Olga la presión de una rodilla contra la suya. Miró a Raúl profundamente. Los tersos ojos oscuros del hombre le devolvieron la mirada.

Ella tenía las manos, en indolente actitud abandonada, sobre la mesa. Raúl las contempló abstraído.

—¿Quiere bailar? —se había levantado. Olga asintió.

El contacto de Raúl la estremeció. Muy cerca de su cara sentía el aliento tibio del hombre, enardeciéndola. «¿Qué te pasa?», se preguntaba. Era un buen bailarín y bajo la ropa de etiqueta palpaba Olga un cuerpo que debía ser esbelto y armonioso. Hacía años que ella no bailaba y temía mostrarse torpe.

—Fue una sorpresa saberla aquí —habló Raúl.

—Mayor fue la mía al recibir su nota…

La música era suave y lenta, como a ella le gustaba. No había mucha luz y la intimidad se hacía perfecta. Alabó él sus hombros y Olga sufrió un estremecimiento íntimo, otra caliente descarga, cuando Tovar la estrechó más.

—Quisiera —susurró él— verla algún día a solas; lejos de los cancerberos…

Prefirió no responder. No quería dejarse arrastrar por sus sentimientos, por aquella fuerza incontenible que la proyectaba hacia Tovar. Fingió no haber escuchado. Raúl juntó su cara a la de Olga. Respiraba el cálido olor de su piel y de su perfume.

—¡He pensado tanto en usted desde aquella noche! —explicó.

Olga continuaba callada. Quería oponer la resistencia de su voluntad a aquella tentación irresistible. El contacto de la otra cara comenzó a producirle vértigo y un bárbaro deseo sensual. Había dejado de escuchar la música. Raúl dejó de hablar y ella temió haber

sido grosera.

—¡Yo también, Raúl; más de lo conveniente…! —quiso ser frívola, y sólo consiguió ser sincera.

Él se despegó un poco. Sus caras quedaron una frente a la otra. Se concentró ella en los labios, delgados y firmes, que se movían apenas ante los suyos. Estaba dispuesta a decir que sí a todo.

—¿Puedo verla después… esta misma noche?

—Sí —gimió.

Como si fuera la primera vez, Olga Lang esperó llena de miedo a que Raúl Tovar llamara. Esperó tensamente, en penumbra, sin pensar más que en los minutos que transcurrían sin que apareciera. Y cuando, por fin, el timbre sonó dos veces, el corazón comenzó a latirle con fuerza inaudita.

IV

Dentro del bar del Ritz había una frescura llena de murmullos. Sisler y los tres hombres que lo acompañaban, ocuparon una mesa, pidieron *high balls* y se dispusieron a terminar el importante negocio. Un cuarto hombre, vestido de gabardina color caqui y tocado de suave sombrero tejano, encontró un hueco en la barra, pidió un coñac y se dedicó a observarlos.

Sisler hizo circular cigarrillos Camel. El bar estaba lleno de gente. Denegri los saludó al pasar.

—En lo que no estoy de acuerdo —enfatizó Sisler— es en el porcentaje…

—Es un buen porcentaje —repitió, como un eco, cualquiera de los hombres. Eran los tres de edad y vestían de oscuro.

Asumió Sisler una actitud aburrida; sopló la brasa del cigarrillo. Alzó los hombros:

—¡Muy bien! —tomó el encendedor y la caja de tabaco y se levantó. Detestaba regatear. Lo que pedía, un treinta por ciento, era razonable. Los otros, ¡qué caray!, ganarían casi un millón. No dudaba que alguien más pudiera conseguirles permiso para importar maquinaria industrial; pero, de eso estaba seguro, no pediría tajada tan conservadora y discreta—. ¡Entonces, señores, ni una palabra más!

Sobresaltándose, los tres le rogaron que no se fuera; que aún no se pronunciaba la última palabra y que bien podrían seguir discutiendo alrededor de nuevas bebidas.

—El caso es —Sisler habló gravemente— que ustedes parecen no tener interés en la transacción que les propongo. Hemos hablado mucho del asunto y cada día lo veo menos claro…

El trío movió la cabeza, en tanto que el mesero dejaba los vasos de *high ball.*

—No, señor Sisler; nosotros sí tenemos interés. Falta que sea usted quien se ponga a tiro. Proponemos esto…

Los escuchó un cuarto de hora, sin despegar los labios. Cuando uno de ellos decía algo, los otros asentían o negaban, según el caso. Sisler pensaba en Olga Lang y en la maldita circunstancia de haberse ido de paseo a Nueva York cuando más la necesitaba. Aquellos hombres podían dejarles una utilidad neta de cuatrocientos mil pesos. Él había estado tratándolos sin prisa, sin interés aparente, para dar tiempo a que ella regresara de sus vacaciones. Por dos veces, en la misma semana, la llamó al hotel y le dejó recado urgente de que se comunicara con México —la señorita Lang sabía la clave— sin importar ni el día ni la hora.

Antes de cerrar el trato, antes de comprometerse, urgíale consultarla y saber si estaba o no en condiciones de obtener, con Guillén, una más de aquellas tarjetas mágicas. Olga no daba señales de vida. «Las mujeres —razonaba furioso— no sirven más que para ser mujeres. Quien las meta a los negocios o es su amante o es un idiota». Fumó y sonrió: «Por ahora, soy un idiota».

Uno de los tres arrancó una hojita de su libreta de notas y comenzó a apuntar cifras:

—La cosa está así —iba diciendo a medida que escribía—: usted consigue la autorización y, al entregárnosla, recibirá cien mil pesos; quince días después, otros cien mil y, al obtener nosotros los equipos, el resto…

—¿Y cuánto creen ustedes que sería el resto?

—Cien mil pesos, naturalmente.

Encendió Sisler un nuevo cigarro, con la colilla del anterior. Frotó entre la palma de sus manos el vaso de licor y antes de beber comento:

—Es allí, señores, donde no podemos ponernos de acuerdo.

Los tres cambiaron miradas. Quien llevaba la iniciativa, alegó:

—¡Usted no quiere ponerse de acuerdo con nosotros! Cien mil pesos, más o menos, nada son para usted…

—Ni para ustedes tampoco. En fin, considero que por hoy hemos hablado bastante. Si creen contar con alguien que los ayude mejor que yo —Sisler hizo un displicente ademán— quedan en libertad de buscarlo; si, por el contrario, me necesitan, bien saben dónde encontrarme. Y no olviden; el cuarenta por ciento o nada. Buenas tardes, señores…

Hizo una pequeña reverencia y salió. El hombre color de caqui botó un billete sobre la barra y lo siguió. Sisler caminaba hacia el sitio donde dejó su auto. En Negresco ordenó rosas rojas para una amiguita que vivía en Narvarte. Veinte pasos más atrás, le pisaba la sombra el de sombrero claro.

En la esquina de Gante y Madero, Sisler consultó su reloj de

pulso. Eran las 5:30. Durante un minuto estuvo indeciso, jugueteando con las llaves del coche. Después se decidió por la casa de Ruth. Detrás de su automóvil partió un Club Coupé marrón, ocupado por el hombre que lo seguía y tres más. Cruzaron la ciudad rumbo a la colonia Hipódromo.

Ruth iba apenas bajando cuando Sisler entró. Ambos se abrazaron y tomados del talle entraron a la sala, cuyos muebles habían sido renovados recientemente.

—¿Cómo estás, vieja bandida? —bromeó él.

Ruth le pegó un cachete cariñoso:

—No pronuncies esa palabra en mi casa. ¡Bandida!

—¿Sigues de pique con ella?

—Una dama —dijo Ruth muy seria— no alterna con madrotas desprestigiadas…

Sisler se sacudió a carcajadas. Admiraba a Ruth, la mujer que como nadie conocía el secreto de entretener a los hombres. Le gustaba su casa, porque era amigo de la dueña, porque había hembras jóvenes y guapas, buena bebida, y, más que nada, porque podía firmar vales que nunca pagaría. Ruth era inteligente, hermosa y aficionada a los mancebos rubios. Dentro de su profesión, como ella decía, una verdadera dama.

—¿Qué piensas escribir tus memorias, Ruth?

Aceptó que algo de eso había:

—Luis Spota quiere convencerme. Pero, no sé si tendré tiempo. ¡Lo que yo podría contar!

—Acaba de publicar un libro sobre Mojica. ¿Lo leíste?

—No, todavía. Espero que él me lo regale.

Pidió Sisler que vinieran muchachas y estuvo bailando y bebiendo con ellas hasta que comenzaron a llegar más hombres. Se vio de pronto sentado junto a un sujeto gordo, con las manos llenas de anillos, a quien las chicas llamaban senador.

—¿Cómo ve la cosa política? —le preguntó, sin dejar de manosear a Nancy, a quien se había sentado en las piernas.

—Bien —Sisler trató, del mejor modo, de salir del paso. Tanto él como el senador estaban demasiado bebidos para discutir. Además, le era desagradable.

El senador le secreteó:

—¿Sabe usted quién va a salir de presidente?

Dijo Sisler que no lo sabía:

—Hay varios…

—No, no. ¡El mero bueno! No es Henríquez, ni Alemán, ni Rojo Gómez. Es, ¿sabe quién?

—¿Padilla?

—¡Bah! ¡Don Federico Guillén! El mero.

Edmundo entrecerró los ojos. Algo se rumoreaba en la ciudad; en los bares, en los prostíbulos, en las oficinas, en los cafés, en los bancos. ¡Don Federico, el hombre fuerte; el todopoderoso; el superministro que tenía tanto poder político!

—Y eso ¿es seguro?

—Yo, Anacleto Domínguez, senador de la República, se lo aseguro, mi cuate.

Edmundo pensaba en Olga Lang y veía, para ella, un dorado camino de joyas, mansiones y contratos. «Guillén Presidente». Veía millones, influencia y poder reflejos. Se alegró infinitamente y experimentó una vivísima simpatía por Domínguez. Sus oídos no escuchaban ya la música, ni las conversaciones, ni las risas de las muchachas. Sólo el par de mágicas palabras: «Don Federico» —llave maestra para todas las cerraduras durante los próximos seis años.

—¡Será posible!

—¿Y lo duda? —el senador se infló como un sapo—. ¡Claro que lo es! Pronto comenzaremos a formar comités. Los Rojos, los Henríquez, los Alemanes se irán al carajo —le palmeó rudamente la rodilla—; al carajo y al galope, para llegar antes.

Cuando Edmundo Sisler salió del burdel era ya de noche. Había pasado una tarde muy agradable e iba cantando, con su alcohólica voz desafinada:

En un bosque de la China,
la chinita se perdió.
Y como era yo un perdido
nos encontramos los dos.

Tuvo que encender su Ronson para localizar la cerradura de la portezuela. Eructó ruidosamente y resoplando se acomodó ante el volante. Un poco más allá, los hombres del Coupé marrón lo observaban. Sisler arrancó a jalones y continuó cantando. Don Federico era un gran tipo, pero la pelirroja con quien se había acostado, ¡Dios, cómo lo movía! Decidió volver al día siguiente. O ¿por qué no amueblarle un apartamento y tenerla para sí solo? Cuando don Fede llegara a Presidente las cosas pintarían muy bien. Olga era, como la chica del burdel, una prostituta, pero de categoría; aquélla trabajaba más. Tal era la diferencia. No pediría mucho. Con media docena de contratos al año. «Pendejo, no te atravieses». Metió segunda y con el claxon le mentó la madre al peatón imprudente.

Corriendo a noventa, las ruedas del auto aullaron al rodear la glorieta de la Diana. La marquesina del cine Chapultepec arrojaba

sobre los árboles del paseo un gran destello de luces cegadoras.

El Coupé marrón no perdió un metro de la distancia. En la recta que conduce a las Lomas, Sisler oprimió más el acelerador. El otro coche aumentó su velocidad.

… Y como era yo un perdido
nos encontramos los dos…

El Coupé marrón comenzó a rebasarlo por el lado derecho. Sisler miró las luces pequeñas desaparecer del espejo retrovisor y ponerse paralelas a él. En ese momento, de la ventanilla del otro auto emergieron rápidos flamazos anaranjados. Saltaron los cristales hechos polvo. Edmundo sintió varias fugaces quemadas en el cuello, en el pecho. Su cerebro dejó de funcionar y se precipitó por el tobogán del desmayo.

El Coupé marrón desapareció, apagados ya sus faros, en la oscuridad.

Las heridas, según dijo el médico en la Cruz Roja, eran graves. El hospital había sido invadido por agentes del Servicio Secreto, periodistas y fotógrafos. Cada hora se boletinaba, para la prensa, el estado del señor Edmundo Sisler.

La esposa y el suegro fueron interrogados por los investigadores. ¿Tenía enemigos? ¿Algún lío de faldas? ¿O deudas de juego? ¿Un atentado político? Ellos no sabían nada y nada pudieron decir ni a las autoridades ni a los reporteros. El hecho, por sí mismo, era de lo más extraño.

Cuando Sisler salió de la anestesia, el médico autorizó al agente del Ministerio Público para que lo entrevistara, bajo la condición de no fatigarlo demasiado. Sisler estaba pálido y débil. La hemorragia y la anemia subsecuente lo tenían al borde de la muerte. Su cara, entre las sábanas, era una pequeña mancha verdosa.

Las preguntas fueron más o menos las mismas. Edmundo contó su cuento e insistió, con tartajosa dicción, que quizá había sido víctima de un error. No, no tenía enemigos políticos, ni deudas de juego, ni, titubeó, líos amorosos. El agente le indicó que la policía había averiguado que por la tarde, y hasta poco antes del atentado, estuvo en casa de Ruth. Aceptó que era cierto, pero que no había tenido dificultades con nadie. Al día siguiente los periódicos cabecearon:

¡HOMBRE AMETRALLADO EN CHAPULTEPEC!

Las notas eran alarmistas:

Edmundo Sisler morirá sin remedio. Las heridas son gravísimas.

Y otra:

El atentado es obra de pistoleros profesionales.

Y otra más:

¿Quién es el director intelectual del crimen?

Un reconocimiento posterior, más minucioso, convenció a los médicos que Sisler no había sido tan gravemente lesionado como se temió al principio. Las balas, por milagro, respetaron su corazón. Sólo una de ellas alcanzó a herirle, en sedal, la cabeza. El estado del herido era satisfactorio y, hora a hora, aumentaban las probabilidades de salvarle la vida.

Durante toda la semana la policía se dedicó a interrogar a docenas de sospechosos. Cada día parecía ser más difícil llegar a los verdaderos culpables. Un mesero del Ritz y el velador de la casa de Ruth hablaron: aquél, de un hombre vestido de gabardina caqui que había salido tras Sisler la tarde del ataque; éste, de un coche marrón que estuvo estacionado todo el tiempo que Sisler permaneció en el burdel y que partió, con las luces apagadas, tras el auto agredido.

La Prensa, con grandes letras rojas, desplegó cinco días después del crimen:

¡CONOCIDO POLÍTICO INODADO!

En su peculiar estilo, Miguel Gil decía:

> Este reportero ha recabado informes de que el atentado que sufrió, hace seis días, en el camino a las Lomas, el señor Edmundo Sisler, es obra de un político de alta alcurnia…

La nota, llena de hipótesis personales del redactor, no agregaba nada nuevo y terminaba prometedoramente:

> Mañana daremos a conocer el nombre del autor intelectual del crimen…

Sin embargo, la promesa no fue cumplida. Pasaron los días y el caso perdió interés. El nombre del autor intelectual no llegó a

revelarse, porque los directores de periódicos recibieron indicaciones de guardar silencio.

No obstante, en todos los rincones, la anónima voz popular comentaba:

—Fue Guillén…

V

Rolando Vidal mostró a Olga un ejemplar del *Daily Mirror*, en el que se publicaba la noticia del asalto a Sisler. La leyó ávidamente.

—Sospechas quién fue ¿verdad? —preguntó Rolando significativamente al verla palidecer.

Tardó unos segundos en reponerse:

—Sí. Fue él. Lo sé —y casi sin darse cuenta repitió lo que el licenciado había dicho sobre el gallo, la gallina y el gallinero.

Rolando continuaba de pie. Olga, abstraída, dejaba vagar la mirada por el imponente paisaje de luces que encuadraba la ventana. «Él se lo buscó —repetía, en silencio—. Nadie más que él. Muchas veces le advertí que no fuera a mi casa, que no me hablara, que no hiciera público alarde de que éramos amigos».

—Lo mismo —indicó abruptamente Rolando— puede su-cederle a Raúl. ¡Es una imprudencia lo que estás naciendo, Olga!

Ésta siguió sin responder. Reconoció que Rolando decía verdad. Los últimos días se había exhibido demasiado con Raúl Tovar, y Cholly Knickerboker, en su columna de chismes sociales, había mencionado la asiduidad con que se veía juntos a los dos famosos artistas mexicanos.

Raúl la había invitado a acompañarlo una semana a Chicago, donde debía cumplir un contrato. El primer impulso de Olga fue aceptar, entusiasmada. Aquellos días eran sus mejores en los últimos años. Por primera vez sentíase completamente feliz y libre. Llegó, incluso, a olvidarse de México y de lo que éste significaba para ella.

Ahora, sin embargo, la noticia del *Daily Mirror* la centraba, brutalmente, en la realidad. Don Federico sabría, de algún modo, su *flirt* con Tovar y tomaría revancha. Sisler no era más que un amigo. Raúl había sido su amante. Y si uno se le había escapado, el otro no.

—Sí, Olga —repitió Rolando—, es una imprudencia que puede costarle la vida.

—Lo sé, lo sé…

—Y ¿qué piensas hacer? ¿Ir a Chicago?

—Ese hombre es una bestia, un asesino —Olga apretaba los labios, empalidecida—. ¡Un cerdo!

—¿Por qué no lo dejas?

—¿Crees que podría? Soy suya, como puede serlo un traje, o un caballo. Esta pesadilla terminará cuando él quiera; no antes.

Se volvió. Tenía lágrimas en las mejillas. Miró a Rolando, angustiada. Tovar llegaría a las ocho. Le quedaba, pues, una hora de tiempo.

Decidió:

—¿Podremos irnos inmediatamente a Washington?

Miró Vidal su reloj y dijo que sí.

Olga le dio dinero para que pidiera la cuenta y comprara los boletos del expreso nocturno. Comenzó a empacar sus cosas, apresuradamente. No tuvo tiempo, siquiera, de notar que estaba llorando.

I

Olga entró al comedor. Sobre la mesa había arreglado únicamente sitio para dos personas. Eran las once de la noche.

—¿No viene el licenciado, señorita?

—No, Many. Cenaré sola…

—¿Sola, en Año Nuevo?

En la garganta de Olga se le anudó la rabia:

—Sí. ¡Quítalo! —apuntó al servicio sobrante.

Obedeció la negra. Olga permaneció en el comedor, acodada sobre el respaldo de una silla. La habitación le parecía sombría y triste. El reloj eléctrico devoraba el tiempo, con un suave ronroneo. Many retornó.

—Si no me necesita, señorita, me voy… ¡Que tenga un feliz Año Nuevo!

Olga hubiera deseado pedirle que se quedara, que no la dejara sola. Pero Many había ya partido. «Al menos tiene con quien divertirse». Guillén estuvo temprano. No podría acompañarla porque acostumbraba pasar esa noche con su mujer y sus hijos. Llamó a Rolando, pero él se excusó también. El chofer Téllez habíale pedido permiso de retirarse temprano:

—Usted sabe, señorita: esta noche es de la familia…

Volvió a la sala. La oscuridad la oprimía. Pesaba horrores el silencio. Las cosas parecían estar muertas. Abrió una de las ventanas. A lo lejos se escuchaban risas y músicas. En el cielo, un gran resplandor de ciudad en regocijo.

Ella no tenía nada, más que dinero, poder y gloria. «No valen un cacahuate». Encendió un lujoso aparato de radio que le llevaron por la tarde; regalo del licenciado, por supuesto. El Bachiller Gálvez transmitía en control remoto desde Ciro's. Lo apagó, furiosa. «¿De qué servía todo aquello? ¡No es la jaula dorada; es la tumba dorada!» Otras noches de Año Nuevo habían sido más felices: había gente rodeándola,

riendo, bebiendo, cantando. Entonces no era la gran Olga Lang, ni conocía al licenciado Federico Guillén. Por un momento pensó en llamar a Raúl Tovar. Llegó, incluso, a descolgar la bocina. Pero se arrepintió.

De la despensa trajo una botella de whisky y de la nevera hielo y agua. Apagó las luces y bebió un largo trago de escocés puro. Comenzó a sentirse mejor. Por la ventana le llegó el eco lejano de las campanas al vuelo y de los cohetes estallando en el aire.

Continuó bebiendo hasta que no pudo sostener el vaso en la mano.

II

Cuando Federico Guillén vio la película *El ciudadano Kane*, decidió edificar, cerca de México, una mansión tan suntuosa como la del extraño magnate del periodismo. Kane lo impresionó tremendamente y con frecuencia encontraba puntos de similitud entre el personaje de la ficción y él mismo.

Como Kane, Guillén había creado un imperio y deseaba dominar, política y económicamente, a su nación. Sus propiedades eran tantas, lo mismo que sus millones, que nunca había tenido tiempo de contarlas. Y decía verdad. Su influencia abarcaba todos los ángulos de la vida de México. Su nombre se repetía en las fábricas, en los talleres, en los centros de vicio, en los orfelinatos, en las empresas de transportación, en el comercio de víveres.

—Allí donde se mueva un peso, hay noventa centavos míos — solía ufanarse.

Los orígenes de su fortuna eran, como todo él, nebulosos. De creerse su versión había comenzado a reunirla trabajando como arriero en la sierra guerrerense, antes del movimiento revolucionario de 1910. Al iniciarse la epopeya se incorporó al ejército insurgente y participó en hechos de armas. Al terminar la guerra civil ostentaba el título de abogado del fuero militar.

Durante casi dos décadas, el nombre de Federico Guillén permaneció en el anonimato. Ni Obregón ni Calles lo hicieron su amigo. Después le cambió la suerte. Circunstancias políticas especiales lo llevaron a ocupar la gubernatura de uno de los territorios de la Federación. Allí, en cuatro años de poder, multiplicó su tesoro personal, auspiciando el tráfico ilícito de drogas, alcohol y madera, la trata de blancas, los fraudes al fisco, los casinos. Dóciles hombres de paja acaparaban prebendas y concesiones y ejercían el control absoluto de los víveres, el contrabando, los combustibles, la sal y los transportes.

Su ley favorita era el terror. Su verdugo, la pistola. «Soy un funcionario a la mexicana», alardeaba siempre que alguno de sus pocos amigos inteligentes trataba de hacerlo cambiar de sistema.

Esos cuatro años —principio de una era política que hasta la fecha subsistía— fueron los años rojos de la sangre para el territorio. La gente aprendió a obedecer y a pagar tributo al grito de la 45. Los crímenes formaban parte de la rutina de trabajo del gobernante. Los crímenes y los raptos en masa de las mujeres más deseables de la comunidad.

Hombre duro, cruel y ambicioso, Guillén tenía una debilidad, la única que se permitía: las hembras. Como Cárdenas, a quien odiaba por alentar el obrerismo y el espíritu cívico de las clases desheredadas, no vacilaba en emprender una larga caminata si al fin de ella habría de encontrar una de las mujeres que sus incondicionales le procuraban.

Se había casado veintidós años antes y tenía media docena de hijos. Al término de su periodo de gobernador, decidió establecerse en la ciudad de México. Compró una casa principesca y comenzó a hacer grandes negocios. El pueblo lo escogió como centro de murmuraciones y como blanco de ataques. Por alguna misteriosa razón, que ni Guillén mismo podía explicarse, la divina voz popular lo acusaba de ser el responsable de todas las calamidades y el causante de las más inauditas circunstancias.

Si un funcionario, de la noche a la mañana, se enriquecía, el pueblo comentaba: «Lo apoya Guillén». Si una mujer lucía pieles, autos de lujo, el pueblo murmuraba: «Es querida de Guillén»; si el precio de los víveres aumentaba, el pueblo repetía: «Guillén tiene la culpa»; si el mercado negro estaba en apogeo, el pueblo insistía: «¿Cómo no, si Guillén lo maneja?».

En los teatros, Guillén era objeto de chistes; en la política, de intrigas encubiertas; en los negocios, de recelos y envidias.

Pero él era feliz.

«No me importa lo que digan —afirmó en una entrevista de prensa, pocos días después de haber ocupado un empleo—. ¡Que me prueben que robo! Lo que tengo lo he ganado trabajando… Si poseo casas, ranchos, cadillacs, caballos, queridas, joyas, miles de trajes, aviones, yates y empresas, a nadie le interesa. Hay otros peores que yo; tienen más, pero carecen de hombría para mostrarlo. Nada de lo mío está a nombre de otra persona. Hay tipos como Lombardo, que se dicen comunistas, que alegan defender al proletariado y que, sin embargo, según mis informes, se hacen trajes y casas del mismo color, para que no digan que se enriquecen».

Sus declaraciones provocaban, casi siempre, tempestades

políticas, que ameritaban la intervención de otros voceros del gobierno para acallarlas o rectificarlas. Esto, empero, no afectaba en nada a don Federico.

Lo más extraño, sin embargo, era que el pueblo que se reía de él, que lo censuraba por sus excesos, por sus riquezas, por su despotismo y su crueldad, lo señalaba, paradójicamente, como al único hombre capaz de salvar a México del caos.

—Guillén —era la voz de la calle— será todo lo que quieran, pero es un hombre de huevos, un funcionario con mano de hierro…

Hacer millones habíale dejado poco tiempo para leer y desconocía, por tanto, sistemas políticos o económicos, filosofías y doctrinas, con todo y que era abogado de una universidad inexistente. Para él no había más ley que la suya: la Ley Guillén, ni más programa que el que se le antojara poner en práctica.

El ciudadano Kane, no obstante, lo impresionó. Resuelto a tener un palacio semejante, compró a precio de regalo medio millón de metros cuadrados, propiedad federal, en las cercanías de San Ángel, en el centro mismo del mar de piedra que bajó del Ajusco. Llamó al mejor arquitecto, a Mario Pani, y le ordenó que hiciera una fortaleza sin rival.

—Quiero una casa como no haya otra en el mundo. No importa lo que cueste —fue decisión suya.

Terminados y aprobados los planos, se inició la construcción. Cientos de toneladas de cemento y hierro estructural, que no podían conseguirse a ningún precio en el mercado libre, fueron utilizadas en la obra. Docenas de expertos canteros labraron las ricas piedras. Dos regimientos de soldados de línea hicieron tareas de peones, limpiando de maleza los terrenos de la finca. Japoneses jardineros, que habían sido concentrados en la ciudad con motivo de la guerra, transformaron aquella agreste sección del Pedregal en un inmenso jardín bellamente dispuesto.

La casa, en verdad, era magnífica. Tenía veintiséis recámaras; varios grandes salones; biblioteca, cine, baños turcos y rusos; gimnasio, terrazas, salas de tiro y boliche; cantina. Cuatro comedores, caballerizas; estanques de agua caliente, canchas de tenis, dos frontones, una estación de radio y, circundándola, una pista de tepetate para que el potentado y sus hijos pudieran montar a caballo, todas las mañanas.

Lo que nunca se supo fue si los tres millones y medio de pesos que costó la obra, más los dos millones que se gastaron en muebles, fueron pagados del peculio particular de Guillén.

Aquella tarde, mientras el sol se ocultaba al otro lado del grisáceo horizonte de piedra, don Federico Guillén recibía a un grupo

de hombres, que se sentaron en torno a una larga mesa de cristal, de la que él ocupó la cabecera. Desde allí dominaba el paisaje de roca en convulsión y los prados esmeralda de su propiedad.

—Señores —anunció gravemente— lo que aquí va a tratarse será parte de la historia.

Guillén paseó los ojos duros alrededor de la mesa. Su auditorio asintió.

—Se han acercado a mí varios connotados miembros de nuestro Instituto Armado —prosiguió—. Estos caballeros, viejos revolucionarios, han reconocido en mí al hombre capaz de salvar a México; al único, señores, con los cojones suficientes para meter en cintura a tanto pillo, a tanto ladrón que padecemos…

Los otros cabecearon nuevamente. Tres o cuatro de ellos eran gobernadores de los estados; dos ministros, y los restantes, políticos profesionales.

—Quieren —reanudó tras breve pausa— postularme Presidente de la República.

Hubo un murmullo de comentarios. Guillén sonrió apenas. Entrelazó sus manos enjoyadas y las apoyó sobre el cristal. Su rostro se reflejó, invertido.

—He aceptado, porque creo ser un buen presidente. Tengo ya el visto bueno, el voto que vale en México. Ustedes —echó más hacia adelante su traje gris— se encargarán de formar los primeros comités orientadores; con los fondos de que disponen comenzarán la propaganda. Más tarde, en cuanto haya formulado mi programa, hablaremos de nuevo para hacer la postulación oficial…

Alguien preguntó cuál sería la actitud que deberían asumir si otros candidatos eran postulados. Guillén alzó los hombros y volvió a sentarse. Parecía que dictaba una conferencia en El Colegio de México:

—No habrá más que un candidato —con el pulgar se picó el pecho—. ¡Yo! De los otros, ni hablar. Rojo Gómez ha dejado que sus amigos se enriquezcan demasiado; el negro Padilla, un entreguista, tiene el trasero empinado al norte. Henríquez Guzmán, un cardenista que se preocupa más en aumentar sus contratos de carreteras, no renunciará a ellos. El único que puede darnos pelea es Alemán. Lo favorece haber ido a la Universidad y ser político trucha. Pero a mí me viene guango…

Al terminar la reunión, uno de los gobernadores lanzó un grito:

—¡Que viva el futuro Presidente de México!

Sus compañeros gritaron a coro:

—¡Que viva!

III

Tuvo un presentimiento cuando sonó el teléfono. Many iba a contestar, pero Olga la detuvo. Una cálida voz amiga preguntó si quien hablaba era la señorita Lang.

—Soy Raúl. ¿Recuerdas? Aquel enamorado a quien tiraste plancha en Nueva York.

Olga bajó la voz para responder. Súbitamente sentíase aterrorizada. Quería formularle tantas preguntas; saber qué había sido de su vida en todas aquellas semanas; escucharle decir, como en las noches de Manhattan, que la amaba intensamente y que deseaba hacerla su esposa, y, sin embargo, experimentaba gran contrariedad por tenerlo, muy cerca del oído, llamándola.

—¿Por qué telefoneaste? Ya sabes…

—¿Qué importa por qué llamé? Quiero decirte que te amo, quiero sentirte mía, saberlo de tus labios. Quiero, adorada, verte.

—Es imposible, ya lo sabes. No puedo salir de aquí. No quiero que nos encontremos.

¿Por qué preguntaba si lo decía de todo corazón? ¿Por qué, si no ignoraba que estaba loca por reanudar la intimidad? Titubeó un poco:

—Soy sincera, Raúl. ¡No quiero verte! Es una estupidez. Aquello… —pronunciar las palabras le costó lágrimas—, aquello no tuvo importancia. ¡Olvídalo!

Dijo Raúl que sería imposible. La amaba, sí, y sabía que sus palabras no eran sinceras, por más que ella quisiera hacérselo comprender. Le pedía una cita para esa noche, en que tenían algo que celebrar juntos. Olga Lang no contestó inmediatamente; al cabo de unos segundos silenciosos, aventuró:

—¿Qué tenemos que celebrar?

—Realmente, poco… —y luego Tovar explicó que había compuesto una canción para ella; una balada a sus manos y a su belleza, y que esa noche, en su programa de XEW, iba a estrenarla.

Quería que la escuchara.

Olga prometió hacerlo, pero no podrían verse, esa ni ninguna otra noche. Raúl Tovar no insistió. Antes de colgar le pidió un servicio:

—Por si algún día me necesitas, anota mi teléfono. Vivo en la Latinoamericana.

Fingió que apuntaba el número. En realidad, no tenía interés de conservarlo. Simplemente, a medida que él dictaba las cifras, ella las repetía en voz alta. Colgó Raúl y Olga quedó ensimismada, en prolongado *day-dream*. Su vida iba de por medio y no quería ser culpable de que se repitiera el caso de Sisler.

Poco después de comer, Many llevó a la biblioteca, junto con el café, los periódicos de la tarde. Los ojos de Olga Lang se clavaron en los grandes titulares negros.

ROOSEVELT MURIÓ HOY

Leyó las noticias principales. Roosevelt era un hombre a quien admiraba y, como en el caso de Oumansky, sintió un poco de pena por su desaparición. Luego buscó las columnas de chismes y paseó la vista por los anuncios desplegados. En la página de sucesos policiacos, había esta nota:

ARTISTA CAPTURADA MIENTRAS ROBABA

> La artista de cine Teresa Mallén fue capturada esta mañana en High Life, mientras se dedicaba a robar. Conducida a la delegación, el médico de guardia afirmó que sufre perturbaciones mentales por exceso de bebidas embriagantes. Cuando se le detuvo hallábase ebria. Teresa se vio mezclada, hace tiempo, en el robo de una cartera…

Cinco minutos antes de que comenzara el programa de Raúl Tovar, encendió la radio. La sala estaba en penumbras. Poco antes había despedido a Téllez, porque no pensaba salir. Guillén se encontraba fuera de la ciudad. Olga se asomó por la ventana y advirtió con alegría que el detective que la vigilaba constantemente se marchaba con el chofer.

Persistía la tensión nerviosa. En los últimos meses se había agudizado en ella el temor. Cuando sonaba el teléfono el estómago le daba vueltas, esperando recibir una mala noticia o escuchar algo desagradable. A raíz de lo de Edmundo, el licenciado la hacía vigilar más estrechamente, y hasta quiso sobornar a Many para que le contara en detalle cuanto hacía Olga.

—¿Por qué no lo deja? —había preguntado Many. Era lo que preguntaba siempre.

—No sé —fue la respuesta, y Olga quedó llena de dudas y de extraños pensamientos.

Comenzaba a cansarse de ser prisionera perpetua de Guillén. No recibía visitas; no visitaba a nadie. La gente empezaba a olvidarla y cuando se refería a ella, era en estos términos: «Pobre muchacha: su ambición la perdió. ¡Con el talento artístico que tenía…!» Y, en efecto, ¿la había perdido su ambición? En el fondo comprendía haber cometido una estupidez al convertirse en amante de Guillén. Si lo hizo fue por cálculo, por creer que él le daría fuerza y apoyo. Pero el cálculo falló y ahora no era más que otra mujer; una mujer famosa que cada día lo era menos.

Many filosofaba frecuentemente:

—No se olvide que santo que no es visto no es adorado…

Manuel Bernal, la querida voz del Tío Polito de su infancia, presentó el programa. Un estruendoso eco de aplausos resonó en el teatro estudio cuando el locutor señaló a Raúl Tovar. Olga cerró los ojos. Durante quince minutos no hubo más que canciones conocidas y textos comerciales. Por fin:

—Esta noche, amable auditorio —Olga se sobresaltó cuando Tovar comenzó a hablar; el corazón le temblaba agitadamente, las manos sudándole—, estrenaré una nueva canción. Se llama «Tus manos». La ha inspirado una mujer maravillosa, un sueño que no sé si existe o si es, simplemente, eso: un sueño… Si existe y me escucha —la voz del compositor era tersa, insinuante, apasionada, como ella la había escuchado antes, en la intimidad común; una voz que tenía la virtud de estremecerla— quiero que sepa cuán cerca me siento de sus manos en estos momentos…

Vino un lánguido acorde y las primeras notas salieron al aire.

La canción era bellísima. Olga estaba conmovida. Hablaba de las noches perfectas y de sus manos-lirios que purificaban el amor imposible.

Manos puras
de virgen cautiva.
Pálidas flores
que fueron mías.
Amor imposible
que hicieron perfecto.
Dulce ilusión divina
que no puedo olvidar…

Olga repitió quedamente las palabras. No le parecían cursis ni de mal gusto. La música que las enmarcaba era prodigiosa. Las frases, en el pequeño canto de Raúl Tovar, adquirían vida y la acariciaban.

Cuando terminó el programa, Olga apagó la radio. Muy a gusto en la oscuridad, fumó lentamente, llena de pensamientos. ¿Por qué no dejarlo, como sugería Many? «Manos puras, de virgen cautiva». Eso era, una cautiva sin esperanza; una mujer atada a un hombre bárbaro, que no la amaba ni la comprendía. Por un instante volvió a pensar en mandar a Guillén al diablo. Le diría que lo odiaba y que no deseaba saber ya nada de él. Y ¿luego? Guillén no era fácil de tirar por la borda. Se reiría y, quizá, hasta la golpeara. Tarde o temprano sabría que Raúl Tovar era culpable de todo. Entonces lo mandaría asesinar.

Dentro de la cabeza continuaba girando, inexplicablemente, el número del teléfono que no conseguía olvidar. No quiso cenar y dio a Many las buenas noches. En la ventana de su alcoba estuvo escudriñando el exterior, por más de media hora. Las manecillas luminosas del despertador señalaban las 11:15.

En súbito impulso descolgó la bocina del teléfono y marcó de prisa, ahogando el ruido del disco con las manos. Contestó él:

—¿Raúl? Aquí, Olga. Voy para allá.

Guiaba a gran velocidad. En una esquina un agente pitó para que se detuviera, pero Olga aceleró más aún. Sentía que estaba jugándose la vida y arriesgando la de Raúl. ¡No importaba! Aquella escapada dábale la sensación de ser libre, aunque fuera sólo por unos minutos. Dos o tres veces cambió de rumbo, para asegurarse de que no era seguida.

Estacionó el auto en un sitio oscuro de la calle de las Artes, dos cuadras más allá del edificio de la Latino. Caminó de prisa, ocultando el rostro. Deliberadamente había traído un abrigo viejo para no ocasionar curiosidad. Como fuera, una mujer que entra sola a unos apartamentos a tales horas, la provoca.

Cruzó el *lobby* y aguardó el elevador. Preguntó el botones a qué piso:

—Sexto…

Ante la puerta llamó nerviosamente. Un segundo después, él abría.

—¡Pasa!

Ya adentro suspiró aliviada. La estancia era cómoda y de buen gusto. Él le quitó el abrigo. Sin palabras, se mezclaron en un beso.

IV

En los meses siguientes, don Federico la visitó pocas tardes. Había hecho un viaje a Rochester, para someterse a un examen general y los médicos le aconsejaron que tomara un prolongado descanso.

—¡Imagínate, pedirme que descanse, teniendo el pastel listo!

Prácticamente la campaña presidencial había comenzado. Guillén era señalado como favorito por los apostadores de la política. De todo el país llegaban noticias en el sentido de que, a una voz suya, se formarían los comités de auscultación. Los profesionales hacían antesalas en su oficina o montaban largas guardias en las afueras de su casa de San Ángel. Y, en los últimos tiempos, lo seguían, para brindarle su apoyo y ponerse a sus órdenes, hasta a las de Olga Lang. Alguna vez ésta preguntó:

—Federico, ¿y es necesario que todos estos bandidos te busquen para ayudarte?

Guillén había dicho, sombríamente:

—Ningún candidato a la Presidencia puede librarse, pues con su ayuda es como se llega…

—Pero hay gente culta, capaz de hacerle bien a México.

Él sonreía.

—Ésos, por falta de pantalones, se quedan en su casa. Al Palacio Nacional te llevan los diablos, no los ángeles. Tienes, por ejemplo, a Alemán…

En lo íntimo, Olga simpatizaba con Alemán. Jamás lo había visto en persona. Escuetamente recordaba que era ministro de algo, pero no de qué. Sin embargo, por las fotos que de él publicaban los diarios, Miguel Alemán le parecía ser un hombre inteligente y simpático y, para su gusto, hasta guapo.

—Alemán —reanudó don Federico— es un iluso. Aunque nunca dice nada, yo sé que se le queman las habas por ser Presidente. Es político y no de los malos; pero no tiene gente. El pueblo no lo conoce.

Por ahí sus amigos se traen algo con los técnicos; sueños, nada más. A México no se le gobierna con técnicos, sino con los huevos en la mano.

Fingió Olga no haber oído el exabrupto. Muchas veces había escuchado hablar mal de Alemán a Guillén; hablar con odio reconcentrado, tal como si entre ambos existiera alguna rencilla feroz. Y quiso, allí mismo, averiguarlo.

—¿Por qué no lo quieres?

Guillén la miró torvamente:

—¡A ése! Nunca lo tragaré; es un, un… —No encontró el calificativo. Se había puesto rojo de ira—. ¡Alemán y su risita…!

—¿Él también, como dices, le tira a la Presidencia? ¿Crees que pueda llegar?

Don Federico dentelleó una risita convulsa:

—Es más fácil que yo sea papa, que Alemán sea Presidente. Mientras yo viva, no levantará cabeza…

Aquella tarde había ido a despedirse. Deseaba pasar el fin de semana en Acapulco. En su palacio de Caleta celebraría juntas con varios personajes y decidiría lo relativo a su campaña, al programa de gobierno y a la indispensable gira por el país. Cuando todo estuviera listo renunciaría a su ministerio y pondría el pie en el ancho camino del poder.

—Los tengo aquí —enérgicamente formó apretado puño— aquí, como borreguitos. Marcharán al paso que les marque. ¡Y pobre del infeliz que no obedezca! Para gobernar bien a México tendré que fusilar a unos cuantos comunistas y a muchos ladrones que se han enriquecido a la sombra de la Revolución.

Cuando se marchaba, ya de noche, Olga preguntó si la dejaría salir algunas veces ahora que estaría fuera. Deseaba ir de compras, ver aparadores, asistir a los estrenos, hablar con la gente.

Fruncido el ceño, el licenciado condescendió en parte:

—¿Para qué quieres ver gente? —movió la cabeza—. ¡Eso no! En cuanto al cine y lo demás, muy bien. Pero que te acompañe Téllez —sentenció con el índice—. ¡Y cuidadito con salirte del huacal! Sé todo lo que haces y no me gusta que me engañen.

V

Sin terminar su desayuno, llamó a Raúl.

—¿Leíste lo que dice Efraín Huerta?

Tovar no se levantaba y no había tenido tiempo de leer los periódicos.

—No. ¿Qué?

—Esto: «¿Qué famosa estrella del cine, temporalmente retirada, visita con frecuencia el apartamento de un conocido compositor?» ¡Es terrible!

—Efraín es mi amigo. ¿Quieres que le hable? —propuso Raúl.

—No. Sería peor.

—¿Entonces?

Olga estaba esperando que él lo preguntara; que planteara el dilema:

—Dejémonos de ver, por un tiempo. —Quiso él protestar. Firme, pero con la voz rota, añadió—: Es lo mejor, Raúl. Por ti y por mí…

Después de mucho discutir, tuvo Raúl Tovar que aceptar que ésa era la única solución. Si los periódicos continuaban publicando cosas, Guillén llegaría a enterarse. Y para que los columnistas no se ocuparan más de ellos, lo indicado era no frecuentarse más. Romper el idilio en apogeo era doloroso para ambos amantes; pero no quedaba otro remedio.

—¡Y no me llames nunca! —condicionó ella—. Tú sabes cómo te quiero y, por lo mismo, no debemos exponernos. ¡Algún día he de terminar para siempre con esta pesadilla!

VI

Alemania se había rendido. La paz tendía su sombra fatigada sobre Europa.

En el Pacífico aún había guerra.

México guardaba luto por los muertos de su Escuadrón 201.

Pero, al mismo tiempo, cantaba la canción de moda:

«Tus manos».

VII

Olga preguntó al chofer Tomás Téllez:

—Tomás, ¿quiere acompañarme al cine esta tarde?

Téllez se puso rojo y la miró extrañado, como incrédulo.

—El licenciado está de acuerdo, Tomás…

En el cine Chapultepec exhibían una película de Ingrid Bergman, la única mujer a quien adoraba Olga Lang. Con su traje nuevo, Téllez veíase guapísimo; había ido a la peluquería y se arregló el mostacho rubio.

Cuando ella quiso darle un billete de diez pesos para que comprara los boletos, se negó a aceptarlo:

—Permítame que yo la invite, señorita.

Aquel gesto agradó a Olga. El sol de junio doraba el follaje de los árboles y charolaba el capacete de los automóviles. La Diana, en su ridícula semidesnudez, clavaba una flecha en las pesadas nubes cremosas.

Téllez marchaba a su lado, por el *foyer* de alfombras. El pecho de fuera, muy erguido y rojo, sentíase feliz de ir junto a una mujer hermosa. Olga pensó que era un pavo real luciendo la pava ajena.

Durante hora y media en la pantalla sucediéronse los incidentes de una trama estupenda. A cada escena, Olga sentía aumentar la admiración que profesaba a la Bergman y reconocía, también, qué trecho inmenso le faltaba recorrer para llegar a la perfección genial de la campesina sueca.

Inopinadamente, dominando los diálogos de la pantalla, se escuchó la voz agitada del altoparlante:

—¡Se suplica a la señora del licenciado Federico Guillén que se presente en el vestíbulo para un asunto de suma gravedad relacionado con su esposo…!

La vasta sala se pobló de murmullos, que un minuto después fueron decreciendo al reanudarse la proyección.

Olga Lang, se sobresaltó:

—Vamos, Tomás…

En el *foyer* vio que sus manos temblaban. La cara roja de Téllez se había tornado pálida y miraba a Olga, perplejo.

—Veremos qué ha sucedido…

Casi corriendo descendieron la escalera. Cerca de la puerta se había formado un pequeño grupo. Una mujer, vestida de guinda y acompañada de dos jovencitas, a quienes Olga reconoció en seguida, ocupaba el centro. Los hombres, muy agitados, gesticulaban.

Olga pidió a Téllez que averiguara lo sucedido. La mujer de guinda y las dos jovencitas no podían ser más que la esposa y las hijas de Guillén. Vio cómo el chofer llegaba al grupo y permanecía unos instantes escuchando; y también cómo después todas las cabezas se volvían hacia donde ella aguardaba.

Nunca antes había tenido Olga ante sí a una cara más terriblemente descompuesta que la de Téllez, cuando regresó. De los profundos ojos azules escurrían lágrimas y la barba, de fuerte mentón, le temblaba como a un niño.

—¡Se nos fue, señorita! ¡Se nos murió mi jefe!

Olga sintió un impacto en el estómago y tuvo que apoyarse contra la pared para no caer. De su boca se escaparon las palabras y cuando quiso saber más, preguntar detalles, se encontró muda y perpleja.

El recio Tomás Téllez lloraba desconsoladamente. Muchos curiosos los miraban, de lejos, haciendo comentarios.

—Se nos murió señorita —la había tomado de las manos y se las sacudía, como para transmitirle todo su dolor—. ¡Se nos fue! ¡El corazón…! Pobrecito, ya se nos fue…

Pudo al fin reponerse y trató de reasumir su entereza. Olga sentía gran pena, no por Guillén, sino, inexplicablemente, por aquel hombre que lloraba como una criatura a la que le han matado al padre.

—¡Es horrible! —comentó.

Y, sin embargo, la noticia no la afectaba como a los otros. Más bien, sentía que no la afectaba en nada. La mujer de guinda, las dos hijas y los demás salieron del cine y se enlataron en una larga limusina negra que los aguardaba. Téllez se limpió las lágrimas y miró a Olga.

—A la casa, Tomás…

En el trayecto iba pensando, no en Guillén, sino en Ingrid Bergman. Había visto una escena conmovedora y deseó, con toda su alma, poder algún día representar una semejante.

Desde su recámara, trató de conseguir una llamada a Acapulco,

pero las líneas seguían congestionadas.

—Es imposible —explicó la gangosa voz de la telefonista—. Hay como doscientas, todas urgentes, antes que la suya. ¡Hasta de la Presidencia de la República!

Olga exploró sus sentimientos y confirmó que la noticia de la súbita muerte de su amante no la había trastornado como a los demás. En realidad no podía comprender por qué; o qué, exactamente, sentía: si indiferencia o gusto; si un gran alivio o ganas de irse, esa misma noche, de aquella casa.

En menos de una hora, la llamaron Raúl Tovar y Edmundo Sisler, ambos para preguntar si ya conocía la infausta nueva.

Con Sisler fingió pena:

—Sí. ¡Ha sido una gran desgracia…!

Pero con Raúl Tovar fue sincera:

—Ahora sí, vida mía. ¡Soy absolutamente libre!

Era, en verdad, un alivio. Sentíase tan feliz que hubiera cantado y bailado hasta desmayarse. ¡Esa escena de Ingrid Bergman! Rolando Vidal llegó más tarde. Traía en la mano un ejemplar de la extra, con la noticia a ocho columnas.

—Ya supe. ¡Pobrecillo!

—Hablas como si no fueras su viuda —dijo entre serio y mordaz.

—Para ser viuda de alguien se necesita antes ser su mujer. Deja que la suya llore por las dos, o por las que seamos.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Lo que no he hecho en todo este tiempo. Trabajar, filmar. ¡Y ve pensando en los modelos que diseñarás para mí!

Toda la noche estuvo sonando el teléfono, hasta que Olga ordenó a Many que lo desconectara. Libre de preocupaciones y sobresaltos, durmió profundamente, hasta las once. La negra le había llevado el vaso de jugo y los diarios.

De la primera a la última página no hablaban más que de Federico Guillén. Publicaban fotografías, esquelas, anécdotas, biografías, opiniones y condolencias.

> El licenciado se había levantado, como de costumbre, muy temprano. Después de nadar una hora, en Caleta, despachó varios asuntos urgentes. A eso de las dos salió a pasear y regresó a las cuatro.
>
> Mientras se mudaba de ropa sufrió un síncope, del que se recuperó minutos más tarde. Su ayudante había salido en busca de un médico. Cuando éste llegó, don Federico dijo que se sentía muy mal. Mientras el galeno lo auscultaba vino el segundo y fatal ataque. El cadáver será llevado a México…

Cuando estaba tomando su ducha, se anunció Sisler, a quien no veía desde antes del viaje a Nueva York. Creyó notarlo un poco delgado y pálido.

—No sé —dijo él— si darte el pésame o felicitarte…

—¡Oh, Edmundo; bromeas cruelmente!

—¿Qué piensas hacer? —Edmundo se había sentado ya.

—Por lo pronto, nada —Olga se encogió de hombros—. Lo más probable es que tenga que dejar la casa…

—No me refiero a eso, sino al cine. ¿Tienes todavía las acciones?

—Sí.

—Bien. Antes de venir pasé por la Filmadora. Todo mundo anda loco —se acercó a ella—. Ahora tú eres la dueña. ¿Tus acciones son al portador, verdad?

—Sí.

—Magnífico. ¿Ves por qué insistía en que las tuvieras? Yo sabía que esto podría ocurrir; digo, no que fuera a morirse, pero sí que el día menos pensado te mandara al diablo. Y, entonces, ¿qué te quedaba? Fue muy acertado hacerte de los papeles a tiempo, y más aún que él estirara la pata. Ahora nadie puede quitarte lo que es tuyo. Lo que tengas en el banco, sácalo, porque a lo mejor la viuda lo reclama. ¡El tiempo que le diste a don Federico paga hoy dividendos…!

Olga aceptó que así era.

Sisler la encaró:

—Por ningún concepto —dijo— sueltes esas acciones. No podrán quitártelas; es lo único firme que tienes. La viuda te arrebatará los muebles, la casa, el coche y, quizá, hasta la ropa interior. Pero nunca las acciones. En la Filmadora, muerto él, mandas tú. Voy a ordenar, si no tienes inconveniente, una revisión de los libros.

—Sí, hazlo. ¡Ya quiero trabajar!

—¡Así se habla! —comentó Sisler alegremente—. ¡El mundo vuelve a ser tuyo!

Después de que salió, Olga pensó en sí, en efecto, el mundo seguía perteneciéndole, y hasta qué punto.

I

En una esquina se detuvo el auto. Olga sentía una radiante sensación de libertad. Guiaba ella y experimentaba un intenso placer físico al hacerlo. La luz pasó del verde al rojo.

—¿Qué chisme se traen con la bomba atómica?

En la acera, dos hombres. El mayor, que había hecho la pregunta, agitaba un periódico que traía en la mano. El otro movió la cabeza:

—Es una patraña de propaganda —opinó. La luz roja hizo sitio a la amarilla preventiva. Los dos hombres aguardaban su autobús. Lo vieron venir y se acercaron más al borde de la banqueta—, los gringos creen ganar la guerra en el Pacífico. ¡Bomba atómica, pura vacilada!

Sí, era un placer intenso y casi desconocido poder mirar a la gente, sin temor, sin zozobra. «Aquello fue bueno mientras duró», se dijo Olga. Mas ¿había sido realmente bueno? El auto no era suyo, sino de Tovar, y ella compraría uno, pensó, en cuanto terminaran todos los líos.

¡Los líos! Los hubo y en abundancia. Dos días después de la muerte del licenciado, se presentaron en casa de Olga los abogados de la viuda. Tres hombres vestidos de negro. Los atendió gentilmente y les ofreció una copa. Ellos rehusaron, para luego explicarle que el motivo de su visita era simple.

—Señora —había dicho uno de los tres—, tendrá usted que desalojar esta casa. Podrá conservar solamente aquello que sea de su pertenencia, previa comprobación…

Esperaba que esto sucediera y lo tomó con calma. Sin alterarse, sin hacer caso del tono, un poco insolente, con que le hablaban, expresó Olga que nada le agradaría tanto como dejar inmediatamente la residencia.

—En cuanto a lo que voy a llevarme —puntualizó— es bien poco. Mi ropa y mis efectos personales…

Los tres abogados no hicieron mención alguna de las acciones o a la cuenta del banco. Al no encontrar resistencia por parte de la señora Lang, los rostros avinagrados de los hombres se dulcificaron con una sonrisa. Muy amables comentaron que ojalá y las demás amigas del licenciado, «que en paz descanse», fueran tan comprensivas e inteligentes como Olga. Mientras, ahora sí, aceptaban el trago ofrecido, preguntaron en cuánto tiempo calculaba estar lista para la mudanza.

—Dentro de dos horas la casa será suya, señores.

No había prisa; la señora Lang podía tomarse todo el tiempo que quisiera:

—Le parece bien, digamos, ¿una semana?

Ese mismo día, por la tarde, volvió Sisler. Olga le había encomendado consultar con un abogado si debía o no entregar las acciones en caso de que los herederos de don Federico las exigieran. La opinión del perito era que rehusara. La viuda no tenía derecho a reclamarlas y, en caso de que quisiera pleitear, perdería el tiempo.

—Tus acciones son cheques al portador. Esto es, pertenecen a quien las exhiba.

Esto la tranquilizó. Parecíale vivir las horas increíbles de un sueño. ¿Sería posible que Guillén estuviera muerto? No podía aceptarlo aún, y así era en realidad. Los periódicos del día anterior ocupaban casi todo su espacio con la reseña y las fotografías del entierro. Las llamadas de condolencia que había recibido eran tantas, que resultaba imposible imaginarse que don Federico aún viviese.

Antes de que vinieran los abogados, Olga había decidido mudarse. De momento se iría a un hotel y luego, con calma, buscaría un apartamento a su gusto. Raúl Tovar se presentó hasta la mañana siguiente y dio, también, su pésame.

—No sé —titubeó— qué palabras decirte en estas circunstancias.

Le preguntó cuáles eran sus planes. Después de tomar casa, Olga iría a la Filmadora para revisar los libros; más tarde, cuando se olvidara un poco a don Federico, filmaría de nuevo.

—Digo —insistió Raúl— tus otros planes: los sentimentales.

Olga le había sonreído.

—Una mujer de negocios no hace planes sentimentales.

Como también le quitaban el automóvil, Raúl le prestó el suyo. Tomás Téllez fue a despedirse a la mañana siguiente. La muerte de su jefe lo había afectado y en el rostro conservaba las huellas del llanto. Agradeció a Olga lo amable que había sido siempre con él y le ofreció quedar a sus órdenes, cuando lo necesitara.

La estrella puso en las rudas manos de Téllez un billete de mil pesos, que él quiso rechazar.

—Tómelo, Tomás, para sus niños…

Profundamente conmovido, Téllez le besó las manos.

Esa misma tarde, Olga se alojó en la suite presidencial del Reforma. Mientras se bañaba comprobó que estaba cumpliendo un remoto deseo: dormir en el más lujoso hotel de la ciudad. Por la noche cenó con Raúl Tovar en Ciro's.

Un pequeño hombrecito se acercó a saludarlos. Raúl se lo presentó:

—Olga, éste es el famoso Blumi, dueño de Ciro's.

Alfred C. Blumenthal estuvo muy amable con ella y puso a sus órdenes el hotel y el cabaret. Después fue a otras mesas a continuar su labor social.

Les sirvieron filetes de Chicago y una ensalada romana positivamente maravillosa.

—Aquí —comentó Olga— la carne es magnífica…

Tovar sonrió:

—Blumenthal es especialista en carne.

Bailaron con la dulzona música de Hoagland, en una media luz propicia. Raúl reiteró que la amaba y que deseaba casarse con ella. Olga evitó comprometerse. «¿Por qué fascina tanto el matrimonio a los hombres?»

Un ahogado «¡ah!» estremeció al cabaret. Todas las cabezas giraron hacia la entrada.

—Mira —Raúl señaló a una pareja que llegaba en esos momentos.

Ella era fabulosamente hermosa. En su compañero apenas si reparó.

—¿Quiénes son?

—María Félix y Agustín…

Como homenaje a tan famosos huéspedes, Blumi los condujo hasta una mesa reservada, contigua a la de Tovar. Éste y Agustín cambiaron abrumadores saludos, antes de presentarse mutuamente, a sus acompañantes.

—¿Por qué no juntamos nuestras mesas? —sugirió Raúl.

Disimuló Olga con una sonrisa la contrariedad que le causaba tener que compartir su primera noche libre con dos extraños.

María Félix, esa muchacha de historia tan asombrosamente igual a la suya, le pareció bellísima a Olga Lang. Más que nada, le agradaba el grave timbre de su voz. Agustín Lara, que era más feo de lo que suponía, tenía sin embargo la virtud de ser simpático. Ver reunidas a las dos mujeres más famosas de México y a los dos compositores más populares del país, provocaba comentarios y enfocaba hacia ellos el reflector de la curiosidad. La fotógrafa de Ciro's los hizo posar media

docena de veces.

—¿Vuelve pronto al cine? —preguntó María.

—Sí. En un par de meses haremos *Apasionada*, con el Indio Fernández —Olga tuvo que inventar una mentira. En efecto, alguna vez deseó filmar *Apasionada* y ser dirigida por Emilio, pero nada en firme había.

Todo eso había sucedido en los últimos días y ahora Olga Lang iba rumbo a la Filmadora a tomar cargo como gerente y a echar a caminar un vasto plan de producción.

«Olga Lang, estrella de cine».

II

Gracias a Raúl Tovar, Olga consiguió un penthouse en la avenida Insurgentes. El día que dejó el hotel Reforma, Blumi canceló la cuenta de hospedaje y le obsequió una caja de orquídeas.

Aunque caro, el apartamento era magnífico. Durante una semana Olga estuvo atareadísima con los decoradores, los muebleros y los pintores. Para inaugurarlo invitó a cenar a Raúl y dio la noche libre a Many.

Él estuvo tocando el piano, suavemente, en penumbras. A lo lejos la ciudad naufragaba en una laguna de luces. Escuchando la música, Olga sentíase fuera del mundo.

—¿Quieres casarte conmigo? —volvió a preguntar Raúl.

Olga había estado pensando mucho en ello. Como fuera tenía casi treinta y tres años y seguía soltera. Su situación había cambiado. Ya no era una simple artista de cine, sino una de las personas más adineradas de la industria. Conservadoramente, su capital ascendía a tres millones de pesos. Ella sola no podía dedicarse a cuidarlo, porque o hacía negocios o hacía cine.

Y ella quería, antes que nada, hacer cine. Le era indispensable, pues, una persona que manejara los negocios. Esa persona podría ser Raúl Tovar. Además, le gustaba lo suficiente para hacerlo su esposo.

Raúl se había levantado y la miraba profundamente. Olga tenía una emoción increíble y el corazón latiéndole con apresuramiento doloroso.

—Sí —dijo débilmente—; cuando tú quieras. Esa misma noche hicieron planes. Sería un matrimonio secreto, sin publicidad ni fotógrafos; porque, lo convinieron ambos, no era prudente hacer alarde estando tan fresco el recuerdo de Guillén. Tovar buscaría los testigos y arreglaría los detalles.

—Por un tiempo —condicionó Olga— tendremos que guardar las apariencias…

Dos días después, en la propia casa de Tovar, los casó Próspero Olivares Sosa y esa misma noche salieron en automóvil rumbo a San José Purúa. Cuarenta y ocho horas después, ya de regreso, Olga confesó a Rolando que había contraído matrimonio y le hizo jurar que no lo divulgaría. No alegró a Vidal la noticia, y sin ambages, expuso sus dudas de que aquella unión fuera duradera.

—Y —preguntó con cautela— ¿cómo arreglaron lo de los bienes?

—¿Los bienes? —Olga no comprendía. —Sí. ¿Cómo arreglaron eso? ¿Fue un contrato matrimonial de bienes separados, o con fusión de lo que ambos tienen?

—Pues no sé. No me importa si están juntos o separados. Entre Raúl y yo nunca habrá dificultades por asuntos de dinero…

Rolando alzó los hombros y exclamó dubitativamente:

—Ojalá y eso no traiga líos después…

Oficialmente, Raúl continuaba soltero, viviendo en la Latinoamericana; pero, en realidad, había trasladado su ropa, sus libros, su música y otras pertenencias a casa de Olga. Many sentía contra él una aversión que no se preocupaba por disimular y murmuraba siempre que podía, aunque no frente a la señora Lang, que el señor era un vividor.

Cuando Olga volvió a hablar con Sisler, en la Filmadora, le contó también que se había casado con Tovar. Tampoco Edmundo aprobó la boda.

—Dos gentes raras, ustedes —sentenció—, no podrán nunca llevarse bien. Hijita, si me permites que te lo diga, metiste la pata…

No pasó mucho tiempo antes de que los columnistas comenzaran a murmurar que Olga y Raúl se habían casado. Frecuentemente los interrogaban sobre si era cierto o no el rumor, y, puestos de acuerdo, lo negaban.

Sin embargo, una mañana Carlos Denegri publicó en *Excélsior* la noticia con todos sus detalles. Olga se enfureció. Solamente unas pocas personas lo conocían y, sin saber por qué, se empecinó en creer a Sisler culpable de la indiscreción. La siguiente vez que lo vio tuvo una escena violenta, acusándolo de chismoso y boquiflojo. Edmundo juró ser inocente, pero ella no quiso escucharlo más:

—Cuando una persona me traiciona como tú lo has hecho, no puede seguir siendo mi amigo…

Y así concluyó una amistad de años. «Ahora será mi peor enemigo», pensó cuando se hubo ido. Pero, en el fondo, estaba contenta de haber terminado con Sisler, que, en último análisis, ya para nada le era útil…

III

Para *Apasionada* Olga dispuso que no se escatimara ningún gasto. El Indio Fernández la dirigiría y Gabriel Figueroa tendría a su cargo el manejo de la cámara. Raúl Tovar había escrito las canciones y haría la música de fondo.

Poco antes de que comenzara el rodaje, Rolando Vidal llevó a casa de Olga a una bella chica, de estilizada figura.

—Es una de las muchachas con más talento que he conocido —ponderó—. Como sé que buscas a una joven para el papel de la hermana, decidí traerla. Creo, Olguita, que es un hallazgo y que, con el tiempo, será una actriz casi tan grande como tú.

La chica era, en verdad, hermosa. Olga la observaba con los ojos entrecerrados. Tendría veinte años y era morena. Su cara asombrosamente bella y singular. Había estudiado teatro dramático con Luz Alba y Seki Sano, poseía una vasta cultura y, más que nada, ambición y voluntad increíbles.

—¿No ha hecho usted nada en el cine? —indagó fríamente.

—Sólo dos bits, con Miguel Zacarías. Pero, lo que deseo es una buena oportunidad, señora…

—Créeme —reforzó Rolando—, puede ser figura; con una mano que se le tienda, acabará con el cuadro…

Cuando, dos días después, Rolando preguntó a Olga qué le había parecido su protegida, ella movió la cabeza:

—Es bonita —aceptó—. Pero quiere las cosas demasiado fáciles; quiere encontrar la mesa puesta…

—Bueno, ¿y del papel, qué?

—¿Le prometí algún papel?

—Prometérselo, no; pero yo creí que…

Casi violentamente, Olga cegó el diálogo:

—Es inútil, Rolando. El papel ya se lo di a otra chica…

Y, desde ese momento, ya nadie pudo quitarle de la cabeza a

Rolando Vidal que Olga Lang tenía miedo de ser opacada, en sus propias películas, por rivales tan hermosas como ella, pero más jóvenes.

IV

Los primeros días en el set, Olga se sintió nerviosa y fuera de sitio. Después, recobrado ya el aplomo, volvió a gozar intensamente con su trabajo. Ser dirigida por el Indio era, en efecto, algo muy agradable. Todas las noches, después de cortar, veían los *rushes* del día anterior. Las opiniones eran unánimes, a medida que avanzaba la filmación:

—Será su mejor película, señorita Lang…

Ese mediodía, un periodista solicitó unos minutos de conversación con Olga. Era un muchacho joven y guapo y ella pensó inconscientemente en Luis Arvide cuando lo conoció. Quería entrevistarla. Ocuparon una mesa apartada en el restaurante del estudio. Después de las preguntas acostumbradas —cómo se sentía, qué opinaba de María Félix, qué del director— el reportero disparó:

—Olga, ¿por qué insiste en ocultar su matrimonio con Raúl Tovar?

La señorita Lang se enfureció:

—¡No estoy casada con él! Lo he dicho hasta el cansancio.

—Sabemos —prosiguió el periodista con mucha calma— que sí lo está, señorita Lang. Y precisamente de ello quiero que platiquemos.

—Insisto, señor mío, en que no me he casado ni pienso hacerlo todavía.

El reportero sacó de su bolso unos papeles y los desdobló, lentamente, sobre la mesa. Eran unas hojas escritas a máquina, con sellos en ambas caras.

—Esto, señorita Lang, es la copia del acta de su matrimonio, celebrado el 18 de octubre de 1945. O sea, hace dos meses…

Olga le arrebató los papeles y los despedazó, frenética. El fotógrafo que acompañaba al periodista disparó en ese momento un bulbo de magnesio. Sin inmutarse, el reportero continuó:

—Como ve, señora Tovar, nosotros estamos tan enterados de su vida privada como usted. Así que, dígame, ¿por qué no quiere que se

divulgue la noticia?

Olga se había levantado y no escuchó ya las últimas palabras. El reportero no hizo intento de seguirla. Recogió los pedazos de papel del suelo y los guardó en su bolsa.

—Armandito —preguntó al fotógrafo—, ¿saldría la foto?

—Claro que sí, ¡y a toda madre! —respondió el chico de la cámara, con profundo orgullo profesional.

Por la tarde Olga estuvo nerviosa y de mal humor. Tres veces interrumpió la filmación y se retiró al camerino. Many le recomendaba que se calmara y se ofreció a conseguirle unas píldoras sedantes, que ella rechazó indignada.

En una de las pausas, Figueroa comentó con el Indio:

—La tipa está loca…

—Sí. Pero ¿qué nos importa, después de todo? El dinero es suyo y si quiere tirarlo…

Regresó Olga más calmada y continuó trabajando hasta que dieron las nueve de la noche. No quiso ver *rushes* y aguardó en el camerino, mientras removía su maquillaje, a que llegara Raúl.

Dos chicas, que intervenían como extras, dialogaban en el vestidor:

—¿Por qué estaría furiosa la Olga?

—Ve tú a saber. Dicen que le da al trago. Tal vez por eso…

—Es muy bonita, ¿verdad? ¡Y qué suerte tiene…!

—Suerte, ¡bah! Todo lo ha conseguido abriendo las piernas.

—Entonces, es igual a nosotras. También las abrimos para conseguir una chambita de dos días…

—Sí, niña; también nosotras, pero ella sabe a quien abrírselas. ¡Es la única diferencia!

Raúl Tovar llegó un poco retrasado cuando ya Olga, furiosa, disponíase a marcharse sola. Explicó que el auto se había descompuesto y que había tenido que llamar a la AMA para que lo repararan.

—¿Por qué estás de mal humor? —indagó mientras abría la portezuela.

—Vinieron los cochinos periodistas. Ya traen hasta copias del acta matrimonial. Esto, nadie me lo quita de la cabeza, es obra del puerco de Sisler…

Fuera del estudio, emboscados tras un automóvil, aguardaban el reportero y el fotógrafo.

—Tienen que salir por aquí —conjeturó el periodista— y en cuanto asomen, ¡zas!, tomas la foto. Será la primera de ellos dos juntos después de casados…

Un minuto después, la verja del estudio se corría para dar paso

al auto de Tovar. Muy cerca de él, con la cabeza reclinada sobre su hombro, iba Olga. Armandito, con su cámara lista, se aproximó rápidamente y disparó el flash.

Raúl frenó con violencia y saltó fuera del auto. El fotógrafo no había caminado dos pasos cuando él lo pescó por el cuello y comenzó a golpearlo. Quiso intervenir el reportero, pero ya Tovar había vuelto a subir al coche y arrancaba. Lleno de sangre Armando Zaragoza se levantó. La cámara había rodado a sus pies.

—¡Jijo de…! —insultó. De una profunda herida en la mejilla salíale sangre.

—¿No le pasó nada a la cámara?

Armando la examinó:

—Nada, mano; de pura leche se salvó.

V

Raúl había salido temprano a los estudios y Olga, acatarrada y sin voz, permaneció en su casa, sin voluntad ni de vestirse.

En los últimos días los periódicos la habían tratado mal, publicando comentarios que le parecían crueles e injuriosos. Insistía Olga en que Raúl cometió una equivocación al golpear al fotógrafo aquella noche. En el auto, después del incidente, lo recriminó y tuvieron una escena violenta. Raúl, furioso, la llevó a la casa y sin dar explicaciones fue a dormir solo al apartamento de la Latino. Al día siguiente continuó hosco y seco.

Olga estuvo llorando después de que él se marchó. Tenía los nervios de punta y odiaba a su marido, por irascible y pendenciero. Sin embargo, al verlo de nuevo se borraron de su espíritu la inquina y el coraje, y reanudaron su amistad sentimental. Había pasado casi una semana desde el lance y los diarios y las revistas continuaban nutriéndose de él. *Excélsior*, por ejemplo, decía al referirse a ella:

«Olga Lang, la insolente estrella de cine…»

La Prensa, por su parte, noticiaba que el fotógrafo agredido demandaría a la estrella y a su esposo y les exigiría una indemnización; Raúl, empero, no concedía importancia a la campaña periodística.

—Como sea, es publicidad gratuita…

No obstante, Olga estaba disgustada por haberse echado, inútilmente, a la prensa encima.

Rolando Vidal se ofreció como mediador: organizaría un coctel en el hotel Reforma; invitaría a los periodistas cinematográficos —entre ellos al bilioso Vicente Vila, cuya amistad, insistió, podría serle muy valiosa—; les daría una satisfacción y les anunciaría, oficialmente, su matrimonio con Tovar.

Estuvo Olga de acuerdo en todo, excepto en lo de ofrecer una disculpa:

—¿Por qué he de hacerlo? Nada les debo, nada les hice. Si creen que voy a darles satisfacciones por meterse en mi vida privada, se equivocan…

—Cometerías un error —repuso calmadamente Rolando—, Necesitas tú más de ellos, que ellos de ti. No olvides que vives del favor, de la simpatía, del cariño del público; la prensa hostil puede hacerte tanto daño como un director malo. Recuerda eso…

—Para tenerla de mi parte, me basta untarle la mano…

—Parcialmente estás en lo justo. La prensa se vende, pero no toda. Hay periodistas limpios contra quienes el arma del soborno no da buenos resultados. A ésos hay que tratarlos bien, únicamente.

Raúl arregló, con Blumenthal, el alquiler del Salón Beethoven, así como el servicio de cantina. Rolando invitó, personalmente, a los más renombrados periodistas fílmicos. Olga, casi sin darse cuenta, le pidió que incluyera en su lista a Luis Arvide, Vidal la miró, arqueó las cejas y apuntó el nombre. La tarde del coctel Olga fue al salón de Gloria Duval y se hizo maquillar y peinar cuidadosamente. De Nueva York le había llegado ropa nueva y estrenó un severo traje verde. Cuando entró, había esperándola medio centenar de periodistas y fotógrafos. Percibió una atmósfera fría y adversa. Rolando la presentó a todos. Después, ágil maestro de ceremonias, explicó el motivo por el cual se les había invitado.

—La señorita Lang, que tanto debe a la prensa —indicó— quiere por mi conducto presentarles una excusa por el lamentable incidente ocurrido hace algunas noches. Ella es la primera en sentirlo…

De los presentes se levantó un murmullo inaudible. Rolando carraspeó para agregar:

—Quiere también anunciarles, oficialmente, su matrimonio con el famoso compositor Raúl Tovar, aquí presente. Si no lo hizo antes —puntualizó con mucho tacto— fue debido a circunstancias de índole privada, que no viene al caso referir.

Durante dos horas Olga Lang convivió con los periodistas y sintió que había roto la cortina de hielo que alzaron cuando llegó. La asediaban a preguntas y ella, gentilmente, respondía a todas, causando admiración por la agudeza de sus respuestas, por la simpatía de su persona, por su hermosura fatigada que esa tarde, como pocas veces, era fascinante.

Cuando terminó la reunión, Olga volvió a casa. La temperatura era fría. Por la noche tuvo fiebre y mandó por un médico, que diagnosticó gripa y recomendó que guardara cama un par de días. Esto originó un conflicto en los estudios y fue necesario interrumpir la filmación veinticuatro horas. El Indio cambió los planes y, para no sufrir mayores pérdidas, continuó rodando las escenas en las que Lang

no aparecía.

A pesar del coctel la prensa continuaba metiéndose con ella. «¿Qué diablos querrán estos majaderos?», se dijo. La inactividad la ponía de mal humor. Había fumado con exceso y tenía el estómago descompuesto. No podía concentrarse en nada y por las tardes sentía un aburrimiento mortal. Procuraba leer o escuchar música, pero a la primera página, al primer compás, la invadía el tedio. Supuso que necesitaba un descanso, mas no tenía tiempo de tomárselo. *Apasionada* estaba apenas a la mitad y a ella le quedaban aún más de cien escenas pendientes.

En los últimos días Raúl habíale pedido dinero, para pagar cuentas antiguas. Olga pasaba la mayor parte del tiempo sin verlo, mientras él debía atender los asuntos de la Filmadora. Volvía tarde por las noches y ya rara vez iba a visitarla al estudio. La estrella, sola y cansada, manejaba su propio automóvil en el largo trayecto a la ciudad.

Llegó a preguntarse si era feliz con aquel hombre y, sin estar muy convencida, se dijo que sí. Más bien, trató de convencerse. Ya en la diaria intimidad Raúl era diferente. Su cariño se proyectaba hacia ella en muchas palabras, pero en pocos actos. Sexualmente incluso no podía, o no sabía, satisfacerla, lo que ocasionaba en Olga Lang una desazón continua. Aunque Tovar se encontraba en el apogeo de su actividad creadora, su fuerza viril era más bien débil que impetuosa. A ella le parecía siempre que amarla constituía, para su esposo, una penosa obligación. Poco a poco las relaciones fueron disminuyendo en número y entusiasmo, hasta convertirse en algo rutinario y metódico.

Raúl gustaba de trabajar por las noches y la música del piano no dejaba dormir a Olga. Además, él bebía mientras escribía canciones y al meterse al lecho su aliento era insoportable. Pero lo que más sacaba de quicio a la señora Tovar, era que su marido, por ser demasiado friolento, usara calcetines de lana para dormir. Por temor a provocar una escena desagradable, ella se abstenía de hacerle cualquier observación en este sentido. «Lo quiero, lo quiero», se repetía siempre y, sin embargo, notaba con amargura que cada vez era menos sincera.

Raúl se había asignado un sueldo mensual de veinte mil pesos como gerente de la Filmadora y una partida extra, de cinco mil, para gastos de representación.

Cuando Olga opinó que le parecía excesivo el salario, él se enfureció:

—Si no te gusta, si no estás conforme, hazte cargo personalmente de los líos. No necesito tu dinero, ni tampoco soy empleado tuyo. Recuerda que eres mi mujer y es una majadería de tu parte insinuar que te estoy robando —había dicho.

—No es eso, Raúl —ella pretendía hacerle comprender las cosas. No le importaba que él tomara más o menos dinero, sino que su sueldo estuviera de acuerdo con el trabajo que desempeñaba dentro de la Filmadora—. Tú puedes cobrar lo que quieras, porque lo que tenemos es de ambos; pero debes comprender que veinticinco mil pesos cada mes, no los gano ni yo…

Raúl se había ido al estudio a revisar las canciones grabadas dos días antes. Olga terminaba de leer los periódicos y se disponía a echarse un rato, cuando Many, con los ojos muy abiertos, le anunció la visita de Rodrigo Lemus.

—¡Pásalo! —respiró hondo, retadora.

Hacía años que no le ponía el ojo encima a Lemus. Lo último que supo de él fue que había girado cheques sin fondos y que había tenido que emigrar del país. Se preguntó qué motivos lo impulsarían a buscarla, después de tanto tiempo de no verse.

Rodrigo Lemus era una sombra miserable. Estaba flaco y por el aspecto astroso de su ropa era evidente que la fortuna le negaba su gracia. Tenía el pelo blanco y un intenso temblor nervioso en las manos frías. Olga trató de ser amable y lo invitó a sentarse.

—Gracias, Olguita —dijo él, paternalmente.

Su rostro se veía apagado; los ojos sin brillo, los rasgos muertos. Encendió un cigarro. Olga alcanzó a leer la marca: Bohemios.

—He seguido tu carrera con gran interés Olga —comenzó, después de inhalar profundamente el humo. Sus uñas eran largas y sucias y la nicotina le manchaba los dedos.

Olga no quería oír hablar de ella. Sentía curiosidad por saber qué había sido de él en todos esos años y, sin embargo, no se atrevía a preguntárselo francamente. Dio un rodeo:

—Supe que habías estado fuera.

—Sí, anduve en Los Ángeles por algún tiempo. Siempre en cosas de cine…

—¿Tienes algún proyecto?

Él asintió:

—Muchos… Precisamente ando consiguiendo crédito para volver a filmar. Lo tengo casi todo arreglado con el Banco Cinematográfico. Dirigirá una mujer, una mujer con mucho talento: Matilde Landeta. Volveré a ser el de antes —sus pupilas resplandecieron fugazmente— ¡el mismo de antes! —Cerrando los ojos, Olga creyó estar escuchando al Lemus de otras épocas, al hombre fuerte de la industria; al animoso productor que podía gastar un millón de pesos en una película—. He encontrado a otra muchacha: muy bella, muy inteligente, con mucha madera. ¡Digna sucesora de Olga Lang!

Preguntó Olga cómo se llamaba, cómo era.

—Es preciosa. Se llama Adriana —dejó caer el cigarrillo dentro del cenicero de plata de Taxco, labrada por Bill Spratling—. ¡Ya conoces mi buen ojo para escoger gente que vale! Ella será mi nueva tarjeta de presentación para el público… ¿Y tú?

—Me he casado, soy feliz; trabajo en *Apasionada*, preparo dos películas más y, sobre todo, me marcharé al extranjero a descansar.

—Muy bien, muy bien, Olga —Rodrigo Lemus bajó la voz, modulándola en tono confidencial—. He venido a pedirte un servicio…

Ella se puso en guardia. Presentía, desde que él entró, que vendría por algo y se hizo el propósito, fuera lo que fuera, de negarse.

—¿Sí?

—Ajá. Tú sabes cómo son las cosas en el cine. El Banco ha prometido darme crédito si tengo quien me apoye. Últimamente he estado fuera del negocio, por… ciertas razones, y no estoy tan bien parado como antes. Así, pues, lo que quiero es que tú, como propietaria de la Filmadora que yo fundé, seas mi fiadora. Me conoces como gente seria y solvente, y sabes que no te haré quedar mal. ¡Una firma tuya, un aval que me concedas, decide mi situación de productor activo! Todo depende de que tú me ayudes…

Se habían puesto en pie. Olga no contestó. Seguida de Lemus se dirigió hasta el sitio donde él, al entrar, colocó el sombrero. Lo puso en sus manos. Se cruzó de brazos y mirándolo cara a cara, habló sin pestañear:

—Es imposible, Rodrigo —estaban ya ante la puerta del apartamento. Olga corrió el pestillo y la entreabrió—. No puedo acceder. No puedo ayudarte. La Filmadora no acostumbra garantizar compromisos ajenos. Créeme que lo siento mucho, pero así es.

Abrió la puerta. Él estrujó su sombrero. Los músculos de su cara se contrajeron dolorosamente. Sus ojos azules gotearon lágrimas. Inclinó la cabeza encanecida y produjo con voz rota:

—¿Nada, Olga?

Y ella, fría, inconmovible, comenzó a tamborilear impaciente con los dedos de pulidas uñas sobre el triplay de la puerta:

—Nada.

Hizo Lemus una orgullosa reverencia. Se caló el fieltro y, sin decir palabra, sin implorar más ni con los ojos, salió de allí.

VI

Poco antes de que se tomara la última escena de *Apasionada,* Olga comenzó a sentir leves dolores en el vientre. Many la atendió en su camerino, aplicando sobre la parte enferma bolsas de agua caliente. Creyó, al principio, que era la vieja afección ovárica que la molestaba con cierta frecuencia; recuerdo de aquella tarde, años atrás, cuando sacrificó para siempre su maternidad. Pero, ahora, el ataque era extremadamente agudo y le paralizaba las piernas.

Emilio Fernández se asomó por allí.

—Si quiere, Olguita, dejamos la escena para mañana, cuando ya se sienta bien…

Olga no quiso hacerlo:

—Dentro de un momento se me habrá pasado. Llevamos retraso y, por una escena, no quiero parar la producción.

Tenían calculado cortar a las siete, pero fue necesario, dada la indisposición de la estrella, trabajar hasta las nueve. Esa escena final —un *long shot* contra fondo de metrópoli— fue la más dramática que Olga había filmado en su vida. Partía el amado para no volver nunca, y la amante, paralítica e imposibilitada, lo veía marcharse mientras sus ojos lloraban amargamente. No fue necesario que la maquillista pusiera gotas de glicerina o mentol en el *close up* que antecedió al *shot* con que terminaba la cinta, porque el dolor que se crispaba en el rostro de Olga Lang era sincero, real.

Cuando Emilio gritó: «¡Corte!», sintió Olga que iba a desmayarse. Los calambres eran cada segundo más intensos y la acción calmante del analgésico que Many la había obligado a ingerir, había pasado. Con las piernas muertas, y semiinconsciente, fue llevada al camerino. Fuera de la puerta se agolpaban extras, muchachos del *staff* curiosos que querían saber qué pasaba. Many aflojó las ropas de Olga. Ésta gimió débilmente:

—Llama a Raúl a la Filmadora…

Pero Many prefirió llamar antes a cualquier médico y luego a Tovar. Aquél quedó de ir en el acto. Raúl no pudo ser localizado, ni en la oficina ni en la casa.

Después de una rápida auscultación, el médico diagnosticó que la señorita Lang estaba sufriendo un ataque de apendicitis aguda y que era indispensable trasladarla a un sanatorio y operarla inmediatamente.

Ella escuchó las palabras de aquel doctor desconocido, llena de miedo. Sus ojos se agrandaron por el terror y un temblor nervioso comenzó a sacudir su cuerpo.

—¿Operarme doctor?

Éste puso la mano sobre la frente de la mujer:

—La cosa es grave, señora. Mucho me temo que el apéndice esté supurado. No queda otro remedio.

Aquella mano sobre su frente pesaba enormidades. Sintió que su cara, su cuerpo, sus ojos ardían en fiebre. El médico contaba las pulsaciones. Lo vio mover la cabeza y preguntar si había teléfono. Many lo señaló, colocado en una mesita, al lado del tocador. En un plano inclinado, Olga miró reflejarse la imagen del Indio en el espejo.

—¿Cómo sigue, Olguita?

Many contestó por ella:

—Está grave. De apéndice, dice el doctor…

Éste hacía girar el disco del teléfono. Luego, tapando con la mano la bocina, indagó:

—¿Quiere que sea en el Hospital Francés?

Olga no tenía noción de nada. Gemía llena de dolores y fue preciso que Emilio y Many la sujetaran por los brazos y las piernas para evitar que se contorsionara más. El médico, hablando en voz apenas audible, reservó un cuarto. Después, marcó otro número. Al cabo de un tiempo:

—¿El doctor Baz? —una pausa breve—. ¿Maestro? Le habla Manuel Flores…

Explicó que tenía un caso de apendicitis aguda; que la víctima era Olga Lang, la estrella del cine; detalló los síntomas y anunció que había reservado aposento en el Francés.

—¿En media hora? Sí, maestro. En el acto.

A pesar de que la sujetaban, continuaba Olga forcejeando para librarse del dolor. El médico sacó de su maletín de cuero oscuro un frasco de cápsulas de Nembutal. Vertió un poco de agua en un vaso y se hincó al lado de la señorita Lang.

—Ahora —dijo calmado, profesionalmente—, sea buena y abra la boca. Tráguese esto…

—¿Qué es, qué es…? —se resistía Olga, moviendo la cabeza

violenta.

—Dos pastillas de Nembutal para que se calme.

Como ella se resistiera, fue necesario abrirle la boca a fuerza y obligarla a que las tragara. Cinco minutos después descansaba.

Many, Emilio y el doctor acomodaron a Olga en el automóvil y guiando a gran velocidad la llevaron al Sanatorio Francés. Rápidamente fue preparada, previa auscultación general del doctor Gustavo Baz.

Lo último que sintió la estrella fue el piquete de la aguja por la que el pentotal sódico entró en sus venas.

La operación duró casi cuatro horas. El ojo experto de Gustavo Baz escrutó las entrañas de la mujer y advirtió que los órganos anexos estaban en pésimas condiciones y prefirió intervenirlos de una vez.

Afuera del quirófano, Many lloraba mansamente. El Indio se había retirado en cuanto dejaron a Olga en manos de los médicos. La negra continuó llamando cada cinco minutos a la casa, sin que nadie contestara.

Cuando, cerca de las tres de la mañana, reapareció el rostro enjuto del cirujano, corrió hacia él:

—¿Cómo está, doctor; cree usted que nos viva?

Baz desplegó una sonrisa bonachona. Tenía dos bolsas violáceas en lugar de párpados y huellas de fatiga en los rasgos cetrinos y cubiertos de fino pelo de barba gris. Le dio una palmadita en el hombro:

—Pronto estará bien, muchacha…

Poco después de las seis y media de la mañana, Raúl Tovar metió el llavín en la cerradura de la puerta. Venía ebrio, con huellas de pintura en el cuello de la camisa, en las mejillas, en los labios. La estancia se encontraba en penumbra. Por una de las ventanas se vaciaba el resplandor, tenue y gris, del amanecer. «La veré mañana. Es un buen cuero», pensó al cerrar la hoja de cedro a su espalda.

Comenzó a sonar el timbre del teléfono y, por un instante, el compositor se quedó como paralizado. Su primera mirada involuntaria fue hacia la alcoba de su esposa. En puntas caminó a la mesa y descolgó el auricular. Durante unos segundos permaneció mudo, temeroso de que Olga apareciera.

—¿Sí? —emitió en voz bajísima.

Era Many. En tono áspero y furioso, lo puso al tanto de lo sucedido. En la inconsciencia de su borrachera, Raúl Tovar sólo alcanzó a memorizar que su esposa había sido operada y que se encontraba en el Hospital Francés.

—¡Y venga inmediatamente, que la señorita está muy grave!

Raúl Tovar escuchó el click que indicaba que la conferencia había terminado. «¿Operada?», se preguntó en voz alta. Colgó y siguió de pie, en el centro de la habitación, a oscuras. Luego abrió la puerta de la recámara para comprobar que nadie había dormido allí esa noche.

El rostro negro y agotado de Many se asomaba a ella, cuando Olga Lang abrió los ojos.

—¿Cómo estoy…? —preguntó en débil tartamudeo.

Al pie de la cama, Baz la miraba sonriendo. Hizo un ademán afirmativo con la cabeza:

—Está usted bien, señorita Lang…

Una luz fría penetraba por la ventana invisible para Olga. Eran las siete y quince minutos. Ella sentía arder sus labios. La religiosa los humedeció con un algodón. La cabeza le daba vueltas, por efecto de la anestesia. El cuarto olía fuertemente a medicinas.

Ladeó el rostro, centrando a Many:

—¿Vino el señor?

—Sí… Tuvo que salir un momento…

No quiso decirle que Raúl no se había presentado aún, ni tampoco que había estado ausente de la casa toda la noche. Many seguía llorando. Los rasgos de Olga estaban estragados y de un color verdoso mate. Baz dio algunas instrucciones a la enfermera y al médico interno, y antes de retirarse prometió volver más tarde. La monja pidió a Many que dejara sola a Olga. Luego dio a ésta un sedante y corrió los visillos de muselinas, ahogando por completo la claridad del día.

—¿Cómo está?

Raúl corrió hacia Many, que seguía montando perruna guardia ante el cuarto.

—¿Cómo está? —repitió, echándole su aliento alcohólico a la cara.

La negra lo miró duramente y llena de odio:

—Bien —para añadir—. ¡Bien, gracias a los cuidados de usted!

Tovar no atendió la ironía. Otra vaharada alcohólica salió de su boca:

—¿Ya la operaron?

—¿Pues qué cree usted? —contestó con otra pregunta—. ¿Que íbamos a esperar a que usted diera el permiso?

El compositor, a pesar de haberse lavado, tenía en la cara marcas de lápiz labial y grandes ojeras que le daban una apariencia lamentable.

Many lo encaró:

—Es usted un cínico, un desvergonzado. ¡Presentarse con la carota llena de porquería, mientras la señorita está muriéndose!

Inconscientemente Raúl trató de limpiarse las huellas acusadoras. «¡Dios, necesito algo para la cruda!» Había sido una parranda magnífica. La muchacha, por fin, había accedido a salir con él esa noche. Se encontraron en Papillón, bebieron copas; bailaron en El Patio y habían ido a acostarse a casa de ella. Él, a cambio, le prometió un buen papel en la próxima película de su esposa.

—¿Quién operó? —se le ocurrió preguntar.

—El doctor Baz. —Tomó aire. Many metió los dedos en abanico, bajo las narices de Tovar—. ¡Cuatro horas de sufrimiento para la señorita!

—¡Ah! —hizo Tovar.

Cerca de las diez, la enfermera autorizó a Raúl para que entrara.

Olga lo recibió con una muda sonrisa tierna y tomó su mano. Se le veía un poco más animada. Raúl no se atrevió a mirarla de frente. Ella gimió:

—Gracias, Raúl…

Sintió que la vergüenza le enrojecía las mejillas. La mano de Olga quemaba al contacto con la suya. Many los miraba de pie, cerca de la puerta.

—Ella… —Olga señaló con los ojos a la sirvienta— me… me dijo que estuviste aquí… sin irte ni un segundo… ¡Gracias! ¡Te amo tanto!

I

Cinco semanas de convalecencia pasó Olga en Acapulco. Blumi le había reservado las mejores habitaciones de su hotel y ella se sentía a gusto. Pasaba la mayor parte del tiempo leyendo, frente al mar, en la amplia terraza soleada, Rolando Vidal la acompañó los primeros quince días y la divirtió grandemente. De regreso a México continuó escribiéndole todas las mañanas.

Recibía pocas visitas y Blumenthal llegó a presentarle dos o tres caballeros que, según dijo, iban a ser nombrados ministros del gabinete del Presidente Electo, Miguel Alemán. Precisamente, en esos días los periódicos estaban llenos de noticias sobre la elección. A Olga le simpatizaba Alemán y las leía con gran interés. Uno de aquellos gentiles caballeros le brindó su casa, una de las mejores del puerto, para que la habitara cuando quisiera.

—Son gente que vale mucho —indicó el pequeño hotelero, cuando se marcharon—. Contactos políticos que pueden serle muy útiles.

Raúl Tovar pasaba con ella los fines de semana. Había comprado un pequeño avión plateado, y él mismo lo tripulaba, con gran disgusto de su mujer.

—Un mal día te matarás, Raúl. Tú no sirves para aviador —machacaba siempre.

Permanecía desde la tarde del sábado hasta la mañana del lunes, en que regresaba a la capital. Ahora que no estaba Rolando, estos eran los mejores días de la semana para Olga. En uno de sus viajes la llevó junto al piano y tocó una canción que había compuesto para ella. Una canción hermosa, con sentidas palabras que hablaban de las olas ribeteadas de espuma, de las estrellas que envidiaban la luz de sus ojos, de sus manos tiernas y amorosas.

—La grabaré con Pedro Vargas esta semana. ¡Será un *hit*!

Apasionada estaba lista para el estreno. Don Emilio Azcárraga la

quería para su Teatro Alameda. Concluida, afinada, limpia, la película era magnífica. Figueroa se había lucido fotografiándola; el Indio, dirigiéndola.

—¡Y qué decir de tu trabajo, Olga!

Durante las dos semanas que Rolando había pasado acompañándola, había insistido muy diplomáticamente en que Olga debía revisar las cuentas de la Filmadora y enterarse de cómo manejaba Raúl los dineros. Había insinuado, sin afirmar nada, que el compositor gastaba demasiado y que los viejos empleados de la empresa murmuraban que, con una administración como aquella, ningún capital, por grande que fuera, duraría mucho.

Olga, al principio, se resistía a mencionar ni una sola palabra de esto a su marido. Confiaba en que todo fueran chismes o malas voluntades —Raúl detestaba a Rolando y viceversa—. Pero, en los últimos días, creyó prudente investigar la verdad y ver cómo marchaba el negocio.

—Raúl —dijo de pronto, firmemente—. Quiero pedirte un servicio. Ahora que tengo tiempo de sobra, me gustaría revisar las cuentas de la Filmadora. Tú sabes, enterarme cuánto nos queda, en qué hemos gastado el dinero y ver qué podemos hacer para más adelante…

Lentamente él levantó la cara. Había en ella un gesto de asombro. Forzó el gesto, hasta hacerlo amable.

—¡Olga, qué se te ocurre! —había caminado a la ventana y miraba la tarde hundiéndose, con la moneda roja del sol, más allá del horizonte. Una tarde de tarjeta postal como las que él cantaba en sus canciones—. ¡Necesitas descansar y no preocuparte! Las cosas están mejor que nunca. Las cuentas, al corriente. No es tiempo —regresó a su lado y la abrazó— de revisar librotes llenos de números que no entenderías. Si quieres saber de dinero, te diré que estamos ganándolo a montones y que ganaremos más con *Apasionada*.

Después de todo, Raúl tenía razón. ¿Qué diablos sabía Olga de números? ¿Qué de porcentajes, anticipos, dividendos, comisiones, gastos e impuestos? Ella sólo quería hacer cine, filmar sin preocupaciones de créditos y préstamos; de cuentas y letras de cambio. Sí, toda la del mundo. Además, se haría líos. Nunca le había gustado la matemática ni la administración. Su marido era inteligente y capaz y en mejores manos que las suyas no podría estar el negocio. El capital era de ambos y Raúl, por conveniencia, aplicaría sus conocimientos para cuidarlo y acrecentarlo.

Rolando llegó un lunes en el avión de las 9:30. Cuando descendía vio despegar el pequeño aeroplano niquelado de Tovar. Olga lo recibió alegremente, vistiendo uno de los trajes de playa que

él le había diseñado.

—¡Chula —Rolando la besó en la frente—, estás linda como nunca!

—¿Cómo está México?

—¡Uy, muy bien! Lleno de chismes como siempre. Traje unos libros para ti. Te van a gustar…

—Raúl estuvo conmigo…

—Sí, lo vi en el aeropuerto. ¡Conque es aviador! Cualquier día se dará un cristianazo…

—¡Rolando —Olga fingió enojarse—, cómo eres!

—Es la verdad. Además, nada perderías quedándote viuda: eres linda, joven y rica…

Ese mediodía Olga Lang salió por primeva vez del hotel. Escoltada por Vidal y Many dio un corto paseo en Caleta, comió ceviche y bebió cerveza helada bajo un amplio quitasol. Mentalmente comparó el físico de Rolando con el de Raúl. «Si no fuera raro». Él estuvo contándole novedades de la metrópoli y la estrella experimentó profunda nostalgia por volver.

—Fíjate —decía él— que ha llegado una chica brasileña divina. La trajo un señor muy importante y la va a hacer estrella…

—¿Quién es él?

Rolando le secreteó al oído el nombre.

—¿No?

—¡Ése mero! Claro que va a quedar muy bien parada, con semejante padrino.

—¿Y del cine?

—Ahora hay lío entre los sindicatos y han puesto a Cantinflas de mediador. Esto es el principio de la crisis y pronto muchos productores tendrán que correrse los puntos del cinturón… El estreno de *Apasionada* se espera con gran curiosidad. La gente quiere saber cómo vuelves, después de tantos años. Aquí entre nos, te diré que es la mejor de tus películas y, si me apuras un poco, hasta puedo apostarte que te llevarás el Ariel de la Academia.

En alguna forma, Olga se había enterado de que Raúl tenía una amiguita en México. Desde hacía días no pensaba más que en eso. Cuando él estuvo la última vez habíale preguntado si era feliz casado con ella, si no extrañaba la libertad que perdió contrayendo matrimonio, y él le reiteró que la amaba como a ninguna otra mujer y que era inmensamente dichoso de ser su compañero.

Ahora podría averiguar algo más. No le importaba cuán dolorosa fuera la verdad. Conocía que su marido y Vidal no se tragaban y quiso aprovechar la antipatía mutua.

—Rolando —comenzó suavemente—, he sabido que Raúl anda

un poco descarriado en México, que tiene una aventurilla sentimental. No sé hasta qué punto sea cierto y no quiero prejuzgarlo sin conocer la verdad. Tú eres mi único amigo, una de las poquísimas gentes en quien puedo confiar y creer. Dime, ¿qué hay? ¿Es cierto?

Rolando conocía a la chica. La conocía como todo México, porque el compositor no ocultaba su idilio. Ahora que Olga vivía en Acapulco, él paseaba con su amante todas las noches, la exhibía sin recato en los cabarets. Cuando Olga lo interrogó, su primer impulso fue contarle la verdad. Sin embargo, optó por fingir:

—No sé nada, Olga. Créeme que si lo supiera, te lo diría.

Olga se sintió tranquila y segura.

II

A mediados de noviembre la Academia Cinematográfica seleccionó, por unanimidad, a la película *Apasionada* como la mejor del año y concedió el Ariel correspondiente a la mejor actriz, a Olga Lang.

Aunque, oficialmente, los resultados del escrutinio deberían darse a conocer durante la fiesta anual, algunos miembros de la Academia visitaron a Olga una semana antes para notificarle su triunfo. La película había sido un éxito artístico y económico increíble. En masa, el público se volcó sobre los cines que la exhibían, haciendo subir impresionantemente la gráfica de la taquilla. Los críticos la consideraban extraordinaria y alababan el trabajo de los artistas, del director y del fotógrafo. *Apasionada* había acaparado la mayoría de los trofeos.

Olga Lang escuchó, muy emocionada, la noticia y hubo un momento en que sintió que iba a llorar. Los académicos se mostraban gentilísimos con ella. Desde su butaca, Rolando Vidal sonreía vagamente.

En un momento oportuno, Olga deslizó:

—¿Quién ganará el premio de la música?

Los académicos se miraron entre sí. Realmente la señorita Lang los ponía en aprietos. Nadie ignoraba, y mucho menos ellos, que Raúl Tovar había escrito la música ambiental y las canciones de *Apasionada*. Sin embargo, a pesar de la buena voluntad de los jurados, resultaba imposible acreditarle el Ariel, porque por lo menos dos compositores tenían mayores méritos. Cierto que Raúl lo había hecho bien, pero no tanto como para premiarlo.

—La cosa es —titubeó uno de los académicos— que aún no decidimos a quién darle el premio. En la terna figuran su esposo, Gonzalo Curiel y Raúl Lavista. Será cuestión de…

En los días siguientes los reporteros especializados estuvieron especulando sobre quiénes serían los candidatos probables a obtener

los máximos galardones que, a la manera de Hollywood, se otorgaban en México cada año.

Lumière afirmaba que sin discusión *Apasionada* sería la mejor película, y Lola Rico la mejor actriz de su labor en *La calle verde*. Vila, en cambio, seleccionaba a Olga Lang en actuación y a *María Candelaria*, dirigida por el Indio y actuada por Dolores del Río, como obra de conjunto.

—En fin —exclamó Olga, dejando a un lado el periódico—. ¡Nadie se pone de acuerdo!

Estaban desayunando. Dentro de su bata de seda roja, Raúl fumaba un cigarrillo y leía la página deportiva. A últimas fechas había comenzado a usar lentes de gruesos aros de goma que le daban un aspecto entre cómico y severo. Sin separar la vista de las columnas, dejó caer:

—Y de la música, ¿no dicen nada?

—No. Sé que hay una terna, en la que tú figuras…

—¿Sí? —Raúl continuaba su lectura. Notó Olga que las canas comenzaban a blanquearle las sienes y que estaba pálido e indolente —. Es seguro que yo me la lleve. ¡Segurísimo!

Olga invitó a Rolando a que los acompañara la noche en que iban a entregarse los premios, en El Patio. Durante cerca de dos horas, la estrella estuvo embelleciéndose. Como siempre, Vidal supervisó el maquillaje, las joyas, el perfume, el vestido. Olga estaba nerviosa y no paraba de moverse, en espera de que llegara el momento de partir.

Raúl no disimuló su aversión por Rolando cuando lo vio en la casa.

—¿No hay premios para la mejor costurera? —ironizó.

Sin inmutarse, Rolando replicó:

—Todavía no. Pero, a partir del año próximo, los acapararé todos.

—¡No me diga!

—Así, señor Tovar, Olga y yo seremos más famosos que ahora.

Fue una fiesta animada y concurrida. Los fotógrafos llenaban el barroco recinto con miles de fogonazos. La orquesta tocaba ruidosamente y Vicente Miranda no cesaba de ir de mesa en mesa repartiendo sonrisas, soltando piropos y preguntando si todo estaba bien. Olga y Tovar ocupaban un sitio al borde de la pequeña y congestionada pista de baile. Saludaron con breves caravanas a Agustín Lara y a María Félix. A poco llegó Lola Rico escoltada por un torero. Su arribo causó expectación y Olga tuvo la certeza de que todos los presentes la ponían en la balanza del juicio, en el platillo opuesto al de su rival.

—Aquél es Jorge Pasquel —señaló Raúl.

Era un hombre atlético, moreno y guapo, con bigote insolente, Olga lo miró con gran curiosidad, porque había escuchado muchas leyendas increíbles sobre su persona. Lo acompañaba una chica que parecía ser la doble de la Félix.

—¿Quién es ella?

—Una de las que comienzan: Elsa Aguirre. Dicen que Pasquel quiere casarse con ella…

Rolando había ido a saludar a alguien y lo veían volver ahora, llevando del brazo a la joven que una tarde, meses antes, había presentado a Olga Lang. Su hermosura, por lo impresionante, entusiasmaba a todos. Raúl silbó admirativamente:

—¡Mira lo que trae este maricón!

Vidal hizo las presentaciones. Raúl Tovar sonrió gentilmente y corrió un poco su silla para que la muchacha quedara entre él y el modista. De reojo la observaba con curiosidad insistente. Su perfil era perfecto, lo mismo que la curva de su cuello y sus pulidos hombros desnudos.

La chica se hallaba visiblemente emocionada por ocupar un sitio en la mesa de Olga Lang. Sonriendo con gracia, trató de ser amable:

—¡La envidio tanto, señorita Lang! —dijo, ruborizándose. ¿No así había hablado muchas veces Olga, cuando no era más que una chica llena de sueños?—. Pero más la admiro. *Apasionada* me fascinó, al grado de que la he visto tres veces.

Opinó Olga que era muy amable y que le agradecía el cumplido. Hablaba sin entusiasmo, sin afecto, como si emitir las palabras significara un gran esfuerzo. Aquella muchacha, de mirada penetrante y fina belleza, la ponía nerviosa y hubiera deseado hacerla desaparecer. Rolando no perdía de vista los gestos de Olga, mientras sonreía gozoso. Raúl extremaba amabilidades con la joven, brindándose a encenderle el cigarrillo y darle conversación.

Llegó, por fin, el gran momento. Tras un preámbulo explicativo del significado de la fiesta, el maestro de ceremonias pasó el micrófono al presidente de la Academia. Éste dijo dos o tres frases y comenzó a leer la lista de las películas y las personas —artistas, directores, fotógrafos, técnicos— seleccionadas para recibir trofeos.

Cuando Olga Lang cruzó el atestado recinto y recibió el Ariel —pequeña estatuilla simbólica— la multitud puesta en pie la aclamaba trepidantemente. Con lágrimas en los ojos, la estrella tartamudeó una docena de palabras agradeciendo la distinción, que era la primera en reconocer inmerecida.

Raúl fumaba nerviosamente. Cuando el locutor dijo que se premiaría al autor de la mejor música, los nervios de Tovar se pusieron aún más tensos. El temblor de sus manos se acentuó, al grado

de que tuvo que esconderlas bajo la mesa. Tenía la boca seca y la garganta estrangulada.

—…y por ello, la Academia concede el Ariel correspondiente a la mejor música, al gran compositor…

Los aplausos ahogaron el nombre. Sintió Raúl que el piso se abría bajo sus pies. Había comenzado a levantarse, seguro de que de un instante a otro lo señalaría el reflector. Al escuchar que premiaban a otro, volvió a desplomarse, como si fuera de trapo, sobre la silla. Tenía los ojos nublados de furia. Vidal y su amiga lo miraron compasivamente.

Maquinalmente llenó de whisky su vaso y lo apuró de un solo trago. Repitió la operación dos veces y luego quedó como muerto, muy derecho, con los ojos abiertos y perdidos en la mancha riente de los trajes femeninos, en la negra severidad de los smokings, en los colores difusos de las paredes. En sus oídos resonaban los ecos tremendos de la música del fracaso.

III

Julio Bracho puso un libro sobre la mesa. Era un tibio mediodía de diciembre y Olga tarareaba la canción de moda: «En Acapulco», que Raúl le había compuesto cuando ella estuvo enferma.

—¿Qué es, Julio?

—Un libro magnífico, con un papel hecho a su medida. ¿Lo conoce? —se lo alargó. Como siempre, Julio Bracho vestía una camisa de mezclilla azul. Olga lo había conocido por medio de Lemus y era una de sus admiradoras. Su *Distinto amanecer* le había encantado. Después de *Apasionada*, una cinta semirrural. Olga sintió deseo de filmar otra, que tuviera a la gran ciudad como escenario. El Indio era, con Gabriel Figueroa, el gran realizador de los dramas indígenas, el maestro de lo autóctono. Bracho, por el contrario, prefería el paisaje urbano: el naturalismo de la metrópoli, el conflicto del hombre y la mujer comunes.

Aceptadas las condiciones económicas, Julio se dedicó a buscar un tema adecuado al prestigio y a la personalidad de Olga Lang. Durante semanas hurgó en libros, revistas y archivos, persiguiendo un asunto que reuniera todos los requisitos. Cualquier día cayó en sus manos una novela moderna y audaz, escrita por un reportero, a quien conocía superficialmente, y que le fue recomendada como buena. Se la leyó en dos noches y quedó convencido que había encontrado lo que buscaba.

Olga levantó la tapa, forrada con papel de periódico. En la primera página leyó: *La mujer infinita*. Violentamente, como si el libro le ardiera las manos, lo arrojó al suelo.

—Sí, lo conozco. Es una basura…

Se inclinó Julio a recogerlo, mirándola sorprendido. Sus anchas cejas negras se arquearon:

—¿Una basura? —estaba confuso y pensó que la mujer era estúpida como auténtica estrella de cine, al rechazar un argumento

excelente—. En lo personal lo encuentro, repito, magnífico. La novela no tiene pero. Con ligeros retoques haría una película estupenda. ¡Hasta parece que el autor la escribió pensando en usted!

Fugazmente Olga reconstruyó en su memoria otra escena en que habían sido pronunciadas las mismas palabras: aquella a bordo del avión que la llevara a Acapulco, uno o dos años atrás. Rolando también había dicho que el personaje de *La mujer infinita* debía ser interpretado por ella.

Cuando remiró al sorprendido Bracho, tenía los ojos inyectados de ira. Nerviosamente tomó un cigarrillo de la caja de plata, lo golpeó por un extremo sobre la uña del pulgar y se lo incrustó en los labios. Julio le brindó fuego.

—Ya lo he leído —dijo más calmada, reclinándose—, y me parece una porquería, una vaciedad. ¡El personaje es falso! El autor nada sabe de mujeres, de una mujer en particular. Pinta una visión deformada, equívoca…

Bracho siguió insistiendo en que el asunto era bueno: uno de los mejor logrados que había encontrado en su carrera de director. *La mujer infinita* tenía posibilidades insospechables. Su personaje femenino principal —una muchacha acicateada por la tremenda ambición del triunfo— era demasiado humano para ser falso. Opinaba Julio que *La mujer infinita* consagraría a la actriz que la encarnara. Olga no debía dejar escapar esa oportunidad fantástica. Nadie más que ella era la indicada para dar vida a la protagonista. La señorita Lang debía librarse de prejuicios y juzgar serenamente la obra.

—Es —machacaba Julio— una novela magnífica, imponderable. Y la heroína, perfecta. A través de sus páginas puede uno vivir, sufrir, amar, triunfar, al parejo de ella, y cuando se termina de leerla queda uno enamorado de tan fabulosa mujer.

Se empecinó Olga en que no haría ese papel por nada del mundo, así fuera el mejor de su vida. Detestaba a la protagonista, sentía repugnancia por el libro entero y ni una sola de sus palabras era digna siquiera de ponerle los ojos encima. Se levantó y comenzó a pasearse. Con su ojo experto Julio Bracho la visualizó: estaba un poco gorda y la piel de su rostro no era tan lozana y fresca como antes. «Le sobran cinco kilos», calculó mirándole las caderas redondas, entalladas por unos pantalones de oscura gabardina de lana.

—Cualquier otro argumento, menos ese, Julio. No lo haré nunca —concluyó, encarándolo en un reto.

—Comete usted un error —Bracho se encogió de hombros—. ¡En fin, usted sabe lo que hace!

Prometió seguir buscando un argumento que fuera del agrado de Olga y se marchó; había dejado el libro sobre la mesa de la sala. Olga

lo tomó, lo abrió al azar e intentó leerlo. Un minuto después, displicentemente, lo hizo resbalar hasta la alfombra.

IV

A últimas fechas salía poco. Como siempre, leía o se aburría en casa. Toda la mañana la ocupaba embelleciéndose. Había contratado a una masajista para que la hiciera adelgazar. El exceso de grasa la preocupaba mucho, porque, lejos de disminuir, aumentaba.

Eran en vano el riguroso ejercicio y los masajes. El vientre se le había aflojado y comenzó a usar faja para no verse gorda, como *primadona*. Todas las mañanas, al levantarse, veía horrorizada que la báscula marcaba más y más gramos. Por sugerencia de Rolando consultó a un especialista. Raúl Fornier le fijó una dieta a base de carne y jugos y suprimió el pan, el azúcar, las grasas.

Tras un riguroso examen, que incluía media docena de análisis, otro especialista opinó que su gordura no se debía a la alimentación, sino a ciertos trastornos glandulares, consecuencia, dijo, de la intervención quirúrgica que había sufrido.

Más que nada, el tedio producía efectos mortales en su espíritu. Raúl salía temprano y volvía, casi siempre, al amanecer. El idilio hacía mucho que había terminado. Ya no lo recriminaba nunca. Él, poco a poco, fue alejándose de su afecto, hasta llegar a convertirse en un huésped de la casa. Hubo semanas en que durmió sólo una vez con ella. Olga comenzó a beber, buscando una fuga a su fastidio. «Sólo los débiles beben», se decía, y cada noche, al acostarse ebria, prometíase no volver a hacerlo. Su fuerza de voluntad, sin embargo, estaba rota y desarticulada y recaía en lo que comenzó como un mero pasatiempo para convertirse en un vicio que ya le costaba esfuerzos disimular.

Un día cayó en sus manos una revista. En ella encontró la fotografía de Raúl bailando con una chica. «El famoso compositor Raúl Tovar sorprendido por nuestro fotógrafo en compañía de la guapa *starlet* Alma Peña —reseñaba el pie del grabado—: Se dice que la señorita Peña hará un papel estelar en la próxima película de Olga Lang». La muchacha era bonita y la escena ocurría en Ciro's. La

estrella decidió esperar a que su marido llegara por la noche por definir, de una vez, la situación.

Cuando un lejano reloj golpeó la una de la madrugada, Olga estaba ya completamente borracha. «¡Que se vaya al diablo!», farfulló y se metió en la cama. Ni ésa ni la siguiente noche apareció Raúl Tovar. «¿Qué nos ha pasado?», se preguntaba Olga. En realidad, nada había pasado. Simplemente la cosa se enfrió, se convirtió en humo.

Ya los periódicos publicaban, con frecuencia, notas respecto al fracaso matrimonial de Olga Lang. Rolando opinaba que lo mejor sería desmentir tales infundios, que la perjudicaban.

—Es inútil. Deja que digan lo que quieran… Además, es cierto.

Sabía Olga que ya era inútil. Si alguna vez había amado a Raúl Tovar, era cosa del pasado. Lo importante era que ya no sentía nada por él. Nada que no fuera un odio infinito, no por serle infiel, que le tenía sin cuidado, sino porque, al exhibirse con otra, ponía a su esposa en ridículo.

—¿Se pelearon, o qué? —quiso saber Vidal.

Eso era lo extraño; no se habían peleado. Reconstruyendo hechos y circunstancias, pudo Olga encontrar lo que, a simple vista, podía ser la causa del abandono de Raúl. Todo comenzó la noche en que ella recibió el Ariel. Tovar estaba seguro, por su parte, de llevarse el correspondiente a la música. Cuando vio que otro lo obtenía, se emborrachó como una bestia y tuvo Rolando que cargarlo hasta el automóvil. Allí sobrevino una escena desagradable, ante infinidad de testigos. Raúl había gritado que su mujer era una prostituta y fue necesario que Vidal lo golpeara para hacerlo callar.

Ya en la casa, Raúl había llorado amargamente toda la noche. Le dolía el triunfo ajeno y hablo de suicidarse. Olga no pronunció una palabra. A la mañana siguiente, Tovar se levantó enfermo y de mal humor, con la cara parda. Trató a su mujer con brutalidad. Por la noche salió y, desde entonces, apenas si volvió cuatro o cinco veces. Olga decidió soportar todo hasta el fin, diciéndose que ya se le pasaría el coraje.

Raúl no había vuelto tampoco a la oficina y los asuntos andaban embrollados. El subgerente llamó a Olga, para saber dónde podría localizar al señor Tovar, pues era necesario que firmara unos documentos importantes. La señorita Lang explicó que ignoraba, en ese momento, dónde hallar a su esposo y prometió darle recado en cuanto lo viera.

—Señorita —había dicho el subgerente—, creo mi deber enterarla de ciertas cosas que han ocurrido aquí. Desearía que me diera una cita…

Olga dijo que podría recibirlo aquella tarde, Leandro Fernández,

subgerente de la Filmadora, llegó a la hora en punto. Era un hombre ceremonioso y alto, serio y enérgico. De su voluminoso portafolio sacó un legajo de papeles, que extendió ante sí.

Mientras se colocaba los lentes de arillo de oro, anticipó:

—La cosa es seria, señora —carraspeó, y de entre todos los papeles separó uno color de rosa que entregó a Olga—. Este es el último balance… Como usted ve —con el índice señaló las columnas apretadas de cifras—, la situación es punto menos que alarmante. A pesar de que nuestras películas en trabajo y nuestra *Apasionada* han tenido magníficos rendimientos, los números son desconsoladores. O, para decirlo de una vez, arrojan déficit…

Buscó Olga sus lentes y durante un cuarto de hora, auxiliada por Fernández, revisó el documento. Lo único que entendía era que los egresos eran mayores que los ingresos. Pensativamente indagó a qué se debía aquello. El subgerente tomó otros papeles:

—A esto…

Eran unas diez páginas atestadas de guarismos. Olga las ojeó rápidamente:

—Son, señora, los gastos personales del señor Tovar: vales, anticipos a diversas gentes, sueldos, etc. Sobre el salario que el señor Tovar tiene, me atrevo a decir que es exagerado, si se toma en cuenta que la Filmadora, aunque es una empresa que maneja varios millones, en realidad opera con sólo medio millón en efectivo. Técnicamente, el capital no es tanto como para que el gerente se asigne veinticinco mil pesos cada mes, más extras, sobre las que no tenemos control.

Bastó a Olga leer los renglones para estar de acuerdo con Fernández en que la situación financiera de la Filmadora era de desastre. Sus ojos miraron, llenos de asombro y rabia, docenas de veces el nombre de Alma Peña frente a la cifra $5 000.00 decenales; el de Tovar, al lado de otras todavía mayores.

—¿Cómo es posible esto…? —tartamudeó.

Hizo Fernández un aspaviento:

—Es lo que yo me pregunto. Creí que usted estaba enterada…

—No, hasta ahora…

—Don Raúl, no lo ofendo diciéndole, ignora del pe al pa lo que son los negocios. Es, permítame agregar, un manirroto. Día a día salen de la Filmadora ríos de dinero que nunca regresa… ¿Qué debo hacer?

—¿Qué debe hacer? —dijo Olga como un eco.

Fernández aguardaba su decisión. Remiró la estrella los papeles. «Alma Peña, $5 000.00… Alma Peña, $5 000.00… Alma Peña… Alma, $5 000.00». Lentamente se irguió. La cabeza se le iba en mareo cegador y si no fuera porque aquel hombre espiaba cada uno de sus actos hubiera corrido al barecito para beberse un trago. Algo, dentro

de su cráneo, le daba zarpazos calientes. «Alma Peña… $5 000.00…» Encaró a Leandro:

—Desde este momento se hace usted cargo de todo, señor Fernández. Quiero que me presente, a la mayor brevedad posible, un informe general…

Como si alguien lo hubiera pinchado, Fernández se levantó violentamente. Tenía desencajado el rostro y apenas pudo farfullar:

—¿Yo? ¿Y don Raúl? ¡Él es el gerente!

Le devolvió Olga los papeles. Sentíase endurecida y fría, aunque la rabia le ardía por dentro. Estaba dispuesta a concluir con todo de una vez.

—No importa. Atienda usted a todo. No quiero que mi marido ponga las manos, para nada, en el dinero.

—Es que don Raúl tiene cuenta, a nombre de la Filmadora, en el Banco Nacional —informó, con timidez.

—Avíseles entonces que la empresa lo ha desconocido, lo ha cesado como gerente. En fin, eso es asunto suyo. Y, recuerde, que no toque un centavo más…

Después de que salió Fernández, Olga permaneció unos minutos indecisa. Las palabras de Sisler habían resultado ciertas: había metido la pata al casarse con Raúl. La indignaba, no lo excesivo de sus gastos, sino la forma en que la ponía en ridículo con Alma Peña. Estaba, sin embargo, un poco asustada por la determinación de cesar a su marido como gerente de la Filmadora y creía haber ido demasiado lejos.

—En fin —suspiró.

Tenía ganas de beber. Impulsivamente sacó una botella de fino whisky y llenó a medias un vaso. «Sólo los débiles encuentran consuelo en el alcohol», se repitieron los pensamientos. Hizo un gran esfuerzo y vertió el licor dentro del recipiente de cristal lleno de cubos de hielo. Llamó a Many y le ordenó que tirara los frascos de aguardiente.

—No quiero verlos nunca más…

Descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿Rolando? Necesito que vengas… Sí, inmediatamente.

Colgó de un golpe. «¿Por qué he de tenerle miedo?», preguntábase. Había comenzado a oscurecer. Una tenue luz oblicua taladraba las persianas, arrojándolas en barras de sombra sobre el tapete. Llegó Rolando media hora después.

Olga tenía la cara descompuesta y él la miró perplejo. La estrella veíase envejecida y marchita. No quiso encender ninguna luz. Con gran abatimiento se dejó caer en el sofá.

—Rolando —prorrumpió patéticamente—, esto se acabó.

Comprendió él de qué se trataba. La tomó por las manos.

—Lo siento, Olga; pero…

—Sé lo que vas a decirme: que cometí una equivocación. Bien, la cometí y lo reconozco —cambió el tono de su voz; martilleó resuelta —. Pero ya no es tiempo de lamentarse. Se acabó, sí, y no lo siento. Estuvo conmigo Leandro Fernández y me mostró las cuentas. Aquello, Rolando, está en bancarrota. Raúl ha derrochado todo en unos meses, y luego esa Alma Peña…

—¿Lo sabes también?

—Sí.

—¿Qué piensas hacer?

Altivamente Olga levantó la barbilla:

—Nada. Sí, no te asombre. Nada contra ella. En cuanto a Raúl, esta tarde lo cesé como gerente…

Emitió Rolando un pequeño silbido. Olga, sin pausa, continuó:

—Fernández tiene instrucciones terminantes. No se le dará un solo centavo. Sobre esto quiero hablarte.

Vidal adoptó una actitud de atenta escucha. Ofreció un cigarrillo a Olga y ambos fumaron. Ella explicó:

—Raúl y yo no podremos seguir adelante. Él tiene su mundo, sus ideas; yo tengo las mías. Por desgracia, son diferentes. Me casé, te consta, enamorada. Mi vida a su lado ha sido una caricatura de felicidad. Hemos llegado a lo último. Hace muchas semanas que no vive aquí. Viene a veces, duerme y se marcha. Ha desatendido la oficina. No le preocupa nada más que el dinero; un dinero que he ganado yo y que él se gasta con sus amantes. Puedo permitirle todo, que me sea infiel, que se acueste con ellas —su voz se opacó por las lágrimas ahogadas—, todo, menos que se burle de mí, que me ridiculice…

Rolando entrelazó las manos en su rodilla. Olga seguía hablando patéticamente. La escuchaba sollozar a pausas. Él también sentía congoja. Se removió apenas para preguntar:

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Esto: que vayas a los periódicos y hagas publicar la noticia que yo, ¿entiendes?, yo cesé a Raúl de la Filmadora.

—¿No crees que eso empeoraría las cosas? La gente murmuraría horrores.

—¡Qué me importa! Estoy pagando con la misma moneda. Ahora seré yo quien lo ridiculice, quien lo exhiba como lo que es: un infeliz vividor…

V

Eran las diez de la mañana cuando Raúl Tovar llegó. Sus manos asían fuertemente un periódico. Olga se hallaba en la habitación donde todos los días tomaba su masaje. La mujer de anchas espaldas que friccionaba en ese momento el vientre desnudo de la señorita Lang puso ojos de asombro al ver al compositor abrir de un puntapié la puerta.

—¡Quiero hablarte! —gritó. Luego, fulminando a la masajista—. Deje eso y lárguese…

Sin cubrirse el pecho, Olga Lang se enderezó:

—¡Espérate! —gritó a su vez. La mujer los miraba asustada, mientras recogía los frascos de aceite. Olga le exigió que no saliera y volvió a tenderse—. Siga, por favor. Y tú, si quieres hablarme, aguarda a que termine.

Media hora después, en bata, reaparecía Olga en la sala. Tovar la miró con fulgores de odio. Iba sin afeitar y con el pelo revuelto. Frenando sus ímpetus dentelleó la pregunta:

—¿Quieres explicarme qué es esto? —apuntaba el sitio donde aparecía publicada la información que insertara Rolando. «Raúl Tovar, esposo de la famosa actriz Olga Lang, fue despedido por ésta de la gerencia de la Filmadora».

Olga se encogió de hombros y encendió un Chesterfield. Sonreía con burla.

—¿Eso? Es una noticia; o, si quieres, una verdad…

Sin aguardar a que su marido arguyera nada se encaminó a la alcoba. Allí se despojó de la bata, ocupó el taburete del tocador y comenzó a embadurnarse el rostro con Ponds. Por el espejo vio reaparecer a Raúl.

—Has hecho una majadería conmigo, Olga. Me has puesto en ridículo…

Giró ella en el asiento y lo enfrentó:

—¿Te he puesto en ridículo? ¡Ja, ja! ¿Y tú que has hecho conmigo? ¿Crees que estoy ciega o sorda y que no sé las cosas? ¿Crees que ignoro que tienes una amante, una, una… una puta con la que gastas el dinero que yo gano?

Raúl apretó las mandíbulas. Se crisparon sus puños. Dio un paso adelante, como si quisiera aplastar a su mujer, que había vuelto a mirar al espejo mientras sus dedos, calmadamente, seguían impregnando de crema su piel.

—No hables de ella así —rugió—. No tienes derecho a juzgarla sin conocerla. Más puta eres tú, que todo lo que tienes lo conseguiste dándole las nalgas a Guillén…

Olga se levantó inauditamente embravecida. El insulto le había calado hondo. Relampagueaban sus ojos. Raúl, frente a ella, no había alterado su expresión. Continuaba hablando como un loco.

—Eso eres tú. ¿O no es de putas engañar al hombre que te mantiene, como lo hacías conmigo cuando Guillén era tu amante? Y si lo hiciste con él, ¿qué seguridad puedo tener de que mi esposa no me traicione también? ¿De dónde me vienes ahora con el cuento de que eres una mujer decente? Si Alma es lo que dices, tú lo eres peor, aunque te des pujos de puritana y virtuosa…

Olga le estampó la mano en el rostro y dijo palabrotas de verdulera.

Raúl Tovar la tomó por las muñecas y con el puño cerrado comenzó a descargar golpes brutales en su rostro. La sangre brotó instantáneamente de las narices y de la boca de la estrella.

—¡Puta, hija de puta! —gritaba enardecido. Olga se desmayó. Su cuerpo quedó hecho un garabato inerte sobre el piso. Tenía el rostro atrozmente golpeado y lleno de sangre. La punta del zapato de Raúl Tovar se clavó, con salvajismo brutal, en el vientre de la mujer.

Asustado por la sangre, salió a la carrera. En la sala tropezó con Many, que acudía al escuchar los gritos de Olga, y de un empellón la derribó.

Cuando la negra vio a la señorita Lang inmóvil y sangrante, profirió un alarido de angustia.

—¡La mató, la mató! —gritaba, llorando abrazada a su cuerpo.

I

Cuando las heridas cicatrizaron, el médico opinó que era necesario operar:

—Por fortuna —explicaba, señalando los sitios donde debía intervenir el bisturí—, la lesión de los huesos de la nariz tiene arreglo. Cortamos aquí… aquí y aquí; enderezamos el arco y en un mes a lo sumo quedará usted como nueva. Más guapa, si ello es posible, que antes…

Fijaron para el miércoles siguiente el día de la operación, que, según Carlos Hernández Ramírez, el cirujano, sería fácil y nada peligrosa.

—Y cuando maneje —recomendó— hágalo con cuidado, señorita Lang…

Rolando había hecho todos los arreglos. Cuando la vio una hora después de la golpiza, Olga presentaba un aspecto lamentable. Sus labios, negros de sangre coagulada, se hincharon horriblemente y su ojo izquierdo parecía un tomate podrido. Sobre la otra ceja había una herida profunda, de la que aún escurría un hilillo rojo. Por fortuna, los parejos dientes blancos de la señorita Lang no habían sufrido daño. Many, gimiendo como un perro apaleado, pretendía llamar a los gendarmes. Vidal intuyó que cualquier publicidad que se le diera al hecho, degeneraría en escándalo y prometió encauzar las conjeturas y especulaciones que la gente haría con toda seguridad, hacia un punto. Olga Lang habíase lesionado en un accidente de automóvil. Luego buscó al mejor cirujano plástico de la ciudad, lo puso al tanto de lo ocurrido y lo llevó al apartamento, después de hacerlo prometer que a nadie diría una palabra. El cirujano era un muchachote locuaz y fornido. Al observarlo la estrella pensó, a su vez, que él también necesitaba una operación en la nariz.

Después de minucioso examen, Hernández Ramírez expresó que lo único que podía hacerse, por el momento, era aguardar a que las

heridas cerraran, para luego decidir.

Esa noche, Olga Lang tuvo fiebre. Rolando durmió en la otra recámara. Many sobre la alfombra, en la alcoba de su patrona, a la que fue necesario darle dos píldoras somníferas. A la mañana siguiente, llena de miedo, Olga pidió un espejo. De sus ojos doloridos brotaron lágrimas al mirarse.

—¡Dios mío…!

Rehaciéndose, murmuró desalentada:

—Esto ya no tiene remedio…

Rolando desayunó con ella. Tenía todo planeado: inventaría un viaje de Olga al extranjero y dio órdenes a Many de que dijera, a todos los que preguntaran por la señorita, que ésta se encontraba ausente y que ignoraba cuándo regresaría.

—Como dijo Carlos —trató de animarla, cuando ella comenzó a llorar de nuevo—, la cosa no tiene importancia. En un par de semanas estrenarás cara nueva. Quizá hasta salgas ganando…

Pero Olga no se veía muy convencida. Lo mejor de su persona había sido siempre su rostro. «¡La mujer más hermosa del mundo!» Ahora, esa cara amada y conocida por todos estaba hecha una ruina. Podía Rolando ser optimista, suponer que recuperaría sus facciones; pero ella sabía que su amigo mentía por piedad.

—Dime la verdad, Rolando. ¿Estoy acabada?

—No, mujer. —Él era sincero. Ramírez había dicho que todo podría arreglarse y quedar como antes. Por ser tan serio, era incapaz de mentir—. ¡Claro que no estás acabada! Ya oíste al especialista. Te operará y quedarás bien. ¡Todavía hay Olga Lang para mucho tiempo!

Ella pidió a Dios que así fuera.

II

Cierta vez, Luis Arvide le había hablado de un abogado amigo suyo, capaz de divorciar, en dos días, a una pareja que viviera en la Indochina. Por alguna misteriosa razón su nombre permaneció vivo, con todo y haberlo escuchado un par de veces, en la memoria de Olga Lang.

Ahora necesitaba a un hombre así para salir del atolladero. «Ojalá y sea tan bueno como dicen», pensó a medida que sus ojos recorrían las páginas del directorio telefónico destinadas a los apellidos que comienzan con V.

—Aquí está… Vasconcelos, Darío. Número…

Lo apuntó en un pedazo de papel y aguardó a que fuera mediodía para llamarle. Cuando lo hizo, una amable voz de hombre aceptó ser la de Vasconcelos.

—Licenciado, le llama Olga Lang…

—¿La artista?

—Sí —sintió una pequeña satisfacción al saberse reconocida—. Necesito consultarlo, hoy mismo si es posible…

Convinieron la hora y Olga le recomendó la mayor discreción del mundo. Comió sin ganas y trató después de dormir un poco, para reponerse. Había leído, ávidamente, los diarios de la tarde y suspiró aliviada al no encontrar ninguna noticia sobre el incidente del día anterior.

Poco antes de las cinco, Many le anunció la visita del abogado. Ante el espejo, Olga rectificó los pliegues de su bata, retocó su peinado y se caló unas grandes gafas ahumadas para disimular los moretones violeta de los ojos.

En la sala aguardaba Vasconcelos, que se incorporó al verla. Olga Lang le tendió la mano. Darío Vasconcelos tenía una delgada cara de roedor y unos negros ojos inteligentes. Su piel y su cabello lacio eran oscuros y su voz poseía un lejano dejo suriano.

—A sus órdenes, señorita… —oblicuamente soslayaba el rostro hinchado de la famosa artista.

En pocas palabras Olga le explicó lo acontecido: la riña, el adulterio de Tovar, las dificultades conyugales. Vasconcelos escuchaba con su atención de ardilla, con la cabeza ladeada. De cuando en cuando hacía alguna pregunta y asentía.

—¿Y los bienes quedaron a nombre de los dos?

—Sí —aceptó Olga, para luego apresurarse a aclarar—. En realidad, él no trajo más que ese piano. Todo lo que ve usted aquí, lo mismo que el coche y el avión del señor Tovar, los compró con dinero de la Filmadora, que es de mi propiedad…

Prometió el abogado atender personalmente todos esos detalles. Quiso luego saber si Olga pensaba exigir responsabilidad legal a Tovar por lesiones y abuso de confianza. Ella dijo que no, pues no deseaba publicidad de ninguna clase.

—Está bien —Vasconcelos enderezó su largo cuerpo flaco—; prepararé el juicio.

—¿No quiere —indagó tímidamente Olga— que hablemos de una vez de sus honorarios, licenciado?

—Eso será después. Y —tomó el sombrero, se inclinó— procuraremos que nadie se entere de este asunto. Buenas tardes.

III

Rolando la acompañó, muy de mañana, al sanatorio de Insurgentes, donde habría de someterse a la operación. Una luz fuerte y blanca pegaba sobre los muros encalados de los edificios. Como emergiendo de un mar de hierba, el esqueleto rojo de un gran rascacielos semicircular cerraba la perspectiva. De una nevería cercana brotaba la música dulzona de «En Acapulco», cuyas palabras le parecían ahora cursis y vulgares. La canción, como lo pronosticara Raúl, había sido un éxito y era famosa a lo largo y a lo ancho del país. En pleno furor, otro compositor presentó una demanda contra Tovar, bajo el cargo de haber plagiado su melodía. El litigio alimentó, por varias semanas, la hoguera del escándalo y se extinguió después tan rápidamente como surgiera.

Una guapa enfermera silenciosa la preparó en la sala de cirugía y la ayudó a meterse dentro de una amplia bata blanca.

Sentíase Olga nerviosa, a pesar de la inyección calmante y de los nembutales. Sus manos, aferradas a las de Rolando, estaban heladas. Confesó, fingiendo una sonrisa, que tenía miedo. Le dieron otra cápsula sedante, que le supo amarga. Con un algodón impregnado de alcohol limpiáronle cuidadosamente el rostro. El médico dijo que había llegado el momento.

Su cara redonda y regordeta se inclinó sobre Olga. Mientras alistaba la jeringuilla para anestesiarla, tranquilizó:

—Tranquilícese. ¡Todo saldrá bien!

Cerró los ojos al sentir la primera punzadura. Rolando vestía una bata igual a la del médico y, como él, embozaba su rostro con un antifaz esterilizado. Olga deseó tenerlo más cerca aún. Escuchaba los ruidos, agrandados por su imaginación; de alguna parte venía un penetrante olor a algo que supuso éter. Descorrió las cortinas de los párpados: de las cuatro lámparas suspendidas sobre ella emanaba una luz cegadora. Dentro del campo visual, con las manos enfundadas en

hule, apareció el cirujano. Un poco a la izquierda otras dos cabezas monstruosas, cubiertas con gorros y máscaras de tela.

«Como la primera vez», pensó. Así estuvo en un sórdido consultorio de médico, aquella tarde inolvidable. Entonces había polvo y mugre y un hombre siniestro, que le desgarraba las entrañas; que la ayudaba a salvarse del lío de tener un hijo de su amante. «¿Qué habrá sido de él?», se refería a Luis. Y era curioso que en tanto tiempo no hubieran vuelto a encontrarse. Alguna vez había visto una fotografía suya en el periódico; no había cambiado mucho, por lo menos de cara. ¡La cara!

¿Y si la operación resultaba mal? El doctor aseguraba que sería venturosa, que no dejaría huella. Necesitaba salvar esa cara. Iría a la iglesia. A la Villa de Guadalupe a dar gracias a la Virgen si quedaba bien. Mentalmente rezó una oración. Hacía muchos años que no visitaba un templo. «Lo haré cuando sane», prometió.

Luego se hizo todo como de agua.

IV

Cuando regresó a su apartamento encontró una tarjeta de Vasconcelos, con unas palabras y el número de su teléfono.

Lo llamó al día siguiente. El abogado tenía lista la demanda y quería que Olga la leyera. Se la enviaría esa misma tarde y pasaría a recogerla por la mañana. Preguntó Many si pensaba mandar por la masajista.

—Sí. Que venga hoy mismo.

La cara de Olga Lang desaparecía bajo un grueso vendaje y una espantable armazón metálica. Hablaba lentamente y no podía comer alimentos sólidos. Hernández Ramírez le había recomendado que extremara las precauciones para no entorpecer la evolución normal de las heridas.

—Beberá líquidos y por las noches será preciso que duerma boca arriba —había dicho, cuando abandonó el sanatorio—. Debe evitar la torcedura del arco de alambre. Es molesto los primeros días, pero ya se acostumbrará.

Simuló la masajista ignorar todo y alistó las cosas para trabajar. Olga había comprobado en la báscula que tenía un kilo más de peso. Silenciosamente, la mujer comenzó a atacar la adiposidad del abdomen.

—Sí que es usted rebelde señorita —comentó, resoplando, en una de las pausas—. Esta grasita —con sus manos vigorosas estiró un amplio sector de piel— no quiere irse por nada del mundo. ¡Pero le haremos la lucha!

Un enviado de Vasconcelos llevó los papeles. Olga pasó el resto de la tarde leyéndolos y aprobó la forma en que el abogado fundamentaba la demanda. Esa noche, la estrella la pasó insomne, sufriendo neuralgias en la cara. Las horas transcurría lentamente. Como un fuelle, Many roncaba ovillada en la alfombra. Sólo cuando se acercaba el amanecer, Olga pudo dormitar unos minutos.

Darío Vasconcelos llegó temprano, recogió los documentos y le informó que había concertado una cita con Tovar. Quiso Olga saber si la entrevista era indispensable.

—Sí, lo es. Legalmente él posee la mitad de la fortuna conyugal. Sobre esto discutiremos…

Tres días más tarde el cirujano retiró los vendajes y cortó los puntos de sutura. Olga soportaba el dolor estoica. Era la del médico la única respiración que se escuchaba. Vidal y Many ni respiraban siquiera. Olga percibía, fuertemente, los latidos de su sangre.

—¡Listo, señorita Lang! —suspiró Hernández. Olga pudo ver que sonreía satisfecho. Rápidamente escrutó a Rolando y a la negra. Al principio, en sus rostros había cierta vaga expresión de asombro, que se transformó después en otra, de regocijo.

—El espejo…

Many lo entregó al doctor.

—Véase —indicó él, muy seguro.

Olga sostuvo entre sus manos frías y temblorosas el cuadrángulo de azogue. Con miedo infinito remiró angustiada a los otros. El doctor hizo un ademán.

—¡Véase, ha sido un milagro!

Por fin, se contempló. Veía su rostro ligeramente hinchado, con moretones violeta en las mejillas. Aunque también inflamada, su nariz era la misma, airosa, bella, armónica. El resto de la piel estaba rojiza, como nueva.

—Eso es natural, señorita Lang —explicó el cirujano—. En poco tiempo la hinchazón y los derrames habrán desaparecido. Luego le daré algunos ligeros masajes…

Preguntó Olga si podría pintarse o usar maquillaje:

—Por lo pronto no. Incluso, no podrá lavarse la cara en varias semanas. Antes de un mes, quedará flamante…

Esa misma noche Olga satisfizo uno de sus grandes deseos: comer un filete casi crudo. Después de la cena consultó con Rolando si consideraba prudente hacerse una nueva prueba de cámara. Aunque la operación era perfecta, temía que sus facciones hubieran cambiado. A simple vista era imposible apreciarlo; pero la pantalla no engañaba nunca. Se convino contratar a Raúl Martínez Solares para el experimento.

Cuando, cuatro semanas más tarde, el cirujano la dio de alta, Olga Lang filmó en CLASA mil pies. Se impidió la entrada al set a los curiosos y estuvieron presentes únicamente el fotógrafo, los alumbradores y Sara Mateos, la maquillista. De regreso a la ciudad, Rolando compró los periódicos de la tarde, que traían como noticia principal la de la aparición de la fiebre aftosa en Veracruz.

—«Es una verdadera catástrofe, peor que la guerra civil —leyó Olga en voz alta—. La economía del país sufrirá trastornos incalculables…»

Sin dejar de mirar la calzada de Tlalpan, Rolando comentó:

—Con la bomba atómica y con esto de la fiebre aftosa, sólo nos queda ir a vivir a los Estados Unidos…

Olga pidió al modista que la invitara a cenar en el pequeño restaurante alemán que había frecuentado con Luis. Después de beber café, ella habló nostálgicamente de los momentos inolvidables que pasó allí, cuando era sólo una muchacha llena de ambiciones y amor.

—¿Por qué lo dejaste? —preguntó Rolando.

Olga no lo sabía:

—Quizá por tonta; quizá porque no lo amaba lo bastante para sacrificar mi vida y vivir sólo la suya…

—¿Y la has vivido?

Ella lo miró pensativa, y no dijo nada.

En todos aquellos años el restaurante había sufrido transformaciones radicales; la más importante de todas, para Olga, era que no conservaba el encanto de otros días. Antes era íntimo, acogedor, amable. Ahora, ruidoso, lleno de luces y repleto de gente ordinaria y alharaquienta. El violinista era distinto y Olga preguntó al mesero qué había sido del anterior.

—Tengo poco de trabajar aquí. No lo conocí, señorita…

Explicó Olga a Rolando que aquel violinista por quien preguntaba, le era particularmente simpático y gustaba de tocarle «Always», su canción favorita.

—Todo ha cambiado, Rolando: este sitio, tú, yo. Las cosas y las gentes. Lo terrible es no cambiar también; insistir en permanecer más joven de lo que uno es.

El viernes por la mañana vieron la prueba. Hizo Olga que la proyectaran cuatro veces y todos estuvieron de acuerdo en que su rostro no había sufrido alteración alguna, con el accidente.

—Nadie diría que se lesionó la cara —comentó Raúl Martínez Solares.

Sara Mateos opinó que, si acaso, para disimular cierta levísima protuberancia en la nariz de Olga, sería necesario oscurecer un poco el maquillaje de los lados.

En los jardines encontró a Julio Bracho y lo invitó a volver en su automóvil a la ciudad.

—Olga, tengo el argumento que buscaba.

Esto la alegró mucho. Nuevamente la invadía el ansia del trabajo.

Llévemelo inmediatamente.

Lo leyeron juntos esa misma tarde. Olga sentíase como nueva: joven, animosa, saludable. Hasta había olvidado los líos del divorcio y los últimos escándalos que Raúl armara en cabarets de tan baja categoría como el Waikikí. Quería volver al arte, a la emoción de cada escena.

—Me encanta, Julio. Es fantástico. ¿Cuándo cree usted que podamos comenzar?

Calculó Julio que, por lo pronto, en cinco semanas más. Encargaría de los tratamientos fílmicos a un joven de mucho talento. A José Revueltas. Olga no lo conocía, pero no lo objetó.

V

—Llegué a un arreglo con él —decía Vasconcelos.

Olga se paseaba furiosa por la sala inundada de caliente luz. A través de las persianas se divisaba el paisaje de la ciudad. Por la avenida pasó, hacia el sur, una ambulancia haciendo sonar su sirena. La gente se movía de prisa. En el cielo, de azul profundo, se había quedado aislada una nube cremosa, de bordes rosados.

Vasconcelos había trabajado sin descanso en el divorcio. Raúl, en las pláticas, asumió siempre una actitud intransigente; bien asesorado, insistía, primero, en no conceder la libertad a su esposa, y, después, en que se le diera la mitad de lo que poseía —ni un centavo menos. El abogado le hizo comprender que perdería el juicio en los tribunales y dijo, a nombre de Olga, estar dispuesto a pactar.

—¿Cuánto quiere? —preguntó ella.

—Pidió al principio un millón…

—¿Pues qué se ha creído ése, ése…?

—Después tres cuartos. Por último, y eso fue hoy en la mañana, dijo que se conformaría con doscientos cincuenta mil…

Olga explotó:

—Eso nunca. Prefiero gastar todo lo que tengo, en el pleito, antes de permitir que él se salga con la suya… ¡Desvergonzado, canalla!

Sin rebatirla, Vasconcelos escuchaba, fumando un cigarro de tabaco negro.

—Como usted guste, señorita Lang —aceptó, al concluir ella—. Pero creo que haría usted un mal negocio. De llevarle adelante el pleito, que a la postre ganaría, habría usted desembolsado quizá más de lo que tiene. Páguele y termine de una vez…

Lo pensó un instante Olga Lang. Su instinto le avisaba que el abogado tenía razón y que sería una estupidez suya dejarse arrastrar por sus impulsos personales. Frunció la boca y aceptó:

—Está bien. Déle lo que quiera y tráigame el divorcio.

VI

De acuerdo con el informe rendido por Leandro Fernández, la gestión de Tovar significó, para la Filmadora, una pérdida neta de medio millón de pesos.

—Aunque hemos pasado el trago amargo —resumió el subgerente—, creo que es conveniente hacer un reajuste. El señor Tovar empleó a infinidad de personas cuyos servicios son innecesarios; también contrató a muchos artistas que devengan sueldos crecidos por no hacer nada…

—¡Céselos a todos!

Pasó Olga algunas tardes revisando la contabilidad y enterándose, en detalle, de la forma en que marchaba el negocio. No la volverían a engañar nunca. Topó de pronto con el dato de que la Filmadora tenía en España un crédito a su favor por casi dos millones de pesetas.

—¿Qué es esto? —quiso saber.

—Saldos que nos pertenecen —y a continuación Fernández pormenorizó—: Desde 1941 han ido acumulándose por concepto de explotación de nuestras películas. Como usted debe saber, el gobierno de Franco prohíbe la salida de dinero de España. Para recuperarlas sería necesario hacer arreglos con CIFESA o con Cesáreo González. Quiero con esto decir que podríamos permutar lo que ellos ganan aquí con las películas españolas, por lo que la Filmadora tiene en los bancos de Madrid. Claro —hizo un gesto dubitativo— que eso tomaría tiempo.

Olga vestía un sencillo traje de gabardina canela. Fumaba un Chesterfield en su boquilla de oro macizo. Sus lentes gruesos le daban un aspecto masculino y severo. Hacía calor en la tarde soleada y transparente. ¡Qué bien le caería beberse un trago en el Bottoms Up que se veía enfrente! Los árboles de Reforma, que alcanzaba a divisar hacia la izquierda, producían una frescura de hojas renovadas. Un amortiguado ruido de claxons alcanzaba a entrar por las ventanas

herméticas. Lo único que Olga aprobaba de aquella lujosa oficina —amueblada con un terno de cuero rojo, que contrastaba con la madera clara de los muebles y el gris escritorio metálico— era el sistema de ventilación artificial instalado, a gran costo, por Raúl.

Fernández, con su pareja voz monótona, seguía insistiendo:

—Tomaría tiempo, sí. Un año, tal vez dos. Aunque —suavemente golpeaba con el extremo de la pluma fuente sobre sus labios— podríamos hacer otra cosa.

—¿Cuál?

—Producir allá —reasumió su habitual actitud explicativa—. Mire usted: esos dos millones de pesetas, equivalentes a setecientos cincuenta mil pesos mexicanos, no pueden salir de España como dinero; pero sí en especie, en mercancía…

Rio Olga brevemente:

—¿No querrá usted que como Arruza, me dedique a vender aceite para ensaladas, verdad?

—¡Claro que no! —protestó Fernández—. Usted no es abarrotera, sino productora de películas.

—No veo la diferencia. En México todos los productores tenemos criterio de gallegos…

Fernández sonrió:

—Cierto, pero usted es la excepción. Usted, señora, puede filmar en España. No necesita gastar dinero. A nombre de la Filmadora hay pesetas suficientes para hacer una película y, una vez hecha, traerla y explotarla. Así recuperaría una buena suma…

—No estaría mal —convino Olga, levantándose.

La seducía poco, por lo pronto, la idea de ir a España. El viaje era largo y no disponía de tiempo. Durante los próximos meses tendría mucho trabajo en los estudios. La película que iba a hacer con Bracho aguardaba, para comenzar, la orden de la estrella; además, Magdaleno y el Indio preparaban la adaptación de otra. Cuando terminara, estaría demasiado cansada para continuar ante las cámaras. Tomaría unas vacaciones en California y regresaría a construir su casa.

Por sugerencia de Rolando había invertido doscientos mil pesos en terrenos en varios puntos de la ciudad. Sobre un gran lote de las Lomas de Sotelo pensaba edificar una amplia mansión a su gusto: una moderna, sencilla, llena de luz. Mario Pani se encargaría de diseñarla, aunque Vidal insistiera que Obregón Santacilia era mejor arquitecto. Fastidiaba a Olga vivir en un apartamento o comprarse una residencia ya hecha. Desde siempre había soñado con tener un palacio de amplias ventanas, muros de cristal y grandes habitaciones pintadas de claro. Un retiro tranquilo y alegre, con piscina y cancha de tenis; jardín y caminitos enarenados. Tendría, además, media docena de

perros salchicha y un acuario.

Últimamente había recibido proposiciones para ir a filmar a Hollywood. Le ofrecían de galán a Gregory Peck, en una película en color que costaría dos millones de dólares. La oferta era tentadora y hubo un momento en que dudó rechazarla. Hubiera aceptado a no ser por Rolando quien, con mucho tacto, le hizo comprender que su sitio estaba en México y no debía exponerse a un fracaso en el extranjero. Al ser conocida la negativa de Olga Lang los periodistas la comentaron en grado superlativo y hubo alguno que dijera que aquel patriótico gesto de la gran actriz decía mucho de su talento.

Fernández la acompañó hasta la puerta. Comenzaba a oscurecer en el paseo cuando el auto convertible de Olga desembocó en él. Grandes cartelones anunciaban una corrida en la que participaría Manolete, que en unas cuantas semanas se había convertido en ídolo de la ciudad. Su toreo, su leyenda, su propaganda personal sabiamente administrada, hacían de Manuel Rodríguez una especie de héroe, un dios de las multitudes. Olga, sin saber por qué, sintió una pequeña rabia por el pálido matador de toros a quien apodaban el Monstruo.

Al llegar a su casa. Many le entregó un telegrama. Antes de abrirlo, Olga preguntó si el señor Vidal la había llamado.

—Sí; dijo que vendría a las ocho.

Eran las 6:20. «Apenas me queda tiempo de arreglarme». Ordenó a la sirvienta que preparara un baño caliente. Rasgó la cubierta amarilla:

«Tu madre murió hoy. Necesito que vengas».

Firmaba Ángel Lang, su padre. Por unos minutos estuvo como abismada. La noticia no le producía pena ni llanto. Sólo sorpresa. En realidad aquellas siete palabras no promovían ningún sentimiento de compasión o dolor. Le pedía que fuera al pueblo. «Necesito que vengas». Era jueves y la nueva película entraría a rodaje el lunes. Al día siguiente, a las siete de la noche, iría Julio Bracho con un proyecto de rodaje. Apenas, pues, le quedaban veinticuatro horas laborables, útiles, para ultimar detalles. Rolando llevaría el vestuario y haría las modificaciones convenientes. Era imposible ir. Many avisó que el baño estaba listo y ayudó a la señorita a desnudarse.

—¿Qué le pasa? —interrogó, al notarla como ausente.

—Lee eso…

—¡Hum! —hizo la negra—, sólo se acuerdan de usted para pedirle dinero o darle malas noticias.

A las ocho en punto llegó Rolando. Olga le mostró el mensaje. Arqueó él las cejas:

—¿Qué piensas hacer? ¿Ir?

—Es imposible. Tenemos mucho trabajo y poco tiempo. Mañana

les mandaré un cheque para los gastos. ¿Crees que mil pesos sean suficientes?

Esa noche fueron a la fiesta que Blumi daba a Manolete. El gran torero le fue presentado a Olga Lang. Lo acompañaba una mujerona de pelo azul eléctrico y abundantes carnes, a la que, según murmuraban, le pagaban unos pesos diarios por acompañar al Monstruo a todas partes. El Cordobés era un joven pálido y anémico, de impresionantes ojos tristes. Apenas hablaba. Olga pasó unos minutos con él, tratando de conversar. Había mucha gente que no conocía, pero que no cesaba de mirarla y hacer comentarios.

La mujer de pelo azul estaba un poco bebida y no cesaba de reírse a carcajadas. Olga comenzó a ponerse de mal humor. Aunque la noticia que recibiera en la tarde no le dolía grandemente, su espíritu no era propicio, esa noche, para gozar de la compañía de extraños.

Seguía llegando gente ruidosa, que repartía abrazos y hablaba con acento andaluz. Un joven de poderosas mandíbulas y un mechón de canas en la frente, saludó a Manolete llamándolo maestro y luego sacudió, con rudeza amable, la mano de la artista.

—Luis Procuna, para servirle…

Por entre aquel mar de cabezas, de espaldas y de hombros de mujeres, divisó Olga a Rolando Vidal, que traía a remolque a un sujeto gordo, de toscas facciones de batracio.

—¡Mira, Olga, a quién te traigo…!

Cuando lo tuvo más cerca lo reconoció instantáneamente. Era Diego Rivera. Vestía de oscuro. De la camisa de mezclilla surgía una cabeza voluminosa, un cuello gordo y fofo, unas pequeñas manos blanduzcas.

—¿Cómo está usted? —dijo familiarmente el pintor.

Olga dijo sonriendo que estaba bien. ¿Y él? ¿Mucho trabajo? ¿Cómo iban sus frescos del Palacio Nacional? ¿Era cierto, como lo había leído en los periódicos, que la carne humana era magnífico alimento?

—¿Y sabes lo mejor, Olga? —Rolando no cabía en sí de gusto—: ¡El maestro Rivera va a pintarte un retrato!

Olga lo miró extrañada. Diego asintió con un lento movimiento de su redonda cabeza de pelo revuelto. Sonreía:

—Yo también he oído mucho de usted, señora…

—Un retrato de Diego Rivera —Rolando Vidal se hinchó al decirlo— equivale a la inmortalidad…

Le agradó mucho a Olga saber que el fantástico sujeto se interesaba en pintarle un retrato. Estuvo a punto de decirle que ésta era la segunda ocasión que se encontraban. Muchos años antes, cuando no era más que una muchacha que soñaba con el triunfo,

Manuel Jiménez los había presentado en otra fiesta que ahora, en la distancia del recuerdo, era para ella poco menos que un informe borrón de luces y rostros desvaídos.

Aquella vez, Jiménez habló de que Diego pintaría su mejor cuadro cuando Olga posara para él. En esa época —no podía olvidarlo — la pintura del artista guanajuatense no le gustaba. Sin embargo, con los años tanto escuchó decir que era genial, que comenzó a creerlo, que acabó convencida. No en vano decía Luis Arvide que Diego Rivera y la Coca Cola eran los milagros más grandes de la publicidad mundial.

—Se lo agradezco mucho, maestro —dijo, sinceramente.

Diego sacó de la bolsa de su chaqueta una libretita y un lápiz, cuya punta mojó con saliva.

—Déme el número de su teléfono para llamarla cuando esté listo.

A la mañana siguiente Olga escribió una breve carta a su padre, en la que le recomendaba valor en ese trance y le explicaba que sus muchas ocupaciones le impedían asistir al sepelio de su madre. «Tu telegrama —releyó en voz alta y las palabras le sonaron huecas y falsas— me llenó de pena. Comprendo tu dolor y lo comparto. Ahora tú y yo estamos más solos que nunca. Como el lunes comienzo a trabajar no puedo acompañarte físicamente en la pena; sin embargo, mis lágrimas me acercan a ti. Te envío, en giro telegráfico, mil pesos que de algo te han de servir. Tu hija que te adora, Olga». Cerró el sobre, lo rotuló y sintió que se había quitado una carga de encima.

VII

Julio Bracho insistía en que Rubén Miranda no tenía suficiente personalidad para ser galán de Olga en *Sangre y asfalto*, la película que comenzaría el lunes siguiente:

—¡Será un *miscast*! Estará fuera de lugar. Rubén no tiene aún los tamaños, Olga… Mejor sería llamar a Arturo de Córdova o a Pedro Armendáriz, que, además, son taquilleros…

—Para asegurar taquilla —la señorita Lang estaba un poco irritada y había encendido un nuevo cigarro— me basto yo…

Suavemente, Rolando concedió la razón a Bracho:

—Es cierto lo que dice Julio. Arturo o Pedro son más profesionales, poseen recursos y experiencia. Rubén Miranda, sí, es guapo, talentoso y buen actor; pero no tiene madurez, aún no lo conoce el público. Comprende, Olga, que esta película es la primera que haces después de ganar el Ariel. Debe ser mejor, por todos conceptos, que *Apasionada*.

Que alguna vez Rubén Miranda fuera su galán, era un viejo proyecto de Olga. Lo había conocido, años atrás, en Tehuantepec, mientras filmaban exteriores para una de las películas que hizo con Lemus. Entonces Rubén era sólo un muchacho agradable, bien parecido y ambicioso. Recordaba haber dado largos paseos con él, por las noches. Lo escuchó hablar de sus sueños y de su determinación de llegar a actor. Cuando se pensó en buscar un galán apropiado para *Sangre y asfalto*, Olga sacó de su archivo mental el nombre de Miranda. Por los periódicos había ido siguiendo su ascendente carrera. De pequeñas partes, mal pagadas y anónimas, subió hasta coestelares. Últimamente, sin que ni Vidal se enterase, había visto en un cine de circuito la última cinta en la que trabajaba Rubén, con Lola del Río como estrella. Le gustó su naturalidad para actuar. En lo físico se le veía maduro y centrado y sus progresos dramáticos eran notables. Fue entonces cuando decidió abrirle las puertas de la fama, haciéndolo su

galán.

Soplando la ceniza del Chesterfield, Olga habló:

—Ustedes tienen sus puntos de vista; yo, los míos. Tengo, además, la corazonada de que Rubén Miranda puede ser un galán sensacional. Es un tipazo y, de ganancia, actúa. ¿O no es verdad, Julio?

Tuvo éste que reconocer que así era:

—Sin embargo —movió la cabeza—, insisto, Olga, en que todavía no es lo suficientemente bueno para usted…

Ella sonrió:

—¿Y cree usted que los demás, esos galancetes infatuados del cine mexicano, son lo suficientemente buenos para mí o para cualquier otra actriz? Quíteles la pose y les quedará lo cretino. Miranda es diferente: tiene talento, inquietudes, sensibilidad…

Produjo Bracho una breve conferencia sobre el peligro que corrían Olga y la película arriesgándose con Miranda; podría suceder que el muchacho echara a rodar el trabajo de todos y llevara al fracaso a la producción, que iba a costar casi un millón de pesos. Sugería, dado que la señorita Lang insistía en llevarlo en el reparto, darle uno de los papeles secundarios.

—Así —trató de reforzar— podremos calarlo, ver de lo que es capaz. Una parte chica será para él, para usted y para todos, mucho mejor que el gran compromiso de hacerlo estrella —tronó los dedos— así, de golpe y porrazo.

—Lo que no me explico —deslizó Rolando— es por qué tan repentinamente te fijaste en Miranda.

Olga iba a apagar la colilla, se detuvo y soslayó al modista. Asumió un aire indiferente, al decir:

—Hace mucho que pienso en él —barrió a los dos hombres con una mirada oblicua—; no es cosa de capricho, sino de intuición. Las mujeres solemos no equivocarnos en estas cosas. Yo veo en Rubén Miranda al futuro galán número uno de nuestro cine. Considerado desde otro punto, darle esta oportunidad es una inversión para nosotros. En su última película me pareció estupendo… Además, yo no quiero incurrir en el error de todos los productores, que nunca buscan caras nuevas, que a nadie ayudan, empecinados en creer que los ídolos ya formados interesarán indefinidamente al público. Ellos son, con tan estúpido criterio, quienes están matando al cine. Y —se levantó, para terminar la conferencia— pase lo que pase, Miranda será el galán de mi película…

—Pero, Olga, ¡es un *miscast*! —refutó Bracho.

Ella no quería escuchar más.

—Correremos el riesgo. Y tenga por seguro, Julio —le palmeó la

espalda—, que Rubén Miranda será una minita de oro…

Cuando Olga y Vidal quedaron a solas, indagó éste con un retintín irónico:

—¿Es cierto eso de que quieres ayudar a los nuevos valores?

—¡Claro que sí!

—Siempre y cuando sean hombres, por supuesto. ¡Porque una chica guapa, joven y con talento puede, con el tiempo, ser peligrosa rival! ¿Verdad?

Olga se sintió palidecer. Le relampaguearon los ojos y tuvo un pensamiento sucio para Rolando Vidal. Pudo apenas reprimir un insulto. «Majadero», calificó.

I

Al voltear la esquina, los faros del automóvil iluminaron por un instante el gigantesco cartelón de lámina. Desde la otra acera, las dos mujeres alcanzaron a leer, en grandes letras pintadas al aceite:

SANGRE Y ASFALTO
con
OLGA LANG

Luego, la calle quedó nuevamente a oscuras. Un poco lejano percibían el eco de la música que se tocaba en el Salón México. Por encima de las azoteas había un resplandor de luces neón. Las del alumbrado ardían amarillas y húmedas. Podían ver, también, enfrente, el café El Gato Verde, al que acababa de entrar Tarín, uno de los padrotes del rumbo. Ellas continuaban verticales, en espera eterna. El auto las había encandilado con sus faros y cuando, en la esquina, vieron desaparecer la doble calavera roja, aflojaron los músculos de los párpados.

Una de ellas dijo:

—Yo la conozco —había vuelto a mirar el gran cartel detenido por la estructura de madera que rodeaba a un edificio en construcción. Su voz era ronca y sin matices.

Mirando hacia San Juan de Letrán, que se veía transitada y barrida de luces en el extremo opuesto, la otra preguntó:

—¿A quién?

—A ésa —apuntó con la barbilla—. A la Olga.

Hubo una risita burlona. La que había interrogado era morena y menuda, no mayor de dieciocho años. Su barato vestido rojo y sus medias estaban manchados de lluvia y su cara excesivamente coloreada, marchita y sin gracia.

—¿Sí, tú? ¿La conoces…?

—Es cierto —afirmó la primera, tratando de encender un cigarro. Una ráfaga de viento apagó la flama del cerillo y maldijo entre dientes. Era mayor que la otra, en por lo menos veinte años, e impresionantemente delgada. Ni siquiera el colorete daba a su rostro un toque de alegría. Pudo, al fin, pegar fuego a su Alas.

Escucharon los pasos y voltearon al mismo tiempo. Eran dos hombres, con las caras a contraluz. Caminaban sin prisa, las manos hundidas en los bolsillos, untándose a la pared para no sufrir el golpe cerrado de la lluvia. Las mujeres se pusieron alertas. La más joven saltó del quicio, para que la vieran. Sonrió cuando ellos pasaron sin mirarla. Con un suspiro, volvió adonde la otra.

—Puta madre —escupió—, ¡qué noche!

—Con esta agüita no sale nadie.

Iba siendo, en verdad, una mala noche. Ninguna de las dos habían hecho más de cinco pesos y eran las nueve del sábado. La lluvia se soltó desde temprano. El cielo se cargó de nubes grises por el rumbo de la Villa y las calles comenzaron a ser batidas por un viento polvoso que olía a aguacero. Entre las siete y las ocho el agua amainó un poco y pudieron conseguir un par de clientes: dos estudiantes con un billete de a diez. Cuando salieron del hotel continuaba la lluvia, más tupida que antes. Dentro de una hora no pasaría ya nadie y tendrían que irse a dormir, a esperar que el día diera la vuelta y regresaran las sombras. ¡Por Dios, sombras secas!

El negocio era malo para todas. Tampoco las más jóvenes habían hecho nada. Esto consolaba a la vieja. Un perro mojado pasó olisqueándoles las piernas y lo alejaron de un puntapié.

—Sólo falta que nos míe —risotó, con una pequeña risa ahogada.

—¿Cómo está eso de que conoces a la Olga?

Alzó los hombros la aludida y proyectó hacia adelante su flojo labio inferior:

—La conocí hace mucho. Vivimos juntas, en el mismo cuarto, cuando ni ella ni yo teníamos para comer.

—Tú sigues en las mismas, Teresa —interrumpió la joven.

—Sí, pero por mi gusto. Tuve lo que ella y me lo parrandeé. Total, ¿qué importa ya?

Otro auto se había detenido media cuadra más allá. Sus luces pegaban de lleno en el anuncio. Al lado de las letras había un retrato colosal de la estrella, con un fulgor cargado de pasión en las pupilas; los labios entreabiertos, el cuello y los hombros desnudos.

—¿A poco tú también le hiciste al cine?

—Ajá. Pero a mí no me dieron la oportunidad; yo no tuve suerte. Porque en el cine es cosa de suerte nada más. Ella —la apuntó con el

índice descarnado— es tan puta como nosotras, pero con el santo de frente.

—¿Y luego?

—¡Psch! En cuanto tuvo algo, se le subió. Después ya no hablaba a nadie, ni a quienes la conocimos en la prángana.

Vino un silencio y las dos mujeres siguieron mirando la lluvia. De algún lugar fluía la música del cilindro que tocaba, quejumbrosamente, «En Acapulco». Por San Juan cruzó, hacia el norte, una ambulancia con la Cruz Roja pintada en el flanco. La canción cesó y el ruido del aguacero cubría de nuevo la calle. Teresa decidió aguardar hasta las once. Si no caían más clientes, iría al callejón de San Camilito para comprar, con sus cinco pesos, dos cigarros de marihuana y a beber hojas de té con alcohol. La otra tenía sus planes. Mingo pasaría a recogerla al café y se marcharían después a dormir a su cuarto del hotel Gallo, por el rumbo de Soto. Mingo andaría en el billar con los otros padrotes o desvalijando a alguien. Sabía que esa noche tendría un detalle. A no ser —cavilaba— que estuviera con el joto de todos los sábados, que le regalaba cincuenta pesos por una hora de amor.

—¿Y por qué te metiste a la vida, Teresa?

No respondió luego. Sacó otro Alas y lo prendió, haciendo casa con sus manos. Botó el cerillo que chirrió al caer al agua.

—Porque no tenía remedio. Yo gocé mis buenas épocas; estuve casada con uno que es ahora muy rico, pero que entonces era puro cabrón. Y fui amiga de Federico Guillén. ¿Sabes quién fue, verdad?

La chica no lo sabía y así lo dijo con un mudo movimiento de cabeza. Teresa se lo explicó.

—Luego me largué a Panamá y anduve fichando en los congales de allá. Había soldados gringos hasta pa'ventar pa'rriba. Un año. Algún hediondo me enfermó y los desgraciados me retacharon con una patada en las nalgas. Entonces fui a verla a ella —apuntó de nuevo al anuncio—. Quería que me ayudara, pero no me dejó entrar a su casa. Se le había subido. Don Fede se la estaba soplando y le daba harta lana…

Nuevamente escucharon pasos. Los pasos lentos de un hombre joven, vestido de oscuro, que iba revisando a las muchachas adosadas a las paredes. Al parecer ninguna era de su agrado. Serían diez mujeres pintarrajeadas y friolentas, que lo llamaban o le hacían señas. Él se concretaba a mirarlas de la cabeza a los pies y seguía adelante.

Llegó, por fin, al quicio que ocupaban las dos. Se detuvo y las escudriñó sin decir palabra.

—¿Quihubo, güero? —se insinuó Teresa. Traía un vestido amarillo y zancón. Su rostro quedaba en la sombra y se iluminó

fugazmente al darle una chupada al cigarro.

La más joven saltó del peldaño y caminó un paso hacia el hombre. No tendría éste más de veinte años; sería estudiante o empleado pobre. Lo miró a su vez y sonrió. El tipo devolvió la sonrisa.

—¿Quihubo? —preguntó.

—¿Vamos? —la joven ladeó la cabeza. Había en su expresión algo indefiniblemente simpático: quizá la risa, tal vez su alegre forma de mirar. Su cuerpo, bajito y rechoncho, era atractivo. Endurecidos por el frío sus pezones punzaban la tela del vestido.

Sin cuidarse de Teresa, el hombre quiso saber el precio. La muchacha tarifó:

—Diez…

—¡Voy! —se rio el hombre—. ¡Por diez lanas me mando a la changa esa del retrato!

No era cuestión de dejar ir al cliente. Si Mingo volvía para recoger sólo cinco pesos, habría gresca. Era muy exigente y no le gustaba que su Palmira fuera floja. Claro que tenía la disculpa del agua, del llover incesante toda la noche; pero él no atendía razones y lo único que deseaba era «lana, luz». De lo contrario la zurraría sin compasión. El hombre seguía esperando. Ella decidió regatear por último:

—Que sean ocho…

—Cinco —insistió, dispuesto a no transigir.

Supuso Palmira que no habría remedio; aceptó, echando a caminar, pegada a la pared, tres pasos adelante. Teresa los siguió lentamente, con la boca seca. Escupió una flema y se limpió con el dorso de la mano. La pareja cruzó la calle un poco más arriba y se perdió en la oscuridad de un hueco sobre el que una bola blanca de cristal iluminado anunciaba:

HOTEL

Llegó Teresa a la esquina con San Juan. Los edificios se recortaban, pesados y grises, contra un cielo pesado y gris. El chapopote del arroyo desaparecía bajo la lluvia apretada y trepidante.

A lo lejos, las letras Follies Bergere colgaban de la cortina líquida.

II

—¿Cómo podremos parar el escándalo? —preguntó Olga.

Rolando movió la cabeza:

—Ya no hay modo.

Ella pareció asombrarse. Tenía los ojos enrojecidos y los labios secos. Sacudió el periódico:

—¿Por qué?

—La noticia de tu divorcio vale, para ellos, un millón de pesos. Ningún periódico dejaría de publicarla.

—¡Es una canallada —dentelleó y arrojó el diario al suelo. A ocho columnas, en grandes letras negras, se leía:

OLGA LANG Y RAÚL TOVAR SE DIVORCIAN

La nota era injuriosa:

> Las dificultades conyugales entre la célebre estrella de cine Olga Lang y el famoso compositor Raúl Tovar, culminaron cuando, hace unas semanas, la actriz presentó demanda de divorcio contra su marido, acusándolo de crueldad física y mental. A raíz de su matrimonio —que por mucho tiempo insistieron en negar — el señor y la señora Tovar convirtieron su casa en un ring de boxeo. Una persona que cultiva amistad con la pareja de artistas, dijo al reportero que la operación de cirugía plástica a la que la actriz se sometió, fue debida, no a un accidente como se aseguró, sino a la golpiza que recibiera. Como consecuencia del incidente, la estrella contrató a un especialista en divorcios para que gestionara su libertad matrimonial…

Rolando levantó el periódico y lo mantuvo abierto ante sus ojos. Eran las diez de la mañana y Olga continuaba sin pintar, ni vestir. En

cuanto leyó la noticia lo llamó.

—Según como lo mires —respondió él, con una calma que irritaba a Olga—. Para ti es una canallada; para ellos, un notición, una mina que explotarán publicitariamente hasta lo último, hasta agotarla.

Sonó el teléfono una vez más y Olga, con la cabeza, indicó a Rolando que la negara. Toda la mañana habían estado llamándola; unos para darle la razón; otros para compadecerla; otros para inquirir mayores detalles. Algunos periodistas querían saber si pensaba recibirlos.

—Deja descolgado ese maldito aparato —ordenó Olga.

Reanudó Rolando, obedeciendo:

—El escándalo seguirá varias semanas. Ningún poder humano lo impedirá.

—Dales dinero. Ve a los periódicos y págales lo que pidan, para que no sigan hablando.

Conocía muy bien Vidal el estilo de trabajar de los periódicos. Un escándalo de tamaña magnitud no podría ser acallado ni con diez millones de pesos. Además, el mal ya estaba hecho. Todo un pueblo de hombres y mujeres morbosos, sedientos de novedades, demandaba detalles, historias, hechos, en relación al divorcio de la más famosa de sus artistas. Lo sabía bien y por eso machacaba que era imposible parar el alud.

—¡Lo que pidan! —gimió Olga. Había comenzado a llorar mansamente, ya sentada de nuevo en el sofá.

Trató de calmarla y tomó una de sus manos frías:

—Ya pasará la crisis. Quizá no dure semanas. Mañana o cualquier día habrá otra noticia mejor y tu divorcio será olvidado… Recuerda —insistía en convencerla— que de todos modos se hubiera sabido, tarde o temprano. Más temprano que tarde. ¡Déjalos que hablen!

—¿Comprendes —se levantó, sonándose ruidosamente— lo que este lío significa para mi carrera?

Se encogió de hombros Rolando:

—Nada, en realidad. Si acaso mucha propaganda benéfica para tus películas; propaganda gratuita…

Supuso Olga que así sería y se calmó un tanto. Luego pidió a Rolando que cancelara la cita que había hecho con Diego Rivera quien, precisamente esa tarde, comenzaría su retrato. El día anterior el licenciado Vasconcelos le había llevado el fallo del divorcio. Desde hacía veinticuatro horas era libre, soltera.

—¿Quieres un trago? —preguntó desde el pequeño bar, al lado de la ventana, llenando a medias un vaso de *high ball.*

—Es todavía muy temprano.

Olga lo apuró de un hilo, tuvo un acceso de tos y sacudió la cabeza. El licor le supo malísimo. Un segundo después sintió arderle el estómago. No obstante, llenó de nuevo el vaso y volvió junto a Vidal.

Éste la miró a los ojos, reprobando:

—¡Y va de nuevo! ¿Para qué bebes, Olga?

No contestó nada ella. Sólo dio dos sorbos al quemante alcohol de maíz.

—Estás matándote. Habías prometido no hacerlo.

Tenía el vaso entre las dos manos, como para calentar su contenido. Sin levantar la cabeza de pelo castaño, habló lentamente:

—Me gusta beber —confesó.

—No es cierto, Olga, y tú lo sabes. Cuando te veo, como ahora, tragar aguardiente, siento lástima por ti. ¿Dónde está la fuerza de tu voluntad? ¿Dónde ese valor para enfrentarte a lo que venga? Actúas, no como Olga Lang, sino como una mujer común.

III

Rolando había acertado. Atraídas por la curiosidad, morbosas multitudes llenaban los cines donde se exhibían las películas de Olga Lang. Chorros de pesos entraban en taquillas y, según Leandro Fernández, nunca antes una cinta de la señora había metido tanto dinero en caja.

Los periódicos, en los últimos quince días, habían publicado millones de palabras sobre el divorcio. Docenas de veces tuvo que negarse a los reporteros. La ciudad quería saber más y más sobre ella, y su nombre andaba en todas las bocas. Desde su casa sentía Olga el amor y el odio, la pasión y el desprecio, el cariño y la crueldad del pueblo. Ni el fantástico escándalo de Lorenzo Garza, ni la crisis económica del país, ni la carestía de la vida, conseguían amenguar la furia de los comentarios en torno al caso Olga Lang. Un tabloide editaba, en folletín, una biografía suya totalmente adulterada. Sin venir al caso se hablaba de su edad, de su fortuna, de su salud, de su amistad con Guillén.

La primera semana, leer tantas inmundicias la enfermaba. Después le resultaba indiferente y hasta divertido.

«Sin embargo —pensaba—, todo es negocio». La voz de la taquilla era halagadora. *Sangre y asfalto* llevaba seis semanas en el Alameda, haciendo entradas imponentes.

Por las tardes visitaba a Diego, en su casa de Coyoacán. Desde la primera vez que pisó el estudio sintió que no le era simpática a la esposa del pintor, Frida Kahlo, y Rolando se encargó de informarle que Frida sentía especial aversión por todas las mujeres que frecuentaban a su marido. A ella, no obstante, esto la tenía sin cuidado. A veces cenaba fuera, escoltada siempre por Rubén Miranda; bailaban y bebían hasta el amanecer.

Llegó a pensar, incluso, que podría enamorarse de su galán. Era físicamente de su agrado, pero no había encontrado en él ningún eco,

ninguna afinidad espiritual. Hermosa bestia joven, sabía divertirla. Bailaba bien y conocía los últimos cuentos. Rolando no disimulaba sus celos. Al menos, así lo creía Olga. Cuantas veces podía deslizaba cosas contra Miranda, insistiendo en que su amistad no le era benéfica.

—Es un bruto —decía—. Exhibiéndote con él te desprestigias. En unas cuantas semanas de parrandas has perdido lo que tanto trabajo te costó obtener: leyenda, mito, renombre. Ahora eres, no Olga Lang, sino una estrella cualquiera.

Olga reía, tomaba la cosa a broma y no quería pensar que Rolando estaba en lo justo. Los periódicos murmuraban que vivía un idilio con Rubén. Esto no era cierto todavía. Para ella, Miranda era simplemente un amigo, un camarada que hacía lo que Olga le ordenaba, sin protestar, sin preguntar por qué.

Una noche cualquiera lo convirtió en su amante. Ocurrió a bordo de su automóvil, en una carretera oscura, de madrugada.

De un desarrollado temperamento sexual, Rubén Miranda tuvo, desde la primera vez, la virtud de satisfacerla como ningún otro hombre en su vida. Era sí, un bruto, que pronunciaba, enardecido, las peores monstruosidades que había oído y que la hacían vibrar; un bruto afecto a practicar excesos increíbles, pero placenteros. Y esto era más que suficiente para Olga. En los últimos meses sus instintos, sus deseos, se habían agudizado. Consultó a un médico y éste, con mucha diplomacia, le indicó que necesitaba reanudar, o normalizar al menos, sus funciones biológicas. Hasta entonces el sexo había ocupado un lugar secundario en su vida; siempre había sido supeditado a cosas más importantes, como cuidarse, trabajar, estudiar.

Ahora, sin embargo, su vida había cambiado radicalmente con el divorcio. Tenía más de treinta y cuatro años y era una bestia de trabajo. Sin darse cuenta, desde la noche de la carretera, dejó aflojar su voluntad; permitió que el deseo se manifestara en forma abierta; comenzó a vivir como una mujer común, que necesitaba hombre todas las noches.

Rubén era ese hombre. Ella no quería exigir más de lo que él podía darle: belleza física y fuerza viril. Aunque no vivían juntos era como si lo hicieran. Pasaba Miranda en el apartamento la mayoría de las noches y por las mañanas Olga comprobaba, en la báscula, que el amor la hacía bajar de peso.

Sin saber por qué, el día que Olga se enteró de que María Félix —su gran rival de la pantalla— se había divorciado de Agustín Lara, sintió una maligna satisfacción. Por la noche, con Rubén, fue a Ciro's a festejar. Pocas veces como ésa gozó más un problema ajeno.

IV

Rolando había arreglado una entrevista con Alfonso Quiroz. Éste era, según dijo, uno de los más brillantes psiquiatras jóvenes de México, así como ameritadísimo criminólogo, que había ganado fama internacional con su estudio sobre Goyo Cárdenas, aquel estudiante autor de cuatro crímenes sensacionales, y con su examen psicológico de Jacques Mornard, el asesino de León Trotsky.

—Es un tipo encantador —había ponderado Vidal. Se lo describió como de treinta años, guapo, serio y estudioso, cuya obsesión era descubrir el paradero de Enrique Sampietro, el notorio falsificador de billetes.

Olga aceptó, más que nada, por curiosidad. Los psiquiatras estaban de moda y el número de enfermos era cada día mayor desde que el *Selecciones del Reader's Digest* y Hollywood publicaban o filmaban temas relacionados con la mente humana. Muchas veces ella había oído hablar de Leopoldo Salazar Viniegra y leído, en *Excélsior,* sus artículos sobre la marihuana y le parecía un farsante. Insistía la señorita Lang, en calificar a los especialistas en psiquiatría en el mismo rango de los magos adivinadores y palmistas. Se cuidó, sin embargo, de hacer ningún comentario ofensivo para Quiroz y para quien tan entusiastamente lo recomendaba.

—¿Crees —preguntó, entre jocosa y seria— que ese señor me cure la locura?

Rolando sonrió por lo bajo:

—No se trata de que compruebe si estás loca o no. Para eso no necesitas verlo. Yo puedo decirte que sí lo estás. Quiroz es un hombre muy interesante; fascinador, me atrevería a decir. Quiero que lo conozcas porque su amistad te será útil en el futuro. Como psiquiatra puede, también, ayudarte a resolver muchos problemas, tú sabes cuáles, que te preocupan.

Comprendió Olga qué insinuaba su amigo. Había vuelto a beber,

con mayor furor que antes. Bajaba de peso en forma incontenible, al grado que comenzaba ya a preocuparse. Leopoldo Chávez, otro médico joven de brillante reputación, la había examinado a conciencia, sólo para diagnosticar que sufría un principio de anemia, resultado de la vida que llevaba a últimas fechas. Se abstuvo de informarle que necesitaba el aguardiente para sentirse bien. Él, empero, pareció adivinarlo, pues insistió en que debía abstenerse de ingerir alcohol. Después de la consulta la señorita Lang se hizo el propósito de no probar una gota de whisky.

Luchó contra la tentación dos días, sin éxito.

En parte, se decía, la culpa no era totalmente suya. Muchas veces le pidió a Rubén Miranda que le impidiera beber, que no la llevara a sitios o con gente donde se viera obligada a hacer lo que no quería. Pero Rubén insistía en que unas copas no dañan a nadie. Olga, en el fondo, deseaba escuchar de alguien esas palabras; tener esa seguridad. Y si él lo afirmaba, debía ser cierto. Entonces ya nada le impedía embriagarse.

El sábado anterior había bebido copiosamente en El Patio, al grado de que no supo a qué horas y cómo llegó a su casa. Al abrir los ojos, ya muy avanzado el domingo, se encontró vestida y húmeda en su propia cama, sufriendo un agudísimo dolor en los ovarios. Rubén se había ido a los toros y sólo dejó una nota diciendo que volvería por la noche. Olga estuvo enferma todo el día y se puso de mal humor cuando dieron las once y su amante no regresó ni la llamó por teléfono. Por la tarde intentó beberse un *high ball,* pero el olor del licor la mareó. Entonces, haciendo acopio de voluntad, se prometió, ahora sí, no volver a tocar el aguardiente en los días de su vida. Sabía que la promesa era difícil de cumplir; pero, no obstante, se dijo estar dispuesta a respetarla.

Cuando refirió a Rolando lo que había resuelto, éste suspiró:

—Es lo mejor que puedes hacer, si quieres conservar tu dignidad y el respeto que los demás sienten por ti. Pero creo que prometerte no beber, es insuficiente…

—¿Qué me hace falta, pues?

—Me resulta difícil de explicar —había dicho él—. Bebes, más porque tú quieres, porque hay alguien que te arrastra, alguien que te obliga. Ya sabes a quién me refiero. Hasta que esa persona apareció eras una mujer ejemplar. Desde que lo conoces, desde que vives desorbitadamente como él, eres otra. Quisiera, Olga, que con la misma resolución con que dejaste el trago, te apartaras de él. Tu amigo nada arriesga; cuando pierdas tú, perderás todo.

Sabía Olga que Rolando Vidal era siempre sincero y que sus palabras iban encaminadas a ayudarla. Ni una sola de ellas se

apartaba de la verdad. Rubén bebía y le gustaba que ella bebiera con él. Su compañía era perniciosa e inútil. Por no dejarlo solo, trotaba a su lado casi todas la noches por cabarets, fiestas y garitos. Los primeros días aquello le parecía divertido y lleno de encanto; ahora comenzaba a serle fastidioso, lo mismo que Miranda, por más que éste, en la cama, fuera capaz de llevarla a éxtasis increíbles.

Se preguntó qué le daba él, fuera de su virilidad. Nada, en efecto. Comenzó a analizarlo detenidamente y a interrogarse cómo era posible que ella se hubiera enamorado de un bruto como Rubén, incapaz de hablar de algo que no fuera de sí mismo y de cosas vagas y superficiales. Comprendió Olga Lang que, de nuevo, había fracasado. Si alguna vez alentó esperanzas respecto a Miranda, éstas ya no existían.

Repentinamente se le hizo odioso. Dentro de su espíritu germinó la semilla del desprecio. Cuando, ebrios ambos, él la poseía, trataba Olga de convencerse de que aquel hombre era ya un extraño. Y llegó el momento de comprobar que la sola presencia de Rubén, sus carcajadas, sus bruscos cariños, sus obscenidades, que antes le hacían gracia y le producían placer, ahora la enfurecían, la dejaban tan frígida e insensible como antes.

Como decía Rolando, era inútil que Olga se hubiese propuesto no beber más, si continuaba siendo amante de quien la empujaba a la ebriedad.

La noche que decidió terminar con la pesadilla, Miranda estuvo particularmente erótico. Olga luchó con toda su voluntad para que sus sentidos halagados no traicionaran a su cerebro. Él pareció notarlo y le preguntó, con vanidosa fanfarronería de macho, si no era ya eficiente.

—Puede que sea eso— repuso ella, con frialdad.

La miró estupefacto. Nunca antes había hablado Olga con tanta indiferencia.

—¿Ya no te hago sentir nada? —insistió él, incrédulo.

Ella se levantó y fue al cuarto de baño. Rubén la siguió.

—Tengo que hablarte, Rubén —dijo Olga sin emoción.

Tenía bien ensayado el discurso y lo recitó sin permitir que la interrumpiera. Aquel amorío había ido demasiado lejos. Eran amantes desde hacía meses y ella había descuidado sus negocios y su trabajo. Además, estaba enferma. Rubén era un muchacho simpático y guapo y bastante listo para comprender que todas las cosas buenas por servir se acaban. Debían dejarse de ver definitivamente. De romance era suficiente. Él entendería el punto de vista de la señorita Lang y, como un caballero, se marcharía para siempre.

Lo dijo fraseando calmadamente, mientras se daba una ducha.

Rubén Miranda se había puesto pálido y no acertaba a rebatirla. Cuando ella volvió a meterse en la cama, él tartajeó:

—¿Quieres decir que… lo nuestro… ha terminado?

—Exactamente.

Rubén la tomó por los hombros y comenzó a sacudirla como un loco. En la carne desnuda quedaron las huellas rojas de los dedos de Miranda.

—¿Hay alguien más? —habló lleno de celos. El pelo le caía sobre los ojos y los labios se le habían vaciado de sangre.

—No tengo por qué darte explicaciones. Terminamos y ya.

Se rehízo Rubén y comenzó a vestirse lentamente, mirándola con una mirada oblicua. Sintió Olga que la invadía el fastidio, el sueño y una inmensa pereza mental. Mientras se hacía el nudo de la corbata, él recordó:

—¿Sabes que tú y yo tenemos un contrato, Olga? Y de acuerdo con ese contrato tengo que trabajar, como estrella, en las dos películas que te faltan este año.

Bostezó Olga que ya vería la forma de arreglar el asunto.

—Si no quieres trabajar conmigo, se te pagará el sueldo, y listo.

—No es eso, Olguita —trató él de fingir amabilidad—. El caso es que sí quiero trabajar con la más famosa de nuestras estrellas; no pretendo que me regales el dinero.

Ella decidió no escuchar más. No tenía ganas de discutir. Bostezó groseramente. Rubén estaba peinándose en el tocador. Olga alargó el brazo y apagó la veladora del buró. Antes de cubrirse la cabeza con el edredón de seda magenta, suspiró:

—Cierra la puerta al salir. Y deja la llave en la mesita de la sala.

Y casi inmediatamente se quedó dormida.

V

—Olga, éste es Alfonso Quiroz.

—Encantada…

—Alfonso, te presento a Olga Lang.

Ocuparon una mesa de rincón en la fonda Santa Anita. Quiroz le pareció a Olga guapo, pero un poco avejentado para su edad. Al lado de las sienes tenía canas y ella trató de imaginárselo peinado de otro modo. La presencia de tan deslumbrante belleza causaba admiración. La gente la espiaba descaradamente, cuchicheando. Ordenaron una serie de platillos típicos y agua de jamaica. El pianista tocaba «María bonita».

Después de tomar café, Rolando recordó que tenía otro compromiso y que se marchaba. Era evidente que deseaba dejarlos a solas. Olga detestaba las sobremesas y, al cabo de un par de cigarrillos, sugirió salir.

Propuso a Quiroz que caminaran. Volvía Olga a experimentar el placer increíble de deambular por las calles de la ciudad. La gente se arracimaba a su alrededor y, por un momento, tuvo la impresión de que el psiquiatra se sentía incómodo. Una fuerte luz de agosto bañaba los edificios de cemento. El Palacio de Bellas Artes era un monstruoso iceberg varado en un mar de asfalto negro.

El psiquiatra estuvo haciéndole muchas preguntas, interesándose en saber qué le gustaba, qué le desagradaba. De cuando en cuando indagaba algo y sus penetrantes ojos oscuros taladraban los de Olga. Caminaron mucho tiempo y se encontraron, de pronto, en el viejo barrio en que la Lang viviera años atrás. Las mismas calles sucias, el mismo abandono municipal; sólo que los niños del pasado eran ahora muchachos que decían piropos, hablaban de mujeres y perdían las horas en los billares. «Saber envejecer a tiempo», se dijo.

Quiroz fue deslizando consejos sobre cómo Olga debía normar su vida. Según él, ella bebía porque encontraba en el alcohol un

agente equilibrador de sus emociones. Ahora bien, ¿qué había producido el desequilibrio? Tal vez su matrimonio frustrado; quizá la repentina floración de viejos anhelos, de hondos complejos sumergidos que súbitamente encontraban una grieta en la voluntad de Olga y a través de ella subían a la superficie. Con cautela quiso averiguar si no le gustaría tener un hijo.

—¡Más que nada en el mundo!

—Ésa puede ser, a mi entender, la solución de su problema. A determinada edad las mujeres como usted necesitan un hijo. La maternidad les es benéfica, las ayuda a centrarse automáticamente. Usted anda fuera de centro. No ha tenido tiempo de pensar en sí misma, de darse, de multiplicarse. Ese hijo sería su mejor medicina.

Las calles estaban llenas de rumores. Invisibles papeleros pregonaban los periódicos de la noche. Habían comenzado a arder las luces neón de los anuncios comerciales. En los escaparates sonreían elegantes maniquíes. Pasaban los autobuses colmados de pasaje. La avenida Juárez, congestionada de autos, foquitos multicolores, hombres y mujeres que entraban o salían de los cines, clavaba su perspectiva punteada de faroles en el cercano horizonte de El Caballito, de los dos gemelos rascacielos, del pesado Arco de la Revolución. En una esquina, Alfonso Quiroz compró el periódico:

JORGE VÉLEZ FUE BALACEADO HOY

El actor está agonizando. Un pistolero lo abatió en la calle de Ejido.

Olga conocía a Vélez y no le era simpático. Según era público, el actor cortejaba a la viuda de un famoso político y había sido advertido de cesar las relaciones, so pena de no llegar a viejo. La amenaza había sido, pues, cumplida.

Cuando pasaron, de regreso, bajo la marquesina del Alameda, comprobó Olga que su película seguía atrayendo al público. Una extensa culebra humana aguardaba ante la taquilla. En grandes letras de plástico podía leerse:

OLGA LANG
en
SANGRE Y ASFALTO
Décima semana

—El amor —comentó ella— suele ser peligroso…

—Para algunos, nada más.

VI

Cuando Diego terminó el retrato de Olga —ella aparecía sentada, vistiendo un transparente traje blanco de encaje que dejaba ver sus muslos y sus senos desnudos— propuso Rolando organizar una fiesta.

—¡Sería ideal! —machacó.

—¿No crees que es mucho exhibicionismo de mi parte? Está bien que lo haga el arzobispo, pero no yo.

—Hijita mía: tú vives del público. Cada peso que tienes te lo ha dado el hombre anónimo, porque le gustas, porque te ama o te odia. La fiesta puede traer sus ventajas; pagar sus dividendos. Has mencionado al arzobispo. Bien: muchos lo tildan de ser exhibicionista; nada más inexacto. Don Luis es hombre moderno e inteligente y sabe que si no enseña no vende. Tú vendes películas; él vende fe. La publicidad es la palanca que mueve al mundo en nuestra época.

Olga reconoció que Vidal tenía razón. En los últimos meses había recibido mucha publicidad, pero negativa. De su divorcio no se hablaba casi nada, porque los comentarios se enfocaban ahora sobre el de Agustín y María; de su idilio con Miranda se escribía menos, porque él era un tipo insignificante. Era, pues, necesario soplarle un poco a la hoguera de la *réclame.*

—Los pintores están de moda —continuaba Rolando—. Los periódicos y las revistas dedican más espacio a ellos que a las noticias importantes. Que Diego coma carne humana interesa más, aunque sea mentira, que el trabajo científico de Luis Enrique Erro o Sandoval Vallarta. Toma por ejemplo a Siqueiros. David se ha hecho una fama de maldito tan convincente, que todo el mundo compra sus cuadros aunque no sepa qué uso darles.

Todo era cierto. Los pintores eran las *vedettes* de moda. El Presidente los protegía; los periódicos les abrían sus columnas para las polémicas; los hombres de negocios les daban sus casas para que las decoraran; Pita Amor anunciaba estar dispuesta a posar desnuda; la sociedad gastaba dinero adquiriendo lienzos.

—Además —Rolando no cejaba—, podemos hacer una bonita fiesta. Algo muy *chic*. Te relacionarías con gente de primera. Yo puedo conseguir que vengan personas tan decorativas como María Asúnsolo, Carlos Chávez, Pepe Vasconcelos, Carlos Pellicer, Alfonso Reyes, Pasquel, Rubén Romero, Armillita, Joselillo, algunos ministros y tantos que se aparecen por estas cosas, como Panchito Doria Paz. El mismo Diego sería una atracción de 24 quilates. Por si faltaran invitaríamos a cualquiera de esos apellidos ilustres, pero desprestigiados, de nuestra aristocracia de quinto patio. ¡He sabido que hasta Pedro Corcuera, ese viejito ridículo, se ha enamorado de ti!

Una semana después celebróse la fiesta en la Galería de Emma Hurtado. Rolando consiguió reunir a un grupo si no muy distinguido, sí abundante y pintoresco.

Vicente Lombardo Toledano, a quien Olga no había sido presentada, apareció con su pipa y elogió al cuadro y a la modelo. Se bebió discretamente, se habló despiadadamente de los demás y se consiguió lo que se quería: una amplísima publicidad.

En *Novedades* se publicó, al siguiente día, una nota que hizo reír a Olga. En síntesis, aseguraba que entre ella y Diego existía un romance que se inició cuando la señora Lang posaba para el cuadro recién exhibido.

—¿Es que no puedo salir con un hombre, sin que los periódicos digan que es mi amante?

Rolando rio mucho cuando leyó la nota:

—Olga Lang no puede hacerlo sin correr el riesgo. De otro modo sería una mujer común.

VII

Aún desde antes de conocer a Quiroz, Olga Lang había llegado a la conclusión de que su vida era inútil; de que su existencia estaba incompleta, mutilada. Hacíale falta algo con qué llenarla: algo que recibiera, íntegros, su ternura íntima, su amor intenso, su devoción femenina. Ello no podía ser un hombre. Lo sabía por experiencia. No podía ser, tampoco, su trabajo, por más que éste significara todo. El psiquiatra había ayudado a la estrella a encontrar eso tan infinitamente perseguido. Recordaba bien sus palabras: «A determinada edad, las mujeres como usted necesitan un hijo».

No era que Olga fuese vieja. Vivía la plenitud física y mental de sus treinta y cinco años. Necesitaba, sí, un hijo; un pequeño ser a quien amar, por quien vivir, hacia quien encauzar el torrente sentimental que ella, por temor a parecer débil y quizá demasiado humana, ahogaba en el punto mismo donde se originaba: en su corazón que había aprendido a ser duro, frío y hasta cruel.

Mas ¿cómo tener ese hijo?

Arrepentíase ahora de haberlo sacrificado la tarde inolvidable, cuando todo estaba por hacer; la tarde aquella en que dejó que un médico sin escrúpulos matara lo único realmente suyo que jamás tuviera. ¿Había valido la pena el sacrificio? La fama, la gloria, el aplauso, la riqueza, ¿compensaban el dolor de encontrarse sola, estéril, abandonada? ¿No hubiera sido mejor permitir que la pequeña carne hubiese vivido entonces?

Cerró los ojos y sus párpados no pudieron contener las lágrimas. La criatura tendría casi once años y sería hermosa como un potro; con algo del padre y mucho de la madre. Iría a la escuela. El año próximo ingresaría a secundaria y cuando Olga llegara al paralelo 40, el niño que nunca nació sería ya un hombre. Tal vez el destino y la opulencia actuales no fueran como los que disfrutaba. Quizá Olga Lang no fuese famosa y admirada. O —caviló— ¿si todo está escrito cuando uno

nace, no hubiera alcanzado la misma gloria sin haber suprimido al hijo en gestación?

No hacía mucho Rolando le había formulado la misma pregunta:

—¿Por qué no tienes un hijo?

Y ella, llorando, tuvo que confesarle que era estéril y que su obsesión era, precisamente, tenerlo. Nunca hasta entonces envidió a nadie, porque estaba demasiado ocupada con su propia gloria para desear la ajena. Sin embargo, desde la tarde que conoció al psiquiatra, comenzó a comprender que el dinero y el halago colectivo no son todo en la vida; que hace falta, a veces, aun para ella, ser humana, ser común, parecerse más al hombre y a la mujer anónimos.

Constantemente, en sus sueños se repetía una imagen terca. Como en una película silenciosa, veíase cruzar ante la pantalla de sus sueños empujando un carrito cuna, o sentada en una butaca con el cuerpo deformado por la maternidad inminente. El sueño empezaba tranquilo y plácido, pero a medida que avanzaba iba tornándose doloroso. Y siempre despertaba Olga con los ojos llenos de llanto y una profunda angustia en el pecho.

Rolando le aconsejaba consultar a un especialista para que la sacara de dudas.

—Él puede ayudarte. Con la guerra, la medicina ha adelantado barbaridades. Todos los días se entera uno de que mujeres que no podían tener hijos han recobrado la fertilidad. Y tú, Olga, no puedes ser la excepción.

Tuvo Olga la remota esperanza de que su caso no fuera del todo desesperado; aunque, por momentos, el optimismo la hacía ver el panorama color de rosa, después caía en la tortura de reconocer que su cuerpo jamás fructificaría, así lo examinaran los mejores ginecólogos del mundo.

Un día, empero, se decidió a consultar al especialista. Concertó cita y esperó con impaciencia a que llegara la hora. Mientras aguardaba en el lujoso consultorio, hizo a la Virgen, como la otra vez, la promesa de regalar una fuerte suma a su Basílica si recobraba la fertilidad.

Entró llena de miedo y relató al médico —hombre maduro de gigantesco cráneo rapado a la prusiana— cómo había estado embarazada una vez y cómo dejó de estarlo.

—Por favor, colóquese allí —le indicó el especialista, cuando ella hubo terminado. Como siempre que iba a un consultorio, la memoria de Olga revivía las escenas de dos lustros antes, en la sórdida guarida del comadrón que la hizo abortar, lleno de cinismo, por doscientos pesos.

Al cabo de un tiempo, el médico se levantó. Hizo a un lado el

redondo ojo de cromo que lo había ayudado en la auscultación y movió la cabeza:

—Me temo, señora —dijo, mientras golpeaba la palma de su mano con los lentes—, que nunca podrá tener familia. Las lesiones internas que recibió fueron tremendas. Quien la atendió —hizo una pausa y volvió a cabecear— o no conocía su oficio o la dañó deliberadamente. Verá usted: la matriz…

No quiso Olga seguir escuchando más. Las palabras del médico fueron perdiéndose en la distancia. Ella se arregló la falda, depositó sobre el escritorio dos billetes azules y tendió la mano para despedirse. Apenas dijo algo y salió. Bajo sus pies, como si fuera de goma, se hundía el piso. El aire de la calle no pudo despejarla. Maquinalmente guió su auto por Insurgentes. Subió muy despacio la escalera. Cuando cerró la puerta tras de sí, las lágrimas rompieron el dique de sus párpados y se manifestaron copiosas, saladas, quemantes.

I

Entre enero y marzo se filmó, en Churubusco, *La mujer deseada,* película en la que Olga tenía grandes esperanzas. Nuevamente su galán fue Rubén Miranda, a quien fue imposible disuadir. Rubén se rehusó a aceptar la indemnización que le ofrecía la Filmadora para rescindirle su contrato.

—No me interesa el dinero —había dicho—. Por hacerlo con Olga Lang trabajaría gratis.

Sabía ella que esto no era cierto; que Rubén amaba los pesos por encima de todo y que si rechazaba los cien mil que le ofrecían era, más que nada, para consolidar su naciente prestigio de actor y para buscar la manera de reanudar unas relaciones sentimentales que Olga había roto al convencerse de que le eran nocivas.

Cuando Fernández la puso al tanto del fracaso de las negociaciones con Miranda, Olga aceptó las cosas como venían. La filmación se retrasó una semana, pues ella, a última hora ordenó que rehicieran su parte y restaran toda la importancia posible a la del galán. Desde el primer día de rodaje se hizo el propósito de actuar a toda capacidad, de volcar al máximo en cada escena su sapiencia, para borrar a quien había sido su amante.

En *Sangre y asfalto* había procedido a la inversa y en muchas ocasiones sacrificó su personal lucimiento para que el joven actor destacara brillantemente. Entonces quería ayudarlo. Su tolerancia fue infinita. Inexperto y nervioso —¡cuánta razón tuvo Julio Bracho al advertirle que no servía!—, cometía el galán frecuentes errores, que la estrella dispensaba sin alterarse, con increíble paciencia. Escenas hubo que fue necesario repetir quince veces; y Olga Lang no protestó nunca ni por el gasto que ello significaba, ni por la molestia de trabajar un día más.

El mismo Bracho, que conocía lo exigente y difícil del carácter de Olga —que no toleraba que sus alternantes de escena llegaran ante

la cámara sin conocer a la perfección sus diálogos—, sorprendíase de verla tan animosa y comprensiva con el guapo pero bisoño Rubén Miranda. En alguna ocasión, mientras comían en el restaurante del estudio, había insinuado que ella estaba excediéndose en ayudarlo.

—Lo hago por cálculo —fue la respuesta—. Rubén Miranda tiene posibilidades de ser un magnífico actor. Si lo cuidamos en esta su primera película, habremos hecho una buena inversión.

Cuando, una semana después, Rubén leyó el *script* de *La mujer deseada,* protestó porque su parte era insignificante.

—Si no te gusta —repuso Olga, dándole la espalda—, déjala. Sobrará quien la haga sin remilgos.

Pero Rubén no quiso darle a Olga el gusto de renunciar.

Aquellas semanas de filmación fueron las más tensas que hasta entonces había vivido Olga Lang en el set. La presencia de Miranda la enfermaba y, aunque ante la cámara fingía escenas de tórrida pasión, fuera de ella no le regalaba ni una palabra. Las modificaciones de última hora alteraron bastante el argumento. Habían sido suprimidas la mayor parte de las situaciones amorosas, pensadas y realizadas por los adaptadores que no ignoraban que Olga y Rubén tenían un romance en la vida real. Según ellos esta cinta, después de los cambios, era de todas las de Lang la que menos «sexo» tenía, y escépticos, le auguraban un triunfo mediano o un fracaso a medias.

En el set el chisme envolvía a Olga Lang y a Rubén Miranda y hasta los menos perspicaces entendieron que el idilio era ya recuerdo. El carácter de la estrella era insoportable y las torpezas del galán la llevaban a la neurastenia histérica. En aquel ambiente de malhumor, de tensión y discordia, pasaban los días. Olga trabajaba sin entusiasmo y por las noches volvía mortalmente cansada a México.

Una tarde visitaron el estudio varios magnates de Hollywood y algunos funcionarios del régimen. Conocer personalmente a tan famosa mujer, decían, era motivo de profunda satisfacción. Estimulada en su vanidad, sublimando su complejo de superioridad, puso en las escenas que los personajes vieron filmar, toda su emoción dramática matizándola de innegable maestría; toda la fuerza avasalladora de su talento. A su lado, Rubén Miranda parecía un párvulo ignorante y mediocre.

De aquella media docena de visitantes hubo uno cuyo físico agradó a Olga. Era un hombre alto, como de cuarenta años, sobriamente vestido, con algo fascinador en su mirada, en su rostro de aristocrático perfil, en el matiz de su voz y en la finura de su humor. Al estrechar la mano de la estrella dijo su nombre, al tiempo que quien hacía las presentaciones explicaba que era una de las figuras del círculo de amigos del régimen.

«Un influyente», pensó la estrella.

Olga sentíase satisfecha de su trabajo en *La mujer deseada,* tanto que la haría merecedora de otro premio de la Academia. Que la película no diera dinero, no le importaba si era una obra de arte; un ejemplo de perfección. «Estoy estupenda», se ponderó sin modestia. Y lo estaba, en realidad. Bella como nunca, en el principio de una gloriosa madurez física, la Lang opacaba a sus compañeros, los borraba y los hacía verse pálidos e insignificantes. «Y en cuanto a Miranda —pensó—, después de esto ya nada tiene que hacer en el cine».

—Lo mataste —fue el único comentario que hizo Rolando, después de ver la película en primer corte—. Le has puesto el baño de su vida. Y qué bueno que estés convencida de que él, para actor, no sirve.

No quería discutir sobre el tema. A pesar de todo creía que Miranda, bien dirigido, bien cuidado, podría llegar a ser actor. Desvió la conversación:

—¿Cuándo me entregará Rafaelito el abrigo?

Rolando frunció los labios:

—Estuve con él esta tarde y prometió tenerlo listo antes de una semana. Y no quiso hacer ninguna rebaja, a pesar de que lo pagarás al contado.

Era un abrigo maravilloso. Claro que costaba ochenta mil pesos, pero bien los valía. Ejemplar único de mink plateado, se lo disputaban la esposa de un político de última hora y Olga Lang. Fue necesario, para que ésta lo ganara, que Rolando hiciera valer su amistad con Rafaelito, el gerente de Kamchatka. No toleraba Vidal, sin embargo, que su amigo se hubiese aprovechado de la ocasión para encarecerlo en cinco mil pesillos.

—Es un judío… —repetía indignado.

II

Un día después de que terminó el rodaje de *La mujer deseada,* comenzó Olga a estudiar los dos argumentos que filmaría ese año. Vidal sugirió que descansara, pues estaba trabajando demasiado.

—Al contrario —rebatió Olga alegremente—, he flojeado mucho estos meses. Quiero hacer dos películas y luego, en octubre o noviembre, ir a Europa.

Era domingo y estaban en Cuernavaca. Hacía calor. Olga no había vuelto al Chulavista desde la última vez que estuvo allí con Luis Arvide. En trajes de baño se doraban al sol, junto a la piscina.

Él se apoyó sobre un codo:

—No es eso. Quiero decir que la gente te ha visto mucho; que tantas películas, en vez de servirte, te perjudican. Toma como ejemplo a María Félix. Comenzó bien; ahora que filma cada mes ha perdido popularidad, arrastre de taquilla. Mi opinión sería…

—Muy bien, muy bien, tú ganas…

Se levantó graciosamente y se tiró de clavado a la piscina. La siguió Rolando.

Media hora después subían a sus cuartos. Se reencontraron en el jardín.

—Invítame a comer, tengo hambre…

—¿Comer aquí, con tanto judío? —no seducía a Rolando la idea de meterse al comedor—. Eso está bien para los turistas o los payos. Te invito a otro sitio…

Arrancaba ya el automóvil:

—¿A dónde?

—Al mercado…

Al bajarse del auto, alguien la llamó:

—¡Señorita Lang…!

Un hombre alto, a quien no reconoció de pronto, le tendía la mano. Vestía floja guayabera de seda cruda:

—¿No me recuerda?

Titubeó y dijo, no muy convencida:

—¿Usted es el…?

—El mismo. ¿Qué hace por aquí? —repuso sin dejarla terminar la frase.

Antes de responder, Olga presentó a Rolando. El influyente les preguntó si querían que los llevara a algún sitio, en su Cadillac.

—No. Gracias —dijo Olga—. Veníamos al mercado, a comer lo típico…

—¿Lo típico gringo?

—No, lo… —Olga se desconcertó; rehaciéndose prefirió reír—. ¿Viene con nosotros?

—Muchas gracias —se apresuró a decir—. Iría encantado, pero tengo una cita con el Presidente, dentro de unos minutos. Sin embargo —procuró apartarla de Vidal y bajó la voz—, más me gustaría verla en México. ¿Cree usted que eso sería posible?

Antes de pensar en nada, Olga había dicho que sí y que el placer de un nuevo encuentro sería mutuo. Prometió el influyente llamarla en cuanto volviera a la capital. El resto del día lo pasó Olga pensativamente.

III

Rolando llegó por Olga poco antes de las nueve. Habían planeado ir, primero, a la Sinfónica y luego a recorrer algunos de los cabarets del barrio bajo, porque ella quería ambientarse para su próxima película, que se desarrollaba, principalmente, en los alrededores del Salón México, el famoso centro de diversión para sirvientas, prostitutas y vagos, que Aaron Copland, un compositor judío norteamericano, había inmortalizado en su concierto.

Cuando ocuparon sus asientos, Carlos Chávez alzaba los brazos, para luego desencadenar sobre un auditorio relativamente escaso, el trepidante alud de notas. Rolando era un apasionado de Chávez y encontraba genial su forma de interpretar a Beethoven. A Olga le divertía más su indudable oficio de conductor, su estudiada habilidad para despeinarse y actuar en el pódium.

Durante el intermedio hizo tertulia con Diego Rivera, que la invitó a comer cualquier día de la semana venidera. No escapaba a Olga que ella era la atracción principal del espectáculo humano del entreacto. Como siempre, los comentarios, las miradas, los pensamientos giraban en torno a su hermosura. Actriz dentro y fuera del set, actuaba públicamente, rivalizando con el maestro de la mentira.

El timbre sonó por última vez. Olga, en un secreto, confesó a Rolando que no soportaría otra hora de Carlos Chávez y le pidió que la sacara de allí.

Eran las diez y media y el aire estaba tibio. Una mendiga les tendió la mano, cuando cruzaron bajo el suntuoso dosel de mármol del Bellas Artes. Enfrente, La Nacional era un crucigrama de ventanas. En lo alto del edificio Guardiola, pesado como un baúl-mundo, había fiesta de banqueros.

—¿A dónde vamos? —quiso saber Vidal, al poner en marcha el auto.

—A cualquier parte. O mejor —reflexionó—, ¿por qué no me llevas a ver a esa tan famosa Tongolele?

—¿A eso? —hizo una mueca. Evidentemente no le agradaba que Olga quisiera ver a una mujer que mostrando el ombligo y moviendo las asentaderas había vuelto loca a la mitad de la gente, mientras indignaba a la otra mitad—. ¡Pero si es una birria; una fugitiva del metate, una gatita cualquiera!

Olga, no obstante, insistió:

—Algo debe tener Tongolele, puesto que hasta editoriales le dedican los periódicos…

Tomaron por San Juan de Letrán. Grandes anuncios luminosos colgaban como telarañas sobre la perspectiva recta y ancha de la avenida, que, por asociación de ideas, comparó Olga con la Sexta de Nueva York. Recargadas a las paredes, o moviéndose lentamente a lo largo de las aceras, muchachas nocturnas llamaban a los hombres. Pidió Olga que manejara más despacio para verlas. En una esquina la luz roja los detuvo. Junto al muro una chica, no mayor de dieciséis años, mascaba chicle, con pereza. Vestía algo morado y calzaba corrientes zapatos de charol. La impresionó su cara ya marchita y pintarrajeada y su cuerpo fatigado.

—¡Pobrecita! —comentó.

No podía comprender cómo miles de mujeres, de niñas como aquélla, se dedicaran a la prostitución. Bien podrían ser obreras y sirvientas, o algo por el estilo, y no pedazos de carne ambulante que se vende, por unos pesos, a los perros del deseo. El gobierno debería tomar medidas para evitar que hubiera prostitutas; buscarles empleo, darles dinero. Pero la luz había saltado del rojo al verde y el auto siguió adelante.

Rolando rebatió que mientras hubiera hombres habría mujeres dispuestas a acostarse con ellos, por amor o por dinero, e hizo una teoría, que no convenció a Olga, sobre de que todas las hembras son, potencialmente, prostitutas, y que es la suerte particular de cada una lo único que las diferencia de las demás, en general. Citó palabras de Alfonso Quiroz y concluyó que todas esas infelices eran débiles mentales.

Luces verdes, escribían en la noche las letras.

CLUB VERDE
CABARET

Rolando estacionó el auto ante la puerta. Olga sentía una rara emoción y las manos se le habían puesto frías. Su corazón latía fuertemente.

Preguntó Rolando al de la puerta si Tongolele había bailado ya.

No, pero lo haría dentro de diez minutos. Olga lo tomó del brazo. Un centenar de caras viró hacia ellos, cuando entraron. Caras siniestras las de los hombres; pintadas y tristes las de las mujeres alegres, que bailaban o bebían bajo una agobiadora capa de apestoso humo azul.

Consiguieron mesa y pidieron cubas libres. La gente los espiaba y hacía comentarios. Olga sentíase fuera de sitio y lamentaba haberse vestido con tanto lujo. Prefirió no quitarse el abrigo de pieles y mantuvo oculta, bajo la manga, la mano degollada por una pulsera de brillantes. Temía que alguno de esos malencarados sujetos saltara sobre ella y la robara. Se arrepentía, ahora que se encontraba dentro, de hallarse en aquel cabaretucho. Una orquesta atacaba «Nereidas» y las parejas danzaban fundidas en un solo cuerpo, imprimiendo a sus caderas lúbricos espasmos de coito.

Terminada la tanda irrumpieron a la pista dos negros gigantescos, se acomodaron en bajos banquitos y comenzaron a palmear los policromados bongos.

Un alarido sacudió al Club Verde, cuando una pequeña mujer, casi desnuda, se colocó bajo el chorro de luz blanca. ¡Ésa era Tongolele! En alguna parte Olga había leído un artículo sobre la muchacha: nativa de Washington, llegó a México en una compañía artística que fracasó. Sin recursos, la joven Yolanda Montes había vivido días de miseria, hasta que Américo Mancini, empresario de un teatro frívolo, creyó ver en ella un filón de oro. Le buscó un nombre exótico, le agregó el título de princesa de Tahití, antes de lanzarla a la popularidad. La metrópoli la aceptó sin objeciones, tal como era. Su fama era espuma que rebasaba el escaso recinto del Tívoli o del cabaret y comenzaba a derramarse en las conversaciones, en los periódicos, en las grandes carteleras que ofrecían a la voracidad de los sentidos su cuerpo armonioso y regordete.

—No hay hombre en México —bisbiseó Vidal— que no haya soñado realizar el bochornoso acto con ella.

Viéndola comprendía Olga su popularidad, tan grande y menos costosa que la suya o la de María Félix. En verdad, esa joven de abultados labios, transparentes ojos y sonrisa candorosa, tenía la virtud de remover las más bajas pasiones íntimas de los hombres y de las mujeres. Su desnudez le parecía soberbia y sus movimientos, intensamente sicalípticos, hacían aullar a los clientes de ojos desorbitados. Lo mejor de todo eran, sin duda, su terso vientre y sus nalgas espléndidas. A medida que bailaba, su mirada y su boca volvíanse más y más incitantes y transmitían al público la sensación de que Tongolele gozaba al máximo el furioso placer del sexo. Repitió el número hasta seis veces y anónimos gritos le exigían que se moviera más, que echara sus pequeños senos firmes fuera del brasier. Pero ella,

jadeante y sudorosa, movió los brazos como aspas, inclinó hasta el suelo la cabeza de pelo oscuro y se escabulló.

La había impresionado fuertemente y comentó que esa mujer, con su cuerpo, sometería a la ciudad. Rolando opinaba, por el contrario, que una bataclana como ésta jamás penetraría dentro del corazón de la gran metrópoli.

—Sácala de aquí y fracasará —auguró con firmeza.

Pero Olga no compartía su opinión. Un reloj sonó la una y comenzó a sentirse fatigada. Rolando guió hacia Insurgentes. Ella se adormilaba plácidamente y, cuando llegaron a la casa, se sorprendió pensando que le gustaría moverse como Tongolele.

Al meterse en la cama lamentó tener demasiado sueño y decidió que a la mañana siguiente trataría de imitarla ante el espejo.

IV

Después del masaje y del baño tomó un desayuno ligero y en su auto se dirigió a Coyoacán, en busca de la Casa de Cuna.

En realidad hacía aquello obedeciendo una decisión tomada así de pronto y que, según su costumbre, debía realizar antes de arrepentirse. Cruzó la parte este de la ciudad por entre calles sucias y edificios bajos, habitados por obreros, artesanos, comerciantes. En las aceras tomaban el sol caliente chiquillos harapientos, de grandes vientres inflados por la desnutrición. Olía el barrio a suciedad y de las ventanas colgaban ropas de cama puestas a orear. Anduvo varios minutos desorientada, antes de llegar a la calzada que se tendía, parda y llena de baches, hacia el sur. En suaves tonos azules dibujaba el Ajusco su caligrafía de roca y las altas torres radiodifusoras semejaban erectos pelos de acero. Un poco más allá el turbio olor urbano desaparecía, para que la acidez campesina del estiércol que abonaba milpas y jardines se hiciera presente en el aire tibio.

Llevaba una íntima emoción bajo la blusa de seda. Vería a los niños del orfelinato, se dejaría llevar por el primer impulso y escogería a uno que fuera rubio y tuviera los ojos azules. Los suyos, por un instante, se humedecieron. El que hubiera tenido hacía años habría sido así: rubio y de pupilas color de mar. Un hijo postizo, razonaba, puede llegar a quererse tanto como el propio. Nuevamente hacíase presente el remordimiento del asesinato que en ella dejó que consumara aquel médico, la hora sombría. Ya tarde comprendía que para triunfar no necesitaba haberlo suprimido. Otras mujeres habían conquistado la gloria con todo y los hijos, y a su mente arribaron docenas de nombres de estrellas a quienes la maternidad ni restó fama ni aplausos.

Pensaba, también, en las infelices que por un hijo llegan al crimen, como aquella que había secuestrado al niño Bohigas. Olga Lang, más que nadie, comprendía a la desesperada hembra estéril que

había tenido que robarle a otra su cachorro.

Pero había otras para quienes un hijo era carga demasiado pesada y se manchaban de sangre las manos. Constantemente los periódicos hablaban de criaturas estranguladas, a las que se hallaba en los muladares, en los solares baldíos, en las cañerías. Y si justificaba a la raptora, encendíase en amarga cólera contra las asesinas. Mas tenía que meter reversa al juicio implacable recordando que ella, alguna vez, había hecho lo mismo, y no por miseria o vergüenza, sino por ambición.

Precisamente la noche anterior. Many habíale referido un caso espantoso. Todas las mañanas llegaba una indígena de Xochimilco a llevarle flores. Alguna vez Olga la vio en la cocina y notó su vientre protuberante de seis meses de embarazo. Aquella mujer había dado al mundo ocho hijos y esperaba el noveno. El padre era un bruto ebrio que la golpeaba, y ella, para mantener a la familia, vendía rosas, nube, claveles y gladiolos cultivados en la chinampa. Con la mercancía a cuestas y dos o tres de los chicos menores colgándole de la falda, trotaba hasta la ciudad. Casi nunca obtenía más de cuatro o cinco pesos que, contaba con lágrimas, servían para que el marido pudiera beber más al día siguiente.

Una mañana la mujer no fue. Siete días después, a la hora de costumbre, llamaron a la puerta de servicio. Ante Many apareció el rostro moreno y triste de una chiquilla como de once años, cuyo cuerpo flaco y débil apenas podía sostener un pesado canasto de flores. Dijo ser la hija mayor de la marchanta y explicó que su madre no podía ir porque acababa de dar a luz a una criatura y estaba enferma.

Quiso Many saber si el hermanito era hombre o mujer. La niña de la cara triste movió la cabeza:

—Pos no sé —indicó—. Mi abuelita lo echó al canal porque ya somos muchos y la comida no alcanza…

El primer impulso de Olga, después de escuchar la historia, fue dar parte a la policía. Pero, súbitamente, su espíritu comprendió qué drama tan tremendo, de miseria y ebriedad, encerraban aquellas pocas palabras de la niña. Y, como una tonta sentimental, lloró compadeciendo a la mujer madre de ocho criaturas que asesinaba a la novena, porque las que ya tenía eran muchas y escaso el dinero para alimentarlas.

Tras de perder media hora recorriendo el pueblo, el auto frenó ante el orfelinato. Notó Olga que temblaba al anunciar su visita al encargado de la Casa. Aguardó paseándose nerviosamente en un estrecho patio de baldosas desiguales. De algún punto invisible venía el rumor de la chiquillada alegre. El lugar era magnífico y sombreado

de cipreses. Se respiraba un aire fresco y limpio, vegetal.

Una gorda mujer vestida de blanco, como de cincuenta años, preguntó en qué podría servirla.

—Vengo a saber —tragó saliva— qué requisitos se necesitan para adoptar un niño…

—¡Ah! Quien puede informarle está fuera.

—¿Tardará?

—Puede que sí, puede que no. ¡Quién sabe!

Hubo un silencio. Una tórtola planeó dos metros más allá y comenzó a picotear la arena.

—¿Usted trabaja en el cine? —preguntó la mujer.

—Sí.

—Yo la veo siempre. —De la cara de la mujerona se había borrado el gesto adusto. Sonreía y, tomándola del brazo, la condujo por un amplio corredor de mosaicos—. ¡Y se me hace que es más bonita en persona que en las vistas!

Habían entrado a la oficina y la mujer le ofrecía una vieja silla forrada de cuero, que rechinó al sentarse Olga. Hasta allí llegaban las risas infantiles y el chillar de los pájaros en el jardín.

Quiso tornarse confidencial la mujer y le palmeó familiarmente una rodilla:

—¿Quiere el niño para usted, verdad?

No pudo explicarse Olga por qué negó:

—Para mí, no… Para una amiga.

—¡Ah! —hizo la otra, como desencantada.

—Yo me encargaré de los detalles y de escoger al niño. —Los ojos de Olga se animaron—. Un chico rubio, si lo hay.

Pujó la mujer, al levantarse. Le hizo una seña:

—Venga pues. La llevaré a que los vea.

Cruzaron el jardín y llegaron adonde correteaba un medio centenar de criaturas. Las había de todas las edades y de todos los colores, enfundados en batones de tela corriente.

—¿De qué tamaño sería? —indagó la mujer, hablando como si se tratara de escoger un potro o un perro.

Titubeó Olga. No podía escoger a un niño recién nacido, porque le resultaría imposible cuidarlo; tampoco a uno demasiado grande, pues no quería correr el riesgo de que su propio hijo adoptivo la considerara como una extraña.

—Así —indicó, señalando con la mano una altura como a tres palmos del suelo.

—¡Ah! —repitió su guía—. De unos dos o tres años. ¡Muy buena edad! Ni tierno, ni pasado. ¡Bien logradito!

Una pilmama llevó ante ellas a unos diez chiquitines de estatura

y edad como Olga quería. Ésta se conmovió profundamente cuando los vio aparecer, corriendo frente a la nana, como guajolotes navideños. Se hincó sobre la arenilla roja del sendero y dejó que unos brazos regordetes y morenos, los de un chiquillo de mirada viva e inteligente, le atenacearan el cuello.

La boca húmeda de saliva del niño se pegó a su mejilla y tartajeó en un beso:

—Ma… má…

Olga no pudo reprimir un sollozo y dos chorros de llanto mojaron la redonda cabecita oscura pegada a la suya. Sus manos podían palpar, bajo el percal de la bata, las costillas de la criatura y su cuerpo tembloroso. La habían besado, por primera vez en su vida, con inmedible pureza, y la saliva de aquellos labios inocentes hacíale arder la cara como un reproche.

En fugaz película de recuerdos pensó en su pasado y en su presente, en la miseria de otros días y en la opulencia de los actuales. Se consideró la más infeliz de las mujeres infelices, indigna de tener un cariño como el que esa criatura de padres anónimos podría proporcionarle. Lágrimas amargas, dolorosamente lloradas, humedecían su rostro y goteaban sobre la arena.

Violentamente apartó de sí al chiquillo, se levantó y echó a correr, llorando a lágrima viva, hacia la salida.

Las dos mujeres enmudecieron de sorpresa. El chico berreaba pegado a las piernas de la más joven, que miraba a la otra sin comprender.

—¿Que le habrá pasado? —preguntó, atemorizada.

La mayor alzó los hombros y miró oblicuamente la espalda de Olga, alejándose:

—¡Sepa Dios! ¡Todas ésas del cine son unas locas!

Por la tarde Rolando fue al apartamento. Encontró a Olga en su recámara, despeinada y llorosa.

—¿Qué sucede ahora?

—Fui a la Casa de Cuna —la interrumpió un sollozo—. Quería adoptar un niño…

—¿Y…?

—No pude, Rolando —hipeó—. No pude. Era un niño precioso; prietito, muy vivo. Me besó aquí, en la cara. ¡Y no pude quedarme más! Me solté llorando como tonta. Créeme, no tengo valor para adoptar un hijo; sería un remordimiento que iría creciendo parejo a mí; presente siempre…

Él bajó la cabeza y prefirió no preguntar más.

V

La mujer iba abriéndose paso, trabajosamente, a través del apiñado muro de curiosos. Las cegadoras luces azules de los reflectores bañaban un amplio sector de la calle. Su rostro, golpeado por el resplandor, era un rostro de mujer muerta. Sus codos remaban, cada vez con mayor esfuerzo, haciendo brecha. Llegó, por fin, a la primera hilera y quiso rebasarla.

Un policía opuso la barrera de su brazo azul:

—¿Quihubo? ¿Onde vas? No se puede pasar. ¡Cuélale pa'trás!

Ella reculó un paso, humilde, sin protesta. Sus ojos no se apartaban de la cabeza de pelo castaño, que ocupaba una plegadiza silla de lona, con las iniciales OL marcadas en el respaldo. Cuando lo castaño se volvió de perfil, la mujer la reconoció inmediatamente: era Olga. Un oscuro polvo ocre mataba los brillos grasosos del maquillaje. Una de sus manos sostenía el cigarro aún apagado. A su lado saltó la llamita azul de un encendedor. Un hombre de nariz aguileña, anteojos y gazné al cuello, se inclinó para decir algo; la mujer vio el cabeceo de Olga y escuchó después cómo el hombre gritaba rápidas órdenes a los muchachos del *staff*.

Iba a filmarse una escena de la vida real, algo que para la mujer que había llegado a la primera hilera resultaba conocido. Olga ocupó su sitio, entre otras dos muchachas, recargada a la pared. Echó fuera de sus hombros un pesado abrigo de pieles y se sacudió de frío. Los senos se le estremecieron bajo la delgada camiseta a rayas. Su rostro, visto ya de frente, aparecía exageradamente pintado; sí, como el de la prostituta que encarnaba. La falda de charmés negro rebrillaba al ser herida por la luz indirecta de los arcos.

Apenas dibujó la mujer una amarga sonrisa. ¡Tanto aparato para algo tan sencillo! Todo le parecía, viéndolo bien, absurdo y falso; de pacota. Olga no había sufrido lo bastante para ser una prostituta auténtica; una chica del rodeo; una trotacalles hambrienta,

desarrapada y sifilítica como tantas que, llenas de admiración, la veían actuar desde el otro lado de la línea de policías.

—¡Corte! —gritó Emilio Gómez Muriel. La escena había salido bien y el *staff* desmontaba reflectores, recogía cables, sillas, bancos y todo lo que habían traído en los dos grandes camiones de carga.

Many ayudó a Olga a ponerse el abrigo y, dentro de una maleta, acomodó las cosas de su pertenencia. Emilio, el director, calculaba terminar el rodaje en una semana más. La estrella estaba de buen humor, pero cansada. «Rolando tiene razón —reconoció—. Necesito unas vacaciones».

Había trabajado arduamente treinta y seis días en *Una como todas*, la primera de las dos películas que pensaba hacer ese año. La historia, escrita especialmente para Olga por Gregorio López y Fuentes, era estupenda.

Después de su tremendo fracaso en *La mujer deseada*, Rubén Miranda aceptó romper el contrato con la Filmadora, a cambio de cuarenta mil pesos. Pretendía más, pero Fernández negoció con habilidad y él quedó conforme. Cuando Olga lo supo suspiró aliviada y se dedicó, con mayor ahínco, al estudio de su papel, magnífico pero difícil. Lo demás se rodaba en los Estudios Azteca; no había sido posible conseguir foros en otros.

Cuando las luces se apagaron, los curiosos comenzaron a dispersarse. Algunos permanecían espiando a las mágicas gentes del cine, que se paseaban presuntuosamente para atraer sobre sí la atención pública. La mujer, con un paso titubeante, caminó hacia la del pelo castaño. Estuvo unos segundos observándola, en silencio.

—Olga —emitió, atragantada.

La estrella se volvió, con un calosfrío. Tenía bajo su mirada a una persona de cara gris y sin sonrisa; unos ojos apagados que la veían estúpidamente.

—¿No te acuerdas de mí?

Olga negó. Sí, reconocía; pero negaba. Nerviosamente la invadió el deseo de irse sin responder, sin mirar, sin hacer caso. Sentíase a disgusto, molesta. Many había abierto sus ojos de plato.

—Soy Teresa.

—¡Ah! —quiso sonreír, forzada.

—¿Cómo has estado, Olga…? Te vi trabajando y quise saludarte.

Comenzó Olga a caminar hacia su automóvil, cuya puerta tenía ya abierta Many.

—Bien, gracias; ¿y tú?

Llegaron junto al coche. Teresa acarició la tersa superficie de la carrocería. Bajó los ojos:

—Ando muy mal, Olga —gimió—. Quiero pedirte un favor: que

me ayudes en algo…

—Sí, cuando quieras —Olga quería salir del paso. Algunas gentes estaban mirándola y eso aumentaba su desazón—. Un día de éstos…

La mano de Teresa le atenaceó el brazo. Sufrió la presión de los dedos desesperados:

—Dame algo ahora… No tengo ni para comer —su aliento olía a alcohol y a dientes sucios.

De la bolsa que le entregaba Many sacó un billete azul. Se lo arrojó al tiempo que montaba. Teresa miró, con asombro, el valioso papel de cincuenta pesos.

Olga lamentó no haber encontrado otro, de menor denominación. Oprimió el botón de la marcha y cerró la portezuela. La ventanilla encuadró la cara miserable de su amiga. Embragó la velocidad.

—Ándale pues… que te vaya bien —farfulló, al arrancar.

De pronto alguien gritó:

—¡Se está quemando el estudio!

En el set se suspendió inmediatamente la filmación y todos salieron. Un espeso humo gris opacaba la luz del sol y el aire estaba impregnado del olor a cosas ardiendo.

—¿Dónde es?, ¿dónde es? —indagaban bocas anónimas.

Olga sintió un gran terror. Los siniestros, el pánico colectivo, aquellos hombres y aquellas mujeres gritando como locos, corriendo espantados y sin saber qué hacer de un lado a otro, la empavorecían. Tuvo la impresión de que se ponía blanca bajo el maquillaje; que iba a caer por el tobogán del desmayo.

—No pasa nada —la tranquilizó Gómez Muriel.

A los pocos minutos, por el lado este, vieron brotar grandes llamaradas. Espectacularmente, oleadas de bomberos con sus negros cascos y sus pesados impermeables de hule, tendían mangueras y escaleras telescópicas.

—Los laboratorios están quemándose también —les llegó la noticia.

El primer pensamiento de Olga fue para el negativo de *Una como todas*, que estaba, precisamente, en el laboratorio. Llegó corriendo el director, con la cara estragada. Apenas pudo decir:

—¡Allá está todo…! ¡Todo!

Faltaba agua para las mangueras, que yacían como lombrices en el suelo. De todos modos, bomberos y trabajadores procuraban poner a salvo equipos y materiales costosos. Olga, excitadísima, preguntó por qué diablos no iban al laboratorio y sacaban el negativo, en el que hasta entonces había gastado casi medio millón de pesos y seis

semanas de tiempo.

—No es posible ahorita. Hay peligro, además, de que todo esto vuele de un momento a otro.

Para las dos de la tarde todo había terminado. Foros y laboratorios eran sólo negros escombros humeantes. Olga soltó el llanto cuando se convenció que su película se había convertido en fuego.

Por un momento resolvió mandar todo al demonio y olvidarse del cine, de *Una como todas* y del dinero perdido. Pero sólo por un momento.

—¿Y ahora? —preguntaba Emilio.

Olga sorbió. Tenía los ojos hinchados. De *Una como todas* se había perdido hasta el último pie de celuloide. Otros productores estaban en sus mismas condiciones. Se consoló pensando que, por lo menos, el daño no fue para ella sola.

—¿Ahora? —la cámara de sus pupilas describió, lentamente, un amplio círculo: ceniza, escombros, desastre. Se irguió:

—¡A empezar de nuevo! Búsquese, Emilio, otros estudios y que paren de nuevo los sets. Avísele a Fontanals. Total —se encogió de hombros—, una mala tarde cualquiera la tiene…

Comenzó a reír suavemente; después su risa degeneró en carcajada llorosa. Echó la cabeza para atrás y continuó agitándose en un acceso nervioso.

—¡Una mala tarde cualquiera la tiene, señores! —lloraba, riéndose estruendosamente.

Los demás desviaron la vista, impresionados, como si Olga Lang, en realidad, se hubiera vuelto loca.

I

Dos veces, como siempre, había sonado el claxon. Olga se inquietó imperceptiblemente.

Vidal la miró desde el sofá, poniendo a un lado el argumento de Rojas González que repasaban:

—¿Sigues viéndolo?

Olga se retocaba, con el dedo meñique, el trazo del colorete bajo el labio inferior.

—¡Ajá! —hizo.

—¿No ignoras que es casado y que tiene hijos?

—Claro que no.

Rolando encendió un cigarrillo. La amplia sala reverberaba a la luz poniente de una tarde de primavera. Difuso, subía hasta allí el rumor de los autos que corrían por la avenida. El sitio estaba fuertemente impregnado del perfume de Olga.

—Es una tontería, algo sin sentido lo que haces…

—¿Por qué ha de serlo? —ella se volvió y echó el dorado tubo de bilet al bolso.

—Tu amigo no es como todos. Es un respetable señor, que no puede darte más que, tal vez, algunas caricias y buenos consejos. Estoy seguro de que no ha pensado divorciarse para casarse contigo…

Olga estaba de buen humor y hasta divertida. Sólo a Rolando permitía que le hablara así, inmiscuyéndose en su vida privada. Él era, para ella, más que un amigo o un consejero. En su atlética figura encontraba infinito consuelo inexplicable, amor puro como el de un niño, deseo de ayudarla, protegerla y tenerla a salvo de los zarpazos del mundo exterior. Cada palabra de Vidal iba encaminada a eso: a su bien. Por ello le toleraba que criticara algo, tan suyo, como su intimidad. Sin embargo, cuando se proponía hacer tal o cual cosa, bastábale sonreírle, hacerle un cariño bajo la barba, y olvidarlo.

—Si fuera como todos, no andaría conmigo —reflexionó Olga

frunciendo los labios—. En realidad no me importa que sea casado y que tenga hijos. Me gusta él, no su familia. Además, no exijo otra cosa que su amistad, que me es grata.

Rolando la ayudó a colocarse sobre los hombros el delgado abrigo de gabardina verde. Sus narices se dilataron al contacto del perfume caliente.

—Olga —suplicó, patéticamente—, no lo veas, no debes verlo más. A su lado no eres más que una sombra que él, lo he observado, no quiere que los demás vean. Tú eres luz propia, estrella viva. Ya comienzan a murmurar que son amantes…

—¿Y qué? —abrió la puerta. Rolando la seguía con largos pasos —. Yo puedo ser amante de quien se me antoje. Tuya o del Presidente. ¡Bah! Deja que los idiotas murmuren.

Rolando se encogió:

—Tienes razón. Puedes ser amante de quien te guste.

Hubo un silencio tenso. Comprendió Olga que había herido a Rolando, su verdadero amante espiritual. Lo vio bajar la cabeza rubia y clavarse la barbilla en el centro del pecho. Nuevamente el claxon había vuelto a sonar. Por un fugaz instante pensó quedarse en casa, con aquel hombre encantador y hermoso para quien ella, lo sabía, era lo más importante de la vida. Sonrió un poco emocionada. Hundió sus dedos en el pelo dorado del modista y se lo alborotó, obligándolo a mirarla con sus ojos azules.

—¡Estás celoso, amor! —dijo.

Lo único que él pudo hacer fue ensayar una sonrisa llorosa. Antes de que saliera, recomendó:

—Si no puedes ser buena, sé cuidadosa…

Olga se detuvo en seco. En la cara se le congeló la sonrisa y su rostro se tornó sombrío. El mazo del recuerdo le pegó en el cráneo y la saliva se quemó dentro de su boca. Lo miró.

—¿Dónde oíste esas palabras? —increpó.

Se le ensanchaban las aletas de la nariz y el temblor peculiar le agitaba el mentón. Hacía años, muchos años, que alguien, aquel médico siniestro, le recomendó lo mismo: que si no podía ser buena, fuera al menos cuidadosa. La frase se grabó en su cerebro y por algún extraño fenómeno de la memoria —por alguna fijación, diría un psiquiatra— se le revelaba siempre que un hombre le hacía el amor.

Ahora Rolando había querido ser gracioso y lo único que consiguió fue revivir algo que debía estar liquidado; que ella se empeñaba en liquidar. Él estaba mirándola, sin palabras explicativas, mirándola perplejo sin encontrar una respuesta clara, satisfactoria.

—No sé —dijo al cabo—. Tal vez en alguna parte; o quizá a mí se me ocurrieron…

Desistió en usar el ascensor y prefirió bajar por la escalera. Ya no iba contenta. Como si le costara mucho trabajo, empujaba los pies por los peldaños descendentes. «Si no puedes ser buena…». Y, ¿lo era, en verdad? Su vida se normaba, o al menos así lo creía Olga, por una línea de conducta perfectamente definida que separaba el bien del mal.

Actuaba, pensaba y sentía en función directa a esa línea. Sus actos estaban condicionados a lo que entendía por bien y por mal. Procuraba que nunca; deliberadamente, dañaran a alguien. «Soy buena», repitió. No había perjudicado a nadie; no odiaba a nadie; no envidiaba a nadie. Esto era suficiente para no ser mala. ¿Ser amante de un respetable hombre casado, es causar dolor, ofender a tercero? No lo creía. En todo caso quien cometía la falta era su amigo, no ella.

Siguió caminando. Vidal tenía razón en lo que había dicho. El influyente, desde la primera vez que salieron juntos —a los tres días de haberla visto en Cuernavaca—, le contó que era padre de tres criaturas y recalcó que adoraba a su mujer. A Olga esto no le había importado. El hombre era encantador y su compañía gratísima. Políticamente era una figura sobresaliente y los periódicos hablaban de él todos los días. Cuando Olga leía noticias y reportajes, comentarios y editoriales, sentíase orgullosa de que le perteneciera.

No fue sino hasta dos meses después del primer encuentro que permitió que la amara. Ocurrieron las cosas de la manera más natural. Él la adoraba y de no mediar la terrible circunstancia de ser casado la haría su esposa. No quiso ella escuchar más. Le tapó la boca con los labios.

Pero el hombre que la aguardaba en el auto la atraía más por lo que representaba, por lo que era, por lo que aspiraba ser, que como amante. La cuestión sexual antojábasele demasiado estrecha para enmarcar dentro de sus angostos límites aquella pasión latente, profunda y tranquila que la embargaba desde entonces. Su amigo había llegado a los cuarenta y cinco y carecía de la fogosidad de un adolescente. Esto le gustaba a Olga.

Mentalmente lo comparaba con los hombres que habían desfilado por su vida. Aquéllos buscaban su sexo; éste, aun siendo viril, prefería su amistad y su compañía, tan llenas de placidez y delicia. Gustaba decirle que era la más extraordinaria mujer que había conocido y le agradecía que fuera su amante. Olga compartía sus sentimientos y se mostraba, ante él, tal como era: desnuda de falsedad.

Cierto era, en verdad, que su amigo no le había permitido rebasar el límite de su propia vida íntima. Olga sentía que para ese hombre existían dos mundos: el de la mujer y los hijos, y el de ella. Al principio se encelaba cuando sabía que después de dejarla iba a

acostarse o a amar a su esposa; mas luego pudo dominar sus sentimientos de hembra y se hizo a la idea de que el amante sólo le pertenecía, eso sí, incondicionalmente, las horas que pasaban juntos.

Sólo una cosa no le agradaba: que él se esforzara por mantenerla al margen de las personas que los rodeaban. Cuando empezaron a salir juntos, el influyente insinuó que no convenía que los vieran en público, porque siendo ambos muy conocidos surgiría la murmuración, que a nadie favorecería.

«Es como si se avergonzara de mí», llegó a pensar Olga.

Con la portezuela del auto abierta, la aguardaba él. Como siempre, había despedido al chofer y estaba solo. Rodó el coche negro hacia las afueras, siguiendo la recta del Pedregal. El paisaje, a esa hora, poseía la mágica belleza impresionante de un cuadro de Orozco. Los grises aceros se fundían, sin transición, en el azul violeta de las piedras atormentadas. El aire tibio, requemado, tenía una suave fragancia solar.

—¿Cuánto dinero, en efectivo, puedes reunir en una semana? —preguntó él.

En el cofre charolado se reflejaban pálidas nubes diluidas.

Olga creyó no haber comprendido bien:

—¿Que cuánto dinero en efectivo…?

—Sí.

—Pues… no sé.

—¿Medio millón?

—Creo que sí…

—¿Un millón? Tu compañía tiene créditos…

—Sería más difícil. ¿Por qué me lo preguntas?

En la distancia, la chimenea de una fábrica de celulosa le rascaba la barriga al cielo, y una blanca nube de humo se agolpaba, inmóvil, sobre ella. El influyente frenó al lado de la carretera. Hacia la izquierda blanqueaba la ciudad de México. Un lejano anuncio luminoso ponía una gota de sangre neón en el horizonte.

Le tomó las manos.

—Es necesario que te prepares —dijo él pausadamente. Ella se había acurrucado sobre su pecho, con los ojos cerrados—. Hoy supe algo importantísimo, que se guardará en secreto hasta que llegue el momento de soltarlo…

La suave voz de su amigo caía dentro de los oídos de Olga y podía sentir la caliente respiración sobre la mejilla.

—¿Tenemos la bomba atómica? —sonrió.

—Algo tan malo como eso —hubo una pausa. Rápidamente, cuajarones de sombra caían sobre el campo de piedra. Ella escuchó el click de las luces pequeñas al encenderse—. El peso va a ser

devaluado y hay que tomar precauciones.

—¿Es malo eso?

—Sí, para quienes tengan los dedos detrás de la puerta. Para ti, para mí y para unos cuantos que sabemos lo que viene, será magnífico…

—¿Por qué?

—Mira, la cosa está así: hay que comprar dólares al precio actual de 4.85. Comprar todos los que podamos y guardarlos. Al venir la devaluación, el peso se irá al suelo y el dólar a las nubes. ¿Comprendes ahora?

—Sí —aceptó Olga, sin entender del todo.

—Es un negociazo. Compras un millón de pesos en dólares; con la baja, lógicamente, tendrás más pesos por cada dólar. Y de un día a otro te habrás ganado un platal.

De regreso él la invitó a tomar algo en un restaurante caminero. Un mozo de filipina blanca les llevó tacos de pollo y cerveza helada. Olga comía sin ganas, remoliendo en el cerebro las palabras de su amigo. De pronto, dijo:

—¿Y eso no traerá perjuicios?

—Indudablemente, mas no para nosotros… ¿Entiendes? Muchos aprovecharán la situación para dar un golpe de fortuna. ¿Por qué, pues, no hacerlo tú y yo?

Sin saber por qué, presentía Olga que aquello no era correcto. No obstante, reconoció que la especulación podría compensarla de las pérdidas sufridas en el incendio.

Al volver a la casa, Olga vio en la ventana la sombra inquieta de Rolando. La contrarió esto un poco y, con mucho tacto, dijo a su amigo que no lo invitaba a subir porque alguien la aguardaba arriba. Él estuvo conforme.

—¿Entonces, cuento contigo? —reanudó.

—Sí.

—¿Cuándo tendrías reunido el dinero?

—No lo sé, así de pronto. Debo hablar con mi subgerente para saber…

—Te llamaré mañana —le besó las manos—. Y que sea lo más que puedas. Recuerda que es la nuestra para salir de pobres. ¡No digas palabra a nadie!

Fatigada como si hubiera estado rompiendo piedras, Olga entró al edificio. Oprimió el botón del elevador y aguardó.

«Ganarme una millonada».

II

Aquella invitación la hizo cambiar de planes. Tenía pensado ir al cine a la función de las 6:30, cenar algo en el centro y acostarse temprano. Desparramados por la sala y la alcoba muchos libros interesantes aguardaban que Olga los hojeara. El influyente debía asistir con su esposa a una fiesta en el hotel Del Prado y la llamó para decirle que no podrían verse por la noche. La señorita Lang suspiró aliviada y se dispuso a gastar las horas en algo exclusivamente de su agrado.

Pero, al terminar de leer la nota, comprendió que ni siquiera una mujer tan famosa como ella podría librarse de una serie de compromisos sociales que, en el fondo, detestaba. En pocas líneas, Antonio Rodríguez, el magnífico crítico de arte que conociera cuando posaba para Diego, le pedía asistir a la cena que iba a servirse, por la noche, en un restaurante de la avenida Juárez, como homenaje de desagravio al maestro Rivera.

—¡Ni modo, hay que ir! —aceptó.

Diego ocupaba el primer plano de la publicidad nacional. Hacía poco que su última gran obra —un fresco lleno de colorido y movimiento que Olga conoció en proceso de ejecución— había sido inaugurado, públicamente, en uno de los salones del gigantesco hotel Del Prado. Reproducía la historia de la Alameda desde los tiempos de la Inquisición, cuando el Santo Oficio victimaba a las prostitutas, hasta los actuales, en que los prohombres las glorifican. En algún rincón, al lado de virreyes, encomenderos, oidores, curas, generales, guerrilleros, estadistas y políticos, aparecía el rostro siniestro de Guillén. Olga lo identificó sin emoción, pero reconociendo que Diego Rivera había captado con maestría el carácter de su modelo.

En el extremo opuesto, el Nigromante Ramírez sostenía en sus manos el célebre discurso a la Academia de Letrán, en el que aseguró: «Dios no existe». Al descubrir la sentencia, los reaccionarios avivaron más aún la tempestad que ya por esos días soplaba en los diarios.

Editoriales, artículos, reportajes, columnas enteras, se publicaban con ataques e insultos para el pintor, a quien volvían a calificar de ateo, comunista y traidor a la patria. Olga no podía entender por qué le lanzaban el último epíteto; más bien, no comprendía por qué lo agredían, no en el terreno exclusivo de su pintura, sino en el de sus credos o simpatías políticos y religiosos.

Los amigos del pintor y los pocos hombres y mujeres liberales de la ciudad, que detrás del escándalo atisbaban un jugoso negocio de publicidad gratuita para la hospedería, habían publicado un manifiesto defendiendo la libertad del arte y organizando una serie de actos públicos en honor de Rivera, como respuesta a las furibundas embestidas de la prensa, y de los sectores ultraconservadores.

Obrando inteligentemente, el arzobispo prefería callar y no festinar los acontecimientos.

En la cena de esa noche, a la que asistirían pintores, políticos, escritores, artistas y demás liberales sin profesión determinada, se estrenaría un corrido de Chabela Villaseñor; habría discursos y modo de ganar, de paso, alguna publicidad personal. Olga decidió hacerse presente unos momentos, permanecer lo necesario para que Diego la viera y luego marcharse a dormir.

Hizo cita con Rolando, que había recibido una invitación semejante, y se encontraron en la puerta de Santa Anita, a las 9:30. Cuando llegaron, la fonda subterránea rebosaba de gente. Retazos de charlas martilleaban sobre la Unión Soviética, el existencialismo y los burócratas neokantianos del filósofo de Oeste, el Plan Marshall, la reacción fascista, el ombligo de Tongolele y la última gringa que había importado A. C. Blumenthal. Recatado y con su cuadrada cara triste, José Clemente Orozco escuchaba a Siqueiros ponderar a David Alfaro Siqueiros hasta el cansancio.

Rolando le abrió paso hasta donde se encontraba Diego. A últimas fechas había estado enfermo y se le veía flaco. Vestía de azul oscuro y gruesa camisa de lana.

Olga le besó la mejilla. De espalda a ellos, Andrés Henestrosa informaba a María Asúnsolo:

—Como Diego está muy débil para pintar sus cuadros, ahora los dicta…

Fernando Benítez, que acompañaba a María, no festejó el chiste, y comenzó a hablar del libro que iba a escribir en cuanto pudiera pasarse tres meses, con Luis Enrique Erro, en Tonantzintla.

Una cara que Olga conocía navegó entre la multitud y vino a su encuentro. La acompañaba una chica rubia.

—¡Madame…! —la cara se inclinó y unos labios húmedos rozaron la mano de la estrella.

Raúl Tovar miró de frente a Olga, sonriéndole. Estaba más pálido y delgado que nunca.

Le sonrió apenas, mirando a la muchacha cuyo rostro, visto ya de cerca, se le antojó vagamente conocido.

—¿Qué tal, Raúl?

—Así, así, luchando. Pronto voy a producir una película; y pronto, también, voy a casarme…

Volvió Olga a sonreír con indiferencia. Arqueó una ceja:

—¿Sí? ¿Y quién es la afortunada?

Tovar señaló a su acompañante:

—Ella… La señorita Alma Peña…

Al escuchar este nombre, se le revolvió a Olga el estómago. A su memoria acudieron las extensas listas de gastos de la Filmadora, revisadas por ella en los días del divorcio, y en las cuales el nombre de Alma Peña aparecía al lado de gruesas sumas de dinero.

—¡Pues te felicito!

Quiso Raúl ser gracioso:

—Las dos más grandes tonterías que un hombre inteligente puede cometer en la vida, son casarse y divorciarse. Ya incurrí en ellas una vez —miró a la muchacha de cabellos rubios—, ¡y bien vale la pena intentarlas de nuevo!

Colocaron a Olga a dos sitios de Diego. Mientras servían los condimentados platillos del menú, pensaba la disculpa que inventaría en caso de que la cena, como era lo más probable, se prolongara hasta muy tarde o degenerara en Leda o cualesquiera de los cabarets que los jotos y los esnobs habían puesto tan de moda en los últimos años.

No tenía apetito y sí mucho sueño. Cerca de las once, alguien llegó con una noticia alarmante:

—¡Están destruyendo el fresco del maestro…!

La multitud de comensales, se encrespó y hubo gritos de «¡Mueran los reaccionarios!» Olga, asustadísima, quiso levantarse y huir. Una pesada mano masculina cayó sobre su hombro. Ella volteó la cara, angustiada. Los ojos azules de Rolando le recomendaban calma.

—¡Quiero irme! —gimió. Nada la empavorecía tanto como los tumultos, como la gente iracunda que gritaba y proponía ir a combatir contra los reaccionarios que destrozaban, a escasos cien metros de allí, la pintura de Diego.

Pero la mano de Vidal seguía frenándola.

—Ahora nos vamos. Deja que pase el lío.

En medio de una barahúnda espantosa concluyó la cena. José Revueltas y algunos otros comenzaron a reclutar voluntarios. Olga veía al novelista de cara de ave de rapiña gesticular acaloradamente.

Al cabo de medio minuto, el salón quedó vacío.

—¡Ven! —Rolando le oprimía el brazo, en tanto que el grupo terminaba de desfilar. Había dejado el auto en la otra cuadra, frente al hotel.

Amotinados, los amigos de Diego marchaban al asalto del hotel Del Prado. Quienes salían de los cines o pasaban por allí miraban aquello sin comprender o se unían a los vengadores vociferantes.

—¡Vámonos, Rolando, por favor!

—Espera, a ver qué pasa.

—No. ¡Llévame!

—Es imposible. ¿No ves a toda esa gente trepada sobre el auto, bloqueando la calle? No podremos pasar.

Consiguió abrir la portezuela y meter a Olga. Le recomendó que pusiera los seguros interiores.

—Ahora vuelvo…

Y antes de que ella pudiera detenerlo se había mezclado con el alud que pretendía forzar la puerta del hotel, que ya protegían mozos de librea y policías con macanas.

Media hora después —treinta minutos que a Olga le parecieron interminables— regresó Rolando, despeinado, sudoroso y jadeante.

—¡Uf! —resopló acomodándose ante el volante—. ¡Qué mitin está armándose! Pepe Revueltas, desde arriba de una mesa, ha pedido que ahorquen a Aarón Sáenz y a todos los banqueros que cenan, en este momento, con él. Entre ellos están tu amigo y su mujer…

Tras mucho batallar salieron de Juárez por una calle transversal. Rolando, excitadísimo, proseguía:

—La cosa fue así… En el restaurante donde está el fresco hay una cena de millonarios vestidos de etiqueta. Hambreadores y monopolistas, nuevos ricos detestables. De pronto entran varios sujetos, estudiantes dicen que son, y uno de ellos, el más audaz, se trepa a una silla y con una navaja raspa la frase «Dios no existe». Los millonarios ven todo sin inmutarse y siguen comiendo ostras con champaña. Luego entramos nosotros… Muchos gritos, muchos mueras, muchos puños en alto, y mientras Pepe habla escupiendo groserías. Diego con un lápiz tinta reescribe las palabras rotas…

En el crucero Insurgentes-Reforma el inconcluso Monumento a la Madre dibujaba su palidez geométrica contra el cielo enlunado.

Olga suspiró:

—¡Qué horror!

—¡Qué bronca, más bien! ¡Y espérate a leer los periódicos de mañana!

III

En diez días compraron dólares por tres millones de pesos, Mediante la pignoración de las acciones de la Filmadora y algunos créditos que pudo rápidamente obtener gracias al aval del influyente, Olga reunió un millón doscientos mil y su amante el resto.

—Para no despertar sospechas —había dicho él—, iremos invirtiendo sumas regulares en la compra de dólares. La medida devaluadora que el gobierno ha tomado se guarda todavía dentro de relativo secreto. Si quienes lo conocemos, y el número aumenta cada día, no procedemos con cautela, la gente se dará cuenta, los bancos pondrán dificultades y la cosa no resultará redonda.

Olvidados los prejuicios, acallada la voz interior que la fustigó al principio reprochándole su antipatriótica ambición, Olga encontraba una euforia especial, no sentida nunca antes, en saberse parte de una gigantesca maniobra especulativa que le produciría, sin apenas arriesgar nada, gran utilidad. Excitada, repetíase que episodios semejantes sólo existen en *Selecciones,* en las películas o en las novelas. Su millón transformaríase, de un minuto a otro, en dos millones. Calculaba el amigo que cada 4.85 invertidos por dólar, se multiplicaría, conservadoramente, en 8 cuando menos.

Las compras de la divisa extranjera se hicieron en la forma prevista. Hombres de la confianza del influyente fueron adquiriendo pequeñas cantidades de dólares en varios bancos y salvaron el requisito de la forzosa identidad con el fácil recurso de proporcionar apellidos y direcciones falsos.

Como no deseaban correr el riesgo de que los depósitos de cuenta corriente fueran congelados, optaron por alquilar cajas de seguridad en el Monte de Piedad y guardar en ellas los dólares. Olga, en principio, propuso que lo mejor sería tener el dinero en su casa o en la de su amante, por aquello de las dudas.

—No es necesario —tranquilizó él—. Una caja de seguridad es

tan inviolable como el lugar en que uno vive. Además, guardar tanto dinero en un solo sitio es más peligroso que darle una pistola a un niño…

La víspera del día en que iba a anunciarse la devaluación, el influyente llegó a casa de Olga. Many se ocupaba de arreglar unas flores en la sala y él, con una mirada, le indicó a la estrella que la despidiera.

—Mañana tronará la bomba —explicó, aspirando profundamente el humo del cigarrillo; por primera vez desde que lo conocía, Olga notábalo nervioso—. La gente va a sentarse sobre la tachuela de la sorpresa. Habrá un pánico terrible. Como no saben lo que vendrá después, todos querrán comprar dólares a pasto. Allí daremos otro golpe en seco.

Olga le mezcló una bebida, que él bebía a pequeños sorbos. Fumaban cigarro tras cigarro y seguía hablando. El plan, recalcaba, era bueno y lo pondrían en práctica los afortunados que compraron millones en tiempo oportuno:

—Como digo, la gente se echará de cabeza sobre la ventanilla de los bancos —dejó el vaso, sacó un lapicero y comenzó a hacer números—. Nosotros venderemos algunos miles a 7 u 8 pesos. Ocurrirá entonces el fenómeno previsto por quienes saben de estas cosas. Al entrar muchos dólares al mercado libre, el tipo bajará unos centavos. Y, mientras vendemos caro por un lado, compraremos barato por el otro. ¿Entiendes?

Pero Olga tenía sus dudas. ¡Aquello le parecía tan fácil, tan sencillo, tan increíble!

—¿Estás seguro de que las cosas saldrán bien; de que no perderemos?

Guardó el influyente su agenda. Resolló profundamente al arrellanarse y asumió el satisfecho gesto del experto en cuestiones financieras.

—¡Claro que saldrán bien! ¡Mujeres de poca fe! No en balde, señora, tengo antenas infalibles.

Mucho antes de que amaneciera ya Olga estaba levantada aguardando los periódicos. Nunca como esa mañana le parecieron más lentas las horas que pasó en la cocina, bebiendo café y fumando. Creyéndola enferma, Many se asombró de verla allí. A las 7:30 el repartidor metió un diario bajo la puerta. Olga se encerró en su recámara y durante una hora devoró las informaciones.

Al mediodía los vespertinos añadían más detalles. Como lo previera el influyente, una ola de pánico fluía y refluía por la ciudad. Ante los bancos se formaban largas colas de gentes que iban a retirar sus fondos, temerosos de encontrarse en vísperas de una catástrofe

económica. El gobierno declaraba libre de restricciones el mercado de dólares y, quienes podían hacerlo, dedicábanse a comprar al precio que fuera moneda yanqui.

Sintió una cálida afluencia de satisfacción cuando leyó que el dólar se cotizaba, a las tres de la tarde, a $7.40. Su amigo la llamó después de la comida.

—¿Ves cómo tenía yo razón? —se ufanaba—. ¡Todo salió al centavo!

—¡O al dólar! —quiso Olga hacer un chiste. Y luego—, ¿a qué hora vendrás?

—No podré. Nos han llamado a una junta. Si nos sueltan pronto, iré por allí…

Cuatro días después, cuando la marejada se calmó y el tipo de cambio se estabilizó, el influyente hizo cuentas:

—Pláceme informarle, señora —dijo muy ceremonioso—, que ha ganado usted tres cuartos de millón. ¿Correcto?

—¡Correcto, señor! —le echó los brazos alrededor del cuello—. Tengo ganas de bailar contigo en Ciro's o en El Patio. ¡Porque eso de ganar un dineral, no sucede todos los días!

El influyente enrojeció, turbado. Olga detuvo en seco su risa. Una sombra pálida desplazaba la sangre de la cara de su amigo, que había anudado sus manos, con reprimida desesperación.

—¿Ha de ser precisamente allí? ¡Podríamos ir a La Cabaña, por ejemplo!

—¿Por qué no donde yo digo? —Olga se había hincado a sus pies.

—Hay… demasiada gente; demasiados ojos que nos vean.

De un salto se levantó la mujer y permaneció parada, inmóvil, de espaldas. Se le anegaron de lágrimas furiosas los ojos y recordó lo que Rolando había dicho, semanas antes. Reconocía ahora, definitivamente, que el influyente temía ser visto con ella en público; que era un amante con el que no podía exhibirse. Un hombre sin valor para pasearla donde y cuando ella quería.

Adivinaba su respuesta; y así fue:

—Prefiero pasar la velada contigo, en tu casa, tú y yo a solas. Conoces a la gente… No es prudente que nos vean… El chisme no respeta honras… ¡Tú lo sabes!

Prefirió no escucharlo. Estaría dándole razones toda la noche. «¿Por qué ha de avergonzarse de mí?» —se increpó—. «Y si se avergüenza, que se vaya al diablo. No he de seguir eternamente soportando este encierro. Si es mi amante que lo sea completo. ¿O me tiene sólo para acostarse conmigo una vez a la semana?»

Se volvió. Continuaba él cabizbajo y con las manos trenzadas.

No se había movido un milímetro.

—Mira —Olga le alzó la barbilla, obligándolo a mirarla—, soy tu amante, porque me tienes cuantas veces quieres. No pido *nada,* porque tengo más de lo que tú puedes darme. He notado, desde que te conocí, que te falta valor civil para andar conmigo en la calle. Cuando salimos me llevas a sitios apartados, donde nadie sabe quiénes somos. Esto me ha hecho pensar dos cosas: o te avergüenzas de que tus amigos nos vean, o que le tienes tanto miedo a tu mujer que…

La interrumpió él vivamente:

—No es eso… ¡Debes comprender…!

—Y en cualquiera de los dos casos —Olga continuó con el mismo tono helado de voz—, no estoy dispuesta a soportar más esta situación equívoca. Si eres mi amante, sélo completo; si lo nuestro no es más que un flirt de colegiales, ya es tiempo de terminarlo…

El influyente se había puesto intensamente pálido. Haciendo un gran esfuerzo, rompió el nudo que le ahorcaba la garganta.

—No es eso, Olga, por favor. ¡No me dejes! Te amo como un bruto… Piensa que no soy como los demás, en que tengo que cuidar mi situación política… ¡Un escándalo me arruinaría!

—¿Quién puede hacer escándalo? —se alzó de hombros. Su instinto le avisaba que aquel bruto a punto de llorar, estaba vencido. Puso un ultimátum—. Si eres distinto a los demás, yo también lo soy. Y si quiero salir cualquier noche, tengo cien hombres, ricos, famosos y brillantes para quienes sería motivo de orgullo acompañarme. Cien, o mil, los que yo desee… Por eso quiero aclarar una situación para mí desagradable. Ya me cansé de verte por la puerta de atrás. Creo que nadie, del más alto al más bajo, tendría vergüenza de pasear conmigo. Si tú la sientes, quedas en libertad de cortejar a tu esposa. ¡Y asunto terminado!

Más de un minuto duró el silencio. Afuera la noche había cerrado. Un sol de anuncios de neón hacia brotar sus rayos rojos, blancos, azules, tras el horizonte de cemento de los altos edificios. Olga aguardaba una respuesta, recargada contra la ventana. Su amante, cabizbajo, cruzó lentamente la sala. La tomó por los brazos, la estrechó en un gemido. Tenía las mejillas húmedas.

—Iremos a donde quieras —consultó su reloj con números de brillantes—. Ahora voy a mi despacho. A las once pasaré por ti.

Tomados de la mano, sin hablar, caminaron hacia la puerta. Allí él reiteró que la amaba y que no resistiría la separación. Olga incrustó sus labios en los pálidos labios resecos del hombre.

IV

A fines de una primavera excepcionalmente calurosa. Olga Lang terminó de trabajar en *Una como todas.* La segunda versión era bastante inferior a la primera, y ella lo sabía. Después del incendio sólo se habían salvado unas cuantas escenas aprovechables y fue preciso comenzar desde el principio. Se levantaron sets, se repitieron locaciones y se gastó más tiempo y más dinero.

Con todo y su entusiasmo, Olga no pudo repetir la espontánea emoción de las escenas destruidas. Al filmarlas de nuevo, al pasar una vez más sobre los diálogos y las situaciones, sentía que iba aburriéndose, que la historia no era tan buena como creía y que los días y las semanas eran eternos.

Cuando, al fin, concluyó el rodaje, Olga se sintió aliviada de un peso tremendo. Ésa era la primera ocasión que no le interesaba ver el trabajo terminado; seguir el destino de miles de pies de celuloide en su peregrinar por laboratorios, salas de corte, de montaje y de proyección. Lo que importaba, más que nada, era saber que *Una como todas* estaba lista. Cuando vio el primer corte, su riguroso sentido autocrítico le avisó que su labor era mediocre y apenas pasadera para una actriz de su categoría.

«Después de todo —repetíase—, ¡que se vayan al diablo si no les gusta!»

Sentíase fatigada y decidió tomarse un descanso. Oscar Brooks quería hacer una película con ella y le pagaría lo que quisiera.

—No es por dinero que no acepto, Oscar —había dicho—. Tengo otros planes…

Los tenía en efecto. No quería unas simples vacaciones; sino un largo periodo de inactividad total. Y luego había que pensar en su proyectado viaje a Europa. Fernández seguía insistiendo en que no era prudente tener casi un millón de pesos mexicanos inactivo en España y sugería que Olga lo rescatara. La única forma seguía siendo la que

propuso un año antes: filmar una película en la Península.

Por mucho tiempo prefirió aplazar su decisión. La aterraba una estancia prolongada en un país que no era el suyo. Sus asuntos de México, se decía, la ataban en tal forma que era imposible dejarlos abandonados. A esto argüía Fernández que él se haría cargo y que podría marcharse tranquila.

—No es difícil —reforzaba— que estalle la tercera guerra. Entonces sí que nunca nos juntaríamos con ese dinero. ¡Debe usted ir, señora!

Estuvo de acuerdo Olga Lang en que Leandro hiciera un viaje de exploración a España. Quince días después, el subgerente regresaba lleno de entusiasmo:

—Aquello es Jauja… Me encontré a De Fuentes y a Negrete, que van a hacer *Un charrito en Sevilla.* Franco da facilidades. El personal técnico no es malo. Lo único que llevaríamos de aquí sería a un director, a un fotógrafo y a su maquillista.

Pero tampoco se resolvió a marcharse en seguida. Sin embargo, al ocurrir el desastre de los estudios, al caer sobre ella el pesado plomo del abatimiento, pensó que el viaje podría resultarle agradable y hasta benéfico.

Rolando opinaba lo mismo:

—Debes irte por un tiempo; unos cuatro o cinco meses —la animaba—. Desde hace años eres esclava de tu propio trabajo. Es justo, pues, que descanses. Mucho hemos hablado de lo maravilloso que sería para ti conocer Europa. Ahora tienes la oportunidad. No lo pienses más. Empaca tus cosas y márchate…

Olga tenía miedo de hacer el viaje sola y le preguntó si estaba dispuesto a acompañarla:

—¡Mañana mismo si quieres!

Le había avisado que esa tarde podría ver, en los estudios, la película totalmente terminada, y prometió ir.

Fernández había invitado a Manuel Espinosa Iglesias, a Luis R. Montes y a otros exhibidores de la ciudad. Al terminar la proyección de *Una como todas*, la felicitaron calurosamente.

—Por algo, señorita Lang —aduló uno de ellos: gordo, sanguíneo, enjoyado—, es usted para nosotros un cheque en blanco…

Aquellos elogios sonaban a hueco para Olga y estuvo soportándolos durante media hora. Había oscurecido.

—¿Quiere que la lleve a México? —preguntó el pequeño, serio, formal Espinosa.

—Gracias, Manuel, traigo mi auto.

«Tontos», pensó, al ponerlo en marcha. Las moles rojizas de los foros quedaron atrás, cuando enfiló hacia la ciudad. Sentíase deprimida y agotada. La película le parecía pésima, por más que los empresarios opinaran lo contrario. «¿Qué saben ellos de estas cosas?» Los fanales iban abriendo dos surcos de luz en el bloque oscuro de la noche que aplastaba la calzada de Tlalpan.

Durante unos minutos estuvo cruzando una laguna mental. Para distraerse, encendió la radio. La voz de un locutor leía noticias:

—El misterio que envolvía la fascinante personalidad del gran novelista B. Traven —decía— fue ya descubierto por un periodista mexicano. Lea en el próximo número de *Mañana* el sensacional reportaje de Luis Spota. Traven vive en Acapulco, bajo el nombre de Berik Torsvan…

Bostezó. Como las noticias que seguían a la anterior no le interesaban, apagó la radio. Luego tuvo ganas de fumar y de su bolso extrajo la caja de Chesterfield. Se colgó uno del labio y buscó el encendedor. «¡Dios!» —desesperó al no hallarlo. Al cabo, sus dedos tropezaron con él, muy en el fondo de su bolso. Hizo brotar la llamita y la aplicó al cigarro.

De pronto el auto chocó contra algo y pudo Olga escuchar un ruido informe, de cosa aplastada. Las ruedas de atrás rebotaron suavemente. Olga separó los ojos deslumbrados de la llama y frenó violenta, al tiempo que un grito desgarrador le hería los oídos. Supo que algo terrible había pasado y antes de que pudiera reaccionar vio que muchas gentes corrían hacia ella, gritando, con los puños en alto.

Echó fuera del asiento su cuerpo. Un poco más allá, a escasos veinte metros, había un grupo de hombres y mujeres humildes buscando algo en el suelo, entre flores pisoteadas. Alguien lloraba en alaridos. El grupo se encrespó al aproximarse Olga.

Allí, en el asfalto, una mujer del pueblo gemía sacudiendo el cuerpo de un pequeño. Olga se horrorizó al ver cómo de la redonda cabecita fluía un grueso borbotón de sangre.

—¡Usted lo mató…! ¡Usted lo mató…! —aullaban voces amenazantes a su alrededor.

Estuvo allí un tiempo interminable y sintió que iba a desmayarse. El coche había quedado atrás, atravesado en el camino y con sus focos encendidos. Retrocedió hasta él, trastabillando sobre el piso de chicle. Cada vez más siniestros, con sus ojos duros y llenos de reproches, la rodeaban los hombres y las mujeres. Trabajosamente pudo Olga llegar al asiento.

Y, de pronto, empavorecida, comenzó a llorar en un tremendo colapso histérico.

Una temblorosa luz amarilla, flor de vidrio con tallo de alambre, le hería los ojos. Pidió un cigarro y una mano anónima se lo ofreció.

Sabía horriblemente mal el humo y tuvo un acceso de tos. Expectoró hasta que las lágrimas volvieron a brotarle. Olía a orines y a polvo viejo. Desenfocados, veía moverse a su alrededor los uniformes azules, con botones como de oro. Quiso consultar el espejo de la polvera y advirtió que su bolso había desaparecido. Un viejo reloj de péndulo marcaba las 11:20. «Ya va para tres horas», se dijo.

Una voz al otro lado de la barandilla, la llamó:

—¡Esa Olga Lang…!

Se levantó como autómata. Le temblaban las piernas. Dejó caer el cigarrillo. Le indicaron que ocupara una silla rechinante al lado del escritorio. El hombre de la bufanda le echó a la cara una vaharada de agrio mal aliento.

—La criatura se murió… —dijo pausadamente.

Olga sufrió la confirmación de la noticia como un golpe entre los ojos, que se empañaron dolorosamente. Gimoteó que lo sentía mucho, que no había sido su culpa.

—Eso es lo que usted dice… —comentó el empleado.

Pasaba la medianoche cuando Olga Lang, artista de cine, soltera, de treinta años de edad —de golpe se quitaba cinco— terminó su declaración. El de la bufanda la leyó en voz alta y estando ella conforme, la hizo firmar cada una de las hojas.

—¡Llévensela! —ordenó. Dos policías se destacaron desde la pared en la que recargaban su insomnio y la tomaron por los brazos.

—¿A dónde señor? —lloriqueó.

—¡Pa'dentro! A la galera…

Aunque se resistió, los policías la empujaron hacia un corredor húmedo y apestoso. Uno de ellos le dio una palmada en las asentaderas y Olga manoteó, enardecida.

—¡Tienes buena nalga, muchacha! ¡Muy buena nalga!

—¡Cállate tú! —le ordenó el compañero.

—¡Voy, tan lambiscón!

El otro policía dijo en voz baja:

—¿No trae lana?

—¿Dinero? ¿Para qué?

—Pues —el policía se encogió de hombros—, para lo que se le pueda ofrecer. Si trae podría yo echarle un telefonazo a alguien, para que viniera a ayudarla…

Ya había intentado antes comunicarse con Rolando o con Many y explicarles lo que sucedía, pero el delegado brutalmente se negó a que usara el teléfono.

Mostró sus manos, sin bolsa.

—No traigo nada…

—¡Uy! —el policía se rascó la greña, levantando su quepis.

—Mira —terció el otro—, si te empiernas conmigo un rato yo…

—¡No estés jodiendo y ve a empiernarte con tu puta madre! —dentelló el uniformado que había pedido el dinero. Se volvió a Olga—. ¿Nada, nada?

—Si pudiera ir, allá le darían…

—Salir no puedo —la miraba el gendarme con la baba de una sonrisa en los labios. Miró el reloj de pulso de Olga—. Si no trae lana, deme algo que lo parezca. El aparato ése, y le habló a quien diga…

Iba a rehusarse, pero prefirió entregar la joya. Un Hamilton de platino con brillantes, que le obsequiara el influyente. Lo sopesó el policía, antes de guardárselo en la bolsa del makinoff azul.

Repitió el número de teléfono y el recado que Olga encargaba transmitir. Después la metió a la galera y, con su compañero, se metió a la negrura del corredor.

—Ahorita vuelvo a traerle la razón…

Necesitaron unos minutos los ojos de Olga para acostumbrarse a la oscuridad. Dentro de la galera el aire era irrespirable. Un pequeño ruido fluente la atemorizó. Sonaba muy cerca, a su lado, delgado e interminable. Escuchó un pujido y todo quedó en silencio. Se movió a sus pies una sombra ovillada.

—¿Quihubo, tú? —interrogó un quejido.

Su instinto la hizo repegarse a la puerta de alto ventanuco. Aquello se acercó más, hasta rozarla. Lo que fuera, pujó más alto al recobrar la vertical. Pudo entonces Olga Lang entrever un rostro espantoso, lleno de arrugas y pelos grises, que olía a caño. El de una mujer borracha.

—¡Dame quinto…! —demandó la mano sarmentosa que le agarraba el brazo.

Bruscamente, Olga se libró de la zarpa ajena. La mujer rebotó al ser proyectada; luego ocurrió el ruido de su cuerpo resbalando, poco a poco, por la pared.

—Pinche, rota puta… —masculló, sorbiendo los mocos.

Comenzaba a amanecer cuando Rolando Vidal llegó. Pidió ver al delegado. De un cuartito anexo salió el hombre de la bufanda, bostezando.

—¿Qué quiere?

—Soy —mintió— el abogado de la señorita Lang. ¡Vengo a sacarla!

—Eso no se va a poder —volvió a bostezar—. Atropello a un muchacho, y éste se murió.

—Pagaré la multa…

—No es cosa de multas. No puede salir. Está acusada de homicidio por imprudencia…

—Bueno, entonces quiero verla. ¡Tengo derecho!

—Como tener, sí tiene. Pero… —cínicamente hizo seña con la mano de que eso costaba dinero.

Sacó Rolando su cartera y extrajo un billete de a cien pesos. Lo recibió el funcionario y cabeceó una seña a otro policía:

—Lleva al abogado adonde la vieja ésa… la del niño atropellado.

Olga seguía de pie, desfallecida, junto a la puerta. Cuando la abrieron y vio a Rolando, se colgó de su cuello, llorando desconsoladamente.

—¡Sácame de aquí, sácame de aquí!

—Cálmate, cálmate… —Depositó un beso en su frente y la estrechó.

Lloró Olga largo rato. El gendarme que había hecho la llamada dialogaba, un poco más allá, con el que había abierto la puerta. Alguien demandó que esa vieja cabrona se callara o se fuera al carajo. Ella alzó la cara empapada, para reiterar:

—¡Sácame…!

La palpó Rolando fría y sudorosa. Bajo el vestido su cuerpo se agitaba lleno de terror. Tenía el rostro verde y dos profundas ojeras moradas. Prendió un cigarro y se lo dio.

—¿Tienes su teléfono? —preguntaba él.

Olga echó para atrás un mechón de pelo que le caía a mitad de la cara:

—¿De quién?

—De tu amigo… Necesitamos que venga; sólo él puede sacarte del lío…

—No, no lo llames —gemía Olga, resistiéndose—. Está en su casa… Su mujer se enteraría… ¡comprende lo que puede pasarle!

—¡Que se vaya al diablo su mujer! Es tu amigo y tiene que ayudarte.

A las diez Olga Lang abandonaba la delegación. Su auto quedó en los patios. El influyente había llegado antes de las nueve y habló con el delegado. Algo le diría, pues las cosas se arreglaron inmediatamente.

—¡Ah! —indicó—. Y deme el expediente: declaración, acta y todo lo demás. Yo arreglaré lo otro en la Procuraduría…

Le entregaron un legajo y se lo metió bajo el brazo. Hecha una ruina humana, ocultos los ojos bajo unos lentes negros que le prestó Rolando, Olga lloraba quedamente en una banca.

—¡Vámonos…! —le ofrecía su mano el influyente.

Ella se levantó, con la cabeza hundida en el pecho; rota ya por dentro y por fuera.

Servil, el delegado que tan brutalmente la había tratado la noche anterior, hizo una caravana sonriente.

—Pase usted, señorita… Pase usted…

Cuando el auto del influyente arrancó, Olga rompió a llorar en estertores.

—¡Uf! —dijo él—. ¡En buena te metiste!

Olga sólo quería llorar a gusto, con su propio dolor y en su propia desesperación. Él le hizo un tosco cariño en la cabeza.

—Hablaré por allá arriba —explicó, confidencial—. Esto va a arreglarse y nadie sabrá nada. Por fortuna no te mandaron a la penitenciaría… En cuanto al acta —tronó los dedos— desapareció también.

—¿Y el niño? —se atrevió Olga a preguntar.

No podía olvidar la pequeña cabecita sangrante, ni los gritos desgarradores de la mujer, ni las caras descompuestas de quienes le decían asesina. Eso es, ¿qué iba ocurrir con el niño, con la madre?

—¿Qué importa ya? ¡Olvídalo!

Quiso ella protestar, decir que eso no era posible, que debían hacer algo por esa familia a la que, por su imprudencia, había sumido en el llanto, en el dolor. Pero el influyente seguía sonriendo, sin darle importancia a nada. Hasta quiso hacer un chiste:

—¿Qué más da que hayas matado a uno? ¡Hay tantos!

FADE OUT

I

Fueron, los siguientes, los días más terribles de su vida. Estaba enferma de angustia y de crimen; de saberse asesina de niños, homicida de madres que por su culpa tendrían el corazón desgarrado para toda la eternidad. Cuando llegó a su casa sufrió un colapso nervioso y fue necesario llamar al doctor Chávez para que le aplicara un calmante. Con eso dormiría muchas horas. Many montó guardia hasta la tarde, cuando despertó.

Sentíase horriblemente cansada. Fue al baño y arrojó un hilillo bilioso. La luna del espejo repelía una cara verde; los ojos parecían hundidos en las cuencas violeta; los labios resecos y blanquizcos. Pretendió fumar y sufrió un violento acceso de tos y basca. Many la obligó a ingerir un vaso de jugo. Era como si la noche anterior hubiese bebido demasiado y ahora resintiera las consecuencias. «¡Qué mal estoy!», se dijo al volver a la cama.

Quiso mirar el opaco cuadro de luz de la ventana. Muy apagados y diferentes le llegaban los ruidos de la calle. Escuchó el rumor de una puerta al cerrarse. Quiso preguntar quién era, pero apenas pudo resoplar débilmente. Por el cristal del tocador vio avanzar la figura familiar y querida de Rolando. Se volvió un poco. Sonreía él y llevaba en las manos una gran caja de rosas rojas, que puso a un lado al inclinarse a besarla.

—¿Cómo te sientes corazón?

—De muerte. Infinitamente enferma…

—Se ve. Pero el trastorno será pasajero y en poco tiempo estarás flamante.

—No lo creo, Rolando. ¡Esto, para mí, es el fin! ¿Comprendes lo que he hecho? ¡Soy una asesina!

—No digas eso. Lo que pasó, pasó. Un desgraciado accidente cualquiera puede tenerlo…

Iba a argüir, pero sintió desvanecerse. Se reclinó sobre la almohada, con los ojos cerrados. Estaba debilísima y, en ese momento,

advirtió que la regla se le presentaba dolorosa y abundante.

—He venido —escuchó que decía Rolando— a proponerte que nos vayamos a Cuernavaca. Ambos necesitamos descansar.

—Eres muy amable —sus manos calientes tomaron las grandes manos del hombre—. Pero no debes perder tu tiempo por mí.

—¿Perderlo? ¡Por el contrario, lo gano! Yo necesito descansar, pero no me gustaría ir solo. Un hombre guapo como yo, precisa de una compañera hermosa para irse a Cuernavaca, y la única que conozco eres tú.

No estaba Olga en condiciones de viajar y así se lo dijo. Seguía aterrorizada, aplastada bajo el peso de su crimen. Él repetía que no era culpable de lo sucedido y que de seguir pensando en ello enfermaría de verdad.

—Es inútil, Rolando. Hay una voz, aquí dentro del pecho, que me llama por mi nombre: ¡asesina! Sí, asesina de niños. Una voz que me reprocha desde la tarde en que consentí que mataran al hijo que llevaba en las entrañas. ¿Qué destino me impulsa a destruir a los pequeños seres sin culpa? ¿No fue bastante haber matado a uno, al mío? Y esa madre, cuyo hijo despedacé con el coche, ¿no me maldecirá para siempre?

Había pensado ayudarla en alguna forma, darle dinero. Más ¿puede todo el oro del mundo hacer olvidar a una madre la muerte de su hijo? Mientras Rolando hablaba y hablaba, ella se ponía en el lugar de la otra mujer. ¿No desearía la muerte de quien había asesinado a su chiquillo por una criminal imprudencia? ¿No despreciaría las monedas que quisieran darle y escupiría la cara de la asesina? Y, en último análisis, ¿de qué le serviría a aquella infeliz lo que Olga, por remordimiento, le diera en inútil compensación?

Hubo un momento en que Olga deseó estar sola. Bajo las sábanas sufría el cálido desangre constante. Permanecía inmóvil, con los muslos muy apretados. Él parecía no darse cuenta de que era inoportuno. Presintió ella que el vómito bilioso iba pronto a atacarla. De su frente comenzó a escurrir un sudor helado. No pudo resistir más:

—Rolando, llama a Many. Me siento mal.

Intentó Vidal incorporarla, ser útil. Pero Olga explotó, rechazándolo.

—¡Llámala y vete, por favor!

En una semana había perdido cinco kilos de peso. Apenas podía dormir un par de horas cada noche, con todo y que ingería hasta cuatro nembutales. «Me voy a volver loca», era su obsesión. Al terminar la luz, la invadía el miedo de estar sola las horas enteras de su insomnio. Entonces, tiritando de pánico, ordenaba que encendieran

todos los focos, que pusieran la radio a todo volumen y que Many no la abandonara ni por un instante. Pretendía leer, pero su mente rechazaba con violencia el contenido de los libros. Le era imposible comer nada sólido o beber alcohol hasta embrutecerse, pues su estómago, delicado y débil, no lo toleraba. La regla fue molesta como nunca y una vez más se hicieron presentes los agudos calambres en los ovarios.

—No quiero hacerme vieja, no quiero hacerme vieja —gritaba.

Chávez y Vidal iban por las tardes. Aquél permanecía sólo unos breves minutos profesionales, que a Olga le parecían deliciosos. Ese médico, moreno y feo, de aguda mirada, tenía la virtud de devolverle la tranquilidad con su charla, con su risa, con sus medidos chistes. En una de sus visitas le obsequió un ejemplar de *La mujer frígida.*

—Léala —dijo Chávez—, podrá servirle.

Y Olga se quedó pensando por qué el médico le había regalado, precisamente, aquel libro que ya conocía.

Rolando leíale poesías en voz alta y la mantenía informada de lo que pasaba en la ciudad. Los periódicos seguían ignorando el accidente. Esto, lejos de calmarla, la inquietaba más, pues temía que el día menos pensando, cuando la cicatriz del recuerdo estuviera borrándose, soltaran la noticia e hicieran sangrar, nuevamente, la profunda herida.

El influyente la había llamado dos veces. No podía visitarla por el momento, pues estaba preparando una gira por el interior del país. Una gira importante, con Miguel Alemán.

—¿No necesitas dinero… o algo?

—Gracias, pero no.

—Lo de tu auto está arreglado también. Mañana lo tendrás a tu disposición.

Cuando se lo llevaron, Olga ordenó a Rolando que lo vendiera lo antes posible:

—¿Venderlo, mujer? ¡Si es un coche magnífico!

—No me importa. Haz lo que te digo. ¡No quiero verlo nunca más!

Cualquier mañana Olga leyó en *Novedades* que su amigo se encontraba, acompañando al Presidente, en una ciudad del norte. Estuvo pensando en él muchas horas. Sí, era un hombre agradable e inteligente; un amante perfecto. Pero ¿valía la pena seguir? No acertaba a explicarse aquel cambio tan repentino en su conducta, en su modo de ser para con ella. Aunque en otras ocasiones había salido de viaje, siempre, por mucha urgencia que tuviera, había ido a despedirse, a decirle dos palabras y a dejarle un beso en la boca. ¿Por qué ahora no lo hizo, sobre todo si no ignoraba en qué penosa

aflicción mental se encontraba?

El cambio era evidente, desde luego. En vano había aguardado junto al teléfono, por las noches, su llamada. Siempre encontraba unos minutos desocupados para hablar con ella, no importando a qué hora ni desde qué sitio. Y cuando no podía comunicarse, le enviaba hasta cinco telegramas por día, que Olga guardaba amorosamente y gustaba de releer.

Ahora sin embargo, ni llamaba ni escribía. Esto la llenaba de amargura y abatimiento. ¿Qué había hecho ella, para que él se mostrara tan frío e indiferente? Pensó escribirle en busca de una explicación. Pero se arrepintió. Después de todo era Olga Lang y no debía hacer tales cosas; que si estaban bien para otra mujer, la del influyente, por ejemplo, eran inadmisibles para una amante.

¿No estaría buscando la separación? Podía ser, aceptó. Empero, no necesitaba proceder de esa manera. Él era un caballero, un hombre con valor suficiente para decirle a una mujer que ya no la amaba y que era preciso que las relaciones terminaran. Muchas veces el influyente habíale dicho que la amaba por encima de todas las cosas y que nunca la dejaría. ¿Y lo que estaba haciendo, no era precisamente lo contrario de lo que había prometido?

Convino que lo mejor sería dar ella el paso final. Él estaría fuera, según aseguraban los periódicos, dos semanas. En ese tiempo Olga habría recuperado la salud y no causaría lástima. Detestaba pensar que su amigo, por piedad, se viera forzado a seguir siendo su amante. Eso nunca. Cuando volviera, encontraría a la hermosa y saludable mujer de siempre. Hablarían con franqueza de camaradas y Olga le pediría que no la volviera a buscar. Así sería diferente y digno para ambos.

II

A mediados de agosto Olga Lang volvió a ser como antes: fuerte, bella, fresca. Aunque de su rostro no habían desaparecido los estragos verdes de la pena, el maquillaje la ayudaba a verse hermosa.

La primera tarde que salió con Vidal a dar un corto paseo, sentíase aún débil. El sol de verano lamía su piel, produciéndole una fantástica sensación de vida. Los oscuros temores de las semanas inmediatas ya no existían. Dormía bien, aunque necesitara a veces de los nembutales. Recuperaba el apetito y comía hasta hartarse, sin temor a la obesidad. Tampoco la molestaban los dolores de los ovarios y estaba siempre de buen humor.

Había decidido tomarse un largo descanso. No en Cuernavaca, ni en Acapulco, sino en Europa. Todo era propicio para el viaje: su estado de ánimo, su deseo de no filmar ninguna película en México en el resto del año y el saber que en España tenía suficiente dinero acumulado. Leandro Fernández seguía en contacto con la Península y le contagiaba a Olga su entusiasmo y sus ideas.

—Puede hacerse una película buena, señorita Lang. Cumpliendo sus órdenes, hice arreglos allá y todo está listo: estudios, personal, dinero…

Olga prefirió no fijar una fecha determinada para salir, aunque creía poder hacerlo en septiembre. Antes debía tener uno o dos argumentos. Planeaba llevar a Rolando para que le sirviera de secretario, consejero y modista; también debía contratar a un director y a Raúl Martínez Solares para que manejara la cámara.

La gira del Presidente se había prolongado. Olga no tenía de su amigo más noticias que las muy escuetas de los periódicos y un par de tarjetas, frías y formales. Cada día hacíase más firme su propósito de terminar aquella aventura. Necesitaba todo su tiempo y toda su energía para utilizarlos en la preparación de la película. Encontró un magnífico asunto y los excelentes tratamientos cinematográficos

auguraban un buen resultado. El trabajo la atraía de nuevo.

El país, mientras tanto, vivía una peligrosa etapa de efervescencia popular. Treinta millones de mexicanos murmuraban su descontento contra el gobierno y hasta llegó a decirse que habría revolución. Jorge Piñó Sandoval editaba una revista oposicionista y cada semana ponía en la picota del ridículo a los altos funcionarios del régimen, a quienes acusaba de ladrones, ineptos y traidores. Olga Lang, en el fondo, estaba totalmente de acuerdo y hasta se atrevía a comentar con Rolando que aquel periodista le hacía un servicio a la patria, Rolando no era de la misma opinión y juzgaba nociva esa propaganda de barato sabor personal.

—A México no se le ayuda diciéndole que sus funcionarios son ladrones —repetía—. Los de ahora no son peores que los de antes, ni peores que los que nos gobernarán dentro de cuatro años. Son, si acaso, iguales. Y yo creo que Piñó no cura, sino daña más. Por su culpa se han desatado pasiones y odios y han salido a flote cosas inconfesables.

Ella rebatía siempre: Piñó encarnaba a un San Jorge que, con un periódico por espada, destruía al gigantesco dragón de la corrupción administrativa. Piñó, con admirable valor civil, ponía en letras de molde lo que la prensa independiente y capitalista callaba por conveniencia económica. Piñó, al frente de su escuadrón suicida, arrostraba peligros y odios, al señalar a México los peligros que lo acechaban. Piñó…

—Lo del San Jorge suena gracioso… ¡Sólo que Piñó tiene mucho de diablo y poco de santo!

Los rumores no respetaban ni siquiera a Olga Lang. Fue Many la primera en advertírselo y en unos cuantos días hicieron lo mismo la masajista y Rolando. Lo que de ella se decía era monstruoso: se le acusaba de ser lesbiana y afecta a las drogas heroicas; de ser amante de un influyente, de usar peluca y de tener casi cincuenta años de edad. Esto último la hizo reír, pero lo primero la indignó hasta las lágrimas.

—¡Y hay algo peor, Olga!

¿Qué podía haber peor para una mujer que ser acusada de viciosa y anormal? ¿Cómo podían lastimar más su nombre, babear con calumnia su vida privada, que en la forma en que lo hacían? Rolando lo explicó lentamente, pidiéndole que no tomara en serio tales rumores malintencionados.

—Ha llegado a decirse, Olga, que la mujer de tu amigo te dio una paliza en Ciro's.

—Tu sabes que eso no es cierto.

—Lo sé mejor que nadie. Pero ¿qué quieres? Es la voz del

pueblo; o sea, la voz de Dios… Dios dice que fue tan dura la felpa, que tuviste que ir a un hospital. Y lo peor del caso es que a mí, a mí, Olga, me han contado esto, gentes insospechables, que dicen haber sido testigos del incidente.

Si ésa era la voz de Dios, por ser la del pueblo, entonces Dios era cruel y mentiroso. Olga no conocía a la esposa de su amante más que en fotos. No tenía mayor interés de conocerla en persona. Se enardecía ante la calumnia e impotente mordía su cólera.

¿Cómo explicarle a esa multitud de chismosos desocupados, a esos vagos del Café París que encabezaban el Tlacuache Garizurietea, y la Swástica, autores de la murmuración, que ella, Olga Lang, no era ni lesbiana, ni viciosa, ni había tenido ningún pleito?

III

Rolando mostraba un ejemplar del *Presente,* de Piñó:

—¿Leíste esto?

Había una gran foto suya y una frase hiriente al pie. El artículo estaba dedicado a ella. Relataba, con cierta fidelidad, su biografía. Con los ojos nublados leyó los párrafos apretados de veneno, cuyas palabras la herían como clavos. Hablábase allí de su vida de mujer galante, de su amasiato con Guillén y de la forma en que había llegado a ser dueña de la Filmadora. La indignaba la relación de su matrimonio con Raúl Tovar y el interés del autor de hacer aparecer al músico como víctima de la voracidad y la ambición de la estrella.

—¿A qué viene esto? —alzó la cara bañada en lágrimas—. ¿Qué les he hecho para que se metan conmigo en esta forma?

Rolando señaló con el índice:

—Sigue leyendo…

Lo que venía después fue un golpe tremendo para Olga. Esos endiablados periodistas referían, con detalles exactos, su injerencia en la gran especulación y la acusaban de ser traidora a la patria. «Aprovechándose de su amistad con gentes del régimen —releyó—, Olga Lang supo con tiempo que se preparaba la devaluación del peso. Sin pensar en el grave daño que causaba al país, adquirió dólares por varios millones, y de la noche a la mañana se vio superenriquecida…». Cuando terminó, su cara se encendía en vergüenza de sangre rebotada; los ojos turbios de lágrimas y los labios sacudidos por agudo temblor nervioso.

—Como ves —trataba Rolando de calmarla—, no vacilan en inventar una mentira para aumentar la circulación del periódico. ¿Quién te asegura que lo que dijeron de otros es cierto? Ahora eres tú el plato del día, como antes fueron Casas, Beteta, Parra, Serrano. La ciudad entera comenta la calumnia.

Olga Lang sacudió la cabeza. Luego, patéticamente, comenzó a

sollozar con la cara oculta entre las manos.

—No es mentira, no es calumnia. Es cierto, es cierto. Por desgracia.

Vidal la miró anonadado. Aquello lo volvía de una pieza. Maquinalmente encendió un cigarrillo.

—¡Sí es una monstruosidad…! —repetía.

IV

—¡Estas dos semanas pasarán a la historia como la quincena de la mierda! —decía el influyente.

Dejó el periódico que Olga le había mostrado y puso su mano sobre la espalda de la mujer. Olga tenía los ojos irritados por el llanto de los días. Sentía vergüenza de que la miraran y no había vuelto a la calle. Dijo él que no debía hacer caso de los chismes y de los insultos. Y él ¿no temía también al chisme? ¿No por eso se ocultaba de los demás, para que no lo vieran con Olga? ¿No la noche que bailaron en Ciro's había pagado cien pesos al fotógrafo para que le diera la placa en la que aparecía cenando con la estrella?

El influyente hizo un amplio ademán explicativo:

—El Presidente nos ha pedido no dar oportunidad a los descontentos para criticarnos. Mi caso es distinto. No ignoras mi situación política… ni mis planes para el futuro.

—Sí. No la ignoro —comentó ella agriamente.

—México siente asco de mirarse para adentro —sentenció él y permaneció un largo tiempo en silencio.

—¿Cuándo terminará todo esto: la exhibición de la vergüenza?

Se encogió de hombros:

—¿Quién lo sabe? Detrás de la campaña de prensa se ocultan fuerzas negativas, los reaccionarios recalcitrantes, que se oponen con sus críticas, al progreso del país. Somos, formamos un gobierno revolucionario. Estamos cumpliendo con nuestro deber lo mejor que podemos. La intranquilidad propagada por los derechistas de Acción Nacional, viene a entorpecer nuestra labor. La Revolución…

Olga lo escuchaba hablar. La tarde resbalaba hacia poniente. Suaves tonos color pizarra reemplazaban a los violentos colores. Las copas de los árboles eran doradas y a golpes el aire las desprendía de las ramas exangües de savia. Lo que él decía era aburrido; pretendía hacerle creer que era un hombre limpio, sin tacha; un ejemplar

ciudadano modelo. La culpa de que el país no progresara era de otros: de los retrógradas que pretendían convertir los presentes en los antiguos días del porfirismo. ¡Que le probaran que no era honrado! ¡Que le dijeran en qué bancos del extranjero tenía fondos!

Ella decidió no oír más necedades y le ofreció una copa. Mentía su amigo tranquilamente. Claro que los otros, los hombres de la calle, jamás podrían probarle nada. Él se había hecho una leyenda y todos lo respetaban y lo consideraban impecable. Pero Olga no podía tragarse sus mentiras, porque lo conocía más que nadie; porque era su cómplice en el gran robo al pueblo. Y de pronto sintió asco de sí misma, de su amante, de todo.

Con el vaso intacto entre las manos, Olga comenzó a hablar lentamente, suavemente. Hizo un recuerdo minucioso, sin prisa, de lo mucho que habían disfrutado aquellos meses. Pero había comenzado a cansarse; no de él, por supuesto, sino de una situación equívoca que a nada conducía. Él no era libre. Esposa e hijos son peso demasiado grande y un hombre de su posición, de su porvenir, no puede liberarse con facilidad. Además, un divorcio siempre acarrea escándalo y, estando las cosas como estaban, un escándalo no sería conveniente. Así pues, la señorita Lang proponía una solución.

—¿Cuál, Olga?

—La única que hay.

El hombre había empalidecido. Con la mano temblorosa dejó el vaso a un lado. La miró un instante y luego abatió su cabeza. Ambos se miraron intensamente, pensando el mismo pensamiento. Algo en los ojos de Olga le daba respuesta.

—¿Esto se acabó?

—Sí. Es lo mejor, compréndelo…

Olga veía el escorzo de su cara armoniosa, de su recta nariz romana, de su barbilla terminada en punta, de sus manos entrelazadas y como pensativa.

Él se irguió:

—Entonces, ¿ésta es la despedida?

Sus ojos azules imploraban, gemían, pedían que ella dijera que no; que todo era una broma o un mal sueño, y que las cosas seguirían como antes. Pero sólo tropezaron con otros ojos mudos y sin destellos.

—Creo que ha llegado ese momento —concedió Olga.

La tomó el influyente por las manos y suspiró. Esbozó una sonrisa que quiso ser amable y resultó patética. Intuía Olga que él aceptaba aquello con gusto y que hasta le agradecía que ella hubiera planteado conflicto y solución.

—Tienes razón —aceptó al cabo—. Mi mujer, mis hijos…

Ella abreviaba:

—Comprendo todo; no quiero explicaciones. Esto es algo que he meditado desde antes.

Se había acercado él.

—¡Olga…! —gimió, abrazándola. El cuerpo de la mujer se untó al suyo. Las bocas se fundieron, furiosamente.

—¡Bueno… ! —suspiró ella.

Anochecía rápidamente. Un delgado hilo de faroles se prolongaba, sobre Insurgentes, hasta el infinito. «La hora muerta del día». Cuando él se fuera, pensó, apagaría las luces y escucharía en el fonógrafo la «Patética», de Beethoven. Una tenue sombra gris suavizaba los contornos de los muebles, de los objetos, de las flores del jarrón azul de vidrio de Texcoco.

Tomó el influyente su sombrero. En la puerta besó a Olga en la frente. Por última vez ella olió su aliento.

—Adiós…

Cuando quedó a solas, Olga Lang, estrella de cine, sintió cierta vergüenza profesional.

—Hiciste un melodrama detestable —se dijo en alta voz.

Y de pronto, cuando puso los discos y se hundió en la butaca, se dio cuenta de que estaba de buen humor.

V

No fue sino hasta mediados de noviembre cuando Olga pudo precisar la fecha de su salida a Europa. De los últimos meses apenas si recordaba los acontecimientos importantes. El taller donde Piñó imprimía su periódico fue asaltado por pistoleros a sueldo y, tiempo después, por inconfesables cuestiones de juego, faldas y chantaje, era abatido un industrial del periodismo.

Fuera de eso, los días habían sido monótonos y lentos para ella. Por las tardes trabajaba con Leandro Fernández en la Filmadora, ordenando cuentas, libros y papeles. Proyectaba pasar en Europa, por lo menos, seis meses y no regresar sino hasta que el escándalo de los dólares hubiera sido totalmente olvidado. Algunos de sus amigos productores quisieron darle una cena de despedida, que ella rehusó.

La proximidad del viaje la excitaba. La noche anterior no había podido dormir, con todo y que bebió whisky e ingirió pastillas somníferas. Se levantó poco después del amanecer y tomó un prolongado baño caliente. Many se quedaría en México, cuidando el apartamento. Los muebles habían sido enfundados para preservarlos del deterioro. La negra había recibido una chequera a su nombre, para cubrir las cuentas y pagar sus propios gastos. Rolando y Olga tenían reservaciones en el avión de Nueva York que saldría a media mañana. En Manhattan pasarían una semana divirtiéndose, en espera del *Queen Elizabeth*.

De Londres irían a París y Olga comenzaría a vivir el sueño de toda su vida. En Madrid la aguardarían los representantes de la Filmadora. Martínez Solares, y Arcady Boytler, que iba a dirigirla, llegarían una semana después, para preparar el trabajo.

Rolando había dormido esa noche allí. Se levantó temprano, a tiempo de acompañar a Olga en el desayuno. Many llevó los diarios. Las primeras planas reseñaban la catástrofe de La Sirena, ocurrida el día anterior, y en la que perecieron doce bomberos. El sepelio, al que

asistirían todos los habitantes de la ciudad, sería esa misma mañana.

Antes de partir Rolando comprobó que los pasaportes, los pasajes del avión, los cheques de viajero y los itinerarios estaban en orden. El equipaje fue acomodado en dos automóviles de sitio. Llegó el momento de la despedida. Many, llorando, la abrazó fuertemente y le deseó que regresara pronto. Luego le plantó un ancho beso en la mejilla.

Olga sentía una inexplicable emoción. El pasado le parecía la cosa más remota y extraña del mundo. Se le antojaba que el reloj quemaba el tiempo demasiado lentamente. Había incluso olvidado lo que siempre creyó que le acompañaría en la vida: el recuerdo del niño muerto, roña tenaz. El día era magnífico y caliente. A lo lejos se dibujaba, azul sobre azul, la cadena de montañas que apresa al valle.

—¡Qué despacio corren las horas que más prisa tiene uno por vivir! —comentó.

—A veces —reflexionó Rolando— las horas deberían detenerse; retrasar la sorpresa que contienen…

La ciudad vivía el luto. Oficinas y comercios habían sido cerrados y un silencio impresionante se hacía ancho y alto en las calles. Los coches avanzaban sin ruido. El auto tuvo que dar un amplio rodeo, porque las avenidas estaban atestadas de gente que seguía a los ataúdes. Luego enfiló rumbo al aeropuerto.

Olga se miró una vez más, en el espejito de la polvera. Aprobó su peinado y el dibujo enrojecido de la boca. Sobre los labios puso un poco de saliva.

—Imagínate —dijo alegremente— ¡qué mala suerte de hombres: morirse en domingo!

—Para morirse, cualquier día es malo.

Con su metálico halo de aluminio, el gran tetramotor salió de la plataforma de pasaje y rodó muelleando hacia la pista principal. A lo lejos, los volcanes reproducían un cuadro de Velasco: cremosos, fríos, demasiado reales.

Por las ventanillas desfiló, en plano oblicuo, el contorno bajo y pesado del edificio del aeropuerto.

«Por lo menos —pensaba Olga— no hubo periodistas ni bulla».

La sobrecargo comprobó que todos los pasajeros ajustaran sus cinturones de seguridad. El avión vibraba intensamente, al calentar los motores. Los frenos fueron soltados y las ruedas comenzaron a deslizarse sobre la recta pista de asfalto.

VI

La noticia llegó escuetamente a la redacción:

—Se cayó un avión en el aeropuerto. No. Todos se mataron. ¡Dicen que entre los pasajeros iba Olga Lang!

VII

Para las dos de la tarde, todos los cadáveres, o lo que de ellos quedaba, habían sido rescatados de entre el montón de hierros y cenizas. Una amplia extensión del campo veíase calcinada y negra. Media docena de ambulancias estaban siendo llenadas de despojos: piernas, brazos, fragmentos de tórax. Miles de curiosos fluían como olas y trataban de romper la valla de soldados que los contenían. El aire olía a carne achicharrada, a grasa consumida, a gasolina y muerte.

En el restaurante chino del aeropuerto, los reporteros bebieron la última copa.

Eran cerca de las tres y las gentes hablaban en voz baja. Desde allí vieron partir la última ambulancia.

—Es una buena nota. ¡Hartos fiambres! —comentó el Güero Téllez.

Con su joroba y sus gruesos lentes de miope, Felipe Moreno Irazábal palmeó la espalda de Luis.

—Oye, Arvide, ¿tú eras amigo de Olga Lang, verdad?

Él dijo que sí con la cabeza. No tenía palabras para decirlo con éstas.

Salieron en grupos y volvieron a la ciudad. La noticia se comentaba en las esquinas. Bucareli había sido invadida por miles de voceadores que aguardaban, en la puerta de los periódicos, a que salieran las extras. De la multitud se levantaba un tufo mugroso de sudor.

Luis Arvide acomodó su auto frente a La Mundial. Pocos notaron que iba llorando cuando empujó la doble puerta de resorte. Se acodó en la barra y se miró en el espejo: una cara gris, sin afeitar, el pelo revuelto, una expresión intensamente fatigada, Serafín servíale whisky en copa chica.

—Dámelo… doble.

Tuvo el vaso un instante en su mano. Alzó el codo y se tragó de un golpe el aguardiente. Botó un billete y salió.

Lo vieron entrar ensimismado. Tiró el sombrero a la percha, se aflojó más aún el nudo de la corbata. Clavó un cigarro apagado entre sus labios.

Metió una cuartilla a la máquina. Sus dedos comenzaron a teclear lentamente:

«Olga Lang, la famosa estrella de cine, y treinta y dos personas más perecieron esta mañana al desplomarse sobre la pista del aeropuerto el avión que las conducía a Nueva York. Todos los cuerpos quedaron horriblemente carbonizados…»

Acerca del autor

Luis Spota (Ciudad de México 1925-1985) fue periodista y autor de las exitosas novelas *Más cornadas da el hambre* (Premio Ciudad de México 1950), *Las grandes aguas* (llevada al cine en 1954), *Casi el paraíso, Las horas violentas, La plaza y Lo de antes*, entre otras.

Diseño de portada: Jorge Garnica / La Geometría Secreta

© 1950, Luis Spota
© 1997, Elda Peralta

Derechos Reservados

© 2015, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Deleg. Miguel Hidalgo
C.P. 11560, México, D.F.
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición: 1950
Primera edición en esta presentación: enero de 2015
ISBN: 978-607-07-2514-2

Primera edición en formato epub: enero de 2015
ISBN: 978-607-07-2541-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE